# EL GIGANTE DESCALZO

## EL EJÉRCITO DE FRANCO

Gabriel Cardona



Durante el franquismo, el Ejército concentraba las mayores reservas de poder aunque sólo ejercía bajo la batuta del dictador. La enorme organización era arrolladora en el interior y tigre de papel en el extranjero y, bajo su imponente y uniforme apariencia, escondía un mundo desordenado y empobrecido. Durante el mandato de Franco, se sucedieron tres generaciones distintas de militares, el principal modelo de referencia evolucionó desde el alemán al norteamericano y toda la sociedad española se transformó profundamente.




Gabriel Cardona

# El Gigante descalzo

## El ejército de Franco

**ePub r1.0**
**Titivillus** 14.02.15

Título original: *El Gigante descalzo*
Gabriel Cardona, 2003

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2



*A Joana y Toni*

# Agradecimientos.

Para escribir este libro he recibido directa o indirectamente la ayuda de muchas personas. Me han sido muy útiles los comentarios e informaciones de Alfred Bosque sobre los paracaidistas; las interminables conversaciones con mi amigo melillense, ya fallecido, Pepe Morala que revivía el Marruecos colonial donde su familia permaneció durante generaciones; Juan Martí Rosal me contó sus experiencias de la independencia del Protectorado; mantuve con Gerardo Acereda largas charlas sobre los últimos tiempos del Sáhara; Valentina Fernández Vargas me facilitó documentos y referencias; la tesis de Xavier Moreno me ha hecho conocer múltiples cuestiones sobre la División Azul; Julián Delgado me traspasó muchas de sus experiencias legionarias junto con útiles y atinados comentarios sobre el Sáhara y la caballería.

He podido verificar numerosas cuestiones gracias a Fernando Martínez de Baños, que me envió su libro de fotografías sobre la historia y la vida de la Academia General. Muchas personas me han contado su servicio militar ayudándome a depurar mis conocimientos; entre ellos debo destacar a Josep Benet con su miliincreíble de republicano oficialmente reciclado y a Andreu Murillo, que me contó inteligentemente sus años de soldado.

Las investigaciones impulsadas por Fernando Fernández Bastarreche me han puesto en contacto con variados problemas historiográficos; he aprovechado numerosas informaciones contenidas en los libros de Javier Fernández López, Fernando Reinlein y Javier Tusell; Rafael Tejero me ha transmitido amistosamente sus puntos de vista y múltiples conocimientos sobre

la vida interna del Ejército en los últimos tiempos de Franco; con José María Caparrós y sus alumnos he comentado el cine del franquismo; debo a Pedro Rodero agudos y humorísticos comentarios sobre la formación profesional y los servicios técnicos; Miquel Durán confirmó mis informaciones sobre los misteriosos cálices polacos regalados por Hitler; David Ginar y Lorens Capellá me han hecho observaciones; debo a Juan Carlos Losada muchas informaciones sobre los *provisionales* y la ideología de los militares; Alberto Reig me ha hecho atinados comentarios sobre la naturaleza del franquismo; con Joaquim Leixá he mantenido muchas conversaciones sobre el militarismo español; Hilari Raguer me ha aclarado mis dudas sobre cuestiones eclesiásticas; con Paul Preston he intercambiado numerosos puntos de vista acerca del franquismo; Ángel Viñas me hizo puntualizaciones sobre mis ideas y tuvo la generosidad de entregarme un capítulo de su próximo libro. En su día, Julio Busquets me proporcionó innumerables pistas, materiales e informaciones sobre muchas tensiones internas del franquismo y la extraña historia de *Forja*.

Todas estas aportaciones se han convertido en un libro gracias al entusiasmo de Ana Rosa Semprún, las orientaciones editoriales de Santos López y Miryam Galaz, la inestinable puesta en orden del texto hecha por Isabel Prieto y, sobre todo, al amor de Sili, que, como siempre, me ha aconsejado con tino y ha sacrificado a estas páginas muchas horas de compañía.

A todos, muchas gracias.

# Prólogo.

Franco y sus amigos se apropiaron de un Ejército que pertenecía a todos los españoles e hicieron que, en lugar de defender a los ciudadanos, constituyera un peligro para muchos de ellos. Aquel Ejército ya no existe y lo ha sustituido otro más modesto, que se ha ganado el respeto con sus trabajos de ayuda internacional y de mantenimiento de la paz. Incluso en contra de la opinión de los viejos franquistas, partidarios de que los militares sean más temidos que respetados.

No puede achacarse al viejo régimen toda la responsabilidad de los defectos militares españoles, porque el Ejército anterior a la guerra tampoco vivía en la Arcadia. La Arcadia no existe y, como cualquier Edad de Oro, forma parte de los mitos reaccionarios, destinados a desprestigiar el presente, desbaratar la fe en el futuro y propiciar el regreso al pasado. El Ejército de los años treinta dejaba mucho que desear. Sin embargo, la guerra civil y la dictadura incrementaron sus defectos.

Hora es ya de convertir nuestro pasado en Historia y de saber que una cosa fue el Ejército de Franco y otra distinta es el Ejército de España, que, entre 1936 y 1939, no fue uno, sino dos, empeñados en defender conceptos opuestos. La propaganda franquista se esforzó en desnaturalizar el Ejército Popular de la República, tachándolo de no ser español con el argumento de que encuadraba a los internacionales, a pesar de que siempre hubo muchos más extranjeros en las filas de Franco que en las republicanas.

Acabada la guerra, el Ejército Popular fue condenado al exilio, al

cementerio, a la cárcel, a la marginación, y borrado del pasado oficial. Los vencedores inventaron una falsa historia sobre la República y la guerra civil que, durante muchos años, impidió conocer que Franco y sus amigos se sublevaron contra un gobierno legítimo, lanzaron al país a una guerra terrible y luego echaron las culpas sobre las espaldas de los vencidos.

Nuestra vida está marcada por los mitos. Percibimos muchos aspectos de la realidad a través de ellos, hasta el extremo de convertirnos en sus rehenes, porque nos creemos incapaces de vivir sin nuestro particular universo de irrealidades, figuraciones y espejismos.

Han transcurrido muchos años desde la guerra civil y ya es hora de consolidar las bases intelectuales que nos permitan convivir definitivamente en paz con los demás, sobre todo con quienes no son como nosotros. Para eso necesitamos la Historia, pues sólo el conocimiento de la verdad permite destruir los odios y superar las desgracias del pasado. Nada puede edificarse sobre las mentiras, es imposible olvidar lo que se desconoce y cada colectividad es hija de un pretérito, que necesita porque es el suyo, aunque resulte doloroso, antipático y hasta ridículo.

No es tarea sencilla desvelar la auténtica naturaleza del franquismo, porque fue un régimen muy largo y oportunista que sobrevivió adaptándose a los cambios, con cuidado de preservar lo esencial, es decir, las ventajas de los privilegiados y el poder personal del dictador, un personaje astuto y mediocre al que sus aduladores convirtieron en superhombre. Mediante innumerables ceremonias, discursos, imágenes, artículos y una docena de biografías, inventaron un Franco que nunca existió. Parece que hasta él mismo acabó creyendo las patrañas que le fabricaban, y aún más las creyeron sus seguidores, que le fueron fieles hasta después de que muriera.

La ideología franquista se presentó en las academias y los cuarteles como si fuera el auténtico espíritu militar y se impuso como clave de la profesión, cuando el Ejército español ya tenía su propia historia y su propia tradición, largas y tupidas, llenas de grandezas y miserias. Como todas las obras de los hombres.

En las instituciones armadas, la manipulación fue más persistente que en cualquier otro lugar y la semilla arraigó con más

fuerza. Todavía hoy, algunos jóvenes militares se inquietan al mencionarles los defectos del dictador y de su régimen, aunque no lo han conocido y tienen la fortuna de no haber servido bajo su férula. Para numerosas personas, hasta resulta difícil revisar los supuestos méritos militares de Franco, derribados ya por la historiografía y enterrados, hace un par de años, por el riguroso análisis del coronel Carlos Blanco.

Demasiados españoles desconocen la patética realidad escondida del Ejército del pasado, que fue la institución más poderosa de España durante cuarenta años, aunque estuvo corroída por la manipulación, el atraso y la miseria. El régimen lo utilizó como reserva de la Policía, cantera de personal político y marco donde todos los españoles debían cumplir el servicio militar, aunque no todos lo cumplieron ni estuvieron sujetos a las mismas condiciones. Tiránico y mal organizado, el servicio militar obligatorio fue visto como una desgracia e hizo odiar una institución que debió servir como escuela de ciudadanía.

Pasadas las miserias de la posguerra, España prosperó. No gracias a Franco sino a pesar suyo. El crecimiento económico fue obra de millones de hombres y mujeres que trabajaron jornadas interminables o que emigraron para ganar el pan en países sin sol. Y mientras la economía mejoraba y la sociedad superaba la pobreza, el régimen dejó al Ejército arrinconado, a pesar de que era su principal reserva política.

Por encima de su aspecto monolítico, cualquier Ejército es una realidad compleja y aquí sucedía lo mismo. A pesar de la dictadura, entre los militares había de todo; unos se refugiaban en la rutina, otros se beneficiaban de la situación, otros se esforzaban calladamente para mejorar una profesión imposible y hasta algunos trabajaban para una futura democracia.

Cuando murió el dictador, dejó un Ejército desinformado, desprestigiado y desorientado. Era sentimentalmente franquista, pero obedeció a los nuevos gobiernos legitimados por las urnas, porque estaba acostumbrado a obedecer.

La disciplina presidió una vida militar donde se añoraba al dictador al tiempo que sus partidarios más activos conspiraban contra el Gobierno. El

fue la punta del gran iceberg nostálgico del pasado; sin embargo, mientras los golpistas movían sus fichas, el grueso de los militares permaneció en los cuarteles esperando órdenes. Por suerte, sólo llegaron las del Rey.

Desde 1975 las instituciones armadas se han transformado trabajosamente porque han pesado mucho los prejuicios, los odios y los temores que el franquismo había hecho anidar en los cerebros. Las flores ponzoñosas de la guerra civil tenían raíces tan profundas que amenazaban con imponerse al cambio de los tiempos. Muchos años de propaganda y de culto a la personalidad habían grabado a fuego la idea de un Franco político providencial y general prodigioso, cuando no era ni lo uno ni lo otro.

Las instituciones nunca se transforman completamente y los gobiernos de nuestra democracia apenas se han atrevido a desmontar todo el perverso legado mental de la dictadura. Con excesiva prudencia política, los gabinetes de la transición no insuflaron sobre el Ejército todo el aire fresco que necesitaba y ahora ya nadie se lo propone. La política de la democracia no ha formulado un nuevo discurso militar y, sin embargo, los militares se han modernizado a impulsos de las transformaciones de la sociedad.

Son hoy profesionales serios y bien formados que no han padecido la presión ideológica de la generación anterior, aunque tampoco se han librado completamente de ella. Porque en los cuarteles de la España constitucional se conservan demasiados monumentos de Franco, con el pretexto de que fue un general y que forma parte de la Historia de España. Nadie dice que también pertenecen a ella los generales Rojo, Miaja o Asensio Torrado, que no tienen placas ni estatuas en ningún cuartel.

Este libro no pretende ofender a nadie sino aclarar una parte de nuestra Historia desconocida. Incluso para aquellas personas a quienes cuesta renunciar a las convicciones de su juventud y se niegan a creer que fueron prisioneras de un grupo de africanistas, sublevados en defensa de intereses impresentables.

El Ejército pertenece hoy a todos los españoles y nada le debe al dictador que lo dejó desprestigiado ante su propio pueblo. Su única aportación positiva había sido la disciplina, que él mismo conculcó al sublevarse en 1936 y luego impuso inflexiblemente para evitar que otros militares le hicieran lo que él había hecho al Gobierno

republicano. Los cuarenta años de despotismo servían los intereses del dictador y de los suyos, sin embargo legaron un Ejército acostumbrado a obedecer. Lo cual se agradece.

Todo lo pasado es ya Historia, espalda de un pueblo, agua del río que se ha ido. La legitimidad del Ejército español no arranca de Franco sino de la Constitución, y los militares han ganado el prestigio que el franquismo les hizo perder. No hay motivos para el síndrome de Estocolmo.

# PRIMERA PARTE

# Consolidar la victoria.

# Capítulo I

# El espejo de Blancanieves

## Ufanos por la Castellana

El 19 de mayo de 1939 se celebró en Madrid el primer Desfile de la Victoria. Durante cinco horas recorrieron el paseo de la Castellana miles de soldados y vehículos, sobrevolados por numerosos aviones[1], mientras Radio Nacional transmitía la música militar al uso, combinada con la *Marcha Triunfal de Rubén Darío, en la voz de Fernando Fernández de Córdoba, el locutor que radió el último parte oficial de guerra*[2]. *Los vencedores marcaban el paso sobre el suelo de Madrid, que había sido ciudad republicana durante toda la guerra, sus botas se movían acompasadas por la fanfarria de las marchas militares y sus ojos brillaban con la chulería de la victoria, mientras el público se entusiasmaba ante sus uniformes variados, en ocasiones extraños, a veces aparatosos.*

Franco había llegado en un coche descubierto, rodeado por los lanceros de la guardia mora, y se instaló en una monumental tribuna de madera, tela y cartón pintado, vestido con el uniforme militar, la camisa azul y la boina roja de la Falange Española Tradicionalista. Allí mismo, el general José Varela le impuso la Gran Cruz Laureada de San Fernando, otorgada por su propio

Gobierno[3], que había sido prestada por la familia de otro antiguo general porque, con tantas premuras, había sido imposible manufacturarla a tiempo. Un catafalco teatral y una cruz prestada, como símbolos de una gloria asentada en humo y apariencia.

Los soldados pasaron en grandes masas ante un público adicto: políticos, militares, funcionarios, familiares y madrileños de derechas, que habían sufrido tres años de angustia en zona republicana[4]. Sin faltar los miles de acomodaticios, aprovechados y los que se habían cambiado de bando tras pasar la guerra en Madrid, sometidos al hambre y el miedo. Entre la bullanga de la fiesta era imposible identificar a unos y a otros, aunque se podían clasificar por el lugar de colocación y la calidad de las ropas, brillantes o raídas, nuevas o replanchadas. Tiempo atrás, muchos de aquellos espectadores habían vitoreado al Rey, o a la República. O a ambos sucesivamente. Ahora se desgañitaban al grito de: «¡Franco, Franco, Franco!». Unos porque lo sentían, otros por hacer méritos y buscar un lugar al sol entre los ganadores.

Sobre las masas entusiastas a pie de suelo, había tribunas abarrotadas de uniformes, boinas rojas, niños repeinados, con fijapelo y la raya bien marcada, caballeros mayestáticos, damas que habían desempolvado sus sombreros, escondidos durante tres años. Y caras, miles de caras con bigotitos rectos, paralelepípedos intransigentes de una moda de señoritos. Todos aplaudían a rabiar mientras los soldados, los cañones, los automóviles, los blindados y los escuadrones de Caballería pasaban ante Franco, que saludada a los oficiales levantando el brazo. No había disimulos y el saludo fascista dominaba sobre el militar, incluso los oficiales lo utilizaban al pasar frente a la tribuna. El jefe de cada tropa gritaba: «¡Vista a la izquierda! ¡Viva España!». Entonces, los oficiales levantaban también el brazo a la romana y los soldados coreaban: «¡Viva!», al unísono. El público también levantaba el brazo. Y las chicas de Falange, con la camisa azul, la boina ladeada y la lencería de los domingos, reían, alborotaban y levantaban el brazo. Si España no era un país fascista, procuraba parecerlo.

Colgaban en la Castellana numerosas banderas rojigualdas, falangistas, tradicionalistas y de los «estados amigos», los países fascistas europeos. Pero no sólo estaban presentes las banderas, también desfilaban los soldados, alemanes, italianos y portugueses,

que habían participado en la guerra[5]. No eran los únicos extranjeros del bando franquista[6], con ellos pasaban numerosas tropas marroquíes, con sus trajes exóticos y sus turbantes. Más de 70 000 de estos soldados habían combatido bajo Franco, aunque eran súbditos del sultán de Fez; habían sido reclutados a fuerza de promesas y presiones por parte de las autoridades españolas y marroquíes, y ante la disyuntiva de elegir entre la guerra o la miseria[7].

Se embarcaron convencidos de que aquélla era casi una guerra santa. Si los mataban resucitarían en Marruecos. Decían los ulemas que a las mujeres encintas de los *askaris*[8] Alá les dormiría el niño para que naciera a la vuelta de su padre[9]. A los primeros que desembarcaron en Cádiz unas señoras les colgaron escapularios y, más tarde, José María Pemán, poeta combinado de señorito monárquico y falangista, escribió que tenían el alma de nardo y que venían a España a luchar contra los sin Dios. Claro está que, a pesar de tantos floripondios, los mandaron como carne de cañón a los peores frentes.

## UNA ESTRECHA VISIÓN DEL MUNDO

Dos meses después del desfile ya no quedaban en el Ejército más extranjeros que los marroquíes y un pequeño contingente en la Legión[10], todos ellos profesionales o mercenarios. Antes de comenzar el verano[11], los alemanes, los italianos y los portugueses empezaron a regresar a sus países y, a mediados de junio, partió la última unidad extranjera: la aviación italiana de Mallorca, que había sido la primera en llegar durante el verano de 1936. A todos se les tributaron grandes despedidas. El 11 de mayo, cuando todavía faltaba una semana para el gran desfile, el cuñado de Franco, Ramón Serrano Suñer, ya homenajeó a los italianos en Logroño. Poco después del desfile fueron despedidos los demás. El 22 de mayo, Franco dijo adiós a los alemanes en León, donde tenían su cuartel general y su principal aeródromo. El 4 de junio el vicepresidente del Gobierno, general Fidel Dávila, despidió a los portugueses en Salamanca.

Nadie ensalzó a los marroquíes, mísera tropa que había pagado

un alto precio en sangre en una guerra que no era suya a cambio de una paga exigua e insultos racistas por parte de los dos bandos[12]. Al comenzar la guerra, el lenguaraz general Gonzalo Queipo de Llano se jactó en la radio de que los moros violaban a las mujeres de los milicianos. Por su parte, los republicanos los llamaron salvajes, presentándolos como un paradigma de la maldad de los nacionales. Aquellos desgraciados, cuyos nietos recorren hoy, a bordo de pateras, el mismo camino que hicieran ellos, se vieron metidos en una guerra que hicieron a su estilo, con todas las crueldades y abusos guerreros permitidos por su cultura. Sus jefes españoles, cuando los trajeron, sabían cómo eran y, en general, procuraron contenerlos dentro de unos límites y evitar los estragos. No siempre lo lograron y, en ocasiones, hicieron la vista gorda.

La guerra civil fue una confrontación apasionada, en la que ninguno de los dos bandos se quedó corto en los disparates, los asesinatos y los insultos. El conflicto armado provocó un monstruoso ajuste de cuentas sociales, políticas y personales, porque ninguna crueldad se ahorra en una guerra civil, donde los enemigos no son uniformes vistos a lo lejos, sino personas con nombres y apellidos.

La propaganda resultaba esencial para encorajinar contra los enemigos, y Franco se la confió al general José Millán-Astray, un amigo suyo dotado de mucha capacidad teatral y poco sentido común, curiosa combinación que enardecía a los legionarios y a los jovencitos, aunque resultara incapaz de transmitir cuatro ideas coherentes a públicos más hechos[13]. Franco, muy torpe en este campo, no era un líder político, sino un general antipático, reservado e incapaz de contar un chiste. Su concepto de la propaganda era tan simple que, cuando Hitler le regaló una emisora para fundar Radio Nacional, no nombró como director a un hombre de la prensa o de la cultura, sino al comandante de Ingenieros Manuel Arias Paz, convencido de que era la persona idónea para descifrar el misterio de aquel «diabólico» conjunto de cables, válvulas y condensadores.

Con semejante visión, los militares acabaron por perder el control de la propaganda, que pasó a manos de la Falange y de la Iglesia, mucho más capaces de moverse con soltura en tan resbaladizo territorio. Los falangistas trataban de imitar al fascismo,

inventor de la moderna manipulación de masas, y la religión ya tenía muchos siglos de experiencia en similares menesteres. Así, los falangistas y los curas llevaron la batuta de un adoctrinamiento apasionado y dogmático, que estimuló la moral de los franquistas y los convenció de que tenían razón. Al cabo de tres años de penalidades, miedos, muertes, victorias y proclamas sobre Dios y la Patria, creían haber librado una guerra decisiva para el futuro del mundo.

No se trataba de un hecho inédito porque un espejismo similar afectó a otros muchos combatientes durante siglos. Muchos soldados han creído que la guerra en la que se han jugado el pellejo resultaba capital para la historia de la humanidad. Hasta el extremo de que el mismo Cervantes definió la batalla de Lepanto, donde luchó como soldado y sufrió una herida que le inutilizó una mano, como «la más alta ocasión que vieron los siglos pasados, los presentes, ni esperan ver los venideros[14]».

Al cabo de tres años de denostar al enemigo y de autoadularse con las propias grandezas, los vencedores de 1939 estaban presos de sus mismas exageraciones. El Ejército que desfiló en Madrid aquel 19 de mayo estaba enamorado de sí mismo y casi todos sus oficiales de menor grado eran adolescentes que se creían camino del generalato. Alegres, satisfechos y aclamados, esperaban un futuro prometedor. Ilusión que no resistía el menor cálculo pues, en 1936, el Ejército tenía 98 generales y durante la guerra se habían promovido casi 30 000 oficiales nuevos. De manera que no habría entorchados para tanta gente y, por mucho que la cosa diera de sí, la mayoría se quedaría sin su porción del pastel.

Como la victoria nunca repara en las prosaicas matemáticas, aquellos jóvenes atrapados en el Ejército vencedor desconocían que, para la mayoría, el futuro no sería tan prometedor como esperaban. Igual que la madrastra de Blancanieves, se miraban en un espejo mágico, en el que sólo veían la imagen que ellos mismos querían contemplar. Nunca era cierta porque había pocas verdades en aquella España de la censura, la propaganda y el disimulo. La verdad de aquellos jovencitos con estrellas de oficial resultaba especialmente engañosa, porque miraban el mundo a través del entusiasmo de la victoria. Y la victoria siempre es un mal observatorio.

## LA MUTACIÓN DE LAS GENTES DE CAQUI

Los generales y los altos jefes vencedores habían sido los protagonistas del golpe militar que, tres años antes, provocó la guerra civil. En cambio, la gran masa de la oficialidad poco tenía en común con quienes eran militares antes de la guerra, y que pertenecían a un Ejército pequeño y anticuado[15], mayoritariamente monárquico y conservador, aunque no excluía a hombres con diferentes mentalidades y percepciones.

Durante la monarquía de Alfonso XIII los militares, a pesar del conservadurismo que imperaba en la profesión, no molestaban a sus compañeros liberales ni se enredaban con ellos en disputas políticas. A medida que progresaba el siglo aumentaron las tensiones sociales y los militares estuvieron a favor de mantener el orden sin enfrentarse entre sí hasta 1925, cuando se iniciaron las peleas de algunos de ellos a causa de las arbitrariedades de Primo de Rivera. Las tensiones internas ya no cesaron, decantándose los militares por diversas opciones, lo que terminó politizándolos. Meses antes de comenzar la guerra civil podían encontrarse en el cuerpo de oficiales antiguos palaciegos, unos cuantos aristócratas, soldadotes encallecidos en la guerra del Rif, apáticos y malhumorados burócratas, reformistas ilustrados, enredadores diversos e, incluso, activistas de derechas y de izquierdas.

El conjunto no era mayoritariamente partidario de las ideas democráticas, al contrario, los enemigos de la República eran numerosos, crecieron con el tiempo y acabaron sublevándose. Sin embargo, la institución conservó hasta entonces muchos recuerdos de un pasado más liberal y los libros escritos por los militares ilustrados ocupaban un lugar de honor en las bibliotecas de los casinos militares y salas de banderas. Las aficiones y afiliaciones se repartían también; muchos oficiales pertenecían a mundanas sociedades hípicas, círculos católicos y casinos elitistas, mientras que otros formaban parte de ateneos, sociedades culturales, clubes deportivos e instituciones científicas. A consecuencia de las tensiones, ilusiones y disgustos vividos durante la Dictadura y la República, la extrema derecha había proliferado en el Ejército, pero

también se había incrementado el número de militares liberales, republicanos e ilustrados.

Unos y otros convivían difícilmente, pero convivían, y la institución militar resultaba una mezcolanza que, en otros órdenes de magnitud, se correspondía con la diversidad y las tensiones del país. El mayor defecto de aquel Ejército era su escasa disciplina, lo cual resultaba grave, porque ésa es la principal virtud de los uniformados. Sin embargo, el problema era explicable por las graves tensiones sufridas por la oficialidad desde el golpe de Estado de 1923, cuando el general Miguel Primo de Rivera se pronunció y suspendió la Constitución. Aquel atentado a la legalidad, que fue tolerado por el Rey, desprestigió a la Monarquía y, en pocos años, enfrentó a Primo de Rivera y a sus seguidores con unos cuantos generales, parte del Estado Mayor, el cuerpo de Artillería y los oficiales liberales. Todo lo cual echó la disciplina por los suelos.

La Dictadura de Primo de Rivera no costó sangre porque el general no era un mal tipo. Aristócrata jerezano, más bien alto y guapo, imprudente, bien intencionado, aficionado al flamenco, al *fino* y a las señoras, impuso un régimen autoritario, aunque bastante suave y nada sanguinario. Al cabo de siete años en el poder, sintiéndose enfermo, cansado y abandonado por el Rey, se exilió a París, donde murió.

Apenas hubo entre Primo de Rivera y Franco otra coincidencia personal que no fuera la profesión militar, y sus dictaduras se parecieron poco, a pesar de contar casi con los mismos colaboradores, de defender iguales intereses y de aprovechar el primer franquismo muchas ideas primorriveristas.

Primo de Rivera, que había llegado al poder gracias a un golpe incruento, no arremetió en bloque contra los militares que no le eran adictos y los dejó vivir a su aire mientras no le crearon problemas. En cambio, Franco se aupó gracias a una guerra civil y borró del mapa a todos los militares liberales, reformistas y revolucionarios. Los demás se convirtieron en personas disciplinadas, temerosas y tan convencidas de que estaban en el lado de los justos que fueron capaces de defender durante el resto de su vida, como si fueran verdades irrebatibles, unos cuantos postulados forjados en el exaltado ambiente de la guerra.

El Ejército de la victoria estaba formado por colectivos bastante

diferenciados. En el grupo de mandos más antiguos figuraban algunos generales veteranos como Queipo de Llano, Dávila, Millán-Astray y Andrés Saliquet, que habían vivido la derrota de Cuba en 1898. La siguiente generación, escalonada entre general y comandante, eran los *africanistas*, hombres de acción de la guerra de Marruecos[16], donde se habían utilizado armas químicas contra las tribus, devastado y destruido las aldeas y mantenido costumbres salvajes como la decapitación, el asesinato a sangre fría; mientras los rifeños castraban a sus prisioneros, los legionarios cortaban a los suyos las orejas y, a veces, la nariz y los labios. Tras los africanistas se situaban los capitanes que, por edad, no pudieron combatir en Marruecos porque habían sido nombrados tenientes en los últimos años de la Dictadura o durante la República.

## OFICIALES «DE MOMENTO».

Hombres de estos tres grupos protagonizaron la sublevación de julio de 1936 y dirigieron la guerra civil. Como se trató de una guerra de masas, donde intervenían numerosos soldados, necesitaron ser auxiliados por miles de *alféreces* y *sargentos provisionales*, improvisados durante el conflicto civil. La mayoría eran estudiantes que, sometidos a una inflexible disciplina militar, no tuvieron arte ni parte en las cuestiones políticas, limitándose a pelear en el frente. Como tenían poca edad y la propaganda política era muy intensa, se impregnaron de los ideales exaltados de su bando, odiando a los «rojos» como si fueran parientes del diablo.

Los altos jefes militares no tenían intención de que, una vez terminada la guerra, esos muchachos continuaran en la carrera militar y tuvieron buen cuidado en colocar la palabra *provisional* acompañando a sus graduaciones, para hacer entender que sólo eran militares «de momento». Era ésta una práctica corriente en todos los Ejércitos modernos donde, después de terminar una guerra de masas, eran desmovilizados tanto los soldados como los oficiales que habían sido promovidos durante la contienda y que, una vez restablecida la paz, regresaban a sus actividades civiles.

Los militares españoles siempre se habían resistido a organizar una escala de oficiales de complemento bastante nutrida para

encuadrar un Ejército de masas. Se trataba de una precaución corporativa para evitar que los civiles se inmiscuyeran en el mando de la tropa. En cambio, los grandes Ejércitos europeos no dudaban en recurrir a este sistema, desde que los prusianos demostraron que resultaba la forma más barata de contar con todos los oficiales necesarios en un momento preciso, sin adquirir la obligación de pagarles una vez acabada la guerra[17]. De modo que se concedían estrellas y galones a los civiles cualificados para que encuadraran a la tropa en caso de movilización general, con la intención de despacharlos cuando ya no hicieran falta. La naturaleza del conflicto español de 1936 obligó a imitar esta medida extranjera, con la misma intención de licenciar a los ascendidos en cuanto las masas de soldados que habían sido movilizados para la guerra abandonaran el Ejército.

Los alféreces provisionales habían sido reclutados entre muchachos de clase media, que no fueron incluidos en el escalafón profesional del Ejército ni siquiera cuando ascendieron a teniente o capitán provisional por méritos de guerra. Así, terminaron el conflicto armado con estrellas que sus jefes consideraban prestadas, aunque muchos confiaban en que les premiarían los padecimientos del frente y su contribución a la victoria convirtiéndolos en militares efectivos, ya que no deseaban regresar a su posición de estudiantes o de señoritos sin oficio, al cabo de sufrir tres años de guerra y de verse convertidos en oficiales del Ejército vencedor, lo cual, de momento, sólo les proporcionaba mucho orgullo, ilusiones sin cuento, éxito con las chicas, algunos pequeños privilegios y un miserable sueldo de 333 pesetas mensuales.

## A VUELTAS CON LOS SARGENTOS

Peor trato que ellos recibían los *sargentos provisionales*, promovidos desde las filas de la tropa sin título de bachiller, y cuya situación resultaba peculiar. Durante más de un siglo, los brigadas y sargentos[18] habían constituido un grupo reivindicativo, empeñado en diferenciarse de la tropa[19] y aproximarse a la oficialidad. Como ésta, especialmente en Artillería, se resistía a sus demandas, las reivindicaciones empujaron a los sargentos hacia la izquierda, de

modo que en el
siglo XIX
simpatizaron con el partido progresista y en el XX con los republicanos. El año 1931, cuando Manuel Azaña fue ministro de la Guerra, creó para ellos el cuerpo de suboficiales, concediéndoles la propiedad del empleo y la posibilidad de ascender a oficial, intercalándose entre los tenientes de academia.

Tales derechos molestaban a muchos oficiales de carrera, aunque durante la guerra civil no pudieron privar a los suboficiales de las ventajas que les había concedido la República, contra la que estaban luchando. Aunque los jerifaltes de la revuelta disolvieron las sociedades de los suboficiales[20] y clausuraron sus casinos, el cuerpo de suboficiales sobrevivió, a pesar de ser obra de Azaña, aunque desaparecieron algunas de sus graduaciones, la posibilidad de ascender a oficial[21] y hasta la autorización para vestir ropas civiles durante los dos primeros años de la posguerra[22].

Su historia hacía políticamente sospechoso al cuerpo de suboficiales, pero miles de sargentos provisionales habían ganado la guerra y era imposible ignorarlos. Durante el verano de 1936, los sargentos de algunas guarniciones habían asesinado a sus jefes y existían grandes reparos a que los sargentos provisionales se integraran definitivamente en el Ejército. Los oficiales más conservadores recordaban que habían formado una base reivindicativa durante muchos años y no se deseaba repetir la experiencia ni siquiera con los sargentos provisionales que eran políticamente adictos[23]. Un reflejo de clase impulsó la liquidación de la peligrosa existencia de los suboficiales, aunque buscándoles alguna salida para compensar su fidelidad durante la guerra. En septiembre de 1941, cuando los oficiales provisionales ya habían completado su *transformación*[24] en militares de pleno derecho, se ofrecieron a los sargentos 10 000 plazas de Guardia Civil raso, que podían ocupar sin efectuar ningún tipo de examen previo[25].

Se trataba de una cicatera combinación que garantizaba un sueldo seguro a cambio de retroceder dos grados en la jerarquía[26], lo cual resultaba insultante en el mundo militar. A pesar de todo, muchos sargentos provisionales aceptaron aquella oportunidad que les permitía no regresar a la miseria del mundo rural de donde procedían. En el siguiente octubre se les ofreció otra pequeña

oportunidad cuando se anunciaron 500 plazas de agente del cuerpo General de Policía (la nueva policía secreta) destinadas a los oficiales provisionales, permitiéndose que, si alguna de ellas quedaba libre, pudieran cubrirla sargentos o falangistas, en pie de igualdad.

A partir de entonces, cesaron los repartos de botín para aquellos vencedores de segunda fila que, hasta dos años más tarde, no supieron si podrían «transformarse» en militares profesionales, conservando su categoría y su sueldo. Así se convirtieron en un colectivo obsesionado en consolidar su situación profesional, aceptando sin reticencias la inflexible disciplina de la época, siempre leales al régimen y a sus superiores militares. En compensación, estos hombres angustiados y maltratados solían ser muy duros con la tropa bajo sus órdenes, sintiéndose obligados a imponer a los soldados la misma disciplina irracional que ellos aceptaban de buen grado.

En 1936, los sublevados habían iniciado la guerra con las tropas que estaban en filas, a las que sumaron los guardias y voluntarios civiles que se pusieron de su lado. Para incrementar sus efectivos, ya el 3 de agosto iniciaron el reclutamiento de nuevos soldados forzosos, complementándolos con los numerosos falangistas y *requetés*[27] que se ofrecían voluntarios. Como los oficiales temían la indisciplina de estas milicias políticas, el 20 de diciembre de 1936 Franco las militarizó, sometiéndolas a la jerarquía castrense y al Código de Justicia Militar. Desde entonces, todos los falangistas y requetés fueron considerados soldados, hasta con su mismo haber de 3 pesetas diarias. En total, fueron unos 200 000 falangistas y 60 000 requetés los que conservaron durante toda la guerra sus propios símbolos, uniformes y canciones; sin embargo, los trataron como soldados, sus mandos políticos fueron sustituidos o convertidos en oficiales del Ejército y no se permitió que existieran unidades políticas superiores a un batallón[28]. Las milicias vestían el uniforme del Ejército con aditamentos propios; los falangistas con camisa y gorro azules, marcados con las divisas del yugo y las flechas; los requetés conservaban también sus símbolos históricos, empeñándose en combatir con la boina roja encasquetada en la cabeza, aunque atrajera el fuego enemigo, y sin perder las arcaicas costumbres de las pasadas guerras carlistas, como llevar un crucifijo

al frente de sus unidades y, prendido del uniforme, un *detente*, óvalo de tela donde estaban bordados un Sagrado Corazón[29] y la leyenda: «Detente, bala, el Corazón de Jesús está conmigo».

Durante la República, el servicio militar obligatorio duraba un año, pero durante la guerra el franquismo lo elevó a dos, ampliables a la duración de la contienda y a las movilizaciones que se considerasen convenientes. De modo que todos los hombres siguieron en filas hasta después de terminar la guerra civil, en una larga, dura y gratuita prestación de tres años, que, para muchos, fueron prolongados por las movilizaciones ocasionadas por la segunda guerra mundial.

## INFLUENCIAS COLONIALES

En la mentalidad de los militares de la Victoria influyeron enormemente los africanistas, a cuyo grupo pertenecían Franco y los mandos más importantes, acostumbrados desde muchachos a mandar las tropas coloniales, formadas por los mercenarios marroquíes de regulares, tiradores de Ifni y Mehal. las y los españoles y extranjeros integrados en la Legión. Los regulares y tiradores de Ifni eran regimientos indígenas pertenecientes al Ejército español, mientras que las Mehal. las dependían, teóricamente, del sultán de Marruecos y, en la zona española, de su delegado o jalifa y su Gobierno o *mazjem*. En la práctica, también eran regimientos sometidos a la disciplina militar española, porque dependían de la Dirección General de Marruecos y Colonias y sus mandos principales pertenecían al Ejército, aunque también existían bastantes oficiales, sargentos y cabos indígenas[30].

La Legión era otra historia. Fundada en 1920, Franco había mandado su primer batallón o bandera y, aunque aceptaba voluntarios extranjeros, la mayor parte de sus hombres eran españoles, procedentes de los sectores más desventurados de la sociedad que allí encontraban una especie de hogar y unos compañeros pintorescos, tan capaces de arriesgar la vida por ellos como de robarles la cartera o el tabaco, contradicción que aceptaban con un argumento muy simple: «Los legionarios somos así[31]». Todos los sargentos y los cabos procedían de las filas

legionarias, mientras que los oficiales eran mandos ordinarios de Infantería y sólo un pequeño número procedía de la tropa[32]. Esta fuerza adquirió gran prestigio durante la guerra civil, aunque nunca superó los 15 000 hombres en activo. Uno de cada cuatro legionarios resultó herido y 7674 murieron; el más castigado de sus batallones, la 4.ª Bandera, sufrió 1000 bajas en dos años y medio de campaña, aunque su plantilla se limitaba a unos 600 hombres, eso sí, renovados continuamente porque las bajas incesantes obligaban a reponer soldados sin parar.

Desde su fundación, la Legión había sido presentada como un cuerpo militar donde los delincuentes y marginados podían redimirse, gracias al espíritu de la unidad, el sacrificio y el combate. Los aduladores de Franco extrapolaron este modelo a toda España, asegurando que la guerra civil había redimido las culpas pasadas. Los oficiales con mando en la Legión fueron considerados como la quintaesencia de las virtudes castrenses y presentados como ejemplo a seguir por los militares jóvenes. El canon legionario contribuyó a exterminar en el Ejército cualquier valor democrático o, simplemente, tolerante.

Las fuerzas de origen africano fueron empleadas como tropas de choque durante toda la guerra, aunque respetando sus peculiares costumbres. Los tabores de marroquíes contaban con un servicio religioso destinado a lavar y a preparar a sus muertos para darles sepultura según los cánones islámicos, vestían sus peculiares uniformes, mantenían sus rezos y eran acompañados por un rebaño de ovejas, que les permitía contar con carne sacrificada de acuerdo con los mandatos coránicos. Por su parte, las banderas legionarias, dotadas de costumbres muy distintas y de un aire bronco que las distinguía por donde pasaran, solían desplazarse frecuentemente de unos frentes a otros. Sin embargo, cuando se estabilizaban en algún lugar, como sucedió en el frente sur de Madrid, mantenían en la retaguardia de sus posiciones un poblado donde vivían sus taberneros y prostitutas.

## NUEVA MENTALIDAD MILITAR

La guerra hizo desaparecer la tolerancia política entre los militares.

A pesar de sus distintas procedencias, símbolos y uniformes, el Ejército y las milicias fueron un bloque sometido al mando de Franco, donde la acusación de profesar ideas distintas a las del régimen supuso la represión inmediata. Así se configuró una nueva mentalidad militar, aunque el cuerpo de oficiales conservó muchas de las virtudes y defectos comunes que la profesión había consolidado en todos los Ejércitos con tradición.

La intransigencia política de los vencedores resultó absoluta. Ni siquiera aceptaron el término *guerra civil,* llamándola el Movimiento, la Cruzada o, simplemente, la Guerra. Libres de responsabilidad y alejados del remordimiento, echaron todas las culpas de la tragedia sobre el Gobierno del Frente Popular pues, según ellos, la sublevación del 18 de julio se adelantó a una revolución comunista a punto de estallar. Lo cual era pura fantasía pues, en julio de 1936, los comunistas eran cuatro gatos que, en las elecciones de febrero, sólo consiguieron 17 escaños para unas Cortes de 473 diputados y no tuvieron un solo ministro en los Gobiernos del Frente Popular.

El franquismo afirmaba haber derrotado, por primera vez, al comunismo internacional, contando con la ayuda de Dios, con el genio militar del Caudillo y con el valor de la Infantería española. Era esta última un cuerpo muy importante porque aquel Ejército primitivo contaba con cincuenta infantes por cada artillero. Las fantasías cuarteleras consideraban combatientes excepcionales a los soldados españoles de Infantería y aseguraban que, según un general alemán, la Infantería de Franco era la primera del mundo y la republicana, la segunda. Porque sus hombres, aunque rojos, también eran españoles, al fin y al cabo.

Por si fuera poco, los propagandistas más eruditos reforzaban el argumento con una cita clásica: «Para caballería, la francesa; para artillería, la turca, y para infantería, la española». Comparación críptica para quienes ignoraban qué pintaban allí los turcos. El misterio se desvelaba si se sabía que la frase aludía a los jinetes de Francisco I, a los artilleros de Mehmed II y a los tercios del duque de Alba. Una comparación con cuatro o cinco siglos de retraso no era mucho, tal como pintaban las cosas en

España[33].

Mientras Europa bullía en la carrera de armamentos, aquí no existía una industria militar moderna y era preciso mirar con los ojos cerrados en el espejo mágico de Blancanieves para creerse la mejor Infantería del mundo y que era posible compensar con intrepidez del corazón la falta de aviones, carros, camiones y navíos modernos.

## Información y propaganda

La nueva mentalidad militar se consolidó adaptándose a los valores tradicionales del Ejército, modelados por las órdenes de los mandos, la opinión imperante y las informaciones y comentarios de la prensa y la radio, que actuaban como portavoces del poder.

La guerra civil y el franquismo habían alterado, en negativo, las características del Ejército y eliminado a los militares intelectuales. Esta circunstancia conectaba con el lamentable panorama de un país que también había perdido sus elites. La intelectualidad militar fue arrasada por la guerra civil, hasta el extremo de que el libro militar más significativo de 1940 fue una reedición de *Estampa de capitanes*, de Jorge Vigón, compendio de consejos elementales para los oficiales jóvenes, sin demasiada profundidad, publicado por primera vez en 1927. Su autor era un militar reaccionario que abandonó el Ejército durante la República y formó parte de Acción Española[34], grupo de pensadores de extrema derecha que fabricó ideas para las peores tendencias del conservadurismo español. Reincorporado al Ejército durante la guerra civil, se amparó en la sólida sombra de su hermano Juan[35]. En 1947 publicó su única obra apreciable, *Historia de la artillería española*[36], gracias a la cual Franco, que nunca leyó el libro[37], lo consideró un gran técnico.

Recién terminada la guerra civil, el principal tema bibliográfico que interesaba a los militares era la justificación moral y la descripción del conflicto, cuya numerosa literatura impresa en el extranjero permaneció ignorada en España durante muchos años. Hasta 1940 se publicaron en el interior del país bastantes libros relacionados con la contienda, todos ellos fuertemente propagandísticos y marcados por la censura. El interés de los

lectores militares se centró en dos obras escritas por periodistas: *Historia Militar de la guerra de España*, de Manuel Aznar, e *Historia de la Cruzada Española*, de Joaquín Arrarás, libro que contó con la colaboración de Pérez Bustamante y Sáenz de Tejada[38]. Arrarás se había dado prisa en situarse y, ya en 1937, publicó en Burgos una biografía de Franco, inaugurando la saga de escritores hagiográficos del dictador, que se perpetuarían a lo largo de su vida. El culto a la personalidad resultaría tan intenso como lo serían en sus países los de Hitler o Stalin, con la diferencia de que Franco se aprovechó también de la propaganda religiosa y, como su mandato duró tanto tiempo, acabó convertido en la figura más mitificada que haya tenido el Ejército español en toda su historia.

Estos dos libros sobre la historia militar de la guerra, junto con otro debido a Lojendio, constituyeron las primeras explicaciones estratégicas del conflicto, escritas curiosamente por civiles y sin excesiva técnica, porque las obras escritas por militares aparecieron algo más tarde[39]. El segundo tema que despertó interés lector en los cuarteles fue la represión en zona republicana[40]. En cambio, la justificación religiosa de la guerra civil sólo pareció interesar a los militares acendradamente católicos, pues la mayoría eran creyentes formalistas que consideraban la cuestión plenamente justificada y se conformaban con cuatro lugares comunes[41].

A pesar de todo, tales libros sólo produjeron un pequeño impacto en el Ejército, porque el interés por la lectura nunca fue exagerado entre los militares; en los cuarteles, las abundantes horas muertas se dedicaban a jugar interminables partidas de dominó. Mayor capacidad propagandística que los libros tenían los periódicos y el cine. Los primeros, totalmente controlados y sometidos a la censura previa, se limitaban a repetir las consignas políticas y exaltar la figura de Franco, presentándolo como un personaje excepcional en la Historia.

El cine, de momento, se limitó a exhibir rancias películas españolas anteriores a la guerra, junto a documentales y materiales italianos o alemanes. Constituyó una excepción y un acontecimiento la película hispano-italiana *¡Sin novedad en el Alcázar!* Realizada en Cinecittà en el año 1940, en el marco de los acuerdos entre Franco y Mussolini, y dirigida por el italiano Augusto Genina, contó con los actores españoles Rafael Calvo y Carlos Muñoz, acompañados por la

francesa Mireille Balin y secundarios italianos. Tuvo asesores militares españoles y pretendió ser la réplica de *El acorazado Potemkin*, que había sido ampliamente exhibida en España durante la República. En la Mostra de Venecia recibió la Copa Mussolini. Fue declarada de Interés Nacional y se proyectó con enorme éxito, a pesar de lo cual la censura franquista suprimió un diálogo que aludía a la ayuda italiana para la victoria.

## DEPURACIÓN Y REPRESIÓN

A causa de la endogamia, el compañerismo y la vida en común, los oficiales suelen definir al Ejército como la «gran familia militar». Si es así, la guerra civil y la posguerra españolas demostraron que los peores odios se incuban entre parientes[42].

Los republicanos trataron sin piedad a los militares desafectos, pero los nacionales no fueron más caritativos. Sus consejos de guerra[43] juzgaron con mayor dureza a los antiguos compañeros que a los mismos civiles republicanos. Ya en los primeros momentos, los sublevados ejecutaron a seis generales, un almirante[44] y numerosos jefes y oficiales, algunos tan significativos como el comandante Ricardo Lapuente Bahamonde[45] y el capitán Arturo Álvarez Buylla[46]. A lo largo del conflicto, menudearon las ejecuciones de militares profesionales prisioneros, incluso cuando no habían tomado las armas. Sólo algunos indiferentes o republicanos tibios pudieron salvar la vida, a costa de ser encarcelados y expulsados del Ejército, como ocurrió con los generales José Fernández de Villa-Abrile, Nicolás Molero Lobo y Agustín Gómez Morato[47].

La victoria no terminó con las ejecuciones[48]. El espíritu de venganza fue el causante del fusilamiento de otros seis generales[49] y casi todos los oficiales profesionales capturados perdieron la vida, fueron encarcelados o expulsados por las juntas de depuración, que funcionaban desde diciembre de 1936. En 1939 ya no quedaban en el Ejército oficiales republicanos, izquierdistas ni liberales declarados; sólo unos escasos tenientes que habían permanecido en el campo de la República contra su voluntad se salvaron momentáneamente, tras un calvario de depuraciones y sevicias[50].

Lo cual no impidió que, años después, Varela o Muñoz Grandes, en sucesivas depuraciones, los expulsaran del Ejército.

También recibieron un duro trato los suboficiales, clases, guardias o carabineros que pasaron la guerra en la zona republicana y debieron comparecer ante implacables tribunales militares y comisiones depuradoras. De momento, lograron ser tratados con menos dureza que los oficiales y no fueron expulsados cuando pudieron demostrar que habían sido republicanos contra su voluntad. Aunque muchos también resultaron expulsados o licenciados en una segunda vuelta represiva, tres o cuatro años más tarde.

Los demás prisioneros corrieron suertes diversas. A menudo, los oficiales de milicias, comisarios de guerra y miembros de las brigadas internacionales fueron fusilados sin juicio. Los restantes capturados ingresaron en campos de concentración y en cárceles improvisadas donde padecieron incontables penalidades, agravadas por la angustia de las *sacas* para fusilamientos nocturnos[51]. Pasaron hambre, picaron piedra, soportaron el frío, los parásitos y los malos tratos. Sólo quedaban en libertad quienes lograban que dos significados partidarios del Movimiento les firmaran un aval. Los otros acababan ante un consejo de guerra o una comisión depuradora, que decidían su suerte sin miramientos. Algunos presos que temían seriamente por su vida se salvaron alistándose en la Legión, cuyos banderines de enganche visitaban los campos de concentración y ofrecían una esperanza a los desesperados. La promesa era cierta y antiguos republicanos, muy comprometidos, permutaron su pasado por la dura vida legionaria; algunos de ellos se adaptaron hasta el extremo de conseguir galones y hubo quien, al cabo de años, llegó a oficial de la escala legionaria. Una canción del cuerpo decía «nada importa la vida anterior». Y fue cierto para quienes aceptaron la implacable disciplina y el modo de vida de la Legión.

El resto fue a parar al paredón, a la cárcel, a los trabajos forzados o declarado libre de culpa. En este caso, quienes estaban en edad militar, quedaron convertidos automáticamente en soldados y enviados a frentes alejados. No se consideró válido el «servicio prestado a los rojos», aunque hubiera sido forzoso, de modo que muchos hombres hicieron la mili dos veces, una con la

República y otra con Franco, esta última, por lo menos, de dos años.

Contra su voluntad, también formaban parte del Ejército los prisioneros de guerra y los condenados a trabajos forzosos, entre ellos los encuadrados en el Servicio Militar de Puentes y Caminos de Cataluña, encargado de reparar las numerosas destrucciones que la última fase de la guerra había provocado en las vías de comunicación catalanas.

El 9 de junio de 1939, se instituyó la redención de penas por el trabajo, a la que podían acogerse los penados a razón de dos días de condena por uno trabajado. El 8 de septiembre se crearon las colonias penitenciarias militarizadas, organizadas en 110 «batallones de trabajadores». Dos o tres de ellos podían constituir una agrupación, encargada de obras concretas bajo la vigilancia del Ejército o la Guardia Civil. Mientras tanto, los soldados condenados a trabajos y los antiguos penados con la mili pendiente pasaron a «batallones disciplinarios de soldados trabajadores», cuyos miembros no eran considerados penados políticos sino militares sometidos a trabajos forzados. A medida que la guerra avanzó y, sobre todo, cuando hubo terminado, fueron necesarios menos soldados y más trabajadores; en consecuencia, muchos prisioneros, contra quienes no existían cargos, pero que tampoco resultaban derechistas evidentes, fueron enviados a cumplir su servicio militar en «batallones disciplinarios de soldados trabajadores», donde no estaban condenados, pero hacían la mili picando piedra. Así, les imponían hasta dos años de trabajos forzados por la vía de hecho, sin trámites y sin estar acusados de delito alguno[52].

## UNA MILI EN LOS DOS BANDOS

El reciclaje masivo de prisioneros se inició tras la conquista del Norte, cuando unos 100 000 republicanos fueron integrados en el Ejército de Franco. Esta práctica ya no se detuvo hasta el final de la guerra y la vida de los prisioneros republicanos integrados a la fuerza en tropas franquistas varió según las circunstancias. Algunos de esos soldados de dos Ejércitos nunca juraron o prometieron la bandera, porque un Ejército los envió al frente a toda prisa y el otro se olvidó del trámite porque no se le habían incorporado como

reclutas sino como soldados hechos y derechos, aunque fueran del otro bando[53].

Al incorporarse a filas por segunda vez, si no estaban fichados como políticos o sindicalistas notorios, prestaban una primera declaración ante otro soldado veterano, que la ponía por escrito. Un oficial revisaba luego los expedientes y, cuando no encontraba cargos, los nuevos soldados eran destinados a guarniciones lejanas de su lugar de origen, donde su suerte variaba según las circunstancias. Cuando llegaron a cuarteles pequeños que estaban alejados del frente y del recuerdo de la primera represión, generalmente fueron tratados como soldados corrientes y se movieron sin trabas, integrándose en el equipo de fútbol, la Acción Católica, el coro parroquial u otras entidades locales.

Resultó pintoresco el caso de muchos catalanes incorporados al final de la guerra y enviados a regiones del interior donde gran parte de la tropa era analfabeta. En 1939, todos los soldados franquistas con mediana cultura ya habían logrado ser cabos, sargentos o enchufados diversos; aquella tanda de catalanes bien educados, serios y trabajadores, fue recibida como agua de mayo y dedicada a las tareas de escribiente, furriel[54], telefonista o similares. En poco tiempo ocuparon los destinos de confianza y, como sus familias les enviaban algún dinero, frecuentaron los cafés más caros de la ciudad vestidos con sus uniformes de soldados rasos, ante el asombro de los parroquianos acostumbrados a que los soldados fueran desgraciados que no tenían ni donde caerse muertos. En Cáceres, cuando un falangista publicó en el diario local un artículo furibundo afirmando que estaba harto de oír hablar en catalán, el coronel del regimiento convocó al director, le aseguró que nunca había tenido soldados mejores y le conminó a que cerrara la boca[55].

No todas las situaciones de los antiguos republicanos resultaron tan idílicas y, en algunas guarniciones grandes, fueron tachados de rojos y sometidos a vejaciones y malos tratos. En general, padecieron mayores fatigas los soldados menos cualificados, incapaces de colocarse en un destino cómodo, mientras los más instruidos escapaban de la quema hasta extremos que serían increíbles en otros países.

Era costumbre en el Ejército pedir voluntarios con determinados

conocimientos, con el fin de enviarlos a destinos de responsabilidad. En los cuarteles de 1939, cuando se solicitaban voluntarios con formación cultural y conocimiento de idiomas, sólo se presentaban antiguos republicanos, porque los soldados nacionales con algunos estudios ya estaban colocados. En una ocasión, se pidieron voluntarios con instrucción y que supieran algún idioma. Aunque parezca increíble, cuando algunos republicanos reconvertidos se presentaron para la nueva misión fueron enviados al servicio de censura militar, instalado en el Palacio de Comunicaciones de Madrid, donde les encargaron de revisar la correspondencia civil. Tarea que se tomaron con aparente seriedad y ningún rigor, pues no existían controles sobre el trabajo de los censores. El balance de todo ello fue un servicio militar ajeno a los problemas de los soldados comunes, mientras estaban cómodamente enchufados en un servicio, teóricamente, de gran responsabilidad política.

Mientras los soldados bien colocados llevaban una vida soportable, sus compañeros anónimos de los regimientos padecían toda la dureza de la situación. La inflexible disciplina imponía frecuentes correctivos y reprensiones a los oficiales y suboficiales mientras que la tropa, además de los arrestos reglamentarios, recibía incontables fustazos, cintazos, capones y bofetadas, a pesar de que los castigos corporales estaban prohibidos en el Ejército desde 1828[56].

Es preciso enmarcar esta situación en las bárbaras costumbres de la sociedad de la época en la que, con la mayor naturalidad, los padres abofeteaban a sus hijos y los azotaban con el cinturón; los maestros pegaban a los niños («la letra con sangre entra») y les imponían castigos físicos como permanecer arrodillados, cara a la pared o con los brazos en cruz y algunos libros en la palma de la mano; incluso las monjas dedicadas a la enseñanza propinaban reglazos a sus alumnas. No resulta extraño que la institución militar, endurecida por una guerra civil reciente, cometiera tropelías semejantes.

La disciplina y la convicción política formaron un Ejército regido por la obediencia ciega y la fe en Franco. Sólo algunos de los generales que, antes de la guerra, habían sido sus compañeros o superiores, se atrevían a mantener discretamente sus propias opiniones políticas. Nadie los respaldaba porque, desde capitán

hacia abajo, todos los demás oficiales habían ingresado en el Ejército durante la guerra y no habrían apoyado a ningún general que se alzara contra el generalísimo. En cuanto a la tropa, era una masa sometida a una disciplina inflexible y cumpliría cuanto le ordenaban sus jefes, preocupada, sobre todo, por los permisos y por el lejano día de la licencia.

## IDEAS PARA UN PAÍS ARRUINADO

Mientras Europa se balanceaba al borde del precipicio de la guerra, los franquistas aseguraban que la democracia era un sistema caduco y que el futuro del mundo dependía de la lucha entre el fascismo y el comunismo. Despreciaban sistemáticamente a las potencias liberales; Norteamérica les parecía un país salvaje, culpable de la pérdida de Cuba en 1898, y dominado por negociantes ambiciosos; Francia, un Estado corrompido por los vicios; Inglaterra, el secular enemigo de la España imperial, era la patria, como se solía decir, de los «hijos de la gran… Bretaña». Parecían convencidos de que la Alemania de Hitler y la Italia de Mussolini, gracias a su superioridad espiritual y su potencia militar e industrial, se impondrían al comunismo y al capitalismo en la próxima guerra, cuyo prólogo había sido el Glorioso Movimiento Nacional.

Al terminar el gran Desfile de la Victoria, Franco había dicho: «Nosotros tenemos ahora que derribar la frivolidad de un siglo y desterrar hasta los últimos vestigios del fatal espíritu de la Enciclopedia». Era un hombre satisfecho, que se movía entre honores militares y multitudes que le aclamaban gritando su nombre. El espejo del régimen reflejaba su estampa oficial de salvador de una España en crisis que, gracias a su intervención, caminaba hacia el Imperio. Incluso a él mismo, y quizá más que a nadie, las imágenes falseadas por la adulación y la censura le empañaban el cristal mágico de Blancanieves.

La realidad era más cruda y España estaba destrozada. La guerra civil había dejado un saldo de más de 400 000 muertos, otros tantos exiliados, un número parecido de presos y miles de inválidos; se habían perdido medio millón de puestos de trabajo, las reservas de oro del Banco de España, medio millón de viviendas, entre las

destruidas y las dañadas seriamente, numerosos puentes, carreteras y vías férreas, el 41,6 por ciento de las locomotoras, el 40,3 por ciento de vagones y el 71,2 por ciento de coches de viajeros, más de la tercera parte de la marina mercante, el 34,3 por ciento del ganado vacuno, el 32,7 por ciento del lanar y el cabrío y el 50,6 por ciento del porcino, el 25,7 por ciento de la renta nacional y muchos de los mercados exteriores; el poder adquisitivo de la peseta se había reducido a la mitad, los gastos de guerra ascendían a unos 60 000 millones de euros de 2003 y se había contraído una deuda con Italia y Alemania que importaba el doble[57].

## VICTORIOSOS Y CANSADOS

En aquel cuadro de desolación, destacaban unas desmesuradas Fuerzas Armadas, producto de la guerra civil y desprovistas de respaldo industrial y económico. A lo largo del conflicto, Franco sólo había podido desarrollar las operaciones gracias a los suministros militares italianos y alemanes y a la gasolina y los camiones norteamericanos. Aunque pudo emplear libremente todos los recursos humanos y materiales de su zona, tardó tres años en derrotar al improvisado Ejército Popular, cuya organización, equipo y disciplina siempre fueron desastrosos. Su victoria militar de 1939 resultó aplastante, pero sólo fue posible frente a los desordenados republicanos y cualquier exportación al extranjero resultaba un sueño. España no podía combatir contra ningún Ejército moderno porque su enorme masa de soldados tenía el armamento desgastado, carecía de gasolina, municiones, equipo y el país estaba surcado por una red de carreteras y ferrocarriles deshechos. Como muestra de sus múltiples carencias, aquel millón de hombres sólo contaba con 54 cañones antiaéreos cuando la aviación ya se había revelado como un elemento fundamental de la guerra moderna. En cambio, existía una numerosa Caballería a caballo, que se había pasado de moda ante las alambradas y ametralladoras de la Gran Guerra y únicamente conservaban algunos Ejércitos anticuados, como el polaco y el soviético.

En el clima optimista de la victoria, el triunfalismo dominaba todas las manifestaciones públicas y privadas de los militares,

aunque estuvieran cansados de guerra y anhelaran recomponer sus vidas. Por debajo de las bravatas y los recuerdos de pasadas hazañas bélicas, todos deseaban la paz. En julio de 1939, Queipo de Llano, capitán general de Sevilla, hizo manifestaciones inconvenientes y Franco lo cesó de un plumazo, lo cual sembró la inquietud entre las guarniciones de las provincias cercanas, cuyas tropas fueron acuarteladas durante un par de días, mientras los peores rumores circulaban en voz baja. Nadie hacía comentarios públicos, pero todos temían que una rebeldía de aquel general alborotador provocara un nuevo enfrentamiento. El temor se extendió como una plaga entre los oficiales, hartos de líos, hasta que, el 29, la agencia EFE desmintió que Queipo de Llano hubiera huido al extranjero y el general declaró su fidelidad a Franco. Las noticias sobre el asunto sólo aparecieron en la prensa norteamericana; sin embargo, los rumores siempre son certeros en el Ejército y se propagan como la pólvora. Cuando se aclaró el panorama, los militares suspiraron aliviados; eran adictos al régimen y odiaban a los rojos, pero la mayoría ya no estaba para guerras civiles. Habían quemado tres años de su vida en una muy cruel.

Intervenir en una conflagración internacional tampoco era posible. El agotamiento de la población, el hambre, la ruina del país, el destrozo de las comunicaciones y transportes, la postración de la agricultura y la precariedad de la industria, impedían la implicación española en un conflicto moderno. Mientras Hitler y Mussolini se preparaban para una guerra industrializada, el principal activo militar de Franco era la miseria.

No parecía importarle. En sus discursos despreciaba el material de guerra moderno y afirmaba que lo único importante era el valor. Quizá porque, en la primavera de 1939, ya no temía a los enemigos internos y la única actividad armada de sus fuerzas se reducía a perseguir «huidos», grupos de republicanos que malvivían acosados en las montañas de Asturias, Andalucía, Ciudad Real, Galicia, León y Santander, los Montes de Toledo y la Sierra de Alcudia.

Más que los asuntos militares, le preocupaba la política, aunque decía despreciar a los «políticos profesionales». Bajo su mando, la política se convirtió en un servicio, que encargaba a los demás mientras él controlaba al Gobierno, como si fuera un coronel en la

junta económica[58] de un regimiento. Eso sí, siempre con una gran astucia y escasas concesiones[59].

## La gloria y la miseria

No fue un régimen militar sino una dictadura personal de Franco, que utilizó al Ejército como un instrumento a su servicio. Los militares y los falangistas[60] ejercían un cierto poder cuyos hilos terminaban en la mano del generalísimo, que se servía de ellos para dominar el sistema. Situaba a los militares en cargos que controlaban el partido, la Policía, los sindicatos y la administración, aunque sin peligro de que el Ejército pudiera sustituir al Estado, porque el Estado era él y los militares le estaban subordinados por la disciplina y el fetichismo personal. Controló a los generales mediante oficiales de mediana graduación instalados en todos los campos de poder[61]. Escarmentado en cabeza de Primo de Rivera, no puso al Ejército en el primer plano de la política ni le encargó del orden público, con el fin de evitar tanto su desgaste como su protagonismo. En cambio, utilizó a numerosos militares para controlar el Ministerio de la Gobernación, la Policía y la Guardia Civil.

El Ejército padecía la pobreza general del país, aunque los militares gozaban de notables privilegios. Durante la guerra, no faltaron alimentos en la zona de Franco, que comprendía las grandes regiones cerealistas. Al conquistar las grandes ciudades, como Barcelona, Valencia y Madrid, fue preciso alimentarlas a costa de los víveres disponibles. Con la victoria, el hambre se extendió a toda España[62]. Un hambre mal repartida, que fustigaba sobre todo a los vencidos, aplastados por la frustración, el miedo y la miseria. Los soldados nacionales, bien alimentados durante la guerra, al llegar la paz sufrieron la carestía que se extendía entre la población civil. Hasta que el hambre se enseñoreó de los cuarteles.

Cada regimiento contaba con un depósito de víveres, donde se suministraba la cocina de tropa y las familias militares podían comprar artículos a bajo precio, que les permitían sobreponerse a la penuria general, aunque su situación no fuera boyante. Los oficiales solteros gozaban de los mismos privilegios y organizaban una

cocina y un comedor comunes, administrados mensualmente por uno de ellos según la lista de antigüedad. Se trataba de una práctica tradicional, similar a la *mess* de los militares ingleses o franceses. Al ser administrada en común por todos sus miembros, era conocida tradicionalmente como *república de oficiales*. Este nombre, malicioso y divertido, no había despertado suspicacias bajo la Monarquía ni la Dictadura de Primo de Rivera; sin embargo, resultó intolerable para el franquismo y, de acuerdo con los nuevos tiempos, la *república de oficiales* fue rebautizada como *imperio de oficiales*, dado que la palabra *república* estaba maldita y, según los falangistas, en el *imperio* estaba el futuro. El sentido del ridículo no se contaba entre las nuevas sensibilidades.

## HAMBRE DE SOLDADO

El sombrío panorama del hambre no resultaba nuevo entre la tropa, afligida por una carestía histórica. El hambre era costumbre antigua, quizá endémica, de la grey militar española. Cervantes decía que el aliento de los soldados, «como sale de lugar vacío, tengo por averiguado que debe de salir frío[63]». La penuria militar también había dominado el pasado. Durante la guerra contra Napoleón, Castaños, nada menos que general en jefe español, se quejaba de no poder corresponder a las invitaciones de Wellington, pues «en mi mesa sólo hay pan». Un siglo más tarde, el conde de Romanones opinaba que, en caso de guerra, los soldados españoles llegarían al combate tan debilitados por el hambre que servirían de bien poco[64].

La situación se hizo especialmente penosa al terminar la guerra civil porque las 3 pesetas del haber diario del soldado[65] resultaban insuficientes a pesar de los depósitos de víveres. El pan constituía la parte más importante de la alimentación de la tropa, que, gracias a él, toreaba el hambre. Antes de la comida y de la cena se entregaba a cada hombre una barra llamada chusco[66] y, sin esperar a que se repartiera el rancho, muchos de ellos lo metían completo, a pellizcos, en sus vacíos estómagos, porque desde que se levantaban, de madrugada, no habían tomado más que un jarrillo de malta con leche y se les revolvían las tripas de puro aburridas. Los chuscos se

convirtieron en un elemento esencial de la vida militar; eran un pan moreno, de masa dura y mejor calidad que el vendido en las panaderías civiles, donde sólo había pan del racionamiento, que oscilaba máximo (sic) entre los 100 y 120 gramos por persona y día. Mientras el número y peso de los chuscos fue invariable, el suministro de pan a la población civil experimentó varios ascensos y descensos desde junio de 1942; a principios de 1944 llegó a mínimos de 59 y 111 gramos y, en 1945, regresó a los límites de 1940. Esta falta de pan explica que la picaresca derivase muchos chuscos hacia el mercado negro y que hasta sirvieran para que algunos soldados los cambiaran por tabaco o compraran los favores de prostitutas miserables.

En esta época del hambre, numerosos caballeros de industria medraron en torno al alimento. España se pobló de estraperlistas y el Ejército no fue ajeno a la situación. De los parques de intendencia y de los depósitos de víveres desaparecían los artículos y la calidad del rancho oscilaba según la honradez del personal de cocina. Existía una clara voluntad en los altos mandos para evitar los abusos, pero siempre puede más la picardía que los reglamentos. Con la intención de cortar los engaños se establecieron diversas medidas: un oficial «de vista y compra» debía presenciar el peso de todos los artículos destinados al rancho, una papeleta diaria consignaba el peso de cada artículo y su valor en calorías y proteínas, y una muestra de comida se daba a probar a los mandos antes de distribuirla a la tropa.

No servía de nada. También corren más los ladrones que los redactores de reglamentos. Existían mil modos de disimular los pesos y los cálculos de la potencia alimentaria porque se incluían los huesos, pieles y deshechos, mientras que la confección del rancho era deficiente y su presentación mucho peor. Algunas unidades medianas lograban alimentar a su tropa aceptablemente, pero el rancho de los grandes cuarteles recordaba las descripciones de Quevedo sobre las comidas que el dómine Cabra daba a sus pupilos. Aun así, y como no podía ser menos, se guardaban las formas y todo quedaba protegido por nombres suculentos y correctos. Se llamaba encebollado de carne a una mezcolanza de patatas medio peladas con huesos mondos y cebolla. Se conocía como cocido un hervido de garbanzos, patatas, huesos, nervios,

pellejos y trozos de tocino. Se describía como lentejas estofadas un caldo negro de legumbres sobre una base de piedrecillas. Todo cocinado en enormes marmitas y perolas de puro hierro, mal fregadas en cocinas sin agua corriente, llenas de humos y mugres, en cuyos desagües reinaban las ratas.

Mientras la pobreza impedía limpiar debidamente los alimentos, las ollas y los suelos, las palabras se esterilizaban a conciencia para que desapareciera cuanto no se ajustaba a la terminología del Glorioso Movimiento Nacional o correspondiera al idioma español más puro. El menú se llamaba minuta; la ensaladilla rusa, ensaladilla nacional o imperial; el filete ruso, filete alemán, y la tortilla de patatas, tortilla española, con el fin de distinguirla de la francesa, extranjera, liberal y probablemente masónica.

Lo peor del rancho llegaba una vez cocinado, porque muchos cuarteles carecían de comedor y la comida se repartía en el patio o en una explanada próxima. Al toque de fajina, los rancheros, con sus monos de color caqui manchados de grasa, sacaban las ollas y perolas renegridas de humo. Frente a ellos formaban los soldados, cada cual con un chusco o lo que quedara de él, una cuchara y un plato de aluminio con dos asas.

Cuando sonaba una corneta, los hombres acudían de tres en tres, cada uno con su plato de aluminio en la mano. Al primer hombre y al segundo les ponían la comida en sus respectivos platos; al tercero le servían el vino en el recipiente. Luego buscaban un sitio y comían en el suelo, en plato redondo, el primero y el segundo, alternando con sorbos de vino del tercer plato. Al terminar, cada cual limpiaba su aluminio con un poco de pan, arena o agua, si había suerte. Luego seguían la vida y la mili hasta que llegaba la hora de la cena. Que siempre era peor.

Todos los actos del cuartel eran obligatorios, excepto la cena, llamada «segunda comida», donde se había impuesto la costumbre de no obligar a los soldados a asistir. Muchos de ellos preferían evitarse los engorrosos trámites de la formación que precedía al reparto de una comida que, además de ser ridícula, era prácticamente incomestible. Sólo los más hambrientos iban a cenar porque quienes contaban con un trozo de chorizo, de tocino o de cualquier otra cosa con la que rellenar un trozo de chusco, preferían meter en el estómago un mal bocadillo y comérselo en libertad. Con

el paso de los años, a medida que aumentaron los recursos de la tropa, disminuyó progresivamente la asistencia a la cena cuartelera, que casi se redujo a un acto simbólico, destinado a cumplir con el horario.

A pesar de todo, algunos soldados encontraban mejor el rancho que la comida que podían encontrar en sus propios hogares, arruinados por la guerra y la miseria endémica. No consideraban insoportables las condiciones de los cuarteles ni se desesperaban ante los parásitos, cuyas multitudes poblaban la vida civil y militar de aquella España que, según decían, marchaba hacia el Imperio. Los cines, los teatros y hasta los taxis eran viveros de pulgas, mientras que las plagas de piojos arrasaban los colegios de niños y las colonias de chinches torturaban los hogares.

## EL HÁBITO NO HACE AL MONJE

Se hacía complicado alimentar y alojar al Ejército, pero también resultaba difícil vestirlo. Los oficiales y suboficiales contaban con uniformes aceptables porque pagaban su confección a un sastre; sin embargo, carecían de prendas reglamentarias para la lluvia y, hasta bien entrados los años cuarenta, en los días húmedos combinaron sus ropas militares con gabardinas civiles. Para que vistieran dignamente, estaba establecido que los militares devengaran una pequeña asignación mensual, llamada masita, destinada a costear el uniforme y calzado reglamentarios. Para combatir la tentación de dedicarla a otros menesteres, la masita no se pagaba directamente a sus beneficiarios sino que quedaba depositada en la caja del regimiento, donde se abonaban directamente las facturas de los sastres y zapateros.

Tanto los oficiales como sus familias se esmeraban en vestir correctamente y, aunque no fueran a la última moda, siempre mantenían la apariencia de pertenecer a la clase media acomodada. Como la necesidad aguza el ingenio, muy pronto utilizaron la masita para adquirir parte del vestuario ajeno al servicio y los sastres frecuentemente presentaron facturas por supuestos uniformes que, en realidad, podían corresponder a un traje civil o al vestido de primera comunión para un niño. Argucias siempre de

corto alcance, porque la masita era pequeña y no daba para mucho, pues los militares eran prolíficos y muchas sus necesidades, de manera que muchos uniformes usados, una vez despiezados y vueltos a coser, resucitaban como faldas y pantalones para los hijos, siempre teñidos de azul marino o marrón, los colores que mejor se fijaban sobre la tela caqui.

Los soldados padecían mayores penurias y recibían un mal uniforme de algodón, sin otro abrigo de campaña que el capote-manta; sus alpargatas de esparto se desgastaban rápidamente y resultaban inútiles ante la lluvia, la nieve y el frío. Les entregaban también un par de camisas, toallas, pañuelos, calzoncillos y calcetines, que no cubrían sus necesidades, de modo que su precariedad llegaba hasta lo más íntimo. Algunas de las prendas, como el capote-manta, ya habían servido para otros hombres y, como el regimiento las limpiaba muy sumariamente, presentaban un aspecto repulsivo desde el primer momento. Luego, los hombres se acostumbraban y acumulaban su propia mugre sobre la mugre del veterano, hasta que el capote pasara a un recluta del año siguiente. Los cuarteles carecían de lavandería o contaban con una obsoleta máquina de tambor anterior a la guerra, incapaz de limpiar nada, de modo que la tropa, cuando tenía dinero, se buscaba una lavandera y cuando no lo tenía, que era casi siempre, se lavaba la ropa en pésimas condiciones, en cualquier rincón del cuartel.

## EL JABÓN Y OTRAS PENURIAS

Los soldados se lavaban poco porque casi ningún cuartel tenía duchas; los escasos lavabos eran asaltados por una multitud, tras el toque de diana, único momento libre para lavarse a trompicones. Sin contar con los frecuentes cortes de agua y las averías, que debían soportarse con mucha paciencia y pocas manías. Durante el verano, si el cuartel estaba cerca de un río o de una playa, los mandos de servicio llevaban a los soldados al baño, formados y vestidos en ropa de instrucción. Una vez en el lugar, se colocaban vigilantes para alejar a los curiosos y se tendían cuerdas en el agua para que nadie alcanzase una profundidad superior a la altura de la rodilla. A un toque de corneta, la soldadesca se echaba al agua con

bromas y alboroto, remojándose hasta que otro toque mandaba salir; los hombres entonces se secaban y vestían para volver al cuartel. Cuando se habían bañado en un río, la operación daba cierto resultado. En cambio, si se habían remojado en una playa, regresaban con menos mugre, pero pegajosos por la sal del mar y el sudor de la caminata, que dejaban redondas manchas blancas sobre la ropa caqui.

Por el contrario, se exigía la mayor limpieza para los fusiles. Además de la revista mensual reglamentaria, las armas pasaban revista antes y después de cada guardia, ejercicio de tiro, desfile o acto similar y la mínima suciedad podía costar desde un par de gritos o un pescozón a un arresto.

Faltaban cuarteles para la numerosa tropa en filas y tuvieron que ocuparse castillos, fortalezas y caserones de todo tipo, incluidas escuelas, monasterios y palacios fuera de uso, donde los hacinados soldados esperaban aliviar sus penurias con los paquetes de comida y los giros enviados por la familia. Los hijos de campesinos recibían periódicamente embutidos, quesos, dulces caseros y artículos regionales como *torraos*, bellotas o castañas. A los más pudientes, les llegaban también giros postales, con cuyo importe mejoraban su vida, iban al cine, comían en la cantina y requerían los servicios de las numerosas mujeres pobres, que eran viudas de guerra o tenían el marido en la cárcel, y se ofrecían como lavanderas, alquilaban habitaciones o guisaban alimentos comprados de estraperlo.

La miliresultaba más suave para los soldados con dinero, cierta educación y un buen «destino», que les permitía evitarse el rancho y dormir los fines de semana en una casa particular o en una pensión, donde se vestían de paisano, una práctica oficialmente muy penalizada y perseguida por el oficial de vigilancia, cuyo celo, sin embargo, resultaba inútil en las ciudades grandes. Todas las desgracias y fatigas recaían en los soldados que eran más pobres e ignorantes o en aquellos que estaban fichados políticamente, a los que se les encargaban los trabajos más penosos del cuartel: la guardia, la limpieza de las letrinas, la cocina, el cuidado del ganado y las cuadras.

El Ejército vencedor vivía en plena miseria, con una sensibilidad más propia del Antiguo Régimen[67] que del
siglo XX

, porque los oficiales, a pesar de su mal sueldo, se consideraban aristócratas, mientras que la tropa figuraba en los últimos peldaños de la sociedad. La masa de soldados vegetaba hambrienta, sin sueldo y mal vestida. En el interior del cuartel calzaba sucias alpargatas y, en la calle, toscas botas de suela protegidas por clavos y herraduras, que resonaban contra el pavimento. Los zapatos herrados eran corrientes en muchos Ejércitos de la época, aunque existían notables diferencias. Los granaderos de la *Wehrmacht*, con sus uniformes impecables, taconeaban orgullosamente como si fueran diosecillos de la guerra; en cambio, los soldados españoles, sin un duro y vestidos con un ajado caqui dos tallas más grande, arrastraban sus herrajes sin ganas, gracia ni consuelo. Por si fuera poco, olían pésimamente, a causa de la escasa higiene de sus cuarteles. La falta de paga y la pobreza de sus familias hacían que tuvieran restringido hasta el jabón y sus ropas y su piel estaban impregnadas de la suciedad acumulada en los cuerpos de guardia, dormitorios y cocinas. Se decía que los gallineros de los cines[68] y las tabernas cercanas a los cuarteles «olían a soldado» y que muchas chicas no se dejaban acompañar por ellos para no ser mal vistas hasta por la gente más humilde.

## ENCHUFARSE O «PELAR GUARDIAS».

Esta pobre multitud soportaba las peores condiciones de la institución. Su pobreza, régimen de vida y falta de derechos no tenían igual si se comparaba su situación con los Ejércitos de países civilizados. Sin recursos para escapar a las arbitrariedades, los soldados procuraban buscarse cometidos que los apartaran de la masa de sus compañeros, que padecían las mayores fatigas. Ser escribiente, telefonista o asistente de un oficial eran enchufes apetecidos, porque excluían de casi todas las fatigas cuarteleras. Especialmente favorecido resultaba quien aceptaba ser asistente o criado de un oficial, pues vestía de paisano y no seguía el horario del cuartel. A cambio, colocaba su suerte a merced de la mentalidad de su jefe y de su mujer, que podían emplearlo en las tareas domésticas, el cuidado de los niños o dejarle libre después de algunos recados. En algunas ocasiones, la utilización del asistente

resultaba tan abusiva que parecía propia de otros siglos. Su éxito fue tanto que también los sargentos reclamaron algún privilegio parecido y se tomó la costumbre de que, en cada compañía, contaran con un soldado, conocido como ordenanza o machacante. Con el tiempo, esta palabra se convirtió en *machaca y pasó al ámbito civil, con especiales connotaciones en las cárceles y la jerga de los bajos fondos*.

Durante los años veinte, algunos oficiales habían escrito en revistas militares que la existencia de asistentes era una vergonzosa reliquia de otros tiempos y que los españoles eran reclutados para servir a la patria y no a los militares y a sus familias. Después de la guerra, nadie osó repetir estos argumentos y la costumbre del asistente se desarrolló con todo vigor hasta los años sesenta, cuando algunas unidades comenzaron a eliminar la figura. Poco a poco, la medida se extendió hasta que las mismas autoridades militares tomaron cartas en el asunto y prohibieron los asistentes. Aunque algunos coroneles hicieron de su capa un sayo y retuvieron algunos soldados para el servicio de su casa, la práctica se batió en retirada y, al final del franquismo, había prácticamente desaparecido.

La principal preocupación de los soldados se centraba en contar el tiempo que faltaba para la licencia y, mientras tanto, conseguir algún permiso para marchar un mes a su casa. Obsesionados con el final de la mili, los hombres marcaban los días de servicio que les restaba con tachaduras en un calendario, muescas en el cinturón o señales en cualquier objeto de uso diario. Quienes servían lejos de su familia disfrutaban de muy escasos permisos, generalmente un mes en toda la mili, de modo que, cuando la ambulancia evacuaba a un soldado con un ataque de apendicitis, fractura o mordedura de perro, sus compañeros lo envidiaban porque, al salir del hospital, le enviarían a casa de sus padres hasta que terminara la convalecencia, la cual podía suponer un mes de permiso suplementario. Y como tal oportunidad no se presentaba fácilmente, la tropa se dedicaba con el mayor entusiasmo a trabajar lo menos posible, costumbre históricamente implantada en los cuarteles, que los nuevos aires de la victoria no habían logrado erradicar.

Los dormitorios consistían en grandes naves, donde cabía una compañía de más de cien hombres; a aquella gran pieza abrían sus puertas algunos cuartitos, donde se ubicaban la oficina del capitán,

el cuarto del sargento de semana, la furrielería[69] y los lavabos y retretes. Cada soldado recibía ropa de cama, un jergón, un par de mantas, dos banquillos de hierro y tres o cuatro tablas largas para montar su cama, que sólo debía tener armada durante la noche o la siesta veraniega. El resto del tiempo, todos esos elementos estaban recogidos, formando una especie de catafalcos que servían de banco para sentarse, pero impedían estar acostado fuera de las horas permitidas. El mobiliario de los destartalados dormitorios se reducía a estos catafalcos, unas pequeñas taquillas donde guardar la ropa, y un gran armero clavado en la pared, donde se depositaban los fusiles, dos o tres botijos y una foto de Franco, colocada en el lugar preeminente.

Por si fueran escasas las desgracias, muchedumbres de chinches habitaban en las vigas, los muebles y las camas, y marchaban en procesión por las paredes de los dormitorios. Antes de acostarse, los soldados acostumbraban a pasar la llama de su encendedor por las tablas y banquillos de su cama e incineraban unas docenas de bichos. Auto de fe que apenas reducía la multitud preparada para chuparles la sangre durante el sueño. En ocasiones, cuando la plaga alcanzaba proporciones aparatosas, se taponaban las puertas y ventanas del dormitorio con papel engomado y un destacamento de sanidad quemaba azufre en unos braserillos. Al cabo de unas horas, se abrían las puertas y los soldados recuperaban su espacio, del que los chinches habían desaparecido. La tranquilidad duraba poco y, en un par de días, desde todos los rincones del cuartel, acudían legiones de parásitos a repoblar el territorio y restaurar el imperio perdido.

La tropa sufría también otras plagas, como los males venéreos, sobre todo ladillas y purgaciones contagiadas en sus cutres incursiones amorosas. Para prevenirlas, el médico del regimiento pasaba, mensualmente, una revista sanitaria, hacía fumigar el vello de los hombres y enviaba los infectados al hospital.

En el arruinado país, los hospitales militares eran lugares privilegiados con camas auténticas, sábanas limpias, buena comida y pan blanco. Los soldados se tomaban su ingreso como unas vacaciones y procuraban alargar la estancia ganándose la simpatía de alguna monja. Ellas mandaban sobre la vida diaria del centro, donde servían como enfermeras a las órdenes de los médicos

militares, atendían a los soldados con tanta dedicación como energía y, cada tarde, les hacían rezar el rosario. Procuraban redimir a los enfermos venéreos con disciplina y oraciones colectivas, que pronto surtían efecto, pues casi todos aquellos pecadores daban muestras de arrepentimiento, se confesaban, comulgaban y pedían formar parte del coro, ayudar en misa o participar en el ornato del altar de la Virgen. Sabían que una conversión bien administrada podía alargar su estancia en el hospital dos o tres semanas. Y probaban suerte con la monja.

## EL PRIMER MINISTERIO DEL EJÉRCITO

En el Gobierno de 1939[70], el general José Varela Iglesias[71] se hizo cargo del recién creado Ministerio del Ejército, donde residía el mayor y auténtico poder de Franco, porque la Marina y la Aviación tenían relativa importancia política. En septiembre, el ministerio se trasladó desde Burgos[72] a Madrid, donde Varela puso en marcha una gran reforma.

Gracias a ella fueron licenciados los reemplazos más veteranos, restablecido el grado de teniente general[73] y desmontados los últimos restos de las reformas militares de Azaña[74]. Para que nadie más que Franco pudiera controlar todas las Fuerzas Armadas, el Ministerio de Defensa[75] había sido dividido en otros tres ministerios, llamados respectivamente de Tierra, Marina y Aire, y, por si fuera poco, se creó un Alto Estado Mayor, para coordinarlos bajo la dependencia directa del presidente del Gobierno. Es decir, también de Franco[76].

La reforma redujo a 20 las 60 divisiones que había al término de la guerra, distribuyéndolas en 8 cuerpos de Ejército peninsulares, el Ejército de África y las tropas de África, Baleares y Canarias[77]. Como órgano consultivo, se creó el Consejo Superior del Ejército, formado por los más altos mandos militares de Tierra, que Franco sólo reunió en contadas ocasiones, cuando estimó muy graves las circunstancias[78].

Resultaba imposible sostener el enorme Ejército de la guerra, pero también el organizado por Varela. A pesar de la reducción de efectivos, la arruinada España dedicó una cantidad exorbitante a la

defensa y la seguridad, aunque los oficiales estaban mal pagados, los soldados no cobraban, comían un rancho pésimo, habitaban cuarteles desvencijados y el material y armamento eran un desastre.

Este Gobierno duró desde 1939 a 1945 y distribuyó sus gastos en tres presupuestos, llamados Ordinario, Extraordinario y Gastos de Guerra. Sumándolos, los gastos de defensa consumieron entre el 35,20 y el 45,60 por ciento del presupuesto estatal, con una media anual del 41,62 por ciento y la cota más alta en 1943, cuando parecía que España entraría en la guerra mundial. La parte del león correspondió al Ejército de Tierra, que recibió entre el 17,42 y el 36,38 por ciento del presupuesto estatal, con una media anual del 27,12 por ciento. A las fuerzas de orden público se les asignó entre el 5,56 por ciento y el 8,03 por ciento del presupuesto estatal con una media del 6,77 por ciento[79].

Varela controló y organizó los 1 020 500 hombres del Ejército y las milicias que habían finalizado la guerra, cuyo número redujo mientras domesticaba a los inquietos, reprimía a los sospechosos y hacía confeccionar interminables listas de ascensos, destinos[80] y pensiones para viudas, huérfanos o mutilados. Como un ángel exterminador, impulsó miles de expedientes y procesos que desencadenaron oleadas de expulsiones, retiros forzosos y pases a la «escala complementaria», una vía muerta creada para congelar a los militares políticamente tibios. Cerraban la espiral represiva los tribunales de honor, suprimidos por antijurídicos en la Constitución republicana de 1931 y restaurados por un decreto de Franco, el 17 de noviembre de 1936. La militarización de la vida española extendió dichos tribunales a diversas corporaciones civiles como los abogados del Estado, fiscales, ingenieros de caminos o agentes de cambio y bolsa, entre otros[81].

## PROVISIONALES PARA RATO

Durante la guerra, el Ejército había improvisado unas cuantas academias donde instructores españoles y alemanes proporcionaron a los alumnos más capaces conocimientos imprescindibles para convertirse en oficiales. El acceso estaba reservado a quienes tuvieran el título de bachiller, pero también fueron admitidos

aquellos que juraron por escrito poseer la titulación, aunque no la acreditaban por encontrarse su expediente académico en «zona roja». La sabiduría impartida a los alumnos no fue muy extensa porque interesaba remitirlos al frente cuanto antes y sólo se les exigió disciplina, obediencia, ascendiente sobre la tropa y valor para dejarse matar cuando hiciera falta. Acabado su corto período de instrucción, eran nombrados alféreces provisionales y destinados a una unidad armada, donde los aceptaban bien siempre que demostraran su valor en el combate. Generalmente lo hacían pronto y suplían su falta de conocimientos militares con temerarias demostraciones que a menudo les costaban la vida, justificando el dicho: «Alférez provisional, cadáver efectivo». Los sargentos provisionales fueron formados en escuelas de similares características, con menores exigencias académicas, impartiéndoles una formación más breve.

Fueron promovidos 29 023 alféreces provisionales[82], de los cuales, al terminar la guerra, regresó a la vida civil una minoría perteneciente a las clases más adineradas o cursando un curso adelantado en una carrera de buenas perspectivas. Otros siguieron en filas porque no los licenciaron o porque deseaban convertirse en militares profesionales, mientras que una cantidad notable prefirió convertirse en funcionarios civiles, ocupando las plazas de donde habían sido desalojados los republicanos o los sospechosos de serlo, todos los cuales perdieron sus trabajos públicos[83]. Los oficiales supieron que podrían participar en el reparto del botín desde que a los soldados excombatientes nacionales comenzaron a asignárseles todas las plazas vacantes de subalterno, escribiente, sepulturero, guardia municipal, cartero, sereno y similares.

Casi todos los alféreces provisionales eran muy jóvenes y muchos fueron obligados a permanecer en filas cuando estalló la guerra mundial. Procedentes, en su mayoría, de familias de la clase media de ciudades pequeñas o medianas, asumieron con entusiasmo los dogmas del franquismo militar, nacionalista, antiliberal, anticomunista y formalmente católico[84]. Tras no pocos sobresaltos, muchos pudieron convertirse en militares profesionales o funcionarios del Estado, los sindicatos falangistas o los ayuntamientos, pero prácticamente todos, independientemente de ser militares, funcionarios o ciudadanos particulares, constituyeron

el núcleo más irreductible del partido franquista.

## EL ALMA DE LOS SOLDADOS

Durante la guerra, tanto los batallones franquistas como los de *gudaris* vascos contaron con capellanes y, terminada la contienda, la Ley del 12 julio de 1940 restableció el cuerpo eclesiástico del Ejército[85] y le encargó alfabetizar a la tropa, celebrar la misa dominical y pronunciar las charlas religiosas, que eran obligatorias para los soldados y cabos. Los capellanes también dirigían anualmente los ejercicios espirituales y el cumplimiento pascual, en cuya misa comulgaba el coronel del regimiento, seguido por todo su personal, sin que pocos soldados se atrevieran a permanecer inmóviles en su puesto mientras la riada de sus compañeros se dirigía al altar. Aquel solemne acto fomentó numerosos sacrilegios.

La consolidación política y religiosa propició una nueva simbología, decretándose cuáles debían ser los himnos y banderas del Movimiento, la construcción del Valle de los Caídos y las grandes fiestas oficiales, pero también recuperaron su valor antiguas ceremonias y festividades. Así, cada cuerpo militar recuperó el santo patrón —que había suprimido la República—, cuya festividad se convirtió en un acontecimiento celebrado con misa solemne, desfile, rancho extraordinario para la tropa y un baile de gala para los oficiales, que, en las pequeñas ciudades, constituyó un notable acontecimiento social y contribuyó a mantener la apariencia de que los militares eran todavía un grupo de la aristocracia. Lo cual ya no era cierto, porque la nobleza había abandonado la profesión militar durante el siglo XIX. A principios del siglo XX, los pocos nobles que servían en el Ejército[86] tenían predilección por la Caballería y la Artillería y rehuían la Guardia Civil. Sin embargo, en muchos Ejércitos europeos los oficiales conservaban modos de vida aristocráticos y muchos militares españoles se consideraban herederos de los antiguos nobles. Durante el absolutismo, el grado de capitán equivalía a una ejecutoria de

hidalguía. Este antecedente se utilizó después para acreditar que el ejercicio de las armas ennoblecía. Los alumnos de las academias militares fueron denominados «caballeros cadetes». Millán-Astray denominó «caballeros legionarios» a los marginados y delincuentes que reclutaba la Legión. Por último, los inválidos de guerra del bando nacional fueron denominados «caballeros mutilados».

## El problema del material

Al finalizar la guerra civil cesaron los envíos de materiales italianos y alemanes, de modo que el Ejército debió conformarse con los automóviles, carros de combate, blindados y armas sobrantes del conflicto. Se trataba de un rompecabezas muy desgastado, que urgía clasificar y recomponer, ante la amenaza de una guerra europea. Los fusiles, en su mayoría sencillos y robustos Mauser, funcionaban a pesar de su desgaste, pero el panorama era malo en las piezas de artillería y pésimo en las ametralladoras. De los camiones, sólo resultaban fiables los Chevrolet y los Ford, comprados por los franquistas durante la guerra, y los ZIS rusos capturados a los republicanos, en cuyo frontis figuraban las tres letras cirílicas de la marca, cuyo dibujo parecía decir 3HC y que, según la filología cuartelera, significaba «Tres Hermanos Comunistas».

Durante el conflicto, habían llegado a España unos 900 carros y blindados rusos y 300 italianos y alemanes, de los que oficialmente quedaban 651. Más de la mitad fueron desguazados para completar los vehículos restantes, de modo que el material alemán y ruso se agrupó en 5 regimientos de carros de combate, situados respectivamente en Madrid, Sevilla, Barcelona, Pamplona y Laucién, que fueron entregados a la Infantería.

El general Monasterio había mandado una columna de Caballería al principio de la guerra y, luego, la primera división del arma[87]. Era una persona de ideas tradicionales, a veces pintorescas, que, cuando fue jefe de las milicias de Falange, pretendió que los falangistas catalanes llevaran barretina en vez de la boina roja. Secundado por otros mandos de Caballería, se había opuesto a que los jinetes recibieran los ingenios acorazados porque la verdadera Caballería debía montar en caballos de sangre y

suponía una falta de valor esconderse tras una plancha de acero. Gracias a estas manías, la Infantería se quedó con todos los carros y con un escuadrón de camiones blindados, que pasó a los Tiradores de Ifni[88], mientras el arma[89] de Caballería sólo recibió camiones blindados rusos y minúsculos carros italianos Fiat-Ansaldo CB 3-35, pasados de moda.

## TÉCNICA Y POLÍTICA

Como no existían modernos servicios técnicos, Varela creó el cuerpo de Ingenieros de Armamento y Construcción[90], una escala de especialistas y una escuela de aprendices en cada fábrica militar con más de cien obreros[91]. Esta modernización encubría también la inconfesada intención de satisfacer los celos que Varela, Franco y los africanistas de Infantería sentían contra los oficiales de Artillería e Ingenieros, tradicionalmente conocidos como «cuerpos facultativos». Cuando Franco y sus amigos fueron alumnos de las academias militares, los cadetes de Infantería y Caballería cursaban tres años en las respectivas escuelas mientras que los cadetes de los «cuerpos facultativos» cursaban cinco años y, a cambio, obtenían el título de ingeniero civil juntamente con su despacho de oficial. Ello les permitía presumir de instruidos y conservar algunas sólidas tradiciones; los artilleros dirigían, además, las fábricas de armas, y los ingenieros, las fortificaciones, puentes y demás obras militares. Artilleros e ingenieros miraban por encima del hombro a los militares de las «armas generales», Infantería y Caballería, y, si lo deseaban, podían acceder con cierta facilidad a ocupaciones técnicas civiles bien retribuidas.

En 1925, Primo de Rivera y sus partidarios habían arremetido contra los artilleros, muchos de los cuales se hicieron republicanos, de modo que Azaña restauró sus prerrogativas. Pasada la guerra civil, los antiguos primorriveristas volvieron a la carga y Franco decidió arrebatar a los artilleros e ingenieros todos los cometidos que no fueran propiamente militares. Para ello creó el mencionado Cuerpo de Ingenieros de Armamento y Construcción[92], que se encargó de dirigir las fábricas, obras y establecimientos industriales

del Ejército mientras los oficiales de Artillería se concentraban en los cañones y los de Ingenieros en la fortificación de campaña y las transmisiones de combate. La reforma también fue impulsada por el hecho de que los oficiales de Artillería e Ingenieros procedentes de la Academia General que había dirigido Franco y casi todos los provisionales carecían del correspondiente título de ingeniero civil.

Si graves eran los problemas de material en el Ejército, en la Marina resultaban dramáticos. Contaba con 6 cruceros, 18 destructores y 2 submarinos anticuados o desgastados y 3 en construcción[93]. Una lista naval minúscula si se comparaba con la flota italiana que, durante la segunda guerra mundial, encuadró 6 acorazados, 18 cruceros, 40 destructores y 98 submarinos[94]. Se pensó que Italia podía contribuir a formar una nueva marina española y Galeazzo Ciano ofreció a Ramón Serrano Suñer planos y asistencia para construir en España 4 acorazados de 35 000 toneladas. El general Rotundi, jefe de las Construcciones Navales, llegó a España el 30 de septiembre de 1940 para entablar negociaciones y viajó a Italia una misión presidida por el amigo de Franco, Juan Antonio Suances. Sin embargo, el trato no se cerró porque los italianos pretendían convertirse en proveedores exclusivos de la marina española[95].

La Aviación no ofrecía mejor panorama. Dependió del Ejército hasta agosto de 1939[96] y contaba con más de 500 aviones de combate de tipos muy diversos, destacando los Fiat, Romeo, Heinkel, Dornier, Savoia y Messerschmitt, porque Mussolini dejó en España todo el material que había participado en la guerra y Hitler sólo una parte. Existían también los aparatos republicanos capturados, entre ellos, 25 *Ratas* y unos 200 *Chatos* en fase de montaje. Todos los demás estaban muy desgastados, apenas había repuestos y faltaba el respaldo de una industria aeronáutica propia[97].

Si el material era precario, la técnica militar no era mejor. Seguía en vigor el Reglamento Táctico de Infantería del 6 de octubre de 1926, que recogía las enseñanzas de la guerra de 1914-1918, modificadas por algunas instrucciones del Estado Mayor en 1940. A pesar de las experiencias de la guerra civil y del tremendo impacto técnico de la segunda guerra mundial, esta situación se

mantuvo durante más de veinte años, rigiéndose la instrucción militar por sucesivas «normas provisionales», que se publicaban de tarde en tarde. Hasta 1956 no se publicó la *Doctrina para el Empleo Táctico de las Armas y los Servicios*, que señaló las normas básicas para el combate y permitió redactar diversos reglamentos, siempre muy tardíos y con la general característica de ignorar que existían las armas nucleares hasta bien entrados los años sesenta.

Varela, cuya autoridad se reducía al Ejército de Tierra, desmovilizó a los empleados de ferrocarriles, pero devolvió el carácter militar al cuerpo de Intervención. Reorganizó y puso en funcionamiento escuelas para las enseñanzas superiores del Ejército[98] y creó el batallón del ministerio, el cuerpo de Farmacia Militar y el regimiento de la guardia de Franco[99]. Una de sus más pintorescas resoluciones se refirió a la cría caballar, que había sido un coto cerrado del arma de Caballería. Durante muchos años, el Ejército se había interesado por la mejora de las razas equinas, con el fin de contar con suficientes y buenos caballos de silla, tiro y mulos. Para ello existía un servicio de Cría Caballar, dirigido por oficiales de Caballería, auxiliados por veterinarios militares y los suboficiales remontistas, encargados de regentar las «Paradas de Sementales», *meublés* equinos que se instalaban periódicamente en los pueblos para que los caballos del Ejército se apareasen con las yeguas civiles de ganaderos particulares. Resultaba anacrónico que el Ejército monopolizara semejante cuestión y Azaña, por indicación del político y veterinario Félix Gordon Ordás, traspasó este servicio al Ministerio de Agricultura, con gran indignación por parte de los oficiales de Caballería, que perdieron muchas plazas y algunas sinecuras como las yeguadas militares y los depósitos de recría y doma. Con el fin de satisfacer sus demandas, Varela reconstruyó el sistema desmontado por Azaña y devolvió al Ejército la prerrogativa de controlar los asuntos sentimentales de los caballos.

Mientras la reforma militar se ponía en marcha, en Europa comenzaba la segunda guerra mundial. Los militares españoles opinaban apasionadamente sobre los acontecimientos europeos, aunque estaban cansados de guerra y conocían la pobreza de su Ejército, por mucho que se engañaran mirándose en su trucado espejo de Blancanieves.

Sólo unos cuantos fanáticos y los jerarcas falangistas clamaban

por intervenir en el conflicto que prendía en Europa. Deseosos de unirse, cuanto antes, al carro de Hitler, argumentaban que España contaba con un gran Ejército, entusiasta, fogueado y victorioso, apto para medirse en los campos de batalla europeos donde se preparaba la tormenta.

Ese gran Ejército existía, pero era un gigante cansado y descalzo, sentado sobre un montón de chatarra.

# Capítulo II

# Pasmados por la «Blitzkrieg».

## Una guerra diferente

Durante la campaña española, mientras soportaban de mala gana la bovina estrategia de Franco, los alemanes habían ensayado sus nuevas armas y métodos de combate[1]. En 1939, prepararon un ataque contra Polonia dispuestos a practicar lo contrario de cuanto habían visto hacer sobre la piel de toro. Todavía les faltaban algunos años para completar su programa de rearme, necesitaban sustituir los carros de combate Panzer I[2], que en España se habían mostrado inferiores a los
T-26B
y
BT-5
soviéticos[3], y deseaban reemplazar los aviones más torpes de la Luftwaffe por las nuevas estrellas aéreas: el caza Messerchmitt BF 106 y los bombarderos Heinkel
He-111
y Junkers
Ju-87
Stuka[4], todos ellos probados y acreditados en España.

Su principal proyecto estratégico era la *Blitzkrieg* o guerra relámpago, basada en la sorpresa y la velocidad, que pensaban

aplicar contra la vecina Polonia, cuyo Ejército estaba tan anticuado que centraba su fuerza de elite en una numerosa Caballería a caballo[5]. Hitler decidió que, en un choque con los polacos, la *Blitzkrieg* podía compensar con creces las deficiencias alemanas y, en consecuencia, la Wehrmacht invadió Polonia el 1 de septiembre de 1939, a los seis meses justos de acabar la guerra civil española. Ante la inesperada agresión, Inglaterra y Francia declararon la guerra a Alemania, Italia se proclamó «no beligerante» y España, neutral.

El ataque alemán combinó violentas acciones aéreas con rápidos avances motorizados, desconcertó a los polacos y sorprendió a los estados mayores extranjeros, acostumbrados a la estrategia y táctica tradicionales[6]. Los nuevos métodos de combate resultaban tan sorprendentes que provocaron noticias tremendas. Decía la gente que los lanceros polacos habían cargado contra los carros enemigos y que los cadáveres de un húsar polaco y su caballo habían sido enviados a Berlín para ser embalsamados y metidos en vitrinas del museo militar. Se trataba de exageraciones[7], sin embargo el Ejército polaco fue aplastado en pocos días; el 8, las vanguardias alemanas llegaron a los suburbios de Varsovia, que sufrió una semana de furiosos bombardeos, y el 17, la resistencia polaca fue rematada por tropas rusas que también invadieron el país, en virtud del pacto germano-soviético del 27 de agosto de 1939, cuyas cláusulas secretas delimitaban sus zonas de intereses en Europa oriental. Unos 800 000 soldados polacos pudieron escapar al extranjero, mientras que sus compañeros eran capturados por los alemanes o por los rusos, que se repartieron Polonia como buenos amigos.

La campaña de Polonia causó tanta sensación en el Ejército español como si la victoria fuera propia. Los oficiales eran germanófilos, consideraban culpable a Polonia y leyeron satisfechos las noticias de la guerra, acompañadas por fotografías que les eran familiares, donde aparecían los antiguos amigos de la legión Cóndor con sus aviones, sus automóviles, sus cañones antiaéreos del 8,8 y sus carros
Panzer I
, aquí conocidos como *negrillos*.

La guerra civil española había sido presentada como una

cruzada en defensa de la religión católica amenazada por el marxismo ateo. Con la victoria, la población fue recristianizada (sic) a toda prisa[8] y la presión religiosa resultó muy intensa en las fuerzas armadas; el 19 de noviembre de 1936 se restablecieron los beneficios militares que la República había suprimido a los sacerdotes y seminaristas católicos; el 6 de diciembre, se ordenó la reconstrucción del cuerpo de capellanes castrenses y su incorporación a las unidades armadas. Durante la guerra, todos los batallones contaron con su propio capellán y la Marina tomó la medida con tanto entusiasmo que embarcó a un cura o un fraile hasta en los pequeños barcos que nunca habían tenido sacerdote[9].

Sin embargo, nadie abrió la boca cuando los nazis ateos o luteranos, aliados con los comunistas soviéticos, invadieron la católica Polonia y numerosas iglesias fueron bombardeadas, dañadas o saqueadas. Meses más tarde, Franco regaló a algunas diócesis españolas objetos de culto usados, destinados a suplir la falta de los «robados por los rojos». En círculos eclesiales se comentó que aquellos vasos sagrados de segunda mano procedían de Polonia y eran una donación del Führer al Caudillo. Nadie explicitaba que habían sido robados a las iglesias católicas, pero todos se daban por enterados.

## LOS RUSOS SON EL ENEMIGO

A pesar de la victoria alemana, el franquismo se inquietó ante la postura de los ingleses y franceses y José María Doussinague, director de política exterior, pensó que España podría encabezar un grupo formado por Italia y los neutrales, para lograr un arreglo entre Alemania y las democracias en un frente unido contra la URSS. A tal fin redactó un plan, que fue aprobado por Franco y Juan Beigbeder, su ministro de Exteriores, deseoso de no implicar a España en la guerra[10]. Naturalmente, ningún país extranjero atendió a las fantasías de Madrid, mientras que los falangistas insistían en sus proyectos de alianza con Alemania para ocupar Gibraltar, Orán, la costa atlántica de Marruecos y otros territorios africanos en manos de Francia. Su propuesta no disgustaba a los generales, ya que todos habían pasado parte de su vida militar en

Marruecos y generalmente odiaban a los colonialistas franceses. Sin embargo, se mostraban reticentes porque conocían las grandes deficiencias militares españolas y sabían que entrar en la guerra no resultaba tan sencillo como decían los falangistas.

El temor a la URSS se encrespó cuando, el 30 de noviembre de 1939, su aviación bombardeó Helsinki y otras ciudades de Finlandia, mientras 300 000 soldados cruzaban la frontera. La prensa española publicó fotografías de centinelas fineses subidos a los árboles y de los soldados rusos con sus grandes capotes, gorros de piel, gorras de plato y *budienkas*. Pronto se supo que éstos se movían torpemente en un territorio cubierto de bosques, lagos y pantanos y que fracasaban en los cuatro frentes donde habían atacado porque sus mandos más cualificados habían sido eliminados en la última purga de Stalin. A finales de diciembre, los invasores estaban acosados por las fluidas patrullas finesas, que, acostumbradas al hielo y la nieve, se movían sobre esquíes y transportaban sus armas y equipos en trineos tirados por renos. En los cuarteles españoles se vivió el fracaso soviético con la misma alegría que la derrota polaca.

La Sociedad de Naciones expulsó a la URSS, pidió ayuda internacional para Finlandia y varios países enviaron dinero, material y armas; sin embargo, los fineses necesitaban hombres y sólo recibieron unos pocos voluntarios. Mediaba enero del 40 cuando los rusos se recuperaron y, el 1 de febrero, lanzaron una ofensiva con 600 000 soldados y numerosa aviación; dos semanas más tarde rompieron el frente y, el 2 de marzo, tomaron Viborg. El 12, la derrotada Finlandia debió firmar la paz de Moscú, que le impuso onerosas concesiones.

## REPARTIR LA VICTORIA

Para los militares franquistas, la Unión Soviética constituía el enemigo principal y las noticias los mantenían en vilo. Ellos vertebraban el verdadero poder del régimen, distribuyéndose en cargos militares, políticos y administrativos porque sobraban en el Ejército, pues España tenía un 47 por ciento más de oficiales que Francia, con todo su enorme imperio colonial[11].

Públicamente dominaba el discurso falangista; sin embargo, los militares, más que a Hitler y a los nazis, admiraban a sus propios colegas alemanes y a los héroes del momento, como el general Heinz Guderian y el comandante de submarinos Prien. Desde el principio de la guerra, los intereses del Ejército habían chocado con los de la Falange, que llevó las de perder. Los militares sublevados deseaban restablecer la España anterior a la República, eliminando todas las modernizaciones introducidas por la izquierda, y su sentido conservador y disciplinado se inquietaba cuando los falangistas invocaban a su futura revolución. Veteranos de dos guerras, que consideraban primordiales los valores militares, despreciaban a los jerarcas falangistas que eran muy jóvenes y habían pasado la guerra enchufados. Aunque habían sido sus aliados políticos, casi todos los altos mandos militares miraban a los falangistas con malos ojos, hecha excepción de Juan Yagüe[12], Agustín Muñoz Grandes y Carlos Asensio, que eran próximos al partido, aunque los dos primeros se convirtieron en enemigos de Serrano Suñer, que logró su cese como ministros.

Era tanto el peso del ambiente castrense que hasta los provisionales, que habían hecho la guerra al mando de tropas falangistas o carlistas, se sentían más militares que políticos. Eran muy jóvenes y, aunque cobraban poco, se creían el ombligo del mundo. Sobre todo en las ciudades pequeñas y en los pueblos con guarnición, donde formaban una especie de aristocracia, presumían de uniforme, paseaban a caballo, frecuentaban el casino de los ricos y cortejaban a sus hijas.

Los provisionales mejor situados socialmente abandonaron el Ejército cuando les fue posible; quienes deseaban convertirse en militares profesionales permanecieron en filas en espera de su oportunidad y los aspirantes a convertirse en funcionarios ingresaron paulatinamente en la administración mediante oposiciones donde el 20 por ciento de las plazas se reservaba para ellos, otro tanto a los mutilados de guerra, otro a los excombatientes, el 10 por ciento a los excautivos, otro igual a los huérfanos de guerra[13] y el 20 por ciento restante quedaba para los opositores libres, siempre que demostraran su adhesión al régimen[14]. Todos los empleos públicos vacantes fueron cubiertos en estas condiciones, hasta que se prohibió opositar a los

oficiales[15] «cuando la función a desempeñar, por honrosa que sea, desentone con la condición social que otorga el empleo de oficial del Ejército, aunque sea con carácter provisional o de complemento». En consecuencia, les reservaron las plazas mejores mientras que las menos cualificadas se destinaron a excombatientes de menor categoría militar[16].

Algunas oportunidades se debieron a la considerable ampliación del cuerpo de Prisiones, por «las extraordinarias necesidades que en el orden penal impone la represión jurídica de los crímenes y delitos cometidos por las hordas marxistas», de modo que, ya en 1940, se convocaron 100 plazas de técnico-directivo[17] y 1000 plazas de oficial de Prisiones para oficiales del Ejército no profesionales[18] y 800 plazas de guardián[19] para guardias civiles, carabineros o similares. La tremenda depuración que sufrieron los enseñantes hizo que también menguaran sus escalafones hasta el extremo de que, en la primera oposición, se ofrecieran 4000 plazas de maestro[20] a oficiales provisionales con título y sin plaza en propiedad o con el bachillerato completo y 6 meses de frente. Quienes habían terminado los estudios superiores pudieron optar a plazas más sustanciosas: 96 de registrador de la propiedad[21], 150 del cuerpo Técnico de Telecomunicación y 392 de notario[22].

Las prebendas no se reducirían a los provisionales. Cuando en febrero de 1942 se reorganizó el cuerpo de Ingenieros Geógrafos, los primeros puestos fueron para jefes y oficiales profesionales de Artillería, seguidos por los ingenieros, el cuerpo de Estado Mayor y, en último lugar, por los ingenieros civiles[23].

## DISCIPLINAR, REPRIMIR Y DEPURAR

Los asesinatos cometidos por ambos bandos durante la guerra y la política de venganza de la victoria llenaron España de víctimas y verdugos[24]. El odio, que se extendió hasta los últimos rincones, empantanó las conciencias y, junto al odio, el terror se propagó no sólo entre los vencidos sino también entre los vencedores. Los primeros temían el fusilamiento, la cárcel o el campo de trabajo; los segundos perder su parte en el botín o ser reprimidos por una mínima disidencia.

Ni siquiera se libraron del terror los militares que habían vencido en aquella vorágine violenta. Desde 1936 estuvieron sujetos a las reglas de hierro de la guerra y, cuando ésta terminó, hasta los más valientes en combate padecieron las amenazas burocráticas, sobre todo los provisionales, que habían abandonado sus estudios o sus trabajos y, después de combatir tres años, carecían de toda garantía respecto a su futuro.

En 1939[25] se iniciaron los cursos destinados a integrarlos, en las llamadas Academias de Transformación, donde fueron tratados como simples cadetes, siempre amenazados por un correctivo o la expulsión, que podía dejarles sin sueldo ni empleo en aquella sociedad arruinada[26]. En las Academias debieron aceptar las arbitrariedades de sus profesores y, cuando regresaron a sus regimientos, ya convertidos en profesionales, los militares antiguos también los trataron con distancia y rigor. Obligados a soportar el despotismo, lo reprodujeron hacia abajo, aplicando a sus subordinados la misma rudeza. Aquellos veteranos de guerra cargados de medallas vivieron largos años bajo la amenaza de un arresto, que se imponía con el menor motivo. El futuro que les depararía el Ejército sería muy desigual; los primeros provisionales transformados hicieron una rápida y brillante carrera militar, en cambio los últimos vegetaron años y años en los escalones inferiores[27].

El Ejército era una gran pirámide con Franco en la cúspide, cuyas órdenes se acataban ciegamente, con los únicos consuelos de renegar a solas y descargar el malhumor en los de abajo. Este tipo de disciplina despótica carecía de tradición en la historia militar española, que había sido desmañada, paternalista y salpicada de disconformes. Sin embargo, a raíz de la guerra civil, las broncas y los arrestos sazonaron las relaciones entre los escalones, originándose una sumisión personal que aumentaba a medida que disminuía la graduación.

Es imposible que un Ejército se mantenga sin disciplina, pero la franquista resultaba tiránica y no permitía articular recursos frente a la arbitrariedad de los jefes más insoportables. Las costumbres de la dictadura no dejaban otra opción que maldecir calladamente, en espera de que el sátrapa de turno cambiara de regimiento. Frente a los tiranos más notorios, sólo cabía el vago consuelo de formular,

algún día, un «parte por escrito». Era éste un curioso documento, conservado entre otras antiguallas, como las Ordenanzas de
Carlos III
, una mezcla de código moral y reglamento promulgado en 1762, muchos de cuyos artículos debían aprender de memoria todos los mandos, incluso los más bajos. El «parte por escrito» se redactaba en un folio, sólo por una cara, se doblaba de modo que el papel hiciera las veces de sobre y servía para comunicar a los superiores cualquier acontecimiento, ya fuera el relevo de un servicio, la pérdida de un arma, el accidente sufrido por un soldado o la denuncia de una irregularidad. Existía la convicción de que el mando, al recibir un «parte por escrito», quedaba obligado a iniciar un expediente para clarificar lo sucedido. Lo cual podía suceder o no. Pero siempre era un consuelo en aquel océano de arbitrariedades, aunque casi nadie se atreviera a suscribir tal documento.

En la posguerra, la principal ocupación del Ejército fue asegurar la victoria. El conflicto armado había concluido con la rendición incondicional de los republicanos a quienes era preciso machacar para que no levantaran cabeza. Con su sentido del orden, las autoridades militares se empeñaron en regular y formalizar la represión; procuraron evitar los asesinatos indiscriminados de los falangistas y carlistas e impusieron la justicia castrense como único órgano sancionador de ciertos delitos. A diferencia de Alemania e Italia, donde la Policía y los campos de concentración[28] estaban en manos de las milicias del partido, el Ejército y la Guardia Civil controlaron la máquina represiva española y, desde que la guerra terminó, las autoridades militares impidieron que los falangistas fusilaran sumariamente. En 1939, el general Antonio Aranda Mata, gobernador militar de Valencia, se enfrentó con ellos, prohibiéndoles sacar presos de la cárcel para matarlos; sin embargo, hasta dos años después de terminada la guerra se permitieron las denuncias políticas arbitrarias y sin pruebas[29]. Aunque fue más legalista que los expeditivos métodos falangistas, la justicia militar actuó sobre un número tan grande de personas que se hizo necesario crear 10 auditorías militares provisionales, que funcionaron hasta el 28 de enero de 1941. Esta justicia masificada provocó innumerables abusos, confusiones y errores, hasta el

extremo de comparecer ante un mismo consejo de guerra personas acusadas de hechos diferentes y ser conducidos, por error, a un tribunal acusados que correspondían a otro juicio[30].

Especialmente peligrosos resultaban los consejos de guerra sumarísimos, en los que no respetaban las mínimas garantías, y se concedían un máximo de cuatro horas al fiscal y al defensor para preparar sus alegatos. En cambio, las sentencias de muerte se ejecutaban a las pocas horas.

Los consejos llamados ordinarios admitían mayores demoras y garantías, aunque tampoco resultaban modelos de equidad y seguridad jurídica. Frecuentemente, se basaban en acusaciones imprecisas no referidas a hechos concretos y se apoyaban en la voluntad de acusar a los republicanos de auxilio, incitación o práctica de la rebelión militar, o bien de resistencia o agresión a fuerza armada. Los fiscales se explayaban en consideraciones genéricas sobre la perversidad de los rojos, la ilegalidad del Gobierno del Frente Popular y la participación del acusado en los «desmanes» que obligaron a iniciar el Glorioso Movimiento Nacional. En ocasiones, no tenían empacho en reconocer que, aunque faltaba la evidencia, conocidas las ideas, afiliación, costumbres y compañías del acusado, podía presumirse su culpabilidad.

El defensor era siempre un oficial joven, nombrado de oficio y generalmente sin estudios jurídicos, que se veía enfrentado a un tribunal formado por militares de grado muy superior al suyo. Su discurso comenzaba por aclarar que asumía la defensa por disciplina y que la desempeñaba con el mismo entusiasmo que había hecho la guerra. Generalmente era cierto y el hombre cumplía su compromiso y defendía a los reos con tanta voluntad como escasa técnica. Resulta paradigmática la defensa del presidente Companys hecha por el capitán Ramón de Colubí, que se había sublevado en Barcelona el 19 de julio de 1936 y en cuyos combates había muerto su hermano José María. A pesar de las diferencias que lo separaban del reo, lo defendió con gran dedicación y coraje, sin poder evitar la pena de muerte[31].

Con el fin de ganar tiempo, hasta llegaron a escribirse las sentencias en formularios que tenían espacios en blanco para los nombres, los delitos y las penas. Su cumplimiento requería la

conformidad del capitán general y, en caso de muerte, el *enterado* del Gobierno. Una vez concedido éste, se formaba un piquete de ejecución con soldados o guardias civiles, mandados por un oficial y un sargento nombrados por turno; la tropa podía ser voluntaria o designada por lista[32]. Un antiguo sargento provisional me habló de sus terribles recuerdos de juventud, cuando dos alféreces y dos sargentos se alternaban en el mando del piquete y, de madrugada, se dirigían a un terraplén donde se reunían los condenados, el defensor, el juez instructor con su secretario, un capellán, un médico y dos soldados que llevarían los ataúdes al cementerio en la caja de una camioneta descubierta.

Durante años se afirmó que el número de asesinados por los republicanos era muy superior al de los ejecutados por los franquistas. No es cierto. Los estudios históricos más recientes estiman la represión republicana en unos 55 000 asesinatos, mientras evalúan los franquistas en más del doble, con unos 90 000 durante la guerra y 40 000 en la posguerra[33], sin contar las víctimas de la represión contra los maquis y sus colaboradores, todavía no cuantificadas, y las personas fallecidas durante los años pasados en las cárceles y campos de concentración, que una estimación todavía sin confirmar aproxima a las 100.000. El terror llevó a los familiares de los prisioneros y detenidos a implorar la ayuda a falangistas, militares, sacerdotes y personas influyentes. Ante el temor de los fusilamientos los parientes de los procesados llamaron a todas las puertas y acudieron a recursos desesperados, como bautizar a los hijos de los reos o presentarlos a la primera comunión vestidos de falangistas. Patéticamente, sin resultado.

Recién terminada la guerra fueron a parar a las cárceles y campos de concentración unas 750 000 personas; como la mayor parte eran prisioneros de guerra, la cifra se redujo a 280 000 en 1940, que permanecieron encerradas en instalaciones improvisadas o en antiguas prisiones superpobladas, cuyas inhumanas condiciones dañaban seriamente la salud y amenazaban la vida[34]. La pensión alimenticia de los presos era aproximadamente la mitad que la de los soldados; en 1941, 1,70 pesetas y, en 1944, llegó hasta las 3 pesetas, una miseria que no podía compensarse, como en los cuarteles, con el ahorro de los permisos y, además, estaba mermada por la corrupción, hasta el extremo de que, frecuentemente, los

presos recibían ranchos incomibles como vainas de legumbres o rábanos hervidos[35].

Aunque presumían de católicos, los vencedores no tuvieron caridad con los vencidos y todos los hechos derivados de la guerra civil pasaron a la justicia militar. Esto marcó definitivamente a los militares, entre los cuales, como en cualquier grupo humano, había todo tipo de personas. Por debajo de la mentalidad común y la disciplina, era posible encontrar fanáticos y resentidos empeñados en aniquilar a los rojos, sin que faltaran quienes consideraban que aquella represión masiva estaba fuera de lugar, aunque debían disimular y obedecer en silencio. Algunos generales, como Aranda o Yagüe[36], manifestaron públicamente su desagrado por tanta crueldad. Sin embargo, el discurso oficial en el Ejército fue de máxima dureza contra todo tipo de rojos, ya fueran masones, separatistas, liberales, protestantes, republicanos o simples demócratas. Era tal el clima de venganza que, durante el verano de 1941, se anuló el ascenso concedido en 1932 a los militares que, cumpliendo las órdenes del Gobierno legal, sofocaron la sublevación monárquica del general José Sanjurjo[37].

Durante la misma época, se asignaron pensiones a los espías franquistas muertos durante la guerra[38], cuestión que nada tenía que ver con la represión y respondía a la lógica de la guerra, pero que algunos familiares de asesinados trataron de manipular, intentando demostrar que sus parientes muertos en la guerra habían sido asesinados por espías, con el fin de lograr una pensión. El desorden y terror de la guerra civil podían justificar muchos extremos.

Nadie podía comentar la represión franquista. Hasta el extremo de que, en agosto de 1940, fue prohibida la difusión de la pastoral del cardenal primado, Isidro Gomá, inequívocamente franquista, pero cuyo documento hablaba de perdón y reconciliación. A pesar de todo, el boletín diocesano del 1 de septiembre la publicó íntegra porque estaba exento de censura estatal, pero tales documentos no llegaban al público.

Ambos bandos se habían ensangrentado durante la guerra, pero sólo se mencionaban los asesinatos, incendios de templos y abusos cometidos en la zona republicana, mientras se silenciaban los fusilamientos propios, considerándolos obligaciones imprescindibles

de la justicia. Poco a poco, la represión ejercida por los nacionales se convirtió en un misterio, hasta el extremo de que sólo pareció existir la del bando republicano, que sirvió de argumento para legitimar el franquismo. En todos los pueblos se levantó un monumento a los caídos y en los muros de las iglesias se fijaron grandes lápidas de mármol con sus nombres, acompañados por la frase ritual: «Caídos por Dios y por España ¡Presentes!», mientras los falangistas se encargaron de colocar en lugar preferente el nombre de su fundador, José Antonio Primo de Rivera. En cambio, los muertos republicanos siguieron en sus tumbas anónimas, sin lápidas, nombres ni inscripciones, convertidos en gentes que nunca existieron.

Los consejos de guerra se mantuvieron durante todo el franquismo, y aunque en los últimos tiempos sólo juzgaban delitos de terrorismo, la junta de generales de 1936 había decretado el estado de guerra para todo el territorio nacional, que no fue levantado oficialmente hasta el 7 de abril de 1948, aunque todos los delitos políticos de cierta importancia continuaron dependiendo de la jurisdicción militar hasta la creación del Tribunal de Orden Público en 1963.

El ajuste de cuentas no se limitó a las comisiones depuradoras, procesos y consejos de guerra. Los militares fueron encargados de otras tareas represivas, como los tribunales de responsabilidades políticas creados en 1939, de los que fueron nombrados presidentes y secretarios[39]. Desde enero de 1940 también formaron parte de las comisiones para el Examen de Penas[40], que regulaba en cada provincia las condiciones de la detención y la libertad, clasificaba a los presos y proponía las conmutaciones. La ley excluía de este último beneficio a una larga lista de casos, entre los que figuraban los diputados y las altas autoridades republicanas, los dirigentes de las checas, los masones, los implicados en asesinatos y los miembros de tribunales que condenaron a muerte. Tampoco podían conmutarse las penas impuestas a militares profesionales destacados, mientras que los restantes, cuando sus antecedentes demostraban que eran adictos al «Movimiento Nacional», podían obtener la conmutación según el tiempo que hubieran permanecido en el Ejército republicano y la naturaleza de los servicios prestados a la República[41].

Cuando se organizó la Fiscalía Superior de Tasas, destinada a evitar los abusos del mercado, fue dirigida por el comandante de Estado Mayor Francisco Rodríguez Martínez, secundado por fiscales provinciales nombrados entre magistrados, jueces, funcionarios y, sobre todo, jefes del Ejército[42]. Entre sus deberes figuraba pasar el tanto de culpa al juzgado especial de la respectiva capitanía general, encargado de perseguir los delitos de acaparamiento, ocultación, venta a precio abusivo o exportación sin permiso de artículos de primera necesidad[43].

## MASONES Y COMUNISTAS

En la misma época se promulgó la ley para reprimir la masonería y el comunismo[44], cuyo tribunal especial funcionó hasta que, en 1963, se creó el Tribunal de Orden Público. El texto de la ley definía a los masones y a los comunistas. Los primeros eran «… todos los que han ingresado en la masonería y no han sido expulsados o no se han dado de baja de la misma o no han roto explícitamente toda relación con ella». Los segundos, «… los inductores, dirigentes y activos colaboradores de la tarea o propaganda soviética, trotskistas, anarquistas o similares».

Los masones debían ser erradicados del mundo militar: «No deben figurar en los cuadros activos de los Ejércitos los que han servido a la secta, aunque más tarde se hayan retractado». Teóricamente, podían ser perdonados quienes hubieran tomado parte voluntariamente en la guerra desde el primer momento y hubieran participado en su preparación con riesgo. Estas condiciones no siempre fueron respetadas porque la ley imponía que, en cualquier caso, los masones militares debían comparecer ante un Tribunal de Honor. Poco más tarde, se impuso que todos los antiguos masones presentaran una declaración-retractación donde debían consignar los nombres, jefes, lugares y cuantas circunstancias conocieran de la secta[45].

Esta ley era consecuencia de las obsesiones de Franco contra los comunistas y los masones, a los que mezclaba y confundía, a pesar de ser antitéticos. Mientras su manía a los comunistas databa de los años treinta, el odio a los masones procedía de la tradición

reaccionaria española, que confundía a los masones con los liberales[46]. Los grados superiores de la masonería fueron castigados con penas de veinte a treinta años, los cooperantes de doce a veinte, todos los militares fueron expulsados aunque se hubieran retractado y se prohibió que quienes tuvieran un familiar de segundo grado en la masonería integraran los tribunales de honor[47].

Ya desde el principio de la guerra, el terror administrativo restauró los tribunales de honor, prohibidos en la Constitución republicana[48]. Posteriormente, una ley puso en vigor el Código de Justicia Militar de Primo de Rivera con las modificaciones de Gil Robles y Franco y una ley facultó a los ministros militares y capitanes generales para expulsar del servicio a los militares sospechosos, sin derecho a recurso[49], situación inédita en España, donde los oficiales eran propietarios de su empleo, derecho que la República había ampliado a los suboficiales. Este marco normativo permitió, durante cuatro años, represaliar y expulsar libremente a cualquier militar, negándole incluso el derecho a defenderse. Cuando, el 8 de julio de 1944, una nueva ley declaró extinguido el período de liquidación de la guerra, el Ejército había quedado domesticado definitivamente.

Nadie osaba replicar en aquella autocracia que provocaba escandalosos abusos, como el de Luis Pérez-Peñamaría y Vélez, coronel de Estado Mayor, antiguo conspirador contra el Gobierno del Frente Popular y autor de un plan de sublevación para la primavera de 1936. El 19 de julio no pudo actuar en Madrid porque se vio desbordado por los acontecimientos, sobrevivió con grandes trabajos en zona republicana y, al acabar la guerra, fue procesado como «procedente de zona liberada» y castigado con una sanción. Cumplida ésta, reingresó en el servicio el 23 de noviembre de 1941, pero dos días más tarde fue retirado forzoso del Ejército[50]. El 4 de diciembre, un ayudante de Franco ocupó su vacante.

## CONSPIRACIÓN DE SILENCIO

El mutismo sobre la represión era completo, aunque los militares no constituían una masa sin opinión. En 1936, la mayor parte de

oficiales participaron en la sublevación de julio, aunque otros fueron leales a la República, de modo que muchas familias militares tuvieron miembros en cada bando, los hermanos Escobar, Hidalgo de Cisneros y Pérez Salas entre otros.

Una vez terminada la contienda, todos los franquistas decían compartir los ideales de la guerra aunque nadie quería aparecer como responsable de la represión. Ni siquiera el mismo Franco escapó a la costumbre y se refería a las sentencias de muerte como si fueran cosa de otros. En una ocasión, aludió al historiador Carlos Seco Serrano, hijo del comandante Edmundo Seco, ejecutado en Marruecos, y comentó, como si la cosa no fuera con él: «A su padre lo fusilaron los nacionales». Otra vez, al coincidir con el actor Fernando Rey, hijo del coronel Segismundo Casado, preso en Valencia, le preguntó: «¿Cómo está su padre?». El actor no se atrevió a responder.

Estos asuntos oscuros sólo se comentaban en privado. Durante los años cincuenta escuché a un oficial veterano de guerra comentar cómo uno de sus compañeros, al ocupar su pueblo de origen, mató a tiros de pistola a los supuestos responsables del asesinato de sus parientes. En varias ocasiones, he oído hablar de fusilamientos de prisioneros y una persona contó en mi presencia cómo su unidad había eliminado a un grupo de prisioneros despeñándolos por un barranco atados a granadas de mano. Ante la cara inexpresiva de sus interlocutores, quiso quitar hierro y aclaró: «No eran prisioneros de guerra, sino internacionales canadienses, mercenarios sin los derechos del tratado de Ginebra».

Nadie en su sano juicio hacía semejantes exhibiciones ni las aceptaba con gusto. Es innegable que durante los dos primeros años de guerra fueron ejecutados bastantes soldados republicanos prisioneros y todos los extranjeros, pertenecieran o no a las Brigadas Internacionales. El 1 de abril de 1938, Franco ordenó respetar las vidas de estos últimos con el fin de canjearlos por 497 prisioneros italianos, capturados en la batalla de Guadalajara; sin embargo, de los 158 norteamericanos prisioneros por entonces sólo 59 sobrevivieron a las pésimas condiciones del campo de San Pedro de Cardeña[51].

La represión aseguró muchas fidelidades al régimen. La sublevación, la guerra, los fusilamientos y los consejos de guerra

habían metido a los militares en un camino sin retorno. No sólo por convicción, sino también por necesidad de supervivencia, estaban vinculados a un sistema que se había ensañado con sus enemigos[52]. Era seguro que, si los republicanos recuperaban el poder, su venganza sería terrible. La única vía de salvación era apoyar a Franco y éste aprovechó la situación para encorsetar al Ejército mientras utilizaba a los militares para encorsetar al país, hasta el extremo de que, durante los diez primeros años de su régimen, ocuparon la cuarta parte de los principales puestos políticos; posteriormente, a medida que el generalísimo consolidaba su poder personal, fueron perdiendo protagonismo[53].

## LA VICTORIA DE HITLER

Mientras tanto, la guerra seguía en Europa. El 9 de abril, los alemanes ocuparon Dinamarca sin resistencia y, entre el 9 y el 10, desembarcaron en varios puntos de la costa noruega, adelantándose a los aliados, que también pensaban hacerlo. La nueva *Blitzkrieg* llenó los periódicos españoles de paracaidistas, bombardeos de la Luftwaffe y desembarcos en lejanos lugares: Oslo, Arandal, Kristiansand, Stavanger, Bergen, Trondheim y Narvik. Luego se supo que fuerzas británicas y francesas también habían desembarcado en Noruega, sin tener noticia de que bastantes republicanos españoles combatían en aquella lejana tierra, con la *demi-brigade de la Légion Etrangère* del coronel Béthouart.

La propaganda alemana creó un nuevo mito, el general Eduard Dietl, que, al frente de dos batallones alpinos austriacos, combatía contra los aliados en Narvik. Las tropas aliadas, sin carros, artillería ni apoyo aéreo, fueron machacadas por la Luftwaffe, reembarcaron en Aandalsnes y Namsos y resistieron en Narvik hasta la segunda semana de junio. Entonces partieron hacia Inglaterra los soldados aliados, el rey Haakon VI y el Gobierno noruego, mientras el coronel Ruge siguió defendiendo Narvik con fuerzas noruegas hasta que debió rendirse ante Dietl.

No había terminado la campaña noruega cuando llegó una

nueva cascada de noticias bélicas. El 10 de mayo, los alemanes asaltaron Holanda por sorpresa y los militares españoles vibraron de entusiasmo ante las descripciones incompletas de los periódicos, mezcladas con bulos y comentarios. Esta *Blitzkrieg* fue más fulminante que las anteriores y el país quedó confundido; mientras los aerotransportados tomaban los puentes, los blindados de la Wehrmacht ocupaban las carreteras y la Luftwaffe machacaba Rotterdam. Una nueva operación se abatió sobre Bélgica, hacia donde se dirigieron las más potentes unidades francesas y británicas con la intención de librar una gran batalla contra los invasores alemanes. Sin embargo, éstos las sorprendieron al cruzar las Ardenas por sorpresa y penetrar en Francia.

El vertiginoso éxito alemán prosiguió hasta que, a finales de mayo y principios de junio, 198 000 soldados ingleses y 140 000 aliados derrotados pudieron refugiarse en Inglaterra mientras los restantes quedaban atrapados en Francia. El 14 de junio, los alemanes entraron en París y, tres días después, el mariscal Philippe Pétain ofreció a Hitler una propuesta de armisticio. La rendición definitiva se firmó el 22 de junio en el mismo vagón de ferrocarril donde se habían rendido los alemanes en 1918.

La línea Maginot fue primero desbordada y luego rota por un ataque de los alemanes, cuyas hazañas se propagaron en España como el humo, mezclando la realidad con exageraciones y disparates: el inexpugnable fuerte belga de Eben-Emael había sido asaltado y conquistado por sólo 80 paracaidistas, los aviones Stuka bombardeaban toda clase de objetivos con una precisión desconocida, los paracaidistas descendían con una bicicleta plegada a la espalda…

La confusión de verdades y propaganda envalentonó a los falangistas, que pensaron en la posibilidad de incrementar su poder. Durante la guerra civil, aunque detuvieron, encarcelaron y ejecutaron a su aire, debieron combatir sometidos a los generales, que desconfiaban de ellos. Ahora, el ministro de Gobernación, Serrano Suñer[54], deseaba equiparar la Milicia de Falange con las SS nazis o la Milicia Fascista y le concedió legalmente el mismo rango que a la Policía o la Guardia Civil.

Ello inquietó a los generales porque el mando de las fuerzas de orden público había estado tradicionalmente en manos de militares

y ya estaban molestos porque la Milicia Universitaria de Falange formaba a los oficiales de complemento del Ejército[55]. A pesar de que la Falange contaba con numerosos militares entre sus cuadros de mando, dándose codazos con los falangistas más o menos puros[56], los generales pensaban que lo más seguro era acabar con ella y marginar a Serrano Suñer, aunque ninguno se atrevió a proponérselo a Franco.

## La Guardia Civil, problema para Franco

La mitad de la Guardia Civil, los carabineros y el cuerpo de Seguridad y Asalto no secundaron el alzamiento de 1936. Los escarmentados generales se oponían a cualquier institución armada que no fuera controlada por el Ejército. Ni siquiera se fiaban de la Guardia Civil aunque había sido depurada y puesta a las órdenes del rígido general Eliseo Álvarez-Arenas. El mismo Franco pensó en disolverla hasta que Camilo Alonso Vega le convenció de que era preferible convertirla en un cuerpo del Ejército, mandado por militares.

Así lo hizo la Ley de marzo de 1940, que asignó los altos mandos del cuerpo a personal del Ejército dirigido por un teniente general con su Estado Mayor, que ni siquiera vestía el uniforme de la Guardia Civil. Las unidades más activas, los Tercios de Fronteras, serían mandadas por militares, mientras los Tercios Rurales, de Veteranos, de Costas y Móviles debían contar con mandos militares y del cuerpo. En el futuro, todas las vacantes de coronel se asignarían al Ejército, así como las jefaturas de armamento, automovilismo, transmisiones, obras, intendencia y sanidad[57].

Para ampliar el cuerpo se ofrecieron plazas a los sargentos provisionales y excombatientes, prometiéndoles que, tras 20 años de ser guardias civiles, podrían convertirse en guardias municipales, forestales, celadores, ordenanzas, conserjes y similares. Con la intención de formar una Guardia Civil completamente nueva[58], fue suprimida la escala de oficiales y absorbido el cuerpo de

Carabineros. Sin embargo, la tradición y resistencia de los mandos del cuerpo logró que el grueso de las disposiciones no se pusiera en práctica[59].

## ILUSIONES Y ENGAÑOS EN TORNO AL EXTERIOR

Entrar en la guerra mundial resultaba tentador porque los alemanes parecían haber ganado y los falangistas alborotaron pidiendo atacar Gibraltar cuanto antes. Los militares conocían las lamentables condiciones en que se encontraba el Ejército y el único general que, a finales de 1940, se declaraba partidario de atacar Gibraltar era Muñoz Grandes, que había sido secretario general del Movimiento y ahora mandaba las tropas cercanas a la Roca[60].

La censura y la simplicidad de la vida cuartelera ocultaban importantes informaciones. Nadie sabía que Stalin había intentado conseguir un acuerdo con los Gobiernos de Londres y París para actuar contra Berlín. Pero no le hicieron caso y, ante el fracaso, cambió de objetivo y, en mayo de 1940, pactó con Hitler. Tampoco se supo que, en agosto del mismo año, Franco recibió un crédito norteamericano de catorce millones de dólares, destinado a comprar algodón con destino a la industria textil española. En compensación, debió liberar a los norteamericanos capturados en las Brigadas Internacionales y permitir que los propietarios de la compañía Telefónica reanudaran su gestión en España. Había sido creada durante la Dictadura de Primo de Rivera mediante un pacto con la ITT.

El país estaba lleno de secretos y rumores. Se sospechaba que los submarinos y aviones alemanes e italianos utilizaban bases y aguas españolas. Pero nada estaba claro, ni siquiera el alcance de la derrota francesa. Los militares africanistas, enemigos tradicionales del colonialismo galo, esperaban que Hitler entregara sus colonias a España y, en un gesto de confianza, el día en que los alemanes tomaron París, Franco hizo ocupar militarmente la ciudad internacional de Tánger.

Hitler no había destruido Francia, sólo derrotado a su Ejército y pactado un armisticio que dejó en cierta libertad una parte del territorio francés, la flota y las colonias. Todavía podían los

franceses alzarse en ultramar o entregar sus barcos a los británicos, de modo que Hitler deseaba mantener congelada la situación y no la arruinaría entregándole a Franco las colonias francesas. Sin entender lo que pasaba, en España se creía posible que el Ejército francés fuera desmovilizado y algunos generales plantearon la posibilidad de ampliar la operación de Tánger y apoderarse militarmente de parte de las colonias francesas.

El alto comisario, general Asensio, preparó las tropas de Marruecos, Ifni y el Sáhara para entrar en acción y fueron revisadas las bombas de aviación de Baleares y Marruecos. Las tropas españolas avanzaron hasta las fortificaciones fronterizas conocidas como «línea Pérez», con la intención de ocupar Fez y llegar hasta el río Sebú. En último extremo, la operación no se llevó a cabo porque se temió que el general Nogués, residente general francés, ordenara resistir militarmente a los españoles, cuya potencia naval y aérea era muy inferior. Por otro lado, la iniciativa española en África lesionaba los intereses alemanes e italianos, cuyas tropas coloniales acababan de ser detenidas por los franceses en su ofensiva lanzada desde Libia. A pesar de su voluntad de intervenir en África, los altos mandos españoles conocían su inferioridad militar, de modo que los generales Alfredo Kindelán y Duany, Carlos Martínez Campos Serrano, duque de la Torre, y el mismo Consejo Superior del Ejército informaron en contra[61].

Los belicistas españoles no podían ocultar que las crecientes dificultades de consumo habían obligado a restringir el uso de carburantes[62] y que la población hambrienta sólo recibía un racionamiento de pan de entre 80 y 150 gramos al día. En estas condiciones, cualquier propuesta para entrar en la guerra resultaba un disparate.

## EL CONTROL SOBRE LOS MILITARES

Franco confiaba en una rápida victoria alemana pero no aflojó su control sobre el poder militar. Ninguna actitud y ningún pensamiento debían escapar a la fiscalización y ninguno de los mitos esenciales podía ser interpretado fuera de la ortodoxia. Así se decretó que todas las obras escritas por militares o paisanos sobre la

guerra civil, además de la censura ordinaria, pasaran una censura propia del Ministerio del Ejército[63].

El deseo de controlar a los militares promovió también una ley para regular los matrimonios de los miembros del Ejército «con el fin de que no sólo conserve el rango y decoro que corresponde a la elevada función que tiene encomendada, sino que sus familias sean exponente del mejor espíritu español y por ello fiel reflejo de una nacionalización rigurosa y un prestigio moral acusado». En consecuencia, se exigió que los militares no pudieran casarse sin haber cumplido 25 años y contar con una licencia marital, concedida por el ministro y, en el caso de los suboficiales, por el capitán general. Obligatoriamente, la novia debía ser española, hispanoamericana o filipina, católica, no divorciada, y el jefe de cuerpo debía realizar una investigación reservada acerca de la «moralidad de la futura esposa y de su familia, comportamiento moral de la misma y conveniencia o inconveniencia del proyectado enlace». Quienes contrajeran matrimonio sin estos requisitos, además de castigados, serían separados del servicio, exceptuándose los matrimonios celebrados *in articulo mortis* siempre que el novio falleciera en el plazo de seis meses[64].

También quedó prohibido que los militares formaran parte de equipos deportivos «de toda índole», excepto cuando fueran específicamente militares, con el fin de «mantener en todo su rigor la misión de cuantos con carácter permanente visten el uniforme militar[65]».

Esta mentalidad elitista también inspiró la organización de las Damas Auxiliares de Sanidad Militar, sucesoras de las «Enfermeras Auxiliares» de la guerra civil, y pensada para señoritas que no necesitaran ganarse la vida. Únicamente cobraban un sueldo la inspectora general, las regionales y las provinciales[66]; las simples enfermeras sólo recibían los haberes correspondientes a las monjas en guerra, en cambio viajaban en primera clase y eran hospitalizadas como los oficiales.

## A LA GUERRA CONTRA RUSIA

El 22 de junio de 1941, fue recibida con entusiasmo la noticia de que los alemanes habían invadido la URSS. Franco y Serrano Suñer ofrecieron voluntarios al embajador Eberhard von Stohrer[67]. Sin embargo, conocían su estrecho margen de maniobra, porque la flota británica podía cortar las vitales comunicaciones marítimas, impidiendo la llegada a España del trigo y el petróleo[68], cuya escasez resultaba tan dramática que, en julio, un decreto ordenó que funcionaran con gasógeno[69] todos los vehículos del Ejército, la Policía, el Ministerio de Obras Públicas, la comisaría general de Abastecimientos y Transportes y la Falange[70].

En tales condiciones era disparatado pensar en la guerra; mientras la Wehrmacht había utilizado 3500 tanques para atacar la Unión Soviética, España carecía de gasolina y todos sus blindados eran supervivientes de la guerra civil. Al día siguiente del ataque a la URSS, se publicó una ley para constituir una compañía destinada a construir tanques y tractores con destino al Ejército, la industria y la agricultura, sin que de ello se derivaran resultados prácticos.

*Ejército*, la revista de los oficiales, fue fundada en febrero de 1940 y en su primer número incluyó «Semblanza del Caudillo» por José Mª Pemán; «Ideario. De un discurso del Jefe del Estado. Bases de la Defensa Nacional», por el general Antonio Aranda; «Una decisión militar», por Manuel Aznar; y «La voluntad de vencer», por Gregorio López Muñiz.

La línea editorial de la publicación había quedado claramente establecida y, desde entonces, se publicaron numerosos artículos escritos por militares o traducidos por ellos de publicaciones extranjeras. Los artículos técnicos se combinaron con las afirmaciones básicas del franquismo, las menciones a la segunda guerra mundial como una continuación de la Cruzada española contra el comunismo y numerosas interpretaciones ideológicas de las guerras española y mundial, así como de sus episodios concretos. La revista, que mantendría una redacción muy estable de militares en activo, no se apartó de la línea más cerrada del franquismo y contó con una publicación llamada *Guión*, destinada a los suboficiales.

Mientras tanto, se apretaban las tuercas a la situación interior. Los militares retirados por motivos políticos perdieron todas sus prerrogativas[71] y los civiles condenados en «prisión atenuada» y

con el servicio militar pendiente fueron pasaportados a tres campos de concentración, desde donde marcharon a diversos batallones de trabajo. La primera convocatoria incorporó a los reclutas de los reemplazos de 1936 y 1937 y sucesivamente se presentaron los de 1938 a 1941[72].

Serrano Suñer había propuesto enviar a Rusia una unidad de falangistas, llamada División Azul[73], pero la Milicia de Falange estaba controlada por el general José Moscardó y era imposible moverla sin contar con él. Los falangistas esperaban que esta división participara en la rápida victoria alemana y regresara a España con el halo de vencedora, reforzando el poder de Serrano Suñer y la Falange, que inició una activa propaganda con el fin de atraer voluntarios para una cruzada cristiana y europea contra el «comunismo asiático».

Los generales se inquietaron y el monárquico Orgaz se quejó públicamente de la maniobra falangista. El 28 de junio, el Estado Mayor Central estableció que todos los mandos de la división[74] debían pertenecer al Ejército mientras que los mandos de la Milicia podrían ocupar un tercio de las plazas de alférez y sargento. Diversos jerarcas falangistas se habían presentado voluntarios, entre ellos, Fernando María Castiella (catedrático), Enrique Sotomayor (director de FE de Sevilla), Agustín Aznar (del Consejo Nacional de Falange y director general de Sanidad), Vicente Gaceo del Pino (director de *Arriba*), Dionisio Ridruejo (miembro de los consejos Nacional y Político y director general de Propaganda), José Miguel Guitarte (consejero nacional y jefe del SEU), Higinio París, Martín Gamero, Francisco Labardíe, el conde de Montarco y cuatro gobernadores civiles. Como el Ejército sólo les concedió la graduación militar que tuvieran en su cartilla de movilización, la mayor parte debió marchar a Rusia como soldado raso. Por si fuera poco, Franco no entregó la División Azul a un jefe del partido sino al general Muñoz Grandes, falangista enemigo de Serrano Suñer.

La petición de voluntarios fue bien acogida por muchos militares que, impresionados por la *Blitzkrieg*, decidieron aprovechar aquella oportunidad profesional. Unos se presentaron movidos por el entusiasmo remanente de la guerra civil, muchos provisionales para asegurar su permanencia en filas y no faltaron sargentos, cabos, guardias civiles y carabineros pendientes de depuración política que

acudieron en busca de una tabla de salvación para su profesión, que pendía de un hilo[75].

El entusiasmo no fue excesivo entre la tropa, aunque sí entre los falangistas a pesar de conocerse casos de militantes que fueron presionados para alistarse, de reclutamientos masivos; como prueba de ese entusiasmo hubo adolescentes que mintieron acerca de su edad para ser admitidos. En consecuencia, hubo de todo, falangistas entusiastas, franquistas que habían pasado la guerra en zona republicana y hasta parientes de presos políticos que deseaban mejorar su suerte. El SEU atrajo a numerosos universitarios en Madrid, mientras que en Deusto no se presentó un solo voluntario, lo que ocasionó una polémica entre falangistas y jesuitas.

En Barcelona, los voluntarios fueron escasos; algunos jefes apuntaron soldados a la fuerza y no ayudó la Falange, porque el gobernador civil, Antonio Correa Veglison, y el jefe de Falange, Luis Santamarina, deseaban evitar que marcharan a Rusia los escasos falangistas con que contaban y que juzgaban insuficientes para controlar aquella ciudad hostil. El mismo capitán general, Kindelán, que era aliadófilo, no acudió a la estación a despedir a los voluntarios.

La división fue organizada con cuatro regimientos de Infantería, uno de Artillería y batallones de Ingenieros exploración y servicios[76]. Los españoles ignoraban que el Ejército alemán, a pesar de sus numerosos blindados y vehículos, se movía fundamentalmente a pie y creyeron que su división sería motorizada, de modo que algunos regimientos reclutaron el mayor número posible de conductores y mecánicos, con graves problemas una vez en Rusia, porque les entregaron caballos y les faltó personal capaz de controlarlos.

Una comisión militar española voló a Alemania para recibir instrucciones. Los alemanes impusieron sus plantillas y organización y pidieron 300 camiones y 400 motos que España no pudo proporcionar. El Ejército alemán remitiría una paga española y otra alemana a las familias y entregaría los haberes del frente a los divisionarios, que estarían sometidos a la justicia militar española, salvo cuando estuvieran directamente bajo mando alemán o cometieran delitos civiles.

Los voluntarios de la División se habían concentrado en

cuarteles españoles donde se evidenció el malestar de algunos falangistas porque los oficiales, aunque frecuentemente eran cercanos a su ideología, los trataban con la misma rudeza que a los soldados. En pocos días, los diversos batallones de marcha se dirigieron hacia Alemania en ferrocarril, vestidos con uniforme militar, camisa azul y boina roja. En las estaciones españolas los despidieron con entusiasmo; sin embargo, no fue tan feliz su viaje a través de Francia. Grupos de franceses y exiliados españoles esperaban junto a las vías para insultarlos y, en poblaciones como Biarritz, Poitiers, Tours, Orleans, Nancy y Lunéville fueron apedreados. Los voluntarios estaban animados por una exaltada ideología falangista, respondieron como si renaciera la guerra civil y hasta dispararon algunos tiros de pistola y bajaron de los vagones para combatir a los rojos.

## LA SORPRENDENTE WEHRMACHT

En julio de 1941, la División quedó concentrada en el campamento bávaro de Grafenwöhr, donde los hombres tomaron contacto con su nueva realidad. Entregaron sus uniformes españoles, que fueron cuidadosamente guardados por la intendencia alemana[77], y recibieron uniformes alemanes con el escudo de la División Azul en la manga derecha[78]. De acuerdo con los criterios nazis, la fuerza española se convirtió en la 250 División de la Wehrmacht, donde se integraban los voluntarios no germánicos, ya fueran españoles, croatas o portugueses, mientras los germanos y nórdicos, o sea daneses, finlandeses, holandeses, flamencos, noruegos y suecos, iban a las Waffen SS.

Los oficiales se asombraron de que todos, desde el general al último soldado alemán, acudieran a la única cantina del campamento y se sintieron molestos por la rutina igualitaria que lesionaba el sentido español de castas militares. Se irritaron al ver cómo sus colegas germanos cargaban con sus propias maletas y al tener noticias de que en el frente existía un único rancho de campaña. Incluso protestaron cuando los alemanes impusieron que los únicos actos que podían celebrar los capellanes españoles eran

misas de campaña. Finalmente, se convino que en cada unidad se celebraría diariamente una misa antes del desayuno y un rosario después de la comida. «Para eso hemos ganado una guerra», comentó un oficial español.

También se ofendieron los sargentos y brigadas cuando sus propios oficiales, con la excusa de que en Alemania no existía el cuerpo de suboficiales, pretendieron eliminar sus privilegios. El problema adquirió la máxima gravedad cuando algunos sargentos marroquíes, procedentes de las tropas de África, dijeron que recibían un trato racista y discriminatorio y pidieron ser devueltos a España o pasar al Ejército alemán como simples soldados[79]. La tropa aceptó con agrado algunas condiciones alemanas, como alojarse en habitaciones de doce hombres en lugar de las desangeladas naves españolas y disponer de algún dinero para sus pequeños gastos. En cambio, se quejó porque la reprendían cuando tiraba papeles o colillas al suelo y, sobre todo, porque no hubiera tabaco negro y la intendencia alemana sólo entregara diariamente algunos cigarrillos rubios. El principal motivo de queja fue el rancho alemán, compuesto de sopas, verduras, queso y embutidos, hasta el extremo de que Muñoz Grandes pidió a España el envío de tabaco negro y alimentos españoles para compensar la sosa dieta del campamento. Algunos mandos chocaron con soldados falangistas, que estaban animados del mayor entusiasmo combativo pero que, sin embargo, no aceptaban la disciplina militar y contravenían la rígida uniformidad alemana, colocándose insignias falangistas o asomando el cuello de la camisa azul por fuera de la guerrera.

La 250 División no fue una tropa de elite sino una fuerza ordinaria y a pie, que no recibió automóviles para su artillería y sus transportes, sino caballos mal domados, requisados en los Balcanes. El grupo de reconocimiento fue equipado con bicicletas civiles y los coches de mando de los coroneles y los tractores de los cañones contracarro no fueron robustos automóviles militares alemanes, sino turismos requisados en Francia.

En el acto solemne de incorporación a la Wehrmacht se celebró una misa de campaña y luego, aunque muchos divisionarios eran profesionales del Ejército español, debieron formular el juramento: «¿Juráis por Dios y por vuestro honor de españoles absoluta

obediencia al comandante supremo del Ejército alemán, Adolf Hitler, en la lucha contra el comunismo y combatir como valientes soldados, dispuestos en cualquier momento a sacrificar vuestras vidas en cumplimiento de este juramento?».

La instrucción duró un mes y tres semanas para algunas unidades, durante las cuales menudearon los incidentes entre los habitantes de Grafenwöhr y los españoles, que piropeaban y molestaban a las mujeres, hasta el extremo de que el partido nazi prohibió a sus afiliadas mantener relaciones íntimas con ellos. Como cerca del campamento existía un campo de prisioneras polacas, fue necesario establecer una vigilancia especial, con el fin de impedir las incursiones e intentos de los soldados empeñados en entablar relaciones con ellas. Incluso, un soldado español robó parte de la recaudación del cine del campamento. Tampoco faltaron numerosos choques debidos a falangistas que acataban difícilmente la disciplina.

Se estableció un campamento base de retaguardia en Hof (Baviera), con sanidad y enfermeras españolas[80] y una unidad de la Guardia Civil como policía militar[81]. A finales de agosto, la División abandonó el campamento en tren, pero el desencanto no había terminado y el mando alemán ordenó que, con el fin de curtirse, los españoles cubrieran a pie los 1500 kilómetros que los separaban del frente, con un equipo de 22 kilos a la espalda. La marcha comenzó a principios de septiembre y terminó a finales de octubre, después de cubrir innumerables jornadas agotadoras, tras las cuales los hombres se echaban al suelo entre dos mantas y dormían al raso, sin tiendas ni cobijo.

Una vez en la primera línea participaron en sangrientos combates. A mediados de noviembre de 1941, ya habían padecido numerosas bajas en el llamado saliente de Posad. Los alemanes se escandalizaban ante el desorden de los españoles y el descuido con el que trataban el armamento, el material, los automóviles y el ganado. Sin embargo, luchaban con valor y defendían bien sus posiciones.

El 25 de septiembre la División recibió orden de abandonar la ofensiva contra Moscú para participar en el frente defensivo del Norte, a lo largo de la orilla occidental del lago Ilmen y el margen izquierdo del río Volchov. Llegaron a su nueva posición el 8 de

octubre cuando el frío comenzaba a arreciar. Sin haber recibido un equipo suficiente, muchos españoles se equiparon con las botas de fieltro y la ropa de abrigo de los rusos muertos o prisioneros. Su entrenamiento en la escasez servía para algo.

# Capítulo III

# Al borde de la guerra

## Soldados de Hitler

La guerra mundial llenó de esperanza a los jóvenes franquistas. Los ataques alemanes contra las odiadas Francia e Inglaterra les parecían la culminación de un sueño justiciero, y la campaña contra Rusia se les antojaba, como ya se ha dicho, una cruzada cristiana y europea contra el «comunismo asiático».

Su entusiasmo no disminuyó cuando fracasaron las ofensivas que el Ejército italiano desencadenó en África y en Grecia. Despreciaban a los italianos, les echaban en cara su derrota de Guadalajara en 1937 y les dedicaban chascarrillos denigrantes, a pesar de que Italia era un país más adelantado que España y de que su régimen político servía de inspiración a la Falange. La xenofobia franquista, que inventaba argumentos contra todas las naciones, puso de moda aquellos chistes tontos donde un español muy macho dejaba en ridículo a un grupo de extranjeros entre los cuales se contaban, por lo menos, un francés, un inglés y un ruso.

Sólo los alemanes se libraban del desprecio. Sus éxitos militares en África, Grecia y Rusia despertaron oleadas de entusiasmo entre el verano de 1940 y el de 1941 y, más o menos secretamente,

España les sirvió de base hasta bien entrado 1944. Aquí organizaron sabotajes contra el tráfico comercial aliado; encontraron apoyo para sus aviones y sistemas de vigilancia; repostaron sus submarinos en aguas españolas y los aprovisionaron en Vigo, El Ferrol, Cádiz y Las Palmas. Los espías de Hitler se instalaron a las claras, sobre todo en Algeciras y Tánger, ocupada por España en junio de 1940. En marzo de 1941, ya era del dominio público que la ciudad se había convertido en un nido de contrabandistas y espías, con predominio de los agentes alemanes dirigidos por el consulado del Reich establecido a raíz de la ocupación española[1].

Nazismo y franquismo mantenían cordiales relaciones, aunque forcejeaban en torno a la participación de España en la guerra y la embajada alemana en Madrid pagaba a un grupo de falangistas radicales[2] que conspiraban para sustituir a Franco por un Gobierno *quisling*. Hasta la División Azul sirvió de vehículo para las intrigas y Hitler le propuso al general Muñoz Grandes un complot para hacerse con el poder en España, relegando a Franco al puesto de jefe del Estado, más o menos honorífico[3].

Distintas fueron las interferencias italianas. Venían de más lejos y, ya en los años treinta, Mussolini había pensado que, si contaba con una base militar en Baleares en caso de guerra europea, podría impedir que las tropas coloniales francesas se trasladaran desde el norte de África a los puertos de Provenza, como habían hecho durante la primera guerra mundial. Ya durante la República financió a José Antonio Primo de Rivera y, en julio de 1936, envió unos cuantos aviones a Marruecos para apoyar a los militares sublevados; luego situó en Mallorca a un hombre de confianza, Arconovaldo Bonaccorsi, conocido como el *conde Rossi*[4], y desembarcó un cuerpo de Ejército en Cádiz, antes de que Franco se lo pidiera. Durante la guerra civil, pareció a punto de cumplirse el sueño mussoliniano de establecerse en Baleares; la Falange dominaba la política mallorquina y la aviación italiana, asentada en la isla, bombardeaba las regiones costeras españolas[5] por su cuenta y riesgo. En febrero de 1939, cuando la guerra estaba a punto de acabar, los italianos establecidos en Mallorca pretendieron mediar en la rendición de los republicanos de Menorca. Pero los ingleses chafaron sus planes y enviaron a Mahón un crucero de la Royal Navy, con un representante de Franco a bordo, que recibió la

rendición de la isla[6]. Una vez concluida la guerra, todavía permaneció la aviación italiana dos meses y medio en Mallorca y debió marcharse en un momento inoportuno para Mussolini porque la guerra en Europa parecía a punto de estallar. Pero el Gobierno español activó la partida porque Franco no se fiaba del Duce[7]. En realidad, nunca se había fiado de nadie.

La *Blitzkrieg*, que había asombrado al mundo desde 1939, se desinfló a finales de 1941, cuando comenzó el invierno ruso. Los voluntarios de la División Azul habían creído incorporarse a la cabalgata de las walkirias y se encontraron empantanados en un conflicto interminable, perdidos en una Rusia inmensa, donde el frío los torturaba y la artillería enemiga arrasaba sus posiciones antes de que las atacaran masas y masas de soldados soviéticos.

Tanto para los novatos como para los veteranos de la guerra civil, resultaba muy dura aquella campaña en el fin del mundo. Ocupaban trincheras cavadas antes del invierno porque era imposible hincar los picos y las palas una vez que se helaba la tierra. Sus posiciones formaban como grandes arañas, donde las trincheras hacían de patas y era el cuerpo un refugio subterráneo y blindado donde dormía una docena de hombres. Una alambrada rodeaba el conjunto y, por la noche, cuando silbaba el viento entre los alambres de espino, debían colocar allí un par de *escuchas*, soldados silenciosos y con el oído muy atento para descubrir por dónde podían llegar los rusos. Un cochino trabajo donde pasaban tanto frío como miedo.

En invierno, el paisaje era una sábana de nieve. En otoño y primavera, un mar espeso de barro pegajoso. En verano, una planicie rota por bosques de abedules, ríos, lagos y pantanos, donde zumbaban legiones de mosquitos. Los españoles nunca hubieran creído que tales bichos vivieran tan al norte, hasta que comprobaron cómo llenaban de picotazos sus caras de incautos y debieron colocarse la redecilla mosquitera del equipo alemán, que cubría el casco, la cabeza y la cara. ¡Quién lo hubiera dicho!

Eran valientes, sí; pero desordenados, sucios, indisciplinados, ruidosos y no cuidaban las armas, el material ni las formas. Los alemanes trataban a los rusos con la convicción nazi de que eran subhumanos. En cambio, los españoles no transferían a ellos el mismo odio que sentían por sus compatriotas republicanos. Se

metían en las aldeas y las isbas, donde sólo habían quedado mujeres, niños, viejos y vacas, porque los hombres estaban en el Ejército, la guerrilla o escondidos. Cambiaban una docena de huevos o un jarro de leche por una botella del coñac alemán, repulsivo y químico, que proporcionaba la intendencia. La media docena de palabras rusas que conocían les bastaba para sus asuntos, aunque, al cabo, la botella de coñac matarratas la bebieran los lugareños huidos o los partisanos, que merodeaban en la sombra. Cualquier día, aparecía una chica rusa vestida con un jersey azul, bordado en rojo con las flechas de Falange. Todo estaba bien: una tortilla de patatas que interrumpía la aburrida dieta alemana; un soldado que tenía amoríos en la estepa; una rusa que lucía el mejor jersey de su vida mientras una jefa de la Sección de Falange de Tordesillas, Coria o Mondoñedo, con su buen corazón patriótico, seguía aleccionando a sus chicas para que hiciesen prendas de punto para la División Azul. La felicidad para aquel asco de guerra.

El contacto de los españoles con los hombres rusos de su edad se redujo a los prisioneros, que eran soldados valientes mientras atacaban en grandes grupos, animados por sus gritos, pero que cuando los capturaban se convertían en cautivos obedientes y sumisos. A menudo los tomaban prisioneros durante los contraataques, porque se habían retrasado registrando los cadáveres y refugios en busca de tabaco, alcohol y relojes. En los primeros tiempos, algunos divisionarios procedentes de la Legión aplicaron a los rusos su bárbara costumbre de cortar las narices, las orejas y los dedos a unos cuantos prisioneros y luego dejarlos libres, para que llevaran el terror a sus líneas. Pronto se erradicó la costumbre y los prisioneros rusos fueron generalmente bien tratados hasta su entrega a los servicios alemanes de retaguardia, adonde marchaban formados en grandes grupos de hasta cien hombres, custodiados por un par de soldados, sin que los infelices intentaran escapar.

Una vez que los alemanes se hacían cargo de ellos los clasificaban e interrogaban y fusilaban a los comisarios políticos, medida que les parecía correcta a los españoles porque en la guerra española pasaba lo mismo. Los restantes eran encerrados en campos de concentración donde morían en gran número.

Los españoles se explicaban el sumiso comportamiento de los presos por la tradición del pueblo ruso, primero esclavo de los zares

y luego de los comunistas. A menudo procuraban demorar su entrega a los alemanes para emplearlos como cocineros, criados de los oficiales o dedicarlos a tareas como cortar leña o pelar patatas. Los rusos aceptaban su condición, obedecían pacientemente, dormían en cualquier rincón y comían cuanto les daban; de cuando en cuando, un soldado les pasaba un jarrillo del coñac matarratas: «Toma, *ruskí*, bebe». Y bebían de golpe, como si fuera agua.

## OTRA CARA DE LA GUERRA

Pasaron el primer invierno ruso con poca ropa, aunque, acostumbrados a las miserias de su propio Ejército, se asombraron ante el equipo alemán, con su buena mochila, la caja anaranjada para la mantequilla, las oscuras lamparitas de parafina, la careta antigás, la colección de cepillos y los demás pequeños lujos de la miserable vida de soldado en campaña. Los heridos, que pronto fueron numerosos[8], se admiraron de la sanidad alemana: al llegar al hospital, con fiebre y todo, los metían en un baño de agua jabonosa y caliente y no curaban sus heridas con alcohol o agua oxigenada, sino con unos polvos blancos que, años después, supieron se llamaban sulfamidas.

Sin embargo, parece que en los servicios alemanes tardaron en entregar todo el material necesario a los primeros escalones sanitarios, que estaban a cargo del cuerpo de sanidad español, de modo que el primer hospital de campaña divisionario, instalado en Porchov, funcionó con graves deficiencias. En 1943 el hospital de campaña se trasladó a Mestelevo, donde muchas dificultades fueron resueltas. Para completar su curación, los heridos españoles eran evacuados a los hospitales de retaguardia de Riga y Vilna, servidos por personal sanitario alemán y español. Un tercer escalón sanitario funcionó en los hospitales de Koenisberg, Hof y Berlín. Los heridos de recuperación más larga fueron enviados a hospitales militares españoles y la Falange habilitó un sanatorio en Guadarrama para los enfermos pulmonares.

Los heridos agradecían la presencia de las enfermeras españolas y alemanas, tan distintas a las rusas bigotudas y famélicas de las isbas[9]. Una herida suponía cama limpia y caliente, comida a sus

horas, descanso y ningún ataque de los rusos. Si no era grave, el agujero de la carne pronto dejaba de molestar y el único problema era el aburrimiento. Cuando intentaban meterle mano a las enfermeras, las españolas solían ser esquivas, mientras que las alemanas se lo tomaban como gajes del oficio.

Algunos divisionarios eran premiados con cortos permisos en Alemania, pero se trataba de un beneficio avaramente concedido. Lo normal era no moverse de la zona del frente o su retaguardia inmediata. En cambio, los heridos gozaban de semejante turismo de guerra; durante la convalecencia paseaban por la ciudad y conocían a los letones, lituanos, estonios o finlandeses, de quienes nunca había tenido noticias en España. También a los judíos, que caminaban por el centro de la calle, huidizos, con una estrella amarilla cosida al pecho. Los alemanes los trataban ostensiblemente a patadas y los españoles, aunque nunca supieron del holocausto, no los maltrataron y hasta se quejaron ante algunos abusos que les parecieron excesivos. En general, tampoco les compadecían especialmente, influidos tanto por su admiración hacia los alemanes como por el peculiar antisemitismo de un país donde no había judíos desde hacía más de cuatro siglos.

En España existían algunos resabios negativos en Mallorca, donde los descendientes de judíos conversos eran llamados *xuetas*; despreciados por la población, la Falange local llegó a confeccionar listas con sus nombres para facilitarlas a los alemanes si llegaba la ocasión. A niveles bastante elementales y populares, la tradición católica conservaba bastantes reflejos antijudaicos, si bien los descendientes de judíos conversos no sufrían discriminaciones, eran ordenados sacerdotes y en el Ejército figuraban numerosos oficiales y suboficiales mallorquines con apellidos *xuetas*, que sólo eran conocidos por la población de Mallorca, mientras los ignoraban en el resto de España, incluidas Menorca e Ibiza. Jocosamente, en las academias militares los cadetes llamaban *xuetas* a todos sus compañeros procedentes de Baleares, sin saber exactamente qué significaba.

Por imitación a los nazis, el discurso falangista denigraba a los judíos, con frecuentes apelaciones históricas a la «raza maldita», los Reyes Católicos y la España imperial, «martillo de herejes, luz de Trento y espada de Roma». Onésimo Redondo consideraba que la

lucha de España contra el marxismo era la continuación de la lucha contra los semitas, judíos y moriscos; sin olvidar que el franquismo aceptaba la afirmación fascista de que los judíos dominaban el mundo a través de dos organizaciones creadas por ellos: el capitalismo y el comunismo[10].

Sin embargo, la actitud del Gobierno español era compleja porque Primo de Rivera[11] había concedido la nacionalidad española a los sefardíes. Con esta base, las representaciones en París, Atenas y Budapest ampararon a numerosos judíos. Serrano Suñer expuso que el Gobierno no debía oponerse a las medidas antisemitas alemanas cuando afectaran a súbditos españoles de origen judío; no obstante, muchos diplomáticos españoles siguieron protegiendo a los sefardíes, destacando entre ellos Ángel Sanz Briz, encargado de negocios en Budapest.

Tampoco despertaron lástima en los miembros de la División Azul las mujeres polacas, metidas a la fuerza en las casas de putas para soldados. Ellos iban a lo suyo y los polacos eran una gente rara, casi enemiga. El machismo y las ansias sexuales de los soldados no permitían distinguir entre mujeres y dio por bueno el sexo esclavo que ponían a su alcance. Años más tarde, algunos de ellos han reconocido, sin grandes lástimas, que las mujeres de semejantes casas «quedaban reventadas en pocas semanas[12]».

Cuando se conoció en España la dureza del frente ruso disminuyeron los voluntarios. En 1941 habían sido numerosos, pero cuando en 1942 se hizo un nuevo reclutamiento, casi nadie quiso ir y fue preciso embarcar a soldados acusados de pequeños delitos, hombres coaccionados por sus jefes y voluntarios rechazados de la ocasión anterior, que habían perdido las ganas de aventura y se vieron embarcados a la fuerza. Voluntarios o no, una vez en el frente no tuvieron más remedio que adaptarse porque la disciplina era inflexible, no se toleraban cobardes y los calificados como indeseables eran devueltos a España conducidos por la Guardia Civil y podían acabar en la cárcel, privados de la condición de excombatientes.

## MÁS FALANGISTAS QUE NUNCA

A pesar de todo, el hielo ruso no enfrió los entusiasmos políticos. Algunos falangistas, como Dionisio Ridruejo, comenzaron allí a cuestionar las posturas oficiales[13], pero a una gran mayoría, el viaje y la guerra les ratificó en sus convicciones. La Falange propugnaba la construcción de un nuevo Estado, nacionalista y totalitario, integrador de los partidos y clases sociales, capaz de acabar con los separatistas y los comunistas[14]. Su confuso ideario mezclaba los espejismos fascistas, la revolución conservadora de Maura y el mito del *cirujano de hierro* que había creído ser el dictador Primo de Rivera, todo aderezado por la exaltación producida por la guerra civil y la victoria. En Alemania todo funcionaba mejor que en España y creyeron que tanta riqueza y adelanto se debían al nazismo. Con más razón, cuando sabían que al llegar Hitler al poder el país estaba en bancarrota y eran legión los parados. Tras esta buena impresión, resultó tremendo el contraste con Rusia, que no era el paraíso del proletariado sino un país atrasado y miserable, habitado por gentes demacradas y harapientas, muy distintas de los aseados y saludables alemanes. La diferencia entre la Alemania nazi y la Rusia comunista resultaba insultante. Bastaba comparar a los impecables miembros de la Wehrmacht con los desarrapados militares rusos que caían prisioneros. Todos los tópicos falangistas tomaban vigencia.

La Falange había recogido mucho del regeneracionismo histórico y el mismo José Antonio Primo de Rivera había dicho «amamos a España porque no nos gusta»: la comparación entre Alemania y Rusia convenció a muchos exaltados de que la capacidad de regeneración de España residía en la Falange y que era preciso sustituir a Franco y sus generales, que impedían la revolución nacionalsindicalista.

Sin embargo, una cosa era el entusiasmo falangista y otra el frente ruso, cuyas penalidades desinflaban a muchos entusiasmados con la «cruzada contra el comunismo asiático». Combatían animosamente, pero su canción de guerra preferida era una versión de *Lili Marlen*[15] que decía: «Cuando vuelva a España con mi División, llenará de flores, mi niña, su balcón y yo entonces seré feliz, Lilí Marlen, pensando en ti».

Cuando se estableció un sistema de relevos que, mensualmente, repatriaba cientos de divisionarios, los más radicales esperaban que

la vuelta a España, además de apartarlos de aquella guerra insoportable, les permitiría impulsar la revolución falangista. Llegaron a sus lugares de origen, vestidos con uniforme militar español, la camisa azul y boina roja, fueron recibidos como héroes y este clima emocional contribuyó a afirmar muchas convicciones falangistas y hasta a sentirse miembros de una especie de Vieja Guardia[16]. Los militares que regresaron de Rusia extendieron sus convicciones en los cuarteles, aunque fueron contenidos por la disciplina. Distinto fue el ambiente en la Falange, donde grupos de estos fanáticos iban a poner en un aprieto a Serrano Suñer y acelerarían el declive del partido.

## GENERALES CONTRA FALANGISTAS

Serrano Suñer, el *cuñadísimo* de Franco, mantenía un pulso con Varela y los generales temerosos de que, después de haber ganado la guerra, les arrebataran el poder los jerarcas falangistas que habían permanecido emboscados en la retaguardia. Aunque era un hombre culto y un político experimentado, no comprendió las peculiaridades de la situación española. El fascismo había llegado al poder en Italia y Alemania mediante procedimientos políticos; el franquismo, en cambio, lo hizo por métodos militares. A pesar de su afición por los uniformes, Mussolini y Hitler eran políticos civiles mientras que Franco era un general. En Italia y Alemania, el poder residía en el partido, que había logrado controlar el Gobierno. En España emanaba del Ejército, que había ganado la guerra.

Durante los primeros tiempos del conflicto europeo, la Falange se sintió reforzada porque Hitler lograba una victoria militar tras otra y presionaba a Franco para que entrara en la guerra europea. Serrano Suñer aprovechó esta coyuntura para incrementar su poder a costa de los jefes militares, a varios de los cuales descabalgó de sus cargos políticos[17], hasta el extremo de controlar los ministerios de Asuntos Exteriores, Gobernación, Movimiento, Industria y la crucial embajada española en Berlín.

Tanto éxito hizo que Franco comenzara a desconfiar y, en marzo de 1940, comenzó a arañar el poder de su cuñado y nombró jefe directo de la Milicia de Falange al antifalangista coronel Valentín

Galarza Morante, que había tomado parte en todas las conspiraciones militares habidas durante los últimos diez años y superaba en habilidad enredadora al general Moscardó, que había ocupado el cargo antes. A finales de 1940, Hitler decidió atacar Rusia y dejó al Mediterráneo y España en segundo plano; Franco se sintió menos presionado y, desde la primavera de 1941, comenzó a minar el suelo bajo los pies de Serrano Suñer. En mayo le quitó el poder en Gobernación y en el Movimiento[18]; en junio, cuando su cuñado y los falangistas presionaron para formar la División Azul, la militarizó y la puso a las órdenes del general Muñoz Grandes, falangista enemigo notorio del *cuñadísimo*. La División Azul fue fatal para la Falange porque, en plena crecida del fascismo en Europa, alejó de España a numerosos activistas, sometiéndolos al mando militar.

Mientras tanto, Franco hizo una inesperada adquisición. Al comenzar la guerra civil tuvo como asesor a su hermano Nicolás, que en los primeros meses de 1937 fue desplazado por su cuñado Serrano Suñer. Ambos familiares le habían ocasionado distintas complicaciones y, últimamente, Serrano Suñer casi parecía haberlo suplantado. Confió entonces en Galarza Morante, cuya fidelidad parecía garantizada por su condición militar; lo nombró subsecretario de la Presidencia del Gobierno y, más tarde, ministro de Gobernación. Como su puesto de subsecretario quedaba vacante, lo cubrió con un desconocido capitán de navío, llamado Luis Carrero Blanco, que le demostraría total fidelidad en los años sucesivos y que desplazó lentamente a Serrano Suñer[19].

Al cabo de un año, Valera se sintió bastante fuerte para propinarle un golpe bajo al *cuñadísimo*, debilitándole la Milicia Universitaria, organización falangista que actuaba como policía política en la Universidad y formaba a los estudiantes como oficiales de complemento del Ejército en varios campamentos de verano. Los militares no perdían de vista sus actuaciones, interviniéndola a través de la dirección general de Enseñanza Militar y de los capitanes generales, en cuyas jurisdicciones se enclavaban los campamentos. En marzo de 1942, el Ministerio del Ejército le dio el golpe de gracia al sustraerle la formación de oficiales de complemento, que pasó a manos de una nueva institución del Ejército llamada Instrucción Militar Superior

(IPS[20]).

Aquel mismo verano, un grupo de falangistas exaltados provocó la crisis. El 16 de agosto, el general Varela salía de un funeral carlista en la iglesia bilbaína de Begoña cuando dos divisionarios recién repatriados le arrojaron un par de bombas, traídas de matute desde el frente ruso. Sólo estalló una de ellas, que causó numerosas víctimas civiles, y Varela, aunque resultó ileso, comunicó la noticia a los generales como si se tratara de un ataque de la Falange contra el Ejército.

El enfrentamiento sólo existía en la cúspide. Mientras los jerarcas falangistas y los generales se peleaban, muchos oficiales desempeñaban cargos en el Partido o en la Milicia[21] y consideraban casi hermanos al Ejército y la Falange. Incluso, muchos de ellos, como carecían del sentido político de los falangistas, eran acérrimos defensores de la unidad a toda costa de las diversas instituciones del régimen[22]. Sin embargo, sus sentimientos hacia Serrano Suñer eran muy distintos; muchos de ellos lo odiaban y lo consideraban un aprovechado. Por si fuera poco, Carmen Polo estaba también indignada contra él, porque engañaba constantemente a su hermana con señoras de la buena sociedad madrileña[23].

A pesar de las presiones falangistas y alemanas, Franco, después de consultar con Carrero Blanco, resolvió el atentado de Begoña a su manera: hizo condenar a muerte a los dos falangistas autores directos del atentado. Luego perdonó a uno de ellos, fusiló al otro y cesó a los ministros Serrano Suñer, Varela y Galarza Morante. Aplicaba, como si fuera suya, la vieja norma política de Cánovas: «Palo a la burra negra, palo a la burra blanca». La pelea entre los falangistas de Serrano Suñer y los militares, encabezados por Varela, había durado tres años. El vencedor final era Franco, que se quitaba a su cuñado de encima.

## UN IMPERIO EN ALPARGATAS

Como el ministro Varela ya había domesticado a los militares, su sucesor, Carlos Asensio Cabanillas, no encontró grandes tensiones internas en el Ejército y, a pesar de ser germanófilo, acabó con el

último grano que inquietaba a los generales: la Milicia de Falange. En realidad, ya no era peligrosa porque su «jefe supremo» era el mismo Franco, su «jefe directo» un general y la mayor parte de sus mandos, oficiales del Ejército. Sin embargo, muchos generales desconfiaban de los falangistas y recelaban de una organización militarizada[24] con 10 jefaturas regionales y 58 campos de instrucción. No les bastaba que hubiera perdido la formación de oficiales, se entrenaba con fusiles de madera y sólo contaba con 13 automóviles y 8 motocicletas en toda España[25]. De un plumazo, Asensio acabó definitivamente con la que había pretendido ser la SS española.

El verdadero problema para el régimen no residía en la política interior sino en la economía. Aunque el hambre no iba a más, las destrucciones debidas a la guerra civil y la imposibilidad de conseguir recambios habían colapsado los transportes por ferrocarril y carretera y provocado una crisis en la marina mercante. La vida costaba más del doble que en 1926 y el racionamiento no alcanzaba para las necesidades vitales. Pasada la peor época de hambre, el negro pan de racionamiento contenía serrín de madera y el aceite todo tipo de grasas sin nombre. En lugar de café, se tomaba un brebaje hecho de cereales, bellotas, algarrobas o semillas tostadas. El racionamiento de tabaco era tan exiguo que, quienes carecían de dinero para acceder al contrabando, debían elegir entre las hojas secas y los cigarrillos sueltos, hechos de puntas de colilla[26]. Más que por los vocingleros falangistas, la época se caracterizaba por los miles de prostitutas, limpiabotas y colilleros que se buscaban la vida en la calle.

La pobreza que colapsaba el país también hacía inoperante al Ejército y mantenía a los militares en una precaria situación. Para resolverla, Asensio reguló, el 2 de noviembre de 1942, los economatos militares y distribuyó una cartilla de racionamiento a todos los mandos y empleados civiles del Ejército, con el fin de que pudieran retirar víveres de los economatos, mientras el pan se distribuiría directamente en los cuarteles[27]. La posesión de esta cartilla militar imponía la obligación de devolver la cartilla de racionamiento ordinaria, cosa que no hizo nadie para poder recibir ambos suministros. Inicialmente, el Ejército distribuyó, por persona y mes, 1 litro de aceite, 0,5 kilos de azúcar, 1,5 de legumbres, 7 de

patatas, 300 gramos semanales de carne y una cantidad diaria de chuscos a determinar, además de los artículos de libre disposición que pudieran adquirirse, cuyo precio no podía gravarse con más del 5 por ciento del valor de compra. Conjunto que permitió una dieta sencilla, basada en las patatas, legumbres, pan, con carne un par de días por semana, gracias a lo cual los militares no necesitaron acudir al mercado negro y hasta pudieron disponer de un excedente de legumbres, que regalaban a conocidos y parientes. Otro de sus privilegios fue la asistencia sanitaria a cargo de los médicos y practicantes de los regimientos, y la posibilidad de acudir a los hospitales militares, que eran los mejores del país, y de las farmacias militares, que proporcionaban medicamentos a precio rebajado. En cambio, los sueldos eran pequeños. Sin contar los trienios y cruces, un general de división cobraba al año 31 000 pesetas, un teniente coronel 17 500, un teniente 8500 y un suboficial 7200, cantidades que no permitían una existencia boyante.

La condición de oficial gozaba de un notable prestigio en una España muy militarizada y marcada por la guerra civil, donde generales y coroneles ocupaban importantes puestos y las clases medias sobrevivían con estrecheces. Aunque fueran pobres, los militares eran unos caballeros que frecuentaban los mismos lugares que los ricos de aquella España miserable.

El enorme volumen del Ejército condenaba la institución a la miseria y Asensio, al no poder pagar a los militares con dinero, procuró hacerlo con servicios. En noviembre de 1942, reglamentó también el Patronato de Casas Militares, destinado a construir viviendas que serían arrendadas a bajo precio[28]; igualmente impulsó la construcción de nuevos cuarteles planeados con criterios racionales, aunque sin olvidar que debían servir de marco a las teatrales ceremonias militares. Estas construcciones tropezaron con la falta de recursos, que obligó a emplear materiales de baja calidad. Tampoco era posible alimentar adecuadamente a los numerosos soldados, porque se mantenía en filas a muchos republicanos con la mili pendiente y a los reservistas de 1939, 1940 y 1941, que fueron llamados nuevamente en la movilización parcial de octubre de 1942. Como cada quinta podía suponer unos 120 000 reclutas, había unos 400 000 hombres en activo sin contar a los

mercenarios marroquíes y a los legionarios.

Numerosos españoles eran analfabetos, de modo que de los 167 894 reclutas incorporados al Ejército en 1943, 20 436 no sabían leer. Todas las unidades organizaron reglamentariamente una clase de analfabetos, donde éstos debían estudiar por lo menos una hora diaria. La labor del Ejército fue muy positiva en este campo, aunque utilizase sus métodos peculiares, como no conceder permisos a los soldados hasta que aprendieran a leer. Lo cierto es que, en 1943, primer año del que existen cifras fiables, aprendieron a leer 15 975 hombres y las cifras se mantuvieron en los años siguientes, aunque hasta 1958 sólo se consideró analfabetos a quienes no sabían leer (si leían dejaban de ser analfabetos pese a que no escribieran).

Jamás hubo bastante dinero para dar a la tropa un rancho decente y muchos coroneles, para resolver los problemas más urgentes, emprendieron obras con los escasos medios a su alcance y los soldados como trabajadores gratuitos. Esta iniciativa acabó considerándose un mérito y se hizo endémica, hasta convertirse en la principal preocupación de muchos cuerpos. Así se remediaron muchas deficiencias y los soldados contaron con comedores donde podían tomar el rancho sentados y a resguardo del sol, la lluvia y el frío en locales que ellos mismos habían construido.

Muchos cuarteles contaron con cantineros civiles, hasta que Asensio ordenó cerrar sus tugurios y habilitar nuevas cantinas, administradas por el regimiento, llamándolas Hogar del Soldado, que era la reducción de un proyecto azañista[29] del mismo nombre que había previsto organizar en cada cuartel una cantina, una biblioteca y otras dependencias para el asueto de la tropa. La realización de Asensio se conformó con menos y, generalmente, el Hogar del Soldado se limitó a organizar una desangelada cantina servida por soldados.

Si la vida cotidiana de los regimientos resultaba tan penosa, sus necesidades de campaña eran insolubles. El Ejército estaba escasamente motorizado y la mayor parte de sus transportes utilizaban ganado. Los oficiales y jefes se desplazaban a caballo, la mayor parte de las fuerzas de Caballería montaban también a caballo y no en vehículos como en los Ejércitos modernos, los mulos arrastraban las ametralladoras antiaéreas o los cañones contracarro

y transportaban a lomo las ametralladoras, morteros y piezas de montaña. Lo cual mantenía gran cantidad de animales en los cuarteles, que se aprovechaban para arrastrar los carros de suministro o los anticuados carruajes que transportaban a los oficiales de uno a otro punto de la guarnición. Los regimientos de Infantería sólo contaban con unos pocos automóviles supervivientes de la guerra civil, generalmente, un *Balilla*[30] o similar para el coronel y un par de camiones. La abundancia de ganado imponía un duro trabajo, que soportaban mal los soldados procedentes de núcleos industriales y no importaba a los numerosos campesinos. Por otra parte, el ganado proporcionaba a los cuarteles tres subproductos bien aprovechados: el estiércol, que se vendía, la paja que servía para rellenar los jergones de la tropa[31] y los alambres que la habían empacado, destinados a casi todo pues lo mismo sujetaban una ventana rota por el viento, que mantenían en su sitio el oscilante carburador de un camión o los botones de las prendas gruesas, que, por pereza, los soldados no cosían con hilo normal.

## ADMINISTRAR LA NADA

Un Ejército tan numeroso en una España arruinada, sufría innumerables quebraderos de cabeza para no descender del nivel de miseria donde se encontraba. La economía de los cuerpos estaba reglamentada rigurosamente y, como eran tan pobres, los regimientos se fagocitaban a sí mismos. Como un soldado que marchaba de permiso no consumía las 3 pesetas de su rancho, una orden ministerial estableció que una peseta se destinaría a mejorar la alimentación del resto, otra al material y la tercera al Fondo de Atenciones Generales, donde también se ingresaba el producto de vender el estiércol, papel, trapos, desperdicios de la cocina y los beneficios de la cantina, la imprenta, los talleres y la granja[32]. Esta última estaba presente en todos los cuarteles y campamentos, consumía los desperdicios, el grano que se ahorraba de los mulos y proporcionaba carne de cerdo para la cocina que, en ocasiones, también se vendía a los oficiales.

Reglamentariamente, los automóviles militares debían moverse con gasógeno, que producía gas a partir de la combustión de sólidos

y que también se usaba para los vehículos civiles. Su energía resultaba muy escasa y no era raro que, al llegar a una cuesta, los pasajeros de los autobuses civiles tuvieran que descender y acompañar el vehículo a pie para que éste, aliviado de su carga, subiera resoplando.

El problema era mucho mayor en los vehículos militares porque los gasógenos no podían mover los carros de combate y sólo servían para los camiones en retaguardia. El Ejército necesitaba gasolina y la única asequible era la norteamericana, restringida por el Gobierno de Washington, que cerraba el grifo para impedir que Franco vendiera a Hitler wolframio[33] y hasta la misma gasolina que compraba.

Así se hicieron grandes esfuerzos para obtener sucedáneos, sobre todo a partir de la destilación del carbón, que podía proporcionar gas, alquitrán, amoníaco y combustibles líquidos a partir de las pizarras bituminosas de Puertollano, Burgos y Teruel, entre otras. La Compañía Mineral y Metalúrgica de Peñarroya inició en Puertollano la obtención de Gasolina Calatrava, Petrolina y Dieselina; Altos Hornos de Vizcaya lanzó Autobenzol y Tracto-benzol; la Compañía Española de Destilación de Carbones, de Trubia, preparó una mezcla de benzol y éter, otras empresas lanzaron los carburantes como la ANC y la Motorina, además del Olivoil, derivado del aceite de oliva, que se obtenía desde los tiempos de Primo de Rivera y se utilizó en los ferrocarriles[34].

Ninguno de estos productos resolvió las necesidades militares; el Ejército estaba inoperativo y, además, sufría graves problemas por la falta de caucho y de repuestos. La necesidad obligó a desguazar muchos vehículos para reparar el resto con sus piezas. Los cinco regimientos de carros creados en 1939 pronto tuvieron tanto material inservible que, en 1943, fueron reducidos a dos, donde se agrupó toda la chatarra blindada capaz de moverse malamente y a costa de continuas averías. Como no había otra cosa, algunos ejemplares de la guerra civil se mantuvieron en servicio hasta 1957, gracias a que no participaron en ninguna otra guerra. Enfrentados a un Ejército moderno, habrían puesto al enemigo en peligro de morir de asombro.

La miseria española produjo numerosas situaciones irregulares a las que ni siquiera escapó el Ejército. La guerra había arrasado el

parque automovilístico civil; en cambio, existían inmensos depósitos de material de guerra, donde se amontonaba toda clase de vehículos y de piezas sin inventariar ni clasificar, que pronto llegaron al mercado negro, donde un juego de neumáticos, un radiador o una batería suponían tesoros. A comienzos de 1941[35], se creó una comisión para vender los automóviles «procedentes de botín de guerra que no sean útiles para el Ejército», lo cual propició una especie de maná para el deteriorado transporte civil[36]. Naturalmente, la medida provocó perversas consecuencias. El Ejército custodiaba un inmenso botín, procedente de remesas extranjeras y requisas, almacenado en enormes depósitos, frecuentemente a cielo descubierto porque no tenía cabida en lugar alguno. Desde 1939 se llenaron hasta rebosar, con material lo más diverso, antiguas fábricas, naves industriales y todo tipo de cobertizos, construcciones, campos y solares. La guerra civil había revuelto el país de arriba abajo, de manera que en dichos almacenes se amontonaban los objetos más variopintos: muebles, enseres domésticos, pianos, suministros industriales, armas, municiones, uniformes, efectos militares y todo tipo de automóviles y recambios.

Como no existían inventarios, se tardó años en identificar, clasificar y ordenar aquel maremágnum. Mientras tanto, los recambios de automóviles se convirtieron en un tesoro y los vehículos se reparaban hasta unos límites que sobrepasaban lo imposible. Como era inevitable, se multiplicaron las sustracciones en los tesoros custodiados por el Ejército. En el mercado, resultaba imposible conseguir neumáticos, correas o piezas de recambio y los depósitos militares eran una mina de la que se extraía de todo con destino al mercado negro. La imposibilidad de importar productos extranjeros aguzaba el ingenio, hasta el extremo de que algunas maestranzas y bases fabricaban remolques con un teórico destino militar, que la picaresca vendía bajo mano a industriales y agricultores. Entre la necesidad y la miseria, el negocio llegó hasta extremos pintorescos. Cuando un automóvil militar no viajaba con gasógeno, era frecuente que el conductor utilizara todo tipo de tretas para ahorrar un par de litros de gasolina destinados al mercado negro.

## DEMASIADOS PRISIONEROS

A pesar de la calamitosa situación, no había peligro de una sublevación de los antiguos republicanos y el terror de las cárceles comenzó a remitir a partir de 1942. Sobre todo en medios falangistas, comenzaba a entenderse que apoyar la política en un sistema carcelario resultaba muy caro, incrementaba el odio contra el régimen y suscitaba críticas en el extranjero. Desde entonces se aceleró la política de indultos, pero los antiguos presos políticos quedaban sometidos a un régimen de libertad vigilada, difícilmente encontraban buenas colocaciones y se mantenían en miserables condiciones de vida.

El 30 de septiembre de 1943 quedaban todavía 44 925 reclusos políticos, distribuidos en prisiones provinciales masculinas o femeninas, prisiones centrales, talleres penitenciarios, colonias penitenciarias militarizadas, sanatorios penitenciarios, prisiones de mujeres y prisiones militares. Las colonias penitenciarias militarizadas sumaban 4850 presos y las prisiones militares 540[37].

De estas últimas se extraían destacamentos asignados a organismos públicos y particulares[38]. Las empresas pagaban el jornal, cuya mayor parte revertía al Estado, cobrando el preso o su familia una pequeña parte. En 1943 recibían tales trabajos esclavos 97 instituciones y personas, entre ellas los constructores Banús, Marroquín, Hermanos Nicolás Gómez y Construcciones ABC, la empresa San Román, que levantaba el Valle de los Caídos, y algunas instituciones eclesiásticas como los obispados de Vich y Orense, las monjas adoratrices de Valladolid y los escolapios del colegio de San Antón de Madrid[39].

El sistema de terror no escandalizaba a la población ni desestabilizaba el régimen. Al contrario, Franco no sólo se apoyaba en el Ejército, la Falange y la Iglesia sino también en el asentimiento general y un miedo difuso, que llegaba hasta lo más profundo. La mayor parte de los españoles no deseaba crearse más problemas y temía volver a los horrores de la guerra. Desaparecidos o exiliados todos los cuadros políticos del centro y la izquierda, era imposible movilizar a nadie, porque los recuerdos del pasado atenazaban a la gente, que deseaba olvidar sus antiguos padecimientos mientras sobrevivía difícilmente. Sólo la política

internacional podía derribar la dictadura.

## POTENCIA MILITAR DE LA IMPOTENCIA

La atención del Estado se volcó en sus órganos de poder armado. Los gastos de defensa y seguridad oscilaron entre el 35,20 y el 45,60 por ciento del presupuesto total, con un valor medio anual del 41,62 por ciento y la cota más alta en 1943. La mayor parte correspondió al Ejército de Tierra, que recibió entre el 17,42 y el 36,38 por ciento del presupuesto estatal con un valor medio anual del 27,12 por ciento. Las fuerzas de orden público consumieron entre el 5,56 y el 8,03 por ciento del presupuesto estatal con un valor medio anual del 6,77 por ciento. Estas cifras indican la potencia política del Ejército, mientras que en el presupuesto de 1945, la Falange sólo obtuvo el 1,9 por ciento del total, a pesar de que aquel año había logrado ver incrementados sus recursos.

Había fracasado el proyecto falangista de que el guardián del régimen fueran las instituciones armadas del Partido. Franco y los generales habían puesto el orden público en manos de militares. No concedieron mayor protagonismo al Ejército, porque Franco conocía la experiencia de Primo de Rivera y sabía que, si el Ejército asumía directamente el orden público, los capitanes generales se convertían en autoridades gubernativas y adquirían un peso político que podía resultar peligroso para él. Del orden público se hicieron cargo la Guardia Civil y la Policía Armada y de Tráfico, dos instituciones de organización y disciplina militar, mandadas por oficiales del Ejército, aunque controlables directamente por el ministro de Gobernación, dejando al margen a los capitanes generales.

Antes de la guerra[40], la Guardia Civil contaba con 34 373 individuos de tropa y el cuerpo de Carabineros con 15.351. La contienda destrozó ambos cuerpos que, una vez reorganizados y unificados, dieron a la Guardia Civil 58 152 individuos de tropa en 1941, que se mantuvieron prácticamente estables durante toda la segunda guerra mundial. La nueva Policía Armada y de Tráfico estaba reorganizándose en 1941 a base de 2819 individuos de tropa, que se había elevado a 21 731 en 1945. En cambio, se incrementó la participación de los militares en tareas de orden

público, porque Franco no utilizaba al Ejército directamente sino como cantera para el personal de confianza que, si no daba resultado, era enviado nuevamente a un destino militar. Así, en 1941 prestaban servicio en las fuerzas de orden público 1719 jefes y oficiales, que en 1945 se habían elevado a 3047[41].

Casi todo el presupuesto militar se consumía en pagar los malos sueldos, el pésimo rancho, los uniformes y el calzado de la tropa, quedando un miserable remanente para las demás necesidades. El franquismo tenía un aparato armado más voluminoso del que podía mantener. En consecuencia, lo condenaba a la miseria. Pero el dictador nunca se interesó por la situación técnica de sus Ejércitos, que no eran una organización destinada a sostener una guerra internacional, sino un instrumento para mantenerlo en el poder. Y, por si fuera poca la miseria, entre 1943 y 1945 apenas llovió en España, con grave daño para la agricultura y la industria dependiente de la energía hidroeléctrica. En sus discursos, Franco se declaró decidido a vencer las graves dificultades de aquellos momentos, sin olvidar atribuirlas a los enemigos históricos de España, el contubernio de judíos, masones y comunistas, además de la «pertinaz sequía».

La miseria militar española era más patente ante las nuevas armas y los modernos procedimientos de la guerra internacional. El 8 de diciembre de 1941 los japoneses atacaron Pearl Harbour por sorpresa, en una verdadera exhibición de poder aeronaval de nuevo cuño. Inmediatamente, los gobiernos de Washington y Londres declararon la guerra a Japón. Tres días más tarde, Alemania e Italia declararon la guerra a los Estados Unidos. Tantas noticias entusiasmaron a la opinión militar española, que recibió como una victoria la entrada en guerra de Tokio y con desprecio la réplica de Washington[42]. La revista *Ejército*[43], publicación oficial escrita por militares, no se recataba a la hora de proclamar su alineación pro Eje y hasta aseguró que los judíos habían manipulado a la opinión norteamericana contra Alemania. La alineación política de Franco jamás ofreció dudas y, el 14 de febrero de 1942 manifestó que, si los rusos abrían el camino de Berlín, un millón de españoles irían a cerrarlo. Cuando la guerra comenzó a variar de signo, contuvo sus declaraciones públicas, pero las opiniones de los militares en la revista *Ejército* mantuvieron su descarada simpatía por Alemania,

cuando una simple indicación del mando las habría cortado de raíz.

## ESPAÑA ENTRE DOS FUEGOS

Las cosas comenzaron a cambiar en octubre de 1942, cuando los ingleses lograron derrotar a los alemanes en El Alamein haciéndolos retroceder hacia el Oeste. En España no se concedió mucha importancia al hecho porque, en la guerra del desierto, ambos bandos habían llegado a cabo espectaculares avances y retrocesos y éste podía ser uno de tantos. Sin embargo, cuando, también por aquellas fechas, los americanos y británicos desembarcaron en Marruecos y Argelia, la guerra tomó claramente otro cariz y los militares se inquietaron. Los alemanes respondieron al desembarco aliado en África ocupando la Francia de Vichy y España se encontró con los aliados desplegados en la frontera de Marruecos y los alemanes establecidos en la frontera francesa.

Los exiliados republicanos habían intentado que los Estados Unidos, para asegurar su desembarco en África, ocuparan alguna parte de España; sin embargo Churchill medió a favor del régimen y, antes de desembarcar, los representantes de Washington aseguraron a Franco que tanto el territorio español como las posesiones en Marruecos serían respetados.

## APUNTA UN CANDIDATO

Durante la guerra civil, Alfonso XIII apoyó a Franco, convencido de que restauraría la monarquía en España, con mayor razón cuando una maniobra de los generales monárquicos lo había nombrado generalísimo, en perjuicio de los generales Cabanellas, Queipo de Llano y Mola, que eran enemigos del Rey. Al acabar la guerra, los generales monárquicos ocupaban cargos importantes, pero no se restableció la monarquía y Franco permitió que las campañas antimonárquicas de los falangistas crearan un clima desfavorable a Alfonso XIII.

El antiguo rey se decepcionó porque había considerado al general como uno de los suyos. Sin embargo, la oposición a la monarquía en el interior de España acabó perjudicando a Alfonso XIII, que, el 15 de enero de 1941, abdicó en su hijo Juan de Borbón. Víctima de una antigua dolencia cardiaca sin cuidar, falleció el 28 de febrero de aquel mismo año.

Juan de Borbón, exiliado de España en 1931, se había alineado con Acción Española, un grupo intelectual de monárquicos autoritarios y antidemocráticos, y despertó una corriente favorable entre los carlistas. En julio de 1936 había penetrado en la España sublevada contra la República, vestido con una boina carlista y una camisa de Falange, pero el general Mola le obligó a volver a cruzar la frontera amenazándolo con fusilarlo. Más adelante escribió a Franco, ofreciéndole su condición de oficial de la Marina británica, para incorporarse a la tripulación del crucero *Baleares*. Después de una larga espera recibió una carta del general, declinando su ofrecimiento.

Hasta la muerte de su padre, vivió también en la Roma fascista; sin embargo, el desembarco aliado en África le hizo tomar postura. Desconocía las maquinaciones británicas y americanas respecto a Franco y supuso que la victoria de los aliados sería el final de su régimen. Él podía ofrecer la restauración de la monarquía como una alternativa democrática para España.

Tres días después del desembarco, manifestó al *Journal de Genève* su condición de antifranquista y demócrata, que pretendía «ser el Rey de una España en la cual todos los españoles, definitivamente reconciliados, podrán vivir en común».

La reacción de Franco fue inmediata. El alto comisario en Marruecos era el general Luis Orgaz Yoldi, un veterano conspirador monárquico de quien comenzó a rumorearse que preparaba una sublevación. Con el fin de controlarlo, el dictador nombró jefe de tropas de Melilla a Juan Yagüe Blanco, el principal general falangista pronazi, que llevaba más de dos años desterrado en su pueblo natal de Soria.

Muchos generales se habían sublevado contra la República para restaurar la monarquía. Luego se plegaron al poder de Franco, aunque quedaba un grupito de irreductibles que se decidió ante el

desembarco anglosajón en África. Si Hitler y Mussolini eran derrotados, el franquismo caería con ellos y la Monarquía restaurada pensaría en sus leales. Sin embargo, existía un peligro inmediato: los alemanes estaban en los Pirineos y amenazaban con invadir España.

En el Ejército aumentaba la inquietud y comenzaron los preparativos para hacer frente a una invasión, que podían protagonizar los aliados en el Sur o los alemanes en el Norte. De momento, se movilizaron las quintas de 1941 y 1946, los ministros militares fueron autorizados para completar y reforzar las unidades de combate e incorporar a los oficiales provisionales que juzgaran necesarios[44], se puso en armas la desaforada cantidad de 750 000 hombres. El Gobierno reconoció oficialmente: «La situación actual del mundo, como consecuencia de la grave extensión de la guerra, que alcanza a zonas hasta ahora tranquilas y cada vez más próximas a España y sus colonias y Protectorado, aconseja, dentro de la más elemental previsión, reforzar aquellas medidas que, garantizando nuestro apartamiento de la lucha, compatible con la defensa de nuestra integridad y soberanía, aseguren el mantenimiento de la paz en nuestros territorios».

## EL RIESGO DE LOS GENERALES MONÁRQUICOS

En este ambiente de preocupación se tomaron dos medidas para asegurar la fidelidad militar. Fueron publicadas las bases para profesionalizar a todos los sargentos provisionales ingresados durante la guerra civil y se ascendió un grado a los militares muertos a consecuencia de la guerra civil, la sanjurjada, las operaciones de Asturias en 1934 y la División Azul. Ambas medidas beneficiaron a la base del Ejército y a numerosas viudas, huérfanos y deudos, ampliando la adhesión al generalísimo. En este clima, una ley específica[45] concedió 6000 pesetas anuales y el grado de teniente honorario a los veteranos de las guerras carlistas, denominándolos: «… a cuantos en las Cruzadas del siglo XIX fueron defensores de las tradiciones patrias y precursores del Movimiento Nacional». Lo cual, además de un disparate histórico,

legitimaba a cuantos habían hecho armas en el pasado contra la España constitucional.

El Gobierno no autorizó a las tropas alemanas para penetrar en España y dirigirse contra Gibraltar. Franco no quería desencadenar una réplica de los aliados en el Sur. En 1941 se habría unido al carro del Eje si Hitler le hubiera proporcionado los recursos necesarios. A finales de 1942, con los americanos instalados en África, sólo un loco habría entrado en la guerra. Era de suponer que, si los alemanes invadían España, instalarían un Gobierno *quisling* y, si lo hacían los aliados, restaurarían la monarquía.

No tenía más opción que resistir y comenzó a maniobrar contra los generales monárquicos. Integró a falangistas de todo tipo en el Consejo Nacional del FET y las JONS, con el fin de aparentar una resurrección del partido. Después activó una de sus maniobras favoritas, el castigo ejemplar.

El general Aranda se había vendido a la embajada británica, que llevaba mucho tiempo tratando de sobornar a generales españoles monárquicos, antifalangistas o enemigos de Serrano Suñer, para contrarrestar las presiones alemanas para implicar a España en la guerra[46]. Aranda se mostró decidido a colaborar y, desde mayo de 1940 hasta comienzos de 1941 los británicos ingresaron 13 millones de libras esterlinas (325 millones de pesetas) en la Swiss Bank Corporation de Nueva York y la Société de Banque Suisse de Ginebra. El banquero Juan March se encargó de retirar los fondos y hacerlos llegar hasta Aranda que, personalmente, los distribuía en sobres[47].

Es probable que Franco desconociera la totalidad del asunto, aunque resultaba evidente que, desde enero de 1941, los generales Aranda, Kindelán y Martínez Campos habían intensificado sus trabajos en favor de la monarquía. Lo cual no era de extrañar en los dos últimos, que eran veteranos monárquicos, pero hacía sospechar de Aranda, que era un hombre culto, cuya fama de liberal le había permitido engañar a las izquierdas asturianas en 1936. También se decía que era masón, aunque no se le había conocido otra actividad política que una tenaz oposición a los falangistas.

Franco lo cesó como director de la Escuela Superior del Ejército y, en el puesto que dejó vacante, colocó a Kindelán, el general monárquico más importante, que se vio obligado a abandonar la

capitanía general de Barcelona, donde había alentado los cabildeos monárquicos y se enfrentaba con el gobernador civil, Correa Veglison, antiguo oficial de Ingenieros, ahora capitoste falangista.

A mediados de diciembre regresó de Rusia el general Muñoz Grandes, jefe de la División Azul, a quien Franco colmó de honores[48], pero no le concedió mando en armas ni le permitió regresar al frente. Antes de volver a España, Hitler lo había condecorado con la Cruz de Hierro con Hojas de Roble[49], con la esperanza de que se aliara con los partidarios de meter a España en la guerra. Sin embargo, una vez en España, el general no movió un dedo y la División Azul quedó al mando de un hombre que Hitler no podía captar: Emilio Esteban-Infantes, general monárquico[50], de la misma promoción que Franco.

## La Guardia Civil, centinela interior

A finales de 1942 los alemanes habían perdido Tripolitania y estaban cercados en Stalingrado. Los diplomáticos españoles comenzaron a ofrecerse a los ingleses como mediadores de una paz negociada con Alemania. Churchill rechazó la idea; sin embargo, el mismo Franco insistió ante el embajador Hoare y recuperó su viejo plan de asociarse con Suecia, Suiza, Irlanda y de propiciar el entendimiento de los estados católicos, para ofrecerse como mediadores.

En febrero de 1943 capituló el Ejército alemán en Stalingrado. El temor se extendió entre los militares porque una victoria soviética podría alentar a los rojos españoles, que no tendrían piedad con ellos. Los articulistas de *Ejército* comenzaron a escribir sobre la necesidad de lograr la paz entre alemanes y occidentales para evitar el avance del comunismo.

Tras siete años en el poder, Franco se había consolidado, con la oposición aniquilada por la guerra y la represión posterior. Hasta los demócratas moderados se encontraban en el exilio o no se atrevían a abrir la boca. El Ejército lo miraba como a un ídolo, con la excepción de unos cuantos generales monárquicos, incapaces de

lograr que los secundaran los oficiales y apoyados por una opinión dinástica muy débil, porque la derecha española se había hecho franquista.

Como sabía que los generales estaban desunidos, Franco maniobró entre ellos, con una política de palo y zanahoria, sabiendo que los mandos inferiores lo apoyaban y no seguirían a ningún general que se insubordinara. Las maniobras de los altos mandos no llegaban a ser conocidas en los cuarteles. El miedo y la presión ideológica habían dado sus frutos, hasta el extremo de que sus diferencias con los generales quedarían como conspiraciones de salón, sin constituir un serio problema. Todos los militares sabían que Franco era capaz de fulminar a cualquiera, sin que le temblara el pulso. Servía para muestra el general Galarza Morante. Veterano conspirador monárquico durante la República, fundó la Unión Militar Española; Franco lo nombró subsecretario de la Presidencia, jefe de la Milicia de Falange, ministro de Gobernación y lo cesó a raíz del incidente de Begoña en el verano de 1942. Desde entonces, reanudó sus antiguas actividades de conspirador monárquico y se llevó la sorpresa al leer en el *Diario Oficial del Ejército* la noticia de su pase a militar retirado «a petición propia».

La seguridad descansaba especialmente en la Guardia Civil. Cuando la guerra terminó, Franco no se fiaba de ella, porque la mitad no había secundado el pronunciamiento de 1936. El 6 de septiembre de 1939 la puso en manos del intransigente general Eliseo Álvarez Arenas, que dejó en segundo plano la represión de la delincuencia común para dedicar el cuerpo a la represión política, la persecución de los «huidos» republicanos de las montañas, y la lucha contra el estraperlo y el contrabando, que florecían gracias al hambre y la precariedad.

Así tomó importancia la vigilancia de costas para prevenir tanto el contrabando como un desembarco militar aliado. Álvarez Arenas hizo que los puestos costeros de la Guardia Civil estuvieran siempre al completo y que los guardias se dedicaran a continuas tareas de vigilancia marítima, un servicio especialmente penoso porque, contra la costumbre de actuar en pareja, las *postas* ribereñas de la Guardia Civil correspondían a un hombre solo, sometido a interminables sesiones de humedad, frío y aislamiento. Como el refuerzo de las costas se hizo trasladando los guardias destinados

tierra adentro, la vida de los agentes se complicó porque en los puestos del interior un número menor de guardias debió atender a los mismos servicios, dedicándose día y noche a la vigilancia de carreteras y caminos, conducción de presos y las otras mil tareas del cuerpo.

La sobrecarga de trabajo sirvió para disciplinar y endurecer a la Guardia Civil, potenciando su fidelidad política. Los guardias vivían aislados de la sociedad y sometidos a una presión social que los convertía en personas muy celosas de sus obligaciones, siempre a la defensiva y acogotadas por el miedo. Un chascarrillo interior del cuerpo aseguraba que los guardias de servicio en la frontera no vigilaban hacia Francia, por donde podían llegar los contrabandistas, sino hacia España, por donde podía llegar el cabo.

Tales condiciones hicieron de ellos los más leales servidores de un régimen que, maltratándolos, lograba su absoluta sumisión porque una sanción grave o la expulsión del cuerpo dejaba en desamparo a la familia. Todos los acontecimientos de la vida española contaron con la presencia de la Guardia Civil que, a pesar de las pretensiones de la Ley de 1940[51], no llegó a integrarse plenamente en el Ejército. La ley había pretendido imponer al cuerpo la reforma más profunda de su existencia, destruyendo muchas de sus costumbres y tradiciones para convertirlo en una unidad más del Ejército, aunque con la tropa profesional. El ministerio organizó el Estado Mayor[52] y puso los tercios de fronteras en manos de militares[53], la resistencia de los mandos del cuerpo logró frenar las reformas hasta que la ley perdió su impulso y, poco a poco, se regresó a la organización tradicional[54].

Los redoblados esfuerzos impuestos a los guardias, aunque no gozaron de ninguna compensación, no encontraron resistencia. Todos eran veteranos de guerra acostumbrados a la estricta disciplina, un código de honor implacable y conocían la represión sufrida por sus compañeros republicanos. La mayor parte había cambiado la dura vida de campesino por la de guardia y no se atrevía a buscarse la vida fuera del cuerpo, donde tenía asegurada una vivienda, un sueldo regular y un suministro de pan y víveres. A cambio, sufría notables servidumbres; no podía residir en su pueblo o en el de su mujer y se alojaba con su familia en la casa-cuartel, a menudo un caserón alquilado en mal estado de conservación, donde

regían normas estrictas y se cerraba el portón a una hora fija.

Los oficiales y suboficiales contaban con los mismos privilegios que los militares, en cambio los guardias y cabos mantenían las condiciones de la tropa: vestían siempre de uniforme y podían ser expulsados del cuerpo con un sencillo trámite. Cuando eran acusados de delitos civiles, sus causas penales pasaban a la jurisdicción militar. No obstante, nunca comparecía un guardia civil ante el consejo de guerra porque si la acusación estaba suficientemente fundamentada lo expulsaban del cuerpo, era juzgado como «exguardia civil», pero cumplía su condena en una penitenciaría del Ejército. La expulsión administrativa le quitaba el sueldo, la vivienda, el pan, el uniforme, el suministro de víveres; sin embargo, le mantenía la condición militar para el castigo.

# CAPÍTULO IV

# Nuevos soldados y nuevos oficiales

## CAVILACIONES MONÁRQUICAS

Al comenzar 1943, la guerra mundial se mostró claramente desfavorable al Eje. Al comenzar el año, se rindieron los últimos soldados alemanes de Stalingrado; el 8 de febrero, los americanos dominaron la isla de Guadalcanal, que les abrió las rutas del Pacífico; en mayo, se rindieron en Túnez las tropas alemanas e italianas del norte de África; al llegar el verano, los aliados conquistaron Sicilia y el rey de Italia, a petición del Gran Consejo Fascista, ordenó detener a Mussolini y entregó el Gobierno al general Pietro Badoglio, que firmó un armisticio con los aliados.

La situación llenó de rumores el Ejército español, donde se aseguró que algunos generales preparaban la restauración monárquica y que Orgaz tenía listo un alzamiento en Marruecos. Franco reaccionó con uno de los castigos ejemplares que tanto le gustaban, y arremetió contra un hombre de los círculos monárquicos, el general Heli Tella Cantos, un militar gallego, compañero suyo en la Academia de Infantería y en Marruecos, conspirador contra la República y destacado jefe militar durante la guerra civil. Hijo de campesinos de Lugo, tomaba aires principescos, se adornaba el nombre como Heli Rolando de Tella y Cantos, controlaba varias almazaras y había construido un palacio

utilizando prisioneros de guerra. Otros generales cometían tropelías parecidas aunque lo hacían con mayor discreción y sin conspirar, de modo que sólo él fue acusado por sus irregulares negocios de aceite y expulsado del Ejército, sin que le salvara su condición de laureado[1].

Ante la evolución de la guerra mundial, Franco temía un levantamiento de los rojos españoles y dio pasos para evitarlo. En 1941, ya había promulgado la Ley de Seguridad del Estado. En 1943, cuando los aliados desembarcaron en Sicilia, nombró director general de la Guardia Civil al general Camilo Alonso Vega, su íntimo amigo, ferrolano, africanista, compañero de academia y cuya esposa, Ramona, era íntima de Carmen Polo[2]. Como subsecretario del Ejército, Camilo había contribuido a la política de terror administrativo del ministro Varela y, al llegar a la Guardia Civil, Franco le dejó las manos libres, sin que el ministro de Gobernación, Blas Pérez, pudiera pararle los pies porque era un jurídico militar de menor graduación y peso político. En consecuencia, el general manejó la Guardia Civil según su criterio, impuso un poder despótico y convirtió el cuerpo en una organización muy poderosa y el principal soporte del régimen.

Aunque algún general intrigara, no eran de temer movimientos políticos en el Ejército. Los militares eran franquistas y estaban controlados por una tupida red de espionaje interno. En cada región militar, la dirigía una oficina del Estado Mayor, la 2.ª Sección Bis, cuyo enlace en los regimientos solía ser el ayudante del coronel. A sus órdenes directas, actuaban algunos oficiales y suboficiales seleccionados en secreto y todos los capitanes con mando de compañía, cada uno de los cuales debía elegir unos cuantos soldados para vigilar a la tropa. La identidad de los informadores era desconocida, de modo que la red funcionaba eficazmente y, por uno u otro conducto, todos los rumores llegaban hasta el ayudante, que se los comunicaba al coronel y a la 2.ª Sección Bis. Al conocerse el mínimo comentario incorrecto, su autor era inmediatamente reprimido. De modo que la disciplina política quedaba asegurada. Lo que no lograba la ideología franquista, lo conseguía el temor.

Los militares no se desanimaban aunque los aliados estuvieran ganando la guerra. Tampoco se inquietaron por los fracasos militares de los italianos, que tenían mala fama como soldados. Por

su parte, los alemanes se mostraron dispuestos a proseguir la guerra, reaccionaron rápidamente contra el Gobierno Badoglio, ocuparon Roma y las principales ciudades y, por si fuera poco, liberaron a Mussolini en una operación espectacular. Todo ello desató el entusiasmo en los círculos franquistas y alumbró algunas ilusiones, como las nuevas armas secretas que se preparaban y la posibilidad de que los japoneses bombardearan California.

En destacados círculos madrileños se analizaban las noticias con más frialdad, dándose por seguro que, si Alemania perdía la guerra, Franco tendría los días contados. Muchos conservadores, que eran franquistas de conveniencia, comenzaron a buscar una alternativa para impedir que la izquierda se hiciera con el poder a la caída del dictador. Pareció lo más acertado buscar un gobierno conservador aceptado por los aliados y esta idea potenció las conspiraciones de salón de los monárquicos, de modo que Juan de Borbón pareció la mejor alternativa, pues parecía contar con el apoyo de los ingleses.

Los conciliábulos convencieron a Juan Ventosa, un financiero y político catalán, antiguo dirigente de la Lliga. Se había adaptado tan bien a los nuevos tiempos que Franco lo había nombrado procurador en Cortes[3]; sin embargo, impulsó la recogida de firmas para pedir la restauración de la Monarquía. Su petición pareció tan coherente que no sólo firmaron monárquicos como el duque de Alba, Manuel Halcón, José María Yanguas Messía, Antonio Goicoechea, el general Miguel Ponte y el almirante Moreu, sino también el falangista Alfonso García Valdecasas, el exministro Luis Alarcón de Lastra y el general represaliado Valentín Galarza.

## UN RECUERDO PARA RESISTIR

Sin embargo, Franco no pensaba marcharse. Se dice que todavía recordaba uno de sus raros viajes al extranjero en los años treinta. De regreso de Londres, había tomado un taxi en París cuyo conductor se dio a conocer como general zarista exiliado. Franco quedó desconcertado ante la posibilidad de seguir su suerte, quizá con mayor motivo cuando él no sabía francés ni conducir un automóvil. Desde aquel día, consideró que los comunistas eran sus principales enemigos, decidió no exponerse a seguir la trayectoria

del taxista ruso y se suscribió a una publicación anticomunista que editaban los rusos blancos.

Conservara o no el recuerdo de su encuentro en París, lo cierto es que rechazaba cualquier idea de abandonar el poder. Decidido a prepararse para una posible victoria aliada, arremetió contra aquellos rebeldes de salón, destituyó a seis firmantes que eran consejeros de Falange y, según su costumbre, buscó una nueva víctima propiciatoria. Esta vez le tocó al marqués de la Eliseda, que fue deportado a la isla de La Palma. A pesar de su inquietud, todavía confiaba en la victoria de Hitler, pero empleó su astucia para mostrarse más próximo a los aliados, sin cambiar su política interior, porque se sabía respaldado por el Ejército cuyos oficiales y sargentos no disimulaban sus simpatías germanófilas[4]. La tropa tampoco constituía un peligro porque vivía desinformada y aislada en los cuarteles, sometida a una agobiante disciplina que hacía más temibles las bofetadas de los sargentos que toda la guerra mundial.

## VESTIRSE DE NUEVO

Asensio era uno de los pocos generales considerados falangistas, aunque siempre mantuvo total fidelidad a Franco. Desde su llegada al ministerio demostró simpatía por el Eje y la expresó en un nuevo reglamento de uniformidad, cuyas líneas básicas iban a mantenerse durante todo el franquismo. En principio, declaró reglamentario un nuevo casco de acero inspirado en el alemán; fabricado en Trubia, se denominó modelo Z[5] y presentaba algunos defectos respecto al original. Durante la guerra civil, ambos bandos habían utilizado el casco modelo 1926[6] y Asensio deseaba borrar la imagen de los soldados republicanos. La falta de recursos retrasó la fabricación del modelo Z, hasta el extremo de que algunos regimientos tardaron veinte años en recibirlo y siguieron utilizando el casco de 1926. A pesar de todo, el casco Z continuaría como reglamentario hasta después de la muerte de Franco.

A principios de 1943, Asensio reglamentó una nueva uniformidad[7] también inspirada en los modelos del Eje. La tropa contó con un uniforme «de paseo» y otro «de faena»; el primero, con una sahariana y un gorro de tipo italiano; un bombacho de

inspiración alemana y botas y polainas de tela derivados del uniforme español anterior a la guerra civil[8]. Todas las prendas fueron pésimamente confeccionadas con loneta caqui de mala calidad, de modo que la apariencia de la tropa era escasamente marcial. Su infame aspecto empeoraba con el traje de faena: un mono caqui, el gorro y dos alpargatas de esparto, que hacían de los soldados españoles los peor vestidos del mundo occidental. Tal devastación estética era multiplicada por la pobreza del Ejército, pues los pobres muchachos sólo recibían dos mudas[9], que lavaban con grandes dificultades y carencias, de modo que el «olor a soldado» les acompañaba a todos sitios. Como prenda de abrigo, Asensio estableció un capote alemán, que debía durar varios años[10] y pasaba, sin lavar, de unos soldados a otros, de modo que cada recluta heredaba la suciedad depositada por el veterano que vestía el capote antes que él.

Nadie pretendió que los mandos, durante los ejercicios de instrucción, vistieran aquel impresentable conjunto de mono y alpargatas, que habrían considerado indigno de su condición, de modo que acudían vestidos con el uniforme de paseo de la tropa. Sólo los oficiales podían utilizar calzones y botas de montar, mientras que los sargentos empleaban botos parecidos a los alemanes, en lugar de los leguis[11] y borceguíes que calzaban antes. Como uniforme de paseo, los oficiales y suboficiales utilizaron el anterior a la guerra con algunas modificaciones[12], como una gorra distinta, botones dorados y con calzón con botas de montar para los oficiales[13] y pantalón recto con zapatos para los suboficiales. La corbata quedó reservada para el uniforme de los generales y los mandos de las tropas coloniales; aunque los militares la preferían por su mayor comodidad, el dictador no la permitió aunque el atuendo militar norteamericano comenzaba a inspirar la vestimenta de los Ejércitos occidentales.

Mayores eran las diferencias entre los uniformes de gala; la tropa se adornaba solamente con unos guantes blancos de algodón; los suboficiales con guantes, cinturón blanco y un sable; en cambio, los oficiales utilizaban hombreras bordadas en oro, guantes de cabritilla, un cinturón dorado para el sable y una banda o cordón carmesí, que recordaban a los tercios de Flandes, con un pasador dorado con la cifra «

1936-1939
». También se modificó el uniforme de los alumnos de la Instrucción Premilitar Superior, que organizó sus primeros campamentos[14] en mayo de 1943. Al abandonar la órbita falangista, los universitarios aspirantes a oficial de complemento cambiaron la camisa azul de la Falange por la caqui del Ejército.

La Guardia Civil adoptó el mismo uniforme, aunque en color verde y con prendas tradicionales como el tricornio y la amplia capa de invierno, que le prestaban una característica apariencia. En cambio, desaparecieron las dos letras que formaban su emblema tradicional[15] y fueron sustituidas por una espada, representación de la justicia, cruzada con un haz lictorio[16], símbolo romano del orden, adoptado como insignia por el partido fascista italiano. Dicho haz había sido utilizado en la simbología de numerosos países que lo rechazaron desde que se lo apropiaron los fascistas italianos. Su implantación en la España de 1943, cuando ya Mussolini se había convertido en un simple títere de Hitler[17], indica cuáles eran las preferencias del régimen.

Todas las gorras, cascos, hebillas de cinturón y hombreras de gala estuvieron señalados por el recién creado distintivo del Ejército de Tierra, que recordaba el escudo nacional inventado por el régimen. Consistía en un águila de San Juan, dorada, con una roja cruz de Santiago superpuesta, que pretendían identificarlo como defensor de la fe católica.

## La reorganización de Asensio

Más importante que el cambio de uniforme fue la reforma del despliegue emprendida por Asensio, que devolvió a Marruecos la 41 División, las tropas de legionarios y regulares que permanecían en la península y se preparó para hacer frente a una invasión extranjera. Con el fin de vigilar el Estrecho creó la IX Región Militar, con una división desplegada en las provincias de Granada, Málaga y Almería; formó unidades mixtas de Infantería y Artillería de costa, campaña y antiaérea para defender las bases navales de Bilbao, El Ferrol, Vigo, Cádiz y Cartagena; reforzó la Reserva

General del Ejército[18] y creó la División Acorazada Brunete, desde entonces la unidad más poderosa del país, que acantonó alrededor de Madrid.

El temor a una invasión había hecho que, desde 1941, se acumularan numerosas fuerzas militares en los Pirineos[19], donde comenzó a construirse la llamada Línea Gutiérrez, cuyos trabajos duraron casi cuatro años y se compuso de unas 10 000 obras, distribuidas desde el Cantábrico al Mediterráneo. En agosto de 1943, Asensio reorganizó las unidades de la península[20], creó cuatro divisiones de montaña y modificó el despliegue de las tropas que, en una primera época, realizaron ejercicios por temor a la infiltración de tropas alemanas y luego de los aliados. Ante la posibilidad de una invasión a través de los Pirineos fueron instaladas compañías de Infantería de montaña en los valles, con el fin de observar y vigilar los posibles itinerarios de invasión. Cuando se confirmó que aquella zona era la de mayor peligro, las tropas de montaña recibieron especial atención, se mimó su entrenamiento y organización, entregándoles un uniforme más abrigado[21] y material seleccionado, aunque de calidad inferior. En marzo de 1944 se decretó que los mandos de montaña deberían ser jóvenes, superar un reconocimiento médico y que, en compensación, cobrarían un 20 por ciento más y lucirían un distintivo especial.

En 1943 se organizó un cuerpo de Ejército especial, llamado Grupo de Divisiones de Reserva[22], al mando de Pablo Martín Alonso, que estableció su cuartel general en Lérida. Su misión era taponar las brechas que se produjeran en caso de invasión y la fuerza realizó ejercicios contra un supuesto ataque procedente de territorio francés. Una directiva del 11 de noviembre de 1943 ordenó fortificar los Pirineos con obras que aprovecharan los accidentes geográficos para desgastar al enemigo y canalizar su penetración hasta lugares donde el terreno le fuera desfavorable. Las fortificaciones debían contar con medios para defenderse de la Infantería y los carros de combate, es decir, que el Estado Mayor no esperaba una simple infiltración de grupos guerrilleros sino la penetración de un Ejército aliado.

La reforma de Asensio suprimió 3 divisiones, los 5 regimientos de fortificaciones y redujo a 8 los batallones de trabajadores forzados. Sin embargo, los cambios no incrementaron la capacidad

del Ejército, que siguió dotado de los obsoletos materiales de la guerra civil, cuyo creciente deterioro obligó a disolver tres de los cinco regimientos de carros formados en 1939 y concentrar los vehículos capaces de moverse en sólo dos regimientos, uno en Laucien (Marruecos) y otro en la División Acorazada.

## SUEÑOS DE GRANDEZA

A pesar de la reforma y de las altisonantes declaraciones de Franco, España había quedado al margen de la carrera de inventos militares provocada por la guerra mundial. El armamento básico procedía de los suministros y botín de la guerra civil, resultando un desbarajuste[23] donde se consignaban 10 tipos de fusiles y 5 de fusiles ametralladores, de marcas, nacionalidades y hasta calibres diferentes.

Los carros, aviones y vehículos supervivientes del conflicto estaban desgastados y quedaron pronto anticuados ante el desarrollo del armamento extranjero. Aquel mismo año se entablaron conversaciones para comprar armas alemanas a cambio de wolframio. La negociación avanzó dificultosamente hasta que el general Martínez Campos llegó a Berlín el 15 de marzo y presentó una larga lista de armas que España deseaba adquirir, pero que Alemania no podía proporcionar pues sus necesidades eran acuciantes. El 28 de abril, Martínez Campos viajó a Berlín por segunda vez, acompañado por una comisión militar, y consiguió un acuerdo al cabo de dos semanas. Los resultados fueron inferiores a lo solicitado y España recibió un batallón de carros[24], cañones de diversos tipos, entre ellos una batería de asalto de 75 mm, materiales para la marina de guerra, 15 cazas Messerschmit 109 BF, 15 hidros Heinkel y la licencia para fabricar el caza Messerschmit 109 G[25] y algunas piezas de artillería antiaérea y contracarro. Ya no habría más compras de armamento hasta diez años más tarde, cuando se firmó el pacto con los Estados Unidos.

El armamento comprado era insignificante ante las necesidades. De modo que la pomposa División Acorazada Brunete quedó reducida a apenas un nombre, porque sólo pudo contar con dos batallones blindados, uno con los magníficos carros alemanes Pz

Kpfw IV
*Tiger*, recién comprados, y otro dotado de anticuados rusos
T-26
capturados a los republicanos durante la guerra civil[26]. El resto de sus fuerzas eran tropas ordinarias y su conjunto no resistía la comparación con ninguna otra división acorazada extranjera. La célebre Brunete sólo servía para afianzar el régimen en el interior de España.

Por entonces se concedió la cruz del mérito militar al comandante de Artillería Félix Verdeja Bardales, autor de un proyecto de carro de combate español[27]. Durante la guerra civil había sido jefe de reparaciones del Batallón de Carros de Combate y construyó un prototipo en la base de Cariñena, completándolo en Zaragoza. El prototipo fue bien acogido y llevado a Bilbao para su producción; se fabricaron, al parecer, 30 carros. Al acabar la guerra se detuvo la fabricación y, en 1940, Verdeja construyó un segundo prototipo en la Maestranza de Artillería de Madrid, utilizando un motor Ford, un cañón ruso de 45 mm y dos ametralladoras alemanas. El vehículo se comportó bien durante las pruebas y, en 1941, Verdeja diseñó un segundo prototipo, con un motor Lincoln más potente y una tercera ametralladora y proyectó también una pieza autopropulsada de 75 mm sobre el chasis de su primer modelo[28]. Como no podía ser de otro modo, tales inventos consistían en simples combinaciones de elementos extranjeros. Con la mayor buena voluntad, Verdeja modificaba los chasis y trenes de rodaje conocidos, dotándolos de un motor americano, un cañón ruso y ametralladoras alemanas.

A pesar de la distinción, Verdeja no pudo construir un solo carro porque la industria española era incapaz de ello y los Ejércitos extranjeros ya habían superado ampliamente las combinaciones del voluntarioso militar. Por entonces, los americanos construían su carro, el M3, y los rusos el T-34[29], ambos mucho más potentes que los prototipos españoles, cuyo intento llegaba tarde y sin fuerza. Sin embargo, el carro Verdeja ha sido considerado en el Ejército español como la gran ocasión perdida de constituir un arma acorazada y una industria militar propias. Se trataba de un sueño, sólo un país industrializado podía crear una industria de guerra y no era el caso de la España de 1943, cuya escasez era tanta que el

Desfile de la Victoria de aquel mismo año potenció más que de costumbre las unidades a pie y a caballo, porque la escasez de gasolina recomendaba dejar a los automóviles, carros de combate y aviones inmóviles en sus bases.

El caso Verdeja era sólo un síntoma. Ante el ejemplo de las naciones que intervenían en la guerra, el triunfalismo del régimen buscaba recursos bajo las piedras. Franco creyó en la posibilidad de fabricar petróleo en España, cuando se la planteó Juan Antonio Suances, un ingeniero naval, compañero de infancia e hijo del marino que había preparado a los hermanos Franco para ingresar en la Escuela Naval.

Suances afirmaba que era posible fabricar gasolina sintética del mismo modo que lo hacían los alemanes y, autorizado por Franco, viajó a Berlín con el marqués de Urquijo, para pactar con la I. G. Farben-industrie las licencias y la maquinaria para producir en España gasolina sintética a base del carbón de Puertollano y sulfato de amonio extraído de la escoria de las fundaciones de Bilbao. A comienzos de 1943 se anunció la puesta en práctica del proyecto en la Empresa Nacional Calvo Sotelo de Combustibles Líquidos y Lubricantes. Sin embargo, los trabajos no siguieron adelante sin explicación oficial. Se dijo que los alemanes no habían podido cumplir los compromisos y aquel sueño quedó olvidado. Más tarde, Franco fue engañado por un austriaco que también le prometió fabricar petróleo y consiguió dinero para construir la fábrica. Ya comenzaban a levantarse las paredes cuando el austriaco, el dinero y las ilusiones desaparecieron sin dejar rastro.

Asensio, más realista, llevó a cabo una política de construcciones militares, con materiales de poca calidad y la mano de obra barata disponible, a menudo de prisioneros y penados. Entre estas obras destacaron los sanatorios antituberculosos de Ronda, el «General Varela» para suboficiales en Quintana del Puente (Palencia), el «generalísimo» para oficiales en Guadarrama, el Colegio Preparatorio Militar del Frente de Juventudes[30] y la Escuela de Estado Mayor, terminada en 1946.

Entre todos ellos destacó la nueva Academia de Infantería en Toledo, uno de los ejemplos más rotundos de la arquitectura franquista, aunque es menos conocida que el antiguo Ministerio del Aire de Madrid, edificado en su mismo estilo[31]. Se debió a los

ingenieros militares Hernández, Carrasco y Ureña, que utilizaron una agrupación de trabajadores forzados. El Servicio de Colonias Penitenciarias Militarizadas organizó la 5.ª agrupación en diciembre de 1941 con un presupuesto de 40 millones. Iniciaron los trabajos de la Academia 60 presos cuyo número aumentó hasta llegar a 1250. El mismo Franco visitó periódicamente las obras cuyo estilo se inspiraba en el Alcázar, al que debía unirse la nueva Academia con un futuro puente sobre el Tajo. La sobriedad de las líneas se contrapuso a la grandilocuencia imperial del proyecto, imposible de llevar a cabo con los escasos recursos económicos disponibles. Las obras se eternizaron hasta que ya no quedaron prisioneros y debieron contratarse trabajadores; algunos proyectos parciales fueron abandonados; no se construyó el puente sobre el Tajo ni funcionó la piscina climatizada, el pavimentado del patio central se demoró hasta 1964 y el edificio no se completó hasta el final de la década.

Ante la escasez de viviendas y los cortos sueldos, el Servicio Militar de Construcciones emprendió la edificación masiva de casas militares y, durante los años cuarenta, 4136 viviendas, de ellas: 579 eran para jefes, 1335 para oficiales y 2222 para suboficiales. La diferencia fundamental era el tamaño porque los militares de más graduación podían disponer de viviendas más amplias. Como las casas se construían en grandes bloques, surgieron verdaderos barrios militares, aunque no eran exclusivos porque compartían el espacio con edificios civiles.

## DE LA REPRESIÓN MASIVA AL CASTIGO SELECTIVO

Lo gravoso de mantener una enorme población penal y la escasa fortuna del Eje en la guerra mundial obligaron a modificar el sistema de represión masiva, que funcionaba en España desde 1936. A los dos años de terminar la guerra civil amainó el castigo a los vencidos, iniciándose una política destinada a reducir el número de presos políticos. Un malabarismo procesal había acusado de rebelión militar a quienes se habían opuesto a los militares sublevados y, a finales de 1942, se concedió la libertad condicional a los condenados por este retorcido concepto, siempre que hubieran

sido sentenciados entre 14 años y 8 meses[32]. En la misma época fueron suprimidos los Batallones de Soldados Trabajadores[33], cuyo personal fue incorporado a unidades del Ejército, excepto los condenados por la Fiscalía de Tasas. Los restantes penados se concentraron en dos agrupaciones situadas respectivamente en Andalucía y Marruecos, disolviéndose la Jefatura de Campos y Batallones de Trabajo, las subinspecciones regionales, los hospitales penitenciarios de Zumaya y Pamplona y el Depósito de Concentración de Madrid. También se agilizó la concesión de indultos particulares y de derechos pasivos a los condenados que permanecían en libertad condicional[34]. Al principio de 1943 se equiparó la rebelión a las huelgas, trastornos del orden público y demás delitos políticos, todos los cuales quedaron sometidos a la justicia militar[35], la cual, hasta entonces, se aplicaba por la vía de hecho.

La última fase de la guerra civil había causado grandes desperfectos en las vías de comunicación catalanas, a cuya reparación fueron dedicados los prisioneros de guerra, integrados en el Servicio Militar de Puentes y Caminos de Cataluña, hasta que desapareció en 1943 por haber sido liberada la mayor parte de condenados. En su lugar, se organizó el Servicio Militar de Construcciones, extendido a toda España para encuadrar a penados y obreros contratados[36]. En mayo se creó la comisión permanente del Patronato Central N.ª S.ª de la Merced para la Redención de Penas por el Trabajo, con el fin de gestionar las permutas de condena por trabajo penitenciario[37].

Desde 1939 se habían dictado unas 50 000 sentencias de muerte, muchas de las cuales fueron conmutadas por penas de prisión, en número todavía hoy no cuantificado. Para combatir las crecientes presiones diplomáticas aliadas, el 3 de marzo de 1943 fue autorizada una oficina de la Francia Libre en Madrid y no se internaron más refugiados franceses en el campo de concentración de Miranda de Ebro. El 17 de diciembre se ordenó liberar a los condenados a penas menores a 20 años.

## TEMORES DE INVASIÓN

La frontera francesa fue fortificada por la instrucción del Estado Mayor Central del 11 de noviembre de 1943. No se trataba de una fortificación continua sino de Núcleos de Resistencia, preparados para defenderse incluso si eran desbordados. La distribución de las obras, cuando no pretendía bloquear el paso, buscaba canalizar la invasión enemiga hasta lugares donde el terreno le fuera desfavorable.

La marcha desfavorable de la guerra mundial no había disminuido el entusiasmo proalemán de los militares, que consideraban a los ingleses como el verdadero enemigo, mientras que los americanos apenas eran tenidos en cuenta. Los temores de invasión se modificaron con el paso del tiempo; primero se temió un ataque de guerrilleros, luego una invasión aliada y, más adelante, la llegada del Ejército soviético, si conseguía apoderarse de Europa.

La pobreza del equipo industrial y militar provocaba reflexiones poco rigurosas, con el colofón obligado de una estrategia basada en los valores del español, la defensa pirenaica, la guerra de montaña y las guerrillas, donde podía desarrollarse el genio del infante español frente a enemigos mejor equipados.

A medida que la derrota alemana se hacía más evidente, los partidarios del Eje la explicaban como una consecuencia perversa de las quintas columnas comunistas, del poder internacional de los judíos y del material americano sobre el que cayeron numerosas invectivas, considerándolo la antítesis de los valores militares, basados en el espíritu. A pesar de sus bajos sueldos, las malas perspectivas que ofrecía la carrera y la dura disciplina, los militares estaban satisfechos por el orgullo de haber ganado la guerra, el patriotismo, el franquismo y la convicción de constituir el núcleo del Estado. Remachaba su fidelidad a Franco la convicción de que la caída de su régimen supondría el regreso de los rojos derrotados en la guerra civil, poseídos por la sed de venganza.

## Los nuevos reclutas

El tiempo había hecho desaparecer a los veteranos de guerra y nuevos reclutas llegaban a los cuarteles. A menudo, antes de

abandonar sus pueblos habían celebrado una gran fiesta de despedida, que solía terminar en borrachera, y donde se permitía a los quintos extralimitarse y gastar algunas bromas pesadas. La fiesta respondía a una larga tradición, asimilable a celebraciones como el bautizo o la primera comunión, y, en algunos casos, era un verdadero rito de madurez, donde el joven se fumaba el primer cigarrillo ante su padre.

El siguiente paso era menos gozoso. Los muchachos se concentraban en la caja de reclutas situada en la ciudad más próxima, donde un pequeño destacamento militar se hacía cargo de ellos. Entonces se iniciaba la dictadura de los soldados veteranos, que no tenían piedad de los quintos, los maltrataban e insultaban, tratándolos como a ganado.

Pronto aprenderían que debían sobornar a los veteranos con tabaco o comida para evitar que fueran sus peores enemigos. Su único consuelo consistía en pensar que, al año siguiente, podrían repetir la suerte contra los nuevos reclutas, lo que sucedía fatalmente. De momento, sólo podían callar y aguantar lo que viniera. Una vez reunida una gran expedición de reclutas, ésta era transportada a su destino en tren o en barco, cuando se trataba de Canarias, Baleares o Marruecos. Los convoyes militares se formaban con los peores vagones disponibles entre el desastroso material ferroviario de la época y podían tardar varios días en llegar a su destino, porque cedían el paso a todos los demás convoyes y vegetaban durante interminables horas en las estaciones y vías muertas.

Generalmente, cada recluta transportaba sus escasos bienes en una maleta de madera, construida por un carpintero conocido. Quienes procedían de un medio rural transportaban alimentos y vino para varios días, porque los campesinos se daban maña para sustraer parte de sus cosechas al control de la Fiscalía de Tasas. En cambio, los reclutas procedentes de grandes ciudades, desde el primer momento, entraban en contacto con las penurias militares. El traslado resultaba aún más duro para quienes viajaban en barco, porque no navegaban en un camarote sino sobre la cubierta, sin colchón y abrigados por una manta militar. Cuando llovía se refugiaban hacinados en cualquier rincón y, en caso de temporal, recibían los golpes de mar hasta que el capitán del barco los

mandaba meter en la bodega, mezclados con la carga, lo cual sucedía raramente porque resultaba difícil y peligroso abrir la bodega en plena travesía y con mal tiempo.

Los hombres llegaban a sus regimientos aterrorizados por las truculentas historias que les habían contado sobre la mili y agotados por el incómodo transporte. Entonces comenzaba lo peor. La expedición de reclutas penetraba en el gran patio del cuartel, donde cientos de soldados veteranos chillaban, mofándose de ellos. En el mismo patio, les tomaban la filiación y cortaban el pelo al cero, encaminándolos luego a recoger el uniforme que se entregaba sin tomar medidas, de modo que los reclutas se intercambiaban apresuradamente las prendas hasta encontrar las que, más o menos, se adaptaban a su cuerpo. Luego eran conducidos a una sala de duchas colectivas y les entregaban un trozo de jabón para que se lavaran.

En la España rural, apenas contaban con agua corriente, cuartos de baños y duchas las casas de los ricos. Muchos de los reclutas no habían visto jamás una ducha y miraban, con temor, el pasillo donde una docena de alcachofas metálicas escupía agua. Los más adelantados se metían, encantados de lavarse tras el insoportable viaje; en cambio, no faltaba quien se resistía a mojarse bajo aquellos chorros, helados o ardientes, según las circunstancias. Pero esta primera ducha en el campamento de reclutas casi tenía carácter ritual y resultaba obligatoria, de modo que los temerosos se duchaban por las buenas o por las malas. Una vez se habían duchado, debían ponerse de uniforme y les informaban de que tenían prohibido vestir ropas civiles, hasta el momento de licencia.

Tras la primera ducha obligatoria, no era raro que fuera problemático volver a ducharse durante los meses siguientes. En algunos campamentos y cuarteles el problema no existía y los hombres podían ducharse varias veces a la semana. En cambio, en otros no había duchas, o, si las había, unas veces no había agua, otras estaba averiada la instalación, o bien la puerta de las duchas estaba cerrada sin explicaciones.

Sin que los reclutas lo supieran, los habían acompañado al cuartel dos fichas de la Guardia Civil donde figuraban sus antecedentes políticos y sociales y los de su familia; no importaba que fueran chiquillos durante la guerra civil pues las conductas

políticas de sus familiares bastaban para clasificarlos como «adicto», «indiferente» o «desafecto al Glorioso Movimiento Nacional». Las fichas consignaban extremos como: «Se dice que su abuelo votaba a las izquierdas», «pertenece a una familia conocida por sus ideas extremistas» o bien «carece de antecedentes políticos y sociales, pero su abuelo estaba afiliado a la UGT, su padre ingresó en el Ejército rojo y se encuentra en ignorado paradero y su madre ha sido detenida cuatro veces por delitos contra la propiedad[38]». No se informaba a los soldados fichados de su condición, aunque estaba prohibido concederles destinos ni permitir su ascenso a cabo. Sin embargo, no siempre se cumplían las prescripciones y, por diversas causas, algunos soldados con malos informes políticos escapaban a la persecución. Cuando se licenciaba algún soldado que parecía mostrar inclinaciones políticas no ortodoxas, se remitía una nota informativa al gobernador civil de su provincia, advirtiéndole de que el hombre se consideraba sospechoso y parecía conveniente que la Guardia Civil lo vigilara discretamente.

Los veteranos de la guerra estaban acostumbrados a todas las calamidades, pero los nuevos reclutas eran distintos. Los procedentes de clases medias, además del rancho, extrañaban el duro colchón colocado sobre un tablero, incomodidad que no sentían muchos de sus compañeros campesinos, acostumbrados a condiciones de parecida, e incluso mayor, dureza[39].

Todos los hombres útiles prestaban el servicio militar, con la sola excepción de los hijos únicos de viudas o jubilados sin recursos. Los demás quedaban sujetos a un sorteo que los repartía por toda España y podía enviarlos a las guarniciones africanas. La única posibilidad de eludirlo y asegurarse una milicerca de casa era ingresar voluntario por tres años; éste era el caso de muchos hijos de militar o personajes con influencia, ingresados como soldados en un regimiento, cuyo coronel les permitía continuar sus actividades ordinarias, sin más obligación que vestirse de uniforme el día de la jura de bandera, tras el cual desaparecían hasta el momento de la licencia. Los demás eran enviados, durante tres meses, a un campamento de instrucción, donde transcurría la peor época de su vida militar.

Los campamentos de instrucción se situaban en parajes aislados, donde la tropa habitaba tiendas de campaña o barracones

destartalados que hacían la vida mucho más penosa que la de los cuarteles. Los reclutas aprendían los rudimentos de la instrucción militar, cuya parte del león correspondía a la instrucción de desfile con vistas a la jura de bandera. Al cabo de tres meses, estaban acostumbrados a su nueva vida, disparaban sin asustarse y marchaban con cierta soltura. Lo cual era muy importante para sus instructores, pues los altos jefes no solían fijarse en otra cosa más que en si los soldados llevaban bien el paso y braceaban con soltura.

Durante su período de instrucción, los soldados eran instruidos en las costumbres, canciones y cortesía militar, con especial hincapié en los saludos. Reglamentariamente, todos los oficiales y suboficiales eran miembros de la Falange, en cuyos actos saludaban con el brazo; sin embargo, en el interior de los cuarteles, aunque un retrato de Franco presidía todos los despachos, no había símbolos políticos ni se cantaban las canciones del partido. En 1942 se decretó la obligación del saludo fascista, al que se llamó «saludo nacional». El texto conservó el saludo militar para los miembros del Ejército, excepto en las formaciones sin armas o estando descubierto; sin embargo, los soldados continuaron con el saludo militar, porque los oficiales no deseaban interferencias de la Falange[40].

Ésta utilizaba canciones militares alemanas con letra española, como *Yo tenía un camarada*; por el contrario, en el Ejército sólo se cantaban los himnos de los respectivos cuerpos y los de la Legión, que se consideraban un patrimonio común. Con ocasión de actos oficiales y desfiles, las bandas militares tocaban marchas y pasodobles españoles, aunque sin excluir algunas marchas alemanas.

El último acto de la instrucción de reclutas era la jura de bandera, tras la cual abandonaban el campamento, camino de sus cuarteles. Desde aquel momento, la mili perdía su carácter igualitario y cada hombre corría distinta suerte. Según el grado de recomendación o la habilidad y conocimientos personales, se obtenían destinos que liberaban de muchas fatigas cuarteleras respecto al grupo de los más pobres, desamparados, incultos o considerados políticamente desafectos, que soportaban los peores trabajos y servicios.

La milino era igual para todos. Los soldados de clase media conseguían enchufes y los estudiantes universitarios podían optar por la IPS, donde asistían a dos campamentos de verano que los convertían en oficiales de complemento. Ya como alféreces, realizaban seis meses de prácticas en un regimiento, de modo que se ahorraban la mitad del servicio en filas y, además, cobraban un sueldo de oficial. La mayor parte únicamente deseaba hacer un servicio militar más corto y cómodo, de modo que, durante su permanencia en filas, procuraba sobrevivir y pasarlo lo mejor posible, incluso comprando la complicidad de los soldados para ahorrarse complicaciones. Ello les granjeó la desconfianza de los militares profesionales, aunque también ellos habían sido alféreces provisionales.

Con los años, mejoraron las condiciones de vida en los cuarteles y desapareció la costumbre de comer en el patio, en plato común. Se organizaron comedores con mesas, botijos para el agua, un plato de loza y un vaso de cristal grueso para cada hombre, que podía comer sentado y bajo techado. La vajilla era de escasa calidad y muy pronto se desportillaba, presentando mal aspecto, aunque siempre era mejor que los abollados platos de campaña usados hasta entonces. Sin embargo, la principal alimentación de la tropa seguía siendo el chusco, y su principal alivio, los paquetes de la familia, porque el rancho apenas había mejorado y no bastaba para alimentar a hombres de veinte años, hasta el extremo de que en los destacamentos aislados aprovechaban las hierbas comestibles para matar el hambre[41], práctica que también era corriente entre los pastores y otros sectores de la España rural.

Los cuarteles contaban con rudimentarios cuartos de aseo donde demasiados hombres se disputaban un corto número de lavabos y retretes, que se desinfectaban rociándolos con zotal, un maloliente líquido amarillo, cuyos vapores se extendían por la pieza e irritaban los ojos. No había más higiene, y las grandes ollas y sartenes de la cocina se restregaban con muy escaso jabón y bastante arena, con estropajos hecho con restos de cuerda de cáñamo y sacos usados; en cuanto a los suelos, apenas recibían un somero barrido de los soldados antes de cada revista, con la precaución de rociar previamente un par de cubos de agua para no levantar una nube de polvo. Únicamente los despachos de los jefes superiores contaban

con los servicios de alguna mujer contratada, que los mantenía en estado decoroso.

## OFICIALES DE NUEVO CUÑO

Con objeto de formar nuevos oficiales, en 1940 se volvió a fundar en Zaragoza la Academia General Militar[42], utilizando los mismos edificios y sobre las bases de la que había creado Primo de Rivera, dirigido Franco y suprimido Azaña[43]. En 1941 reanudó su actividad la Escuela Naval de San Fernando (Cádiz), que dos años más tarde Franco hizo trasladar a Marín (Pontevedra), mientras que la nueva Academia General del Aire[44] no entraría en actividad hasta el 15 de septiembre de 1945.

Azaña había establecido que cuando los suboficiales ascendieran a oficial, se integraran en los mismos escalafones que los mandos de academia. Esta posibilidad fue eliminada por el franquismo, aunque se concedió una generosa posibilidad al esfuerzo personal de los sargentos con dos años de antigüedad, que podrían ingresar en la Academia Militar de Suboficiales[45] y, tras aprobar dos cursos, se integraban con los cadetes procedentes de la Academia General en igualdad de condiciones para continuar su carrera como oficiales.

La creación de la Academia General Militar cerraba el ciclo iniciado por Primo de Rivera para eliminar el espíritu de los oficiales de Artillería e Ingenieros. Después de la guerra, la formación de oficiales quedó establecida en dos cursos en la Academia General, otros dos en la respectiva academia de su cuerpo y un trimestre nuevamente en la General. Los artilleros e ingenieros ya no se graduarían como ingenieros civiles y se limitarían a las cuestiones puramente tácticas.

La transformación de los antiguos cuerpos «facultativos» fue radical. En adelante, Infantería, Caballería, Artillería e Ingenieros se denominarían «armas combatientes», reservándose el apelativo de «cuerpos» para otros como intendencia, sanidad, veterinaria, jurídico, intervención y similares que no combatían directamente.

El coste de esta reforma todavía es dolorosamente apreciable. En las bibliotecas de los antiguos regimientos de Artillería se encuentran notables fondos bibliográficos en varios idiomas,

adquiridos antes de la guerra, que contrastan con la miseria intelectual de los libros comprados durante el franquismo. Esta política se contradice con la seguida por los Ejércitos más eficientes, preocupados por elevar el nivel intelectual de sus oficiales. Uno de sus ejemplos más destacados es la prestigiosa escuela militar de West Point, que fue fundada como escuela de ingenieros y sigue siéndolo, aunque ahora se formen en ella oficiales de todas las armas y cuerpos norteamericanos[46].

La primera promoción de la General ingresó el 15 de septiembre de 1942[47], tras una dura oposición de ingreso con pruebas físicas, culturales y de matemáticas, que garantizaban un buen nivel académico. Los nuevos cadetes tenían una edad media de 13 años al acabar la guerra civil, muchos de ellos eran hijos de militares y, bastantes, huérfanos de guerra del bando franquista, aceptados siempre que superasen los exámenes, aunque no existieran plazas disponibles.

A pesar de las duras exigencias intelectuales del ingreso, la institución no proporcionó una enseñanza de elevado nivel, sino una sólida formación ideológica. Los cadetes fueron sometidos a un régimen más cuartelero que académico, dedicado a inculcar una enfermiza veneración a Franco, las virtudes militares y la ideología del régimen. La asignatura llamada Educación Militar trataba «el aspecto político-militar del Alzamiento Nacional» sin demasiada intensidad porque el verdadero adoctrinamiento fue obra del ambiente, del recuerdo de la guerra civil y de la proximidad de la mundial, que influían fácilmente en aquellos muchachos, cuyos profesores eran veteranos de guerra, mientras la propaganda fascista llegaba masivamente a sus manos[48].

Sin embargo, los primeros tenientes de la nueva academia de Zaragoza no se incorporaron al Ejército hasta 1946 y, mientras tanto, el funcionamiento de la «General» despertó la suspicacia los miles de oficiales provisionales que deseaban profesionalizarse.

En la primera posguerra, los oficiales profesionales no se reclutaron en las academias recién creadas, sino entre los provisionales, que habían hecho la guerra civil y fueron «transformados» en cursos especiales. El proceso ya se había iniciado en 1939, en varias academias militares específicas[49] que «transformaron» a 4672 provisionales en tenientes profesionales[50].

Sin embargo, los temores resultaron justificados porque, en agosto de 1946, cuando salió la primera promoción de la Academia General, todavía quedaban miles de provisionales sin «transformar». En 1945 fueron «transformados» 989 alféreces, que no ascendieron a tenientes hasta 18 meses más tarde, escalafonándose detrás de los tenientes de la Academia General. Con este trámite se dio por concluida la operación de integrar a los provisionales.

Sin embargo, el régimen no dejó en la cuneta a quienes le habían ayudado a ganar la guerra y organizó una operación para recuperar a los suspendidos y excluidos. Una Ley de julio de 1943 permitió «repescar» a quienes llevaban cinco años como oficiales, pero habían suspendido o no había podido acogerse a la «transformación». Se les convocó a un curso de 8 meses, cuya superación los convertiría en alféreces que, dos años más tarde, ascenderían a tenientes. La operación se llevó a cabo en la nueva academia de Villaverde (Madrid) que funcionó hasta 1948, intercalándose sus alumnos con las sucesivas promociones de la Academia General. La «repesca» resultó difícil porque el nivel de preparación de las últimas promociones de provisionales no era muy alto, con el agravante de que algunos deseaban ingresar en Artillería o Ingenieros, cuando habían hecho la guerra en Infantería o Caballería y carecían de formación matemática[51]. Los suspendidos en la «transformación» fueron licenciados con una indemnización de seis meses de sueldo[52].

El balance de la «transformación» resultó devastador para el Ejército, porque incorporó una masa de oficiales con edades equivalentes. Su número era similar a los oficiales que habrían sido promovidos en las academias durante veinticuatro años en un régimen de estudios normal. Esta generación de provisionales politizó seriamente el cuerpo de oficiales sin enriquecerlo profesionalmente, dada la sumaria formación de la mayor parte de sus miembros. El enorme bloque de los militares de la guerra vició la demografía profesional, formando un tapón en los escalafones que congeló los ascensos. Los provisionales eran tan numerosos que ni podían ascender y, simultáneamente, impedían el ascenso de las promociones siguientes. La carrera de los oficiales de la Academia General de Zaragoza también nació herida de muerte; a partir de la tercera promoción todas las siguientes quedaron condenadas a no

ascender hasta que se retirasen todos los militares de la guerra.

El franquismo había creado un nuevo cuerpo de oficiales formado por los veteranos de guerra, cuya parte más numerosa eran los antiguos provisionales[53]. Leales a Franco y a su régimen, no seguirían a otro general que pretendiera sublevarse. La demostración llegaría antes de terminar 1943.

## UNA BASE PARA FRANCO

Ante el evidente declive alemán, Aranda y Kindelán intensificaron sus maniobras. La restauración monárquica podía salvar a los tenientes generales, que temían la vuelta de los republicanos; en consecuencia, el 8 de septiembre, nueve de ellos habían firmado un documento que pedía a Franco el restablecimiento de la monarquía[54]. El generalísimo recibió el documento fríamente y sin reacciones momentáneas. Ningún otro gobernante en la Historia de España habría resistido una presión como aquélla, pero estaba seguro de que los oficiales no actuarían contra él. Los nueve tenientes generales no podían mover al Ejército. Dejó transcurrir dos meses sin hacer movimientos. Luego maniobró en torno a los firmantes, que agacharon las orejas. Sólo Kindelán, Aranda, Ponte y Orgaz se mantuvieron firmes.

La presencia de los provisionales marcaba la vida del Ejército y aseguraba su fidelidad a Franco. Mientras tanto, las presiones aliadas se habían hecho insoportables. El 1 de octubre de 1943, el Gobierno español abandonó oficialmente la «No beligerancia», regresó a la «Neutralidad» y a lo largo del mes retiró la División Azul del frente ruso, donde quedó un regimiento mixto denominado Legión Azul, mandado por el coronel García Navarro. El regreso de los divisionarios, que fueron tratados como héroes, añadió carga ideológica a los ambientes militares. En su mayoría, consolidaron sus convicciones políticas después de luchar en el frente ruso. En repetidas ocasiones, sus opiniones impulsaron la decidida voluntad anticomunista de los militares españoles.

Sin embargo, ya había pasado el momento histórico del fascismo. Mussolini había fracasado, Hitler estaba en camino de

serlo y era impensable desplazar a Franco por un Gobierno de la Falange cuyos activistas habían quemado sus posibilidades en el frente ruso. La División Azul fracasó como operación política. El entusiasmo de los primeros tiempos quedó aplastado por las terribles condiciones del frente y su regreso a España, aunque se adornó con grandes recibimientos y exaltados discursos, no fue el de una fuerza victoriosa. Los hombres de la División Azul, que volvieron a España como héroes, eran los protagonistas de una causa perdida. A pesar de que pelearon con denuedo, los rusos estaban ganando la guerra, el orgulloso Ejército alemán sufría una derrota y los aliados habían obligado a retirar las fuerzas españolas del frente ruso. Por si fuera poco, el gran impulsor de la División Azul, Ramón Serrano Suñer, había sido apartado del poder. La gran baza de la Falange para imponerse a Franco había fracasado. En lo sucesivo sería un partido totalmente sometido, aunque periódicamente alguno de sus miembros intentara una nota discordante. Nunca muy alejada del compás marcado.

# SEGUNDA PARTE

# Sobrevivir como sea.

# Capítulo V

# Entre mil peligros

## Adiós al frente ruso

La cantidad y calidad del material de guerra que aparecía en los noticiarios demostraba la inferioridad militar española. A nadie se le ocultaba que el Ejército carecía de las numerosas y modernas máquinas de los extranjeros. Pero esto no parecía hacer mella en los militares españoles, empeñados en no mirar nada, salvo su propia imagen en el espejo, y despreciar al resto del mundo. El mismo Franco expresó claramente esta mentalidad en enero de 1944, cuando dijo en el discurso de la Pascua Militar: «Yo os aseguro que ante los tanques, los aviones, nos sobran medios que oponer: el corazón, el espíritu». Semejante atentado contra el sentido común fue celebrado en los cuarteles como si fuera una genialidad, porque los militares se miraban a sí mismos y miraban al mundo entero con ojos incapaces de distinguir la realidad. La situación, que se prolongaría durante todo el franquismo, fue correspondida, por parte de la sociedad civil, por una mirada igualmente deformadora hacia los interiores del Ejército.

El 14 de enero de 1944, pocos días después del discurso, se desencadenó un gran ataque ruso y la Legión Azul recibió orden de retirarse. Lo hizo durante 140 kilómetros a pie, en pleno invierno ruso, por pésimos terrenos y sin comida caliente; cuando los

hombres llegaron a Luga se encontraban en tan mal estado que el mando alemán ordenó que entregaran parte de su material de combate a los defensores y continuaran su repliegue en tren hacia Estonia. La Wehrmacht se retiraba en desorden y cuando el coronel García Navarro ofreció a los españoles para organizar la resistencia, el general Model, comandante del Grupo de Ejércitos del Norte, pensó en colocarlos bloqueando la dirección principal del ataque ruso. Por suerte para ellos, el general cambió de idea porque el intérprete, el capitán Edwin Haxel, le convenció de que la unidad española estaba a punto de desintegrarse y era preferible enviarla a retaguardia. Todos estos acontecimientos fueron desconocidos por los militares que vivían en España porque únicamente se difundían noticias heroicas sobre el frente ruso, donde, decían las noticias oficiales, los españoles combatían con ejemplar bravura.

## PRESIONES ALIADAS

A finales de enero, los aliados embargaron los envíos de petróleo y alimentos a España. Su prensa atacaba duramente a Franco, y W. Averell Harriman, embajador norteamericano en Moscú, informó de que habían sido capturados españoles en el frente del Volchov, lo cual demostraba que no había cesado la ayuda que España prestaba a Hitler. El 28, Juan de Borbón aprovechó la coyuntura para hacer declaraciones a la *Prensa* de Buenos Aires contra los principios totalitarios de la Falange[1].

Los aliados endurecieron su postura sin dejarse impresionar por las promesas de Francisco Gómez-Jordana[2], el ministro español de Exteriores, que les aseguraba que cesarían las ventas de wolframio. Finalmente, el 15 de febrero, el embajador norteamericano, Carlton J. H. Hayes, comunicó a Jordana que se suspendían los envíos de petróleo.

El 20 de febrero Hitler informó que la Legión Azul abandonaría el frente para reforzar la postura española frente a los aliados. En efecto, el coronel García Navarro fue avisado el 3 de marzo, su unidad quedó concentrada en Lechts, y la primera expedición de repatriados entró en España el 31 de marzo y, en dos semanas, regresaron todos. En el futuro, quienes decidieran combatir en favor

del III Reich perderían la nacionalidad española. Sin embargo, la Wehrmacht estableció en España una red clandestina de reclutamiento, dirigida desde Lourdes, donde se estableció la plana mayor especial. Los nuevos voluntarios y algunos veteranos de la Legión Azul se incorporaban a las Waffen SS. En abril y mayo de 1945, el Batallón Español de la SS, mandado por el capitán Miguel Ezquerra Sánchez, defendió Berlín y resistió hasta el final, junto con otros extranjeros[3] que ya no tenían cabida en ningún otro lugar.

El repliegue de la Legión Azul demostraba el poder de los aliados y los difíciles equilibrios a que estaba obligado el régimen. Lo cual no hundió la moral militar, sino que desarrolló la mentalidad franquista de exaltar las resistencias a ultranza, como en Numancia, Sagunto, Baler, el Alcázar de Toledo, Oviedo y Santa María de la Cabeza.

## PELIGRO EN LOS PIRINEOS

Había que prepararse para lo peor y el régimen lo hizo porque estaba curtido por problemas similares. Franco y sus seguidores habían superado una situación muy difícil al principio de su sublevación de 1936 y ocho años más tarde estaban dispuestos a resistir a toda costa. Tampoco tenían otra salida aunque no acabasen de creerse la derrota alemana, confiando en las armas secretas que Hitler aseguraba poseer.

El 17 de febrero de 1944 los capitanes generales de Barcelona, Zaragoza y Burgos recibieron instrucciones para que, sin llamar la atención ni hacer comentarios, preparasen a las tropas para enfrentarse a una invasión a través de los Pirineos. El Estado Mayor Central les recordó que su jurisdicción se extendía también sobre todas las fuerzas de Policía de las fronteras y recibieron instrucciones para establecer la vigilancia[4] y el modo de tratar a quienes atravesaran la frontera. El Gobierno prohibió que nadie se acercara a ella desde el interior de España sin contar con un salvoconducto especial, que sólo se concedía a quienes acreditaran fiabilidad político-social.

En marzo de 1944 el Estado Mayor Central decidió resucitar la

tradición de los antiguos guerrilleros del
siglo XIX
, con el fin de que colaborasen con las tropas regulares contra la esperada invasión, y elaboró un plan para que el Ejército formara guerrillas[5], mientras se intensificaron los movimientos de tropas, reforzándose la Guardia Civil y la Policía Armada de los Pirineos.

La suspensión de los suministros americanos de gasolina dejó al Ejército español en situación precaria. Churchill, que había ayudado a Franco a cambio de su neutralidad, lo defendió ante el irritado secretario norteamericano Cordell Hull, hasta que éste aceptó llegar a un acuerdo con España si se comprometía a limitar sus envíos de wolframio a Alemania. El pacto se firmó el 29 de abril y España firmó que vendería mensualmente una cantidad irrisoria de wolframio a los alemanes, a cambio de que Estados Unidos enviara 320 toneladas de gasolina para uso exclusivo de los vuelos domésticos de Iberia.

Semejante clima posibilitó las relaciones españolas con algunas empresas norteamericanas[6] y la tranquilidad se incrementó gracias a los ingleses. El 2 de mayo se acordó suprimir totalmente las exportaciones de wolframio a Alemania, cerrar el consulado alemán de Tánger y expulsar a los espías nazis de España a cambio de intensificar la entrada de gasolina y el comercio británico. El 24 de mayo, Churchill aseguró que España había prestado un gran servicio a la causa aliada al no obstaculizar el desembarco de Casablanca, que fue dirigido desde el cuartel general de Gibraltar, y que los problemas internos de España sólo concernían a los españoles. Es decir, que los monárquicos no contarían con ayuda británica.

A pesar del pacto, aquel año Franco vendió a los alemanes más wolframio que nunca[7] y el embajador Hoare, que había presentado una lista de 220 agentes nazis en España, denunció al cabo de dos meses que 201 seguían actuando. No sólo trabajaban intensamente en España los espías alemanes sino también los ingleses, soviéticos y norteamericanos, que mantenían potentes centrales del OSS[8] en Orán y Argel. La Policía y la Guardia Civil detuvieron a agentes secretos de servicios extranjeros en Barcelona, Cádiz, Melilla, Olot, Madrid, Sevilla, Asturias, San Sebastián y Galicia, aunque resulta difícil saber quiénes eran auténticos espías y

quiénes simples antifranquistas.

A pesar de sus disimulos, el régimen continuaba a favor de los alemanes, que no tuvieron problemas en instalar un radar en el Norte, para que informara de los ataques aéreos aliados en el sur de Francia, y construyeron dos estaciones de radioescucha. En el Ejército se mantenía la simpatía proalemana, reforzada por la esperanza en las armas milagrosas y la magnificación de la capacidad de resistencia de la Wehrmacht, mientras, a pesar del apoyo británico a Franco, los falangistas aprovechaban cualquier ocasión para reivindicar Gibraltar.

## TRAS EL DESEMBARCO DE NORMANDÍA

El 6 de junio tuvo lugar el esperado desembarco aliado en Europa. El Ejército español redobló su atención en los Pirineos, celebrándose los dos primeros cursos de Escalada en los Arañones[9], con profesores de la Escuela Central de Gimnasia. Ante la posibilidad de que el desembarco aliado provocara una avalancha de refugiados, el Ejército preparó diversos campos de concentración, que no se activaron porque no llegó un número elevado de refugiados, ya que los franceses no huyeron masivamente ante los aliados, sino que los recibieron encantados, y las deserciones en el Ejército alemán fueron escasas. Sólo buscaron refugio en España grupos de franceses colaboracionistas, soldados no alemanes desertores de la Wehrmacht y pilotos o paracaidistas aliados caídos en zona alemana en número muy inferior al esperado.

El 13 de junio, cuando se lanzó el primer ataque de V-1, los partidarios de Alemania comprobaron que existían las armas secretas que tanto había alabado Hitler. Sin embargo, nada varió el curso de los acontecimientos militares.

El Gobierno hizo algunas maniobras políticas, como promulgar la Ley de 8 de julio, que declaró extinguido el período de liquidación de las responsabilidades de la guerra civil. Se trataba de una operación cosmética, porque los ministros militares conservaron sus atribuciones para expulsar al personal, aunque

ahora debían conceder audiencia al perjudicado, que podía interponer un recurso.

Antes de que la Ley se hiciera pública se procedió a la última gran purga militar. Sin previo aviso, fueron retirados 350 jefes y oficiales y otros 50 postergados a la escala complementaria. A partir del 1 de abril fueron retirados más de mil miembros del cuerpo de suboficiales del Ejército, la Guardia Civil, el CASE[10] y hasta del antiguo cuerpo de Inválidos, que habían pasado la guerra en zona republicana y habían sido declarados inocentes por los consejos de guerra franquistas. En la Guardia Civil, la depuración resultó devastadora; entre el 4 y el 7 de julio fueron retiradas 377 personas. El mes de agosto fueron atendidas las súplicas de 44 jefes y oficiales veteranos que habían sido arrinconados en la escala complementaria, pero ya todos ellos habían alcanzado la edad del retiro y su rehabilitación sólo fue simbólica.

La situación militar en los Pirineos se modificó al comprobar que los aliados no atacarían. Aunque no se abandonaron las precauciones, el verano de 1944 transcurrió sin sobresaltos, con 16 divisiones completas del Ejército español preparadas para proteger la frontera francesa[11], además de las fuerzas de Policía y Guardia Civil que vigilaban la primera línea y recorrían el territorio controlando a los habitantes. El plan para resucitar las guerrillas decimonónicas fue anulado el 6 de octubre de 1944.

## PRECAUCIÓN: GUERRILLAS

Los servicios de información proporcionaban noticias inquietantes. La llegada de los aliados a África del Norte había animado a los exiliados españoles de Argel y Orán, que prepararon comandos para desembarcar en España, aunque jamás pusieron el plan en práctica. Más intensa era la actividad en la Francia liberada, donde numerosos guerrilleros se preparaban para invadir España y derribar a Franco. El protagonismo correspondía a la Unión Nacional, fundada en 1943 y dominada por los comunistas, aunque su junta contaba con algunos socialistas y republicanos a título individual. Los no comunistas, el 9 de septiembre de 1944, fundaron en Toulouse la Alianza Nacional de Fuerzas

Democráticas[12], destinada a contrarrestar la influencia de la Unión Nacional en el movimiento guerrillero. Por la misma época, se constituyó la Agrupación Militar de la República Española, con 300 jefes y oficiales, también adversarios de la Unión Nacional.

En España se incrementó la vigilancia sobre una posible entrada de los maquis, que habían luchado en Francia contra los alemanes. En noviembre las tropas de los Pirineos recibieron órdenes para formar pequeñas partidas que recorrieran el terreno durante el día y pernoctaran en un lugar seguro. El mando militar pidió la colaboración de los campesinos para alojar a los soldados durante la noche. Pero alojar cada noche a un grupo distinto de militares suponía una molestia que la mayor parte de los lugareños no estaba dispuesta a aceptar. Como no era momento de enemistarse con la población rural, las tropas se vieron obligadas a dormir en las casetas de peones camineros, locales de las diputaciones, escuelas y barracones.

Los exiliados ignoraban o parecían ignorar el discurso profranquista de Churchill a los Comunes, del pasado mayo, y sus organizaciones enviaron a España numerosas octavillas, que pedían a los jóvenes su incorporación a las guerrillas e invitaban a los miembros del Ejército a la deserción, amenazándoles si atacaban a los guerrilleros.

La propaganda dirigida a los militares resultaba una torpeza, porque todos los mandos eran veteranos de la guerra civil, con lealtad y espíritu de lucha, sin olvidar a los repatriados de la División Azul que solían ser anticomunistas acérrimos. La torpeza de los guerrilleros azuzó la reacción de los militares, hasta el extremo de que algunos de sus panfletos dirigidos al Ejército reproducían el programa de la Unión Nacional, que prometía la «depuración del aparato del Estado, principalmente del Ejército, de los falangistas que no puedan probar que lo han sido a la fuerza». También fueron inútiles las publicaciones que invitaban a volverse contra Franco, informando de que los militares antifascistas de otros países habían sido tratados como héroes.

El Gobierno británico no deseaba que los guerrilleros derribaran a Franco pues temía que los comunistas se instalaran en España. El general De Gaulle compartía el mismo temor; el 17 de septiembre, presenció en Toulouse el desfile de los hombres de la Resistencia y

comunicó a los jefes españoles que el Gobierno francés no olvidaría los servicios que habían prestado, pero que tenían prohibido acceder a la frontera española. Aunque no envió suficientes tropas para impedir el paso y los maquis siguieron preparando la invasión, convencidos de que el pueblo español se les uniría.

## HAN LLEGADO LOS MAQUIS

Los primeros guerrilleros cruzaron la frontera el 5 de octubre por los valles navarros de Roncal y Salazar, cuya población de tradición carlista no colaboró con ellos. Estas entradas de poca entidad despertaron la alarma, desplegándose las primeras fuerzas de la Guardia Civil y el Ejército. Otras partidas se movieron por las fronteras navarra y aragonesa[13], hasta el 18, cuando comenzó la operación más importante. Con la intención de ocupar el valle de Arán[14], cruzaron la frontera unos 2500 guerrilleros, durante los días siguientes se incorporaron los refuerzos, hasta sobrepasar los 4000. Estaban organizados en la 204 División de guerrilleros, dividida en 11 brigadas de 250 a 400 hombres, que esperaban completar sus efectivos con los voluntarios que se les unieran en España. Era su jefe el coronel Vicente López Tovar, que había mandado la 46 División del Ejército Popular durante la batalla del Ebro, y cuyo cuartel general estaba en Foix y Toulouse[15].

La guarnición del valle era menos numerosa que la tropa de los invasores y consistía en un batallón de Infantería con fuerzas de la Guardia Civil y la Policía Armada. El primer choque resultó muy violento y, en tres días de combate, los guerrilleros tomaron tres pueblos y capturaron algunos soldados. En conjunto, lograron apoderarse de Esterri de Aneu, Bossost, Baussen, Les, Puente del Rey, otros pequeños núcleos de población, aunque no de la capital, Viella, que fue atacada el 19 y quedó casi cercada.

La alarma provocada por las primeras expediciones en Navarra había provocado que, dos días antes del ataque al valle, se pusieran en marcha algunas tropas y que se encontrara en Viella el general Moscardó, capitán general de Cataluña, que permaneció en el terreno hasta el 20. También se dirigió a Viella el general Ricardo Marzo Pellicer, jefe de la División 42, en cuya zona de

responsabilidad estaba el valle.

El 21, una brigada de guerrilleros, que debía cortar las comunicaciones del valle, se replegó a Francia sin haber cumplido su objetivo y, el mismo día, llegaron a Viella las primeras tropas de Marzo, que decidió defender la ciudad y no atacar hasta contar con más efectivos. También la División 41 Provisional marchó al valle, pero las comunicaciones eran difíciles pues el túnel estaba todavía en construcción.

Los maquis no pretendían hostigar al enemigo sino apoderarse del territorio y no emplearon la táctica de guerrillas, que tan buen resultado les había dado en Francia, sino que acometieron la operación como si se tratara de una guerra regular y adoptaron una táctica donde el Ejército tenía ventaja.

En Madrid, el ministro Asensio se impacientaba, exigía acción inmediata y comunicó a Moscardó que él ya habría metido a los maquis «en cintura a puñetazos». Sin hacerle caso, y aunque le ordenaban atacar a los guerrilleros «hasta su total aniquilación», Marzo mantuvo su prudencia y fue defendido por Moscardó ante la irritación de Asensio, que los criticó y pretendió destituir a Marzo, a lo que se opuso Moscardó.

Paulatinamente, llegaron algunos batallones al valle y, el 26, Marzo contó con artillería. Entonces atacó, produciéndose duros enfrentamientos hasta el 28, cuando comenzaron a retirarse los maquis. El 30 recuperó Marzo los últimos pueblos y el 31 sus tropas llegaron a la frontera francesa cuando ya se habían replegado los guerrilleros. Las estimaciones más ajustadas establecen un balance de 30 muertos, 52 heridos y 86 desaparecidos militares contra 57 muertos y 172 heridos maquis[16].

Tras la retirada de los guerrilleros se mantuvo desplegada gran cantidad de tropa en los Pirineos, cuya situación fue la de un país ocupado. El fracaso de Viella aconsejó a los exiliados practicar la guerra de guerrillas, sin intentar nuevas acciones de fuerza. Así fue, y su actividad se extendió paulatinamente a numerosas sierras de toda España. En 1944 tuvieron lugar 1069 hecho violentos; en 1945, 1081 y, en 1946, que fue el año más duro, 1558.

Ante la nueva lucha armada, el Ejército sintió renovarse el espíritu de la guerra civil y se agrupó en torno a Franco, que salió reforzado. Todos los mandos eran veteranos de la guerra,

profundamente anticomunistas, y comprendían que sus enemigos carecían de ayuda internacional. Consideraron a los maquis tipos despreciables a quienes era preciso exterminar y nunca los denominaron guerrilleros sino bandoleros[17], incluso en las publicaciones oficiales. La Guardia Civil mantuvo tenazmente el calificativo, incluso en sus publicaciones bajo el Gobierno socialista[18].

La represión fue durísima. Sirva de ejemplo el telegrama enviado por el jefe del Ejército del Centro a los alcaldes extremeños: «… en caso de realizarse una agresión a nuestras fuerzas armadas en el término municipal, se fusilará en la plaza del pueblo a dos personas de las que figuren en la relación de sospechosos por cada víctima que la agresión produzca».

Junto a la represión, se utilizaron medidas de gracia como el indulto de octubre de 1945. A lo largo de 1947 los maquis mantuvieron una gran actividad[19], pero el Ejército se retiró a un segundo plano, limitándose a mantener fuerzas en los puntos sensibles, mientras la justicia militar se encargaba de juzgar a los prisioneros, en virtud de la Ley del 17 abril de 1944 de Represión del Bandidaje y Terrorismo. Los Pirineos fueron fortificados con una línea de posiciones de Vigilancia y una segunda línea de Resistencia, todas ellas custodiadas por Infantería, porque ya no se trataba de oponerse a un Ejército organizado sino de cerrar el paso a las partidas.

La principal acción contra los maquis corrió a cargo de la Guardia Civil, uno de cuyos jefes, Manuel Pizarro Cenjor, organizó las contrapartidas, cuadrillas de guardias civiles que se hacían pasar por maquis y evitaban la colaboración de la población montañesa y campesina. En el momento de mayor peligro, la Guardia Civil fue reforzada en Andalucía con fuerzas de Regulares traídas de Marruecos y, ocasionalmente, se desplegaron tropas en algunas zonas conflictivas.

Los guerrilleros quedaron aislados porque el Gobierno francés cerró la frontera. Para sobrevivir se vieron obligados al pillaje y provocaron el progresivo rechazo de la población, que estaba escarmentada por la guerra civil y temía ser víctima de la represión gubernamental. El servicio de información de la Guardia Civil controlaba todo el país mediante sus confidentes y el entramado

social de los falangistas y personas de derechas, que no dudaban en informar de cualquier noticia o sospecha. En los pueblos no quedaban dirigentes significados de izquierda y los sospechosos eran de sobras conocidos, y estaban fichados y vigilados.

A partir de1947 comenzó a decrecer la actividad de los guerrilleros, hasta convertirse en esporádica en 1952. Algunos maquis, sobre todo libertarios, supieron resistir mucho más tiempo. Los más famosos, *Juanín* en Santander y *Quico* Sabater en Cataluña, fueron muertos, respectivamente, en 1957 y 1959.

A pesar de su éxito, la Guardia Civil debió luchar con grandes dificultades, entre ellas la falta de material. Contaba con suficiente armamento ligero y municiones y la escasez de automóviles[20] no constituía un problema porque la lucha guerrillera se hacía a pie. Sin embargo, era muy grave la falta de radios y para remediarla se solicitó material al Ejército, que también estaba en mantillas. A pesar de todo, la Guardia Civil sólo contaba en 1948 con 158 estaciones para toda España y compró materiales de desecho de la segunda guerra mundial, que llegaron a España a través de unos tráficos indescriptibles. Una vez reparados y puestos a punto en los propios talleres de la Guardia Civil, su red de radio contó en 1955 con 530 emisoras.

La amenaza guerrillera no había hecho disminuir la represión, sino todo lo contrario, y las ejecuciones de presos políticos aumentaron a razón de un centenar al mes, mientras los falangistas más duros organizaban la llamada Guardia de Franco, una formación paramilitar que nada tenía que ver con las tropas que custodiaban al generalísimo, y que se repartió por toda España al acecho de enemigos políticos.

Pasada la primera época, el Ejército redujo sus funciones contra las guerrillas, que pasaron a la Guardia Civil en el medio rural y a la Policía en las ciudades. Según los datos oficiales de la Guardia Civil, en 1946 mató, hirió o capturó a 963 guerrilleros, y en 1947, a 1107.

La presencia de los maquis incomodó al régimen, pero no lo puso en peligro. En cambio, agrupó a los militares, excitados por la preponderancia comunista en la Unión Nacional. Mientras la amenaza guerrillera consolidaba el apoyo militar a Franco, la Guardia Civil adquiría experiencia y un poder considerable[21].

Camilo Alonso Vega aprovechó la oportunidad para que Franco abandonara todas sus reservas hacia el cuerpo. En noviembre, se restableció el escalafón de oficiales de la Guardia Civil, donde podían ingresar los tenientes de Infantería y Caballería, como sucedía antes de la guerra. Gracias a la lucha contra los maquis, la Guardia Civil tomó protagonismo, superó las limitaciones de la Ley de 1940 y se ganó la confianza de Franco.

## EL HUNDIMIENTO DEL REICH

Aunque todos los directores de periódicos y radios eran personas designadas por el Gobierno, no podían impedir que las noticias de la guerra mundial fluyeran como un caudal de sobresaltos. La censura y la propaganda eran incapaces de disimular la realidad internacional y la prensa española anunció con prudencia que, el 24 de agosto de 1944, la división francesa del general Leclerc había entrado en París. Aunque no dijo que los primeros carros de combate que llegaron a la capital francesa tenían nombres de batallas de la guerra civil española, como *Brunete* y *Belchite*, y que sus tripulantes eran veteranos soldados de la República.

Desde el 16 de diciembre, la última esperanza alemana se consumió en la ofensiva de las Ardenas, que puso a los norteamericanos en apuros, hasta que su aviación machacó los carros alemanes y convirtió su tentativa en desastre. Los partidarios españoles del Reich habían perdido la esperanza en las armas secretas, tras el fracaso de las V-1 y V-2. En consecuencia, se dedicaron a exaltar la resistencia de los alemanes ante el avance aliado, argumento que apenas podía servirles de consuelo ante la derrota del Eje. Ésta aumentaba las esperanzas de la oposición española, convencida de que la victoria aliada provocaría la caída de Franco.

La situación era muy complicada a finales de 1944, cuando el general Carlos Martínez de Campos tomó el mando del Grupo de

Divisiones de Reserva, que custodiaba los Pirineos, con su cuartel general en Lérida. Ante la derrota alemana, el Ejército combinaba el miedo con el estupor, aunque conservaba la moral curtida durante la guerra civil española. Los militares no contemplaron el fracaso alemán como el fin del mundo, sino como una adversidad contra la que debían luchar, y la revista *Ejército*, donde sólo escribían militares para militares, jamás abandonó sus posturas favorables a la Wehrmacht.

La única reacción sobresaliente se debió a los generales Jorge Vigón, Díaz de Villegas, García-Valiño y Kindelán. Aunque se movían por intereses políticos diferentes, todos ellos afirmaron que Alemania había perdido la guerra porque había politizado sus fuerzas armadas, malbaratando el espíritu militar prusiano. Los cuatro consideraban positivo el militarismo alemán y rechazaban la intromisión del partido nazi, salvaban la responsabilidad de los generales y cargaban las culpas sobre los políticos civiles. Sin mencionarlo claramente, hacían responsable al fascismo, aprovechando su argumento contra el poder de los falangistas. Podía leerse entre líneas que exaltaban al Ejército como base del régimen español, postergando a la Falange, con el fin de presentarlo como regido por los militares patriotas y no por los falangistas amigos de Hitler. Su elemental estrategia buscaba asegurar, en la política interior, el poder de los militares sobre los falangistas y, en el extranjero, demostrar a los generales aliados que en España no mandaban los fascistas sino los generales. En consecuencia, que nada había que temer del régimen español.

No hacía falta remachar el argumento porque la antigua pugna entre militares y falangistas había concluido con la derrota de la Falange. El partido contaba todavía entre sus miembros con muchos militares, policías y funcionarios, pero su jefe nacional era Franco, había perdido el dominio del Ministerio de Gobernación, las decisiones militares estaban fuera de su ámbito y el presupuesto estatal de 1945 sólo consignó a la Falange el 1,9 por ciento del total, mientras que la defensa recibió el 43,06 y el orden público el 6,57.

Ante la derrota de los fascismos, también los falangistas se desmarcaron afirmando que las raíces de la Falange no eran alemanas ni italianas, sino españolas. Replegaron también sus

argumentos para declarar que Alemania defendía la identidad de Europa frente al comunismo asiático, el judaísmo internacional y los negros americanos. Magnificaron el papel de Hitler, que había llevado a la grandeza a su patria y conducido la derrota militar como «una epopeya wagneriana[22]». Franco sustituyó definitivamente la palabra Falange por Movimiento, con el fin de expresar que en España no mandaba un régimen fascista, sino una coalición conservadora.

El año 1945 fue trepidante. El 17 de enero los rusos entraron en Varsovia. Por aquellas fechas, el Gobierno español, que ya permitía que los barcos estadounidenses atracaran en Barcelona, autorizó que los aviones militares norteamericanos sobrevolaran el territorio nacional. Ante el inevitable final de la guerra, iniciaba una política de gestos amables hacia el Gobierno de Washington, esperando que le sirviera de escudo. Sin embargo, la autorización para sobrevolar España era una formalidad porque los americanos sobrevolaban y fotografiaban lo que querían, sin que las autoridades españolas se dieran cuenta. En plena guerra habían levantado el plano fotográfico de toda la península[23], sin que en España se tuviera noticia de ello hasta diez años más tarde, cuando tras la firma del pacto de ayuda mutua, ante el estupor de los generales, le regalaron al Gobierno este plano y el material para reproducirlo.

Mientras capeaba el temporal internacional, el Gobierno no cedía un milímetro ante el «enemigo interior». El Partido Comunista se empeñaba en mantener una suicida actividad guerrillera en Madrid, de cuya persecución se encargaba la Policía, mientras la justicia militar juzgaba y condenaba a los detenidos. En enero, llegó a la capital José Vitini[24], exiliado comunista y teniente coronel del maquis en Francia, que inició una campaña de sabotajes y asaltó el local de Falange de Cuatro Caminos, donde murieron dos falangistas. La reacción policial capturó a Vitini, que fue torturado, condenado por un tribunal militar y fusilado en junio, a pesar de la violenta reacción francesa. Para sustituirlo llegó Cristino García[25], un hombre todavía más importante en la Resistencia que, a lo largo de seis meses, creó en Madrid una organización eficaz, llevó a cabo brillantes atracos sin sangre y voló el transformador de la fábrica Barreiros, con explosivo plástico, entonces desconocido en España. El 20 de octubre fue detenido, luego torturado, condenado por un

consejo de guerra y fusilado con nueve de sus compañeros el 21 de febrero de 1946. Como respuesta, el 1 de marzo, De Gaulle cerró definitivamente la frontera de los Pirineos, que estaba clausurada sólo de modo provisional.

La represión de maquis y saboteadores implicaba de lleno al Ejército, que no podía ni deseaba desmarcarse y la justificaba plenamente. Sin otras armas ni pertrechos que los sobrantes de la guerra civil, los militares tomaron la costumbre de despreciar el material militar extranjero, mientras exaltaban su misión de defender a España del comunismo contando con los valores del carácter español y la geografía, que habían hecho posible derrotar a Napoleón en el siglo XIX y al comunismo internacional en 1939. El valor de los Pirineos como barrera defensiva y la exaltación de la guerra de montaña coincidieron con una surrealista corriente de ideas contra la motorización militar y la exaltación de los caballos y los mulos en la guerra moderna[26], que habrían llenado de asombro a cualquier general extranjero.

## MEDIDAS ANTE EL DESASTRE

La primavera de 1945 resultó movida. Con el fin de asegurarse su apoyo, el 3 de marzo Franco combinó a los generales y colocó en puestos claves a los más fascistas, que habían quedado en una situación comprometida por la derrota alemana y no tenían otro camino para salvar la cabeza que defender el régimen franquista. Saliquet, un «duro» de Primo de Rivera, fue destinado al Consejo Supremo de Justicia Militar, donde se refrendaban los consejos de guerra. Muñoz Grandes, que había mandado la División Azul, fue nombrado capitán general de Madrid, donde los comunistas intentaban organizar un movimiento guerrillero. Moscardó, el vencedor de los maquis en el valle de Arán, tomó el mando de la Casa Militar de Franco. El carlista Solchaga pasó a la capitanía general de Barcelona, principal cantera del antifranquismo. Orgaz, conspirador monárquico, fue trasladado desde el cargo de alto comisario en Marruecos al Estado Mayor Central, perdiendo el

mando de tropa. Su puesto africano pasó a Varela, a quien Franco deseaba tener contento, aunque alejado de Madrid y de la influencia de Kindelán y Aranda, porque resultaba peligroso tanto por su veteranía como conspirador carlista, asentada desde su boda con Casilda Ampuero Gandarias, como por su prestigio en el Ejército, donde a su brillante carrera se sumaba el hecho de ser el único militar vivo condecorado con dos Laureadas.

Los temores sobre la política exterior no eran infundados. El presidente norteamericano, Franklin Delano Roosevelt, era un antifranquista que no se recataba en manifestar que, tras la caída de los nazis, debían desaparecer todos los regímenes similares. Por si quedaran dudas, al día siguiente de la combinación de generales, una nota angloamericana condenó el franquismo y pidió la formación de un Gobierno provisional en Madrid.

La nota sólo apareció en la prensa extranjera, pero animó a los monárquicos de Madrid, entre ellos a los generales encabezados por Kindelán y el infante Alfonso de Borbón, además de a importantes personajes de la derecha tradicional, como Juan March, el principal financiero del régimen. En este clima favorable, Juan de Borbón[27] pasó a la ofensiva y, el 19 de marzo, publicó su Manifiesto de Lausana, donde afirmaba que la derrota del Eje hacía incompatible el régimen español con el mundo moderno y requería a Franco para que abandonara el poder «reconociendo el fracaso de su concepción totalitaria del Estado» y diera paso libre a la restauración monárquica[28].

La censura española silenció el documento y Juan de Borbón, ignorando la verdadera situación, pidió a los monárquicos que dimitieran de los cargos que les habían otorgado en el franquismo. Sólo le obedecieron el duque de Alba y el general Alfonso de Orleans. El primero era embajador en Londres, donde Franco lo mantuvo hasta el mes de octubre. Alfonso de Orleans y Borbón[29], el único militar que se atrevió a dimitir, era primo hermano de Alfonso XIII, estaba casado con una nieta de la reina Victoria y había sido jefe de la 2.ª Brigada Aérea durante la guerra civil, donde perdió un hijo; Franco le había devuelto su palacio de Sanlúcar de Barrameda, incautado por la República, y nombrado general de aviación. Sin embargo, no dudó en cesarlo y confinarlo en su finca.

Para asegurarse a los altos mandos, durante los días 20, 21 y 22 de marzo reunió al Consejo Superior del Ejército y debatió la situación con los 17 tenientes generales[30] que controlaban el Ejército de Tierra y la Guardia Civil, su auténtica reserva de poder, porque la Marina y la Aviación siempre estuvieron marginadas políticamente. Todos los miembros del Consejo acataron al dictador y sólo Kindelán se atrevió a proponer la restauración. Los generales monárquicos no le secundaron y Monasterio y Juan Bautista Sánchez apoyaron a Franco. Se adaptaban porque no estaban claras las intenciones y posibilidades de Juan de Borbón y temían que el regreso de la monarquía hiciera tabla rasa con la guerra civil y concediera una oportunidad a los derrotados.

## UNA POSGUERRA DIFÍCIL

Los conciliábulos del alto mando no eran conocidos en los cuarteles, cuyas fidelidades se centraban en Franco y no en los generales, enfrentados a la disyuntiva de apoyar al dictador o verse postergados. Para socavar los apoyos civiles de la monarquía, Franco compró a Antonio Goicoechea, el veterano y duro líder dinástico, nombrándolo gobernador del Banco de España, con tanta eficacia que, el 2 de abril, el violento personaje dirigió una injuriosa carta de ruptura a Juan de Borbón.

Para salvarse de la quema de los fascismos, el 8 de abril el Gobierno rompió sus relaciones diplomáticas con el Reich y pidió al encargado de negocios, Von Bibra, que abandonara España. Luego inició maniobras para congraciarse con los americanos, pero no condenó las violaciones de los derechos humanos, obra de los nazis, que iban siendo conocidas a medida que los aliados ocupaban el territorio alemán y descubrían los campos de concentración. Su única crítica cayó sobre los japoneses, antaño compañeros en el pacto Antikomintern y ahora utilizados cínicamente como víctimas propiciatorias[31]. Manila había sido ocupada por los americanos el 4 de febrero. Madrid rompió sus relaciones con Tokio el 11 de abril, poco después de conocerse que tropas niponas habían asaltado el consulado español donde asesinaron a 131 refugiados españoles, entre ellos 66 religiosos. Aunque jamás se condenaron los crímenes

nazis, Madrid, en cambio, se escandalizó ante las atrocidades de los rusos, especialmente las ocho enormes fosas de Katín, donde los alemanes habían descubierto, en abril de 1943, los cadáveres de unos 4500 oficiales polacos asesinados por las tropas soviéticas. Lo demás seguía igual, con los alemanes e italianos libres de culpa, mientras muchos de sus capitostes se refugiaban en España[32].

El 30 de abril se suicidó Hitler en el búnker de la Chancillería y la noticia se publicó confusamente en España, para no descartar la ilusión de que siguiera vivo y oculto. Entre el aluvión de refugiados, el 2 de mayo tuvo lugar un aterrizaje insospechado. Tomó tierra en el aeropuerto del Prat de Llobregat (Barcelona) un avión militar alemán donde viajaba el primer ministro del Gobierno de Vichy, Pierre Laval, acompañado por sus ministros Gabolde y Bonnard, y con importante documentación sobre las relaciones con el Gobierno español.

Las autoridades estaban seguras de que el aterrizaje no pasaría inadvertido a los espías aliados e ingresaron a los recién llegados en la prisión militar de Montjuich. Cuando los refugiados llegaban discretamente, el Gobierno procuraba ocultarlos y afirmaba desconocer su existencia, pero el caso Laval fue tan evidente que dos meses más tarde, el avión, con sus tripulantes y pasajeros, fue obligado a abandonar España, dirigiéndose a Linz, donde los americanos los tomaron a su cargo. Laval fue entregado a las autoridades francesas, juzgado, condenado a muerte y ejecutado el 9 de octubre, tras un suicidio frustrado.

Los intentos de hacerse perdonar eran inútiles. Cuando se reunió en San Francisco la Conferencia para crear las Naciones Unidas, la Junta Española de Liberación, donde figuraban Álvaro de Albornoz, Gordón Ordax, Sbert y Prieto, presentó un informe contra la admisión de España. El 19 de junio, la delegación mexicana propuso a la Asamblea General la no inclusión de España por su pasada colaboración con el Eje. La propuesta fue aceptada con entusiasmo. Como las complicaciones nunca llegan solas, en Gran Bretaña había comenzado la campaña electoral y los laboristas atacaban a los conservadores por la ayuda prestada a Franco durante la guerra y prometían restituir la democracia a España si llegaban al poder. Los augurios se confirmaron en junio, cuando Churchill perdió las elecciones y se formó un Gobierno laborista.

Franco había perdido a su protector británico y temió que los intentos de restauración monárquica tomaran nuevo impulso, apoyados desde Inglaterra.

El 16 de aquel mes de julio, el Gobierno hizo el gesto de promulgar el Fuero de los Españoles, presentado como una declaración de los derechos de los ciudadanos y, cuatro días más tarde, Franco cambió su Gobierno para enfrentarse a los nuevos tiempos. Abandonó el nacionalsindicalismo, cesando a los ministros más fascistas: Lequerica, Asensio y Arrese, y tomó el camino del nacionalcatolicismo al nombrar al presidente de Acción Católica, Alberto Martín Artajo, ministro de Exteriores, con la intención de atraer al Vaticano y a los católicos extranjeros. La censura pasó de los falangistas a los católicos aunque el Gobierno contó con un núcleo duro de ministros militares o exmilitares: Blas Pérez, Dávila, Francisco Regalado, Eduardo González Gallarza, Fernández Ladreda, Juan Antonio Suances y Raimundo Fernández-Cuesta.

El intento no tuvo un éxito completo. Un buen grupo de hombres de la Acción Católica secundó a Martín Artajo, mientras que otros democristianos, como Manuel Giménez Fernández y José María Gil Robles, rechazaron la colaboración, separándose de Ángel Herrera y la ACNP[33].

Ante la nueva maniobra de Franco, Kindelán comenzó a desesperar y en el discurso de final de curso de la Escuela Superior del Ejército pidió unidad y anunció la próxima restauración de la monarquía en la persona de
Juan III
. Seguidamente marchó de vacaciones y Franco aprovechó la ocasión para cesarlo. La noticia pasó desapercibida en aquel terrible verano, cuando estallaron las dos bombas atómicas sobre Japón y terminó definitivamente la segunda guerra mundial.

En la Francia liberada, la izquierda ocupaba más de la mitad de los escaños de la Asamblea Nacional, cuya comisión de exteriores pediría la ruptura de relaciones diplomáticas con España. Era el anuncio de una tormenta cercana.

## LA CONSOLIDACIÓN PROFESIONAL

Durante la segunda guerra mundial se completó la organización de los escalones intermedios del Ejército. Cuando la transformación de los oficiales ya estaba en marcha el ministerio creó los cuerpos de auxiliares de Ingenieros de Armamento[34], de Practicantes de Sanidad Militar[35] y convocó el primer curso de cinco meses para profesionalizar a los sargentos provisionales, que habían pasado seis años con el porvenir colgado de un hilo y cuando muchos de ellos se habían convertido en guardias civiles rasos[36]. También se consolidó el privilegio de que los universitarios hicieran una milimás corta, cómoda y remunerada, poniéndose en marcha los campamentos de la IPS de Robledo, Montejaque, Santa Fe de Montseny, Monte La Reina y Hoya Fría, destinados a formar alféreces de la IPS, en dos cursos de verano.

A los suboficiales les abrieron una puerta falsa para ascender a oficiales, gracias a la creación de la Escala Auxiliar, destinada a misiones «de carácter burocrático y administrativo». Aunque cobrarían el mismo sueldo y lucirían las mismas estrellas, serían oficiales de segunda y estarían en un escalafón aparte, con cautela legal de que «en ningún caso ocupen mando de armas». El ingreso sería por rigurosa antigüedad y sus miembros gozarían de todos los derechos de los oficiales, con los estigmas de llevar una pequeña «A» metálica en el cuello de la guerrera y que el nombre de su grado fuera seguido «invariablemente del calificativo de Auxiliar», es decir, que no debía decirse, por ejemplo, teniente, sino teniente auxiliar. La «A» y el calificativo «Auxiliar» cayeron en desuso con el paso de los años, pero inicialmente estuvieron en plena vigencia.

La aparición de estos oficiales procedentes de tropa no resultó sencilla. Durante finales del siglo XIX, los sargentos podían ascender a oficiales de la «Escala de Reserva Retribuida», que era menospreciada por los militares de academia. No sólo en el Ejército, sino también en el mundo civil los llamaban «oficiales de cuchara» o «de garbanzo», porque ascendían tras muchos años de servicio y, por lo tanto, tras comer muchas cucharadas de rancho.

La República integró a los oficiales en una escala única, que se conservó en ambas zonas durante la guerra, aunque los mandos profesionales fueron separados de los recién ingresados. La Escala

Auxiliar resucitó las antiguas diferencias, con rígidos ascensos por la antigüedad, y las distinciones con los oficiales de carrera y los antiguos provisionales.

Los primeros «tenientes auxiliares» fueron antiguos brigadas[37], que rondaban los cuarenta años y, de pronto, se vieron con derecho a utilizar las dependencias reservadas a los oficiales, una especie de lugar sagrado, y a tutear a los tenientes, sus superiores hasta entonces. El cambio no resultó sencillo en aquella sociedad de castas, aunque la disciplina evitó los choques y sólo se tiene noticia de algún roce ocasional. Unos y otros acabaron acomodándose, aunque la Escala Auxiliar tuvo siempre cortos vuelos de expansión y de ascenso, pues estaba férreamente limitada por plantillas intencionadamente cortas. Pocos de sus miembros llegaron a capitán y casi ninguno a comandante. No interferían en la vida de los oficiales de carrera, que mandaban todas las unidades; sin embargo, constituyeron un pequeño poder fáctico en los regimientos, donde copaban los destinos administrativos, aunque siempre subordinados a un superior de la Escala Activa, que solía limitarse a firmar.

En la Guardia Civil la medida fue más generosa, permitiéndose que los suboficiales ascendidos se intercalaran entre los tenientes de carrera. También se reglamentó que los mandos del cuerpo mantuvieran el contacto con el Ejército gracias a permanencias periódicas en unidades militares, medida que no se puso en práctica porque el trabajo era mucho en la Guardia Civil.

Poco variaron las condiciones de vida en los cuarteles, donde el rancho seguía siendo una bazofia. Con la intención de mejorarlo, a finales de noviembre de 1944 se creó un fondo especial[38], donde debían ingresar pequeñas partidas y, sobre todo, dinero que se ahorraba el Ejército con los soldados que comían fuera del regimiento o estaban de permiso. La medida no mejoró la comida, pero estimuló la concesión de permisos de fin de semana, con gran alivio de los soldados que tenían parientes cerca del cuartel o que podían pagarse una pensión. Poco a poco, la costumbre se hizo ley y los regimientos abrieron la mano para contar con recursos que compensaran la cotidiana miseria.

No todo el dinero se ingresaba en los fondos oficiales. En todas las unidades se organizó el llamado «Fondo P», ilegal aunque

tolerado por los mandos, que subsistió hasta la llegada de la democracia. Sin demasiada conciencia de que mantener esta contabilidad paralela constituía un acto delictivo de malversación, el fondo fue administrado escrupulosamente y sometido a los mismos controles que pasaban los de la contabilidad oficial, aunque no sin presentarlo a las «revistas del general subinspector», una especie de auditoría que periódicamente pasaban los regimientos.

Los disparates superaban el campo de la contabilidad militar. Una Ley de mayo de 1945 extendió los beneficios de un decreto de 1838 e hizo tenientes honoríficos a los supervivientes de Cascorro, Caney, Lomas de San Juan y Baler, considerando las guerras de Cuba y Filipinas «antecedentes del Glorioso Movimiento Nacional[39]».

El hundimiento del Reich multiplicó los temores de una nueva guerra mundial[40] en la que los rusos podían arrollar Europa y presentarse en los Pirineos. El peligro, unido a la pobreza del equipo industrial y militar español, indujo a los militares a entablar discusiones y realizar estudios, de muy baja calidad científica, sobre transportes, protección de industrias y futuras operaciones militares. La precariedad potenció un pensamiento estratégico basado en los valores del soldado español y el aprovechamiento de la compleja geografía peninsular. La defensa pirenaica, la fortificación, la guerra de montaña y las guerrillas se pusieron de moda y los artículos de la revista *Ejército* se enfrascaron en la polémica caballo-tanque, una ridícula discusión militar de los años veinte, desbordada por la segunda guerra mundial. Como España no era un país industrial, sino agrícola, algunas opiniones militares minimizaron el papel de los blindados y hasta acusaron a los aliados por no haber usado caballos en la guerra, mientras los rusos contaban con ellos. La polémica consolaba ante la imposibilidad de modernizar al Ejército español, mientras los amantes de los caballos vivían su última gloria, combinando argumentos basados en la moral, la orografía, el carácter español, la falta de combustibles y la histórica hidalguía.

Se defendía la guerra antigua porque el Ejército español estaba marginado de los avances técnicos, sus oficiales habían vencido en la guerra civil, un conflicto que se libró fundamentalmente a pie y con alpargatas, a pesar de la presencia de armamento moderno. La

única participación española en la segunda guerra mundial fue la División Azul, una unidad valerosa, pero que siempre estuvo en defensiva, no contó con blindados y recibió tan pocos automóviles, que su grupo de exploración se desplazaba en bicicletas civiles requisadas que se averiaron, dejando a los soldados a pie firme. La única excepción a tanto atraso fueron las aportaciones de algunos científicos alemanes refugiados en España al hundirse el Reich, que contribuyeron a fabricar algún armamento y a fundar el centro de experimentación militar conocido como CETME.

## PRISIONEROS DE SÍ MISMOS

En esta época se consolidaron los valores del Ejército franquista, basados en las convicciones producidas por la intensa propaganda de la guerra civil y el clima exasperado que la dominó.

Las guerras civiles producen frutos emponzoñados y la española no fue menos. Ambos bandos habían perdido personas queridas y bienes materiales. El rencor y el odio anidaban en todos, pero los males eran diferentes en unos y otros. Los vencidos habían sido arrollados, arrojados a la muerte, el exilio, la cárcel o el silencio, sus ilusiones quedaron rotas y su esperanza se centró en un futuro desquite. También los vencedores habían sido derrotados en una guerra que cauterizó sus sensibilidades y les impidió convivir con los antiguos enemigos. Los franquistas no supieron nunca que la guerra la perdieron todos, aunque sólo ellos se aprovecharon de la victoria. Entre los militares vencedores había idealistas, fanáticos, exaltados, infelices, listos, tontos, y muchos hombres corrientes atrapados por las circunstancias y el ambiente. En situaciones de dureza debían ser duros; en la fidelidad, más franquistas que Franco; en las creencias, más papistas que el Papa.

Emborrachados por la victoria, los vencedores dominaban España sin pacificar los odios, sino estimulándolos, empeñados en demostrar que la razón estaba de su lado y que sus enemigos no merecían consideraciones. Los numerosos actos, misas y monumentos en recuerdo de sus caídos ignoraron que los derrotados también tenían muertos que llorar y consuelos que recibir.

Este clima de victoria aplastante nunca abandonó a los militares vencedores. Creían que la guerra española había iniciado una nueva época cuya oleada patriótica barrería la democracia decadente y el comunismo. Cuando comenzó la guerra mundial, los fulminantes éxitos alemanes parecieron consolidar esta idea y los franquistas entusiastas creyeron tocar el cielo con las manos.

Hasta que se quebró el espejismo con el eclipse militar del Eje y el aislamiento internacional. Entonces, el régimen combatió la sensación de peligro fomentando el espíritu de resistencia y remozó algunos mitos patrióticos como Viriato y Numancia, que habían luchado contra los romanos, o Zaragoza, que había resistido a los franceses.

La propaganda exaltó menos a otras ciudades como la valenciana Sagunto, asediaba por Aníbal, o la catalana Gerona y la constitucional Cádiz, resistentes frente a Napoleón. Se consideraba a España una colectividad de raigambre castellana, acosada por sucesivas coaliciones de extranjeros infieles, protestantes, liberales o masones, cuyas afrentas combatió una larga sucesión de héroes como Guzmán el Bueno, Churruca, Daoiz, Velarde, Palafox, Cervera, Moscardó y, naturalmente, Franco.

La derrota del Eje resucitaba los mitos sobre las insidias extranjeras. Se desempolvaron antiguos ejemplos históricos, comparándolos con los asedios de la guerra civil: Santa María de la Cabeza, el Alcázar de Toledo, el cuartel de Simancas, Oviedo y Teruel[41]. Se utilizó profundamente el cine, que llegaba a las masas mejor que los libros. Su industria comenzaba a recuperarse, aunque estaba encorsetada entre el proteccionismo, la censura y el dirigismo político; películas[42] como *Escuadrilla* (1941), dirigida por Antonio Román, expresaron las ideas franquistas durante la guerra civil; *Harka* (1941) de Carlos Arévalo y ¡*A mí la Legión*! (1942) de Juan de Orduña, el africanismo de Franco y sus compañeros. La mayor carga fue *Raza* (1942), de José Luis Sáenz de Heredia, con argumento escrito por el mismo Franco, bajo seudónimo. Muy apreciada en la época, existe constancia de que hasta entusiasmó a los soldados de la Legión Española en el frente del Este cuando se la proyectaron en un acuartelamiento de Estonia.

La consolidación del mito de la resistencia del Alcázar de Toledo se efectuó desde todos los ámbitos: existió el diario *El Alcázar*, el

Regimiento de Carros de Combate *Alcázar de Toledo*, había un cine *Alcázar* en todas las ciudades y el personaje de cómic más célebre de la época se llamaba Roberto *Alcázar*. Era fácil transponer el mito de la fortaleza sitiada a la España rodeada de enemigos. Había sido utilizado en la película hispano-italiana ¡*Sin novedad en el Alcázar*! y por la española *Escuadrilla*. Cuando el aislamiento exterior se hizo más grave, Antonio Román dirigió *Los últimos de Filipinas* (1945), historia de un centenar de militares españoles que resistieron más de un año asediados en el poblado filipino de Baler, incluso cuando ya se había terminado la guerra colonial.

El país vivía entre rumores mientras la tensión emocional aumentaba en el Ejército, que se sentía en el ojo del huracán. Franco no aceptaba disidencias después de haberlos ascendido, condecorado y colocado por encima de las autoridades civiles. La mayor parte de los generales de 1939 eran coroneles o tenientes coroneles antes de la guerra, cuando sólo eran generales Dávila, Orgaz, Saliquet, Queipo de Llano, Kindelán y Ponte. De todos ellos, sólo Dávila se libró de sentir, alguna vez, la vara de Franco que los discriminaba positiva o negativamente en cualquier oportunidad. Así, al crear las Cortes, nombró procuradores a Asensio, Moscardó, Muñoz Grandes, Orgaz, Ponte, Rodrigo, Saliquet y Vigón, y excluyó a Queipo de Llano, Varela, Kindelán y Yagüe. Ningún general podía fiarse del generalísimo, que sólo confiaba en Camilo Alonso Vega y en Pablo Martín Alonso, sus paisanos y amigos. Más tarde confió también en Carrero Blanco, un marino de graduación, sin carisma alguno, que le demostró una lealtad perruna. A los demás los trató militarmente y procuró sujetarlos con una política de ascensos, nombramientos, distinciones, rehabilitaciones, ceses y marginaciones, combinadas con destierros, arrestos y expulsiones para los recalcitrantes.

Con distinta intensidad, hizo sentir su poder tanto a los generales nuevos como a los antiguos. De un modo u otro, metió en cintura a Cabanellas, Queipo de Llano, Galarza Morante, Beigbeder, Tella, Aranda, López-Pinto, Ponte, Yagüe, Kindelán, Orgaz, Muñoz Grandes, Espinosa de los Monteros, Sánchez González, Alfonso de Orleans, García-Valiño, los hermanos González Gallarza, Martínez Campos, Monasterio, Gil de Arévalo y Solchaga. Algunos de ellos escaparon con sólo algún disgusto, otros con represiones más

implacables porque no se doblegaron al amo.

El régimen se sustentaba en el temor. La regla de oro era temer a los de arriba y someter a los de abajo y los militares no escapaban de la norma sino que la sufrían en sus más descarnados extremos. Cada mando atemorizaba a sus subordinados y miraba con temor a sus jefes, prisioneros todos en una escalera de miedos que tenían el mayor cuidado de conservar y reproducir porque de ello dependía su seguridad.

Las relaciones entre Franco y los generales apenas fueron conocidas en los cuarteles, donde nadie osaba criticar al generalísimo por temor al espionaje interno. Los militares debían ser franquistas sin posible alternativa. No había líderes; ningún general tenía protagonismo. Tampoco los políticos: Juan de Borbón contaba con las simpatías de un grupo monárquico minúsculo; los carlistas se habían pasado de moda, destrozados por la Unificación; la Falange perdió sus últimas cartas con el fracaso de los fascismos extranjeros. Por si fuera poco, los militares temían un cambio político que permitiera regresar a los derrotados en la guerra civil, que pedirían venganza.

El desenlace de la segunda guerra mundial obligaba a que, para sobrevivir, el régimen modificara alguna de sus apariencias. Pero no podía prescindir de Franco. La única alternativa a Franco era Franco mismo.

En los nueve años transcurridos desde el 18 de julio, se había consolidado una mentalidad militar que amalgamaba la tradición profesional, la frustración de 1898 y el africanismo, con valores reaccionarios, fascistas y clericales. En 1945, hasta los artilleros, los médicos y los jurídicos parecían impregnados del espíritu legionario, porque se había aniquilado la herencia de las minorías militares ilustradas.

El Ejército contaba en 1934 con un total de 79 generales que, en 1945, se había elevado a 231[43]. En su cúspide estaban los tenientes generales, que formaban el Consejo Superior del Ejército y con quienes libraba Franco ocasionales escaramuzas políticas. Bajo los tenientes generales, gestionaban el poder los generales de brigada, de división y sus estados mayores. En los siguientes cargos figuraban 6750 jefes[44], cuando en 1934 sólo había 2393. Todos ellos ya eran militares antes de la guerra. Ahora cultivaban los

valores más arcaicos y desdeñaban a los procedentes de *provisional*.

Los capitanes, tenientes y alféreces, que totalizaban 7945 en 1934, se habían elevado a 15 100, en su mayor parte antiguos provisionales, cuya mentalidad dominaba las salas de banderas. Ellos eran los verdaderos franquistas y su código moral entremezclaba valores militares, reaccionarios y falangistas, dominados por un odio obsesivo contra los comunistas, definición que, más o menos, englobaba a todos sus enemigos de la guerra civil.

El conjunto del cuerpo de oficiales de 1945 sumaba 22 097 personas, frente a las 10 417 de 1934. La política militar franquista había hinchado los escalafones y reducido seriamente las posibilidades de hacer carrera. El problema no era nuevo; ya se había suscitado durante la Monarquía y constituyó el argumento central de las reformas de Azaña. Sin embargo, la transformación masiva de los provisionales lo multiplicó hasta el absurdo.

De las cuatro armas combatientes[45], la más numerosa era Infantería, de donde procedían Franco y los generales más importantes. Gracias a la guerra, había doblado el número de sus oficiales y, sin que ellos lo supieran, ofrecía un negro porvenir a los tenientes y capitanes. El panorama no mejoraba en Caballería, donde se presumía de cultivar los valores más aristocráticos y anticuados; el régimen afirmaba que España era la reserva espiritual de Europa, los oficiales utilizaban una frase demencial: «La Caballería es al Ejército, lo que España es a Europa».

Tal surrealismo expresaba la trampa en la que estaban metidos los militares españoles. Eran demasiado numerosos, estaban aislados de los Ejércitos extranjeros, cuya evolución técnica ignoraban. Pésimamente pagados, se aislaban de la sociedad para refugiarse y divertirse en casinos, residencias y clubes del Ejército, donde con poco dinero podían vivir como señores.

No se trataba de un fenómeno exclusivamente español porque el aislamiento es corriente en los Ejércitos y los oficiales de todo el mundo permanecen largo tiempo en el cuartel que tiende a convertirse en una «institución total», en términos sociológicos. El franquismo exageró enfermizamente la tendencia hasta hacer creer que el aislamiento forjaba el espíritu militar[46]. Cuando Franco restauró la Academia General Militar, impuso un régimen de

internado para todos los cadetes, suprimiendo los antiguos alumnos externos que vivían en pensiones, como estudiantes civiles; el internado se extendió luego a las restantes academias militares, incluida la de suboficiales, aunque sus alumnos no eran muchachos, sino sargentos con dos años antigüedad y, a menudo, casados y con hijos.

El Ejército era un mundo aislado, con un código de valores precapitalista, donde destacaban el honor, el valor y la jerarquía, que clasificaba a los militares con respecto al mundo civil y entre ellos mismos. Después de la guerra, Franco y Varela, que habían hecho su carrera gracias a los ascensos de campaña, eliminaron la promoción por méritos y establecieron que, hasta el grado de coronel incluido, los militares ascenderían por rigurosa antigüedad. Así se eliminó la competencia, de modo que cada militar podía mantener sólidos lazos de compañerismo con sus iguales, sabedor de que no necesitaba competir con ellos. El sistema de valores era más propio del Antiguo Régimen que del siglo XX. Lo fundamental no era el dinero, sino la jerarquía, las condecoraciones y las distinciones profesionales. Sin embargo, necesitaban dinero para vivir y mantener a sus familias y sus malos sueldos contribuyeron a segregarlos de la población civil.

Estaban acostumbrados a la austeridad y no necesitaban grandes lujos. La escuálida paga obligaba a los solteros a vivir en la residencia militar y a los casados en una casa también militar, mientras la economía obligaba a todos a frecuentar sus propios casinos y sociedades y a procurar que sus hijos abrazaran la misma profesión, porque la Academia Militar resultaba la carrera más barata y los hijos de militar gozaban de algunas prebendas. El Ejército organizó un servicio sanitario propio, cooperativas de consumo y residencias universitarias para hijos de oficiales. Cuando los cambios de destino y los ascensos imponían el traslado a otra ciudad, los militares y sus familias encontraban apoyo en los compañeros allí destinados. De algún modo, nunca se sentían solos sino amparados por la profesión.

Esta forma de vida fomentó la endogamia y, poco a poco, los militares se encontraron encerrados en un mundo propio, desconocedores de cuanto sucedía alrededor e, incluso, de cómo

evolucionaba su propia profesión en otros países. Hasta el extremo de que, en 1951, prácticamente ningún oficial del Ejército de Tierra había estudiado en centros militares extranjeros y, cuando, en 1946, el capitán Ramón Salas Larrazábal quiso formarse como paracaidista, se encontró con que nadie aceptaba alumnos españoles, cuando todos los Ejércitos contaban con paracaidistas.

A pesar de sus defectos, la mayor parte de los oficiales cultivó un código ético bastante estricto que, sin embargo, ignoraba los padecimientos de los soldados que tenían tan próximos. El franquismo fomentó la idea del Ejército como una sociedad perfecta, patriarcal y jerarquizada, cuyos oficiales constituían una elite situada por encima del mundo confuso de los paisanos. Imagen muy propia de la miserable España de posguerra, donde el Ejército constituía un conjunto organizado y seguro, aunque no fuera próspero.

Cuando Alemania perdió definitivamente la guerra, en los cuarteles se creyó que, a pesar de todo, la técnica militar de los alemanes era superior a la de sus adversarios y que la derrota se debía a la profusión de material de guerra americano, que había inundado los frentes de combate y era la antítesis de los valores militares, basados en el espíritu. Tan rebuscados argumentos no pudieron disimular la quiebra del mundo fascista y, el 11 de septiembre de 1945, el Gobierno dispuso que el saludo brazo en alto dejara de ser obligatorio en el Ejército.

La oficialidad estaba aprisionada en el mismo sistema que defendía, aunque no era consciente del problema. Entre sus pétreas convicciones, conservaba la austeridad, la dignidad, la palabra y un concepto del honor tan estricto que eran irremisiblemente expulsados del Ejército los culpables de delitos económicos, los homosexuales y los maridos burlados que no repudiaban a la esposa. Se consideraban una especie de hidalgos modernos, caballeros pobres y sin tacha, celosos de su prestigio y su apariencia, de manera que sus ropas civiles podían no seguir la moda, pero siempre eran dignas y de aspecto distinguido. Por oposición a sus enemigos de la guerra civil, se sentían católicos, anticomunistas, anticatalanistas, aunque no solían declararse enemigos del nacionalismo vasco, antes de que ETA iniciara su carrera de despropósitos.

Entre los militares había de todo, a pesar de sus similitudes colectivas. Incluso existían diferencias entre sus dos grandes grupos: los anteriores a la guerra y los procedentes de *provisional*, que eran franquistas acérrimos, muchos de ellos universitarios frustrados por la guerra que en contadas ocasiones reanudaron sus estudios, mientras una minoría se preocupaba de mejorar sus conocimientos militares o civiles, se diplomaba en Estado Mayor o adquiría especialidades difíciles.

Quienes ya eran militares antes de 1936 estaban marcados por su sublevación y siempre se creyeron en la obligación de justificar su alzamiento contra la República, demostrando que el verdadero rebelde había sido el Gobierno, mostrándose cerradamente antirrepublicanos y antidemócratas. Marcados por su propia peripecia y su indisciplina, necesitaron afirmarse en sus ideas para no reconocer que habían asaltado el Estado a punta de pistola. Utilizaban como coartadas un supuesto complot comunista para dominar España y los desmanes cometidos por los republicanos. Años más tarde, la crítica histórica demostraría que nunca existió semejante complot y que, entre 1936 y 1945, el terror blanco había cometido en España unos 75 000 asesinatos más que el terror rojo.

La convicción no excluía algunas reflexiones personales heterodoxas, mantenidas en rigurosa intimidad. A finales de los cincuenta era comandante general de Melilla el general Ramón Gotarredona, de terrible mal genio y que chillaba, como un energúmeno, a los coroneles frente a su regimiento formado. Se había hecho célebre en todo el Ejército y tenía aterrorizada a su propia guarnición. Un día de difuntos, se celebró en el cementerio un funeral por los muertos militares. Terminada la ceremonia, Gotarredona condujo privadamente al capellán hasta la humilde tumba del general Manuel Romerales, comandante general de Melilla en 1936, que fue fusilado por sus propios oficiales sublevados. Ante un reducido grupo de personas, el ogro pidió al cura con su voz que no admitía réplicas:

—Padre, rece usted una oración en esta tumba. Era un buen hombre.

# CAPÍTULO VI

# Contra el contubernio extranjero

## DON CAMULO

En 1946, la actividad de los maquis se incrementó hasta el extremo de que, en ocasiones, la Guardia Civil pareció a punto de ser desbordaba y debieron reforzarse los 300 guardias que actuaban en las serranías de Málaga y Granada, con 4 compañías del Ejército, 2 de la Policía Armada y un *tabor* de Regulares. La actividad guerrillera alcanzó tanto volumen que, a lo largo de aquel año, llevó a cabo unas 700 acciones, 36 de ellas sabotajes ferroviarios[1]. El Ejército intervino en varias operaciones difíciles, que siempre se mantuvieron en secreto, porque el Gobierno deseaba demostrar que luchaba contra simples bandoleros contra quienes bastaban las fuerzas del orden, y tampoco los maquis deseaban aparecer como enemigos del Ejército, sino de la Falange y Franco.

Este último sabía que, si el Ejército asumía la lucha, los generales adquirirían un peso político que debilitaría el suyo. Prefería batir a los maquis con la Guardia Civil, controlada por su fiel Camilo Alonso, mientras los capitanes generales permanecían en segundo plano, comprometiéndose sin protagonismo en la gestión de los consejos de guerra contra los maquis y sus colaboradores. La

Guardia Civil secundaría sus órdenes sin crear problemas mientras la mandara Camilo, al que los militares y, sobre todo, los guardias civiles llamaban a escondidas *Don Camulo*, juego de palabras muy adecuado para una institución en la que el inseparable compañero de fatigas era el mulo, cuya testarudez y mal carácter recordaban al general.

Los mulos transportaban las armas pesadas y los suministros militares. Muchos años de convivencia habían familiarizado a las gentes de caqui con sus inesperadas coces, mordiscos y espantadas de animales desabridos, cuya proximidad resultaba tan peligrosa como la de ciertos mandos. Decía un antiguo refrán militar: «Del superior y el mulo cuanto más lejos, más seguro».

Esta precaución no bastaba frente a Camilo Alonso Vega, peligroso a cualquier distancia. Hasta el extremo de que, ante los informes de cualquier irregularidad en un pequeño puesto, podía tomarla por la tremenda y cursar un mensaje por radio o por telégrafo, expulsando del cuerpo a los guardias responsables. Estas represiones inmediatas hasta afectaron a puestos completos y no requerían otros trámites administrativos que la decisión del general director, que no admitía discusiones. La cuestión se complicaba cuando los guardias eran también acusados de un delito, porque, además de expulsarlos del cuerpo, comparecían ante un consejo de guerra y, si resultaban condenados, cumplían la pena en una penitenciaría militar, mezclados con soldados delincuentes de todo pelaje.

Esta política aterrorizó a la Guardia Civil, de modo que los atemorizados guardias se acostumbraron a obedecer perrunamente cualquier orden y a prestar interminables servicios sin abrir la boca. El terror franquista hacía temblar hasta el principal órgano represivo del régimen.

## La «conspiración contra España».

No eran los guerrilleros el único problema del franquismo. Aun prohibidas, las huelgas se desencadenaron en una oleada que fue silenciada por la prensa. La primera estalló con carácter general en

Manresa y la siguieron protestas obreras en toda España.

Tampoco soplaban vientos favorables en el extranjero. El ambiente de las Naciones Unidas era contrario al Gobierno de Madrid. En Inglaterra, tras la derrota de Churchill, el *premier* Attle se mostraba enemigo del franquismo, aunque Bevin, el ministro de Exteriores, parecía más moderado. El 12 de abril había muerto Roosevelt, uno de los enemigos del régimen, cuya desaparición supuso un balón de oxígeno para Franco porque Truman, su sucesor, se mostraba más tolerante aunque también antifranquista. En cambio, la política francesa se había endurecido desde que, en enero, De Gaulle abandonó la presidencia. Sólo pareció abrirse una cierta esperanza de apoyo externo cuando, en la lejana Argentina, el coronel Juan Domingo Perón ganó las elecciones, el 26 de marzo de 1946.

En la sesión del 17 de abril del Consejo de Seguridad, el ministro polaco de Exteriores anunció que España amenazaba la paz y estaba a punto de conseguir la bomba atómica, lo cual era una broma para un país que se movía con gasógenos. Polonia, la URSS, Francia y México exigieron sanciones internacionales, en contra de la opinión de los demás miembros del Consejo. Tras muchos altibajos, la cuestión española se reactivó el 2 de diciembre de 1946 cuando la delegación norteamericana presentó una resolución pidiendo la dimisión de Franco y su alejamiento de España. La respuesta del régimen fue convocar, el 9, una nueva manifestación de apoyo al dictador en la plaza de Oriente, que fue orquestada por la prensa falangista como si fuera una espontánea acción popular contra la injerencia extranjera y encontró mucho eco en el Ejército, siempre sensible a los argumentos patrióticos.

Cinco países hispanos, México, Venezuela, Panamá, Guatemala y Chile propusieron a las Naciones Unidas condenar el régimen español y, el 12 de diciembre de 1946, la Asamblea General aprobó, por 32 votos contra 5, retirar a los embajadores y excluir a España de todos los organismos de la Naciones Unidas. En poco tiempo, sólo quedaron en Madrid los embajadores de Suiza, Portugal y el Vaticano.

Los militares no se atemorizaron y cerraron filas, como ya habían hecho cuando los maquis atacaron el valle de Arán. Contra la condena de la ONU reverdeció su espíritu de la guerra civil.

Estaban rabiosos con los extranjeros y hasta eufóricos ante el peligro; se veían capaces de superar las nuevas dificultades porque había calado en ellos el repetido mensaje de haber vencido en la guerra civil a la coalición internacional de los masones, judíos y comunistas contra España. Para ellos, la oposición de la ONU estaba manipulada por los enemigos de siempre y se sentían dispuestos a derrotarlos de nuevo. En el tosco humor del franquismo, hizo fortuna un lema machista, genital y directo: «Si ellos tienen ONU, nosotros tenemos DOS».

## MONARQUÍA DE RECAMBIO

Carrero Blanco era partidario de establecer una sucesión monárquica para Franco, que contaba entonces 54 años y estaba orondo, con la salud de una pera. El generalísimo se avino al proyecto e intentó atraerse a Juan de Borbón, invitándole, incluso, a residir en España, en condiciones que rechazó el pretendiente[2]. Tenía éste 33 años cumplidos y no deseaba convertirse en una especie de funcionario de la dictadura sino regresar como rey[3]. Cuestión que no parecía imposible, tal como marchaban los asuntos internacionales y con los ánimos que mostraba la oposición.

Residía en Portugal desde el 2 de febrero y el mismo Franco había pedido a Oliveira Salazar, el dictador portugués, que le diera facilidades para instalarse en el país, con la esperanza de atraérselo. No por ello bajó la guardia Juan de Borbón y, como la caída del franquismo parecía próxima, manifestó a Nicolás Franco, entonces embajador de España en Lisboa, que no tenía nada que tratar con su hermano.

La euforia ante la derrota del fascismo internacional ocultaba la realidad de que el franquismo no era un verdadero régimen fascista, sino una dictadura apoyada por viejas fuerzas conservadoras, retocadas con cierta cosmética falangista. La guerra civil y la dictadura habían echado en brazos de Franco a la derecha tradicional y destrozado la izquierda. Juan de Borbón confiaba en que la próxima caída de Franco le permitiese instalarse en el trono y lograr un pacto entre la derecha tradicional y la oposición que conspiraba en el extranjero. Desconocía la realidad interior e

ignoraba que, si los militares adivinaran sus intenciones de pactar con los «rojos» lo considerarían enemigo.

Aquel mismo mes de febrero de 1946, la ONU votó por primera vez contra España. Como reacción, Franco hizo preparar una Ley de Sucesión y envió a Carrero Blanco a Estoril para que se la comunicara a Juan de Borbón. El enviado llegó a Estoril el 30 de marzo y entregó un borrador de la Ley e informes confidenciales «sobre la personalidad moral y política de algunos de los consejeros que le rodean». Sin esperar la respuesta, el 31 se anunció en Madrid la nueva Ley y, el 2 de abril, Juan de Borbón comunicó a Carrero su desacuerdo, anunciando un próximo manifiesto.

A pesar de las maniobras franquistas para convencer a los consejeros de Juan de Borbón, el llamado Manifiesto de Estoril vio la luz el 7 de abril de 1947. Era un duro alegato contra Franco y un documento doctrinal en defensa de los valores de la monarquía hereditaria frente a la dictadura. El Manifiesto de Lausana había sido silenciado por los periódicos españoles; sin embargo, el de Estoril y su autor fueron atacados por la prensa falangista. *Arriba* arremetió con dureza, mientras el monárquico *ABC* los defendía con las precauciones que imponían las circunstancias.

Desde entonces, Juan de Borbón se convirtió en una de las bestias negras del franquismo. Hasta ese momento, la dinastía borbónica no había gozado de amplias simpatías en el Ejército. El abandono a Primo de Rivera por parte de
Alfonso XIII
, en 1930, y su huida de España en 1931, habían enajenado al Rey muchas adhesiones entre los militares de derechas. Durante la guerra, el liderazgo de Franco y la propaganda antimonárquica de los falangistas desacreditaron a los Borbones hasta que el enfrentamiento de Juan de Borbón con el régimen precipitó las cosas. Desde el Manifiesto de Estoril, los mentideros militares aseguraron que Juan de Borbón era masón y que pactaba con los rojos exiliados, extremo este último que era cierto y bastante conocido. Todo ello generó en el Ejército gran antipatía por el heredero de la corona y desconfianza hacia los monárquicos, aunque muchos de ellos se habían convertido en hombres del franquismo[4].

En este tenso ambiente aprobaron las Cortes la Ley de Sucesión,

cuyo texto debía someterse a un referéndum donde el Gobierno preguntaría a los españoles si daban su conformidad a la Ley recién aprobada. Las respuestas autorizadas en las papeletas eran «Sí» o «No»; ninguna propaganda en contra fue permitida y la Policía recogió los escasos panfletos clandestinos que pedían el «No». En cambio, los ayuntamientos y la Falange pegaron pasquines favorables al Gobierno y pintaron enormes «Sí» en las paredes de los pueblos. (Un chiste malévolo aseguraba que votar «Sí» era pedir que Franco siguiera y votar «No», que no se marchara…).

La votación transcurrió en la calma del domingo 6 de julio, con los hombres del Movimiento controlando, manipulando y escrutando libremente las urnas y las papeletas[5]. Multitud de chismes y anécdotas sobre las votaciones pasaron al dominio público. Los mismos falangistas se ufanaban de haber votado varias veces y haber metido en las urnas puñados de papeletas con el «Sí». Nadie les contradecía y, si el interlocutor no asentía con bastante entusiasmo, le disparaban una andanada como: «¡No íbamos a dejar que el Caudillo perdiera el referéndum, como querían Stalin y los masones!».

No conocemos documentos sobre la opinión del dictador soviético y la masonería al respeto.

El Gobierno anunció que había votado «Sí» el 88,57 por ciento del censo y la prensa española informó de que la votación popular había consolidado el régimen.

# CAPÍTULO VII

# Un cierto deshielo

## SONRISAS HACIA FUERA, BLINDAJE INTERNO

La operación política del referéndum se redondeó el 5 de agosto de 1947, con la visita oficial a España de Eva Duarte, esposa y ministra de Perón, cuya exhibicionista elegancia no sólo eclipsó la patética prestancia de Carmen Polo, sino que deslumbró a su mismo marido, que se deshacía en sonrisas. «La Perona», como la llamó la gente, permaneció en España hasta el 24 de junio y su viaje fue exhibido por la prensa española como un gran triunfo internacional, y ciertamente lo fue, porque en octubre Perón prometió ayudar a Franco con productos alimenticios y ordenó incrementar los intercambios[1].

Desde 1939, España ya compraba gran cantidad de alimentos argentinos que pagaba con productos siderúrgicos por falta de dinero; en 1942 ambos países ya habían firmado un convenio comercial. Frente a la Europa devastada por la segunda guerra mundial, Argentina era un país próspero, cuya amistad no resultaba desdeñable mientras se modificaba el clima internacional, porque se estaban encrespando las relaciones entre los Estados Unidos y la Unión Soviética.

Durante la primavera de 1947 el cambio del clima internacional resultó evidente, al fracasar las conversaciones para establecer un

tratado de paz con Alemania y abandonar los partidos comunistas los Gobiernos belga y francés.

## POBRES, PERO SEGUROS

Una tarde de abril el expreso de Andalucía se detuvo inesperadamente en la estación de Aranjuez, donde no tenía parada ordinaria. En cuanto subió un caballero alto y distinguido, al que acompañaban varios hombres, el tren reanudó su marcha. Se trataba del general Kindelán, que marchaba a Cádiz para tomar el barco de Canarias. Diez años antes había logrado en Salamanca que la junta de los generales sublevados nombrara generalísimo a Franco. Ahora éste lo desterraba porque había promovido un pliego de firmas en favor de Juan de Borbón. Dávila, el ministro del Ejército, lo había hecho conducir en automóvil hasta Aranjuez, para evitar que los monárquicos pudieran despedirlo en la estación de Atocha. Cuando llegara a Canarias, lo confinarían en Garachico, un aislado y desconocido pueblo de pescadores.

Franco trataba a los generales militarmente y ellos le temían cada vez más, manteniéndose a la expectativa. Sólo Ponte, el capitán general de Sevilla, quiso asegurarse el futuro con una carta a Varela, donde opinaba que el alto mando militar debía coordinar su posición política porque si el Ejército había dado su poder a Franco, también podía quitárselo. Varela, que estaba encantado con su cargo de alto comisario en Marruecos, respondió que no debían dividir al Ejército y se quitó el problema de encima. Los generales habían dejado de conspirar y no deseaban buscarse enfrentamientos con Franco, aunque pintaran bastos en los asuntos internacionales.

El canto del cisne de los conspiradores militares corrió a cargo del general Aranda, que, a finales de 1946, decidió solicitar asilo político en la embajada norteamericana con la intención de dar la campanada de formar un Gobierno provisional partidario de Juan de Borbón. No había entendido que su tiempo ya había pasado y su maniobra fue desautorizada por José Mª Gil-Robles y Pedro Sáinz Rodríguez y el mismo Juan de Borbón[2], que lo dejaron porque también había perdido el apoyo de la embajada británica, que lo había sobornado durante años para que España no entrara en la

guerra.

Los dirigentes de la ANFD, una coalición de opositores al franquismo que había tenido relación con Aranda, estaban procesados por la justicia militar. A instancias del defensor, el general fue citado para comparecer el 9 de enero de 1947. El 7 recibió la notificación de que estaba arrestado durante dos meses en la batería mallorquina de Enderrocat por «incumplimiento de sus deberes militares» y aquella misma tarde fue obligado a tomar el expreso de Barcelona. Con Kindelán, Aranda y Alfonso de Orleans arrestados lejos de Madrid, la conspiración de generales monárquicos entraba en la agonía, aunque siguieran en ella personas como Beigbeder.

## PARACAIDISTAS GRACIAS A PERÓN

La llegada de alimentos argentinos ayudó a combatir el hambre. Mejoró la cantidad y calidad del racionamiento de pan y se hicieron omnipresentes las habichuelas pintas venidas de allende el Atlántico en las dietas de los trabajadores, el rancho de los cuarteles y las cárceles. La débil protesta popular contra la miseria las denominaba «judías peronas». Los soldados, jóvenes y poco sutiles, las llamaban «angelitos negros», nombre de un bolero de Machín.

La amistad con Argentina fue aprovechada por el capitán Ramón Salas Larrazábal[3] para llevar adelante su proyecto de formar paracaidistas. En 1939, Yagüe había creado el Ejército del Aire, imitando la Luftwaffe de Goering, incluidas sus prestigiosas fuerzas paracaidistas[4]. En España no había paracaídas ni quien supiera manejarlos y la «bandera de parachutistas» del Aire se limitó a ostentar dicho nombre, mientras los soldados se ocupaban de las rutinarias tareas de aeródromos y cuarteles: guardias, limpiezas y trabajos en los diversos servicios. Sus mandos, los oficiales de la Escala de Tierra, sin título de piloto, se sentían marginados por éstos y un grupo de ellos, encabezados por el capitán Ramón Salas Larrazábal, ideó convertir a sus hombres en paracaidistas auténticos y logró interesar al general Longoria, jefe del Estado Mayor, que aceptó la idea y contactó extraoficialmente con oficiales británicos.

Ningún Ejército extranjero deseaba alumnos españoles y, aconsejado por los ingleses, Longoria intentó contratar al coronel Newman, experimentado profesor de paracaidismo de la RAF, cuyas pretensiones económicas parecieron excesivas a los españoles. Entonces, Salas propuso que él y su grupo de compañeros se convirtieran en instructores de paracaidismo, logrando que 7 capitanes y 5 tenientes fueran admitidos en un curso de paracaidismo militar en la Escuela de Aeronáutica Argentina de Córdoba (Argentina). Tras innumerables problemas, los doce españoles efectuaron su primer salto con viejos paracaídas, nueve de los cuales estaban dados de baja por inútiles.

Cuando regresaron con sus flamantes diplomas chocaron con nuevas dificultades. Hasta la guerra civil, la Aviación era un servicio[5] del Ejército de Tierra mientras la Marina contaba con su propia Aeronáutica, que desapareció durante el conflicto. Yagüe había organizado desde cero un nuevo Ejército del Aire, independizándolo de Tierra, con el resultado de que los pilotos de mayor graduación, que eran tenientes coroneles y comandantes de Tierra, se convirtieron en generales y coroneles del Aire.

A pesar de su ascenso, los aviadores tuvieron menor graduación que los tenientes generales de Tierra y los almirantes de la Armada y los primeros ministros del Aire fueron dos generales del Ejército de Tierra: Juan Yagüe y Juan Vigón[6]. Para defenderse, los jefes del Aire convirtieron en coto cerrado todos los asuntos relacionados con el vuelo, la navegación aérea y hasta la meteorología.

El paracaidismo quedó fuera de las competencias del Ejército de Tierra y la Marina y Ramón Salas necesitó desarrollar su proyecto en su propia arma, el Aire, donde su hermano era un hombre con influencia. Su tenacidad logró finalmente crear un batallón paracaidista,
llamado I
Bandera, con efectivos muy reducidos. En 1947, consiguió fundar una Escuela Militar de Paracaidismo en el aeródromo de Alcantarilla[7], que arrastró una vida lánguida durante siete años[8], sin que ningún alto mando concediera importancia a un cuerpo tan acreditado durante la segunda guerra mundial.

La flamante escuela de paracaidismo contó sólo con un avión Savoia

S-81
, en buen estado, pero sin repuestos, hasta que las peticiones de Salas lograron sumar un Junkers
Ju-52
. Desde entonces, contaron con dos aparatos, más propios de un museo que de una escuela recién creada. Tras muchos problemas, Salas logró que la casa Sampere de Barcelona le fabricara una docena de paracaídas que fueron enviados al INTA[9] para su homologación. Aduciendo problemas de seguridad, el INTA retuvo los paracaídas hasta que Salas y los suyos los robaron llevándolos a la escuela, donde efectuaron el primer lanzamiento el 23 de enero de 1948. Gracias a su éxito no les formaron un consejo de guerra por el robo.

Salvo este embrión del paracaidismo, y una maniobra de Carrero Blanco para controlar las colonias de Ifni y el Sáhara, llamado entonces Río de Oro[10], no se produjeron más innovaciones en las Fuerzas Armadas. Ambos territorios africanos fueron sustraídos a la autoridad del alto comisario en Marruecos[11] y colocados bajo la dependencia directa de la dirección general de Plazas y Provincias Africanas, un organismo de la Presidencia del Gobierno donde mandaba Carrero y que también controlaba la colonia de Guinea, poco a poco convertida en el feudo de sus amigos, hasta el extremo de que la misma guardia colonial no dependía de las autoridades militares o de orden público sino directamente de presidencia del Gobierno, es decir, de Carrero[12].

En Marruecos se aplicaba una política orientada a que las autoridades civiles y militares[13] fueran coordinadas por la dirección general de Marruecos y Colonias, que dependía de presidencia del Gobierno, o sea de Carrero Blanco[14]. Tanto el Majzén, o Gobierno del jalifa, como la administración civil española fueron reorganizados varias veces en este sentido. Se gastaba algún dinero en el protectorado y se fomentaban moderadamente su actividades; sin embargo, la atención del Gobierno no se dirigió a proteger los intereses financieros ni a satisfacer las peticiones de los colonos españoles sino a contentar al Ejército de África y a mantener buenas relaciones con los notables locales.

A principios de 1944, el Istiqual publicó un manifiesto en la zona francesa que pedía la independencia. Tuvo pocas

repercusiones en Tetuán y fue ignorado por las autoridades españolas. En diciembre de aquel año la presidencia del Gobierno creó los premios África de literatura y periodismo para difundir la buena disposición española hacia el mundo islámico, cuestión que se amplió tres meses más tarde con la fundación del Instituto de Estudios Africanos.

Con Ifni, Sáhara y el minúsculo enclave de cabo Juby[15] se formó el África Occidental Española, regida por un gobernador general, que concentraba los poderes políticos, militares y administrativos. El cargo fue siempre desempeñado por un general, con un secretario general para las funciones administrativas, un delegado gubernativo para Río de Oro y un subgobernador en Smara, todos ellos militares.

## A PESAR DE TODO, CURIOSIDAD NUCLEAR

Tranquilizado el gallinero de los altos mandos, en el primer trimestre de 1947 Franco ascendió a teniente general a García Escámez, García-Valiño, Asensio Cabanillas y Camilo Alonso Vega. Cuatro hombres de confianza. El primero, como capitán general de Canarias, desarrollaba una buena gestión administrativa y el último estaba al frente de la Guardia Civil, donde continuó a pesar del ascenso, porque Franco quiso mantener a su amigo en la lucha contra los maquis que, aquel año, sabotearon 73 trenes, provocando 14 descarrilamientos y contra quienes se promulgó un decreto específico llamado de Bandidaje y Terrorismo[16].

La intensa actividad de la Guardia Civil y la acción de sus contrapartidas sobre la población campesina aislaron progresivamente a los guerrilleros, que comenzaron a fraccionarse en partidas pequeñas. El declive de los comunistas dio protagonismo en Cataluña a guerrilleros y saboteadores anarquistas, que fueron especialmente activos entre 1948 y1949, aunque los más significativos perduraron años, desarrollando pequeñas acciones por sorpresa.

Para su política del palo y la zanahoria, el generalísimo utilizó más tarde la Ley de Sucesión, atribuyéndose potestades de monarca, como la concesión de títulos de nobleza. Inicialmente, nombró

duques a título póstumo a Mola, Calvo Sotelo y José Antonio; a comienzos de los años cincuenta ennobleció a Saliquet, Dávila, Varela y Queipo de Llano, aunque éste aprovechó la ocasión para largar uno de sus exabruptos. Tampoco fue provechoso el marquesado concedido a Kindelán en 1961. El general no se dejó comprar con un título, aunque sus rabietas ya habían perdido cualquier capacidad política.

La miseria militar se mantenía, hasta el extremo de que, en 1947, se suprimieron dos banderas de la Legión para evitar gastos. Una bandera de legionarios resultaba mucho más cara que un batallón de soldados, porque los legionarios cobraban un pequeño sueldo, recibían mayor asignación para el rancho y vestían un uniforme más caro. A pesar de que Franco había sido uno de los fundadores del cuerpo, tras la reducción de 1947 la Legión quedó reducida a nueve banderas, la mitad de sus efectivos durante la guerra civil.

En el presupuesto de aquel año, la defensa recibió el 34,19 por ciento del total del Estado; el Ejército de Tierra recibía el 23,8 por ciento[17]. La mitad lo consumían los sueldos, siempre escasos. Apenas quedaba dinero para adquisiciones y la Comisión de Estudios de Física Aplicada, creada en el Instituto de Investigaciones Científicas, consideró inabordables las aplicaciones militares de la energía nuclear[18]. No obstante, las gestiones del Alto Estado Mayor ante el agregado naval norteamericano lograron que el Laboratorio y Taller de Investigación del Estado Mayor de la Armada recibiera algunos documentos técnicos sobre el *Manhattan District*, programa que condujo a la primera explosión atómica en Alamogordo, en julio de 1945.

## BOMBAZO A LOS MONÁRQUICOS Y ESTUDIOS PARA OTRA BOMBA

La disciplina había producido su efecto y hecho del Ejército una organización disciplinada, que no demostraba otras inquietudes que las profesionales. Era el gran éxito de Franco: por primera vez en la historia de España, los militares no ofrecían peligro para el Gobierno, sino todo lo contrario, desde que los conspiradores

monárquicos y falangistas habían sido depurados, integrados o guardaban un prudente silencio en espera de tiempos mejores.

Pocos generales asistían a las selectas reuniones que la elite monárquica de Madrid celebraba cada dos semanas en una casa distinta. El 16 de abril correspondió al domicilio del marqués de Aledo, al que asistieron algunos militares, entre ellos Beigbeder, Ponte y Kindelán. Este último pronunció una conferencia titulada «El momento actual de Europa», donde sostuvo que Franco había fracasado, constituía un obstáculo, estaba obligado en conciencia a retirarse y era necesario agrupar a los monárquicos en torno al heredero legítimo de la monarquía. La BBC dio la noticia, tampoco faltó quien se fuera de la lengua y el ministro Dávila citó a Kindelán para decirle que Beigbeder y Ponte lo habían denunciado, lo que luego ambos negaron a Kindelán. El marqués de Aledo fue multado con 25 000 pesetas y Kindelán arrestado dos meses en el fuerte de Guadalupe (Fuenterrabía). Entonces, Beigbeder solicitó permiso para incorporarse a la Liga Árabe y Dávila no lo autorizó; además, le impuso un arresto por no haber comunicado lo ocurrido en casa de Aledo.

Franco montó en cólera al saber que Kindelán escribía cartas a sus amigos políticos en papel con un membrete impreso que rezaba: «Castillo de Guadalupe. Presos políticos. Tte. General Kindelán». Estaba harto de los generales de siempre, aunque su poder fuera un saco vacío; en el siguiente consejo de ministros dio instrucciones para acabar administrativamente con Kindelán, Ponte y el infante Alonso de Orleans. Ponte fue destituido y desterrado a Mahón, donde su mujer tenía un palacio[19]; Orleans recibió un trato más severo y pasó a la reserva en aplicación de la Ley 12 de julio de 1940 «por su participación conspiratoria, deliberada y activa en propaganda clandestina contra la actual forma de Gobierno del Estado Español».

Bastaron estos varazos, y algunos otros más, éstos sobre monárquicos civiles, para que muchos conspiradores de salón comprendieran que era más cómodo estar a bien con aquel dictador que se había mantenido a pesar de la segunda guerra mundial, la campaña diplomática y los maquis.

Aquel mes de abril, el Instituto Nacional de Física de Madrid estableció el primer contacto formal entre los discípulos italianos de

Enrico Fermi y los científicos españoles, que culminó en una estancia de estos últimos en Roma[20]. Posteriormente, Juan Vigón convenció a Franco para iniciar estudios nucleares en España, con el resultado de fundar, el 6 de septiembre de 1948, la Junta de Investigaciones Atómicas. Junto a ella se creó la sociedad anónima Estudios y Proyectos de Aleaciones Especiales (EPALE), destinada a encubrir secretamente la investigación nuclear, cuyo primer consejo de administración lo formaron José Mª Otero Navascués, Manuel Lora Tamayo, José Ramón Sobredo y Armando Durán Miranda, que más tarde fue presidente de la Junta de Energía Nuclear.

La Marina vigiló el asunto a través de Otero Navascués. Pronto Carrero Blanco se interesó por la posibilidad de fabricar una bomba atómica en España. En plena crisis económica de los años cuarenta había diseñado una enloquecida flota que, naturalmente, no pudo construir, y su obsesión por el poder naval le hacía concebir nuevas esperanzas gracias a la investigación nuclear que, desde entonces, lo tuvo por valedor[21].

Cuando regresó la primera tanda de personal formada en Italia, la investigación sentó sus primeras bases. Posteriormente, los contactos norteamericanos informaron de que la Unión Soviética estaba a punto de fabricar su propia bomba atómica y que era posible enviar expertos a las universidades americanas. En 1951 se aceleró la formación científica española en este campo y muchos físicos marcharon al Instituto de Estudios Nucleares de la Universidad de Chicago, a cargo del profesor Samuel K. Allison.

## LOS INICIOS DE LA « GENERAL».

Progresivamente, habían aparecido en los cuarteles los nuevos tenientes formados en la Academia General Militar, cuya carrera había sido difícil. Antes de 1931 sólo se exigían para ingresar en las academias militares los primeros cursos de bachillerato y una oposición. La II República impuso la obligación del título de bachiller y un año de estudios universitarios, lo que fue criticado por algunos militares como Mola, quien opinaba que el paso por la Universidad intoxicaría a los futuros cadetes de «espíritu abogadil».

Al restaurarse la Academia General en 1940, se exigió el bachillerato sin examen de Estado[22] y una dura oposición con pruebas de Gimnasia, Humanidades y Matemáticas, cuya intensa preparación podía durar varios años. Todas ellas iban precedidas por un reconocimiento médico exhaustivo y sin apelación que, en una ocasión, sirvió para eliminar a un aspirante negro, hijo de un guardia civil y una guineana. Años más tarde, se convertiría en un prestigioso cantante y compositor.

Aunque salía barata, la carrera militar resultaba difícil incluso para los más brillantes. Los cadetes cursaban dos cursos en la General y los otros dos en las academias propias de sus armas. En Artillería e Ingenieros exigían un alto nivel académico, mientras que en Infantería y Caballería se padecía un conglomerado de estudios, revistas y pruebas físicas, complicadas, respectivamente, con largas marchas y peligrosos ejercicios hípicos. Al primer examen de 1942 se presentaron 650 aspirantes, de los que aprobaron 170 que no llegaron a los cuarteles hasta 1946.

Desde entonces se formó una promoción por año, incrementándose el número de aspirantes y las dificultades del ingreso, cada una de cuyas plazas fue disputada, en las ocho primeras promociones, entre 1,7 y 3,66 aspirantes. Por razones diversas, el número más elevado de cadetes procedía de Madrid, Zaragoza, Burgos y Baleares y la mayoría eran hijos de militar o beneficiarios de las «plazas de gracia» concedidas a los huérfanos de guerra y luego ampliadas a los hijos de laureados o medallas militares[23]. Quienes tenían derecho a «una plaza de gracia» no ingresaban por oposición, sino por un simple examen.

Para facilitar su ingreso y aliviar la carga familiar de las viudas se creó el colegio de huérfanos de oficiales del Ejército, en régimen de internado gratuito donde los alumnos estaban sometidos a una dura disciplina que les preparaba mentalmente para el Ejército, además de obligarles a estudiar. Aunque la vida en el colegio era más incómoda que en su casa y estaban separados de sus familias, en el internado comían mejor, por lo que los sentimientos de muchos chicos oscilaban entre los impulsos del corazón y los del estómago. Además, acudían a los exámenes de ingreso en las academias militares vestidos con un característico uniforme azul, que les identificaba ante los tribunales de examen y despertaba la

simpatía de sus miembros, antiguos compañeros de sus padres.

También el Frente de Juventudes creó, en la Castellana de Madrid, un colegio preparatorio, con el fin de que sus afiliados pudieran estudiar para ingresar en la academia de oficiales. Fue su director el capitán Luis Pinilla Soliveras, cuyo padre, coronel, había sido uno de los héroes más famosos de la sublevación de 1936. Como director espiritual fue designado el brillante jesuita José Mª de Llanos, con gran predicamento en los ambientes militares porque era hijo de un general, hermano de un líder católico asesinado durante la guerra y consiliario del Frente de Juventudes. El alumnado era variado, había desde hijos de militares a miembros del Frente de Juventudes procedentes de medios obreros, que asumían los postulados más radicales de su partido, como la reforma agraria o la nacionalización de la banca. El colegio pagaba sus gastos con fondos del Estado.

A finales del siglo XIX el Ejército francés había desarrollado una corriente partidaria de dar al servicio militar obligatorio contenido social y educativo. El capitán Pinilla, que tenía una acendrada y honesta vocación, llegó a las mismas conclusiones por otros caminos y propugnó un nuevo tipo de oficial, amante y educador de su tropa. Igualmente, defendió la desaparición de los castigos corporales, de los asistentes, del juego en las salas de oficiales e impulsó la reforma de las Ordenanzas y del Código de Justicia Militar. Por su parte, el padre Llanos era partidario de un catolicismo reformista y crítico, y contrario a la mentira, la pereza y el Ejército burocratizado y conformista. El entusiasmo de aquellos líderes caló pronto en sus jóvenes alumnos, que, sin saberlo, pasaron a defender las ideas más extremas de un nacionalcatolicismo intransigente.

## FORMARSE PARA MANDAR

La ilusión era común entre los aspirantes a oficial, porque la militar era una carrera prestigiosa en la España de la posguerra y muchos de los muchachos tenían parientes militares. En las ciudades con guarnición importante, no sólo los hijos de militar, sino bastantes

jóvenes de otras procedencias, ponían su ilusión en un Ejército que todavía se adornaba con los laureles de la guerra civil y se exhibía en frecuentes desfiles. En sus impresionables personalidades dejaban fácil huella el sonido de las marchas militares y el paso de las tropas. André Maurois había dicho: «Hay dos espectáculos que no cansan nunca: los soldados y las mujeres». La España de la época era especialmente sensible a ambas demostraciones.

Por decisión de Franco, la formación de oficiales se había reorganizado según el modelo de Primo de Rivera: dos años cursados en la General de Zaragoza, otros dos en la academia de cada cuerpo y un último trimestre en Zaragoza. El período más duro eran los dos años de la General, que había funcionado en tres épocas distintas; entre 1882 y 1893, de 1928 a 1931, y a partir de 1942. Franco había sido general director de la segunda[24] y, cuando fue jefe del Estado, impulsó la tercera. Sin embargo, cuando murió, 33 años más tarde, los alumnos de esta última todavía no habían alcanzado la cúpula militar. En 1942, los edificios construidos por Franco en los años veinte albergaban a la Academia de Transformación de Infantería, para los provisionales. Ambas academias funcionaron juntas hasta febrero de 1943, cuando la General se quedó en Zaragoza y la de Transformación fue trasladada a Guadalajara[25].

Toda la formación se fundamentaba en una rígida disciplina, mantenida mediante continuos y pequeños castigos, y en la que subrayaba de forma especial la puntualidad. El código moral era caballeresco, responsable, severo y utilizaba dos testimonios de autoridad. El primero, unos versos de Calderón de la Barca, que comenzaban: «Aquí, la más principal hazaña es obedecer y el modo cómo ha de ser es no pedir ni rehusar». El segundo, el fragmento de un célebre discurso de Franco en 1931: «¡Disciplina!… Nunca bien definida y comprendida. ¡Disciplina!…, que no encierra mérito cuando la condición del mando nos es grata y llevadera. ¡Disciplina!…, que reviste su verdadero valor cuando el pensamiento aconseja lo contrario de lo que se nos manda, cuando el corazón pugna por levantarse en íntima rebeldía o cuando la arbitrariedad o el error van unidos a la acción del mando. Ésta es la disciplina que practicamos. Éste es el ejemplo que os ofrecemos». A nadie se le ocurría comentar que ese mismo Franco, cinco años

después del discurso, se había sublevado contra el Gobierno legal y contra sus superiores militares.

Los cadetes ingresaban con gran ilusión porque, tras dos o tres años de preparar la oposición, ser cadete era como alcanzar la gloria. Aunque no era igual soñar con la gloria que vivirla y el primer contacto con la vida de la Academia podía ser dramático porque se exigía una rígida disciplina donde el mínimo descuido en el vestir o la colocación del equipo suponía un arresto. La General era, en parte, un cuartel y, en parte, un colegio interno, donde los alumnos debían pagar un equipo costoso y la manutención de los dos primeros cursos. De ambas obligaciones estaban exentos los huérfanos de guerra y los soldados, de modo que los oficiales cuyos hijos querían ser cadetes, los ingresaban como falsos soldados en su propio regimiento y la pequeña corruptela evitaba unos gastos onerosos para sus débiles economías.

A diferencia de los miserables cuarteles de la época, la General contaba con buenas instalaciones, entre ellas una enfermería atendida por monjas y un buen comedor con camareros. La rígida y arbitraria disciplina se endureció entre 1946 y 1950, cuando fue director el general Amado Lóriga[26]. Aunque los alumnos recibían un trato formalmente correcto y eran llamados «caballeros», los arrestos menudeaban por cualquier nimiedad. También eran frecuentes las novatadas. Aunque estaban formalmente prohibidas, durante el primer trimestre, los alumnos de primero[27] eran vejados por los de segundo curso, que se reservaban privilegios inocentes, como subir por la escalera principal o calzar espuelas cuando salían de paseo por Zaragoza.

Generalmente, los cadetes estaban bien preparados y se sorprendían ante el bajo nivel de los estudios en la Academia, donde no utilizaban libros sino apuntes, llamados «guiones», redactados por los mismos profesores, incluso para las Matemáticas, la Geografía y la Historia. Esta última, según la estrecha visión oficial del franquismo, comprendía un somero estudio de la guerra civil, donde se resaltaba la genialidad militar de Franco.

El nivel del profesorado era inevitablemente heterogéneo: en principio, cada profesor impartía clases de la asignatura que había acreditado conocer pero, cuando faltaba alguno, el jefe de estudios le encargaba dicha asignatura a cualquier otro. El paso del tiempo y

las conveniencias personales colocaban a profesores en asignaturas que ignoraban y lo mismo podía enseñar Matemáticas un experto en equitación, como Química un técnico en tiro. Tales prácticas acabaron por hacer estragos en el cuadro docente que, junto a profesores muy preparados, contó con incompetentes absolutos, sólo aptos para hablar interminablemente de sus experiencias de la guerra civil y que suplían los conocimientos con la disciplina militar aplicada en clase. Los cadetes se vengaban asignándoles motes feroces, perpetuados de promoción en promoción; así, a un profesor de Química le llamaban el *Inca*, porque era *Inca* paz de enseñar nada[28]. También la dura disciplina se contestaba con un ácido humor, teóricamente secreto, pero conocido por los profesores que no tomaban medidas contra la sarcástica tradición, tolerada en la Academia, pero que en unidades normales habría supuesto un consejo de guerra porque la disciplina de la Academia no era clasista como la aplicada a los soldados. De modo que, entre ellos, los cadetes llamaban *Caruso* a un profesor que tenía la voz ronca; el *Masca* a otro que consideraban el «*Más c*… de todos» y el *Tanca*, a otro que era «*Tan c*… como el Masca».

El grueso de la enseñanza correspondía a las asignaturas militares, la instrucción de desfile, los ejercicios de combate, la Gimnasia y la Equitación, considerada esencial, como si todavía reinara

Napoleón III

. Los cadetes desconocían que su educación era una antigualla, mezcla de la primera guerra mundial, las campañas de Marruecos y la guerra civil. En cambio, la segunda guerra mundial no parecía haber aportado nada y las únicas menciones de los profesores eran ocasionales referencias a la eficacia alemana. El entrenamiento de Infantería, con interminables marchas y ejercicios de combate, daba paso a prácticas en un escuadrón de Caballería a caballo, donde hasta se cargaba al sable, como en la batalla de Ondurmán, y en una batería de cañones pasados de moda.

Muchos profesores empleaban una notable dureza, convencidos de que ésta era esencial para formar buenos oficiales. La carrera no resultaba fácil porque, aunque las asignaturas no eran difíciles en sí mismas, se dedicaba mucho tiempo a ejercicios militares, actos y revistas. Un rígido sistema de evaluación continua, con varios

exámenes mensuales, exigía aprobar los cursos completos y un solo suspenso en el examen de septiembre obligaba a repetir todo el año, incluidas las asignaturas ya aprobadas, la instrucción y las marchas.

Aprobados los dos cursos de la General, los cadetes eran nombrados alféreces y marchaban a las academias propias de sus respectivos cuerpos, donde recibían un pequeño sueldo, suficiente para sus necesidades. La mayoría pasaba a la Academia de Infantería de Toledo, donde recibían una dura formación, basada en los desfiles, los ejercicios de combate y las marchas. En Valladolid, donde estudiaba la Caballería, todo giraba en torno a la equitación y las nostalgias del pasado caballeresco. Distinto ambiente se respiraba en Segovia y Burgos, donde estaban situadas, respectivamente, las academias de Artillería e Ingenieros, en las que se tenía a gala el pasado científico de estas escuelas y los cadetes vivían en escuetas habitaciones dobles, en lugar de en naves. La nostalgia se hacía técnica en el convento de San Francisco de Segovia, donde estaban instalados los artilleros, que eran llamados «señor» por sus profesores y recibían una buena formación técnica, aunque con sus contenidos militares anticuados. Mientras los cadetes de Infantería se curtían en durísimas marchas y ejercicios de combate y los de Caballería se jugaban los huesos en interminables ejercicios hípicos, el gran riesgo de los artilleros e ingenieros era suspender alguno de los duros cursos de sus escuelas[29].

Finalizados los cuatro años de carrera, los cadetes estaban marcados por una sólida educación, cuartelera y señorial a la vez, cuyas señas de identidad les acompañarían toda la vida. El sistema de terror, basado en los arrestos, la evaluación continua, la posibilidad de repetir curso y la implacable vigilancia de los profesores, los habían convertido en oficiales disciplinados y entregados, leales admiradores de Franco, valientes ante los riesgos de su profesión y, aunque ellos mismos lo ignoraban, muy temerosos de sus superiores jerárquicos. Convencidos de pertenecer a una elite, al incorporarse a su primer destino chocaban con la cortedad del sueldo, que les obligaba a vivir en el seno de las instituciones militares para poder conservar el tipo de vida que consideraban propio.

Al terminar el bachillerato habían perdido el contacto con sus

compañeros de estudios. Cuando superaban la oposición y la carrera, habían pasado seis o siete años desvinculados del mundo civil. En consecuencia, lo desconocían y sólo se consideraban servidores de la patria. Difícilmente podían saber que servían de soporte a una dictadura. No habían recibido conocimientos civiles ni formación social y estaban encerrados en una concepción militar que desconocía todo lo relacionado con la guerra moderna. Eran personas entregadas, que se esforzaban en llevar adelante un Ejército sin medios y sin comprensión ante su esfuerzo.

A principio de los años cincuenta, la ruptura generacional ya era evidente en el cuerpo de oficiales. Los mandos superiores vivían anclados en sus recuerdos de la guerra civil y la mayor parte estaban mal preparados intelectual y técnicamente. Su condición de veteranos y salvadores de España les hacía sentirse por encima de sus jóvenes subordinados procedentes de la Academia General y despreciar a los alféreces de complemento que, por ser universitarios, resultaban sospechosos de tibieza política.

## MEJORAR CON MANO DURA

La guerra fría favorecía a Franco. Desde 1945, su régimen había buscado la cobertura del Vaticano. Alberto Martín Artajo, nombrado ministro de Exteriores, encabezaba un nutrido equipo de hombres vinculados a Acción Católica y a los jesuitas, cercanos a la corriente cristiano-demócrata que tanta importancia tendría en Italia, Alemania y Bélgica y serviría para contener el avance de los partidos comunistas europeos. Desde entonces, el régimen español inició una campaña exterior destinada a hacer olvidar su pasado fascista para resaltar sus componentes católicos y anticomunistas.

En 1848, ya se movía en Washington un círculo proespañol de católicos y conservadores norteamericanos, que iniciaron presiones para incluir a España en las ayudas del Plan Marshall y, el 30 de marzo, lograron una resolución favorable de la Cámara de Representantes. Sólo la presión directa del presidente Truman sobre el Comité Mixto del Congreso logró detener la iniciativa y el Gobierno norteamericano hizo saber al español que no sería incluido en el plan, aunque esta negativa ya era menos beligerante

que la postura de años anteriores.

La situación internacional ayudaba a los intereses de Madrid, que, en mayo, firmó acuerdos comerciales con Francia e Inglaterra. En junio, el bloqueo de Berlín intensificó el anticomunismo norteamericano que los partidarios de Franco aprovecharon para insistir en sus presiones.

Truman y su Gobierno no mostraban simpatía por el franquismo. Sin embargo, los intereses estratégicos norteamericanos buscaban nuevos aliados contra la URSS y España interesaba a la Marina y la Fuerza Aérea como plataforma para instalar bases y dominar el estrecho de Gibraltar. El 30 de septiembre visitó España una misión militar americana, encabezada por Chan Gurney, presidente del Comité militar del Senado, que se entrevistó con Franco y, al regresar a Washington, recomendó la inclusión de España en el Plan Marshall, la ONU y la ayuda militar. Por su parte, la Junta de Estados Mayores redactó un memorándum al secretario de Defensa recomendando fortalecer la capacidad militar de España, con el fin de contar con ella en caso de guerra con la Unión Soviética.

El régimen se consolidaba en el mundillo diplomático, alejándose las posibilidades de una restauración monárquica. Por ambas partes se tendieron puentes para mejorar las relaciones entre el Gobierno de Madrid y el pretendiente a la corona española, hasta que, el 25 de agosto y en aguas del Cantábrico, Juan de Borbón y Franco se entrevistaron por primera vez a bordo del *Azor*. Como las conspiraciones monárquicas y las presiones internacionales no habían arruinado al régimen, los antiguos adversarios llegaron a un cierto acuerdo, según el cual los hijos varones del pretendiente, Juan Carlos y Alfonso de Borbón, se educarían en España, sin ningún título oficial ni un futuro político asegurado. En consecuencia, el 7 de noviembre, llegó a Madrid, en el expreso de Lisboa, un niño de 10 años llamado Juan Carlos de Borbón, acontecimiento que suscitó una gozosa información de *ABC* y ninguna reacción emocional en el Ejército. El grueso de la oficialidad leyó la noticia con cierta curiosidad y total confianza en los designios de Franco.

Nada había cambiado aunque, la pasada primavera[30], se hubiera levantado oficialmente el estado de guerra proclamado por la Junta de Defensa Nacional en julio de 1936. España había pasado

doce años bajo la excepcionalidad jurídica y, cuando ésta se levantó, todo siguió igual porque el Gobierno no aflojó su presión y los delitos políticos continuaron sujetos a la jurisdicción militar. En la época en que Juan Carlos de Borbón llegó a Madrid se celebraron dos consejos de guerra, que pasaron desapercibidos. Uno impuso un año de prisión a la condesa de Valencia por hacer propaganda monárquica clandestina; el otro sentenció a cuatro años al comandante de intendencia Pablo de Andrade, ayudante del general Aranda, por secundar los enredos de su jefe[31].

Los monárquicos ya no constituían un peligro y tampoco los maquis, que habían sido quebrantados en su larga lucha contra la Guardia Civil. Aquel mismo octubre, una reunión de cuadros comunistas decidió abandonar la lucha guerrillera que se revelaba una sangría inútil. Los comunistas preferían cambiar de rumbo e infiltrarse en los sindicatos oficiales para luchar en otros terrenos.

## ENTRE EL ENTUSIASMO Y EL ATRASO

El Ejército era el principal apoyo del sistema político, en gran detrimento de su capacidad profesional a causa del excesivo número de oficiales y el aislamiento internacional, que impedía los contactos con otros militares extranjeros y la asistencia a cursos y centros de formación extranjeros. Gran parte de la oficialidad, aunque presumía de espíritu militar, ignoraba los mínimos avances técnicos desarrollados en el extranjero. La cultura militar española estaba congelada en la guerra de Marruecos y la guerra civil, sin adelantar por falta de medios y de información.

Una institución tan cualificada como el Estado Mayor tampoco estaba a la altura que habría sido razonable. Su Escuela fue reorganizada en 1939, concediéndose el diploma a oficiales como García-Valiño y Díez Alegría, cuyos estudios había interrumpido la guerra. Simultáneamente ingresó la primera promoción para una formación de dos años. En 1940[32] se amplió el plan de estudios a un año más de prácticas, aunque la primera promoción siguió su curso normal y recibió el diploma en diciembre de 1941. Figuraban en ella cuatro nombres que, años más tarde, serían relevantes: Gutiérrez Mellado, De Santiago, Coloma-Gallegos y González

Vidaurreta[33].

La Escuela exigió a sus alumnos un serio esfuerzo y formó oficiales muy trabajadores, aunque bajo la férrea ideología franquista; la carencia de información exterior y el sometimiento a muchos generales anticuados limitaron seriamente la amplitud de su campo de vista. A pesar de contar con mejor formación profesional que sus compañeros, no constituyeron una elite capaz de mejorar el pensamiento militar, sino un obediente colegio, que se quemaba las pestañas por hacer posibles las órdenes de sus anticuados generales.

Los alumnos eran tenientes y capitanes de las cuatro armas combatientes[34]; quedaban excluidos de ser alumnos los oficiales de la Guardia Civil, cuyo Estado Mayor estaba formado por militares ajenos a la Benemérita. En poco tiempo, la mayoría del alumnado procedió de la General, cuyo nivel académico era mejor y, en 1950[35], fueron alargados los estudios, que se configuraron en la oposición de ingreso, 3 cursos y otro de prácticas, plan que se mantuvo hasta 1965.

Las academias militares españolas no proporcionaban una buena formación técnica pero configuraban la mentalidad de sus alumnos. Los cuatros años de formación interna dejaban una marca tan profunda que, mucho después, cuando se reunían los compañeros de promoción, su tema de conversación preferido eran las anécdotas de la Academia, mil veces repetidas y celebradas.

Los cadetes eran educados en los valores del honor, el valor y la palabra, en la convicción de que la profesión militar estaba muy por encima de cualquier otra. Quienes marchaban a Marruecos o algunas tropas de montaña sentían realizada su vocación militar. Los destinados a regimientos normales, que eran la mayoría, pronto padecían el choque de sus entusiasmos de recién salido con la inercia cuartelera, con sus tediosos servicios, mientras la técnica militar era despreciada.

La mayor parte de los soldados estaba ocupada en trabajos del cuartel o interminables guardias, de modo que el joven teniente apenas tenía con quien hacer unos ejercicios que resultaban poco gratificantes con aquel armamento y aquel material, propios de un museo. Prácticamente se carecía de automóviles y cuando, ocasionalmente, se organizaba un convoy de vehículos militares,

muchos de ellos no terminaban el viaje y se quedaban averiados en las cunetas. La Artillería de campaña contaba todavía con los antiguos cañoncitos de 75 mm de origen francés, reglamentarios desde la guerra de Marruecos; gran parte de los cañones contracarro resultaba inútil[36]. Las transmisiones se basaban en teléfonos anticuados, alguna radio Marconi construida sobre modelos del III Reich y medios ópticos de la guerra del 14; el modelo de camilla databa de la guerra de Cuba y todo lo demás estaba en consonancia. La principal preocupación de un joven teniente en un ejercicio de tiro era que las ametralladoras no se le encasquillaran; todo lo demás resultaba secundario.

Cuando los recién salidos entraban en contacto con sus superiores, que habían hecho la guerra civil, se exponían a cualquier bronca y padecían el tormento de sus frases sacramentales. Si echaban en falta cualquier material imprescindible, el superior se los quitaba de encima y cuando algo salía mal, el anatema resultaba inmediato: «¿Qué le enseñaron a usted en la Academia?». De modo que los ilusionados tenientes no tenían más remedio que adaptarse a una realidad en trance de momificación.

Seis años después de volver a fundar la General se reglamentó la formación de suboficiales, que interesaban muy poco a Franco y a sus generales. En 1948[37] se ordenó organizar cursos para formar sargentos en las Escuelas de Aplicación y crear academias regionales para cabos y cabos primeros, invento este último del que se abusó durante años.

Los cabos primeros desempeñaban los mismos cometidos que los sargentos, pero no eran suboficiales, sino tropa, y cobraban un sueldo miserable. Muchos de ellos se licenciaban con su quinta, pero otros probaban fortuna en el Ejército y solicitaban el reenganche, que debían renovar periódicamente y que podía serles negado sin explicaciones. Atrapados entre la miseria y la esperanza, se convirtieron en un colectivo mal pagado y peor tratado, que arrastraba su situación durante años, en espera de alcanzar, algún día, los galones de sargento, que suponían la estabilidad profesional. Mientras tanto, eran odiados por la tropa ante la que se esforzaban en demostrar su precaria autoridad[38]. La política dominante fue mantener gran número de ellos, con el fin de

ahorrarse los sueldos de los sargentos y evitar el crecimiento del cuerpo de suboficiales.

## LAS DESGRACIAS DE LA TÉCNICA

La desconfianza hacia los sargentos se ampliaba hacia todos los profesionales de poca graduación, porque antes de la guerra numerosos suboficiales, armeros, herradores, músicos, telegrafistas, mecánicos y similares eran republicanos. Aunque existiera escaso material moderno, los especialistas resultaban imprescindibles y, en 1949[39] se anunció la posibilidad de ingresar voluntario en automovilismo por un período de cuatro años, que permitiría a los jóvenes formarse en el Ejército como especialistas. La oferta parecía tentadora en aquella España sin trabajo; el primer año ingresaron 650 muchachos y en la convocatoria siguiente 1026. El sistema pareció dar resultado hasta que los voluntarios se desengañaron y explicaron sus experiencias a los amigos. Los trataban tan mal como a los soldados, cobraban una insignificante gratificación y perdían cuatro años de su vida en aprender a conducir camiones. La cifra de voluntarios descendió vertiginosamente hasta llegar a sólo 143 en 1962, cuando el sistema cayó prácticamente en desuso.

Un intento paralelo suprimió muchas de las escuelas de Formación Profesional que mantenía el servicio de Automovilismo: chapistas-forjadores en Barcelona, maquinistas en Bilbao y montadores en Carabanchel, y las situadas en las diversas Bases Regionales, concentrándolas en dos escuelas situadas en Carabanchel y Villaverde. En el curso 1950-1951 se unificaron en una sola, que pretendía formar obreros para el automovilismo militar. En este caso también resultó evidente la mala comprensión de la vida real. Los alumnos recibían una buena formación durante tres años, en régimen de internado militar, y no estaban dispuestos a convertirse en obreros mal pagados. Muchos de ellos opositaron al grado de oficial especialista[40] y la misma Escuela organizó un curso para ayudarles a superar la oposición.

El aislamiento internacional convertía las cuestiones técnicas en un drama porque no existían radios de campaña, las piezas de los

camiones estaban sujetas con alambres y muchas ametralladoras se atascaban continuamente. Los conceptos estaban igualmente anticuados, un guión de las academias militares consideraba a los acorazados el principal elemento de las escuadras, como si no existieran los portaaviones, y algunos oficiales todavía hablaban de los carros-macho y los carros-hembra, definiciones arqueológicas en la técnica militar[41]. Era difícil encontrar a alguien que tuviera una correcta información sobre los materiales utilizados en los principales Ejércitos extranjeros, porque aquí seguían utilizándose los de la guerra civil, remozados con algunas patentes compradas al III Reich y adaptaciones de otras armas hechas en las fábricas españolas de armamento.

Éstas habían hecho un gran esfuerzo. Durante los años cuarenta construyeron cañones de costa, luego los cañones contracarro de 60/50 milímetros en Plasencia de las Armas. La Sociedad Española de Construcción Naval y la fábrica de Plasencia construyeron numerosas piezas de artillería, el cañón de campaña de 75/22, el obús de 105/26

R-50

y el mortero de 240 mm. En Trubia se construyeron los cañones de 122/46 y de 150/55, y el obús de 149/24 en colaboración con Sevilla. Se fabricó el antiaéreo de 88,56, réplica del célebre 8,8 alemán y, en Oviedo el automático de 20 mm O. K.M., copiado del Oerlikon de la guerra civil. Cuando los norteamericanos y británicos habían desarrollado el radar y sofisticados sistemas electrónicos, en España se construyeron atrasadas direcciones de tipo antiaéreo Arenco, modelo 50 y Costilla, hasta llegar a una electrónica Super Hedermaus, fabricada por Marconi, que tampoco dio resultado.

Combinaciones y adaptaciones de otras armas habían conducido hasta la ametralladora Alfa, construida en Oviedo, cuyo primer modelo de 1955 resultó un desastre y el segundo de 1959 mejoró seriamente. A pesar de todo, a principios de los años cincuenta, todavía estaban en servicio unidades de ametralladoras Hotchkiss, venerables máquinas francesas que habían hecho la guerra ruso-japonesa, la de Marruecos y la civil. La misma fábrica reprodujo, casi exactamente, el fusil ametrallador checo ZB, con el nombre de FAO. Muchos subfusiles o metralletas eran versiones españolas del MP ERMA, que dejó de fabricarse en Alemania en 1938, y existían

escasos del más moderno Star
Z-45
, versión del germano
MP-40
. Junto a las granadas de mano españolas P0 I/II, de Plásticas Oramil, se contaba con numerosas Breda italianas de la guerra civil, que sólo hacían ruido. De la misma época eran las ametralladoras antiaéreas Breda y Oerlikon y muchos morteros Valero de 81 mm en servicio. En Plasencia de las Armas se fabricaban el cañón de Infantería de 75/13 y diversos morteros: un tipo 50 mm de 1959 que se averiaba continuamente; otro de 60 mm diseñado en 1951 que nunca fue distribuido; dos modelos de 81 mm de los años 1951 y 1959, que funcionaban bien, pero no llegaron a todas las unidades, y un aparatoso modelo de 120 mm de 1951 y complicado manejo.

Todo este arsenal prestaba desiguales rendimientos; había sido fabricado y distribuido con las deficiencias debidas a la falta de dinero y algunos regimientos contaban con auténtica chatarra. Sin embargo, el armamento básico de la Infantería descansaba en tres buenas armas, no distribuidas a todo el Ejército: el mosquetón Mauser modelo 1941 de 7,92 mm, derivado del Gewehr 98 alemán; el subfusil Star
Z-54
, basado en el alemán
MP-40
, y el fusil ametrallador FAO copia del checo ZB.

El Ejército estaba dotado para enfrentarse a una revuelta interior, pero no podía intervenir en un conflicto internacional. Aunque no lo dijera públicamente, a Franco tampoco le interesaba otra cosa y sólo deseaba una organización que lo sostuviera en el poder. Su modelo militar era el aparato guerrero de la guerra civil, capaz de dominar al «enemigo interior». Sólo eso le preocupaba. Prefería mantener un poder militar anticuado, sometido y obsesionado con los rojos españoles. Para Franco y sus militares, el 18 de julio de 1936 fue siempre el momento estelar del Ejército, cuya misión principal era evitar que el enemigo derrotado levantara cabeza.

A finales de 1948 una pequeña novedad pasó inadvertida. Por

los misteriosos caminos del contrabando de armas, España adquirió 36 vehículos como si fueran tractores agrícolas canadienses. Se trataba de camiones blindados británicos
C-15TA
, fabricados por la General Motors of Canada Ld. en 1943. Aunque su principal aplicación era la Infantería blindada, con el nombre de *Trumphy*, fueron utilizados como tractores de artillería y entregados al Regimiento de Artillería a Caballo[42]. En el Desfile de la Victoria de 1949, fueron anunciados como blindados de reconocimiento construidos en Eibar.

## AMERICANOS EN EL FERROL

El aislamiento internacional no parecía preocupar a Franco. Su más íntimo colaborador, Carrero Blanco, siempre mostró preocupaciones estratégicas[43] y, durante la segunda guerra mundial, publicó numerosos artículos en la revista *Mundo*. El generalísimo, en cambio, era un personaje de visión interior, que desconocía el extranjero. No sentía que el aislamiento internacional pusiera en peligro su régimen, hasta el extremo de que, el 14 de febrero de 1949, Culbertson, encargado de negocios norteamericano en Madrid, comentó a su secretario de Estado que Franco se sentía seguro con el apoyo del Ejército, la Iglesia y la Falange y que sólo deseaba el retorno de los embajadores por motivos de prestigio.

La acción diplomática contra Franco se había revelado inútil y la política norteamericana oscilaba entre hechos contradictorios: no fue autorizado un pedido de motores de aviación, pero el Chase Manhattan Bank concedió a España un préstamo de 25 millones de dólares para compras en Estados Unidos. El 4 de abril se firmó el Pacto Atlántico, que institucionalizaba la OTAN. Franco se sintió marginado y se dolió al periodista norteamericano Kalterborn, comentándole que la Alianza sin España era «una tortilla sin huevos». Dada la procacidad del lenguaje del régimen, desconocemos si la afirmación tenía un doble sentido, sin embargo, el 12 de mayo, Churchill reivindicó en los Comunes la necesidad de incluir a España en la OTAN. Y los indicios de deshielo continuaron

hasta que, cinco días más tarde, varios estados latinoamericanos propusieron a la Asamblea General de las Naciones Unidas la reanudación de las relaciones diplomáticas con España. La iniciativa no alcanzó la mayoría necesaria.

La existencia de la OTAN influía en la posición estratégica española, de modo que fue preciso reorganizar el Ejército porque el despliegue de Varela se había pasado de moda. Franco participó, por su cuenta, en la guerra fría y las tropas fueron reorganizadas en los Pirineos y en Marruecos, con el fin de cubrir el territorio por el Norte y el Sur. Cerca de la frontera francesa se crearon 4 Agrupaciones Mixtas de Montaña, sitas en Figueras, Seo de Urgel, Huesca y Pamplona, 2 nuevos batallones de cañones contracarros, 3 regimientos de Ingenieros y fue motorizado el batallón ciclista. Los 2 cuerpos del Ejército de Marruecos se transformaron en comandancias generales[44], suprimiéndose 2 grupos de Regulares para crear el IV Tercio de la Legión, 3 regimientos de Artillería, el batallón de Infantería de Sidi Ifni y el regimiento mixto de Ingenieros de Canarias.

La reforma se basaba en la hipótesis de que, si los Ejércitos soviéticos invadían Europa, arrollaban a las fuerzas de la OTAN y llegaban a los Pirineos, el Ejército español podía detenerlos aprovechando la cadena montañosa. El planteamiento no podía ser más imaginativo porque, si los rusos derrotaban a los aliados, difícilmente podría detenerlos España, aunque sus tropas se parapetaran en las montañas. En primer lugar, el enemigo podía cortar la retaguardia de la defensa mediante desembarcos aéreos en las llanuras aragonesas y no quedaba claro qué tipo de guerra podía llevar a cabo el Ejército español en su actual estado de penuria. Había fabricado bastantes armas ligeras y artillería, sin embargo carecía de material acorazado y camiones. Para ahorrar gasolina y averías, apenas se utilizaba el material rodante, de modo que los ejercicios y desplazamientos de tropas se hacían a pie y los transportes en ferrocarril, siempre que fuera posible. Los carros tirados por mulas se usaban para llevar diariamente la comida a los pequeños destacamentos y a las guardias alejadas, y para las reposiciones de los almacenes y los suministros de las cocinas. Sólo el ímprobo trabajo de los mecánicos lograba que los veteranos carros de combate recorrieran un par de kilómetros y el jefe de

cualquier pequeña caravana de camiones militares sabía que algunos de ellos quedarían averiados en el camino.

Mientras tanto, el Departamento de Estado norteamericano, dirigido por Dean Acheson, mantenía la cautela respecto a España mientras Louis A. Johnson, secretario de Defensa, era más sensible a las presiones de la US Navy, ansiosa por establecer bases en España. Como desde la condena de la ONU estaban retirados los embajadores, Franco había enviado a Washington a José Félix de Lequerica, con un sinuoso nombramiento de inspector de embajadas, que disfrazaba su verdadero papel de embajador español en Estados Unidos. Lequerica se hizo un hueco en los ambientes republicanos más conservadores donde se presentó como un animoso anticomunista y trabó amistad con el terrible senador por Wisconsin Joseph McCarthy y con Patrick McCarran, presidente de la comisión de Consignaciones del Senado, dos descendientes de irlandeses a quienes su anticomunismo hizo confiar en el antiguo fascista, negociador del armisticio franco-alemán de 1940 y después embajador de Franco en Vichy, donde colaboró con la Gestapo.

Las presiones de la US Navy para conseguir bases en España sobrepasaron los límites de la disciplina debida a su Gobierno. En febrero de 1948, el almirante Foster P. Sherman viajó a Madrid para visitar a su hija, que vivía en la capital donde estaba destinado su marido, y aprovechó la ocasión para conocer a Carrero Blanco, con el que simpatizó, convirtiéndose en un acérrimo defensor de las relaciones con España. Desde entonces, un poderoso grupo de almirantes insistió en la política proespañola hasta el extremo de que, el 3 de septiembre de 1949, sin conocimiento del secretario de Estado, Dean Acheson, el almirante Richard A. Connally, comandante de la Flota del Atlántico oriental y el Mediterráneo, recaló con sus buques en El Ferrol, que entonces se llamaba «del Caudillo», a quien el almirante visitó en el Pazo de Meirás.

## La última aventura de Aranda

Esta situación no favorecía a los partidarios de Juan de Borbón, cuyas posibilidades eran cada vez menores, ya que los monárquicos

se acercaban al régimen a medida que éste se consolidaba. No obstante, el general Aranda continuaba con sus trabajos, cada vez más aislado de la realidad y peor mirado por los altos mandos franquistas. En junio de 1949 redactó un documento, dirigido a los jefes y oficiales, que no logró difundir. Luego intentó en vano implicar a Solchaga y Varela en un golpe de Estado que restaurase la Monarquía.

Franco decidió entonces acabar con los manejos del general y, el 16 de julio, promulgó una ley que permitía pasar a la reserva a los generales que habían sido «saltados» en el ascenso por el diez por ciento de su escalafón. La República había contado con una ley parecida y Azaña salvó a Franco en último extremo[45], pero Franco no era Azaña y el 7 de agosto un decreto pasó a la reserva a Aranda y al general monárquico Gil de Arévalo. Los hechos fueron conocidos en toda España y suscitaron numerosos comentarios en el Ejército, porque Aranda era un general muy prestigioso, hombre clave de la defensa de Oviedo en 1936 y jefe del Cuerpo de Ejército de Galicia al final de la guerra. Aun nadie se escandalizó ni protestó, aceptándose la decisión de Franco. Los militares comentaron que lo habían expulsado por masón y se afirmaba que el mismo general había reconocido el hecho. Se trataba de una falsedad porque Aranda jamás perteneció a la organización. En octubre de 1933, en plena crecida de la masonería, solicitó el ingreso en la logia madrileña Concordia, que rechazó su petición. Tras su pase a la reserva no volvió al servicio activo y fue discretamente vigilado durante el resto de su vida. El rey Juan Carlos I, inmediatamente después de subir al trono, reconoció su dedicación a la causa monárquica, lo rehabilitó y ascendió a teniente general. Aranda no pudo saberlo porque estaba ingresado, inconsciente, en el hospital donde murió pocos días después.

# Capítulo VIII

# Marruecos, mundo aparte

## Amistad hispanoárabe y relaciones coloniales

Aquel año, el régimen obtuvo un triunfo propagandístico cuando el rey Abdullah de Jordania anunció su intención de visitar España. Tres años antes había sido nombrado rey de Transjordania, que no significaba nada para España, de modo que la prensa opinó poco, pero libremente, sobre él, aplicándole algunos juicios muy poco favorables, acusándole incluso de atender más a la poesía que a la guerra. Gracias al apoyo británico, en 1949 se anexionó la Palestina árabe, formó el reino de Jordania y cuando anunció su visita a Madrid, la prensa española, ahora dirigida, invirtió sus antiguos argumentos para ensalzar su figura, llamándole «el rey poeta». Su estancia en España fue magnificada porque era el primer jefe de Estado que visitaba el país después de la guerra civil.

Se pulieron para la ocasión todos los tópicos acerca de la «tradicional amistad hispanoárabe[1]» y de la «historia común entre pueblos hermanos». Tales afirmaciones podían matizarse al contemplar el protectorado de Marruecos, principal punto de contacto entre la administración española y el mundo islámico. En la guerra contra los marroquíes, que duró desde 1911 a 1927, Franco y los suyos habían cimentado su carrera militar[2], al generalísimo siempre se le llenó la boca al hablar de su época

africana, aunque su nostalgia no pasó de ahí, pues no regresó jamás a Marruecos desde que abandonó Ceuta en agosto de 1936. Tuvo, eso sí, una guardia personal de soldados marroquíes, la Guardia Mora, que lo enmarcaba exóticamente como a un emperador antiguo, y el régimen utilizó cuanto pudo la imagen proislámica del protectorado hasta el extremo de que durante el verano de 1946 invitó al Jalifa a visitar Madrid para que la imagen de aproximación al mundo islámico sirviera para contrarrestar la campaña exterior en contra del régimen.

La visión del franquismo respecto a Marruecos fue preferentemente militar[3], aunque nada justificaba mantener un Ejército colonial tan numeroso que, en 1952, costaba 733 millones de pesetas mientras se dedicaban 71 a la educación y 4 a las obras públicas[4] del Protectorado. En 1942, la antigua *Revista de Tropas Coloniales*, fundada en 1924, reapareció con el nombre de *África*[5]; en cambio, las iniciativas civiles llegaron retrasadas y hasta 1946 no apareció *Cuadernos de Estudios Africanos y Orientales*, del Instituto de Estudios Políticos, y hasta 1947 no comenzó a publicarse la revista semestral *Archivos del Instituto de Estudios Africanos*, del Instituto de Estudios Africanos, dependiente del Consejo Superior de Investigaciones Científicas. Los dos únicos institutos culturales fundados en el protectorado, llamados uno Muley el Mehdi y otro General Franco, fueron incapaces de desarrollar las tareas para las que habían sido establecidos: desarrollar la cultura autóctona y estrechar los lazos hispano-marroquíes.

El cine fue una clara expresión del interés oficial por Marruecos. En 1941 y 1942 se estrenaron dos películas de ambiente militarista africano, grato a los ganadores de la guerra civil: *Harka*, de Carlos Arévalo, y *¡A mí la Legión!*, de Juan de Orduña. La guerra mundial y los problemas políticos internos borraron el interés del franquismo por la colonia y la siguiente película sobre Marruecos, llamada *Alhucemas*, no comenzó a rodarse hasta 1947. Y con ella se acabó el cine de tema marroquí. Únicamente en 1952, *La llamada de África* de César Fernández Ardavín intentó vanamente resucitar el tema, esta vez localizando la acción en el Sáhara.

Mientras Madrid parecía ignorarlos, españoles y marroquíes vivían en Marruecos como pueblos separados. Los naturales no entraban en los principales casinos y sociedades españoles, ni los

europeos frecuentaban los míseros cafetines y sólo mantenían frías relaciones oficiales con los indígenas notables. La relación con los marroquíes se desarrollaba en un marco racista y paternalista que procuraba mantener las diferencias sin permitir alborotos, de modo que cuando, ocasionalmente, unos militares recién llegados o demasiado bebidos ofendían las costumbres locales, la autoridad española solía castigarlos, independientemente de su graduación.

En Marruecos alcanzó la vida militar su mayor capacidad para vivir alejada de los valores de la sociedad moderna, donde el capitalismo imponía sus normas. En África se cobraba un sueldo mayor y la vida era más barata; sin embargo, escasos militares regresaban de allí con dinero ahorrado. Seguían las costumbres de la sociedad colonial y como la diferencia de sueldo no era aparatosa se gastaban gran parte de la paga en la vida de sociedad y el resto lo dilapidaban en la Península durante los permisos anuales. En el protectorado no era importante tener dinero, sino mandar una unidad prestigiosa, disponer de varios indígenas para el servicio doméstico y frecuentar el casino.

## LAS FUERZAS INDÍGENAS

En Marruecos existían tres tipos de milicia con oficialidad española y tropa marroquí. La Mejaznía, que era una policía rural, las Melhal,las Xerifianas o Ejército del Jalifa y las Fuerzas Regulares Indígenas, pertenecientes al Ejército español con una organización peculiar, que no contaba con fuerzas de Artillería o Ingenieros, como era corriente en otros Ejércitos. Aquí, las unidades técnicas eran siempre de soldados peninsulares y los marroquíes quedaban reducidos a la pura carne de cañón, en Infantería y Caballería.

Su modo de vida resultaba peculiar; vestían un uniforme color garbanzo, con turbante para los musulmanes, *tarbus* rojo para los europeos y gorra con plato también roja para los oficiales españoles, que eran auxiliados por una escala especial de «oficiales moros», muy numerosa desde los ascensos por méritos durante la guerra civil. La mayoría de estos «oficiales moros» ostentaba el grado de alférez o teniente, con algún capitán aislado, que nunca recibía funciones de mando. Los oficiales indígenas eran tratados

consideradamente y percibían un sueldo que, en su ambiente, representaba una fortuna; en cambio, no tenían acceso a la sala de oficiales y contaban con su propio lugar de reunión.

Entre los sargentos eran muy numerosos los marroquíes porque resultaban imprescindibles para gobernar la tropa que, en ocasiones, sólo hablaba *shelja*, dialecto del Rif, o árabe, que sólo conocían algunos mandos muy vinculados a las fuerzas indígenas. Los «sargentos moros» no pertenecían al cuerpo de suboficiales, sino a la tropa, y carecían de las prebendas de sus compañeros europeos, de cuya sala de descanso tampoco podían beneficiarse. Eran leales a sus superiores europeos y servían de ayuda inestimable a tenientes novatos, que necesitaban mandar sobre unos hombres cuya mentalidad desconocían, que los tuteaban y decían que «el tiniente no saber manera» cuando demostraban ignorar las peculiares reglas de disciplina y la distinta forma de tratar a los indígenas, que se combinaba con el respeto a su religión y costumbres, hasta el extremo de que los soldados marroquíes no recibían la lata de carne de cerdo del rancho de mochila, no comían rancho con los soldados españoles y raramente utilizaban tiendas de campaña para su estancia en el campo, porque construían rápidamente un campamento de barracas.

Quienes mejor conocían a los regulares eran los oficiales pertenecientes a antiguas familias colonialistas, cuyos padres ya habían mandado tropas indígenas. Hablaban *shelja*, tomaban el té con ellos y cuando acudían a las bodas de las hijas de sargentos y cabos veteranos, se desplazaban hasta el aduar con toda su familia y amigos en un camión del Ejército.

Los soldados indígenas cobraban un sueldo, sólo dormían en el cuartel cuando estaban de servicio y, terminadas sus tareas, regresaban a su casa a pie aunque ésta estuviera en un aduar alejado. El rancho sólo se cocinaba para los españoles, los marroquíes se organizaban en grupos para preparar la comida o el té, tanto en el cuartel como en el campo. Como sus nombres acumulaban el del padre y el abuelo, con frecuentes repeticiones, los mandos españoles tenían dificultades para identificarlos, de modo que llamaban a cada soldado por su número de filiación. El primer acto a que se sometía un recluta era hacerse una fotografía con una tabla bajo la barbilla en la que figuraba su nombre de

filiación escrito con tiza.

Las compañías de fusiles estaban formadas totalmente por soldados indígenas, con dos o tres españoles para la administración. En cambio, las compañías de armas pesadas contaban con numerosos españoles, que se encargaban de tareas consideradas más técnicas, como eran las de tirador, apuntador o telemetrista, mientras los marroquíes transportaban la munición o demostraban su habilidad en el cuidado de los tercos mulos militares.

La naturaleza colonial de los Regulares ofrecía un especial género de vida, sobre todo cuando estaban fuera de Tetuán, Ceuta o Melilla, donde vivía la mayor parte de españoles. En las poblaciones del interior, los mandos de Regulares integraban junto a algún médico, maestro o misionero, la totalidad de la población europea, y sus cuarteles, casinos y residencias[6] constituían sus únicos lugares de reunión. Incluso las viviendas alquilables para las familias de oficiales jóvenes eran «casas morunas», como se decía en la jerga corriente. Los jefes conseguían viviendas mucho mejores y el coronel solía disponer de una buena residencia, servida por soldados indígenas en funciones de cocineros y asistentes.

La economía de los cuerpos de Regulares seguía también sus reglas propias. Cada grupo contaba con asignaciones económicas para atender directamente a todas las necesidades de sus hombres, de manera que procuraba aplicarse al antiguo truco militar de justificar más soldados de los que había en filas. Por cada hombre justificado falsamente, la contabilidad paralela del grupo ingresaba su sueldo y los gastos de su vestuario y equipo, cuyos importes se anotaban cuidadosamente en el libro del «fondo P», que controlaban los mandos administrativos y la junta económica del cuerpo. No se trataba de robar o de defraudar al Estado, sino de aportar fondos de modo irregular, ya que éstos no se recibían regularmente. Los cuerpos españoles recurrían a la misma malversación, ahorrándose el dinero del rancho de la tropa que estaba de permiso. En Regulares, la medida era más radical porque se financiaban soldados inexistentes, cuyos haberes oficiales eran mucho más elevados. La trampa era universalmente conocida, pero ningún general la prohibía porque él mismo la había practicado cuando era coronel y aquellos dineros no iban a parar a bolsillos particulares sino a las atenciones del regimiento.

A pesar de todo, se guardaban las formas y, periódicamente, se celebraba una «revista de comisario de presente». Es decir, que el grupo completo debía formar con todos sus hombres y ganado para que un oficial del cuerpo de intervención los contara. El acto se celebraba el día 1 de un mes concreto y se anunciaba con tiempo suficiente. El «teniente coronel mayor», encargado de la administración, advertía del hecho a los capitanes de las respectivas compañías, que ya sabían cómo resolver el problema. El día anunciado para la revista, cada compañía tenía formados sus efectivos al completo y el interventor comprobaba una o dos formaciones elegidas al azar. La revista, como todas las ceremonias militares, terminaba con un desfile de los regulares a su paso cadencioso acompañado por las chirimías de la *nuba*. A nadie le extrañaba que algunos soldados desfilaran rematadamente mal, porque siempre había reclutas recién incorporados y en trance de aprender los usos de la profesión. Más extraño le habría resultado a un desconocedor de las costumbres que muchos de esos desmañados, una vez llegados al local donde se alojaba la *mía*, se desnudaran, entregaran el fusil y el uniforme a un sargento, vistieran raídas ropas civiles y se marcharon satisfechos, con unos duros recién ganados. Contratados sólo para pasar revista, se marchaban una vez terminada y, como habían pasado volando, los llamaban «moros aviadores».

## La singular Legión española

Menos numerosos que los regulares, los legionarios también vivían una historia peculiar. No seguían los mismos parámetros que la Légion Étrangère francesa, tomada inicialmente como modelo, entre otras razones porque, aunque contaba con extranjeros en sus filas, la mayor parte eran españoles.

Sus jefes los llamaban oficialmente «caballeros legionarios», vestían un uniforme especial y ponían el mayor empeño en distinguirse de las demás fuerzas. Mientras los Regulares desfilaban a un paso más lento que el normal en el Ejército, la Legión lo hacía mucho más aprisa y braceando exageradamente, precedida por una mascota, siempre un animal: una cabra, un jabalí o un borrego. Los

militares españoles iban completamente afeitados, excepto un pequeño bigotito en forma de cuadrilátero; los legionarios adornaban sus caras renegridas de sol con una hirsuta colección de barbas, bigotes y patillas, que les daban aspecto feroz. Por si fuera poco, gustaban vestir una camisa remangada y desabrochada para mostrar el vello del pecho y los tatuajes de los brazos, que, en aquella época, sólo exhibían en España las gentes del hampa.

Junto a cada uno de sus cuarteles se organizaba el «poblado legionario», formado por barracas o casas de mala construcción, habitadas por cantineros, prostitutas y familias de algunos legionarios casados. En el interior del cuartel existía un local llamado «hogar del legionario», donde el vino era barato y nadie se inquietaba ante el olor de la grifa. Durante las horas de asueto, la tropa prefería marcharse al poblado que, aunque estaba fuera del cuartel, formaba parte del mundo legionario; el oficial de vigilancia, con una patrulla, hacía las funciones de la Policía. En sus tugurios, los hombres se encontraban a gusto y requerían de amores a las profesionales, que también atendían a la oficialidad, que no desdeñaba visitar el poblado cuando ya el toque de retreta había encerrado a los hombres en el cuartel. El amor legionario tenía horarios estrictos para los mandos y la tropa, pero las prostitutas eran las mismas.

La mayor parte de los oficiales de la Legión eran de carrera, pero también existía una escala procedente de tropa, con un duro historial de heridas, ascensos por méritos de guerra y años de servicio. Los mandos no presentaban la tosca y salvaje apariencia de su tropa; aunque copiaban algunas costumbres, como la camisa abierta, incluso durante los combates, vestían unas aristocráticas botas de montar y un reluciente par de guantes blancos con manoplas. En la lucha debían demostrar tanto valor como sus hombres, que hacían gala de su heroísmo suicida, y en muchos casos, mantenían la antigua y orgullosa costumbre de no tumbarse para esquivar las balas, permaneciendo de pie para demostrar su desprecio al peligro.

Los legionarios estaban sometidos a una disciplina feroz, mantenida a golpes y pelotones de castigo, que aceptaban con orgullo machista y que combinaban con una curiosa camaradería entre la tropa y los oficiales; estos últimos castigaban sin piedad las

faltas de disciplina, pero permitían conductas intolerables en los soldados normales, porque mandar sobre aquella gente requería cierta complicidad y un sólido liderazgo. Nadie castigaba a un legionario por jugar, emborracharse o fumar un canuto de grifa, especia entonces desconocida en España y muy abundante en Marruecos. Sólo si sus vicios dañaban el servicio, podía esperar un bárbaro castigo. Si cumplía bien con sus obligaciones legionarias, podía presumir ante su oficial de haber sido un delincuente antes de ingresar en el cuerpo, con la certeza de que sólo sería castigado por sus faltas militares. No importaba la vida anterior si cumplía con la mística de la disciplina y la entrega a la Legión, un código que prendía también en los oficiales, orgullosos de pertenecer a aquella fuerza. Por eso era especialmente denostada la deserción y las mismas patrullas de legionarios se encargaban de buscar a los fugitivos y capturarlos. Pero su vida era tan dura que los suicidios y las deserciones eran frecuentes, sobre todo hacia la frontera con el Marruecos francés, donde tampoco les esperaba mejor suerte. Las autoridades galas les daban a elegir entre ser devueltos a España o ingresar en la propia Légion Étrangère, único camino para aquellos desgraciados que, tras firmar un compromiso con los franceses, eran conducidos a Sidi-Bel-Abbès y, poco después, enviados a combatir en Indochina como *légionnaires deuxième classe*.

La Legión reclutaba todo tipo de desgraciados, hampones, marginados, aventureros y los sometía a su pintoresca moral, que no toleraba fallos militares y cerraba los ojos ante todo lo demás. Incluso la homosexualidad, que era estrictamente perseguida en el Ejército, se toleraba entre los legionarios, siempre que los amantes no fueran sorprendidos en pleno acto; tampoco era imposible que, en el aniversario de la fundación de la Legión, el jefe de un destacamento legionario pusiera en el patio unas cuantas botas de vino, media docena de prostitutas contratadas y cerrara los ojos.

Una mezcla de valor, machismo, disciplina, exhibicionismo, agresividad y espíritu tribal constituían la sensibilidad legionaria, siempre sometida a la tensión de una liturgia mezcla de lo militar y lo religioso. El cuerpo contaba con himnos propios, gritos de guerra, escoltaba algunas procesiones de la Semana Santa y cada semana celebraban la llamada «sabatina legionaria». Era ésta una estremecedora ceremonia de evocación a sus muertos, a quienes se

rendían los banderines legionarios mientras el cura rezaba un responso y sonaba una música fúnebre con tañidos de campanas. Luego, cantaban entusiasmados el Himno de la Legión y desfilaban briosamente, precedidos por su mascota. A continuación, si no estaban de servicio, deban rienda suelta a sus vicios, manías y mil modos de huir de su torturado pasado. Hasta el lunes.

# CAPÍTULO IX

# Mundo estancado

## PENSAR DENTRO DE UN ORDEN

Si la censura controlaba ya todas las expresiones de los españoles, con los militares era más estricta. Cuando un militar pretendía publicar debía presentar antes el original ante sus jefes, que procuraban que éste no llegara a la imprenta, aunque sólo fuera para evitarse problemas. En ciertos casos, los capitanes generales autorizaban a que algunos oficiales pudieran publicar sus originales sin pasar por la censura, aunque ateniéndose a las consecuencias.

Los altos mandos y los militares de confianza escribieron lo que desearon. El mismo Franco escribió el argumento de la película *Raza* y varios artículos con seudónimo en el diario *Arriba*, sobre sus persistentes manías sobre los masones[1]. Carrero Blanco colaboró ampliamente en la revista *Mundo* y publicó unos cuantos libros en editoriales oficiales. José Díaz de Villegas defendió el colonialismo moribundo con la firma de *Hispánicus*; otros generales publicaron sus memorias de guerra sin problemas mientras se mantuvieran en la ortodoxia. Alfredo Kindelán escribió, entre otros, *Mis cuadernos de guerra, Ejército y política*; sin embargo, su obra póstuma *La verdad de mis relaciones con Franco* no apareció hasta después de la muerte del dictador. Otro general intelectual, Carlos Martínez Campos, artillero, diplomado de Estado Mayor, licenciado en Derecho y

descendiente de monárquicos liberales, pudo publicar *España bélica, Las campañas del Pacífico y del Extremo Oriente, Ensayos y comentarios, Ayer*
*1892-1931*
y *Teoría de la guerra*, entre otros libros. Y fue académico de la Lengua y de la Historia[2].

El general de pluma más polémica fue Jorge Vigón, teórico del militarismo franquista, que en 1940 había reeditado su *Estampa de capitanes*. Militar culto, conservador y reaccionario, había pertenecido a Acción Española y volcó sus principales ideas en *El espíritu militar español, réplica a Alfredo de Vigny*, donde intentó rebatir *Servitude et grandeur militaires,* joya de la literatura militar escrita por Vigny, que sirvió como oficial a la Restauración borbónica en Francia, hasta que, decepcionado por la falta de guerras en las que ascender, guardó la espada y se dedicó a la literatura, donde cultivó varios géneros y se hizo famoso. Vigón, descontento del pesimismo conservador del escritor francés, lo atacó inspirándose en pensadores del nacionalismo católico, monárquico y militaristas, como Ernest Psichiari[3], y defendió simultáneamente la sublevación del 18 de julio y la disciplina posterior del Ejército franquista. Presentó el Siglo de Oro y el célebre verso de Calderón, ya citado, como compendio del «soldado católico» porque el militar no creyente le parecía deleznable. En libros posteriores, como *Hay un estilo militar de vida, Teoría del militarismo, Hombres* y *Mañana* se declaró a favor de una monarquía autoritaria, militarista y antiparlamentaria. Su mejor obra fue *Historia de la Artillería* y, en 1962, Franco le nombró ministro de Obras Públicas, porque gustaba confiar las carteras tecnológicas de sus gobiernos a técnicos del Ejército o la Armada que, entre 1938 y 1962, monopolizaron la cartera de Industria[4] y ocuparon Obras Públicas[5] varias veces. Hasta que los desplazaron los hombres del Opus Dei.

Si los generales escribían con facilidad, el trabajo se complicaba para los militares de categoría más baja, que debían ceñirse a cuestiones técnicas, como hacían López Muñiz y Fernando de Salas López. Sólo podían galopar por otros pagos las gentes de fiar. Así fueron autorizados a colaborar en *La codorniz* tres antiguos provisionales, que firmaban respectivamente como Dátile, Mingote

y Palomino. El satírico semanario, a pesar de su humor incómodo en ocasiones, estaba hecho por gentes del régimen y había sucedido a *La ametralladora*, un periódico de trinchera. Antonio Mingote no pasó de teniente porque pronto abandonó el Ejército para vivir de sus geniales chistes; en cambio Ángel Palomino simultaneó la profesión militar con la pertenencia al semanario, que ni siquiera abandonó cuando fue profesor de la Academia de Infantería. Finalmente dejó el servicio, dirigió un gran hotel y publicó numerosas obras de éxito, que lo consagraron como intelectual orgánico del franquismo más puro.

Los demás tuvieron que resignarse a no escribir, sobre todo los nuevos oficiales procedentes de la General, que no podían acreditar méritos pasados y sólo pudieron asomarse a las tres tribunas de *Ejército, Reconquista, revista del espíritu militar español* y *Pensamiento y Acción*, las dos últimas editadas por el Apostolado Castrense, una rama de la Acción Católica dedicada al Ejército y administrada por los capellanes militares.

El cine de tema militar pareció abandonar la guerra civil con *Botón de ancla*, de Ramón Torrado, que en 1947 presentó la cara simpática de la Armada. Al año siguiente, Ignacio F. Iquino rodó *El tambor del Bruch*, que, en pleno bloqueo, exaltó la defensa frente a la agresión extranjera. Más novedosa resultó *El Santuario no se rinde*, del antiguo cineasta republicano Arturo Ruiz Castillo, con Alfredo Mayo en el papel de republicano arrepentido. Fue estrenada en 1949 en el cine Callao de Madrid, en presencia de Camilo Alonso Vega, director general de la Guardia Civil, declarada de Interés Nacional y obtuvo el segundo premio del Sindicato Nacional del Espectáculo. Se trataba de una recompensa moral a la Guardia Civil, que, en la lucha contra los maquis, se había convertido en pilar del régimen y limpiado sus pecados políticos de 1936. Como también resultaba una alegoría de la España sitiada, el tema de la xenofobia y la resistencia patriótica fue retomado en 1950 por *Agustina de Aragón*, de Juan de Orduña.

## FORJA, ORGANIZACIÓN EN LA SOMBRA

El número de oficiales procedentes de la General era cada vez

mayor en el Ejército sin que se notara su presencia porque permanecían largos años como tenientes, sin poder de decisión y agobiados de trabajo y servicios. Escaseaban los sargentos y todos los capitanes eran antiguos provisionales, de modo que sobre ellos caían innumerables servicios y el peso de la instrucción de la tropa. Únicamente compartían sus numerosos servicios con los alféreces de complemento, universitarios que cumplían seis meses de su servicio militar y desaparecían sin haber trabado con el Ejército más que relaciones circunstanciales.

Tenientes profesionales y alféreces universitarios solían mantener buenas relaciones, pero cada cual guardaba su territorio y sus secretos. Los tenientes eran partidarios del régimen, mientras que muchos alféreces de complemento ya habían respirado en la Universidad los primeros aires de libertad y oposición política, aunque si la Policía los fichaba, ya no eran admitidos en la IPS. En general, no se atrevían a sincerarse con los tenientes y éstos ignoraban casi todo el movimiento opositor que, poco a poco, se desarrollaba en España. No profesaban el duro franquismo de sus superiores, que habían hecho la guerra, pero, aunque menos entusiastas, también eran franquistas. En cambio, los militares de más graduación nunca se fiaron de los efímeros oficiales de complemento, a pesar de que casi todos ellos procedían de familias bien situadas, dado que sólo el 3 por ciento de los universitarios pertenecía a la clase obrera[6].

En las ciudades con mucha guarnición, la carrera militar era todavía prestigiosa, además de barata, y bastantes muchachos intentaban ingresar en la Academia. Entre ellos cayó como una bomba un decreto[7] que, para la convocatoria de 1950, rebajaba las condiciones para presentarse a las oposiciones. Hasta entonces se requerían 17 años de edad y 7 cursos de bachillerato aprobados; el decreto impuso sólo 5 cursos de bachillerato y 16 años cumplidos dentro del año natural de la convocatoria. Chicos que estudiaban 5.º curso y tenían sólo 15 años pudieron presentarse al examen, de modo que los aspirantes a cadete pasaron de 1283 a 1979, muchos de los cuales no aprobaron las oposiciones por haber improvisado su preparación. En cambio, los hijos de los tenientes generales Muñoz Grandes y García-Valiño ingresaron en aquella convocatoria, sin provocar un escándalo en una sociedad acostumbrada a callarse.

La paternal maniobra les aseguraba un buen futuro profesional dado que, en un sistema regido por la estricta antigüedad, habían adelantado tres o cuatro promociones.

Mientras tanto, se producía un fenómeno que pasó desapercibido durante mucho tiempo. En el Colegio Preparatorio del Frente de Juventudes, destinado a los aspirantes a ingresar en la Academia General, el director, capitán Luis Pinilla, y el capellán, José María de Llanos, eran personas de enorme rectitud moral y entusiasmo, de ideas franquistas, aunque reivindicativas y antiburocráticas[8]. Su espíritu entusiasmó a algunos alumnos del colegio, donde se extendió la tesis de que el hombre tenía tres dimensiones: la política, la profesional y la religiosa. Igual que el Ejército y la Falange, el centro estaba organizado en escuadras, pero algunos alumnos, captados por el ideal de perfección, formaron otras escuadras llamadas «de forja», porque pretendían forjar hombres. Posteriormente, tomaron el nombre de Escuadras de Acción, destinadas a encuadrar y promover la formación moral y militar.

En octubre de 1949, durante unos ejercicios espirituales el padre Llanos mencionó la posibilidad de formar militares heroicos y célibes que, como los miembros de las antiguas órdenes militares, se consagraran al servicio de Dios a través del ejercicio de las armas. Como varios muchachos le manifestaron su deseo de tomar ese camino, el día de la Virgen del Pilar de 1949 hicieron votos de castidad, pobreza y obediencia el capitán Pinilla y ocho alumnos del colegio.

Así nacieron las llamadas Escuadras de Siembra, cuyos miembros renunciaban al matrimonio para entregarse a una nueva mística militar. El colegio se articuló en tres niveles, formados por las respectivas escuadras de Acción, Forja y Siembra, estructuradas secretamente, de manera que cada nivel desconocía la composición de la escuadra superior. Durante el verano de 1950, se celebró una reunión en el campamento que el Frente de Juventudes tenía en Covaleda (Soria) a la que asistieron los alumnos del colegio —algunos de ellos que ya eran cadetes— y se decidió que las Escuadras de Acción pasaran a llamarse Movimiento Revolucionario Militar (MRM).

La primera asamblea de Forja se celebró en septiembre de 1951 y en las academias comenzó a notarse la presencia de sus miembros.

Eran muy cuidadosos en la combinación de espíritu religioso y militar. Para mantenerlo celebraban frecuentes actividades religiosas, meditaciones y reuniones que solidificaban su existencia como grupo. Se entregaban a un proselitismo entusiasta entre los demás cadetes a quienes bombardeaban con su sentido de la responsabilidad. Los alumnos de las academias eran muchachos ilusionados con su futura profesión, pero no se avenían a los misticismos de los secretos miembros de Forja, que coartaban sus ganas de divertirse y hasta les llegaban a reprochar sus pequeñas faltas militares. Así se produjo hacia ellos un doble movimiento de atracción y de rechazo. Mientras algunos cadetes se sentían motivados por el ejemplo de sus místicos compañeros, otros los consideraban un grupo de pesados intransigentes y, como evidentemente estaban organizados, aunque la existencia de Forja era secreta, les asignaron el mote de *La Peli*, con gran disgusto de los seguidores de Pinilla[9].

Este militarismo católico había sido facilitado por la nueva política nacionalcatólica. Como tantas veces, es posible encontrar claras expresiones en el cine de la época, que derivó a las aguas católicas algunas películas de tema militar. En 1950 se estrenó con gran éxito *Balarrasa*, dirigida por José Antonio Nieves Conde y protagonizada por Fernando Fernán Gómez, que encarnaba a un capitán de la Legión que ingresaba en un seminario y moría como misionero en Alaska, exótico escenario de órbita yanqui cuya nieve nunca pisaron los evangelizadores españoles. En 1951 Domingo Viladomat y Mariano Pombo dirigieron *Cerca del cielo*, ambientada en el asedio de Teruel, durante la guerra civil. El defensor de la ciudad, el coronel Rey D' Hancourt[10], figuró como un personaje secundario, mientras la película se centraba en el obispo de la ciudad, Anselmo Polanco, interpretado por el padre Venancio Marcos, un cura integrista que luego se hizo célebre en la radio.

## EN BUSCA DEL AMIGO AMERICANO

Inesperadamente, el franquismo se benefició por la evolución de las relaciones internacionales. En 1948 era ya evidente el enfrentamiento entre Estados Unidos y la URSS. En 1949 los

comunistas chinos ocuparon Pekín y estalló la primera bomba atómica soviética. El 25 de junio de 1950 comenzó la guerra de Corea, que desencadenó entre los norteamericanos una psicosis de guerra mundial inmediata. La diplomacia franquista aprovechó la oportunidad para halagar a los Estados Unidos y presentar al régimen como el primer anticomunista de Europa, mientras que en el interior el discurso franquista seguía atacando a Francia, Italia e Inglaterra.

El grupo proespañol que se movía en Washington incrementó sus presiones, con el abierto apoyo de la US Navy, hasta que el Consejo Nacional de Seguridad del Alto Mando Conjunto USA estimó conveniente asegurar la alianza española para el caso de guerra. El Gobierno norteamericano aconsejó a París y Londres que mejorasen sus relaciones con Madrid, mientras Martín Artajo trabajaba infructuosamente para que España fuera aceptada en la OTAN.

A pesar de todo, existía en Washington una gran resistencia a colaborar con el régimen español, que había sido aliado de Hitler. Dean Acheson se oponía a cualquier acuerdo con España, mientras el secretario de Defensa, Louis Johnson, presionaba en sentido contrario. Mientras tanto, el temor a la URSS dominaba la política norteamericana y se multiplicaban los gastos militares. El descubrimiento de los espías Fuchs y Hiss, que habían facilitado secretos atómicos a los rusos, y las campañas del senador republicano Joseph McCarthy endurecieron la situación contra todo cuanto oliera a comunista y fomentaron la búsqueda de aliados contra la URSS. A pesar del veto presidencial, el Senado aprobó dos leyes impulsadas por McCarran: la de Seguridad Nacional y la de Inmigración y Nacionalidad, que amenazaban los derechos reconocidos en la Constitución.

Los republicanos McCarthy y McCarran eran amigos de Lequerica, el camuflado embajador español, que encontró el camino trillado para impulsar el acercamiento a España; la embajada española, sin aludir a las Naciones Unidas, en cuyo nombre se hacía la guerra, anunció oficialmente el 1 de agosto que España se alineaba junto a Estados Unidos en el conflicto de Corea. Esta guerra encrespaba los ánimos norteamericanos y permitió que prosperase la candidatura española porque el fascismo ya era cosa

pasada y el enemigo actual eran los comunistas. En julio, el Congreso aprobó la Ley de ayuda para 1951 que autorizaba los créditos a España hasta un máximo de 62,5 millones de dólares y, el 25 de agosto, la concesión a España de un préstamo por el total de lo autorizado, que fue firmado por el presidente Truman el 6 de septiembre.

El 3 de noviembre de 1950 se complicó la guerra de Corea porque tropas chinas atacaron por sorpresa a los soldados norteamericanos[11], lo cual favoreció a los intereses de Lequerica cuando, al día siguiente, se votó a favor del regreso de los embajadores a Madrid, de la autorización para que España ingresara en los organismos internacionales y de la revocación de la condena de 1946. Durante el mes de diciembre se nombraron los respectivos embajadores, Stanton Griffis como representante norteamericano en Madrid, y José Félix de Lequerica como embajador español en aquel Washington donde ya llevaba años, aunque con el cargo disfrazado.

El Gobierno demócrata de Truman seguía sin sentir simpatía por Franco y su régimen, a pesar de las presiones del Pentágono, cuyo plan *Dropshot* consideraba a España una plataforma ideal para instalar bases en caso de guerra con la Unión Soviética. Por eso, el Gobierno español recibió una inesperada ducha fría cuando la Ley de 22 de septiembre incluyó a la Falange entre las organizaciones totalitarias cuyos miembros no podían cruzar las fronteras norteamericanas. La impresión se disipó el 4 de noviembre, cuando Estados Unidos votó a favor de España para que las Naciones Unidas retirasen su resolución condenatoria de 1946; en cambio, Francia y Gran Bretaña se abstuvieron.

El deshielo internacional comenzó a notarse desde enero de 1951 cuando unidades de la VI Flota norteamericana recalaron en el puerto de Barcelona y sus marineros inundaron las Ramblas, con alborozo de los bares, los restaurantes y, sobre todo, las numerosas chicas que ofrecían el amor profesional y encontraron una mina en aquellos marineros mayoritariamente rubios, altos e ingenuos. Desde entonces, los puertos de Barcelona y Palma de Mallorca se convirtieron en lugares de descanso de la US Navy, cuyas visitas periódicas animaban los mercados sentimentales, organizados cerca de la barcelonesa plaza de Colón y de la palmesana puerta de San

Antonio. Hasta el extremo de que algunas chicas se desplazaban de Barcelona a Palma y viceversa según los movimientos de la flota.

La primera alianza militar España-USA fue establecida por aquellas chicas y los marineros, cuyo pacto de ayuda mutua benefició a una multitud de taxistas, hoteleros, dueñas de pensiones, camareros, vendedores, cambistas, estafadores y chulos.

El cambio de clima político presentó aspectos menos lúdicos y, en 1961, oficiales españoles acudieron a realizar el primer curso en Estados Unidos. La apertura era significativa, pero no importante, porque en los siguientes 12 años, sólo fueron alumnos de escuelas norteamericanas superiores 56 militares españoles. Otros 14 fueron a Francia, 10 a Italia, 4 a Portugal, 3 a Alemania, 3 a Inglaterra y 1 a Taiwan[12].

A pesar de todo, la voluntad norteamericana de establecer lazos con Madrid chocó con la oposición del Gobierno laborista británico que, en marzo de 1951, se opuso a la admisión de España en la OTAN. El Gobierno español respondió con el recurso que siempre utilizaba contra los ingleses y arreció en su campaña contra Gibraltar, que mantuvo largo tiempo y reapareció cada vez que Madrid necesitaba presionar a Londres o, más frecuentemente, distraer la atención de los españoles para apartarlos de otros problemas. Esta reivindicación siempre fue muy grata a los falangistas, que la utilizaron en cuantas ocasiones pudieron, tanto para entusiasmar a sus bases como para presionar al Gobierno, acusándolo de no mantener una política bastante enérgica para recuperar el Peñón.

## VIAJE INESPERADO AL ÁFRICA OCCIDENTAL ESPAÑOLA

Estas cuestiones eran mal conocidas en España, donde las noticias informaban de que, al cabo de años, los Estados Unidos le daban la razón a Franco. Incluso se aseguraba en los cuarteles que el generalísimo había ofrecido tropas españolas para luchar en Corea, en plena ignorancia de que las tropas aliadas estaban en la guerra como fuerzas de las Naciones Unidas, de las que España no era miembro.

El Ejército era un mudo testigo de la vida nacional, sin enterarse

de casi nada, embebido en sus burocráticos asuntos y en la preocupación de hacer funcionar las unidades sin medios ni dinero, hasta el extremo de que algunos regimientos prestaban secretamente parte de sus mulos a los campesinos con un triple beneficio. Los animales comían mejor y trabajaban todos los días, los campesinos disponían gratis de una bestia de buena calidad y los regimientos desviaban el pienso oficial de los mulos hacia los cerdos de su propia granja. Cuando se aproximaban unas maniobras o una revista donde debía estar presente todo el ganado, se avisaba a los campesinos y las acémilas regresaban a su cuartel, lustrosas y domesticadas. Jamás se destapó el asunto en ningún regimiento ni nadie se quejó de la malversación. Todos parecían satisfechos. Hasta los mulos.

Había desaparecido el racionamiento de tabaco, sin embargo los fumadores se quejaban de las labores de la Tabacalera, que monopolizaba la distribución y la venta. Triunfaba el contrabando de cigarrillos rubios americanos y de pastillas de tabaco negro, procedentes de Gibraltar, Tánger y Andorra. Junto al tabaco, también llegaban de contrabando medias de nailon y hasta pequeños motores italianos para bicicleta. La Guardia Civil, ya descargada en gran parte de su lucha contra los maquis, se esforzaba en controlar las costas, fronteras y puertos, a pesar de lo cual los productos de contrabando, sobre todo el tabaco, se colaban por todas partes. Los mismos barcos y aviones militares aprovechaban sus viajes a los destinos con mercancías para dedicarse a esta actividad.

El lugar más seguro para comprar tabaco de contrabando en Palma de Mallorca eran los depósitos de víveres de los cuarteles. Los beneficios se controlaban escrupulosamente y eran anotados en la contabilidad del «fondo P» de cada regimiento. Sin demérito para la Guardia Civil, que desplegaba su celo habitual, pero no podía destapar el asunto de los cuarteles porque, al fin y al cabo era un cuerpo militar bajo la jurisdicción del capitán general de las islas.

La Guardia Civil se había convertido en la Policía fundamental del régimen y Camilo Alonso Vega trabajaba para consolidarla; sus presiones lograron que, en julio de 1950, se creara una academia para formar a los oficiales del cuerpo que se incorporaron al plan de estudios del Ejército: ingreso por oposición, dos cursos en la

General, dos cursos en la academia de la Guardia Civil y un trimestre en la General. La primera promoción de cadetes de la Guardia Civil ingresó en Zaragoza durante la primavera de 1951. Al final de verano, cuando comenzó el nuevo curso, los cadetes de segundo introdujeron en el programa de novatadas un juego de «policías y ladrones» donde un cadete de la Guardia Civil debía perseguir a otro de Intendencia.

Semejantes pequeñeces pasaban desapercibidas entre las cutres minucias de aquella España gris, donde Franco, en sus delirios de monarca, había concedido un marquesado al general Queipo de Llano, al que tenía marginado desde 1939. En respuesta al nombramiento, el viejo cascarrabias había escrito al generalísimo acerca de su disgusto porque le había designado marqués de Queipo de Llano, «título que, pasados los años, podría ser confundido con el de cualquier marqués de Casa López». Algunos franquistas aseguraron que se había enfadado porque hubiera preferido que, en lugar de marqués, le hubiesen nombrado duque. Franco se irritó, pero ya poco podía hacer contra aquel pertinaz lengualarga que tanto había incordiado en los últimos veinte años.

Su posición era cada día más firme y tomó una decisión insólita. Desde que ocupaba el poder sólo había viajado por España, con rápidas visitas a Hendaya, Bordigera y Lisboa. Ahora decidió visitar las tierras africanas bajo dominio español, aunque no eligió el antiguo protectorado donde había cimentado su carrera y que tantos recuerdos podía suscitarle. Desde la guerra civil ya actuaba no como un general, sino como un general dedicado a la política. Había dejado de interesarle el Marruecos de su juventud.

Decidió viajar al África occidental con escala en Canarias. Martín Artajo había insistido en asegurar las buenas relaciones con los estados musulmanes. El viaje ofrecía la oportunidad de exhibir la «tradicional amistad hispanoárabe», podía mostrar a los corresponsales extranjeros las buenas relaciones españolas con el mundo islámico. También, en los regateos con Estados Unidos, presentarse como un puente con el mundo islámico, además de cabeza de la Hispanidad. El 19 de octubre de 1950 Franco y su mujer volaron a Sidi Ifni, el 20 a El Aaiún y el 21 a Villa Cisneros, nombres que entonces significaban muy poco para los españoles, pero permitieron propagar las fotografías de un Franco sonriente,

mientras los notables indígenas le ofrecían dátiles y leche de camella de bienvenida.

Luego embarcaron en el crucero *Canarias* y, entre el 23 y el 28, visitaron las diversas islas del archipiélago. Carmen Polo aprovechó la ocasión para tantear a Martínez Fuset, el antiguo asesor jurídico de su marido. Deseaba que regresara a Madrid para sustituir a Carrero Blanco, entonces enfrascado en una discordia matrimonial que la disgustaba. Martínez Fuset rechazó educadamente el ofrecimiento porque vivía muy feliz en su tierra como notario y no deseaba regresar a las intrigas cortesanas. Carrero conservó su trabajo y, poco después, resolvió su problema doméstico para tranquilidad de la mujer de su jefe.

Apoyado en hombres de la ACNP[13], el régimen iniciaba la que sería su primera apertura política y, en este clima, un oficial de Artillería, Francisco Sintes Obrador, publicó un libro renovador, *Espíritu, técnica y formación militar*[14]. Sintes era originario de la peculiar clase media de Mahón, ilustrada, de fortuna discreta, católica sin exageración, catalanohablante no nacionalista. Sentía el amor por la cultura frecuente en su medio natal, era artillero de la generación militar que siguió a los africanistas, había ingresado en la Academia durante el último curso dirigido por Franco, fue teniente en 1934, quedó en la zona sublevada e hizo la guerra con los nacionales[15]. Publicó su libro cuando no había cumplido cuarenta años, procuró ser muy cauto en sus juicios y estuvo vinculado a los democristianos, hasta el extremo de ser director general de Archivos y Bibliotecas cuando Joaquín Ruiz Giménez era ministro de Educación.

Hasta aquel momento los franquistas habían defendido la primacía del espíritu sobre todos los demás valores, con lo cual encubrían la ignorancia profesional y la miseria del material militar. El libro de Sintes defendió el valor de la técnica, que no era opuesta al espíritu, sino producto suyo, y afirmó: «Mandar es también, cada vez más, convencer». Por caminos más moderados que Pinilla y Llanos, que habían fundado una nueva orden militar de estilo medieval, también Sintes deseaba una reforma del Ejército inspirada en el militar-caballero cristiano[16] combinado con el técnico moderno. Amparándose en citas de Ortega, Spengler, Liddell Hart, Churchill y Unamuno y en un historicismo medievalista, pedía

mejorar la formación cultural de los militares, incrementando su formación social y política, con el fin de formar un nuevo tipo de oficial para la guerra y capaz de formar a sus soldados durante la paz.

El libro pasó desapercibido para la mayor parte de los militares. La inercia reinaba en aquel mundo aparte, donde la disciplina y la fidelidad encubrían la despreocupación de Franco por la mejora profesional de su Ejército.

## HUELGA DE TRANVÍAS

En Cataluña, cuyo capitán general era el monárquico Juan Bautista Sánchez González, estaban situados numerosos cuerpos militares y la capital contaba con una importante guarnición además de numerosa Policía Armada, cuerpo menos numeroso que la Guardia Civil, que se desplegaba en las ciudades como fuerza auxiliar del Cuerpo Superior de Policía, aunque sus verdaderos jefes eran los mandos militares de sus unidades orgánicas, que encontraban en los destinos de la Policía una situación más cómoda y mejor pagada que en el Ejército.

Mandos y policías eran adictos al régimen; sin embargo, como la vida era cara en Barcelona, numerosos agentes estaban pluriempleados en diversas actividades, predominando los taxistas, representantes y administrativos, lo cual les mantenía en contacto con la población. Así intervinieron con escaso entusiasmo cuando una subida de precios provocó que, espontáneamente, la población no tomara los tranvías y se desplazara a pie. La huelga se inició el 28 de febrero sin que las autoridades pudieran encontrar a sus organizadores, que no existían. El gobernador civil, Baeza Alegría, no pudo contener la protesta y Franco comentó a Blas Pérez, ministro de la Gobernación, que sería preciso delegar en el capitán general.

Sánchez González era un monárquico que había apoyado a Franco en los malos tiempos; sin embargo, ahora se inclinaba secretamente por Juan de Borbón y, aunque tenía las tropas acuarteladas, no estaba dispuesto a emplearlas. Por si fuera poco, se llevaba muy mal con el gobernador civil, un falangista con fama de

vividor. El capitán general llevaba en Barcelona desde 1949 y se contaban múltiples anécdotas sobre su honradez, hasta el extremo de que no aceptaba las invitaciones a cenar, afirmando que su sueldo no le permitía corresponder.

No por ello estaba a favor de los huelguistas. La Policía detuvo al que le pareció un sospechoso, un joven abogado catalanista que acababa de llegar a la ciudad y nada tenía que ver con la huelga[17]. Cuando se descubrió que el detenido era un alférez de complemento, destinado en San Juan de las Abadesas, y carecía de permiso oficial para ausentarse de su destino, fue puesto a disposición de la autoridad militar, que a punto estuvo de hacerlo juzgar en consejo de guerra sumarísimo.

Como el capitán general no quiso intervenir, la huelga no comenzó a ceder hasta el 12 de marzo, cuando la Guardia Civil se desplegó en Barcelona. Al día siguiente llegaron 3000 policías armados desde otras ciudades y entraron en el puerto los buques *Méndez Núñez, Elcano, Liniers* y *Gravina*, que desembarcaron 2000 infantes de marina. El gobernador civil fue sustituido por el jurídico militar Felipe Acedo Colunga, fiscal en el consejo de guerra contra Besteiro, y al coronel Cárdenas de la Policía Armada lo relevó su colega Rafael Hierro Martínez, más tarde ascendido a general y nombrado director general de Seguridad. Los militares comentaron negativamente la huelga, considerándola obra de agitadores comunistas, aunque sin atreverse a cuestionar la postura del capitán general, muy apreciado por la alta sociedad barcelonesa.

## INQUIETUD EN MARRUECOS

El general Varela fue alto comisario durante siete años, sin modificar los conceptos adquiridos durante su juventud. Como otros muchos africanistas, consideraba inferiores a los marroquíes y odiaba el colonialismo francés, porque dominaba la mayor parte del protectorado e imponía sus criterios a la intervención española. Gobernó como un dictador y se inquietó cuando el 8 de mayo de 1945 estallaron graves disturbios en la ciudad argelina de Setif. Poco después, los nacionalistas promovieron en Tetuán una

manifestación en apoyo de la población argelina y Varela la reprimió salvajemente.

La segunda guerra mundial y la política antifranquista de la IV República habían exacerbado los antiguos odios, hasta el extremo de que Varela permitió cierta libertad a los nacionalistas con el fin de perjudicar a los franceses. El naciente independentismo marroquí se desarrolló en Tánger y Tetuán, ciudades fuera del control francés, por estar respectivamente sujetas a la administración internacional y española. Varela jugó al gato y el ratón con las pequeñas formaciones políticas marroquíes, como el Partido de las Reformas de Addeljalak Torres y el Partido de la Unidad de Meki Naciri, ambos clandestinos pues en Marruecos también estaban prohibidos los partidos políticos. Cuando el Partido de las Reformas envió dos representantes a una reunión de la Liga Árabe en El Cairo, la población de Tetuán volvió a manifestarse para que, al regresar, Varela no ordenara detenerlos. En septiembre de 1946, el Partido de las Reformas contactó con el sultán y con el Istiqlal, partido de la independencia que funcionaba en la zona francesa[18].

El movimiento panárabe tenía su centro en El Cairo, donde, en 1947, se fundó la Liga para la Defensa de Marruecos. Varela endureció entonces su política, suprimió los tribunales autóctonos, militarizó la Policía y pasó los conflictos de orden público a la jurisdicción militar. En 1948, cuando el dirigente tetuaní Abdeljalek Torres y otros líderes nacionalistas asistieron a las reuniones de las Naciones Unidas, les impidió volver a entrar en el protectorado. La respuesta fueron nuevos disturbios en Tetuán y una nueva represión, mientras las autoridades francesas y españolas actuaban al unísono según lo acordado al comenzar el año en Tánger, entre Varela y el general Juin, residente general francés.

Paralelamente, se desarrolló una política paternalista, que invertía recursos en el protectorado y facilitaba las peregrinaciones a La Meca, a la que se organizaron vuelos desde 1949. Cuando en marzo de 1950 se descubrió un intento de sublevación de la zona española, impulsado desde Tánger, las autoridades españolas no se inquietaron, convencidas de que los marroquíes estaban inmaduros para la independencia.

Un año más tarde murió Varela y, el 31 de marzo de 1951, Franco nombró alto comisario al general Rafael García-Valiño. Era

un osado personaje, a quien llamaban *el carnicero de Navarra* por sus temerarios ataques durante la campaña del Norte, que habían causado la muerte a numerosos requetés bajo su mando. Hasta entonces, Franco y Carrero apenas habían intervenido en la política marroquí, porque no deseaban encontronazos con Varela.

García-Valiño era un general con menos carisma y su temeridad secundó perfectamente las intrigas de El Pardo, dejándose llevar por los sentimientos antifranceses. Desde su toma de posesión, favoreció a los nacionalistas, sin importarle que la Liga Árabe planteara la descolonización de Marruecos a la Asamblea General de las Naciones Unidas. Cuando, en diciembre de 1951, el nuevo residente general francés, general Augustin Guillaume, visitó a García-Valiño en el palacete del Lucus, cercano a Larache, logró muchas sonrisas del español, pero ninguna colaboración, porque García-Valiño, Franco y Carrero creían que el independentismo marroquí era sólo un problema de los franceses y permitiría a España convertirse en un aliado de los árabes. Para El Pardo, la amistad hispanoárabe podía proporcionar un gran peso político al Madrid aislado internacionalmente.

Al siguiente mes, la cuestión tomó nuevos derroteros, porque las Naciones Unidas se preparaban para discutir el problema marroquí. Martín Artajo, entre el 16 y el 27 de abril, visitó Damasco, Bagdad, Riad y El Cairo. El 30, García-Valiño declaró a la prensa que la alianza entre España y los países árabes era una garantía para contener al comunismo. Seguidamente, España reclamó mayores competencias en el Comité de Control, que administraba la ciudad internacional de Tánger. El Gobierno invitó al Jalifa a visitar Madrid, y unos meses más tarde emitió un empréstito de 250 millones de pesetas para financiar el segundo Plan Quinquenal del Protectorado, destinó el barco *Plus Ultra* a la peregrinación a La Meca y creó las Juntas Rurales para facilitar la colonización.

García-Valiño intensificó sus contactos con los independentistas y, en febrero, recibió oficialmente a Addeljalak Torres, recién regresado de su exilio. El 12, un decreto del Mazjen autorizó los partidos políticos en Marruecos, mientras seguían prohibidos en España. La situación no era tan favorable como pensaba el alto comisario y la realidad no pasaba desapercibida para algunos oficiales de baja graduación, destinados en los servicios y fuerzas

indígenas. Advirtieron a sus superiores de la crecida independentista sin que les prestaran atención, porque Franco y García-Valiño creían conocer mucho mejor a los marroquíes, a quienes habían derrotado militarmente en su juventud, y Carrero Blanco desarrollaba sus delirios imperiales. Las autoridades subordinadas acataban disciplinadamente su política.

García-Valiño[19] creía que el malestar indígena sólo se dirigía contra los franceses, porque la amistad resguardaba la zona española, cuya población prefería la benéfica dominación española a una independencia que sólo podía ofrecer miseria. La política española buscaba aproximarse a los Estados Unidos mientras mantenía sus contenciosos con los Gobiernos francés y británico. Marruecos y Gibraltar podían servir a estos designios, inquietando, respectivamente, a París y a Londres.

Las autoridades españolas no consideraron que el Istiqlal contaba con el apoyo del sultán Mohammed V Ibn Yusuf y de la Liga Árabe y que el nacionalismo marroquí ya no se desarrollaba en las cabilas, como en los años veinte, sino en Casablanca, Rabat, Fez y Tánger, sin olvidar a la naciente burguesía de Tetuán, que encabezaba el movimiento en la zona española. En 1952, los capitalistas norteamericanos, interesados en los yacimientos marroquíes de fosfatos, plomo y manganeso, lograron que su Gobierno ofreciera secretamente ayuda al sultán que, en noviembre, se declaró partidario de los nacionalistas. Cuando en enero de 1953 García-Valiño devolvió la visita a Guillaume, éste le planteó la difícil situación, pero el español se mantuvo en sus beatíficas convicciones.

Auspiciada por París, comenzó entonces una dura campaña contra Mohammed V. En respuesta, grupos independentistas desencadenaban una oleada de atentados contra los colonos franceses. Guillaume los achacó a una campaña de agitación promovida por la URSS y la Liga Árabe, incitó a los bereberes contra los árabes y el 20 de agosto de 1953 depuso a Mohammed V, enviándolo a Córcega. En su lugar nombró sultán a Mohammed

Ben Arafa, a quien apoyaba el pachá de Marraquech, Themi el-Glaui, cabeza de un poderoso grupo bereber.

La política española reaccionó contra la decisión francesa, la prensa llamó a Ben Arafa «sultán títere» y el general Díaz de Villegas, intelectual orgánico del africanismo, publicó varios artículos con su seudónimo *Hispánicos*. García-Valiño declaró que la decisión de Francia era ilegal porque los tratados la obligaban a consultar con España y se negó a reconocer la autoridad de Ben Arafa. En la zona francesa, los nacionalistas se radicalizaron tras la deposición; los militantes independentistas de base se lanzaron al terrorismo en las ciudades y, más tarde, formaron guerrillas en el campo. Entonces, García-Valiño incrementó su política, Radio Tetuán comenzó a emitir propaganda antifrancesa y los puestos de frontera hicieron la vista gorda ante el tráfico de personas y bultos sospechosos.

La «tradicional amistad hispanoárabe» se concretó en una visita del secretario general adjunto de la Liga Árabe al Marruecos español, el 9 de diciembre de 1953. Mientras Addeljalak Torres multiplicaba la actividad nacionalista y se movía entre Tetuán, Tánger y El Cairo, el alto comisario apoyó a los independentistas, que habían pasado a la acción armada contra los franceses. Los oficiales españoles recibieron órdenes estrictas de no actuar contra los guerrilleros y cerrar los ojos ante el contrabando de armas.

En enero de 1954 se decretó una amnistía en Marruecos y, el 21, García-Valiño organizó un acto de adhesión a Mohammed V donde, según la prensa española, se vitoreó a Franco y a España y el alto comisario recibió a los partidarios del sultán depuesto, en la elitista Hípica de Tetuán. García-Valiño no organizaba tales líos por su cuenta, sino con la aquiescencia de Madrid donde acudió con Abdelkrim Haddad y una representación de notables a visitar a Franco, que los recibió el 9 de febrero y escuchó sus manifestaciones de lealtad a Mohammed V. Cuando manifestó a la prensa que no reconocía como sultán a Ben Arafa, Addeljalak Torres y la Liga Árabe elogiaron la política española. Sin embargo, la inquietud crecía entre los oficiales coloniales, enterados de los disturbios de la zona francesa y

preocupados por la creciente politización de los habitantes de la propia. Informaron a sus superiores sin obtener respuesta y la disciplina les impidió manifestar sus recelos sobre las decisiones de la alta política colonial.

## SUEÑOS DIFERENTES

Más que su pequeño conflicto con Francia, preocupaban a Franco las relaciones con Estados Unidos, que prosperaban gracias a la labor del ministro de Exteriores, Martín Artajo, y a la ayuda del almirante Foster P. Sherman, miembro de la Junta de Estados Mayores y portavoz de los intereses estratégicos de la US Navy, deseosa de una base que le permitiera controlar la entrada en el Mediterráneo. En junio de 1951, el Gobierno español aprobó un proyecto del Consejo Nacional de Seguridad para iniciar la negociación de instalaciones militares norteamericanas en España y, poco después, una misión española, presidida por el general Eduardo González Gallarza, visitó Estados Unidos con la intención de impulsar las relaciones.

A Franco le gustaba publicar sus decisiones importantes en días señalados, y aquel 18 de julio cambió el Gobierno por otro nuevo donde cobraban valor Carrero Blanco, los militares y los democristianos de Martín Artajo, que logró colocar como ministro de Educación a su correligionario Ruiz Giménez, hasta entonces embajador en el Vaticano. El nuevo gabinete ofrecía una cara más amable a las relaciones exteriores y España logró un nuevo crédito americano de 100 millones de dólares.

Durante el verano de 1951, Franco recibió dos veces a su principal valedor, el almirante Foster P. Sherman, y lo invitó a la fiesta que todos los años celebraba en los jardines de La Granja. El almirante asistió encantado y, seguidamente, partió para Nápoles, donde murió de un ataque al corazón el día 22. Las negociaciones perdieron su partidario más importante y quedaron pendientes de nuevas gestiones. En agosto visitó España una nueva misión, presidida por el general Spry, de la Fuerza Aérea, que emitió un informe contrario a pactar con Madrid. El 2 de febrero de 1952, el presidente Truman reprochó ante la prensa la falta de respeto del

régimen franquista por las libertades de religión y de expresión. Días después, Franco recibió al general Charles A. Willoughby y le manifestó que en España la religión y la libertad de prensa estaban debidamente garantizadas y protegidas. El sueño del pacto con los americanos estaba interrumpido por continuas pesadillas.

Franco no era el único soñador. También soñaba su Ejército, con el material al borde del colapso técnico, el espíritu congelado por la rutina y sin otras informaciones profesionales externas que algunas traducciones publicadas en *Ejército* y las noticias de prensa sobre la guerra de Corea. El general MacArthur, partidario de bombardear las bases chinas en Manchuria, había sido destituido, iniciándose una guerra de posiciones y, más tarde, conversaciones para llegar a un armisticio. Los soñadores de los cuarteles aseguraban que los americanos carecían de energía para tratar a los comunistas y que Franco había ofrecido a Washington unidades españolas para desatascar la guerra.

Asombra que pudieran pensar que el Ejército español podía intervenir airoso en un conflicto exterior cuando sobrevivía en la miseria. Los gastos de seguridad habían descendido desde las astronómicas proporciones que alcanzaron durante la segunda guerra mundial. A pesar de todo, la defensa costaba la tercera parte del presupuesto general del Estado, sin contar las fuerzas de orden público que importaban otra cantidad algo superior al 7 por ciento. El Ejército de Tierra, con una quinta parte del presupuesto estatal, gastaba más que la Marina y la Aviación juntas. Aunque los militares profesionales tenían sueldos muy pequeños y la tropa forzosa no cobraba, los gastos de personal de Tierra eran aproximadamente iguales al de sus adquisiciones y, en 1951 y 1952, las superaron. El Ejército estaba mal equipado y desentrenado, con fuerzas armadas desmesuradas para la capacidad económica española y los mismos militares resultaban víctimas del disparate[20].

A la hora de soñar, soñaban todos y también los miembros de Forja, que proseguían su callada labor proselitista. En septiembre se reunió en el castillo de Coca, Segovia, una asamblea de 66 miembros entre oficiales, cadetes y aspirantes. La seriedad que Pinilla impuso a los actos, desarrollados en el marco medieval del castillo, impresionó y entusiasmó a sus jóvenes seguidores, que

trabajaban en la creación de revistas en las academias militares. Acabarían lográndolo y la más importante de ellas sería *Armas*, de la Academia General Militar. Esperaban que fuera una plataforma para proyectar el espíritu de su orden, que se consolidaba y fortalecía, convencida de su capacidad para purificar al Ejército.

Soñar es siempre fácil.

# TERCERA PARTE

# El poder de la inercia.

# CAPÍTULO X

# Sin más riqueza que los sueños

## LAS GUERRAS DE BROMA

Los militares necesitaban soñar porque su realidad profesional era de gris monotonía. Su profesión, comenzada entre tensiones, se había convertido en una actividad rutinaria que transformó a los antiguos guerreros en burócratas armados. Los sueldos eran bajos, aunque pasaban desapercibidos en la pobreza general del país, donde los militares conservaban mucho prestigio social. Como persistían la escasez, el racionamiento, los sucedáneos y el aislamiento exterior, el espíritu resistente y la falta de información hacían creer en la bondad de la situación española, cuando Europa ya se rehacía de la destrucción ocasionada por la guerra y enderezaba su economía. Algunos privilegios militares, como los economatos y las viviendas, todavía resultaban interesantes entre las dificultades del país. En el Ejército se ascendía muy lentamente y cada ascenso suponía un quebranto porque a menudo imponía el traslado a otra ciudad, con la pérdida de la vivienda militar y unos gastos que la débil economía familiar soportaba difícilmente. La población consideraba a los militares unos privilegiados y ellos, por orgullo, procuraban mantener el equívoco, ayudados por el prestigio de su profesión, la vistosidad de los uniformes y la importancia de los principales generales.

Al cabo de tantos años de existir el problema, los altos mandos militares comprendieron lo disparatado de mantener tantos oficiales en activo. Los jovencísimos alféreces que participaron en el Desfile de la Victoria ya tenían entre 35 y 40 años, edad con la que no podían seguir el ritmo de la tropa, y formaban un considerable tapón que inmovilizaba la carrera militar de los más jóvenes. El ministro impulsó una ley que ofrecía lo que hoy se llamaría jubilación anticipada a los militares que la aceptaran voluntariamente, respetándoles el sueldo y sin poner cortapisas a que emprendieran otros trabajos civiles, incluso en la administración[1]. Sin embargo, la posibilidad de recolocarse fuera del Ejército resultaba incierta para aquellos hombres que hubieran interrumpido sus estudios civiles a causa la guerra. La Ley de reserva tuvo poco tuvo éxito.

Casi todos decidieron continuar en el Ejército donde la situación económica tampoco era boyante. Se precisaban altas dosis de moral para estar a gusto en los cuarteles, donde apenas había mejorado la situación de la tropa. Casi todos se habían dotado de una galería de duchas colectivas y de un comedor equipado con vajilla rudimentaria, pero que asignaba a cada hombre un par de platos y un vaso. Las comidas habían mejorado ligeramente. El desayuno solía consistir en un brebaje caliente, llamado oficialmente chocolate, que revolvía las tripas, pero que el hambre, y los veinte años, ayudaban a engullir, mezclado con pan, pues no habría más alimento hasta el mediodía. El uniforme no había variado y la calidad del armamento había mejorado ligeramente. Todo lo demás seguía igual. La mala situación de los soldados empeoraba cuando eran enviados a destacamentos alejados, que siempre eran menos habitables que los cuarteles estables, aunque muchos hombres los preferían porque la disciplina solía ser menor.

El principal escollo técnico lo constituían las radios y los automóviles, que tenían demasiados años de existencia. La mayoría de las emisoras de campaña había dejado de crear problemas porque ya no funcionaban y, en las maniobras, todos los mensajes se enviaban por teléfono o mediante un soldado que llevaba un papel de un lugar a otro. Sin embargo, siempre parecía posible arrancar el motor de un viejo camión, porque los mecánicos, que habían desarrollado una gran maña ante las adversidades

cotidianas, solían conseguirlo. Hasta que la antigualla se paraba de nuevo. Claro, que tal problema no afectaba a la mayor parte del Ejército, que se movía a pie o a caballo y utilizaba mulos para los transportes.

La falta de medios se disimulaba manteniéndose en los niveles técnicos de la guerra civil. Los oficiales de todo el mundo utilizaron los caballos para desplazarse y combatir, hasta que mejoró la precisión y alcance de los fusiles y debieron combatir a pie, manteniendo los caballos sólo para desplazarse. Durante algún tiempo imperó la costumbre de que el oficial permaneciera orgullosamente en pie mientras sus hombres disparaban tumbados o rodilla en tierra. Hasta que el orgullo cedió ante la puntería enemiga y los oficiales decidieron tumbarse también en el suelo, para evitar que los tumbaran definitivamente los balazos. La segunda guerra mundial fue el último gran conflicto donde muchos oficiales todavía utilizaron caballos para desplazarse durante las marchas, hasta que los francotiradores enemigos se cebaron con ellos y terminaron con la costumbre.

En la España de los años cincuenta, únicamente los tenientes de fusileros[2] se desplazaban a pie, mientras sus capitanes y comandantes se movían a caballo, aunque muchos de ellos se apeaban y hacían las marchas caminando para dar ejemplo a sus hombres. La situación se complicaba durante los ejercicios tácticos porque, al no contar con radios, los jefes de batallón y compañía no podían transmitir sus órdenes y, resolvían el problema comunicándose con *persianas*, unos artilugios plegables que aprovechaban los destellos solares para transmitir señales morse hasta unos 1500 metros, como máximo, en días despejados. El alcance era mucho menor en los días cubiertos o con niebla, nulo de noche y, en combate, no podían actuar de cara al enemigo. Los capitanes transmitían las órdenes a sus tenientes con toques de silbato y, si esto no era posible, con señales de brazo hechas desde lo alto de una piedra, algo que, en caso de guerra, habría supuesto un suicidio.

Tales chapuzas se desarrollaban en un marco casero porque la operatividad real del Ejército nunca se contrastaba en ejercicios importantes, ni se realizaron grandes maniobras hasta entrados los años cincuenta, y simulando los recursos que no existían. Los

grandes ejercicios tácticos se llevaban a cabo sobre planos o sobre una maqueta, denominada *cajón de arena*, donde los camiones y las radios ni faltaban ni se averiaban. Más tarde, se tomó la costumbre de desarrollar ejercicios combinando unidades reales con otras simuladas. Frecuentemente, una fuerza a pie se desplazaba por el terreno de maniobras; cuando su jefe recibía la orden de detenerse para dejar paso a una columna blindada, los hombres se tumbaban al otro lado de las cunetas hasta que, por el camino, llegaba un simple camión o un soldado con una pancarta, simulando en uno y otro caso la columna de blindados. Semejante escena, propia de una película de Berlanga, no impedía que, una vez terminado el ejercicio, el general bronqueara severamente a diestro y siniestro.

## INSTRUIR RECLUTAS

La mitad del despliegue militar español continuaba orientado a rechazar una supuesta invasión a través de los Pirineos, imposible de detener por aquel Ejército fantasma. La gran empresa de todos los regimientos era acometer la instrucción de los reclutas que se le incorporaban cada primavera[3]. Unos meses antes, se designaba a los futuros instructores, que comprendían un teniente coronel o comandante, con un cuadro de oficiales, suboficiales y soldados veteranos. El regimiento proseguía sus actividades rutinarias, mientras los instructores emprendían un entrenamiento por su cuenta hasta el día de la llegada de los reclutas.

Cuando tal día llegaba se desplazaban todos a un campamento de tiendas de campaña, barracones de madera o a un cuartel alejado y fuera de uso. Las instalaciones eran siempre precarias, los servicios deficientes y las comunicaciones difíciles aunque los campamentos no solían estar muy alejados. La instrucción de los reclutas se orientaba, sobre todo, a conseguir su disciplina y no se les permitía salir del campamento durante las primeras semanas, a cuyo término se suponía que habían aprendido, como mínimo, a saludar correctamente. Esta liturgia militar resultaba complicada en España, porque exigía un distinto ceremonial según se saludara a los suboficiales, a los oficiales, a los generales o a los banderas, lo cual embarullaba a muchos reclutas.

Aprendían los rudimentos de la vida de soldado, como saludar, tratar a los superiores, prestar los distintos servicios y disparar el fusil, sin consumir excesivos cartuchos y con la obligación de recoger todas las vainas y entregarlas para su recuperación. Lo fundamental era aprender a desfilar porque los ejercicios de tiro, las marchas, los pasos por la pista de aplicación[4] y los fatigosos supuestos de combate no eran valorados por la cúspide, interesada sólo en que los soldados obedecieran, saludaran, hicieran guardias y desfilaran correctamente. La jura de bandera se celebraba con gran solemnidad en la explanada del campamento, adonde habían acudido muchos familiares de los reclutas, quienes eran recompensados con un rancho extraordinario y unos pocos días de permiso. Para los militares, el acto era una especie de fiesta de final de curso, que anunciaba un mes de vacaciones de verano. Después, seguirían la vida y la rutina.

El Ejército conservaba los parámetros establecidos durante los primeros años del franquismo, con la única variación de los tenientes procedentes de la General, que se incorporaban al ritmo de unos doscientos o trescientos y pico al año.

## POCO DINERO Y DEMASIADOS MANDOS

Los grandes problemas históricos del Ejército español habían sido la falta de recursos y el exceso de oficiales, principal causante de los malos sueldos, la inactividad profesional y la falta de material, porque el escaso presupuesto se consumía en pagar salarios. Durante la II República, el ministro Azaña intentó resolver la cuestión con un gran programa de jubilaciones voluntarias que tuvo éxito, de modo que la plantilla de 163 generales y 15 419 jefes y oficiales de 1930 quedó reducida a 83 generales y 10 534 jefes y oficiales en 1936[5]. La guerra civil redujo estos números significativamente; sin embargo, la política militar de Franco volvió a elevarlos, de modo que el Ejército contaba en 1945 con 157 generales y 22 185 jefes y oficiales[6]. De estos últimos, 6392 eran capitanes y 10 616 tenientes y alféreces.

La guerra había beneficiado a los principales protagonistas de la sublevación de julio, que eran tenientes coroneles en 1936 y

tenientes generales en 1945, o sea, que habían ascendido cuatro grados en 9 años, lo cual resultaba meteórico para las costumbres militares españolas. El gran reparto del pastel se había producido sobre todo entre altos mandos, pues la plantilla de 1934 contemplaba sólo 18 generales de división y 65 de brigada mientras en 1945 existían 1 capitán general, 14 tenientes generales, 50 generales de división y 90 de brigada.

Durante un siglo, los militares habían discutido sobre el problema de la hipertrofia de sus escalafones y los males que ésta comportaba. Su solución centró la polémica sobre las reformas militares de Azaña y la guerra contribuyó dramáticamente a resolverla. En lugar de aprovechar la favorable ocasión, el franquismo prefirió reproducir el mal y aun multiplicarlo, duplicando el número de oficiales, con la agravante de que la mitad de ellos tenían la misma edad, por haber ingresado como provisionales. Con el correr de los años, este tapón impediría la renovación profesional.

Los jóvenes tenientes procedentes de la General llamaban a este bloque «los de la guerra» y comprendían que frustraban su porvenir. Sin embargo, como habían sido formados en la disciplina y la fidelidad a Franco, no se atrevían a analizar la situación abiertamente. Su educación se había basado en el odio a la República, donde sobresalía por su maldad un personaje llamado Azaña, que había pretendido «triturar» el Ejército, y les resultaba imposible pensar que muchos males de su vida profesional podían deberse al antiazañismo de Franco y los suyos.

Las academias militares del franquismo proporcionaban una técnica deficiente; en cambio, adoctrinaban a los cadetes en un rígido código moral que marcaba sus vidas. Los tenientes procedentes de la General estaban imbuidos en el sentido del honor, el sacrificio y la disciplina. En el ambiente de la posguerra, estaban muy marcados por no haber participado en el conflicto y procuraban hacérselo perdonar. Eran tan adictos a Franco como los antiguos provisionales, aunque menos fanáticos, pues no estaban vinculados a tres años de guerra sufridos en plena juventud. En su mayoría, eran receptivos a la carga recibida en las academias, estaban dotados de un gran espíritu militar y procuraban ser consecuentes con ello. Desconocían hasta qué extremo ese

pretendido espíritu militar estaba intoxicado por el franquismo y era posible ser un buen militar pensando de otro modo. Muchos de ellos jamás llegarían a descubrirlo, otros lo hicieron al entrar en contacto con otros Ejércitos, con el mundo civil o la universidad. Aunque haría falta tiempo para ello, de momento, la única célula crítica era Forja, la extraña y secreta organización de Pinilla, que no buscaba la destrucción del régimen, sino desarrollar en el Ejército los ideales que la Iglesia y la Falange habían expresado durante la guerra civil y que los intereses de Franco y sus hombres habían convertido en nada. El propósito era vano porque el régimen defendía un entramado de intereses muy alejado de los ascéticos ideales de aquellos soñadores.

# CAPÍTULO XI

# Aliados, pero menos

## AMÉRICA, AMÉRICA

A pesar de todas las presiones, el Gobierno norteamericano no daba luz verde al pacto con España, cuyo Gobierno contempló con inquietud las elecciones de 1952. Vencieron los republicanos y el 24 de enero de 1953 tomó posesión de la presidencia el general Eisenhower, antiguo comandante en jefe de los Ejércitos aliados en 1945 y, más tarde, de las fuerzas de la OTAN. El vencedor de la Alemania nazi aportaba un enérgico punto de vista respecto a la URSS. Su política favoreció el pacto con España, pues Eisenhower deseaba contar con bases desde donde fuera posible bombardear la Unión Soviética.

El cambio de política aceleró las negociaciones para el pacto e incrementó el número de visitas de la VI Flota a puertos españoles. En un país que todavía recibía pocos turistas, los chicos de la US Navy asombraron a mucha gente. También los militares españoles contemplaron atónitos cómo los simples marineros gastaban dinero a manos llenas, no se levantaban al paso de sus oficiales, y que las pandillas de marineros borrachos fueran tratadas duramente por su Policía militar, que los reducía a palos, devolviéndolos a sus barcos

con pocos miramientos y con mayor dureza que las patrullas españolas de vigilancia.

La guerra de Corea terminó en julio de 1953 y permitió al Pentágono concentrarse en la nueva estrategia contra la Unión Soviética, mientras el Gobierno español redoblaba los esfuerzos para presentarse como un régimen católico y anticomunista, granjeándose la simpatía de personajes como el cardenal Francis Joseph Spellman, arzobispo católico de Nueva York, antiguo miembro de la secretaría de Estado vaticana, vicario del Ejército norteamericano y tan influyente en Roma como en Washington. El Congreso Eucarístico Internacional de Barcelona y la firma del Concordato con el Vaticano premiaron los esfuerzos del Gobierno para hacerse con las simpatías del catolicismo internacional.

El pacto de ayuda mutua entre España y Estados Unidos se firmó el 26 de septiembre de 1953. Fue muy bien recibido en la Aviación y la Marina, mientras que despertó suspicacias en Tierra, el más grande, politizado y atrasado de los tres Ejércitos, donde existía un profundo antiamericanismo, heredado tanto de la tradición de la guerra de 1898 como de las aportaciones fascistas y nazis recibidas desde 1936 a 1945.

El programa de ayuda prometía entregar al Ejército material por valor de 110 millones de dólares; ampliar y mejorar algunas de sus fábricas y parques; contratar la entrega de municiones y material de artillería y fomentar la asistencia de militares españoles a cursos y visitas en el extranjero. Las entregas debían servir para equipar un cuerpo de Ejército de tres divisiones, con sus parques de apoyo, la defensa antiaérea y los elementos de enseñanza y entrenamiento. Es decir, una parte muy pequeña del conjunto militar español.

Para tranquilizar el nacionalismo xenófobo, fomentado por los falangistas durante años, el Gobierno aseguró que las futuras bases militares americanas serían de utilización conjunta y estarían bajo mando español. Las noticias se sucedieron con rapidez y en 1954 se supo que se habían definido cuatro bases aéreas, en Torrejón, Sevilla, Morón y Zaragoza, capaces para bombarderos
B-36
, así como una base naval en Rota (Cádiz) desde donde partiría un oleoducto que uniría las diversas instalaciones americanas en España.

La llegada del primer material militar a Cartagena, en 1954, constituyó un acontecimiento y, a pesar del antiamericanismo, los oficiales se sintieron gratificados ante los vehículos y blindados que, hasta entonces, sólo habían visto en la prensa y en el cine. Para la aviación, el pacto resultó revolucionario, porque permitió pasar de los aeroplanos de la guerra civil a los reactores, cuyos primeros aparatos de instrucción llegaron a finales de febrero de 1954, aunque los aviones de combate fueron suministrados dos años más tarde[1].

Los americanos no despertaron en el Ejército los mismos sentimientos de admiración que habían provocado los alemanes, con quienes existió una afinidad ideológica, apoyada en un antiguo sentimiento germanófilo y la ayuda prestada durante la guerra civil. Los militares españoles, que se habían asombrado de sus colegas alemanes, miraron a los americanos por encima del hombro. Envidiaban su material, pero los menospreciaban militarmente; los más franquistas hasta los odiaban y consideraban el pacto como un mal menor frente a las amenazas comunistas.

El final de la guerra de Corea había producido grandes excedentes de armas y material militar americano, parte de los cuales fueron reparados, pintados y enviados a España, junto con otros que databan de la segunda guerra mundial. Eran ingenios de línea moderna, cuyo buen aspecto impresionó a los militares, acostumbrados a moverse en un universo de chatarra. La llegada de los primeros *jeeps* a cualquier cuartel fue recibida como una fiesta y despertó una reacción infantil; todos quería darse una vuelta en ellos, porque los automóviles escaseaban en España. Todos los militares montaban perfectamente a caballo, sin embargo muy pocos procedentes de la guerra sabían conducir, aunque sí los formados en la General. La expectación no respetó categorías y el mismo Franco visitó en abril el portaaviones *Coral Sea* de la VI Flota, desde donde envió un saludo al presidente Eisenhower, «al pisar suelo americano». Otra ilusión infantil, porque Franco jamás viajaría a América.

Ni el Gobierno de Washington ni el Pentágono tenían interés en dotar a España de una estructura militar eficaz, como habían hecho con Alemania. El material recibido no fue mucho y la administración norteamericana fijó su valor económico con precios

excesivos. Algunos regimientos apenas recibieron un par de *jeeps*, mientras otros se equipaban casi completamente. En cambio, se repartieron abundantes láminas de instrucción, que llegaron a todos los cuarteles, y películas que fueron proyectadas por turno durante años.

La mayor parte de las láminas eran dibujos de carros de combate americanos e ingleses, que se colocaban en las paredes del dormitorio de la tropa, para familiarizarla con ellos. A los soldados les tenían sin cuidado aquellos tanques clavados en la pared, porque sólo se interesaban por los permisos y el día de la licencia. Los oficiales, en cambio, lograron una información que increíblemente les había estado vedada. Habían visto los blindados en la prensa y los noticiarios, sin conocer su nombre ni sus características. Gracias a las láminas americanas supieron lo que medían, pesaban o corrían los carros americanos
M-3
Grant/ Lee;
M-4
Sherman;
M-18
Hellcat, el ligero
M-24
Chaffee, que utilizaban diversos países aliados, y el
M-47
, acreditado en la guerra de Corea; así como los Churchill y Centurion británicos. Aunque parezca mentira, muy pocos militares españoles tenían noticias precisas sobre ellos.

## ARMAS NUEVAS PARA LAS IDEAS DE SIEMPRE

Fue muy notable y novedosa la llegaba de películas americanas de instrucción militar entregadas rotatoriamente a los cuerpos para su pase a la tropa. Se trataba de un material destinado a los Ejércitos hispanoamericanos y doblado para ellos, cuya calidad y contenidos eran heterogéneos, de manera que se habían mezclado películas útiles, otras antiguas sin ninguna aplicación y otras referidas a unidades y materiales desconocidos en España.

Las clases de analfabetos y de formación de cabos se impartían en aulas y, cuando no las había, en el comedor. En cambio, la «instrucción teórica» de la tropa seguía métodos más primitivos y se desarrollaba en el mismo dormitorio u otro lugar que el oficial de semana considerase idóneo, siempre durante la tarde, porque la mañana se dedicaba a la gimnasia y la instrucción práctica. Sólo un optimista empedernido podía creer que un centenar de soldados sentados en el suelo después de comer, podía aprovechar lo que les explicaba un oficial que, al poco rato, se aburría más que ellos.

Las películas americanas podían acabar con la absurda rutina, pero su utilización resultó desastrosa porque nadie creía que sirvieran para nada, faltaban los medios para proyectarlas y su mayor utilidad fue liberar algunos días de la aburrida rutina de la «instrucción teórica». Pocos cuarteles y campamentos contaban con un cine, de modo que las películas se proyectaban en el comedor de tropa, donde se hacinaban varios cientos de soldados. El proyector, el sistema de sonido y la pantalla solían ser de tan mala calidad que la película no se entendía, se veía mal o ni lo uno ni lo otro. Al cuidado de la tropa solían quedarse un oficial y algunos sargentos; mientras los demás aprovechaban la ocasión para una partida de dominó y, en el oscuro comedor, la tropa echaba una cabezada mientras resonaba el mal doblaje y unos soldados americanos se movían en la pantalla.

La llegada del nuevo material no renovó el Ejército, aunque le hizo abandonar algunos esquemas técnicos de la guerra civil. Hasta entonces, carecía de vehículos 4/4 y de transmisiones eficientes. Por primera vez contó con radios ligeras de campaña y vehículos aptos para todo terreno: *jeeps* Willis, Dodges 3/4 y camiones REO y GMC. La Caballería recibió carros ligeros M-24[2], antiguos y de difícil funcionamiento, aunque capaces de arrancar, moverse y disparar sin dramas. Para la Infantería llegaron los carros M-47, entonces los más modernos del mundo, y transportes blindados semiorugas M-3A1, que fueron llamados *carriers*. El cuerpo de Ingenieros contó con las primeras emisoras y puentes de campaña dignos de tal nombre y la artillería de campaña que pudo sustituir sus obsoletos cañoncitos de

75 mm por modernos obuses de 105 mm y sus cuatro únicas piezas autopropulsadas de 75 mm dejaron paso a 36 modernos autopropulsados de 105 mm y 12 de 155 mm.

Los campos de entrenamiento contaban con algún tanque hecho de piedra y cemento para que los soldados aprendieran cómo acercarse y colocar una carga explosiva con sus propias manos. La llegada de los cañones sin retroceso de 75 mm, que habían tenido éxito en Corea, y la distribución de una réplica española del bazuca acabaron con el entrenamiento de caza carros suicidas.

La renovación fue limitada porque el material era poco para la dimensión del Ejército y, en su mayor parte, fue distribuido a las tropas establecidas alrededor de Madrid. Sirvió para que el Ejército dejara de ser un museo, sin modificar su mentalidad y sus hábitos, y tampoco lo modernizó profundamente.

El grueso se entregó a las divisiones Acorazada Brunete y de Caballería, que sufrieron una transformación radical. Los carros rusos
T-26B
de la guerra civil fueron desguazados y el batallón de
Panzer IV
vendido a Siria. También desaparecieron los carros italianos L-3/35, cuya sola visión resultaba ridícula. Sobrevivieron hasta 1957 algunos camiones blindados rusos
BA-31
y 32 con los que contaba la Caballería, cuyo motor original había sido sustituido por otro Chevrolet. Luego, los ejemplares en mejor estado fueron vendidos a Turquía y el resto fue a parar a la chatarra.

No llegó armamento ligero americano y las unidades continuaron con su Mauser de 7,92 mm, mientras algunas, como la Policía Territorial de Ifni y Sáhara, conservaban vetustos mosquetones de 9 mm y, en sus primeros tiempos, los paracaidistas de la I Bandera recibieron, nada menos, que carabinas italianas Mannlicher-Carcano
M-38
, que mejor estarían en la chatarra. Cuando se organizó la II Bandera, fue dotada de mosquetones Mauser de 7,92 mm, mejores que las carabinas, aunque incómodos para saltar desde el avión. Se

sabía que la empresa CETME había desarrollado una nueva arma a la que se llamó fusil de asalto, pero todavía se encontraba en fase de experimentación y, mientras se distribuían los subfusiles
Z-45
, la mayor parte del Ejército utilizaba los anticuados y peligrosos «Coruña» derivados del MP ERMA. Entre el material americano los primeros cañones sin retroceso de 75 mm, ametralladoras de 12,70 mm y emisoras de campaña eran insuficientes para dotar a las unidades, hasta el extremo de que distribuyeron a la Infantería unos flamantes radioteléfonos de fabricación nacional, a los que los militares llamaban *lagartos*, que pesaban dos kilos, sin contar las baterías que iban en una cartera aparte. Jamás funcionaron.

La adaptación a los nuevos materiales ilusionó a los militares que hicieron un esfuerzo para adaptarse. Los contactos con sus colegas norteamericanos no incidieron prácticamente en la mentalidad militar española porque los extranjeros se limitaban a tratar cuestiones técnicas y pocos españoles hablaban inglés. Los militares americanos instruían Ejércitos extranjeros de todo tipo, incluidos los de muchas dictaduras, de modo que se mantenían alejados de cualquier comentario ajeno al armamento y el material. En aquellos momentos, los comunistas eran los únicos enemigos y cualquier anticomunista, sin distinción de pelaje, su aliado.

Las películas bélicas norteamericanas ambientadas en la segunda guerra mundial habían exaltado las virtudes de la libertad y la democracia para contraponerse a los nazis. El nuevo cine americano prefería los argumentos donde los hombres de la ley perseguían a torvos espías soviéticos. Lo importante ya no era ser demócrata sino anticomunista y el régimen español aprovechaba la coyuntura, declarándose más anticomunista que nadie. El franquismo había logrado su coartada y ya no necesitaba arrepentirse de haber simpatizado con Hitler y Mussolini. La guerra civil aparecía como una campaña contra el comunismo. El mismo senador McCarran visitó Madrid y declaró que España les había mostrado el camino que se debía seguir contra los comunistas.

El cine español de los años cincuenta da fe de ello. La guerra fría arrinconó a los republicanos como personificación del mal en el celuloide. Ahora, los ataques se centraron contra el comunismo y todos los republicanos españoles fueron vistos como comunistas o

compañeros de viaje. Anarquistas, socialistas, liberales y nacionalistas habían desaparecido como el humo. Expresiones de este nuevo entusiasmo fueron las películas *Murió hace quince años* (1954) y *El canto del gallo* (1955) de Rafael Gil, *Lo que nunca muere* (1954) de Julio Salvador, *Embajadores en el infierno* (1956) de José Mª. Forqué, *Rapsodia de sangre* (1957) de A. Isasi Isasmendi y *Suspenso en comunismo* (1958) de Eduardo Manzanas.

Una vez que las unidades cercanas a Madrid estuvieron equipadas con material americano, no se pensó en ellas como una reserva estratégica sino como en un instrumento para controlar una posible sublevación de Madrid. Desde entonces, la división Acorazada Brunete acaparó los pensamientos del poder y de la oposición, porque su potencia de combate no tenía igual en España. Como nunca abandonaron sus referencias al 18 de julio, los franquistas más acérrimos consideraban que, si un día, la subversión se alzaba en la capital de España, la Brunete podría controlarla y en la revista *Ejército* aparecieron artículos sobre el empleo de los transportes blindados en el orden público.

La modernización del equipo fue parcial en otras unidades; bastantes regimientos apenas recibieron algunas migajas y, en los años cincuenta, conservaron sus viejos mosquetones y ametralladoras de 7 mm, correajes de tres enormes cartucheras, mientras su único medio de transporte eran las alpargatas de esparto. Eso sí, modernizadas con un refuerzo de caucho.

A los diez años del pacto con los Estados Unidos, diez divisiones de Infantería habían sido reorganizadas y remozadas; sin embargo, ninguna de ellas contaba con el material en plantilla. Únicamente estaba bien equipada la Guadarrama n.º 11, aunque todavía carecía de muchos elementos esenciales para librar un combate moderno.

## REGRESAN LOS PRISIONEROS DE RUSIA

En marzo de 1953 murió Stalin y sus colaboradores iniciaron la desestalinización que concedió la libertad a numerosos presos, entre ellos, algunos prisioneros de la División Azul, a los que se había dado por muertos en España, donde la noticia de su regreso fue

aireada por todos los medios. Cuando el buque *Semíramis*, que los transportaba, entró el 2 de abril de 1954 en el puerto de Barcelona, una multitud aguardaba en el muelle. En primera fila figuraban el general Muñoz Grandes, ministro del Ejército y antiguo jefe de la División, y Torcuato Fernández-Miranda, ministro del Movimiento. Eduardo González Gallarza, ministro del Aire, no apareció, como había anunciado, a pesar de que regresaban tres componentes de la Escuadrilla Azul; monárquico partidario de Juan de Borbón, era un sólido adversario de Muñoz Grandes, antimonárquico radical.

A las 19.30, los repatriados comenzaron a desembarcar entre el entusiasmo de la multitud y fueron instalados en autocares que debían trasladarlos a la basílica de la Merced, donde se rezaría una Salve. Desde entonces, el acontecimiento discurrió por oscuros vericuetos[3]. Ante el desconcierto del arzobispo Modrego, que esperaba en la iglesia, sólo aparecieron algunos repatriados llegados por su cuenta, mientras que los ministros y el grueso de la expedición no hacían acto de presencia. Finalmente el obispo entonó la Salve, con la concurrencia presente, y allí terminó el acto.

Los autocares no se habían dirigido a la basílica sino al hospital militar, donde apareció el teniente coronel Tomás García Rebull, delegado nacional de Excombatientes. Sin que nadie supiera cuál sería el siguiente paso, en el hospital entregaron a los repatriados alguna ropa, chocolate, tabaco, fruta, turrón, les tomaron los datos y les libraron un pasaporte militar para sus lugares de residencia.

En la estación de Francia había un tren preparado para ellos y la Hermandad de la División Azul tenía preparado un recibimiento apoteósico en Madrid, que debía culminar cuando Muñoz Grandes y los repatriados visitaran a Franco. Sin embargo, cuando los hombres llegaron a la estación barcelonesa, apareció la Policía Armada que les impidió subirse al tren, sin dar explicaciones. Ante la desconcertante situación, los miembros de la Hermandad de Barcelona tomaron a los repatriados a su cargo, alojándolos en diversas pensiones. Nadie sabía dónde estaban los ministros y García Rebull se esfumó después de asegurar que la Delegación Nacional de Excombatientes pagaría los gastos de alojamiento y comida. Al día siguiente, algunos repatriados buscaron inútilmente su tren en la estación y miembros de la Hermandad de Madrid se pusieron en contacto con el gobernador civil de Barcelona, Acedo

Colunga, que no quiso recibirlos ni dio explicaciones.

Se perdió en el olvido la visita a Franco de Muñoz Grandes, al frente de sus antiguos soldados. El generalísimo sentía un extraño respeto por su propio ministro del Ejército, a quien dejaba hacer, aunque criticaba duramente su gestión en el ministerio, comparándolo con un caballo en una cacharrería, en el círculo de sus íntimos. Franco-Salgado y Camilo Alonso Vega lo consideraban un personaje peligroso si Franco moría o quedaba incapacitado; también estaba enfrentado con Girón, a quien consideraba un demagogo, y era muy bien visto por los veteranos de la División Azul y sectores falangistas minoritarios, atraídos por su prestigio militar y antimonarquismo.

Diversos alcaldes organizaron homenajes y recibidas a los repatriados y, el 8 de diciembre, fiesta de la Infantería, el Ayuntamiento de Madrid recibió públicamente a algunos de ellos. Cuando en las fotografías del acto apareció Léon Degrelle, jefe de la legión fascista valona y general de las SS, el Gobierno belga protestó oficialmente porque un criminal de guerra, condenado a muerte en rebeldía, no sólo recibiera asilo en España sino que fuera invitado por las autoridades a un acto oficial.

NO-DO

rodó un reportaje monográfico sobre la llegada de los repatriados al puerto de Barcelona, *Regreso a la Patria*, que fue exhibido en toda España[4]. Claramente manipulado, exaltaba más a Franco que a la División Azul, no mencionaba la Falange y evitaba que aparecieran sus símbolos. El locutor citaba a Fernández-Cuesta antes que a Muñoz Grandes, de quien decía que era ministro del Ejército, sin aludir a su antiguo mando sobre la División.

El regreso también tuvo su expresión en el cine, que trató sobre la División Azul en *La patrulla* (1954), de Pedro Lazaga, y *La espera*, de Vicente Lluch (1956), sobre la vivencia de quienes quedaron en España.

El protagonismo recayó sobre el capitán Teodoro Palacios Cueto, repatriado más significativo, cuyas memorias, escritas en colaboración con Torcuato Luca de Tena, se publicaron en 1955, con el título *Embajador en el infierno. Once años de cautiverio en Rusia* (Madrid, 1955). Ya fuera de juego Muñoz Grandes, todo fueron parabienes; el libro fue Premio Nacional de Literatura,

premio *Ejército* de 1955 y el capitán Palacios recibió la Laureada de manos de Franco por su comportamiento en la batalla de Krasnyj-Bor. En 1956 fue llevado al cine por José Mª Forqué, cuya película ya citada, *Embajadores en el infierno*, logró enorme éxito y consolidó la fama de Palacios. Para el rodaje se utilizó la Escuela de Aplicación y Tiro de Infantería, de Hoyo de Manzanares, y los barracones de madera donde vivía la tropa española sirvieron para simular el campo de concentración soviético. A nadie pareció ocurrírsele un comentario.

Menor relieve «mediático» tuvo otro libro de memorias, publicado en 1958 por Gerardo Oroquieta Albiol y César García Sánchez. Los únicos que lo devoraron fueron los militares, como habían hecho con el libro de Palacios, porque Oroquieta era otro capitán repatriado y, como nunca faltan los envidiosos, algunos opinaron que reunía más méritos que Palacios, aunque éste había sabido promocionarse mejor. Comparación que era sólo una maldad de gentes aburridas.

Tras el regreso, debió repararse una perversidad burocrática. Algunos oficiales habían marchado a Rusia como provisionales y, una vez repatriados, no eran profesionales del Ejército. El problema se resolvió «transformándolos» con un pequeño cursillo en la Academia, una solemne entrega de despachos y la integración en la categoría correspondiente. Luego se perdieron en el tedio de los escalafones.

## MUÑOZ GRANDES EN EL MINISTERIO

Según los periódicos españoles, la ayuda norteamericana a nuestro país era más importante que muchas otras. Era falso, porque durante los diez primeros años, Francia y Gran Bretaña recibieron diez veces más, Italia cuatro, Alemania tres, Grecia y Turquía el doble. La ayuda fue más importante en la Marina y la Aviación, resultando muy corta en Tierra, que se transformó mucho menos, aunque pudo contar con sus primeros materiales en buen uso, recibiéndose escasos fondos en los contratos para modernizar la industria militar.

Como habían hecho sus antecesores, Muñoz Grandes también

reorganizó el Ejército, aunque muy limitadamente, a pesar de que el nuevo material americano propiciaba una renovación más profunda. Como el Ejército carecía aún de reglamentos tácticos se publicó la *Doctrina para el Empleo de las Armas y los Servicios*, destinada a servir de guía a los sucesivos reglamentos que ignoraron la existencia de las armas nucleares y los nuevos factores que éstas introducían en las consideraciones bélicas. Por primera vez desde los años treinta se realizaron grandes maniobras, la llamada *Operación Castillo*, en la cuenca del Duero, con tropas de las regiones
militares I
(Madrid) y VI (Burgos).

La llamada Ley del Voluntariado[5] intentó captar a jóvenes de clases trabajadoras para que siguieran la profesión militar con el fin de rejuvenecer el Cuerpo de Suboficiales. Se les prometió que podrían promocionarse hasta sargento y, posteriormente, convertirse en oficiales. A tal fin se transformó la antigua Academia de Suboficiales de Villaverde (Madrid) en Academia Auxiliar Militar. El nuevo centro asumiría las funciones del antiguo, que transformaba sargentos en oficiales de la Escala Activa y, además, formaría a los oficiales de la Escala Auxiliar y prepararía a los cabos 1.º y a los sargentos de complemento para las oposiciones libres en la Academia General[6]. El proyecto atrajo momentáneamente a bastantes muchachos, que ingresaron en los regimientos con la intención de convertirse en sargentos. Como había sucedido años antes con los voluntarios de Automovilismo, todo quedó en promesas. Los soldados voluntarios llegaron rápidamente a cabo 1.º y allí se estancaron, porque apenas si se convocaron algunas plazas anuales de sargento. Se encontraron comprometidos, mal tratados y con un sueldo que ni siquiera llegaba a ser miserable, porque apenas sobrepasaba lo simbólico. El reclamo perdió su encanto y la mayoría de los voluntarios abandonó el servicio al terminar el compromiso. Sólo quedaron en filas los más pobres, dispuestos a aguantar, comiendo el rancho, hasta que, un día impreciso, los convocaran para el examen de sargento.

La reorganización de Muñoz Grandes quedó reducida a agrupar los regimientos de Caballería y los batallones de montaña, reducir la división acorazada, reestructurar las tropas de África y crear dos

nuevas unidades: el regimiento de transmisiones y la primera bandera paracaidista de Tierra, que fue su aportación más original.

## FORJA, ENTRE LA MÍSTICA Y LA MILICIA

Las inquietudes de algunos oficiales jóvenes seguían concentrándose en Forja, que pronto evolucionó hasta bordear la ortodoxia política. En la reunión celebrada en el castillo de Coca, durante la Semana Santa de 1951, el padre Llanos propuso convertir la organización en un instituto secular católico y desvincularse de la obediencia a una única opción política, lo que provocó la protesta y escisión de algunos falangistas. El instituto secular se llamó Milicia Española de Cristo, fue aprobado por el vicario general castrense y sólo integró a los miembros más comprometidos, mientras los restantes continuaron en Forja, cuyo nombre acabó imponiéndose a las diversas ramificaciones y grupos.

En 1952 abandonaron los símbolos falangistas, que les habían distinguido inicialmente, y luego se desvincularon del Colegio del Frente de Juventudes, perdiendo todos sus apoyos; algunos miembros más abandonaron la organización. Forja lograba presencia en las academias militares, donde sus miembros influían en el Apostolado Castrense, controlaban muchas actividades recreativas y culturales y las redacciones de las revistas *Armas* y *Víctor*, publicaciones, respectivamente, de las academias generales de Tierra y de Aire.

En 1954, al concentrarse todas las academias para desfilar en Madrid, Forja celebró una gran reunión de miembros y simpatizantes presidida por el general Mariano Alonso, que no pertenecía a la organización, aunque sí sus dos hijos cadetes, los hermanos Alonso Baquer. Los altos mandos no prestaron atención al acto, al tratarse de reuniones de cadetes católicos y falangistas.

Al margen de estos conciliábulos, se hacían cábalas políticas, desde que Gil Robles convenció a Juan de Borbón para que reavivara su mortecina actividad política. Franco, con más de 60 años, parecía estar en buena forma y se mantenían las incógnitas sobre su futuro sucesor, porque Juan Carlos de Borbón estudiaba en España sin ningún título oficial y el jefe de la dinastía era su padre.

Años atrás habían cesado las intrigas de los generales monárquicos, aunque la polémica sólo estaba congelada. El ministro del Ejército, Muñoz Grandes, era un conocido antimonárquico, mientras que el del Aire, Eduardo González Gallarza, era un notorio juanista que, en febrero de 1954, aprovechó la audiencia concedida por Franco a una comisión de generales para plantearle abiertamente el problema de la sucesión, sin que el generalísimo respondiera ni con insinuaciones.

## EL NACIMIENTO DE LOS «PARACAS».

El viejo sueño paracaidista de Salas Larrazábal se había congelado. Sólo existía la escuela de paracaidismo Menéndez Parada en Alcantarilla[7] y una compañía de tropa del Ejército del Aire. En el Ejército español nadie parecía interesarse por este tipo de soldados, considerados fuerzas de elite en todos los Ejércitos, hasta que la guerra de Indochina resaltó a los paracaidistas de la Légion Étrangère. La idea de crear paracaidistas tomó cuerpo en algunos generales y se pensó en convertir en paracaidista una bandera de cada tercio de la Legión, hasta que las dificultades hicieron abandonar el proyecto.

Tomás Pallás Sierra, un comandante de Infantería, se ilusionó también con la idea y comenzó a remover cielo y tierra para formar paracaidistas de Tierra. En principio, el ministro Muñoz Grandes no lo tomó en consideración; para fuerzas especiales, ya bastaba con la Legión, donde el mismo Pallás estaba destinado. Éste era un tipo tesonero y no cedió, amparado en el prestigio de una medalla militar, conseguida durante la guerra civil. Tras mucho insistir, logró el permiso de Muñoz Grandes para reclutar personal para la que sería primera unidad de paracaidistas del Ejército de Tierra[8]. La noticia removió el estático ambiente de los cuarteles, porque el paracaidismo se consideraba entonces en España algo así como un deporte cercano al suicidio, a pesar de lo cual surgieron voluntarios[9], muchos de ellos procedentes del 2.º tercio de la Legión, el mismo del que venía Pallás.

Éste impuso un código de conducta que unía la observancia de los valores legionarios y los religiosos con una vida sana, con

práctica de deportes y alejada de los vicios y defectos corrientes entre legionarios: el juego, el alcohol, la grifa y las prostitutas. Culminados los duros entrenamientos, los primeros paracaidistas se lanzaron por primera vez, el 23 de febrero de 1954, desde un arcaico Junker
JU-52
, único tipo de avión disponible en España, donde sólo cabían doce paracaidistas.

Los nuevos soldados recibieron un título pomposo[10], un sueldo regular y un uniforme moderno al que se incorporaban elementos extraños para diferenciar del resto de la tropa a aquellos soldados, que pronto fueron conocidos como *paracas*. Más tarde, el uniforme se consolidó con un diseño elegante y moderno, obra de los propios oficiales paracaidistas. Era parecido al de los oficiales del Ejército, pero con notables diferencias, como corbata y una boina negra, que se convirtió en símbolo de la unidad. Su prestancia hizo que lo utilizaran todos los componentes del cuerpo, jefes incluidos, lo que era inhabitual en España, aunque la adopción resultó laboriosa, porque Muñoz Grandes se empeñó en revisar y aprobar cada una de las prendas, lo que le costó a Pallás complicadas discusiones.

La unidad no contó con excesivas ayudas oficiales y debió superar graves problemas, entre ellos el que numerosos hombres reclutados en la Legión no se adaptaban al nuevo código moral que les impedía conservar sus vicios. El primer alojamiento fue un antiguo cuartel de Caballería en Alcalá de Henares, sin otros muebles que las camas y lleno de ratas. La primera tarea de aquella fuerza de elite fue hacer habitable el caserón inhóspito, mientras los oficiales procuraban inculcar un nuevo espíritu, entre tal penuria que cuando Pallás necesitaba resolver algunos de sus innumerables trámites burocráticos en Madrid, debía trasladarse en la ambulancia, único vehículo en funcionamiento de la flamante unidad.

Superaron constantes dificultades con escasos medios y a base de entusiasmo. Pallás procedía de los provisionales, mientras que las exigencias físicas impusieron que los restantes oficiales fueran hombres jóvenes, que encontraron allí el ambiente que estaban buscando para escapar de la rutina cuartelera. Pasaban mucho tiempo en el cuartel, trabajaban continuamente con sus hombres, a

quienes exigían gran disciplina y daban clases de cultura general. La insatisfacción profesional encontraba en los paracaidistas un eficiente remedio, porque estos jóvenes oficiales, al no tener otro jefe directo que Pallás, se libraban de la rutina que atosigaba los cuarteles. Ser voluntarios, eliminar los vicios corrientes en la Legión, necesitar encontrarse en perfecta forma física y probarse periódicamente en los saltos, mantuvo en ellos un espíritu renovado y entusiasta que hizo de los paracaidistas la mejor unidad española.

Su primera apuesta fue diferenciarse de la Legión, de donde procedían muchos de ellos, aunque mantuvieron algunos de sus símbolos, como la camisa de uniforme y dos mascotas, un borrego y una mona. A ésta la lanzaban también con un pequeño paracaídas y, en una ocasión, cayó libre desde 300 metros sin matarse.

El primer batallón se llamó bandera, como en la Legión, y recibió el nombre de un antiguo aventurero: Roger de Flor. La unidad combinó las actividades militares con prácticas religiosas y, como lanzarse con paracaídas suponía un riesgo, muchos paracaidistas confesaban y comulgaban los días de salto. En julio de 1953, intervinieron en la Operación Castillo, primeras grandes maniobras realizadas después de la guerra. Se configuraban como una fuerza moderna y un oasis de eficacia, aunque carecían de casi todo. Su fama atrajo a numerosos oficiales ansiosos de desarrollar sus ilusiones profesionales alejándose de la rutina. El sueldo era mejor, sobre todo para la tropa, que además recibía una buena comida y equipo superior al resto.

## COMPLICACIONES COLONIALES

El independentismo se había endurecido en Argelia y el Marruecos francés, donde, en 1955, las guerrillas habían formado un Ejército de Liberación, cuyos santuarios estaban en la zona española, con una base en Nador, y pasaban hombres y armas a través de la frontera. La inquietud de los militares españoles del protectorado era ya muy grande y las autoridades no parecían tenerlo en cuenta, convencidas de que la agitación era sólo contra los franceses y de que la dureza del Istiqlal contra las bases americanas reforzaba la importancia de las instaladas en España.

La deportación de Mohammed V había irritado a la izquierda y centroizquierda francesas, a gran parte de los marroquíes, a los países árabes, y levantado críticas en las Naciones Unidas. El Gobierno español creyó poder librarse del vendaval descolonizador declarándose favorable a los intereses musulmanes, hasta el extremo de que García-Valiño desvinculó sus acciones de la autoridad del llamado «sultán títere».

Escapando de los franceses, muchos nacionalistas se habían refugiado en el África occidental española, separada administrativamente del protectorado. El gobernador general, general Pardo de Santayana, dependía del director general de Marruecos y Colonias, general Díaz de Villegas, subordinado, a su vez, a Carrero Blanco, hombre convencido de que España podía desarrollar su propia política navalista y colonial[11]. A finales de 1954 las actividades de los refugiados preocuparon a Pardo de Santayana, que informó a sus superiores en Madrid, sin obtener respuesta porque la última palabra en los asuntos africanos correspondía a Franco y Carrero Blanco. Como Madrid no contestaba y García-Valiño protegía a los independentistas en Marruecos, Pardo de Santayana tomó la salomónica decisión de trasladar los refugiados a Villa Cisneros, situada al sur del Sáhara y el punto más alejado de Marruecos. Era un experimentado y antipático colonialista al que las decisiones de Madrid impedían conducir la política según su criterio y las informaciones que recibía.

La situación se complicaba extraordinariamente en la zona francesa. El Gobierno de París capeó dificultosamente el temporal y «quemó» a tres sucesivos residentes generales mientras la escalada terrorista se cebaba en los colonos. Finalmente, en agosto de 1955, decidió iniciar conversaciones para crear un «Consejo de Trono». El 1 de octubre dimitió el anciano sultán Ben Arafa, y Mohammed V fue liberado del destierro y trasladado a Niza. Francia prefería liberar el protectorado de Marruecos para concentrar sus esfuerzos en la conservación de Argelia, que era un departamento francés. Las conversaciones concluyeron en noviembre cuando el Gobierno de Edgar Faure acordó conceder, el próximo 2 de marzo de 1956, la

independencia a Marruecos, donde se formaría un Ejército real, instruido por oficiales franceses.

Tanto El Pardo como García-Valiño fueron sorprendidos por las conversaciones y el Gobierno envió una nota de protesta a París, a la que no se le hizo el menor caso en respuesta a la actitud española de los últimos años. El Gobierno español decidió actuar por su cuenta y cerró la frontera entre ambas zonas; en plena ruptura, la aviación francesa dio varias pasadas sobre un zoco de la zona española y varias granadas de artillería cayeron a este lado de la línea fronteriza, al parecer, sin mayores consecuencias.

Franco declaró en diciembre de 1955 a la Agencia EFE que la autorización de partidos políticos en Marruecos destruiría la paz y libertad y acabaría con el propio sultán porque el comunismo entraría en el país por la puerta de la democracia «orgánica», como él llamaba a la democracia liberal.

La agitación independentista se extendió a la zona española, con huelgas en Minas del Rif y manifestaciones en Melilla y Arcila. Franco criticó al alto comisario, pero no tomó ninguna medida y declaró privadamente que hacía falta 25 años para que Marruecos pudiera independizarse. En el África occidental, la población estaba inquieta por el establecimiento de un nuevo tributo cuya recaudación se encargó a la Policía Territorial, mientras nuevos refugiados políticos, procedentes de la zona francesa, trataban de aprovechar la situación y presionar para que el África occidental siguiera la suerte de Marruecos.

El 2 de enero de 1956, en el poblado de Sidi Inno, al sur de Ifni, se produjo el primer incidente cuando un grupo de nativos intentó izar la bandera marroquí en la mezquita y, al tratar de impedirlo, un cabo español de la Policía Territorial fue asesinado por sus propios soldados indígenas. Los refuerzos militares españoles restablecieron el orden a costa de cuatro nativos muertos, unos cuantos heridos y 30 detenidos, que fueron conducidos a Sidi Ifni y entregados a un juez militar. Entonces chocaron las jurisdicciones del gobernador general y el capitán general de Canarias. Éste, como autoridad judicial militar, ordenó poner en libertad a 9 de los detenidos, pero Pardo de Santayana los mantuvo en prisión. Su visión de los problemas era más cercana a la realidad, pero debía luchar con la política apaciguadora de Madrid y las ansias de poder

de la capitanía general de Canarias.

Cuando se produjeron disturbios en Tetuán, Alcazarquivir y Larache, con muertos y heridos, García-Valiño los atribuyó a una maniobra comunista, cerró el periódico independentista, ordenó unas cuantas detenciones y, el 19 de enero, anunció la ruptura entre las dos zonas del protectorado, maniobra disparatada y sin ninguna posibilidad de prosperar. El Gobierno refrendó la maniobra de García-Valiño, que no había obrado por su cuenta, y autorizó[12] al alto comisario a ejercer la administración con independencia de las autoridades de Fez.

Cada día los oficiales estaban más inquietos porque detectaban un gran crecimiento de la opinión independentista, aunque parte de la colonia española se hacía la ilusión de que la mayoría de los naturales preferían la dominación, que invertía dinero en el territorio, a una independencia de impredecibles resultados. Como habían acordado el Gobierno francés y el sultán, el 2 de marzo Marruecos pasó a ser independiente, aunque nada cambió en la zona española. La política colonial de El Pardo exprimía sus concepciones hasta la última gota del absurdo.

El 6 de marzo, cuatro días después de proclamarse independiente la zona francesa, Addeljalak Torres promovió disturbios en Tetuán, que se extienden a Alcazarquivir y Larache donde la multitud incendió el Casino Español y la tropa disparó causando muertos y heridos. Torres rompió sus relaciones con García-Valiño; el jalifa, saltándose sus órdenes y el Decreto Ley español de separación de las dos zonas, declaró que sólo actuaría como representante del sultán. La situación se había complicado tanto que García-Valiño liberó a los detenidos y el 15 de marzo Franco cursó una invitación oficial a Mohammed V para que visitara España.

El 17 llegó a Madrid el jalifa Muley Hassan Ben el Mehdi, que fue recibido por Franco aquel mismo día, y el 2 de abril llegó Al-lal el Farsi, presidente del comité ejecutivo del Istiqlal. No se informó sobre lo tratado y los mandos militares de África recibieron instrucciones de no actuar, no provocar situaciones difíciles y emplear con la tropa indígena medidas persuasivas.

Las tropas españolas en Marruecos eran muy numerosas. Se elevaban a cuatro divisiones de Infantería, una brigada de Caballería, un regimiento de carros y tres de Artillería. En total, 66 800 hombres, de los que 44 200 estaban desplegados en territorio del protectorado y los 22 600 restantes en Ceuta y Melilla, que eran plazas de soberanía española. La inquietud hacía presa en los cuarteles, sobre todo en Regulares, donde los soldados marroquíes se entretenían en conciliábulos, sin que los oficiales pudieran responder ni tomar medidas. La inquietud se convirtió en angustia para los militares españoles de las *mejaznías*, una policía indígena rural; estaban aislados entre marroquíes, sin recibir respuestas de sus superiores, que les recomendaban calma y esperar. El sistema funcionaba con órdenes desde arriba, pero «arriba» permanecían en silencio, dejando pudrirse el problema.

El mismo Gobierno desconocía las intenciones de Franco. En el consejo de ministros del 3 de abril hizo un críptico comentario sobre Marruecos, que podía interpretarse como la voluntad de conceder la independencia, pero también como todo lo contrario.

Al día siguiente, Mohammed V tomó tierra en Barajas, acompañado por dos de sus hijos y un importante séquito, al que se sumó el del jalifa que ya estaba en España. Franco recibió al sultán a pie de pista, aunque sin prestarle los honores de jefe de Estado. La entrevista no pudo empezar con menos acierto porque el dictador se mostró descortés y el sultán respondió agresivamente, hasta casi llegar a un enfrentamiento verbal. Mohammed y sus acompañantes fueron alojados en el palacio de La Moncloa y, aquella misma tarde, dos delegaciones iniciaron duras conversaciones en el Palacio de Santa Cruz.

Forcejearon durante dos días, hasta redactar una declaración conjunta que acordó la independencia de Marruecos sin restricciones, comprometiéndose España a participar en la formación del nuevo Ejército con armas e instructores. La voluntad colonialista sólo pudo preservar algunos territorios, porque los españoles argumentaron que Ifni había sido cedido a perpetuidad y que los sultanes de Marruecos jamás habían dominado al sur del río Draa. Las discusiones no se extendieron sobre el África occidental, que fue excluida de la soberanía marroquí y la independencia,

excepto la zona norte del Sáhara o Tarfaya, porque, medio siglo antes, los acuerdos hispanofranceses la habían definido como «zona del sur del protectorado».

El 7,
Mohammed V
partió en un avión militar español para visitar Granada, Córdoba y Sevilla. Terminada la gira voló a Tetuán, donde entró triunfalmente. La frontera entre ambas zonas fue eliminada el 11 y Addeljalak Torres fue nombrado embajador de Marruecos en Madrid.

Tarfaya, sólo momentáneamente, y definitivamente Río de Oro e Ifni continuarían bajo dominación española; eran amplios espacios desérticos o semidesérticos, con una guarnición de Policía Territorial formada por españoles e indígenas, cuya falta de vehículos sólo permitía motorizar una compañía, de modo que el resto se limitaba a guarnecer los pozos. Estas tropas dependían de la delegación del Gobierno, tenían un estatuto semimilitar y estaban equipadas con un armamento deficiente. El conjunto formaba una agrupación o regimiento, con cuatro grupos o batallones, uno en Ifni y tres en el Sáhara, con las cabeceras respectivamente en Sidi Ifni, Cabo Juby, El Aaiún y Villa Cisneros; algunas unidades del desierto estaban montadas en dromedarios. La aviación del Sector Aéreo Ifni-Sáhara dependía de la Zona Aérea de Canarias y se reducía a una escuadrilla de 3 a 5 Junkers Ju 52 y otra de Heinkel 111, que volaban de milagro, gracias al trabajo continuo de los mecánicos. Ambos descendían de aviones alemanes, que habían volado en la guerra civil y en la segunda guerra mundial, de los cuales se construyeron réplicas en la CASA de Sevilla a un ritmo tan lento que ya salieron anticuados de fábrica. Los Junkers contaban con motores españoles, inspirados en los de los cazas soviéticos de la guerra civil. Los Heinkel se inspiraron en el tipo H, mejor que el tipo B que había combatido en España; los primeros construidos en Sevilla recibieron motores alemanes Jumo y al hundirse Alemania se optó por los ingleses Merlin de Rolls Royce[13].

## LOS PARACAIDISTAS VIAJAN

Mientras sus hombres se organizaban en Alcalá, Pallás, el fundador

y jefe de la bandera paracaidista, se había perfeccionado profesionalmente: realizó más de 50 saltos, permaneció en la escuela francesa de Pau e hizo el curso francés de paracaidista. En 1955 el Ministerio del Ejército decidió crear la Agrupación de Banderas Paracaidistas, sumando la bandera existente y otra de nueva creación, llamada Roger de Lauria. Pallás era todavía comandante y, como el rígido sistema de ascenso por antigüedad impedía su promoción, fue destinado a mandar la Agrupación el teniente coronel Ignacio Crespo del Castillo, que tomó posesión en enero de 1956. Su designación expresaba la fuerza de la inercia burocrática que no atendía a los méritos de Pallás y era fruto del rígido sistema de escalafón impuesto por Franco y Varela, cuando ambos debían su carrera a los ascensos por méritos. Crespo del Castillo era veterano de la guerra civil y de la División Azul, aunque sin ninguna experiencia paracaidista, y Pallás lo recibió de uñas. Pronto estalló una guerra entre ambos, que dividió a los oficiales.

En pleno reclutamiento de voluntarios para formar la segunda bandera, el 14 de abril, llegó la orden de que la primera bandera tomara un convoy de vetustos camiones militares, que la conduciría a Cádiz, donde debía embarcar con destino a Sidi Ifni. Sin embargo, las autoridades españolas reaccionaban muy lentamente ante la independencia de Marruecos y los paracaidistas perdieron muchos días en Cádiz esperando el barco.

Sidi Ifni era un polvoriento poblachón, capital de un territorio semidesértico, la mitad de extenso que la provincia de Álava, habitado por unos 40 000 indígenas y menos de 10 000 españoles, mayoritariamente militares, con algunos funcionarios, comerciantes, pescadores y empleados, en gran parte canarios. Ni su economía ni su importancia estratégica parecían justificar el crecido coste que generaba aquella colonia, ocupada por España en 1934 por motivos sentimentales y patrióticos. La capital concentraba la mayor parte de los servicios y contaba con club náutico, casino, un cine y otras instalaciones para el esparcimiento de los españoles. Disponía de un pequeño aeropuerto pero carecía de puerto y el transbordo desde los barcos a la playa se hacía en *carabaos*, barcas de pesca indígenas movidas a remo. Contaba con unos 7000 habitantes, la mitad indígenas agrupados en un barrio de casas de adobe, en cuya parte cercana a la playa estaban las casas de mala

nota, donde los sábados y festivos podía verse a soldados españoles.

La tropa más numerosa era el grupo de Tiradores de Ifni, formado a semejanza de los Regulares, con oficiales españoles y tropa indígena. Se trataba de un regimiento con cuatro tabores o batallones, tres en Sidi Ifni y uno en El Aaiún. Durante los últimos tiempos, las precauciones habían hecho sustituir muchos soldados indígenas por españoles.

Otra fuerza característica era el grupo que desempeñaba las funciones ordinarias de seguridad de todo el territorio, ya que no existía policía civil. Lo integraban profesionales indígenas y soldados españoles de quinta que cobraban un buen sueldo, y estaban armados con armamento ligero muy antiguo y deficiente. Las restantes tropas eran europeas: un grupo de Artillería dotado de viejo obuses, ingenieros, intendencia y servicios. La mayor parte de la guarnición se concentraba en la capital mientras pequeños destacamentos de la Policía Territorial guarnecían los puestos del interior, pedregoso y seco, poblado de cactus y plantas salvajes que alimentaban a los asnos, dromedarios y cabras, y ralos cultivos de cebada.

# CAPÍTULO XII

# Rifirrafes cortesanos

## FALANGISTAS, DEMOCRISTIANOS Y GENERALES

Ya en 1942, cuando cayó Serrano Suñer, la Falange perdió la batalla de sustituir la dictadura personal de Franco por un verdadero Estado fascista y su proyecto quedó definitivamente enterrado en 1945, con la derrota del Eje. No por ello perdieron los falangistas sus ambiciones políticas y, formados en un doctrinario antimonarquismo, mostraron especial inquietud cuando Juan Carlos de Borbón ingresó como cadete en la Academia General el 15 de septiembre de 1955. Si Franco lo enviaba a Zaragoza, podría convertirlo en rey, dando al traste con las últimas esperanzas del Partido. En realidad, Franco deseaba instaurar una monarquía que se apoyara en una Falange domesticada, pero su hermetismo era tanto que ni sus ministros conocían cuáles eran sus intenciones.

Mientras los falangistas hacían cábalas, Juan Carlos se convirtió en cadete. Aunque Franco podía nombrarlo directamente por decreto, su preceptor, el teniente general Carlos Martínez Campos, prefirió que sufriera el examen de ingreso, donde el tribunal le tuvo consideración porque sus conocimientos matemáticos eran inferiores a la media de los aspirantes, que llevaban dos o tres años preparando la oposición. Era un muchacho delgado, rubio y muy alto para la media, sin ningún título reconocido oficialmente en

España, aunque la gente solía llamarle «el príncipe». Su ingreso en la Academia revistió algunos elementos distintivos, porque llegó acompañado por Martínez Campos, y ambos pasaron directamente al despacho del director, general Emilio Alamán Ortega[1]. El plan de estudios previsto para el nuevo cadete comprendía dos cursos en la General, uno en la Academia del Aire, uno en la Escuela Naval, dos en la facultad de Políticas y Económicas, cursillos en las escuelas de Agrónomos, Industriales y Minas, y prácticas en Presidencia. Franco se había opuesto a las intenciones de Juan de Borbón, que deseaba enviar a su hijo a estudiar Sociología a la Universidad Católica de Lovaina. Nada se había establecido oficialmente y se desconocía si Franco pensaba entregar el trono a Juan de Borbón o a Juan Carlos; sin embargo, el plan de estudios que le había diseñado dejaba claro que lo preparaba para reinar, dándole una educación basada en la enseñanza militar. Franco pensaba que la condición militar prestaba unas garantías insustituibles. Cuando Eisenhower ganó las elecciones americanas, su veredicto fue muy claro: «Por lo menos, es un general». Si un nieto de
Alfonso XIII
debía ser rey de España, había que educarlo en la Academia.

El nuevo cadete hizo la misma vida que sus compañeros, con algún privilegio: figuraba en las listas con el título de Alteza Real y así le llamaban los profesores; no dormía en la nave común sino en una pequeña habitación muy espartana, y los fines de semana no se trasladaba a la ciudad en el atiborrado tranvía, sino en un coche oficial con chófer. El rígido y antipático Martínez Campos se instaló en un hotel de Zaragoza desde donde vigilaba la vida de su pupilo, al que invitaba a comer algunos domingos. Por lo demás, el «caballero cadete Borbón» era uno más en la dura sucesión de clases, ejercicios, marchas y vida en común. Soportó las mismas novatadas que los otros, compartió la mesa del comedor con otros nueve compañeros, sufrió las rozaduras de las botas[2] y los inconvenientes del vetusto material, al que sólo alguna emisora de campaña ponía un punto de modernidad. Mantuvo relaciones normales con sus compañeros, que lo llamaban simplemente Juan[3] mientras él mantenía un trato muy franco y simpático, aunque no faltaron cadetes falangistas o franquistas acérrimos que le

comentaron los insultos que la prensa española dirigía contra su padre, lo que ocasionó alguna pelea. Los profesores, aunque no le ahorraban los arrestos como a cualquier otro, lo trataban consideradamente y muchos aprovecharon la ocasión para fotografiarse con él, con cuidado de dejarlo siempre en el centro y la primera fila[4].

Cuando llevaba tres meses en Zaragoza juró la bandera que había bordado su propia bisabuela María Cristina. El 15 de diciembre de 1955, en una mañana de cielo cubierto, en el gran patio empedrado de la Academia General juraron los novatos y recibieron sus despachos de teniente los del último curso, cuyo número uno era Agustín Muñoz-Grandes Galilea, el hijo de Muñoz Grandes, que cuatro años antes había ingresado en circunstancias favorables. Su padre, el ministro del Ejército, había acudido a Zaragoza para presidir el acto. Los profesores habían distinguido a Juan Carlos haciendo que fuera el primero en besar la bandera; sin embargo Muñoz Grandes, llevado de su antimonarquismo, no mencionó su presencia en el aburrido discurso de rigor. Años más tarde, Agustín Muñoz-Grandes Galilea sería ayudante del rey Juan Carlos I

.

España había sido admitida como miembro de las Naciones Unidas en 1955 y, en 1956, ya presentó una petición para la devolución de Gibraltar, acompañándola con una ofensiva diplomática y propagandística que tuvo una curiosa repercusión. En el programa de oposiciones para el ingreso en la Academia General Militar, se incluyó una larga digresión obligatoria sobre Gibraltar, que comprendía su geografía e historia, su alevosa apropiación por los ingleses y hasta la forma de atacar y conquistar la Roca, apoyados por una «sombrilla de bombarderos», que España sólo tenía en la imaginación de los autores. Responder correctamente al tema obligado no incrementaba la nota del examen, pero responderlo mal suponía la inmediata eliminación.

La campaña a favor de la recuperación de Gibraltar contribuyó, como tantas veces, a excitar los ánimos de las bases falangistas, mientras los jefes del Partido se preocupaban por la posibilidad de que Franco instaurase finalmente la monarquía. Tenían la piel en carne viva al comprobar que el SEU perdía terreno en la

Universidad mientras prosperaba la tibia liberalización permitida por el equipo democristiano de Ruiz Giménez[5].

Los falangistas más duros se mostraban dispuestos a combatir la apertura y la chispa se produjo durante el 7 y el 8 de febrero de 1956, cuando provocaron varios alborotos que la Policía reprimió con su acostumbrada dureza. El 9, efeméride falangista del «Día del Estudiante Caído», se produjo un oscuro enfrentamiento entre falangistas y no falangistas, donde recibió un tiro de pistola un muchacho no universitario, afiliado a las Falanges Juveniles de Franco. La detonación fue seguida por otros disparos, la Policía disolvió el tumulto y practicó 50 detenciones.

El SEU y sus adláteres calentaron el ambiente asegurando que sus enemigos habían promovido un acto subversivo; se corrió el rumor de que preparaban una noche de cuchillos largos y algunos jefes locales repartieron armas. Los militares estaban atentos a cualquier acontecimiento donde aparecieran armas de fuego y el capitán general de Madrid, Miguel Rodrigo Martínez, informado sobre los rumores de una intervención falangista, tomó cartas en el asunto y aseguró: «Mientras yo sea capitán general, aquí no se mueve ni Dios». Después acudió a El Pardo, acompañado por Muñoz Grandes y Carlos Martínez Campos, el primero ministro del Ejército, y el segundo preceptor de Juan Carlos. Franco los recibió y escuchó sus quejas sin hacer mucho caso hasta que Muñoz Grandes le aseguró que, si los falangistas cometían un atentado, ordenaría al Ejército ocupar Madrid.

El dictador no deseaba que los generales se situaran en primer plano de la política con el pretexto de controlar el orden público. Sobre todo si dirigía la operación Muñoz Grandes secundado por Rodrigo, un personaje bragado, que nunca se arredró ante nadie. Para evitarlo, tomó cartas personalmente, ordenó al ministro de Gobernación que la Policía detuviera a los alborotadores e hizo suspender algunos artículos del Fuero de los Españoles.

Carrero Blanco publicó en *Arriba* un esclarecedor escrito, «Los sofismas de la libertad», donde quedaba claro que se había terminado la apertura política iniciada tres años antes. Efectivamente, Franco cerró la etapa con un doble cese salomónico; destituyó a Ruiz Giménez en Educación y a Fernández-Cuesta en el Movimiento. Para sustituir a éste, nombró ministro a Arrese, el

mismo hombre que, en 1942, había relevado a Serrano Suñer, y que ahora se creyó bastante fuerte para satisfacer sus ambiciones personales y las de los falangistas. Pretendía potenciar el Partido hasta convertirlo en futuro árbitro del régimen. Ignoraba que tropezaría con el poder militar, la misma piedra que hizo caer a Serrano Suñer.

## IGUALES, PERO DISTINTOS

Los generales[6] estaban al frente de un Ejército disciplinado y uniforme, aunque tremendamente complejo, cuya realidad transcurría por derroteros distintos según afectara a los altos mandos, al cuerpo de oficiales, a suboficiales o a la tropa.

La Guardia Civil tenía toda la estructura de las armas, sin embargo sólo pertenecía parcialmente al Ejército y desarrollaba una vida aparte, distribuida en pequeñas unidades repartidas por toda España. Se denominaban «cuerpos» la intendencia y los oficiales jurídicos, interventores, eclesiásticos, de armamento y menesteres parecidos. A menudo, los jurídicos e interventores desarrollaban su carrera de abogados en sustanciosos pluriempleos en la Falange o el Sindicato Vertical, donde realizaban una carrera política paralela, ascendiendo en dos escalafones a la vez.

El compañerismo establecía sólidos vínculos entre los oficiales, sobre todo si pertenecían a una misma promoción, aunque existía una fractura creciente entre los procedentes de la guerra y los formados en la General, diferencias que la disciplina se encargaba de ocultar. La especialización y el tiempo acabaron por diferenciar a grupos de militares procedentes de las armas combatientes.

El más característico de todos ellos era la Legión, que gozaba del máximo prestigio, estaba mandada por jefes veteranos y duros. Su espíritu de cuerpo impresionaba a los oficiales jóvenes que, cuando llegaban a ella, procuraban identificarse con el «espíritu legionario», que pronto impregnaba su mentalidad y les adaptaba a la dura vida legionaria. Las tropas de Regulares, la otra gran institución del Ejército colonial, mantenían costumbres cuya peculiaridad y exotismo captaban también a los militares jóvenes, aunque sin marcarles una impronta como la Legión, porque el cuerpo no

pretendía, ni habría podido, modificar la mentalidad de los mercenarios marroquíes.

El antiguo cuerpo de Estado Mayor había desaparecido y asumieron sus funciones oficiales de las armas combatientes, diplomados cada uno en la Escuela específica. Por cuestiones de edad y graduación, muy pronto todos los nuevos diplomados fueron hombres de la General, bien formados, trabajadores y muy vinculados a sus mandos, de modo que esta elite militar no aportó el aire renovador que podría esperarse de su buen nivel profesional.

Las tropas de montaña, creadas durante la guerra mundial, aportaron un tipo peculiar de oficiales, amantes del aire libre y los deportes alpinos, cuyo espíritu renovador quedó marcado por las implicaciones de la lucha contra los maquis y la vigilancia de la frontera.

Los paracaidistas eran la única fuerza donde los oficiales formados en la General constituyeron la práctica totalidad del mando, excepto los tres jefes superiores. Esta circunstancia permitió desarrollar su entusiasmo en una unidad prácticamente creada por ellos, y a la que insuflaron un aire renovador estrictamente profesional, que ignoró las cuestiones ideológicas, sociales y políticas. Con planteamientos y desarrollo diferentes, los paracaidistas y Forja constituyeron los dos intentos renovadores más serios surgidos en el Ejército de los años cincuenta. Es sintomático que Restituto Valero Ramos, el único niño nacido durante el asedio del Alcázar de Toledo, fuera miembro de Forja, diplomado de Estado Mayor y paracaidista. Un consejo de guerra lo expulsó del Ejército por pertenecer a la Unión Militar Democrática.

## DESCOLONIZACIÓN EN SILENCIO

Había fracasado estrepitosamente la política colonial de Franco, que echó las culpas sobre García-Valiño, acusándolo de «pasarse de rosca». Cuando estos comentarios trascendieron, el general montó en cólera y quedaron seriamente enemistados.

En julio, la Administración española trasladó sus servicios a la marroquí, consumándose la independencia que suponía un grave quebranto para muchos militares, obligados a dejar su destino y su

casa en Marruecos para desplazarse a una ciudad de la península.

Para combatir el malestar, Franco pronunció un discurso en la capitanía general de Sevilla, donde mezcló la independencia de Marruecos con la responsabilidad adquirida el 18 de julio, la victoria de la guerra civil, la alianza con Estados Unidos y la renovada importancia del Ejército para luchar contra los enemigos exteriores. Aseguró que los militares debían servir al régimen y, cuando él faltara, a una monarquía apoyada por la Falange. El discurso fue respaldado por una compensación menos poética: una importante subida de sueldo que casi se dobló en algunos grados. No fue una medida exagerada, dada la miseria que cobraban los militares. Estuvo en consonancia con un decreto del Gobierno, que incrementó todos los salarios en un 23 por ciento. Girón había presionado para mejorar el nivel de vida de los trabajadores para contrarrestar la oleada de huelgas, ilegales pero reales, provocadas por el incremento del coste de la vida.

La inesperada independencia, surgida tras las bravatas de García-Valiño, obligó a los militares más franquistas a retorcer toda clase de argumentos para justificar a Franco, considerado en el Ejército una especie de Dios. La única protesta militar se debió a un marino de guerra que estaba en excedencia desde los años cuarenta, dedicado a sus negocios. Se trataba de Antonio Menchaca: partidario de la monarquía democrática, había sido detenido en 1955 por escribir el libro titulado *Cara a España*; ante la independencia de Marruecos intentó agrupar a los militares disconformes en unas Juntas de Acción Patriótica y redactó un manifiesto para tal fin.

Ciertamente, había muchos militares disconformes con la gestión de la independencia, pero pocos estaban contra el franquismo; acostumbrados a callarse, ninguno abrió la boca. Treinta años antes, cuando el dictador Primo de Rivera anunció un repliegue militar en Marruecos, los oficiales africanistas, Franco entre ellos, protestaron, alborotaron y hasta tramaron un golpe contra el dictador, que no se atrevieron a poner en práctica. Ahora se abandonaba Marruecos de la peor forma posible y ningún militar se atrevía a manifestar su desagrado. Franco había sabido imponer una disciplina militar desconocida en España. Menchaca debió conformarse con editar dos números de su *Boletín de Información Nacional Reservada*, en

colaboración con el grupo de Dionisio Ridruejo.

El 6 de agosto fue suprimido oficialmente el cargo de alto comisario en Marruecos y sustituido García-Valiño por Galera Paniagua, ya como jefe de las tropas de Tierra, Mar y Aire en África. La dirección general de Marruecos y Colonias pasó a llamarse de Plazas y Provincias Africanas. Castiella, el ministro de Exteriores, mostró su disgusto porque no consideraba que Guinea fuera ninguna de las dos cosas, pero Carrero, interesado personalmente en controlar aquel territorio, mantuvo la denominación.

La evacuación de las tropas se llevó a cabo lentamente y en seis fases escalonadas entre el 10 de abril de 1956 y el 31 de agosto de 1961. Mientras tanto, antiguos mandos de Regulares actuaban como instructores del nuevo Ejército marroquí o permanecían, con sus fuerzas, en el interior del reino independiente, contemplando la difícil puesta en marcha de un nuevo Estado, donde pronto se destapó la rivalidad entre árabes y bereberes, la prepotencia de los funcionarios de habla francesa y la resistencia de los rifeños al nuevo centralismo de Rabat.

Algunos grupos de Regulares fueron disueltos y otros reconvertidos en regimientos de tropa española, acantonados en Ceuta y Melilla, donde conservaron el nombre, el historial y parte de los antiguos símbolos. La mayor parte de su personal marroquí se integró en el nuevo Ejército Real, aunque cierto número de veteranos prefirió continuar al servicio de España y fue enviado a los grupos de Regulares españolizados, donde permaneció en destinos secundarios hasta la edad de jubilación. El 22 de septiembre llegaron a Madrid 222 cadetes marroquíes que fueron repartidos por las diversas academias militares, donde debían formarse como oficiales del futuro Ejército Real de Marruecos, en un plan de estudios acelerado. El teniente general Mohammed ben Miziziam ben Kasem, único general marroquí del Ejército español, también pasó al servicio de Mohammed V, que lo hizo viceprimer ministro y ministro de Defensa. Franco se encargó de protegerlo cuando ocasionó un escándalo al raptar a su hija, casada con un capitán jurídico español.

## ENTRE LA BUROCRACIA Y LA INQUIETUD

La vida en los cuarteles transcurría rutinariamente, regida por un horario que, para la tropa, comenzada al toque de diana, a las 6 o 7 de la mañana, y concluía al toque de silencio de las 22 horas. Para la burocracia militar, el día era más corto; comenzaba a las 9 horas y terminada sobre las 13 o 14. Sin embargo, quienes estaban de servicio permanecían en el cuartel desde el toque de diana hasta la noche; estas obligaciones ocupaban a un capitán por regimiento y a un oficial y un sargento por compañía, además del oficial y el sargento de guardia y de vigilancia; sin contar al oficial y al sargento de guardia, que permanecían en su puesto veinticuatro horas seguidas. En resumen, los tenientes permanecían en el cuartel tres veces más horas que sus jefes y los sargentos muchas más. Como los tenientes y los sargentos eran escasos, sobre ellos recaía una ingente cantidad de trabajo, agobiándolos y haciéndoles ansiar el día de su ascenso respectivo a capitán o brigada, que tardaba muchos años.

El paso del tiempo redujo el número de los sargentos que habían hecho la guerra; sin embargo, la desconfianza hacia los suboficiales hizo que apenas se convocaron nuevas plazas y los cabos 1.º reenganchados se hicieron cargo de los servicios, convirtiéndose en patéticas figuras a quienes se exigían las responsabilidades de los suboficiales, pero a los que se pagaba un sueldo de tropa, manteniéndolos en la esperanza de ser convocados, un día, a un curso de sargentos, que les aseguraría el sueldo y el empleo. Sin embargo, los cursos se anunciaban con muy pocas plazas y muchos alumnos eran suspendidos en el examen de ingreso, de modo que la escala de sargentos era muy exigua y se cubría con los cabos 1.º y los sargentos de complemento, universitarios que no habían sido aprobados para alféreces y procuraban pasar sus seis meses de «prácticas» con los menores problemas posibles y sin enfrentarse con la tropa ni con los oficiales.

Sólo en África se rompía la monótona vida militar con otras cavilaciones. Los nacionalistas marroquíes no renunciaban a descolonizar y a incorporar los territorios en manos francesas y españolas que habían quedado excluidos del acuerdo de independencia. La misma casa real los alentaba porque el sultán,

que ahora se llamaba rey de Marruecos, había aceptado de mala gana la exclusión de los territorios franceses y españoles del Sur, donde sus antepasados no habían ejercido en el pasado ningún dominio. El príncipe heredero Hassán y el primer ministro Allal el Farsi impulsaron inmediatamente una campaña destinada a hostilizar a las naciones dominadoras para lograr la adhesión de los territorios. Las radios marroquíes se pusieron a la labor, dirigidas a convencer de su marroquinismo a los naturales del desierto y predesierto, donde el Istiqlal actuaba, secreta pero intensamente. De momento, el Ejército de Liberación no molestó a las guarniciones españolas porque sus partidas se desplazaron al sur con la intención de hostigar a las guarniciones francesas del Sáhara, situadas en Tinduf, Fort Trinquet, Fort Guraud, Benamera y Atar.

El fracaso sufrido por la política de García-Valiño no escarmentó a las autoridades españolas, que procuraron no enfrentarse a los guerrilleros, esperando que sólo atacaran a los franceses. Pardo de Santayana se encontró abandonado políticamente, sin recibir pertrechos militares, martirizado por las continuas órdenes de no indisponerse con la población indígena, mientras los militares de la guarnición se inquietaban y achacaban al general excesiva debilidad. El general no podía justificar ante sus subordinados las órdenes que recibía, lo cual, unido a su carácter seco, ordenancista y de bruscos modales[7], le hacía antipático a la oficialidad.

La desconfianza en los soldados indígenas hizo que muchas fuerzas del África occidental reconvirtieran su contingente. El Estado Mayor Central asignó mayor número de soldados de reemplazo hasta que el Grupo de Tiradores de Ifni contó con más españoles que indígenas y la españolización se extendió también a la Policía Territorial. Para dotar al África occidental de una fuerza de combate se formó la XIII Bandera de la Legión, situada en El Aaiún, formada con una compañía de cada tercio de Marruecos.

En julio de 1956, Ben Hammu, uno de los jefes de las partidas y sargento desertor del Ejército colonial francés, se instaló libremente en Sidi Ifni con la intención de atraer a las autoridades españolas a un frente común antifrancés. No era el primer marroquí que llegaba allí con parecidas intenciones: una vez descubiertos por la Policía, Pardo de Santayana se los quitaba de encima combinando los agasajos con la autoridad.

Ben Hammu no consiguió ningún pacto; sin embargo, el odio que Franco y Carrero sentían por los ingleses y franceses favoreció sus propósitos. Por increíble que parezca, El Pardo confiaba en la protección americana y la «tradicional amistad hispanoárabe» hasta el extremo de favorecer la política antibritánica del presidente egipcio Nasser. En agosto de 1956 España apoyó la nacionalización del canal de Suez y vendió a Egipto armas y camiones, sin que Martín Artajo lograra convencer a Franco de que Egipto era el centro del panarabismo y de que Washington también estaba contra Nasser, aunque disimulara para evitar su deslizamiento hacia la órbita soviética.

Entre el 10 y el 12 de agosto de 1956, un centenar de guerrilleros a dromedario mandados por Ben Hammú cruzaron el Draa y luego la Saguia por Edchera para establecerse al sur de Bir Enzaran. Aunque posteriormente aumentó su número, las autoridades españolas permitieron su presencia porque los guerrilleros aseguraron que iban sólo contra los franceses. Los mandos militares del África occidental recibieron órdenes de no entorpecer a los guerrilleros y de evitar que se volvieran los españoles. Cuando a mediados de octubre de 1956 varias partidas a dromedario cruzaron la frontera del Sáhara, las patrullas españolas se limitaron a desarmar a las más pequeñas, mientras las grandes continuaban su camino hacia los fuertes franceses[8].

Los oficiales destinados en el territorio estaban escandalizados; sin embargo, cumplieron las órdenes recibidas. Cuando Muley Dris se presentó a las autoridades españolas como delegado del Gobierno de Marruecos para localizar a Ben Hammú, jefe de las partidas desplegadas en el Sáhara, se ordenó a las tropas que lo escoltaran y ayudaran en su misión. Los militares lo obedecieron hasta que ambos personajes entraron en contacto y luego los acompañaron hasta Sidi Ifni, desde donde un avión español los trasladó a Marruecos.

Los franceses estaban al tanto de cuanto ocurría y echaban espuma por la boca contra la política española. Mientras tanto, la situación de las tropas era muy precaria, sobre todo en los destacamentos de Policía Territorial, que guarnecían los aislados puestos del interior, armados con valetudinarias pistolas, mosquetones de 7 mm y subfusiles alemanes, que eran pura

chatarra, complementada con cartuchos mexicanos y granadas de mano italianas sobrantes de la guerra civil. Los vehículos eran pocos y sufrían averías continuas, apenas existían emisoras de radio y los puestos se comunicaban por una línea telefónica cuyo cable podía ser cortado durante la noche sin ningún problema.

La despreocupación del Gobierno era tanta que, cuando la bandera paracaidista llegó frente a la playa de Sidi Ifni, fue preciso trabajar durante todo un día para que los *carabaos* transportaran a los hombres desde los barcos a tierra. Luego marcharon hasta el cuartel asignado: un destartalado edificio sin mobiliario, sin cristales en las ventanas y sin una sola puerta en su sitio. En los días siguientes, aquella unidad de elite debió dedicarse a rehabilitar el edificio. La unidad más moderna del Ejército español contaba entonces con dos *jeeps*, dos viejos camiones Ford que no podían salirse de los caminos y una ambulancia. El entusiasmo de aquellos hombres decidió subsanar las deficiencias y reclamó que, si no había coches, por lo menos les entregaran mulos para transportar el material pesado. Cuando los recibieron, debieron asegurarles las cargas con cintas viejas de paracaídas. La precariedad también reducía los vuelos para practicar sus saltos paracaidistas; sólo podían contar con los dos o tres Junkers
JU-52
del aeródromo de Gando, siempre ocupados en viajes y transportes.

Mientras los territorios del África occidental contaban con débiles guarniciones, en el Marruecos ya independiente se mantenían seis grupos de Regulares, cuatro Mehal-las, cuatro tercios de la Legión, es decir, catorce regimientos de tropas coloniales. Tras mucho pedir y protestar las autoridades militares, se inició el traslado de algunas fuerzas de la Legión desde Marruecos, pero no se mejoraron los equipos ni se tomaron previsiones para un ataque del Frente de Liberación, cuatro bandas de desarrapados, según el punto de vista de Madrid, donde Carrero prestaba más atención a cuestiones que le parecían de más calado que los informes de aquellas alejadas y perdidas guarniciones.

El régimen jugaba su baza de la «amistad hispanoárabe» con visitas a España como la del rey Feisal de Irak y la reina madre de Jordania. Así tranquilizado, Carrero dejaba volar sus sueños de contar con un grupo naval de combate, centrado en un pequeño

portaaviones con aeronaves de capacidad nuclear. Se había avanzado bastante en la investigación sobre la bomba atómica, gracias al Centro de Energía Nuclear, fundado en 1948 y dirigido por José María Otero Navascués. Gracias a la alianza con los americanos, en 1955 la Junta de Energía Nuclear obtuvo un préstamo de 350 000 dólares del programa Átomos para la Paz.

## COMPLICACIONES PARA UN GOBIERNO EN CRISIS

El ministro del Ejército tenía otras preocupaciones además de las africanas. El Sáhara estaba muy lejos y Madrid se veía desde los despachos del Palacio de Buenavista. El ministro Arrese había preparado un proyecto de Ley Orgánica del Movimiento que concedía a la Falange el control del Estado una vez que Franco muriera[9]. La Falange, llamada oficialmente el Movimiento, pretendía situarse por encima del Ejército y controlar al futuro rey que, según la Ley de Sucesión, relevaría al Caudillo. El proyecto inquietó a los obispos y a los generales y, en diciembre de 1956, cuatro cardenales escribieron a Franco para advertirle que la futura Ley de Arrese contravenía la doctrina vaticana y el Opus Dei tocó a rebato.

Carrero confiaba plenamente en López Rodó, entonces secretario general técnico de Presidencia, e hizo suyo el texto que escribió como alternativo al borrador de Arrese. Éste, sin embargo, envió su proyecto al Consejo Nacional donde el vaticanista Martín Artajo propuso sustituirlo por una Ley de Principios y Bases del Estado Español. Tras la ofensiva religiosa atacaron los generales, que no deseaban verse mandados por los falangistas. Arrese no tuvo más remedio que aceptar la derrota y retirar el borrador.

Las maniobras de Arrese también habían alertado a los monárquicos y el representante de Juan de Borbón, Juan Claudio Güell, conde de Ruiseñada, entró en contacto con el capitán general de Cataluña, Juan Bautista Sánchez. Ruiseñada y Calvo Serer pensaban que el general podía obligar a Franco a permitirle formar un gobierno destinado a preparar la vuelta de Juan de Borbón, que conoció el plan sin oponerse[10]. Juan Bautista Sánchez estaba muy bien considerado en Cataluña, donde llevaba mucho tiempo.

Presumía de monárquico y afirmaba en sus círculos de confianza que Franco debería retirarse. El Caudillo, ya inquieto por estas noticias, se irritó seriamente cuando le insinuaron que Juan Bautista Sánchez pertenecía a la masonería, saco en el que sus obsesiones metían también a Juan de Borbón y a todos los liberales conocidos.

La Policía, que vigilaba estrechamente al grupo de Ruiseñada, extendió su atención a Juan Bautista Sánchez, mientras Franco le pasaba la papeleta a Muñoz Grandes, ferviente antimonárquico. En diciembre de 1956 Ruiseñada, gran cazador, organizó una de sus célebres cacerías a la que invitó a importantes monárquicos, entre ellos Juan Bautista Sánchez. Al saberlo Muñoz Grandes prohibió al general asistir a la partida de caza con el pretexto de que era procurador en Cortes y, en la misma fecha, se celebraba sesión plenaria.

El asunto se complicó en enero de 1957 cuando la carestía de la vida en Barcelona provocó tal agitación que hizo recordar la huelga de tranvías de seis años antes. Esta vez, el gobernador civil era Felipe Acedo Colunga, un duro jurídico militar que actuó sin contemplaciones y ordenó detener a los responsables, entre ellos varios monárquicos. El capitán general se había inhibido todavía más que en la huelga de tranvías de 1951. Sus enemigos afirmaron que los monárquicos le habían consultado el contenido de una de sus octavillas y que preparaba un golpe de Estado para restaurar a Juan de Borbón.

Franco envió a Cataluña un teniente coronel con dos banderas de la Legión, con el pretexto de intervenir en unas maniobras en los Pirineos. Muñoz Grandes viajó a Barcelona y se entrevistó en el hotel Ritz con el teniente general de aviación Joaquín González Gallarza, cuyo hermano Eduardo era ministro del Aire. Ambos hermanos eran conocidos monárquicos y en la discusión con Muñoz Grandes se produjo un tiroteo, el hecho se mantuvo secreto, a pesar de que Joaquín resultó herido. Poco después, Juan Bautista Sánchez partió para presenciar las maniobras, pero falleció súbitamente en un hotel de Puigcerdà, el 30 de enero. En el Ejército circularon rumores para todos los gustos, hablándose de asesinato y dándose los nombres de los supuestos autores, sin aportar razones fidedignas. Dos coroneles cercanos al general fallecido fueron

desposeídos del mando de sus regimientos y Franco comentó que esa muerte le había quitado una preocupación de encima.

El enfrentamiento entre ministros ocasionó la caída de Muñoz Grandes y de González Gallarza en la crisis de Gobierno de febrero de 1957; como tenía por costumbre, Franco cesó a uno de cada bando. El general Antonio Alcubilla Pérez[11], jefe del Estado Mayor Central, era partidario de crear un Ministerio de Defensa; sin embargo, Franco no lo permitió y la estructura militar permaneció intocable. El Ministerio del Ejército pasó al general Antonio Barroso Sánchez-Guerra, hombre de confianza de Franco y prestigioso jefe de Estado Mayor.

## LA HERENCIA DE MUÑOZ GRANDES

Las fuerzas francesas que guarnecían el Sáhara contaban con 6100 hombres, 720 vehículos 4/4 y 92 aviones de combate, mientras que las españolas se reducían a la Policía Territorial, parcialmente a camello, y una bandera de legionarios. Todo con escasos y desgastados vehículos, radios deficientes y una pobre cobertura aérea de Junkers JU-52 y Heinkel 111, faltos de repuestos y tan anticuados que los primeros ya no se fabricaban desde 1953 y la producción de los segundos —que cesaría definitivamente en 1960— se estaba ya reduciendo.

A pesar de todo, no se aceptaba la colaboración francesa, repitiendo la política que ya había fracasado en Marruecos. El 14 de enero de 1957, el ministro plenipotenciario francés, C. Frambart, visitó a Pardo de Santayana para informarle de que dos partidas de guerrilleros marroquíes estaban en territorio español y otras dos cerca de la frontera. De acuerdo con las órdenes de Madrid, el general no movió un dedo y la partida de Alí Al-lal marchó desde territorio español, atacó a los franceses y luego regresó a su santuario, donde los legionarios desarmaron a los guerrilleros y los condujeron a Marruecos. A mediados de febrero

de 1957, la partida de Yilali atacó la guarnición francesa de Embarec y también se retiró.

Sus confidentes informaban a los oficiales españoles de que numerosos hombres armados se concentraban cerca de la frontera de Ifni y los reconocimientos de la aviación comprobaron que sus noticias eran ciertas; mientras, los frecuentes cortes de los cables telefónicos aislaban a los puestos del interior y confirmaban su fragilidad ante el peligro. Los oficiales comunicaban las inquietantes novedades a sus superiores y el gobernador general las transmitía a Madrid, donde Franco, Carrero y Muñoz Grandes permanecían en su rutinaria despreocupación por los asuntos del África occidental.

Unos meses antes una inoportuna decisión de Madrid estableció un nuevo régimen fiscal para Ifni y Sáhara, con impuestos indirectos sobre los alimentos, transportes, carburantes y explotaciones mineras, y directos sobre el trabajo personal, las fincas rústicas y urbanas y el ganado. Este último era la única riqueza de la pobre población indígena, que recibió la noticia como una bomba porque nunca había sido gravada con impuestos. Ante las negativas a pagar, se encargó la recaudación a las unidades de Policía, con gran disgusto de los oficiales que hicieron saber lo absurdo de establecer la obligación en aquellos delicados momentos. El intento de recaudar los impuestos en Tan-Tan, al sur de Ifni, provocó un disturbio que costó muertos y heridos, y Pardo de Santayana forcejeó con Madrid, que se resistía ante sus argumentos. Cuando el impuesto fue anulado por fin, el mal ya estaba hecho: la población estaba irritada de por vida.

La situación fue aprovechada por los nacionalistas, que iniciaron una campaña de atentados contra indígenas al servicio de España. En mayo de 1957 asesinaron a un alférez, un sargento y un policía indígenas; el 12 junio, un desconocido pistolero mató al capitán Mohammed Ben Lahen, un pacífico veterano de la guerra civil que no se metía con nadie y a quien su grado militar prestaba gran prestigio entre los naturales.

Las insistentes peticiones francesas de colaboración y las solicitudes del general Bourgund para celebrar una nueva conferencia motivaron que, en la segunda quincena de mayo, el comandante español José Iglesias se desplazara a Port Etienne[12],

acordándose un intercambio de informaciones y la autorización a los franceses para perseguir a los guerrilleros hasta 30 kilómetros en el interior del Sáhara español.

Por cumplir la edad reglamentaria, pasó a la reserva el general Pardo de Santayana y en junio llegó su relevo, el general Mariano Gómez Zamalloa, un militar distinguido con las dos máximas condecoraciones de guerra: la Laureada y la Medalla Militar. La primera se le concedió por su actuación durante la famosa batalla del Jarama, al sur de Madrid. En sangrientos combates, el vértice Pingarrón, punto clave del campo de batalla, fue disputado a las Brigadas Internacionales por las tropas marroquíes del entonces comandante Zamalloa, que no abandonó su puesto a pesar de recibir dieciséis heridas. Desde entonces, fue llamado «el héroe del Pingarrón» y, posteriormente, marchó voluntario con la División Azul a Rusia, donde también se distinguió por sus dotes de mando.

La guarnición de Ifni lo recibió con la esperanza de que, gracias a su conocida energía, tomara medidas para remediar la situación. Era un jefe experimentado que en poco tiempo se ganó a los militares por cosas tan simples como autorizar el uniforme en camisa, desterrando la guerrera que siempre había impuesto Pardo de Santayana y que resultaba muy incómoda en aquel clima caluroso.

Más difícil era remediar los problemas de fondo acumulados por la despreocupación de Madrid, y Zamalloa, a pesar de su buena voluntad, tampoco recibió equipo ni refuerzos, aunque numerosas armas nuevas estaban almacenadas en los parques de la península y la mayor parte de la Legión seguía acuartelada en el Marruecos independiente donde no tenía utilidad alguna.

Casi todos los grandes generales de la guerra habían muerto o pasado a la reserva por edad y comenzaban a ocupar el generalato hombres sin influencia sobre Franco, al que habían servido como tenientes coroneles o comandantes. Entre los escasos supervivientes en el poder se contaban dos amigos de la familia, el almirante Nieto Antúnez y Camilo Alonso Vega. Rancho aparte era el prestigioso y anticuado Muñoz Grandes. Sin embargo, le temía y, cuando decidió cesarlo como ministro, lo ascendió a capitán general, graduación que nunca concedió a ningún otro militar y sólo otorgó a título póstumo a algunos de sus generales más cercanos.

El nuevo ministro del Ejército, Antonio Barroso Sánchez-Guerra, franquista indudable, descendía de marinos y políticos; su abuelo José Sánchez-Guerra fue presidente y ministro con la monarquía y su tío Rafael ministro del Gobierno republicano en el exilio. Hombre de gran capacidad profesional, procuró imprimir al Ministerio un aire más técnico y menos político que sus antecesores y poner en marcha una reforma que modernizara la institución.

Su primera medida resultó pintoresca y desconcertante: ordenó entregar un corte de traje de color caqui a todos los militares entre general y sargento para que se hicieran un uniforme nuevo. Los militares apodaron humorísticamente *el Barroso* a ese uniforme recién cortado, que expresaba hasta dónde había descendido su capacidad adquisitiva. España abandonaba la miseria de la posguerra, pero no sucedía lo mismo en el Ejército. Se habían construido muchos cuarteles y numerosos militares vivían en casas propiedad del Ejército comparables a las de las clases medias profesionales. Sin embargo, mientras el nivel de vida español ascendía progresivamente, el de los militares se había estancado. La sanidad militar recibía escasos recursos y perdió su privilegiada situación de los años cuarenta a medida que mejoraba la Seguridad Social; los economatos militares perdieron competitividad ante el mercado libre cada vez mejor abastecido; la hipertrofia de los escalafones seguía congelando los ascensos y los sueldos.

En el Ejército, el prestigio y el poder no se medían por el dinero sino por otros parámetros. Los mandos superiores estaban rodeados de honores y respetuosos tratamientos, los generales habitaban palacios principescos y los coroneles disponían de una amplia vivienda en sus propios regimientos; sin embargo, sus sueldos eran inferiores a los de un profesional cualificado y su capacidad económica ni siquiera rozaba la de un comerciante o industrial de medio pelo.

Eran caballeros que sólo podían conservar el señorío viviendo en el interior de su mundo. Sólo si vivían, se relacionaban y se divertían rodeados de militares podían ignorar la mala situación económica en que les mantenía un régimen político al que sostenían con entusiasmo. Es esta época, muchos hijos de militar comenzaron a abandonar la tradición familiar de seguir la carrera paterna para ingresar en la Universidad con la intención de tener una profesión

mejor pagada que la de sus padres. A pesar de todo, numerosos jóvenes deseaban ingresar en la Academia General, a cuya oposición de acceso se presentaba una media de siete aspirantes por cada plaza convocada.

# Capítulo XIII

# El ministro Barroso

## Inquietud y pobreza

Barroso llegó con la intención de reformar el Ejército, pero los acontecimientos de África se precipitaron y debió dedicarse a cuestiones más urgentes. Hasta entonces, las acciones hostiles se habían limitado a algunos tiroteos, cortar los tendidos telefónicos y amontonar piedras en los caminos para impedir el paso de los camiones militares. No obstante, la situación se complicaba por momentos y el 18 de junio fueron detenidos en Ifni ocho destacados independentistas y enviados a Fuerteventura. Parecía que el alto mando comenzaba a considerar los problemas porque, a final de mes, llegó a Villa Cisneros una bandera de la Legión, trasladada desde Marruecos, a la que siguieron, más adelante, otras dos para Villa Bens y El Aaiún.

Se había perdido mucho tiempo y era difícil hacer frente a una emergencia militar en territorios que carecían de puerto, mientras el vital transporte aéreo dependía de aeroplanos de museo que volaban milagrosamente a base de continuas reparaciones y el valor de los pilotos, hasta el extremo de que, para cubrir los 450 kilómetros entre la base canaria de Gando y Sidi Ifni, necesitaban tres horas y media.

Los militares estaban acostumbrados a los materiales de desecho

y aceptaban la situación sin protestas. Lo cual no evitó los muertos, incluso antes de comenzar la guerra. El 8 de mayo de 1957, con buen tiempo y visibilidad, despegó de Sidi Ifni un Junkers
JU-52
con doce hombres a bordo para una práctica paracaidista[1]. Recién abandonada la pista falló el motor izquierdo y el avión se precipitó contra el suelo muriendo la tripulación y 9 de los 12 pasajeros. El 11 de agosto despegó un Heinkel 111 para bombardear una partida que había atacado el puesto de Tiguisit Igurramen; como la niebla impidió la operación, el aparato inició el regreso; sin embargo, una avería le impidió tomar tierra; cargado de bombas, se adentró en el mar con la intención de lanzar su carga al agua y de dar luego la vuelta para aterrizar en Sidi Ifni pero, poco después, perdió el contacto por radio y desapareció en el mar con seis hombres a bordo.

Las tropas patrullaban el territorio con grandes dificultades porque, al carecer de blindados, automóviles y radios, hacían los recorridos a pie y sin radio, resultando imposible seguir o interceptar a los grupos indígenas, que se movían a dromedario o caballo, y enlazar con los escasos aviones. El material de transmisiones se reducía a enormes emisoras Marconi, fatigadas réplicas de radios alemanas de la segunda guerra mundial, repartidas a razón de una por batallón, más una pequeña reserva en poder del arma de Ingenieros. En los escalones inferiores, las persianas eran el único material y acababan de llegar algunos radioteléfonos *lagarto*, todavía no entregados a las unidades y de ignoradas virtudes[2].

La pobreza del Ejército mantenía a las tropas en tal necesidad que muchos paracaidistas llevaban ocho meses con un único uniforme de combate, sin que existiera posibilidad de cambiárselo. La falta de calzado resultaba tan grave que se autorizó a los paracaidistas para adquirir en Sidi Ifni zapatos o zapatillas civiles, reservándose las botas para saltos y guardias, mientras la instrucción y restantes actividades se hacían en alpargatas, que no formaban parte del equipo reglamentario. En septiembre, un informe oficial de la II Bandera Paracaidista advirtió que sus hombres estaban a punto de quedarse descalzos.

Zamalloa no estaba dispuesto a cruzarse de brazos ante la

presión guerrillera y se reunió con Bourgund, que deseaba atacar a las bandas del Sáhara, ya prácticamente abandonado por los tropas españolas que se habían concentrado en Villa Bens, El Aaiún, Villa Cisneros, Güera, y algunos puestos destacados. En el desierto, campaban libremente las bandas de Alí
Al-lal
y Yilali, mientras que en la frontera de Ifni, Ben Hammú había concentrado sus efectivos que mantenían esporádicos tiroteos con patrullas españolas.

A pesar de todo, resultaba imposible lograr un mando único para las fuerzas españolas de tierra, aviación y marina. En septiembre, cuando los franceses convocaron una conferencia en Dakar y no invitaron formalmente a los aviadores y marinos, el almirante Abarzuza retiró las pequeñas fuerzas de Infantería de marina destacadas en el Sáhara. La situación se mantuvo así hasta que, valiéndose de su prestigio, Zamalloa logró ser recibido por la Junta de Defensa Nacional que presidía Franco, donde le autorizaron una política más enérgica.

Militarmente, África occidental dependía del capitán general de Canarias, lo que complicaba la solución de los problemas. Zamalloa pidió inútilmente romper este vínculo para agilizar las decisiones y suministros, pero no fue atendido. Sin embargo, llegaron al Sáhara nuevos legionarios y algunos vehículos, aunque no se renovaron el armamento ni las radios. En cambio, se estableció la censura de prensa para todo lo relacionado con Ifni-Sáhara.

Los numerosos tiroteos y escaramuzas de Ifni se calmaron en octubre, desplazándose la inquietud al desierto, donde los guerrilleros emprendieron algunas acciones cerca de El Aaiún, que fueron resueltas por los legionarios con algunos muertos y heridos por ambos bandos.

## UNA SORPRESA PREVISIBLE

Tantos incidentes hacían pensar que el Ejército de Liberación atacaría seriamente en cualquier momento[3]. La guarnición era consciente de ello sin que Madrid pareciera comprender la magnitud del peligro. Tras algunos pequeños choques, el 8 de

noviembre comenzó la guerra en el Sáhara, con un asalto al coche-correo de Cabo
Juby-El
Aaiún, seguido por acciones contra los puestos del interior. El 25, los guerrilleros atacaron a una sección de legionarios en la playa de El Aaiún y el 30 a una compañía que escoltaba un convoy[4]. Fue necesario trasladar la IV Bandera desde Villa Cisneros a El Aaiún para despejar la situación mediante diversos combates con muertos y heridos. El 21 de noviembre, la aviación descubrió y bombardeó un importante campamento guerrillero en el Sáhara[5].

En Ifni, aunque no se hubieran producido incidentes de relieve, la inquietud era mucha porque Ben Hammú había establecido su cuartel general en Guleimina, cerca de la frontera, y contaba con un arsenal formado por armas de todo tipo y nacionalidad, sin faltar fusiles Mauser y granadas de mano españoles, en parte procedentes de los entregados a Marruecos para dotar al Ejército Real[6], sin faltar medio centenar de camiones GMC que habían desaparecido misteriosamente de las bases norteamericanas en Marruecos[7].

El 23 de noviembre de 1957 un comerciante y un soldado indígena avisaron que, durante la noche siguiente, los guerrilleros atacarían Sidi Ifni. Zamalloa puso la guarnición sobre las armas e hizo fracasar el ataque, aunque los asaltantes lograron llegar hasta la pista del aeropuerto. Distinta fue la suerte de los puestos del interior, sin radio, buen armamento ni fortificaciones mínimas. Los asaltantes cortaron todos los teléfonos y tomaron los destacamentos menores, cuya guarnición fue muerta o hecha prisionera. Sólo resistieron Tiliuín, Tiugsá y Telata, con guarniciones más importantes que se defendieron con los soldados españoles, porque los indígenas desertaron[8].

Todos los soldados y policías indígenas de Ifni fueron desarmados y empleados en servicios auxiliares. La férrea censura de prensa impidió que se conociera lo sucedido hasta que, el 27, el Ministerio del Ejército publicó un comunicado reconociendo que bandas armadas desarrollaban sus actividades en África occidental. Desde entonces, aparecieron noticias de prensa, siempre escasas y muy filtradas. Como fruto de los acuerdos de la independencia, el reino de Marruecos había enviado a estudiar en las academias militares españolas a unos cientos de cadetes, que se alojaron en

locales reservados para ellos. En la academia de Infantería de Toledo las relaciones se agriaron con las primeras noticias sobre la guerra y al conocerse que algunos marroquíes habían brindado por la derrota española. Los cadetes invitados fueron devueltos a su país.

Sidi Ifni permaneció cercado durante algunos días, pero la guarnición mantuvo a raya al enemigo, que carecía de armas pesadas y sólo podía desarrollar ataques por sorpresa, aunque contaba con efectivos numerosos, que oscilaban entre los 2000 y 3000 hombres[9]. Lo cierto es que la guarnición redobló sus esfuerzos a pesar del pésimo material, hasta el extremo de que los Heinkel 111 carecían de bombas y debían actuar únicamente con su ametralladora de proa[10].

La situación en los puestos aislados era dramática, porque carecían de radio y, en algún caso, de agua y comida. La aviación hizo cuanto pudo por auxiliarlos, lanzándoles empaques envueltos en paja para amortiguar el golpe. En Tenín contaban con 4 morteros de 50 mm, sin granadas; en Telada había cinco subfusiles Schmeisser de la guerra civil que se averiaron el primer día, una sola caja de granadas de mano y mosquetones de 7 mm, tan viejos que se entregaron cinco a cada hombre[11].

El 23 de noviembre de 1957 Zamalloa envió a Telata, situado sólo a 35 kilómetros, el socorro de una fuerza minúscula y con medios inadecuados: cincuenta paracaidistas, un médico, un practicante y cuatro conductores desarmados, con cuatro viejos camiones, una ambulancia, un mortero de 50 mm, una ametralladora Alfa, cuatro radios *lagarto* y una pesada Marconi. Mandaba la fuerza un magnífico oficial, el teniente Ortiz de Zárate, pero, contra las costumbres de la guerra, la expedición no partió de madrugada sino a las 17.35 horas. Les sorprendió la noche cuando ya no estaban lejos de su objetivo y se refugiaron en una loma en espera del amanecer. Los guerrilleros habían cortado el camino con montones de piedras y pronto cayeron sobre ellos. Las penurias de material resultaban dramáticas: un camión se averió, no funcionó ninguna de las radios y quedaron aislados sin agua ni comida. La aviación ametralló al enemigo y arrojó varios paquetes de los que sólo pudieron coger dos con pan, sardinas y chorizo. Murieron el teniente y varios paracaidistas, mientras otros quedaban heridos y

el resto se defendía en la loma, combatiendo la sed con hojas de chumbera.

El 25 se quiso socorrer el puesto de Tiliuin enviando a dos secciones de paracaidistas, una escuadra de morteros, un practicante y un sanitario[12]. A tal fin se prepararon cinco Heinkel 111 para proteger el lanzamiento y 5 Junkers, cada uno con 15 paracaidistas, aunque sólo tenían capacidad para 12. El salto se desarrolló sin problemas, porque el enemigo se replegó ante el fuego de los Heinkel y sólo disparó desde gran distancia. Una vez refugiados los paracaidistas en el fuerte, una sección salió a reconocer el aduar cercano mientras otra recogía los paracaídas dejados en el campo. No querían abandonar el único material con que contaban[13] y la miseria les hacía despreciar la muerte.

## GUERRA EN ÁFRICA

Ante el desastre, Madrid reaccionó y envió tropas a Ifni. La I Bandera Paracaidista fue embarcada en aviones militares de transporte y de pasajeros de Iberia sobrecargados por encima de los márgenes de seguridad, que necesitaron toda la pista para despegar con riesgo de estrellarse. Los paracaidistas no acudieron solos: entre el 27 y el 30 llegaron a Sidi Ifni dos compañías de Infantería de Fuerteventura, 3 batallones de Infantería y una bandera legionaria. Después llegaría más tropa y abundante material[14]. Sin embargo, todo el flamante suministro norteamericano permaneció en la península. El aliado se desentendió de los problemas españoles porque tenía intereses más importantes en Marruecos. España no pudo enviar al África occidental ni un solo cartucho recibido en su célebre pacto de ayuda mutua. Únicamente pudieron remitirse algunos viejos Dodge 3/4, cañones sin retroceso de 75 mm que habían sido comprados. Mientras los magníficos carros M-47 permanecían en los alrededores de Madrid embarcaron para África 10 carros ligeros M-24 de Caballería. No pudieron desembarcar porque El Aaiún carecía de

muelle y debieron transportarse previamente a Canarias; fueron llevados al Sáhara cuando se contó con medios para transbordarlos. Sin embargo, tampoco sirvieron para mucho en aquel duro terreno; eran fósiles de la segunda guerra mundial, con dos motores sincronizados y refrigerados por agua que, en sí mismos, ya eran un problema.

Cuando Zamalloa hubo asegurado Sidi Ifni, organizó columnas para socorrer a los puestos que todavía resistían. En la tarde del 2 de diciembre una columna llegó hasta la sección de paracaidistas cercada cerca de Telata; liberados y liberadores marcharon luego al puesto, con los muertos en la ambulancia y los heridos en un camión acribillado y sin neumáticos. Recogieron a la guarnición y a los civiles cercados, transportando los muertos, a los heridos y los paracaídas, y empujando los camiones averiados, cosidos de tiros.

El socorro a los puestos se hizo con columnas sin blindados ni vehículos, helicópteros ni modernas raciones de combate. Los hombres marcharon a pie, con sus alpargatas destrozadas, alimentándose de pan, chorizo, sardinas y carne en lata, totalmente inadecuados bajo el tórrido sol, y sin más agua que la de una cantimplora. Dos semanas después del primer ataque, fue liberado el último puesto. El balance había sido de 22 muertos, 47 heridos y algunos desaparecidos.

Para combatir el empuje de los guerrilleros, se habían desarrollado en Ifni las operaciones *Netol* y *Gento*, donde los españoles debieron vencer sus terribles carencias de material. A menudo, la imaginación y la voluntad suplieron la escasez de recursos. Los oficiales de paracaidistas, ante la falta de bombas de aviación adecuadas, idearon un sucedáneo del napalm y una bomba de fragmentación artesanal. Para lo primero, llenaban un bidón con gasolina, petróleo y trapos, adosaban una granada de mano como espoleta, lo montaban todo en un Junkers y, una vez sobre el enemigo, arrojaban el artefacto por la puerta. La bomba de fragmentación consistía en un cajón lleno de granadas de mano a las que quitaban el seguro de transporte; al lanzarlo desde el avión, el cajón se abría en el aire y las granadas caían sobre una gran superficie[15].

El 7 de diciembre de 1957, dos días antes de que fuera liberado el último puesto sitiado en Ifni, al almirante Nieto Antúnez, amigo

de la familia Franco, observaba desde el puente de mando del crucero *Canarias* cómo navegaba la flota formada por el crucero *Méndez Núñez* y los destructores *José Luis Díez, Escaño, Gravina* y *Almirante Miranda*. Algunos de estos buques habían apoyado las recientes operaciones militares, bombardeando los lugares donde se concentraban las partidas del Frente de Liberación[16]. Ahora navegaban en formación de combate a lo largo de la costa africana, rumbo al puerto marroquí de Agadir. Alguien que hubiera visto aquellas viejas máquinas podría haber pensado que se dirigían hacia una exposición sobre barcos de época. No era así.

Llegados a la altura de Agadir, el *Canarias* entró resueltamente en el puerto, sobrevolado por algunos aviones españoles. La inesperada visita alarmó a la población y llegaron corriendo a los muelles desconcertadas tropas del Ejército Real marroquí, como extras gratuitos en una película de guión desconocido. Ajeno a todos, el *Canarias* giró majestuosamente sus cañones amenazando a la ciudad, luego salió del puerto. Regresó de nuevo y salió por segunda vez, sin más incidentes que la extrañeza y el susto de quienes estaban en tierra. Tras la demostración de poderío, la flota se alejó, con el almirante muy orgulloso de su victoria naval lograda contra nadie.

Por decisión personal de Franco, el Estado Mayor Central ordenó que se abandonara el territorio de Ifni, concentrándose toda la fuerza en la capital, defendida por un entorno de trincheras. Esta medida resolvió la situación en Ifni. No obstante, en febrero se desarrollaron las operaciones Diana, Siroco y Pegaso para rectificar las posiciones y situar las tropas españolas en lugares más ventajosos. El conjunto de actuaciones resultó positivo y la seguridad de la ciudad quedó garantizada.

Más difícil era la situación en el Sáhara donde las partidas guerrilleras se movían en un desierto muy extenso. El Ejército ni siquiera contaba con cocinas de campaña que funcionaran con gas, sino con antiguos modelos de leña, imposible de conseguir en el desierto y que, en ocasiones, debió transportarse en avión.

Cuando se anunció que los soldados pasarían las Navidades en la guerra, desde toda España se entregaron numerosos donativos para que no les faltaran las comidas y bebidas propias de aquellas fiestas. Sin embargo, el transporte militar estaba tan desbordado[17] que

muchas unidades recibieron su aguinaldo en febrero y algunas en marzo.

La guerra en el desierto consistió en escaramuzas hasta que, el 13 de enero de 1858, se libró el combate más importante de la campaña, en Edchera, a 22 kilómetros de El Aaiún. Una compañía de la Legión cayó en una emboscada y fue acribillada por el enemigo. En 8 horas de combate ininterrumpido, los legionarios vendieron caras sus vidas hasta que los guerrilleros se replegaron al llegar la noche. La mayoría de los mandos y casi la mitad de la tropa de la compañía resultó muerta o herida, encontrándose 50 cadáveres enemigos abandonados en el campo. El brigada Fadrique y un legionario muertos en la acción fueron condecorados a título póstumo con la Laureada en 1962 y 1966[18].

Ante los problemas españoles, los militares franceses del Sáhara insistieron en prestar ayuda, ansiosos por acabar con las partidas. Deseoso de salvar el Estado de Mauritania, que acababa de inventar, el Gobierno francés autorizó que sus tropas intervinieran en apoyo de España el 30 de diciembre, noticia que fue ocultada por el Gobierno de Madrid. Cuando la indignación de los generales comenzó a ser peligrosa, Franco autorizó finalmente la colaboración francesa cuya aviación atacó a las partidas y evitó el desastre que la imprevisión del Gobierno español hacía presagiar.

La llegada de nuevas fuerzas españolas estabilizó la situación[19] y permitió pasar a la ofensiva conjunta con los franceses. El 6 de febrero, los españoles ya contaban con suficientes fuerzas de tierra y un centenar de aeronaves en el Sáhara[20]. El capitán general de Canarias, López Valencia, inició el día 10 la operación Teide contra los 2300 guerrilleros que, según las estimaciones, estaban situados en la zona norte. Los españoles constituyeron dos agrupaciones, que operaron independientemente hasta enlazar con los franceses, procedentes de Fort Trinquet, Fort Gouraud y Port Etienne, que llevaron a cabo la operación Écouvillon. En el sur, el enemigo era menos numeroso y contra él partieron sendas agrupaciones españolas desde El Aaiún y Villa Cisneros y dos francesas desde Fort Gouraud y Port Etienne. El 23 de febrero una fuerza guerrillera resultó cercada en Uad Tennuaca y luego atacada por el batallón de Cabrerizas; las bandas quedaron desintegradas a costa de 5 muertos y 33 heridos españoles. Ésta fue la última operación importante en

el Sáhara, cuyo territorio abandonaron los franceses mientras algunas unidades españolas completaban las operaciones de limpieza.

A mediados de marzo de 1958, el ministro del Ejército, Antonio Barroso, se trasladó al Sáhara e Ifni para felicitar a las tropas. La campaña había costado 852 bajas españolas: 198 muertos, 574 heridos y 80 desaparecidos[21]. Las bajas enemigas fueron indudablemente mayores[22].

El 8 de abril de 1958, mediante el tratado de Cintra, entre Castiella y Balafrech, se acordó entregar a Marruecos los territorios al norte del paralelo 27° 40', hoy Tarfaya, considerados «zona sur de Protectorado» en los antiguos tratados hispanofranceses. Los marroquíes decidieron desarrollar lo acordado inmediatamente y el comandante Mahmed Ufkir[23] partió con 1500 hombres montados en 100 vehículos con intención de ocupar el territorio. Enterado del movimiento el general Héctor Vázquez, que carecía de instrucciones de Madrid, decidió cortarles el paso colocando un centenar de legionarios para entretenerlos en la pista de Tan-Tan, mientras un grupo de Caballería blindada y la II Bandera de la Legión los envolvían con apoyo de aviones T-6.

La operación no llegó a ser dramática porque, el 10 de abril, sólo dos días después del acuerdo de Cintra, cuando la columna marroquí llegó a la frontera encontró sobre la pista a un teniente y a tres legionarios que le informaron de la prohibición de continuar. Las discusiones entre el teniente español y el comandante marroquí se prolongaron hasta la noche, cuando Ufkir desistió y se replegó a Marruecos. Días más tarde, llegaron las instrucciones de Madrid y, a final de mes, se desplazaron hasta Villa Bens algunas fuerzas marroquíes, que acamparon cerca de las españolas. La entrega se hizo con diplomático protocolo y sin problemas.

En el anual Desfile de la Victoria, celebrado el 4 mayo en Madrid, puso una nota sentimental la II Bandera Paracaidista, dejando los huecos de los 73 heridos y los 32 muertos caídos en Ifni donde, mientras tanto, permanecían en reserva la I Bandera Paracaidista y la VI Bandera de la Legión.

El único comentario conocido de Franco sobre aquella guerra fue publicado, años más tarde, en las memorias de su primo y ayudante, Francisco Franco Salgado-Araújo, al que comentó cuánto le molestaba aquel conflicto que le obligaba a prescindir de su guardia mora, que le había sido muy leal y prestado buen servicio.

## MURMURACIÓN Y FIDELIDAD

De entre todos los libros sobre la guerra de Ifni-Sáhara destacan las obras de tres autores. Alfredo Bosque Coma investigó las peripecias de los paracaidistas con testimonios de primera mano; José Ramón Diego Aguirre, antiguo oficial de los servicios de información en el Sáhara, publicó sus experiencias y conocimientos en varias obras y, por último, el general Rafael Casas de la Vega historió irreprochablemente el conjunto de la campaña. Los juicios de los tres investigadores resultan tremendamente críticos con el conjunto de la campaña. Probablemente, el análisis más duro se debe a Casas de la Vega, a quien no puede acusarse de antimilitarista o de izquierdista pues, en 1995, publicó un libro laudatorio sobre la capacidad militar de Franco[24] y cuya obra sobre la guerra de Ifni-Sáhara fue editada por el Estado Mayor Central del Ejército.

Los tres resaltan la imprevisión gubernamental, el desorden de la logística militar y la falta de material moderno, en páginas muy claras e irrebatibles. Sin embargo, salvan la actuación personal de los militares de aquel Ejército desprovisto y desorganizado.

Falló todo, menos el personal, con la excepción de la mayoría de los soldados indígenas que, colocados entre la espada y la pared, procuraron eludir el problema y desertaron en gran número, sobre todo en Ifni, aunque otros dieron pruebas de lealtad hacia sus mandos. No pueden enjuiciarse con nuestros parámetros las actitudes de aquellos hombres que, vinculados a relaciones tribales, no habían desarrollado una conciencia nacional. En Ifni, algunos de ellos se sentían cercanos a los marroquíes del Istiqlal y las partidas del Ejército de Liberación; otros, a los españoles para quienes trabajaban. La mentalidad de los saharauis era distinta, porque tenían muy enraizadas sus vínculos tribales y muy poco en común con las partidas de guerrilleros llegados del norte, pues los sultanes

jamás habían dominado aquellos territorios y los marroquíes, aunque étnicamente más cercanos, eran extranjeros que despertaban muy pocas simpatías[25].

La tropa española, tanto los soldados de reemplazo como los legionarios y paracaidistas, estuvo a la altura de las circunstancias y combatió valerosamente. Algunos paracaidistas y legionarios desertaron, integrándose en las bandas enemigas, hecho bastante frecuente entre los soldados de oficio, que reclutan todo tipo de personas, sin faltar desarraigados, aventureros y violentos. Pero fueron la excepción en un conjunto que superó con toda la moral las difíciles circunstancias que le tocó vivir.

Los mandos cumplieron con su deber, que frecuentemente excedió de lo razonable. Sólo los generales y jefes procedían de la guerra civil; en 1967, Zamalloa tenía 60 años y Héctor Vázquez, 55; con treinta años menos, habían mandado tropas marroquíes contra los republicanos. En la guerra de Ifni-Sáhara, desde el capitán al sargento, los mandos eran más jóvenes y no habían participado hasta entonces en un conflicto armado. Los oficiales eran antiguos alumnos de la Academia General, que por primera vez pudieron aplicar su iniciativa en combates reales.

Su entusiasmo salvó muchas situaciones difíciles que hasta rayaron en lo ridículo porque la desconexión entre el Ejército, la Marina y la Aviación resultó devastadora, hasta el extremo de que numerosos vehículos recién desembarcados fueron dejados en la playa donde los inundó la marea, las bombas de los Heinkel fallaron en un 60 por ciento y la artillería naval disparó contra las fuerzas propias. Errores que son frecuentes en todas las guerras, pero que en ésta se acumularon al desorden general, la falta de medios y la antigüedad del equipo, mucho más patentes cuando los militares españoles entraron en contacto con las bien dotadas tropas francesas.

No sólo se indignaron ante tantos despropósitos los militares jóvenes que tomaron parte en la guerra, sino también sus compañeros que permanecieron en la península y se enteraron del desorden cuando sus compañeros regresaron contando increíbles historias de incompetencia y carencias. Una oleada de murmuraciones recorrió aquel Ejército acostumbrado a la disciplina y a trabajar entre penurias. La guerra había sido casi silenciada y

tratada informativamente como un tema glorioso, pero menor, ocultándose que todo el territorio de Ifni, excepto la capital, había sido abandonado y que la ayuda francesa salvó la situación en el Sáhara.

No habían fallado los hombres, sino el sistema, y muchos militares jóvenes mostraron su despecho, aunque éste no trascendió de los círculos de sus compañeros. Sin embargo, no se profundizaba en las causas políticas y se achacaba la responsabilidad a la burocracia militar. Un chiste cuartelero de moda aseguraba que los rojos habían perdido la guerra civil porque el Ministerio quedó en su zona. En ningún caso, los enfadados militares consideraron que los verdaderos responsables de aquel caos podían ser Franco y su sistema. La fidelidad política del Ejército no quedó empañada por el fracaso de Ifni-Sáhara.

Franco nunca se había mostrado interesado por contar con un Ejército moderno, sino por mantener un enorme despliegue militar que controlara el país, situando un regimiento en cada ciudad importante y un poderoso despliegue militar alrededor de Madrid. Los altos mandos no se mostraron preocupados porque el volumen excesivo de las fuerzas armadas consumiera los recursos que podían emplearse en organizar un Ejército pequeño y bien dotado. Recortar los efectivos obligaba a reducir el número de unidades y dejar excedentes a numerosos militares. En 1931, cuando Azaña lo intentó, fue acusado de triturar el Ejército.

Sin embargo, la realidad era innegable y las cuentas militares resultaban disparatadas. La década de los cincuenta mantuvo un gasto militar estable y en el año 1956, el anterior a la guerra de Ifni-Sáhara, éste no tuvo especial relieve. Según los datos del Ministerio de Hacienda, en el presupuesto general del Estado, la defensa consumió el 27,37 por ciento y el orden público el 6,7 por ciento; el presupuesto del Ejército de Tierra supuso el 16,67 por ciento del estatal, es decir, 2,7 veces el coste total de la Marina o 3,6 veces el de la Aviación. Sin embargo, casi la mitad de este importe fue destinado a los sueldos, aunque eran singularmente bajos[26]. Seguía viva la historia repetida durante tantos años.

No hubo contestación militar porque tampoco hubo un gran desgaste ni se produjeron demasiadas bajas. La guerra duró poco y ocupó sólo a una pequeña parte del Ejército. A pesar de Ifni-Sáhara,

la institución continuó embebida en su rutina cotidiana. Franco sólo deseaba un Ejército que le guardara el régimen, pero los mismos militares no tenían una clara conciencia de ello y consideraban natural la intervención en los asuntos internos[27]. Eran rotundamente franquistas, sin saber hasta qué punto los utilizaban.

## FORJA, EL CANTO DEL CISNE

Sin conexión con el desencanto de la campaña africana, los miembros de Forja comenzaron a distanciarse del régimen a raíz de las dificultades que el alto mando les puso en *Reconquista*, la revista oficial del Apostolado Castrense donde colaboraban algunos de ellos. Poco a poco, los artículos de estos oficiales jóvenes y entusiastas comenzaron a reflejar la frustración que les producía aquel Ejército anticuado y burocrático, dotado de escasos e inútiles materiales e instalado en locales viejos y mugrientos. Sus críticas se extendieron al servicio militar que la tropa cumplía sin utilidad ni sentido y a críticas globales a los militares procedentes de la guerra. Miguel Alonso Baquer, uno de los intelectuales del grupo, publicó en junio de 1954 el artículo «Modernos y antiguos en el Ejército», donde, aunque procuraba guardar las formas, exaltaba a los militares jóvenes y atacaba a los antiguos provisionales. El editorial del mismo número apoyaba el artículo y hacía un llamamiento a los jóvenes para que mantuvieran sus ilusiones. La reacción fue inmediata y el comandante Manuel Cabeza Calahorra[28] exigió a Alonso Baquer disciplina y respeto. No por ello cesaron los miembros de Forja de insistir en el mismo mensaje, tanto en los editoriales como en nuevo artículos, añadiéndose a ellos el padre Llanos con un escrito que fue duramente contestado por el comandante Juan de Zavala, un carlista cercano al integrismo.

La situación se encrespó definitivamente en noviembre con otro artículo de Alonso Baquer y, en enero de 1956, fue cesada la dirección de la revista nombrándose nuevo director al general Jorge Vigón, el veterano ideólogo de la extrema derecha, que cortó toda posibilidad de nuevas críticas y polémicas.

El asunto de *Reconquista* encrespó a muchos miembros de Forja que comenzaron a radicalizarse contra los militares de la guerra y

contra el mismo régimen. Contribuyó a su postura que el padre Llanos abandonara en aquella época el apostolado entre los poderosos para ejercer su labor en la mísera barriada madrileña del Pozo del tío Raimundo. Al visitarle en su nuevo ambiente, sus discípulos militares que, con grandes apuros económicos, mantenían su colegio preparatorio para ingresar en las academias militares, descubrieron la cara miserable de la España del Movimiento.

Por aquella época, Alfonso Osorio, un joven jurídico del Aire, y Francisco Sintes Obrador, teniente coronel de Artillería, se integraron en la Asociación Española de Cooperación Europea, la ACNP. Osorio era un monárquico liberal, y Sintes, cadete antes de la guerra y combatiente con Franco, había evolucionado hacia la democracia cristiana. Fue director general con Ruiz Giménez y, al cesar en su cargo, regresó al Ejército como coronel del Regimiento de Artillería a Caballo n.º 19. Organizó unas tertulias con oficiales de su unidad, cuyo círculo ampliaron algunos alféreces de complemento, hasta contar con miembros del FLP y de Forja, entre ellos Elías Díaz, Jesús Aguirre, Alejandro Muñoz-Alonso, Julio Busquets y Florentino Ruiz Platero.

Los documentos que Forja repartía entre sus afiliados tomaban un aire crecientemente crítico y derivaron hacia análisis más comprometidos. La agitación universitaria y la inquietud intelectual y política que se vivían en Madrid y Barcelona, impactaron en algunos de sus miembros y los pusieron en contacto con católicos progresistas.

El núcleo de Madrid comenzó a sensibilizarse ante los acontecimientos intelectuales, universitarios y políticos, desarrollando una actitud cada vez más crítica. Desde tiempo atrás, algunos de sus miembros asistían a tertulias y entraban en contacto con jóvenes católicos críticos con la dictadura, hasta el extremo de que Alonso Baquer y Julio Busquets conectaron con hombres del Frente de Liberación Popular «(Felipe)».

Los sucesos de Ifni-Sáhara consolidaron la actitud de estos militares jóvenes y su rechazo al disparatado sistema mantenido en el Ejército. Crecieron sus contactos con el «Felipe», hasta que los altos mandos militares conocieron la peligrosa trayectoria de Forja, algunos de cuyos miembros ya habían evolucionado claramente

hacia posturas democráticas. A finales de año, la organización fue disuelta fulminantemente por decisión del mismo Franco, que recriminó personalmente al vicario general castrense haber tolerado la organización. El jefe del Estado Mayor Central hizo lo mismo con Pinilla, que un año antes había abandonado Forja para dedicarse a la Milicia Española de Cristo. Sin embargo, todo quedó entre bastidores porque Forja era una organización católica que no había llegado a oponerse públicamente al régimen[29]. Muchos militares nunca supieron lo sucedido ni tuvieron noticias claras de Forja, sólo escucharon nebulosos comentarios sobre un grupo de cadetes al que sus compañeros llamaban *la Peli*.

La trayectoria posterior de sus miembros fue muy dispar. Unos se dejaron arrastrar por la corriente burocrática que dominaba su profesión, otros evolucionaron hacia posturas colaboracionistas, incluso integrándose en los servicios de información. Un grupo importante mantuvo sus ideales y evolucionó hacia la discrepancia política con el franquismo que, años más tarde, hizo nacer la Unión Militar Democrática.

# CAPÍTULO XIV

# La modernización frustrada

## LOS PRIMEROS OBJETORES DE CONCIENCIA

A finales de los años cincuenta se dieron en algunos cuarteles los primeros casos de testigos de Jehová, que fueron desconocidos por el gran público, porque la resistencia a cumplir el servicio no llegó a la opinión hasta finales del franquismo, cuando los objetores ya no lo eran por estrictos motivos religiosos. A causa de la censura de prensa y el aislamiento de su comunidad religiosa, las peripecias de estos primeros objetores fueron sólo conocidas en sus templos o los «Salones del Reino», los tribunales y las prisiones militares.

Cuando un testigo de Jehová llegaba al campamento de reclutas y se negaba a vestir el uniforme a los mandos les extrañaba esa especie desconocida de «protestante» que desobedecía con tanta mansedumbre. El objetor sufría sin protestar algunos malos tratos y vejaciones, hasta que le encerraban en el calabozo, procesado y en espera de juicio. En ocasiones, el jefe del campamento comisionaba al capellán para convertir al recalcitrante que replicaba con citas bíblicas hasta que el *pater* lo dejaba por imposible.

Al cabo de unos meses, un consejo de guerra condenaba al objetor a dos o tres años de cárcel, según el artículo 328 del código militar, que señalaba prisión de 6 meses y un día a 6 años para la «desobediencia a superior en tiempo de paz». La condena se

cumplía en una penitenciaría militar donde estaban encerrados un par de centenares de soldados, paracaidistas, legionarios y hasta guardias civiles, condenados por pequeños delitos. El grupo de testigos formaba una pequeña comunidad pacífica que no molestaba a nadie, estaba eximida de acudir a la misa dominical, y sus miembros se negaban a vestir el uniforme militar porque ahora «no era un uniforme de soldado, sino un traje de preso» y hasta saludaban atentamente a los superiores con un «buenos días», en lugar del reglamentario «a sus órdenes». Nadie les impedía que se reunieran periódicamente para sus lecturas bíblicas y prácticas piadosas a las que solían unirse otros presos sin otra intención que combatir el aburrimiento de la cárcel.

El problema recomenzaba cuando el objetor terminaba su condena y, tras varios años de cárcel, todavía tenía la mili pendiente, que debía cumplir en el Batallón de Cabrerizas, un cuerpo disciplinario ubicado primero en Ceuta y, luego, en el Sáhara.

Allí ya no era un preso, sino un soldado, y volvía a iniciarse su tragedia porque se negaba a vestir al uniforme del batallón disciplinario y, de nuevo, lo encerraban, procesaban y condenaban. El ciclo podía continuar, condena tras condena, hasta la edad de la «licencia absoluta», salvo que una enfermedad o accidente lo dejara inútil para el servicio y un tribunal médico lo enviara definitivamente a su casa.

## REFORMAS DE PERSONAL

Durante los años cincuenta comenzó a notarse el desfase entre el crecimiento del nivel de renta per cápita y el poder adquisitivo de los militares que, sobre todo en las grandes ciudades, vivían precariamente. El tapón demográfico de los procedentes de la guerra condenó a los antiguos alumnos de la General a permanecer toda su juventud en los grados de teniente y capitán, sin ninguna posibilidad de promoción. Las diversas especializaciones, incluso las más importantes como los diplomas de Estado Mayor o de geodesia, no producían avances en el escalafón y obtenían una gratificación económica simbólica. Algunos militares antiguos y bastantes

miembros de los cuerpos jurídicos o de intervención ocupaban puestos de la Administración, la Falange o la Organización Sindical[1], mientras que los médicos militares dedicaban parte de su tiempo a la seguridad social o a una consulta privada.

Así, los oficiales de cuerpos armados, a quienes se exigía la mayor dedicación y el trabajo más duro, contaban con ingresos globales muy inferiores que los dedicados a actividades más cómodas y menos absorbentes. Esta situación impulsó a buscar un pluriempleo cuyos ingresos ayudaran a sostener a la familia. Como habían recibido una buena formación en ciencias, el trabajo más frecuente fueron las clases de matemáticas, física y química, mientras los diplomados por la Escuela Central de Gimnasia procuraban emplearse como profesores de educación física en los colegios e institutos. Entre los muchos casos de militares empujados al pluriempleo por la necesidad económica, figuran Manuel Gutiérrez Mellado y Alberto Piris Laespada, que años más tarde serían generales, y se vieron impelidos a trabajar como traductores, profesores y, el último, incluso como técnico en una empresa de electrónica.

Los primeros oficiales enviados a seguir cursos técnicos en Estados Unidos se sorprendieron ante lo diferente que era la profesión en uno y otro país, la abundancia de recursos del Ejército americano, su eficaz organización y la importancia de los suboficiales, esqueleto del organigrama americano, mientras que en España apenas eran una especie de capataces mal vistos y con escasos conocimientos técnicos[2]. Al comprobar que todos los militares extranjeros de su misma categoría eran mucho más jóvenes se vieron obligados a explicar que no habían sido postergados en el Ejército español por su mala capacitación técnica o alguna falta, sino que los militares apenas ascendían en España, cualesquiera fueran sus actitudes y capacidades.

Estas malas condiciones profesionales no cuarteaban la fe de los militares españoles en Franco, de quien creían que era el hombre excepcional que decía la propaganda. La fidelidad al generalísimo era su única referencia política, excepto para los escasos monárquicos, que todavía esperaban la llegada de Juan de Borbón, aunque sólo fuera por obra de la biología al ser veintiún años más joven que Franco. Sin embargo, los cercanos a la Falange estaban

intoxicados por el antimonarquismo del régimen que hasta había permitido que el Frente de Juventudes tuviera canciones de marcha que insultaban a los Borbones. La ausencia de líderes creíbles hacía que parte del Ejército considerase a Muñoz Grandes el posible sucesor de Franco, aunque tenía cuatro años menos que él. Este sentimiento conectaba con la conocida actitud antimonárquica del general y con la corriente falangista de los *regencialistas*, partidarios de que Franco no fuera sucedido por un rey sino por sucesivos regentes nombrados por el Movimiento.

Barroso, que poseía conocimientos técnicos, había llegado al Ministerio con intenciones más amplias que regalar su célebre corte de traje y sabía que cualquier reforma militar pasaba necesariamente por una reducción del exceso de jefes y oficiales. Para resolverlo o, por lo menos, paliarlo, impulsó una nueva Ley de reserva[3], más ambiciosa que la anterior, que ofreció a los militares la posibilidad de pasar a la administración civil, conservando su sueldo y parte de su carrera[4]. La oferta fue muy bien acogida por muchos militares veteranos de la guerra civil y continuó vigente hasta 1981 para quienes desearan abandonar voluntariamente el Ejército. Sin embargo, las leyes de reserva no resolvieron el problema de personal, porque su aceptación fue voluntaria y el número de solicitudes resultó mayor en las armas técnicas, donde el problema era menor[5].

Para paliar la grave cuestión de la falta de suboficiales, se ofreció a los antiguos una ampliación de la Ley de destinos civiles[6] y se reformó el criterio para la formación de sargentos, abandonando el vicio de dejar hacerse viejos a los cabos 1.º antes de que pudieran ascender. Se convocó un curso diez veces superior a los habituales hasta entonces, celebrándolo en las diversas capitanías con un examen final en las Escuelas de Aplicación. Fue la medida más radical del nuevo ministro, porque nutrió y rejuveneció, en un solo año, la escala de sargentos.

## REFORMAR LO QUE SE PUEDA

Las medidas reorganizadoras de Barroso se iniciaron en 1958, contando con el material americano que había llegado, y permitió

abandonar los imposibles automóviles supervivientes de la guerra civil. Los camiones y armas americanas no eran nuevos, pero se encontraban en buen estado y permitieron organizar las primeras unidades motorizadas capaces de moverse sin averías y dotar a la Artillería de piezas modernas, desterrando los materiales de campaña basados en modelos de finales del
siglo XIX
.

Barroso pretendía orientar al Ejército hacia preocupaciones más técnicas que las que había tenido hasta entonces, aunque ni siquiera ordenó iniciar el estudio de la política de defensa. Disolvió 6 de las 18 divisiones existentes y adoptó la organización norteamericana, basada en unidades con cinco elementos de combate en lugar de los tres tradicionales. Las nuevas divisiones recibieron oficialmente el nombre de «experimentales», aunque en la jerga del Ejército se conocieron como *pentómicas* por sus cinco elementos y la supuesta capacidad para combatir bajo la amenaza de armas atómicas. Inicialmente se organizó una sola *pentómica,* la División de Infantería Experimental n.º 11, que contó con numerosos vehículos americanos, un batallón de 89 carros medios
M-47
y se probó en julio de 1959, en La Mancha, en las maniobras llamadas Operación Dulcinea, donde participaron 11 000 hombres, y los generales quedaron encantados ante el espectáculo de tantos carros de combate y los blindados semiorugas
M-3A1
que transportaban a la Infantería.

El entusiasmo inicial acabó por dejar paso a las críticas. El mando característico de los capitanes de Infantería era la compañía, unidad táctica y administrativa fundamental de la organización española, que en la *pentómica* fue suplantada por una fuerza algo mayor llamada grupo de combate, puesto al mando de un comandante. Los capitanes jóvenes, acostumbrados al mando de sus compañías, se vieron convertidos, de pronto, en segundos jefes de comandantes de la guerra, cuya edad no les hacía aptos para seguir las vicisitudes de la Infantería.

El primer crédito americano se había agotado y fue necesario negociar otros para dotar a nuevas divisiones *pentómicas*; sin

embargo, el aliado no se mostró excesivamente generoso y los materiales llegaron lentamente a lo largo de 1959, 1960 y 1961, a razón de 20 millones de dólares anuales para el conjunto de las fuerzas armadas.

## MODERNIZACIÓN Y MISERIA

La reorganización comprendió también una moderna red de telecomunicaciones, para lo cual se creó en 1958 el Regimiento de la Red Permanente y Servicios Especiales[7], sobre la base de un antiguo regimiento de Ingenieros, que emprendió la tarea de formar modernos especialistas. Era ésta una preocupación del ministro, receptivo a la necesidad de formar técnicos intermedios, capaces de atender los nuevos materiales[8]. La escasa consideración hacia el personal técnico había dilatado su formación durante 17 años[9] y, en diciembre de 1957, fue creado un nuevo cuerpo de Especialistas, destinado a absorber a los antiguos y poner las bases para la formación de nuevo personal. No obstante, la primera promoción de 1959 contó con 60 plazas de sargentos especialistas, que debieron seguir dos cursos de diez meses y dos años de prácticas. No se incorporaron a su puesto hasta 1963 cuando Barroso ya no era ministro.

La mejora resultó indudable, aunque menos profunda de lo que deseaba Barroso, que sólo pudo aliviar parcialmente el problema del personal; el material americano sólo permitió renovar parte de las unidades y su ministerio coincidió con un sensible recorte de los presupuestos de defensa[10]. Los tecnócratas apoyados por Carrero comenzaban a sanear la economía española, incrementaban las partidas destinadas a Educación y reducían las militares. Mientras la economía española mejoraba, y, en el mundo civil comenzaron a pagarse mejores sueldos e instalarse modernos equipos, el Ejército comenzó a recibir menos dinero.

La fortuna política de Carrero se había basado en su total fidelidad a Franco y su falta de carisma entre los militares, que lo convertía en un ser inofensivo y un colaborador inestimable para el dictador. Su posición privilegiada no le granjeó simpatías en el Ejército, donde lo miraban como a un marino enchufado en El

Pardo que ascendió a contralmirante sin haber cumplido los períodos de embarque reglamentarios, provocando numerosas murmuraciones en la Marina. Los militares y los falangistas más intransigentes comenzaron a mirarlo como un maléfico personaje que abría la puerta al Opus Dei y a la monarquía, con peligro para los principios del 18 de julio. Este mensaje, unido a la fidelidad a Franco, constituyó el núcleo de un discurso ultramontano, muy bien recibido por la mayor parte de los militares de la guerra y por muchos de la General.

Mientras España prosperaba, la miseria militar llegaba a extremos insoportables. Los cuarteles habían mejorado sus instalaciones, contaban con lavabos modernos, galerías de duchas, cocinas que ya no funcionaban con leña y los nuevos insecticidas terminaban con los chinches y las pulgas que habían sido compañeros de los soldados durante siglos. En lo demás, se repetían las desgracias de siempre: el vestuario y equipo eran lastimosos, el trato no había mejorado, el rancho sólo era comestible cuando la mayor parte de la tropa comía en su casa beneficiando al resto con el ahorro.

Sus apuros económicos obligaban a la intendencia a sacar dinero de cuestiones tan disparatadas como la venta de los uniformes usados por los soldados a los traperos. La tropa recibía un escueto equipamiento cuya ropa interior se reducía a un par de camisas, calzoncillos, pañuelos y toallas, con tres o cuatro pares de calcetines. Todo de mala calidad que se destrozaba entre la vida dura de los soldados y las pésimas condiciones de los sucesivos lavados. El servicio militar se había reducido a dieciocho meses, a cuyo término las prendas estaban convertidas en harapos. Sin embargo, la intendencia exigía la entrega de toda la ropa vieja de los licenciados y contaba hasta la última pieza. Los suboficiales de las unidades donde se licenciaba la tropa ponían todo su empeño en que nadie pudiera abandonar el cuartel sin haber entregado todos los guiñapos identificables como antiguos calcetines o pañuelos. Como a muchos hombres les faltaban algunas de las prendas, no tenían otra solución que birlársela a otro compañero o acudir a traperos especializados en ropas militares, que eran los mismos a quienes las vendía la intendencia. De manera que, antes de acabar en una fábrica de papel, un destrozado calcetín militar podía

efectuar varios recorridos en el cutre circuito de los soldados, los almacenes de intendencia y los traperos.

El servicio de vestuario, asfixiado por su escaso presupuesto, decidió sustituir el recio mono caqui que se entregaba a los soldados para la instrucción y los trabajos del cuartel por un uniforme más barato de color gris, ínfima calidad, horrible hechura y una informe gorrita de visera como remate. Vestidos con aquello, los soldados parecían espantajos y, en recuerdo de las fotografías de la guerra de Corea, la tropa llamaba al traje *el coreano*. Su aspecto era tan deplorable que ningún oficial ni suboficial quiso vestirlo para acudir a instrucción y hasta los cabos 1.º reenganchados rehusaron aquella horrible ropa que sólo vistieron los pobres soldados que no tenían más remedio.

## CARRERO VERSUS MUÑOZ GRANDES

Había pasado la época de los grandes generales y ya sólo sobrevivían en el poder algunos militares incondicionales de Franco, como Carrero, Nieto Antúnez y Camilo Alonso Vega, cuya esposa, Ramona, era íntima de Carmen Polo[11]. Franco parecía tener buena salud, pero ya llevaba 22 años como dictador y se había levantado la inquietud sobre el futuro político.

Las maniobras de Arrese para establecer una especie de constitución falangista no sólo habían inquietado a los monárquicos, sino también a los carlistas que, en abril de 1958, fundaron la Hermandad de Requetés Excombatientes con la intención de agrupar a los supervivientes de los tercios que habían tomado parte en la guerra civil[12]. Los militares tenían prohibida cualquier actividad política ajena al Movimiento, pero como el tradicionalismo había sido integrado en la FET y JONS, nadie podía acusarlos de subversivos. Tres de ellos se pusieron al frente de la comisión organizadora, encabezada por el comandante Juan de Zavala[13], que ya se había enfrentado al padre Llanos por el asunto de *Reconquista*. De acuerdo con la tradición católica del carlismo, la Hermandad presentó sus estatutos al obispo de Madrid-Alcalá y al

Ministerio de la Gobernación, que los aprobó el 24 de abril de 1958. El tradicionalismo tenía una densa historia de luchas intestinas que tampoco podían faltar ahora. En diciembre de 1957, un grupo importante de dirigentes carlistas, reunido en Estoril, había reconocido como pretendiente a Juan de Borbón[14]; meses más tarde, estos juanistas se enfrentaron a los carlistas históricos de Javier de Borbón Parma y lograron hacerse con la junta directiva de la Hermandad[15].

El 17 de mayo, Franco promulgó la Ley de Principios Fundamentales del Movimiento, que sustituía y desvirtuaba la ley que habría pretendido hacer Arrese. Suponía la victoria de Carrero y López Rodó sobre los diversos grupos que formaban el franquismo y, aparentemente, consagraba algunos principios de la Falange, precisamente para desplazar a los falangistas de los principales centros de decisión.

Los llamados *regencialistas*, línea antimonárquica y reformista de la Falange donde se movían el militar sindicalista José Solís Ruiz y el franquista reformista Manuel Fraga Iribarne, buscaron el amparo del capitán general Muñoz Grandes que, en junio de 1958, fue nombrado jefe del Alto Estado Mayor. Muñoz Grandes era, además, el único capitán general aparte de Franco. En esta época, los pensadores del régimen se aplicaron a actualizar la vigencia del poder político del Ejército y las editoriales oficiales publicaron obras de políticos y militares que justificaban su utilización. Entre una media docena de libros[16] figuraba uno de Fraga Iribarne. Años después profundizaría un falangista en la misma línea, con cierto eco[17].

En la Universidad aumentaba la inquietud política, que vigilaban varios servicios de espionaje. El más antiguo era el propio SEU, heredero de las labores represivas de la Milicia Universitaria. El Ministerio de Gobernación contaba con inspectores de policía jóvenes infiltrados entre los estudiantes, que aprovechaban para estudiar una carrera mientras prestaban su servicio. La Guardia Civil, presente en todos sitios, le correspondiera o no, había creado una red barata con antiguos guardias jubilados, que trabajaban como bedeles y eran bien conocidos por los estudiantes, que los tomaban bastante a chirigota.

Ante la escasa información de que se disponía sobre el mundo

universitario, Muñoz Grandes creó en el Alto Estado Mayor una rudimentaria organización para observar la Universidad, encuadrándola en la 3.ª Sección mandada por el general Martos Lalane, cuyo negociado de Interior tenía como jefe al comandante de Estado Mayor Juan Ignacio Sanmartín, encargado de la vigilancia laboral y el contraespionaje. No obstante este embrionario espionaje no se desarrolló, como solía ocurrir con tantas ideas de Muñoz Grandes.

Desde que, en 1939, desapareció el Ministerio de Defensa, cada uno de los tres Ejércitos actuaba según los criterios de sus respectivos ministros y sin coordinación alguna. Muñoz Grandes se hizo cargo de un Alto Estado Mayor inoperante y sin autoridad sobre los ministros militares. Con el poder que le prestaba ser capitán general pretendió que el organismo actuara como coordinador de los tres ministerios armados y Manuel Díez Alegría, el capacitado jefe de la Sección Militar, inició los primeros estudios para preparar un plan de normalización de las Fuerzas Armadas. El pacto militar con Estados Unidos había colocado a España bajo una dependencia absoluta de armas y materiales, que a menudo se evaluaban demasiado altos para la calidad que ofrecían. Con vistas a corregir esto, se elaboró el primer plan de financiación de armamento, parte de cuyos fondos se dedicaron luego a cuestiones distintas.

En 1964 se creó el Centro Superior de Estudios de la Defensa Nacional (CESEDEN), primer organismo existente en España con la finalidad de formar los criterios superiores de la defensa nacional, cuya capacidad de análisis siempre se vio limitada por la ideología del régimen, su concepto de la disciplina y la politización de los mandos.

Sin embargo, Muñoz Grandes era un duro militar que mantenía sus antiguas costumbres de jefe directo de tropa. No organizó su propia burocracia ni desarrolló la capacidad del Alto Estado Mayor como órgano de información encargado del contraespionaje y susceptible de convertirse en una poderosa palanca de poder. Luchó en desventaja contra Carrero Blanco y sus eficientes aliados tecnócratas, contra quienes sólo pudo generar algún escándalo en la línea más pura del viejo militarismo. Así, cuando el ministro de Hacienda, Mariano Navarro Rubio, que era teniente coronel del

cuerpo jurídico, pretendió reducir el presupuesto del Ejército al 11,98 por ciento del general del Estado, Muñoz Grandes amenazó con formarle un tribunal de honor para expulsarlo del Ejército. Fue necesaria la intervención personal de Franco para conjurar la amenaza.

Carrero, en cambio, consolidaba su poder y hasta su callado proyecto de convertir a España en potencia nuclear. El 27 de noviembre, Franco inauguró el primer reactor de investigación, en el Centro de Energía Nuclear Juan Vigón, cuando la Junta de Energía Nuclear estaba dirigida por el contralmirante Otero Navascués, que envió técnicos a la Escuela de Reactores de Oak Ridge (EE UU). El nuevo reactor, parcialmente subvencionado por capital americano, no tenía aún importancia militar y pretendía lograr energía eléctrica de origen nuclear en una proyecto donde la Empresa Nacional de Uranio acabó concertando a Equipos Nucleares, Babcok Wilcox, Stein Roubaix, Maquinista Terrestre y Marítima, General Electric y Westinghouse. Era, sin embargo, el primer paso y, unos años después se aceleraron las inversiones, construyéndose los reactores experimentales
JEN-1
,
JEN-2
y las plantas calientes
M-1
y
M-2
para el tratamiento de combustibles irradiados. Paralelamente, se impulsaba la producción de electricidad cuyos primeros logros serían las centrales nucleares de Zorita (Guadalajara), Santa María de Garoña (Burgos) y Vandellós (Tarragona).

Aunque incompletamente, se conocían los avances franceses en la energía nuclear y, a pesar de la antipatía que Carrero sentía por el Estado vecino, la Junta de Energía Nuclear estableció buenas relaciones con el CES, que dirigía la política nuclear gala. Más tarde, cuando en 1971 entrara en servicio la primera fase de la central de Vandellós, sería explotada por la sociedad francoespañola HIFRESA y sus residuos nucleares serían enviados a Marcoule y La Hague, donde se obtenía plutonio para el armamento nuclear

francés.

## ASUNTOS AFRICANOS

La derrota francesa de Indochina reforzó la visión franquista de la política internacional, que consideraba todos los conflictos mundiales obra de conspiraciones comunistas. La atención de muchos militares españoles comenzó a centrarse en Argelia, no porque recibieran informes procedentes de los órganos de su propia institución, sino motivados por las noticias de prensa. El Frente de Liberación Nacional (FLN) mantenía una guerra contra los franceses desde 1954.

Los oficiales que regresaban derrotados de Indochina y se incorporaron al nuevo conflicto de Argelia, no estaban dispuestos a sufrir una nueva derrota. Las unidades de paracaidistas y legionarios habían soportado lo más duro del conflicto donde el Vietminh llevó a cabo una guerra revolucionaria según la teoría maoísta de combinar las guerrillas, el terrorismo y los combates tradicionales. Entre sus oficiales se desarrolló la idea de que había cambiado la naturaleza de la guerra, que dejaba de ser un conflicto donde podían ser caballeros respetuosos con determinadas reglas. Creyeron que necesitaban nuevas técnicas de combate, para enfrentarse a la guerra revolucionaria. Si sus enemigos desarrollaban una guerra sucia desde la sombra, era preciso utilizar sus mismas armas para derrotarlos. El conflicto de los nuevos tiempos no se desarrollaba en el campo de batalla convencional y era preciso adaptarse a los modos de acción del enemigo; el Ejército francés debía combatir el terror con el terror, la tortura con la tortura, la propaganda con la propaganda. Cuando la guerra de Argelia se endureció, las más prestigiosas unidades se implicaron en el terrorismo, las torturas, los asesinatos y las deportaciones. Entre nacionalistas y militares franceses surgió el llamado movimiento de los ultras, que defendía el mantenimiento de la Argelia Francesa, corriente que cristalizó el 13 de mayo de 1958 en una sublevación militar en Argelia, dirigida por los generales Salam y Massu. El golpe militar provocó la crisis de la IV República y elevó al poder al general De Gaulle.

Tomó posesión el día 29 de aquel mismo mes. Aunque había sido aupado por los partidarios de la Argelia Francesa, renunció a la política de integración de los gobiernos anteriores mientras se recrudecía la guerra entre las comunidades musulmana y europea. En 1959, el Gobierno gaullista concedió a Argelia el derecho de autodeterminación y desarrolló una política internacional independiente de la OTAN, creó su propia fuerza nuclear y se negó a poner la flota bajo mando norteamericano. El derecho de autodeterminación argelino fue sometido a referéndum del pueblo francés, que lo aprobó en 1961, en un momento en que el Gobierno del FLN, instalado en El Cairo, radicalizaba su política y crecía el terrorismo recíproco entre el FLN y la OAS (Organisation de l'Armée Secrète), formada por colonos y militares ultras. Cuando se iniciaron conversaciones para preparar la independencia, los negociadores argelinos reclamaron también el Sáhara, donde se había descubierto petróleo, prolongándose la discusión hasta que los acuerdos de Evian de 1962 establecieron la independencia de Argelia.

Este proceso impresionó a los militares españoles y, sobre todo, a los relacionados con el África occidental, que habían sufrido el desencanto de las desastrosas operaciones de la guerra de 1957-1958. El 5 de mayo de 1959, tras 18 meses de cautiverio, el mismo Mohammed V entregó en Casablanca a representantes españoles cuarenta prisioneros hechos por las bandas teóricamente incontroladas durante la guerra de Ifni-Sáhara. Se trataba de 32 militares y 8 civiles, entre ellos 3 mujeres, 2 niños y los técnicos civiles del faro de Bojador. El Gobierno impidió que la prensa publicara las condiciones en las que había transcurrido su cautividad y las humillaciones impuestas por las autoridades marroquíes a los prisioneros.

Mientras tanto, Barroso proseguía la reforma gracias a los materiales llegados desde Estados Unidos, entre los que se contaban un total de 560 carros medios M-47 y 180 carros ligeros M-24[18]. Con ellos se estaban equipando 3

divisiones *pentómicas*, además de la División Acorazada, otra de Caballería con 4 regimientos mecanizados y una Brigada Independiente en Ceuta y Melilla.

En noviembre de 1959 concluyeron las últimas operaciones de limpieza en el Sáhara y abandonaron el territorio los batallones expedicionarios, reorganizándose las guarniciones africanas del África occidental[19]. Como única fuerza peninsular, una bandera de paracaidistas permaneció en el territorio, que permaneció en calma hasta marzo de 1960. La novedad más relevante fue la transformación de dos tercios de la Legión, el 3.º de Don Juan de Austria y el 4.º de Alejandro Farnesio, que fueron instalados respectivamente en El Aaiún y en Villa Cisneros y convertidos en tercios saharianos. Hasta entonces, la Legión había sido una fuerza exclusivamente de Infantería y ahora fue convertida en una fuerza combinada. Cada tercio sahariano se compuso de dos banderas de Infantería, un grupo ligero blindado y una batería transportada en camión. En los primeros tiempos, resultó complicado el mando de estos oficiales de Caballería y Artillería sobre la tropa legionaria, que mantenía una rígida disciplina militar junto a vicios muy característicos, que sus mandos tradicionales procuraban ignorar, aunque oficialmente no los permitían. Los nuevos oficiales, acostumbrados a las tropas peninsulares, se asombraron al descubrir que algunos de sus hombres, aunque eran buenos soldados, se emborrachaban sistemáticamente, fumaban grifa y mantenían relaciones homosexuales. Cuando intentaron acabar con estas prácticas y castigaron a algunos de sus hombres, provocaron un serio malestar. Los oficiales veteranos les informaron de que la única posibilidad que tenían muchos de sus hombres para soportar su desgraciada existencia era refugiarse en «la vida legionaria». Los recién llegados se adaptaron a la costumbre establecida.

La capacidad militar de los legionarios garantizaba la eficacia de los nuevos tercios saharianos que, sin embargo, fue limitada por la mala calidad del material, hasta el extremo de que para equipar sus nuevos grupos de Caballería fueron comprados a Francia 24 blindados sobre ruedas
M-8
, armados con un cañoncito de 37 mm. Se trataba de excedentes norteamericanos de la segunda guerra mundial que los franceses

habían acabado de desgastar en Argelia y vendieron a España cuando estaban prácticamente agotados.

## RUTINAS Y REFRANES

En el Desfile de la Victoria de 1959 participó por primera vez un batallón de carros norteamericanos
M-47
, expresión de la modernización debida al pacto con Estados Unidos, aunque el Alcázar de Toledo, único regimiento acorazado del Ejército, estaba todavía formado por un batallón de 4 compañías de carros americanos y otro batallón de Infantería a pie.

Comenzaban a modernizarse las armas, pero no las ideas, porque el régimen aprovechaba la guerra fría para enrocarse en sus principios, dando la espalda a la Europa occidental, que se desarrollaba política y económicamente. El 1 de abril de 1959, cuando se cumplían veinte años del final de la guerra civil, Franco inauguró el Valle de los Caídos con una declaración sacada del túnel del tiempo: «La guerra española no ha sido una guerra civil, sino una cruzada. Recordad que el oro y la propaganda soviéticos financian a los tradicionales servidores de la anti-España».

En la mayor parte de los cuarteles existía un monolito con una larga inscripción que se iniciaba con la frase: «Español, lee y divulga que…», seguida por una larga relación de las cantidades de muertos, heridos y mutilados sufridos por la Infantería franquista, y que culminaba con una rotunda frase final: «… han sido la contribución de la Infantería Española a la Cruzada de Liberación». Tantos años después de la guerra civil, sólo se lamentaban las víctimas de un bando. Las demás víctimas no contaban; los españoles republicanos y hasta neutrales muertos, heridos o mutilados estaban excluidos del recuerdo militar. Sin embargo, la mitad de los soldados que estaban en filas eran sus parientes. ¿Cómo explicarles, a la vista del monolito, que habían sido reclutados forzosos para formar parte del Ejército de España y no en la tropa particular del general Franco?

Este problema nunca se suscitaba porque el Ejército constituía un universo de verdades petrificadas donde los días se sucedían

entre la rutina, el desánimo y la disciplina. Crecía sin cesar el número de escribientes, camareros, asistentes y enchufados diversos que reducían el número de soldados dedicados a las tareas militares, razón de ser del servicio obligatorio.

Bajo la uniforme apariencia oficial, era una antigua institución dotada de su propia sabiduría particular, sus referencias y hasta sus refranes, cuyo conjunto constituía una especie de código interno. La tropa que no había podido enchufarse se regía por la norma de sobrevivir incrustándose en la rutina del más gris anonimato y esforzándose en trabajar lo mínimo. A pesar de la ayuda americana, muchos transportes se hacían todavía con mulos, tozudos y peligrosos, que requerían el cuidado del llamado servicio de cuadra. Dentro de la cultura cuartelera consistente en no destacar y en no preguntar nada a los superiores, la tropa veterana sentenciaba que «el que pregunta se queda de cuadra», es decir, que los preguntones acababan por desempeñar los peores servicios.

Sin embargo, la referencia oficial que recibía la tropa más frecuentemente eran los manidos versos de Calderón: «Aquí, la más principal hazaña es obedecer…», que solía pintarse en los lugares destacados de los cuarteles. Aunque también existía una subcultura propia de los mandos, crítica con la burocracia y la rutina, contra las que se contaba el viejo chascarrillo militar del banco pintado: un general visita un cuartel y pregunta qué misión tiene un centinela situado en el centro de un patio. Nadie sabe darle razón y los mandos reconocen que aquel centinela está allí desde siempre y nadie se ha atrevido a suprimirlo. El general recuerda entonces que treinta años antes, cuando era teniente en el mismo cuartel, pintaron un banco de madera que había en el patio y que, para evitar que algún despistado se sentara sobre la pintura fresca, colocó un centinela encargado de evitarlo. Luego se olvidó de suprimir el puesto y los siguientes oficiales lo conservaron por rutina. El banco había desaparecido, pero el centinela seguía en su puesto.

El viejo chiste sirvió durante mucho tiempo para justificar cualquier incomprensible rutina que se consideraba inevitable. La rabieta se reducía a contar el chascarillo, encogerse de hombros y dejar que todo siguiera igual.

El régimen español no comprendía la transformación del mundo

y la crisis vertiginosa del colonialismo. Imitando la política portuguesa, Carrero se empeñó en declarar a Guinea provincia española, como ya había hecho con Ifni y Sáhara. Ya era ridículo considerar provincia española a Ifni, donde los españoles sólo controlaban la capital y todo lo demás estaba en manos de Marruecos, pero hacer lo mismo en Guinea resultaba peligroso en plena descolonización del África subsahariana. Castiella se opuso al capricho de Carrero porque conocía los vientos que dominaban las Naciones Unidas, intentó disuadir al almirante y se le opuso en pleno consejo de ministros, donde la decisión de Franco dio la razón a Carrero.

Aquel verano, mientras nacían 16 nuevos estados africanos, una ley declaró a Guinea provincia española, produciéndose disturbios que provocaron el asesinato de algunos líderes políticos mientras otros se exiliaban. La colonia había sido un feudo de la Armada que mantenía allí más fuerza que el Ejercito y la Aviación militar. Para la seguridad diaria, la Guardia Colonial contaba con cinco compañías de tropa indígena y oficiales españoles de la Guardia Civil. En 1959, cuando comenzó a crisparse la situación, la Guardia Colonial tomó carácter militar y se encargó de vigilar las fronteras. En septiembre desembarcó una compañía móvil de guardias civiles españoles y, dos años más tarde, otra del mismo tipo, hasta reunir unos 350 hombres, encargados de mantener el orden; mientras tanto, en Canarias se organizaban unidades del Ejército, dispuestas para ser transportadas a Guinea si la situación se hacía especialmente peligrosa.

## A LOS PIES DEL CABALLO

A pesar del tiempo transcurrido desde la guerra, los delitos de asociación política seguían juzgándose en tribunales militares, de modo que se comprometía directamente al Ejército en la represión. Por este procedimiento, en septiembre de 1959, los comunistas Simón Sánchez Montero y Lucio Lobato fueron condenados a veinte años de cárcel, el primero, y catorce el segundo. Otro consejo de guerra impuso tres años a Julio Cerón, el dirigente del «Felipe», algunos de cuyos miembros habían mantenido relaciones con

militares de Forja. El Gobierno disintió de la sentencia, considerándola demasiado leve, y la elevó, para su revisión, al Consejo Supremo de Justicia Militar que, en diciembre, impuso siete años de cárcel a Cerón y a sus compañeros otras condenas entre seis y un año.

Los antiguos miembros de Forja no estaban vinculados al «Felipe», con el que sólo habían mantenido contactos destinados a informarse. Se trataba de un grupúsculo numéricamente insignificante en la masa del Ejército indiscutiblemente franquista, pero el único que daba muestras de profundas inquietudes. Una vez disuelta Forja, algunos de sus miembros de Madrid continuó reuniéndose en un local de la Acción Católica con una finalidad formativa, para lo cual invitaron a otros militares especialmente cualificados. Cuando los mandos tuvieran noticias de sus actividades ordenaron la disolución definitiva del grupo, que fue acatada y cumplida.

Por entonces, algunos componentes del grupo ya habían traspasado la frontera que la mayoría de los militares descontentos nunca se atrevieron a cruzar. Las críticas eran frecuentes, sobre todo después de la guerra de Ifni-Sáhara que había puesto en carne viva la inoperancia militar española; la mayor parte de los oficiales jóvenes coincidía en sus críticas y hacía recaer la responsabilidad sobre los militares de la generación anterior, la que había hecho la guerra civil. Ciertamente, su formación era muy limitada y sus miras muy estrechas, pero también ellos habían sido víctimas de una situación debida a la anticuada mentalidad de Franco y los altos generales. El malestar profesional crecía por momentos, pero nadie se atrevía a extraer consecuencias políticas ni críticas a Franco, al que todos los militares seguían adorando, a pesar del laberinto profesional en que los había metido.

En aquella época, Juan Carlos de Borbón recibió su despacho de teniente, que le entregó, el 12 de diciembre de 1959, en el patio de armas de la Academia el ministro del Ejército, general Barroso. Mientras sus compañeros recibían el título de oficial de sus respectivos cuerpos, Juan Carlos fue nombrado teniente de Infantería del Ejército de Tierra, del Aire y alférez de navío. Sólo Franco tenía graduaciones simultáneas en los tres Ejércitos, lo cual era todo un síntoma. Juan Carlos no tenía otros títulos oficiales más

que los militares recién recibidos, pero la gente siempre lo había conocido como «el Príncipe». Durante sus estudios llevó la vida de los demás cadetes, aunque fue distinguido con atenciones y muchos profesores se fotografiaron en su compañía. Terminada la entrega de despachos era costumbre depositar una corona de laurel en el monumento a los caídos, erigido en memoria de los muertos franquistas en la guerra civil. Designaron a Juan Carlos para que lo hiciera, acompañado por el número uno de la promoción; después, una veintena de profesores se fotografiaron con él, a la entrada de la Academia, ante la estatua ecuestre de Franco que la presidía, enorme sobre su pedestal de piedra, con las patas de bronce del caballo sobre las cabezas de todos ellos.

Desconocemos cuáles eran los pensamientos del teniente Juan Carlos de Borbón, un joven de trato llano, que no dejaba traslucir lo que tenía en la cabeza. Llegó a España siendo un niño de diez años y siempre vivió controlado por un preceptor y un cuadro de profesores nombrados por Franco. Después pasó cuatro años en las academias militares.

Era una especie de rehén del dictador, que lo mantuvo separado de sus padres a quienes sólo veía en vacaciones. Se acostumbró a escuchar, mostrarse respetuoso y no dar un paso en falso. Probablemente, el ambiente que lo rodeó influyó en sus ideas y su mentalidad debía estar cercana a la de sus compañeros de carrera militar. Sin embargo, sus miras eran diferentes y había recibido influencias exteriores al franquismo que, con el paso de los años, serían más intensas. Su valedor más sólido era entonces la pareja formada por Carrero y López Rodó. Su formación estaba encomendada a un equipo diverso, donde tomaron parte personajes diversos del franquismo.

Se suponía que sucedería a Franco, aunque formalmente sólo era su protegido por ser nieto del rey Alfonso XIII, que no pudo regresar a España y murió en el exilio en 1941. También su padre estaba exiliado, no podía pisar territorio español y era considerado enemigo del régimen. Como nieto de Alfonso XIII ingresó en la carrera militar y le fue fijado un plan de estudios que su padre se vio obligado a aceptar. En otro caso, Franco lo habría

devuelto al exilio portugués. Así que, aquel 12 de diciembre de 1959, depositó la corona en el monumento a los caídos y se hizo cuantas fotos le pidieron bajo los cascos del caballo de Franco.

Los militares, aunque desencantados por la inoperancia de su institución, no reconocían que se debían a la exagerada magnitud del Ejército y a su utilización partidista hecha por el franquismo. Les pagaban un sueldo miserable mientras la sociedad era cada vez más libre y más rica. Por ello, cada vez ingresaban menos hijos de jefes y huérfanos de militar en las Academias. Busquets ha calculado que, durante los años sesenta, el 45 por ciento de los cadetes pertenecían a familias de suboficiales y guardias civiles, para quienes el Ejército representaba la carrera más barata y la posibilidad de situarse en el grupo social al que pertenecían los jefes de sus padres. En las diez primeras promociones la mayor parte de los cadetes habían sido hijos de oficiales; después, su repliegue fue compensado con el incremento de hijos de suboficiales y guardias civiles, de manera que, hasta mediados de los años sesenta, de cada cinco cadetes, cuatro eran hijos de personal militar[20]. Desde entonces, la transformación de la sociedad española hizo disminuir esta proporción.

El Ejército era leal a Franco por disciplina y por convicción. Desde que terminó la guerra civil, sólo favoreció a los altos mandos y no hizo por el Ejército otra cosa que utilizarlo. En cambio, permitió impasible que la hipertrofia de los escalafones devorase las posibilidades de conseguir carreras y sueldos razonables. Logró ser adorado por los militares sin mover un dedo por ellos, suerte que no todos los dictadores han tenido. Miguel Primo de Rivera o Mussolini se vieron limitados por el carisma de la monarquía y acabaron enfrentados con parte del Ejército; Hitler fue desgastado por las derrotas de la guerra mundial hasta que importantes militares se volvieron contra él.

En cambio, Franco acumuló la personalidad de general y dictador, ganó una guerra civil a la que muchos militares debían sus estrellas y no fue desgastado por derrotas. Cuando se produjo el fracaso militar y político de Ifni-Sáhara ya había consolidado largamente su poder y su falsa biografía, que los militares creían sin discusión. La insensata política en África occidental hizo surgir numerosas voces críticas en el Ejército, cuya expresión puede

encontrarse, sobre todo, en las obras del general Casas de la Vega, del coronel Diego Aguirre y en las incendiarias declaraciones de prensa que hizo, en su día, el coronel Rodríguez de Viguri. Sin embargo, las protestas militares nunca se volvieron contra el dictador ni en público ni en privado. Echaron la responsabilidad sobre los políticos que «traicionaban la obra de Franco» y, con el tiempo, lanzaron torpedos contra los tecnócratas y, disimuladamente, contra su protector, Carrero Blanco.

Aceptando la disciplina, existían diversas opiniones políticas en el cuerpo de oficiales, todas ellas mantenidas en el seno de la inconcreta ortodoxia del régimen, que afirmaba permitir criterios distintos, dentro de «los principios del Movimiento». Existía una corriente monárquica, minoritaria y no organizada: sus miembros esperaban que, tras la muerte de Franco, sería rey de España Juan de Borbón, cuyo heredero resultaría Juan Carlos; aunque conocían la antipatía que Franco y los falangistas sentían por Juan de Borbón, estaban seguros de que Franco se decidiría por una sucesión monárquica, porque consideraba que la República era fruto de los enemigos de España y conducía a la guerra civil. Los carlistas eran todavía menos numerosos en el Ejército, se agrupaban en torno a los recuerdos de los tercios de requetés y desarrollaban escasas actividades, limitándose a asistir a actos piadosos del carlismo, como funerales por los muertos en la guerra o el anual vía crucis a Montejurra.

La mayor parte de los oficiales se sentía rotundamente franquista, católica y sentía simpatía por la sucesión regencialista y la figura de Muñoz Grandes, aunque no había ligazones políticas en el seno del Ejército. Únicamente existía un confuso compromiso poco activo entre algunos militares que desempeñaban cargos en organizaciones de Falange o en los Sindicatos Verticales.

El único núcleo de militares críticos del que se tiene noticia en aquella época son los miembros residuales de Forja, que habían perdido su tribuna, aunque Alonso Baquer siguió colaborando en *Reconquista* con artículos de creciente misticismo, hasta el extremo de publicar en 1968 *La religiosidad y el combate*, editado por el Consejo Central del Apostolado Castrense.

Otros antiguos miembros, convertidos ya en un grupo de amigos, siguieron reuniéndose en diversos puntos de Madrid y

algunos iniciaron la colaboración con la revista *Pensamiento y Acción*, que editaba en Barcelona el Apostolado Castrense, bajo la dirección del coronel de Ingenieros Delgado Piñar, una buena persona, conservadora y franquista. Su pequeña publicación resultó vitalizada por las aportaciones de aquellos entusiastas militares jóvenes, que comenzaron a volcar inquietudes en sus páginas. Aquél sería, sin embargo, el principio del fin.

# Cuarta parte

# Marchando hacia ningún sitio.

# CAPÍTULO XV

# Sin el pueblo y sin la Iglesia

## ENTRE EL FEUDALISMO Y EL COLONIALISMO

Desde 1957 era capitán general de Cataluña Pablo Martín Alonso, íntimo de Franco, que permanecería en Barcelona hasta 1962 cuando fue nombrado ministro. Personaje de genio furibundo, aterrorizaba a sus subordinados tratándolos sin consideración y se ufanaba de ser marqués de Villatorcas, aunque sólo lo era consorte. Como tantos déspotas, fue aquejado del mal de piedra y, al no poder construir su propio Valle de los Caídos, emprendió obras para mejorar el palacio de la capitanía general y se empeñó en edificar un gran campamento permanente en Talarn, abandonando las obras de otro que ya estaba en construcción cerca de Pont de Suert. En plena época de economías militares, el Ministerio del Ejército carecía de los fondos suficientes para satisfacer tales ansias faraónicas, con mayor razón cuando se pretendía sustituir un campamento en fase de construcción por otro de nueva planta. Como buen africanista, más acostumbrado al trato directo con la tropa y al «ordeno y mando» que a la burocracia, Martín Alonso no cedió en sus propósitos. Amigo personal de Franco, consiguió el permiso, aunque no todo el dinero y, como sabía que nadie le iba a pedir cuentas, emprendió la construcción con los recursos de la capitanía general. Los soldados, vehículos y fondos de las unidades

de Cataluña fueron puestos al servicio de la manía constructora de su jefe, quien, periódicamente, acudía a presenciar cómo tomaba cuerpo «su» acuartelamiento.

Su autoritarismo se ponía de manifiesto en todos los ámbitos, y pronto se hicieron famosas sus decisiones arbitrarias y las broncas que recibían todos sus subordinados sin excepción. En 1958 llegó destinado a Barcelona un joven granadino, capitán del cuerpo jurídico, Manuel Jiménez de Parga, que comenzó a impartir clases en la Facultad de Derecho, donde pronto demostró un talante liberal. Cuando Martín Alonso tuvo noticias de ello, hizo que le enviaran destinado forzoso a Guinea, entonces la más lejana posesión española. Jiménez de Parga, puesto ante la alternativa de ejercer la misión civilizadora del hombre blanco en África o el Derecho en Barcelona, eligió lo último y solicitó la baja en el Ejército. Cuando se escribe este libro es presidente del Tribunal Constitucional.

El autor de tan disparatadas actuaciones contaba con la confianza de Franco que, en aquella época, creía estar comprobando cómo el mundo entero le daba la razón. Su satisfacción debió llegar al máximo el 21 de diciembre de 1959, cuando el general Eisenhower, ahora presidente de Estados Unidos, visitó Madrid. En Barajas, el general español, antiguo aliado de Hitler y «centinela de Occidente», se fotografió abrazado al general americano que había derrotado a la Alemania nazi. Pocos días después también llegó a Madrid el cardenal Francis Joseph Spellman, arzobispo católico de Nueva York y jefe de los capellanes del Ejército norteamericano[1]. El 4 de enero de 1960 celebró una misa en el Valle de los Caídos en sufragio de los «muertos de la Cruzada» y exhortó al Ejército español a «la defensa común ante la amenaza de la tiranía y el materialismo ateo». ¿Cómo no iba a pensar Franco que la verdad estaba de su parte?

## DUROS ENTRE LOS DUROS

En 1959 se creó la Hermandad de Alféreces Provisionales, que pretendía convertirse en brazo político del Ejército y evitar el deslizamiento del régimen hacia formas más aperturistas, que se

adivinaban por hechos tan inquietantes como el pujante sindicalismo católico de la HOAC[2] y el creciente poder de los miembros del Opus Dei, partidarios de que Franco fuera sucedido por un Borbón.

Los «duros» del régimen pretendían constituir una plataforma política, sostenida con medios del Ejército, donde militares y falangistas pudieran actuar juntos. En los primeros tiempos aseguraron que la Hermandad de Alféreces Provisionales pretendía mantener vivos, tanto en el Ejército como en la sociedad, los ideales del 18 de julio; así consiguieron las bendiciones de los tenientes generales Rodrigo, Martín Alonso, Ríos Capapé y Carrasco Verde. Sin embargo, Franco y su camarilla no se dejaron engañar; lo que verdaderamente pretendían los fundadores de la Hermandad era constituirse en un grupo de presión que arrastrara a los militares. El dictador, tras dominar durante tantos años al Ejército y a la Falange, no estaba dispuesto a consentir que nadie se le colara por la puerta trasera, y, aunque no prohibió la nueva organización, hizo que la controlara Barroso, el ministro del Ejército. Éste conocía perfectamente a los organizadores y tampoco deseaba que se le subieran a las barbas, de modo que cursó una orden para que todos los actos convocados por la Hermandad precisaran para celebrarse la previa autorización del Gobierno militar correspondiente; asimismo, dispuso que ningún militar en activo pudiera asociarse sin permiso del Ministerio y que se le remitieran las listas de los asociados civiles. Ante las restricciones, muchos militares en activo optaron por no afiliarse, aunque numerosos halcones de uniforme se sintieron vinculados a la asociación[3] y muchos civiles o militares retirados se unieron a ella por afinidad, amistad o con la intención de prosperar en la política[4]; los que lo hicieron por este último motivo, una vez en el cargo, siguieron sus propios intereses y no los dictados de la Hermandad.

Las normas del Ministerio del Ejército controlaron sus actuaciones hasta el extremo de colocar a los afiliados en la contradicción de exaltar a Franco y de oponerse a sus Gobiernos[5]. Las cortapisas gubernamentales redujeron la organización a una fábrica de gestos, exabruptos y numerosas quejas por la escasa atención que le prestaban los sucesivos gobiernos, donde crecía el poder de los tecnócratas, sus verdaderos enemigos.

Mientras los militares veteranos intentaban enderezar los torcidos caminos del régimen, las guerras de descolonización pusieron de moda una novela entre los cadetes y oficiales jóvenes españoles. Se titulaba *Los centuriones* y su autor, Jean Lartegui, que había servido con los paracaidistas franceses, divulgaba la nueva teoría política, social y militar desarrollada por algunos oficiales durante la guerra de Argelia, basada en luchar contra la guerra revolucionaria utilizando sus mismas armas.

El coronel Roger Trinquier, principal teórico francés de la guerra antisubversiva, escribió varias obras, entre ellas *La guerra moderna*, en donde afirmaba que el terrorismo sería el arma principal en los conflictos armados del futuro. Frente al terrorismo, sólo los Ejércitos contaban con suficiente capacidad de combate, para lo cual necesitaban información, que debían obtener utilizando la tortura, única solución contra el nuevo tipo de enemigos. Los libros de Trinquier fueron muy conocidos por lo oficiales franceses, sin embargo apenas llegaron a los españoles, mientras que las siguientes novelas de Lartegui —*Los mercenarios, Los pretorianos, La amarilla nostalgia* y *Los tambores de bronce*— fueron devoradas por los oficiales jóvenes.

El mensaje de los militares colonialistas galos coincidía con las ideas del grupo integrista Cité Catholique, que propugnaba la obligación de luchar contra los «modernos hijos de la revolución francesa»: comunistas, socialistas, liberales y anticolonialistas. La suma de estas ideas, los odios surgidos a raíz de las guerras coloniales y los intereses de los colonos del norte de África hicieron nacer una nueva extrema derecha francesa, cuya expresión armada fue la Organización del Ejército Secreto (OAS), que luchó contra De Gaulle hasta que éste la desmanteló utilizando sus mismos procedimientos de guerra sucia. De todo ello nació la llamada Doctrina de Seguridad Nacional que se trasladó más tarde a Argentina y EE UU y originó las teorías antisubversivas norteamericanas, que se desarrollaron en diversas escuelas militares y fueron enseñadas a militares de todo el mundo.

En el régimen español se encontraban abundantes ejemplos de esta mentalidad; sin embargo, el inmovilismo y el odio hacia todo lo francés mantuvieron las nuevas teorías lejos de los generales, que, además, solían ser poco aficionados a la lectura. El modelo de

militar franquista estaba lejos de la intelectualizada mentalidad que sustentaba la represión colonial francesa manteniéndose más próximo a sus antecedentes históricos: los africanistas de la generación de Franco, mucho más directos e incultos.

Las nuevas ideas antisubversivas llegaron a España mucho más tarde, cuando ya habían sido tamizadas por los norteamericanos, que se las enseñaron a los oficiales españoles, alumnos de sus cursos de antiinsurgencia. Así se implantó en el Ejército la moda de los *boinas verdes* americanos, cuando ya no existían guerrilleros en España, porque hacía años que la Guardia Civil había matado al último de todos ellos, el anarquista Francisco Sabater Llopart, *Quico Sabater*.

La realidad colonialista española era también peculiar. Desde los años cincuenta muchos de los oficiales jóvenes se incorporaban a las tropas de África con la ilusión de mandar fuerzas operativas, que no existían en la península, y de cobrar mejor sueldo que la miseria que se pagaba en España. Claro está que la paga colonial no fructificaba porque sus ahorros desaparecían rápidamente durante los largos permisos que pasaban en la península para compensar la permanencia en África. El único rendimiento sustancial solía ser el pequeño negocio de repatriar un automóvil sin impuestos. La importación de coches extranjeros era prácticamente imposible en la península mientras que Ceuta, Melilla, Ifni, Sáhara y hasta Canarias gozaban de la condición de puerto franco. Al llegar destinados, los jóvenes tenientes, aconsejados por sus compañeros más veteranos, compraban un flamante Mercedes, que depositaban sin estrenar en un garaje durante dos años. Al cabo de este tiempo, cualquier funcionario destinado en aquellas tierras podía trasladar su coche a la península sin pagar aduanas y venderlo libremente. La operación sólo podía realizarse una sola vez y proporcionaba un capitalito, que parecía grande en comparación con el sueldo y sus escasos ahorros. Durante bastante tiempo, muchos de los Mercedes que circulaban en España tenían matrículas CE, ML o GC, que denotaban que habían sido importados por un funcionario y revendidos luego.

No todas las preocupaciones de las guarniciones africanas eran tan banales. En marzo de 1960, se produjeron nuevos incidentes en el Sáhara, enviándose un batallón de Infantería desde Canarias, dos

desde la península, y otros dos de Ingenieros, que permanecieron allí hasta 1963. Entonces se reorganizaron las unidades del desierto, reduciéndose a tropas de legionarios instaladas en los puntos fundamentales con la previsión de enviarles apoyos desde fuera en caso de problemas. Meses más tarde, embarcaron en Cádiz, pintados de color arena, los viejos camiones blindados Trumpi canadienses, que tantos años llevaban de servicio, y que se enviaban a los tercios saharianos y al regimiento acorazado Alcántara 10.

## NI PENSAMIENTO NI ACCIÓN

El fracaso de la reforma Barroso demostró la imposibilidad de modificar el tipo de Ejército que Franco y Varela habían organizado durante la segunda guerra mundial. El Gobierno norteamericano no tenía la voluntad de rearmar España, como había hecho con Alemania, porque únicamente le interesaban sus bases y un sistema político que garantizara su seguridad. Tampoco Franco deseaba reformar ni modernizar el Ejército porque sólo necesitaba unas tropas adictas que defendieran su régimen. Creía que, si estallaba una guerra contra la Unión Soviética, ya se encargarían de ello los americanos. Los únicos cambios posibles en el Ejército español eran administrativos, como el iniciado en marzo de 1960, cuando desaparecieron los cuerpos de Ejército y fueron sustituidos por divisiones[6].

Existía otro problema militar de índole política. La gran masa de antiguos alféreces provisionales continuaba en activo, sin que hubieran reducido sustancialmente su número las ventajas ofrecidas en dos leyes sucesivas de reserva. La mayor parte de los capitanes ya habían superado los 45 años, demasiada edad para seguir la marcha de los soldados situados en los primeros escalones. Tal problema no importaba a Franco ni a sus generales, que no sentían la necesidad de un Ejército operativo, apto para una guerra moderna. La finalidad del Ejército franquista no era guerrera sino política. Para lo cual eran inmejorables los maduros mandos de la guerra civil, que constituían el verdadero partido franquista.

Como era imposible congelar perpetuamente su carrera militar, se tomó la solución de promocionarlos de golpe y, en sólo seis días

de febrero de 1961, fueron ascendidos a comandante 1075 capitanes, de los que 976 eran antiguos provisionales. Franco les pagaba una deuda sin resolver el problema, porque no había dónde colocar a aquella masa de comandantes recién ascendidos y fue preciso inventarles ocupaciones. Se les adaptaron múltiples destinos, desempeñados hasta ese momento por capitanes y hasta por tenientes de la Escala Auxiliar. Después de ganar una guerra y de soportar veinticinco años de servicio, centenares de comandantes se vieron condenados a administrar el depósito de víveres, el almacén de vestuario u otros cometidos sin relieve ni mando de tropa. Muchos de ellos se negaron a caer en la trampa y dejaron el poco bizarro destino en manos de un suboficial, mientras descargaban su frustración dedicándose con ahínco a innumerables partidas de dominó en la sala de banderas.

El ascenso masivo de los veteranos tampoco mejoró las perspectivas de los oficiales procedentes de la General, que siguieron sometidos al tapón formado por los mayores porque, tras la espectacular avalancha de febrero, los ascensos volvieron a detenerse. A pesar del desbarajuste, la disciplina encorsetaba al Ejército y eliminaba sus tensiones. Los oficiales jóvenes e inquietos sólo tenían a mano dos soluciones, pedir destino a una unidad más activa, como los paracaidistas y las fuerzas de África, o ingresar en la Escuela de Estado Mayor, que ofrecía un trabajo con mayores perspectivas. Aunque en ningún caso mejoraban su carrera. Nadie podía escapar al rígido sistema de ascensos por antigüedad establecido por Franco y Varela, que ayudaba a mantener la disciplina a costa de frustrar numerosos entusiasmos. Curiosamente, los generales que lo implantaron habían sido furibundos defensores de los ascensos por méritos. Hasta que completaron su propia carrera.

La inercia militar era como un estático océano en cuyo fondo circulaban desapercibidas corrientes submarinas. Los militares desconocieron por qué, en abril de 1960, el general Martínez Campos, preceptor de Juan Carlos de Borbón, fue sustituido por su colega Juan Castañón de Mena. Se trataba de una oculta maniobra del equipo de López Rodó, que no se fiaba de Martínez Campos, intransigente monárquico franquista, capaz de interferir en la orientación del futuro monarca. En cambio, Castañón era un

hombre de confianza, miembro supernumerario del Opus y antiguo jefe de la Casa Militar de Franco, donde llevó a cabo algunas maniobras favorables a Juan Carlos.

Éste, una vez terminados sus estudios en las academias militares, comenzaba un período universitario, inspeccionado por el nuevo preceptor, mientras otro miembro de la Obra, Florentino Pérez Embid, dirigía la política monárquica, oficialmente bajo la inoperante batuta de José María Pemán. A final de año, la llegada de Juan Carlos a la Facultad de Derecho fue rodeada de cautela. Los comunistas y la Asociación Socialista Universitaria no se pronunciaron, en cambio algún jerarca del SEU alentó a los carlistas javieristas, que, dirigidos por Ortí Bordás y Martínez Fornés, protagonizaron pequeños abucheos, mientras los muchachos de la Juventud Monárquica comenzaban también a organizarse. Acostumbrado al orden y al respeto de las academias militares, Juan Carlos supo recibir campechanamente el impacto de un mundo nuevo, más libre y complicado[7].

La Justicia Militar continuaba juzgando los delitos políticos, aunque, al alejarse los tiempos de la posguerra, se redujo sensiblemente el número de presos. En Barcelona, la fortaleza de Montjuich había servido durante más de un siglo como cárcel militar, batería de artillería y vigía de una ciudad siempre levantisca. Ahora había perdido mucha de su utilidad y el alcalde consiguió el apoyo de Martín Alonso para que el Ejército cediera el castillo al Ayuntamiento, que se comprometía a sanear el conjunto de la montaña y sustituir por jardines los extensos barrios de chabolas que la España imperial había hecho nacer en las laderas. La cesión se hizo con las precisas cautelas: el castillo albergaría un museo militar y el capitán general presidiría el patronato mixto que regiría el conjunto. Franco viajó a Barcelona para entregar oficialmente el castillo el 1 de mayo y su visita motivó una pequeña protesta de jóvenes catalanistas y el procesamiento de Jordi Pujol, que fue juzgado por un consejo de guerra, donde lo defendió de oficio el teniente de Infantería Carlos Aguado[8], que se esforzó en hacerlo lo mejor que pudo. Naturalmente, Pujol resultó condenado y su defensor acabó destinado en Canarias.

A pesar de Martín Alonso, la guarnición barcelonesa conservaba su carácter peculiar. La ciudad contaba con numerosos regimientos,

un importante contingente de Policía Armada y los servicios de la IPS, que organizaban un gran campamento de verano para formar a los estudiantes universitarios como mandos de complemento. En consecuencia, vivían en Barcelona numerosos militares, muchos de ellos voluntarios porque las vacantes de la Policía Armada y de la IPS resultaban apetitosas y la ciudad, aunque cara, contaba con numerosas viviendas militares, ofrecía posibilidades para los hijos y facilidad para conseguir un pluriempleo o estudiar una carrera civil.

El grupito procedente de Forja desembarcado en la revista *Pensamiento y Acción* logró renovar la publicación, que en 1960 cambió de formato, amplió su tirada y se extendió moderadamente en los ambientes militares. La inquietud y relaciones de los recién llegados lograron que aparecieran artículos de personalidades notables, muy alejadas del perfil habitual de los colaboradores de las revistas militares, como Ruiz Giménez, el padre Llanos y Pedro Laín Entralgo. Igualmente, se dedicó atención a problemas como el colonialismo, el europeísmo o la estructura regional de España, que transformaron el arcaico carácter de *Pensamiento y Acción*, hasta el extremo de publicar varios artículos en defensa del bilingüismo, una cuestión que siempre fue mal vista en el Ejército.

En 1959, el papa Juan XXIII había convocado el Concilio Vaticano II e iniciado una política de catolicismo dialogante que cayó como una bomba en el franquismo, cuyos sectores más intransigentes se aprestaron a defender la ortodoxia y, como decía el ultraderechista Blas Piñar, «levantar de nuevo las banderas del 18 de julio», porque la Iglesia «no necesita sabios, sino santos». La mayor parte de los militares estaban de acuerdo con este discurso y únicamente discrepaban sobre las veladas críticas a Franco que hacía el exaltado falangista.

*Reconquista*, la principal revista del Apostolado Castrense, defendía ardorosamente el catolicismo arcaico, enfrentándose progresivamente con *Pensamiento y Acción*, cuya línea editorial seguía las nuevas orientaciones vaticanas. Muchos altos mandos militares ya comenzaban a recelar de la revista barcelonesa cuando, en 1961, el escritor catalán José María Gironella publicó *Un millón*

*de muertos*, continuación de la célebre novela de 1953 *Los cipreses creen en Dios*, ambientada en la ciudad de Gerona poco antes de la guerra civil, que había sido galardonada con el Premio Nacional de Literatura y fue muy bien recibida por los franquistas. Gironella era un escritor católico y *Un millón de muertos* siguió los nuevos criterios del Vaticano sobre la comprensión cristiana y el rechazo a la violencia. Quienes habían sido sus admiradores en 1953, en 1961 se convirtieron en sus irritados detractores, hasta el extremo de que el escritor fue víctima de un pequeño atentado.

En junio de aquel año, *Pensamiento y Acción* publicó un par de artículos favorables a la última novela de Gironella, que fueron contestados duramente por otros escritos que también publicó la revista. Luis García Arias, catedrático de Derecho Político de la Universidad de Zaragoza y miembro destacado de la Hermandad de Alféreces Provisionales, recurrió a sus influencias hasta lograr el cierre de *Pensamiento y Acción*, cuyo director, el coronel Delgado Piñar, fue privado del mando de su regimiento y, al cabo de un año, pasado a la reserva. Se trataba de un militar franquista, católico y muy bien calificado para ascender a general, cuya buena voluntad le había hecho aceptar los nuevos aires que llegaban de Roma y confiar en los jóvenes oficiales que se ofrecían para colaborar en su revista.

*Un millón de muertos* también pareció conmover las fibras sensibles de la redacción de *Ejército*, la revista de la oficialidad que, en agosto, dio cabida a un duro artículo de M. Marín Triana: «Una novela que ha hecho mucho ruido», y, en marzo, publicó dos violentos escritos de la redacción: «Honor al millón de muertos» y «¡Loor al millón de muertos! Los infundios de la historia», en marzo de 1962. Contraviniendo su costumbre de mantenerse en una línea profesional, *Ejército* adoptó una dura beligerancia política, iniciada con tres artículos sobre los Principios Fundamentales del Movimiento que fueron seguidos por numerosos escritos de claro contenido ideológico a cargo de colaboradores o de la misma redacción[9].

El franquismo puro no aceptaba el reformismo católico, aunque lo impulsaran el Concilio y el Papa. Los franquistas consideraban que una Iglesia basada en la comprensión cuarteaba los pilares de su sistema político. Sin embargo, un número creciente de católicos,

eclesiásticos y laicos, comenzó a seguir la renovadora doctrina católica, incrementándose la resistencia al régimen de algunos curas, sobre todo catalanes y vascos. Durante el siglo XIX, muchos militares españoles se habían hecho anticlericales porque los frailes apoyaban a los carlistas. En cambio, la guerra civil de 1936-1939 estableció una alianza entre la Iglesia y el Ejército que el Concilio Vaticano II parecía cuartear. Los militares fueron muy sensibles al fenómeno. Eran católicos formalistas y conservadores y reaccionaron rápidamente contra la transformación de algunas costumbres y actitudes eclesiásticas. Muchos antiguos combatientes de la guerra civil se sintieron guardianes de la ortodoxia católica, incluso contra la opinión del sumo pontífice. Ser más papista que el Papa era, al fin y al cabo, una vieja costumbre española.

A partir de entonces, se abrió una brecha entre los eclesiásticos renovadores y los militares, aunque entre estos últimos no todos reaccionaron igual y no faltaron quienes, llevados por sus convicciones religiosas, siguieron la línea vaticana, disimulando sus sentimientos ante sus jefes, que presumían de católicos. Quienes formaban parte de asociaciones religiosas progresistas debieron extremar la prudencia y no comprometerse hasta el extremo de llamar la atención de los mandos, algunos incluso abandonaron la militancia en sus organizaciones, replegándose hacia posturas menos comprometidas.

Los capellanes castrenses, en la tesitura de elegir entre los obispos y sus jefes militares, eligieron a los segundos porque no estaban vinculados al episcopado ordinario, sino al vicario general castrense, elegido directamente por Franco, y que era simultáneamente obispo y general. Aceptaron las nuevas normas litúrgicas adoptadas por Roma y dejaron de celebrar misa en latín, aunque en ningún caso lo hicieron en catalán, vasco o gallego, cuyo uso no se permitía en los cuarteles.

Las grandes inquietudes militares parecían llegar de África, donde la guerra de Argelia interesaba a muchos oficiales jóvenes, que miraban con simpatía a sus colegas franceses. Numerosos colonialistas, enemigos del presidente De Gaulle, se habían

refugiado en España, donde también se encontraba su opositor más acreditado, el general Salam, protegido por un fantasma político, Ramón Serrano Suñer, mientras se preparaba un nuevo alzamiento militar en Argel.

Los acontecimientos franceses estimulaban la curiosidad de estos oficiales españoles, privados de alicientes profesionales por su trabajo rutinario, sin medios técnicos y con soldados que no tenían más miras que la licencia. Maleficio que sólo se rompía en las unidades con tropa voluntaria, de paracaidistas y legionarios que eran casi profesionales y cobraban un sueldo, o en las fuerzas de la Policía Armada, que también estaba mandada por militares. La agitada política colonial en Francia y el norte de África era vista con curiosidad y sentimientos contradictorios. El Ejército español estaba acostumbrado a acatar y defender la doctrina oficial franquista y los militares analizaban contradictoriamente el caso francés. De Gaulle era simultáneamente un general, un liberal y un conservador, había luchado contra Hitler, fue elevado al poder por los militares colonialistas y luego los dejó en la estacada; hablaba como un patriota en nombre de Francia, pero descolonizaba Argelia. Demasiados elementos contradictorios para que las opiniones resultaran nítidas.

La costumbre de aceptar con entusiasmo las versiones oficiales dificultaba tomar partido cuando éstas no existían. Cuando El Pardo se pronunciaba, la adhesión militar se extendía como un reguero de pólvora; en cambio, si se desconocía la opinión del oráculo, resultaba arriesgado adelantar opiniones. En el caso francés, El Pardo no opinaba públicamente, en cambio condenó el secuestro del trasatlántico portugués *Santa María*, tomado a punta de pistola por el capitán Galvao y un grupo de opositores, que pretendían llamar la atención internacional sobre la dictadura establecida en Lisboa desde los años veinte. El Gobierno español declaró que se trataba de un acto de piratería y Franco ordenó que el *Canarias* saliera a cazar el trasatlántico. En los cuarteles se comentó apasionadamente la misión del crucero, que, sin embargo, no tuvo éxito porque el *Santa María* se zafó de la persecución y acabó refugiándose en el puerto brasileño de Recife.

## LA VIDA MILITAR

La vida del Ejército se desarrollaba en varios planos paralelos y proseguía la reforma iniciada por Barroso a medida que llegaban nuevos materiales norteamericanos. En 1961 se dieron por suficientemente experimentadas las divisiones pentómicas y su estructura sirvió de modelo para reorganizar definitivamente todo el Ejército, que pasó a tener 8 divisiones de Infantería del nuevo tipo, 4 de montaña, 1 de caballería y 1 acorazada. Sin embargo, como el material americano no fue suficiente para equipar a todas las unidades, muchas divisiones de Infantería jamás recibieron el batallón de carros medios que les correspondía ni otros materiales fundamentales. Ocho años después de firmarse el pacto con Estados Unidos, el Ejército español estaba mejor equipado, aunque registraba importantes carencias. Los vehículos y materiales pesados eran todos americanos, mientras las armas ligeras eran españolas y el CETME, un fusil español, magnífico para su tiempo, había sustituido al Mauser, cuyo primer modelo databa de la guerra de Cuba, aunque algunos de ellos fueron reformados con el nombre de FR y entregados a fuerzas y servicios de segunda fila[10].

La situación de las colonias permanecía estancada, oficialmente eran provincias españolas en África que Carrero Blanco dirigía a distancia. No se hablaba de inquietud en el Sáhara, donde técnicos extranjeros llevaban a cabo prospecciones petroleras, cuando una noticia conmovió a las guarniciones: algunos de estos técnicos habían sido secuestrados por bandas incontroladas. El mando militar suspendió inmediatamente los permisos y alertó a las guarniciones. Hassán, el príncipe heredero de Marruecos, tensaba la situación y concentraba fuerzas del Ejército Real en las lindes del territorio español. Una bandera y el grupo de caballería del 4.º Tercio de La Legión, que guarnecía Villa Cisneros, se trasladaron al norte por las pistas del desierto: una hazaña automovilística para los conductores, dado lo desgastado de los materiales, y un calvario para los equipos de mecánicos. Allí permanecieron hasta el 6 de marzo de 1964 cuando, disipada la alarma, regresaron a sus bases.

Mientras el mundo se descolonizaba, el Gobierno carecía de política africana y protestó oficialmente cuando Hassan, en uno de sus discursos, reivindicó Ifni, Sáhara, Ceuta y Melilla. Por entonces

se replegaban las últimas tropas españolas del antiguo protectorado de Marruecos, con un último plazo para el 31 de agosto de 1961. Muchos militares, acostumbrados a sus antiguos destinos africanos, tuvieron que adaptarse a las guarniciones peninsulares, donde el sueldo era menor, la vida más cara y los problemas distintos. Para los habituados a la clasista vida colonial, era duro aclimatarse a una nueva ciudad donde se convertían en desconocidos funcionarios. Más que nunca, se refugiaron en sus propias instituciones para defenderse de la hostilidad de una sociedad desconocida y económicamente más potente. Los militares solteros vivían en las llamadas residencias, hoteles militares baratos y deficientes; los casados y sus familias se alojaban en casas militares, situadas en barriadas que podían ser casi exclusivas; cada día se desplazaban al cuartel en autobuses del Ejército y, para divertirse y relacionarse, se reunían en casinos militares o en sociedades civiles, donde recibían un trato de favor; sin embargo, estas posibilidades no existían en todas las guarniciones. Especialmente amables con los oficiales resultaban las antiguas y aristocráticas sociedades hípicas, como Puerta de Hierro de Madrid o el Club de Polo de Barcelona, que tenían equivalentes en todas las ciudades importantes.

El espacio de los cuarteles reservado a los jefes y oficiales experimentó una curiosa transformación. Antes de la guerra se llamaba «cuarto de banderas», porque en él se custodiaban la enseña del regimiento y la caja de caudales, bajo la responsabilidad del oficial de guardia; frecuentemente, tenía anejos una biblioteca y una sala de esgrima, donde se practicaba este deporte militar aprendido en la academia. Durante la posguerra, aumentó tanto el número de oficiales que fue preciso ampliar el cuarto de banderas, al que pronto se llamó «sala de banderas», mientras desaparecía la antigua sala de esgrima, porque los oficiales ingresados durante la guerra no se habían adiestrado con el florete en la academia y preferían jugar al dominó.

Las nuevas costumbres también dejaron su marca en las bibliotecas de oficiales. El repaso a cualquiera de ellas demuestra que, durante los primeros veinte años del franquismo, apenas se adquirieron nuevos libros, la mayor parte de éstos estaban relacionados con la guerra civil y casi ninguno sobre las teorías políticas del falangismo, cuya filosofía importaba bien poco a los

militares, aunque se considerasen falangistas. La mayor catástrofe se produjo en las nutridas bibliotecas de los regimientos de Artillería, que contaban con numerosas obras españolas y extranjeras sobre tecnología, balística, topografía y tiro, cuya aportación se cortó a raíz de la guerra y, desde 1939, los anaqueles artilleros recibieron escasos libros y de poca calidad profesional.

La sala de banderas contaba con su propio servicio de soldados vestidos con una casaca blanca de camarero y, con el tiempo, se le añadieron nuevas piezas, como una barbería, un bar o algunos dormitorios destinados a los oficiales de servicio o arrestados. Para los suboficiales se construyeron dependencias análogas, aunque más pequeñas y sencillas. Pasando los años, en algunos regimientos fue conocida como club o casino de oficiales.

## ENTRE LA CASTELLANA Y MÚNICH

El 18 de julio de 1961 se conmemoró el comienzo de la guerra civil y el Gobierno, lejos de cualquier política de reconciliación, decidió celebrarlo solemnemente y demostrar que el Ejército era el mismo que el que logró la Victoria. Lo cual no era del todo incierto, todos los jefes y generales eran los hombres que habían desfilado en 1939, aunque envejecidos, mientras que eran otros los oficiales jóvenes, los suboficiales y la tropa. El aniversario se conmemoró con una impresionante parada militar en la Castellana de Madrid, donde, detrás de las fuerzas armadas, pasaron 50 000 excombatientes vestidos de civil, con sus viejos símbolos, banderas, medallas y hasta capellanes, que exhibían sus sotanas con divisas y condecoraciones, como un explícito desafío a los nuevos aires que llegaban de Roma.

En la vía por donde debía pasar un tren de excombatientes que regresaban del desfile fue descubierta una bomba antes de que pudiera consumarse el atentado. Era el primer acto terrorista de ETA, hasta entonces limitada a acciones de propaganda. El intento fallido se saldó con veintitrés detenidos que comparecieron ante un consejo de guerra cuya sentencia impuso dos penas entre 15 y 20 años y otras entre 5 y 10.

El régimen conservaba sus reflejos militares. El 24 de diciembre de 1961 le estalló a Franco una escopeta de caza, lesionándole un dedo. Inmediatamente fueron convocados en El Pardo los generales Muñoz Grandes, Alonso Vega y Barroso y avisados todos los capitanes generales. En cambio, no fue advertido Esteban Bilbao, presidente de las Cortes y sucesor legal del Jefe del Estado.

La situación interna española se complicaba. En abril se pusieron en huelga los obreros de Basconia en Vizcaya y de Bazán en Cartagena, extendiéndose muy pronto los conflictos a Asturias, resto del País Vasco y Cataluña. Durante el siguiente mes, un grupo de intelectuales firmó un manifiesto que denunciaba los métodos represivos del Gobierno contra los huelguistas y un editorial de *Eclesia*, la revista oficial del episcopado español, defendió el derecho a la huelga, que fue respondido con una ofensiva de la prensa falangista contra la Iglesia.

La opinión de los militares formados durante la guerra civil dominaba el Ejército, donde era muy pequeño el peso de los oficiales jóvenes, mayoritariamente de acuerdo con sus superiores, mientras resultaban insignificantes los grupos moderados, como los cristianos conciliares o los antiguos miembros de Forja. Aunque con menores entusiasmos que sus jefes, casi todos los militares jóvenes también eran franquistas y sus referencias sentimentales básicas se encontraban en el conflicto civil que había exaltado a sus padres, profesores y superiores. Habían crecido en el ambiente de la guerra y de la posguerra: la mayor parte eran hijos de oficiales; otros muchos, huérfanos de guerra, y todos carecían de suficientes elementos para cuestionar la situación imperante en España. Aunque en la Academia fueron tratados duramente por sus profesores, luego se adaptaron a sus códigos y muy pocos asumieron posiciones críticas. Fueron franquistas por el simple hecho de haber nacido en un lugar y en una época.

La principal militancia política correspondía a la generación de la guerra civil, cuyas expresiones más explícitas eran Fuerza Nueva y la Hermandad de Alféreces Provisionales. Ante el crecimiento de la oposición al régimen y, sobre todo, de la importancia que tomaba el grupo de López Rodó en detrimento de los falangistas, José Antonio Girón logró que la Hermandad convocara una gran concentración para el domingo 27 de mayo de 1962, en el cerro de

Garabitas, un paraje cercano a Madrid donde habían tenido lugar sangrientos combates durante la guerra. Allí se concentró la plana mayor de los duros del régimen, sin faltar numerosos jefes militares vestidos de civil, en espera de la llegada de Franco, a quien se había invitado a presidir el acto.

Los concentrados constituían el núcleo franquista más auténtico, leal a las duras posturas de 1936, frente a un Franco cuya actitud parecía suavizada por largos años de disimulo y astucia, culminados por una madurez que confiaba el peso del Gobierno en manos de Carrero, mientras él se dedicaba asiduamente a la caza y la pesca. Girón y los duros esperaban comprometerlo, obligándole a desautorizar la política del Gobierno, que se les antojaba demasiado complaciente.

En una mañana de sol primaveral, Franco compareció ante la masa de veteranos que le aclamaban en Garabitas con los gritos de siempre. Al aire libre y en ambiente propicio se dejó llevar por sus verdaderos sentimientos e hizo un discurso demostrando ser mucho más ultra y belicoso que todos ellos. Girón y sus extremistas vieron cómo les sobrepasaba por la derecha y atacaba el liberalismo, la infiltración de ideas progresistas en la Iglesia y la actitud de algún clérigo vasco separatista. Aseguró que se sentía joven y que, cuando faltara, todo quedaría atado y bien atado. El discurso complació a los reunidos, que lo aclamaron con fervor, más leales que nunca. Para legitimarse y justificar sus vidas necesitaban declararse fieles a Franco y el paticorto discurso del dictador despertó su entusiasmo, arrinconando los argumentos de los halcones que habían convocado el acto. Entre aclamaciones, Franco abandonó Garabitas y sus partidarios se quedaron allí para tomar un rancho de campaña, en recuerdo de su mísera juventud perdida.

La esencia represiva del régimen se demostró un poco más tarde, en una réplica impensada al acto de Garabitas. Entre el 5 y el 8 de junio se reunió en Múnich el Congreso del Movimiento Europeo, donde 118 intelectuales residentes en España y en el exilio, entre los cuales no había comunistas, redactaron un manifiesto de reconciliación. Los españoles conocieron el documento a través de las noticias y la descalificación de Radio Nacional, que definió la reunión como el «contubernio de Múnich», dándole tintes apoteósicos que no se correspondían con la escasa amenaza que

representaba para la dictadura el que unos cuantos intelectuales se reunieran en una ciudad alemana. El Gobierno, en pleno ataque de histeria, decretó el mismo 8 de junio la suspensión del artículo 14 del Fuero de los Españoles, que limitaba las acciones gubernativas y policiales. Para evitar la represión, Gil Robles, Prados, Fernández de Castro, Aldecoa y Ridruejo se exiliaron a París. Satrústegui, Miralles, Barros de Lis y Álvarez de Miranda, que regresaron a España, fueron desterrados a Fuerteventura, e Íñigo Cavero, a Hierro.

Franco interpretó Múnich en la clave de Garabitas y sustituyó el Gobierno por otro más duro, donde Carrero Blanco ascendió a ministro subsecretario de Presidencia, aunque su equipo perdió posiciones en favor de Muñoz Grandes, que fue nombrado vicepresidente del Gobierno sin perder la jefatura del Alto Estado Mayor, convirtiéndose en el hombre más fuerte después de Franco, que colocó a otros de sus leales en puestos claves; un enemigo de Carrero, el almirante Nieto Antúnez, fue ministro de Marina; Pablo Martín Alonso recibió la cartera del Ejército; José Lacalle Larraga, la del Aire; Camilo Alonso Vega ocupó Gobernación y Jorge Vigón, Obras Públicas.

Bajo el caparazón del franquismo se perfiló la lucha entre sus dos principales tendencias. Carrero amparaba al grupo de López Rodó, partidario de crear una monarquía franquista, que contaba con Mariano Navarro Rubio, ministro de Hacienda; Gregorio López Bravo, de Industria; Jesús Romero Gorría, de Trabajo, y Manuel Lora Tamayo, de Educación. Sus enemigos, los llamados regencialistas, preferían que a Franco le fueran sucediendo una serie de regentes de una Monarquía sin rey, nombrados por las Cortes; los regencialistas estaban encabezados por Manuel Fraga, ministro de Información y Turismo; José Solís, del Movimiento, y Fernando María Castiella, de Exteriores, que procuraban atraerse a Nieto Antúnez y postulaban a Muñoz Grandes como primer regente sucesor de Franco. Durante su época de catedrático en la Universidad de Madrid, Fraga acostumbraba responder a las preguntas «con segundas» de sus alumnos con un recurrente discurso: «Le voy a dar a usted dieciocho razones por las cuales la Monarquía no conviene a España…» y enumeraba las dieciocho. Ahora actuaba como ideólogo del grupo, aunque con mayor cautela

verbal que en la cátedra.

## Pablo Martín Alonso, un duro en el palacio de Buenavista

Llegó al Ministerio del Ejército como un ciclón. Al contrario de su antecesor Barroso, un experimentado jefe de Estado Mayor, ducho en la burocracia militar, él era un africanista, acostumbrado al mando directo de tropa y alérgico a las oficinas.

Su mal carácter chocaba con los dos generales que tenía más cercanos y eran sus teóricos colaboradores, el propio subsecretario, Antonio Pérez Soba, y el irascible jefe del Estado Mayor Central, Ramón Gotarredona Prats[11]. Entre los tres hicieron del ministerio una caja de truenos. Martín Alonso se empeñaba en despachar directamente numerosos asuntos, de modo que atascaba la administración. Los conflictos fueron en aumento, animados por las broncas del ministro y los frenéticos berridos de Gotarredona, hasta que en 1963 éste fue sustituido por el general Rafael Cabanillas Prosper, para tranquilidad del palacio de Buenavista.

El ministro exigía la mayor puntualidad a los militares de la burocracia madrileña que le conocían como «el abominable hombre de las nueve[12]» y aseguraban que intentaba disimular su corta estatura calzando las botas de montar con un suplemento bajo el talón. Este tipo de calzado, característico de los oficiales, ya había sido abandonado en todos los Ejércitos; en cambio, los militares españoles lo conservaron hasta finales de la década de los cincuenta, cuando la comodidad impuso los pantalones rectos y los zapatos de cordones. Sólo las academias militares conservaron el uniforme con botas de montar hasta poco antes del ministerio Martín Alonso. Éste, a pesar de sus gustos, no revocó la orden y los cadetes continuaron con el pantalón recto, aunque el propio hijo del ministro, que era entonces cadete en Toledo, se calzaba un par de botas de montar antes de entrar en la residencia oficial de su padre.

Seguía en vigor la ley que limitaba el casamiento de los militares con extranjeras. Había provocado pocos casos dolorosos[13]

mientras la sociedad española permaneció aislada. Al comenzar la década de los sesenta millones de turistas empezaron a pasar sus vacaciones en España; eso, unido al hecho de que los militares españoles realizaban cursos fuera de España, favoreció el que algunos se enamoraran de muchachas extranjeras y se dirigieran por escrito al ministro, rogándole que, aunque la ley prohibía el enlace, considerase su caso especial y autorizara la boda. Martín Alonso decidió cortar por lo sano y dirigió una orden a todos los jefes de cuerpo, con el fin de que no cursaran dichas peticiones porque los supuestos «casos especiales» no existían. A pesar de haberse casado dos veces, no entendía lo *especial* que puede resultar enamorarse.

Era un acérrimo militarista que unió a Franco y Muñoz Grandes para oponerse en el consejo de ministros a reducir el ámbito de la justicia militar que, según ellos, debía juzgar los delitos políticos. En septiembre de 1962, se celebraron en Barcelona varios consejos de guerra contra miembros de grupúsculos anarquistas alimentados por el romántico recuerdo de la CNT. El fiscal pedía la pena de muerte para Jordi Conill, acusado de pertenecer al Movimiento Juvenil Libertario, y se desató una campaña de petición de clemencia en el extranjero, durante la cual Isu Elías, cónsul de España en Milán, fue secuestrado como método de presión. Finalmente, Conill fue condenado a 30 años y el cónsul puesto en libertad por sus captores, a los que la Policía italiana logró finalmente detener.

Más complejo resultó el caso del dirigente comunista Julián Grimau, detenido por la Policía cuando se instaló en España para vitalizar el partido. Inicialmente asumió su defensa el abogado del PCE Amandino Rodríguez Armada, hasta que el caso pasó a la jurisdicción castrense y se nombró como defensor militar al capitán Alejandro Rebollo Álvarez, que años más tarde sería diputado por el CDS. Grimau fue acusado de delitos que estaban prescritos según el vigente Código de Justicia Militar de 1944 y, para procesarlo, se argumentó que los hechos juzgados se habían cometido cuando regía el Código de 1894, cuyo plazo de prescripción era cinco años mayor, acusándolo también de infringir la Ley de Represión de Actividades Terroristas[14]. Durante el consejo de guerra se descubrió que el vocal ponente, el comandante jurídico de

complemento Manuel Fernández Martín, muy bien situado en el sistema, colegiado en Madrid y Badajoz, abogado de la Organización Sindical y asesor jurídico de Martín Alonso, jamás había terminado la licenciatura de Derecho por lo que su nombramiento era ilegal. Fernández fue procesado y expulsado más tarde del Ejército, aunque el escándalo no lo publicó la prensa española, entonces entretenida en una gran campaña propagandística contra Grimau, reverdeciendo los odios de la guerra civil.

El consejo de guerra falló la pena de muerte y se sucedieron las peticiones de clemencia desde numerosos Gobiernos extranjeros. Franco sólo contestó a la petición de la reina
Isabel II
de Inglaterra, negándose a acceder a su petición por «razones particulares». Jruschof envió el primer telegrama dirigido a Franco por un máximo dirigente soviético. Otra súplica de piedad llegó desde el Vaticano, donde el papa
Juan XXIII
estaba ya muy enfermo, y otra más enérgica del cardenal Montini, arzobispo de Milán, cuyas declaraciones irritaron a los sectores más duros.

Se produjo un enfrentamiento entre generales, porque el teniente general Luis Zanón Aldaluz[15], que llevaba sólo tres meses como director general de la Guardia Civil, adoptó una postura inusual. Cuando era teniente había sido uno de los puntales de la sublevación del 17 de julio de 1936 en Melilla y, después de la guerra, marchó al frente ruso como jefe de Estado Mayor en la División Azul. Durante toda la guerra civil y la posguerra, la Guardia Civil había ejecutado a numerosos condenados; sin embargo, Zanón desempolvó el antiguo reglamento que liberaba al cuerpo de tales cometidos y se negó a nombrar un piquete para fusilar a Grimau. Como la Guardia Civil dependía simultáneamente de los ministros de Gobernación y del Ejército, Pablo Martín Alonso se enfrentó con Zanón y pidió a Franco que lo destituyera, sin que el generalísimo le hiciera caso.

En el consejo de ministros, que debía dar el «enterado de la sentencia», Castiella, como ministro de Exteriores, recomendó el indulto para detener la campaña internacional. Franco respondió

que él se limitaba a cumplir con su deber y el Consejo aprobó la sentencia por unanimidad. García-Valiño, entonces capitán general de Madrid, ordenó al jefe de la división Acorazada Brunete que nombrara un piquete militar. Un día después de que el Gobierno diera su «enterado», por sorpresa y a toda prisa, un teniente vasco y un grupo de soldados fusilaron al reo a las 5.30 horas en el campo de tiro de Carabanchel, a la luz de los focos de un blindado. Era el 20 de abril de 1963. Las tensiones que había producido este caso impulsaron al Gobierno a apartar la justicia militar de los casos políticos, iniciándose los estudios que condujeron a crear el Tribunal de Orden Público.

Martín Alonso pretendía hacer un Ejército más operativo y mejor equipado. Obsesionado con el entrenamiento individual de la tropa decidió sustituir los campamentos de reclutas, que organizaban los mismos regimientos, por centros de entrenamiento básico, inspirados en los norteamericanos, que contaban con grandes medios y basaban el entrenamiento de reclutas en numerosos sargentos instructores. En España no hubo dinero, medios, ni sargentos instructores, porque los suboficiales seguían siendo escasos y estaban mal vistos. En todas las regiones militares se creó por lo menos un Centro de Instrucción de Reclutas (CIR), cuyo puntal fueron los tenientes recién salidos, que quemaron varios años en un trabajo elemental para el que no se necesitaba estudiar una carrera.

El ministro se preocupaba por las pequeñas cosas, los soldados y las unidades elementales. Pretendía que la tropa estuviera mejor pagada, vestida y alimentada y logró incrementar la plaza en rancho hasta 21,05 pesetas diarias, aunque no el sueldo de los soldados, que se mantuvo en las miserables 0,50 pesetas al día, que ni bastaban para comprar betún.

Era imposible dotar a las fuerzas armadas del equipo imprescindible, con mayor razón desde que los ministros tecnócratas redujeron el presupuesto militar que, en 1963, consumía el 18,99 por ciento del general del Estado, con algo más de la mitad para el Ejército de Tierra y el resto repartido entre Marina y Aire.

Con el material norteamericano se había equipado a las principales fuerzas, pero no a todo el Ejército. El armamento ligero

y medio había mejorado sensiblemente, pero las transmisiones seguían siendo insuficientes, los regimientos de Infantería carecían de blindados y sólo contaban con escasos *jeeps* y camiones. El conjunto era una fuerza a pie y mal equipada, con algunas unidades modernas, aunque también incompletas. Para compensarlo, estudió la idea francesa de agrupar a estas tropas mejor equipadas en un conjunto operativo, dejando las restantes en un segundo escalón; fue así como se crearon las Fuerzas de Intervención Inmediata (FII), distribuyendo el resto en brigadas de Defensa Operativa del Territorio (DOT), destinadas a asegurar la retaguardia en caso de guerra.

Carrero carecía de carisma ante los ministros militares, que ya eran bregados generales mientras él era todavía un capitán de navío[16]. Pero Franco se fiaba de él y aceptó reducir los gastos de defensa en beneficio de las inversiones en sectores productivos, aunque los generales protestaran en el consejo de ministros[17].

A pesar de todo, Pablo Martín Alonso, que había pasado su juventud en unidades coloniales de mercenarios, hizo estudiar un proyecto para crear una fuerza operativa de 110 000 profesionales, cuyos servicios correrían a cargo de civiles y de contratos de servicio, ahorrándose dinero mediante la reducción a la mitad del servicio militar de 18 meses, concentrando todas las academias y escuelas militares y transfiriendo al INI los objetivos de la Empresa Nacional Santa Bárbara, que producía material de guerra. Sus ideas contenían algunos extremos ya establecidos por Azaña, que jamás aceptaría Franco, y el coste resultaba incompatible con la política económica del Gobierno, de modo que nadie volvió a mencionarlas tras su fallecimiento, el 20 de febrero de 1964.

Le sucedió el general Camilo Menéndez Tolosa, jefe de la Casa Militar y más adaptable a los tecnócratas. Su nombramiento irritó a García-Valiño, que esperaba ser ministro, y cuya relación con Franco se agrió definitivamente, hasta llevarle a coquetear con los juanistas y con los falangistas, que no le hicieron caso.

Hasta entonces, los ministros del Ejército habían sido grandes generales de la guerra civil, que miraban a Carrero por encima del hombro. El paso del tiempo los había conducido a la reserva y sólo permanecían en el poder el vicepresidente Muñoz Grandes y el ministro de Gobernación Camilo Alonso Vega, cuya principal

preocupación era potenciar la Guardia Civil. En 1959 había creado para ella la Agrupación de Tráfico[18], sobre la experiencia de una primera «Unidad Piloto». Hasta entonces, la vigilancia del tráfico en carretera había sido competencia de los desprestigiados motoristas de la Policía Armada y de Tráfico, que fueron sustituidos por escrupulosos guardias civiles, dotados de vehículos nuevos y sometidos a la estricta disciplina del cuerpo. La Agrupación creó una eficaz red de vigilancia para un parque automovilístico que comenzaba a tener importancia y dotó a la Guardia Civil de un buen instrumento de control sobre toda la red de carreteras. Habían pasado los tiempos de los maquis y el cuerpo se adaptó rápidamente a estas nuevas funciones, que acrecentaban su poder cuando ya la oposición al franquismo había desaparecido de los campos.

# Capítulo XVI

# Ultras contra tecnócratas

## Villar Palasí. Al cielo marcando el paso

Mientras España languidecía en el inmovilismo, el mundo cambiaba todos los días un poco y la Iglesia mucho más, dejando muy atrás el anticuado catolicismo franquista. El Ejército español sólo había concedido libertad religiosa a los militares musulmanes, que tuvieron facilidades para sus prácticas piadosas, hasta el extremo de que, durante la guerra civil, se les habilitaron pequeñas mezquitas y la guardia mora de Franco contó con una permanente en el acuartelamiento de El Pardo. En cambio, no se consideró que pudieran existir soldados ateos o ni siquiera protestantes, aunque numerosas comunidades de esta última confesión se ubicaban en las regiones mediterráneas desde el siglo XIX. Las prácticas religiosas católicas se consideraban un acto ordinario del servicio y todos los soldados asistían obligatoriamente, sin que nadie les preguntara por sus creencias. Ninguno de ellos se habría atrevido a pedir la exención de asistir a la misa dominical por no ser creyente o de una religión que no fuera la católica, porque se

habría ganado fama de subversivo, con las consecuencias que eran de esperar.

Cuando los reclutas llegaban al campamento, los capellanes se hacían con la lista de los no bautizados y, aunque sin amenazas ni coacciones, procuraban convencerlos para que se hicieran cristianos. A finales de los años cincuenta se incorporaron al Ejército los hombres nacidos durante la guerra civil, muchos de los cuales procedían de la zona republicana donde no habían sido bautizados. En muchos casos, la recristianización de la posguerra les asignó flamantes nombres católicos, aunque quedaron algunas excepciones. Fue el caso de un recluta catalán que se incorporó llamándose Lenin, provocando un terremoto psicológico y ganándose el mismo trato que habría recibido un extraterrestre de color verde, hasta que pidió al cura que lo bautizara.

En el documento de la filiación existía una casilla para consignar la religión de los reclutas. Rutinariamente se escribía «CAP», católico apostólico romano, salvo que el hombre hiciera constar lo contrario, en cuyo caso le anotaban como «protestante» sin más, aunque el interesado puntualizara que era evangelista, metodista o de cualquier otra Iglesia. Esta minoría filiada como protestante jamás era tenida en cuenta y asistía a los actos católicos como el resto de la tropa. En algún caso, un hombre se sinceraba con un mando comprensivo, que le eximía de asistir a misa. En cambio, se daba el caso de militares intransigentes que los domingos nombraban de servicio a los protestantes, argumentando que así no tendrían obligación de asistir al culto católico. La misma jura de bandera, el acto militar más importante, seguía un completo ritual católico; comenzaba con una misa, seguida por el juramento colectivo con la fórmula: «¿Juráis a Dios y prometéis a España…?», sin haber preguntado a los hombres si creían en Dios.

Cuando la corriente regencialista del Gobierno propuso redactar una ley de libertad religiosa, a tenor de las doctrinas de Roma, desató la oposición de Carrero, Jorge Vigón y el obispo Muñoyerro, vicario general castrense, íntimo de la familia Franco[1]. El tema resultaba tan vidrioso que los regencialistas plegaron velas y sólo se atrevieron a defender el proyecto Muñoz Grandes y Nieto Antúnez, cuya condición de militares les ponía a salvo de cualquier acusación de disidentes, rojos y similares. Claro está que sólo pretendían

atacar a los ministros del Opus, que eran católicos tradicionales. Tras su falso progresismo, los regencialistas y sus amigos también odiaban a los católicos conciliares, cuya relación con el régimen se hacía cada vez más difícil, especialmente en el País Vasco y Cataluña, donde el monasterio de Montserrat se había convertido en un foco de resistencia, hasta el extremo de que la Hermandad de Alféreces Provisionales convocó una concentración en la montaña y, en marzo de 1964, el Gobierno dio un ultimátum al nuncio y el abad Escarré se exilió a Italia.

## JUAN CARLOS: DESFILE CON SORPRESA

El franquismo se empeñaba en ignorar la descolonización, aislando a España de este proceso, y así, cuando Marruecos extendió unilateralmente sus aguas jurisdiccionales a 12 millas, el Gobierno anunció que la marina de guerra escoltaría a los pesqueros españoles, aunque pronto debió olvidar su bravata ante la soledad diplomática y el apoyo norteamericano a Rabat, que contaba con mayor predicamento que Madrid, tanto en el Departamento de Estado como en el Pentágono. En mayo se aprobó en Addis Abeba la carta fundacional de la Organización para la Unidad Africana, que reforzó a las antiguas colonias, lo cual pareció ignorar Franco cuando, en junio de 1963, se entrevistó con Hassán II de Marruecos en Barajas, con la vana pretensión de que aceptara ampliar los territorios de Ceuta y Melilla, permutándolos por Ifni y Sáhara.

Castiella, al corriente de la situación internacional y del ambiente imperante en las Naciones Unidas, cuando la situación en Guinea se hizo irrespirable, propuso concederle un estatuto. Carrero se le opuso inmediatamente porque, además de ser su adversario político, llevaba años mangoneando en los asuntos coloniales, donde la fructífera Guinea era una especie de feudo de los marinos. La discusión subió de tono en pleno consejo de ministros hasta que Castiella presentó su dimisión y Franco se vio obligado a mediar, aprobándose la concesión de un estatuto a Guinea, mediante un plebiscito a celebrar a finales de año. Algún tiempo después unos

cuantos jóvenes fueron enviados, como cadetes, a la General de Zaragoza con el fin de poner las bases de un futuro Ejército guineano. Entre ellos se encontraba Teodoro Nguema que, años más tarde, se convertiría en presidente de su país.

El 3 de junio de 1963, cuando murió el papa Juan XXIII, estaban concentradas en Madrid las tropas que debían participar en el Desfile de la Victoria y Franco quiso demostrar que el suyo era un régimen católico suspendiendo el acto en señal de duelo. Poco después, los sectores más duros se irritaron al conocer que, el día 20, el cardenal Montini había sido elegido nuevo papa con el nombre de Pablo VI. Montini había pedido clemencia para Grimau y, como si fuera una afirmación de la seguridad franquista ante el mundo entero, el 17 de agosto fueron estrangulados por el método del garrote vil dos anarquistas acusados de colocar explosivos en Madrid.

En octubre se puso a la venta la revista *Cuadernos para el diálogo*, gestionada por el grupo de Ruiz Giménez, que emprendió la defensa de la democracia animado por la nueva orientación de la Iglesia católica. *Cuadernos* fue la primera publicación democrática editada legalmente en España desde que Franco se hizo con el poder y algunos militares comenzaron a leerla secretamente.

Estos sutiles cambios alarmaban a la extrema derecha, ya inquieta por el creciente poder de López Rodó y sus compañeros. Cuatro años antes, Blas Piñar había publicado en *ABC* un furibundo artículo antinorteamericano titulado «Hipócritas», que le costó la destitución fulminante de la suculenta dirección del Instituto de Cultura Hispánica. Reapareció en política para reclamar el rearme moral de los partidarios del 18 de julio frente a la dejación de los principios del Movimiento y celebró trepidantes mítines en teatros y cines de ciudades de provincias, anunciándolos casi como actos oficiales e invitando a las principales autoridades civiles y militares, a menudo complacidas por el exaltado tono de Blas Piñar, aunque no por sus veladas críticas a Franco y su exaltación de la Falange radical.

La información sobre los asuntos importantes llegaba a través de rumores y, en esta ocasión, se disparó la noticia de que, en una

redada policial de comunistas, había caído el capitán de aviación Daniel Lacalle, hijo del ministro del Aire José Lacalle Larraga. La falta de información desató una oleada de comentarios en los cuarteles, donde se aseguró que Lacalle Larraga había visitado a su hijo diciéndole que se pegara un tiro para salvar el honor y que Daniel le había respondido que los verdaderos deshonrados eran Franco y sus ministros. En la misma oleada escandalosa, se aseguró que Casilda Varela, hija del célebre general, ya fallecido, había huido a Francia cuando la Policía descubrió que mantenía «relaciones con un gitano». Los enterados aseguraban que el Gobierno había impuesto a la chica una elevada multa y que su madre, Casilda Ampuero Gandarias, le había montado un escándalo al mismísimo Franco, que no supo qué responderle, quedando la multa en papel mojado. Estas habladurías desconcertaron a los militares, desconocedores de hasta dónde llegaban la verdad y la mentira. Nada apareció en la prensa, pero, más tarde, se supo que un consejo de guerra había impuesto a Daniel Lacalle ocho años de prisión y que Casilda Valera Ampuero se había casado solemnemente con el guitarrista Paco de Lucía.

Como en 1963 no hubo Desfile de la Victoria por la muerte del papa, en 1964 se procuró que la celebración fuera mucho más lucida. López Rodó insistió a Carrero para que aprovechara la ocasión para conceder protagonismo a Juan Carlos de Borbón, que todavía carecía de título oficial, aunque Franco le había concedido una asignación económica y una residencia en el palacete de la Zarzuela, rodeándolo de consideraciones, aunque también de espías. En mayo de 1962, cuando se casó en Atenas con Sofía de Grecia, envió como representación el crucero *Canarias*, buque insignia de la flota. Un año más tarde, desconfió de él e insinuó sobre las posibilidades sucesorias de su primo, Alfonso de Borbón Dampierre, hasta que las presiones de López Rodó sobre Carrero y la discreción de Juan Carlos lograron disipar el peligro y, el 27 de diciembre de 1963, Franco estuvo presente en el bautizo de la infanta Elena, al que también asistieron la reina Victoria Eugenia y su hijo Juan de Borbón, autorizado a pisar suelo español por primera vez desde 1936, cuando pretendió participar de incógnito en la guerra civil y Mola lo puso en la frontera.

En 1964, tanto la Falange radical como los regencialistas se

mostraban contrarios a la monarquía y López Rodó, tras mucho insistir, logró que Franco le diera un espaldarazo informal. El 24 de mayo de 1964, los militares que participaban en el Desfile de la Victoria se sorprendieron al ver a Juan Carlos, vestido con el uniforme caqui del Ejército, situado en la tribuna al lado de Franco. La mayoría de los participantes en el desfile no hizo comentarios, únicamente algunos jóvenes militares falangistas expresaron su disgusto.

A partir de entonces, el equipo de López Rodó trabajó intensamente en un proyecto de Ley orgánica destinada a que Franco fuera sucedido por una monarquía favorable al régimen. En los trabajos preparatorios del documento tomó parte Fernando Herrero Tejedor, un influyente jurista falangista y miembro del Opus Dei.

La inquietud no cesaba en las fábricas y las universidades. En la Universidad Complutense de Madrid, los profesores Aranguren, García Calvo, Tierno Galván, Aguilar Navarro y Montero Díaz encabezaron una manifestación de estudiantes, la Policía los detuvo y luego se les instruyó un expediente administrativo cuya conclusión provocó que Aranguren y García Calvo fueran privados de sus cátedras a perpetuidad y temporalmente Montero y Aguilar Navarro. El catedrático de la Universidad de Barcelona José Mª Valverde renunció a su cátedra por solidaridad.

Estos conflictos debilitaron la posición de Carrero y López Rodó, mientras su equipo preparaba la Ley orgánica para consolidar el régimen y la sucesión de Juan Carlos. Los falangistas de todos los pelajes desconfiaban de Juan Carlos; el grupo encabezado por Fraga seguía encasillado en su proyecto de regentes sucesivos, y, durante un tiempo, Franco, Muñoz Grandes y Solís consideraron que, quizá, Alfonso de Borbón Dampierre resultaba un sucesor más adecuado.

Las conspiraciones no terminaban aquí, porque también la dinastía carlista buscaba el camino para suceder a Franco. La guerra civil había destrozado la antigua Comunión Tradicionalista porque unos carlistas se hicieron franquistas, mientras otros se pasaron al PNV o reconocieron a Juan de Borbón[2]. El grupo mayoritario, asentado sobre todo en Navarra, seguía al regente Javier, que estaba privado de posibilidades porque tanto él como sus hijos, Carlos Hugo y Sixto de Borbón, carecían de la nacionalidad

española. Más adelante, Sixto trató de obtenerla ingresando en la Legión como soldado raso y con nombre supuesto. Pero fue descubierto y expulsado del cuerpo.

A pesar de todo, Carrero logró convencer a Franco de la necesidad de elaborar la Ley orgánica, mientras los regencialistas de Fraga y Solís depositaban sus esperanzas en Muñoz Grandes, que estaba dispuesto a ser el sucesor, pero sin participar en las conspiraciones. Era un hombre tosco y de gran torpeza política, incapaz de aprovechar el poder que le prestaba ser capitán general y jefe del Alto Estado Mayor. Los tecnócratas lo consideraban el principal obstáculo para sus planes monárquicos y buscaron el pretexto para defenestrarlo. Cuando cumplió la edad reglamentaria para pasar a la reserva, Carrero propuso a Franco cesarlo como jefe del Alto Estado Mayor y excluirlo del Consejo del Reino[3]. Franco sabía que padecía una enfermedad incurable y no quiso cesarlo en el Alto, aunque aceptó la modificación de la ley.

## Mejoras insuficientes

En agosto de 1964, el general Carlos Iniesta Cano, ultraderechista amigo de Blas Piñar y de José Antonio Girón, fue nombrado director de la Academia General Militar donde inició una política de apertura a instituciones como la Universidad, aprovechando esta cobertura para aleccionar políticamente a los cadetes[4], organizar conferencias de franquistas exaltados y escribir una exagerada letra para un himno de la academia. Los cadetes afirmaban que el general influía en las oposiciones para que aprobaran hijos de sus amigos y, en la primera ceremonia de entrega de sables, pronunció un durísimo discurso contra la apertura y contra Fraga, aunque sin citarlo.

La evolución española había hecho variar la procedencia social de los cadetes, reduciendo aún más el número de hijos y huérfanos de oficiales[5]. Mientras tanto, el Gobierno unificó las condiciones para el ingreso en las academias de los tres Ejércitos[6], impuso el bachillerato completo y la aceptación de los hijos legitimados, porque, hasta entonces, sólo podían ser oficiales los legítimos[7].

También se reformaron los estudios de la Escuela de Estado

Mayor con el fin de hacerlos accesibles a los mandos procedentes de la guerra. La edad mínima de ingreso se elevó a los 48 años y casi se triplicó el número de plazas, suavizándose el plan de estudios, que quedó reducido a dos años y medio. Tres años después, cuando ya habían ingresado los interesados, se restituyeron paulatinamente las condiciones anteriores.

El desarrollo económico español apenas beneficiaba al Ejército; sin embargo, el paso del tiempo había mejorado algunos aspectos de la vida de la tropa, que ahora contaba con un uniforme de paseo, parecido al de los oficiales, botas de mejor calidad y zapatillas deportivas en lugar de alpargatas. Los cuarteles, a pesar de ser fríos, incómodos e inhóspitos, eran más higiénicos, contaban con camas aceptables, baterías de duchas y un rancho comestible; el trato había perdido parte de su brutalidad, pero todavía estaba muy por debajo de lo razonable. La relativa mejora se perdía, sin embargo, en cutres operaciones de ahorro, como reaprovechar los uniformes de paseo de los licenciados entregándolos a los reclutas, en lugar del uniforme de instrucción, y haciéndoles trabajar con aquella ropa incómoda, pensada para otros usos.

Sin duda, también podía anotarse el Ejército acciones positivas, como el apoyo a las víctimas de las grandes catástrofes, que abundaron especialmente en los últimos años de la década de los cincuenta y los primeros de los sesenta[8], y el tradicional empeño de alfabetizar a los reclutas y, desde los años sesenta, el esfuerzo dedicado a la formación profesional de la tropa. España se industrializaba, necesitaba miles de trabajadores cualificados y el Gobierno recurrió a los militares. En una primera época, las escuelas civiles que desarrollaban estudios de Promoción Profesional Obrera (PPO) recibieron como alumnos de tarde a numerosos soldados llegados hasta ellas en camiones militares. Más tarde, el Ejército organizó sus propias escuelas de PPO con profesores militares, que lograron un pluriempleo enseñando un oficio a la tropa. Incluso se organizó la llamada PPE, que formaba soldados como especialistas en automóviles o telecomunicaciones, para que trabajaran en sus mismas unidades y, una vez licenciados, pudieran buscar trabajo del oficio aprendido. Esta actividad hizo recuperar algunas ideas antiguas sobre la utilidad del Ejército[9] y formó a miles de soldados como especialistas mientras sus

compañeros terminaban la mili con la convicción de haber perdido el tiempo. Con la alfabetización y cualificación profesional de estos miles de hombres durante su servicio militar, el Ejército franquista contribuyó, paradójicamente, a una transformación social que minó la base social del régimen.

La falta de recursos mantenía inoperativas a las unidades. Terminado el período de instrucción elemental, la tropa ya no adquiría ninguna otra técnica militar; en cambio, era atosigada por numerosas guardias y servicios.

En 1965 se puso en marcha la reorganización militar, basada en la imitación francesa estudiada en tiempos de Martín Alonso: unas Fuerzas de Intervención Inmediata (FII) situadas alrededor de Madrid, que agrupaban a las mejores unidades de la península, y un resto mal armado y peor equipado, la red DOT, desplegada en todo el país[10].

Las Fuerzas de Intervención Inmediata no alcanzaron el 70 por ciento de sus efectivos y el material norteamericano les proporcionó un equipamiento relativamente moderno, aunque insuficiente, mientras las brigadas DOT, que formaban el grueso del Ejército, acumularon todos sus defectos históricos, aunque el alto mando se empeñó en que realizaran sus ejercicios tácticos ignorando las carencias y sobre el supuesto de que la plantilla estaba completa porque se suponía que, en caso de una tercera guerra mundial, los americanos proporcionarían cuanto hiciera falta y que era mejor estar entrenados.

Este entrenamiento discurría, sin embargo, por los campos de la fantasía, siempre más barata y manejable que la realidad. La plantilla de una brigada DOT consignaba carros, blindados y elementos modernos que nadie había visto jamás, de modo que, durante los ejercicios, eran sustituidos por grandes letreros, multiplicándose la patética costumbre de desplegar en el campo de maniobras a numerosos soldados dotados de pancartas, con instrucciones de desplazarse como si fueran carros de combate, blindados, cañones o camiones de suministro. No existe constancia de que ninguno de ellos, con su correspondiente letrero, volara simulando ser un helicóptero.

Diez años después del pacto con Estados Unidos, se había agotado mucho del material americano, que había llegado a España

de segunda mano. La mayor parte de los *jeeps* y camiones eran origen de continuas averías y sólo se mantenían en funcionamiento gracias a los continuos cuidados de los mecánicos y a las reconstrucciones. Las adquisiciones de material moderno eran muy limitadas[11]; se compraron cierto número de Land Rover británicos y luego materiales fabricados en España, como los *jeeps* VIASA y los camiones Pegaso 1100, que eran modelos civiles pintados de caqui, sólo aptos para rodar por carreteras asfaltadas. En el Sáhara resultaba imposible mover los viejos blindados
M-8
norteamericanos de la Legión y fueron sustituidos por 36 blindados ANL franceses, también usados, aunque en aceptables condiciones mecánicas.

## LA CONTRAINSURGENCIA SE PONE DE MODA

La llamada Doctrina de Seguridad Nacional desbordó el marco francés desde 1957, cuando una misión militar gala visitó Argentina y el coronel Carlos Rosas, subdirector de la Escuela Superior de Guerra, se interesó por sus teorías. Las guerras de Indochina, Argelia, Vietnam y el triunfo de Fidel Castro en 1959 sensibilizaron a sectores militares y a la inteligencia norteamericana. Como el librito *Guerra de guerrillas* de Ernesto *Che* Guevara fue leído por los jóvenes inquietos de todo el mundo, la inquietud pasó a los órganos de poder, y las escuelas militares norteamericanas comenzaron a impartir cursos de contrainsurgencia, tanto a su personal como a militares y policías extranjeros.

En 1956 publicó el Estado Mayor Central del Ejército español un manual sobre la guerra de guerrillas[12], y el mismo año comenzaron a impartirse cursos para la formación de contraguerrilleros en la Escuela Militar de Montaña de Jaca; inicialmente sólo se admitían oficiales hasta que, en 1962, se abrieron a los suboficiales. Paralelamente a la organización de la Defensa Operativa del Territorio, se puso de moda la guerra antisubversiva y el Estado Mayor tradujo y editó manuales de Ejércitos extranjeros como el portugués, argentino, turco o uruguayo. El entonces capitán Javier Calderón se encargó de

instruir a los primeros boinas verdes, organizados, según el modelo americano, en 20 compañías independientes, cuyos oficiales y suboficiales eran diplomados de la escuela de Jaca mientras que la tropa procedía de reemplazo.

Oficiales españoles marcharon a cursar estudios antisubversivos en escuelas norteamericanas, mientras se publicaban numerosos artículos en *Ejército* que alertaban sobre los riesgos de la infiltración comunista en las Fuerzas Armadas y la necesidad de que los militares y sus familias se protegiesen de cualquier influencia exterior, exaltando el aislamiento con respecto al mundo civil.

Los más exaltados aseguraban que la subversión comunista se apoderaba del país y vieron reforzados sus argumentos cuando en marzo de 1966 la Policía cercó el colegio barcelonés de los capuchinos de Sarriá, donde estaban reunidos alumnos y profesores universitarios para fundar un sindicato. En mayo, también en Barcelona, la Policía cargó contra 130 sacerdotes que se dirigían a la Jefatura Superior para entregar un escrito de protesta por los malos tratos infligidos a un estudiante.

La quinta parte de los artículos aparecidos en publicaciones militares españolas versaban sobre la guerra subversiva, identificando la subversión con la oposición al franquismo. Cuando en 1966 el general Manuel Díez Alegría debió inaugurar el primer curso para el ascenso a general, eligió una conferencia sobre la guerra de guerrillas[13]. Era un hombre culto, franquista muy moderado, que tenía un hermano general, más conservador, y un tercero que era jesuita de conocidas ideas democráticas.

Aquel mismo año publicó el capitán Andrés Cassinello su libro *Guerrillas y Contraguerrillas*[14], pequeño manual que se convirtió en un clásico, aunque la mayor parte se centraba en las guerras irregulares desarrolladas en condiciones propias del Tercer Mundo, que poco tenían en común con España. El autor era un laborioso oficial de Estado Mayor, que había realizado el curso de contrainsurgencia en la Escuela de Infantería y Rangers del Ejército norteamericano, en Fort Benning, lo que, junto a su pequeño libro, le proporcionó fama de especialista.

La nueva Ley de Prensa permitió una cierta libertad de expresión, que indignó a los franquistas más puros, entre ellos el general Camilo Alonso Vega, ministro de Gobernación, que se quejó

repetidamente a Fraga Iribarne, impulsor del primer moderado destape. Los duros se modernizaban y en Madrid se presentó una organización neonazi, llamada Círculo Español de Amigos de Europa (CEDADE), cuyo principal líder conocido era Jorge Mota, residente en Barcelona, donde también actuaban otras dos organizaciones de extrema derecha con las siglas de GAS y PENS, todas ellas protegidas-vigiladas por la larga, inefable mano del CESID. La capital catalana se convertiría en sucursal de los neofascistas italianos, vinculados a activistas falangistas, entre los cuales se mencionaba a Alberto Royuela, secretario de la Guardia de Franco[15].

La extrema derecha se declaraba enemiga de la política relativamente moderada del Gobierno, mientras ascendía la popularidad de Fraga, ministro de Información y Turismo, que se presentaba como un democratizador del sistema y aprovechaba personalmente la propaganda que desarrollaba su ministerio para preparar el referéndum de la Ley Orgánica del Estado.

Éste debía celebrarse en diciembre y la publicidad tuvo por lema que votar «sí» era votar a Franco. El Ministerio del Ejército remitió órdenes a los cuarteles para que se permitiera votar a la tropa, sin hacer propaganda explícita, pero organizando charlas para «ensalzar la figura del generalísimo». Los militares más exaltados se inquietaron ante la idea de que los soldados tuvieran libertad de voto. En general, tomaron el referéndum como un plebiscito, aunque cumplieron las órdenes de no hacer propaganda. Sin embargo, en las charlas dirigidas a la tropa, algún mando se dejó llevar por el entusiasmo y aseguró a los soldados que, de no triunfar el «sí», habría una nueva guerra civil y no podrían licenciarse.

El texto de la LOE integraba a las Fuerzas de Orden Público en las Fuerzas Armadas, encargadas de defender el territorio nacional y el régimen franquista[16], mandato este último que fue asumido sin recato en los últimos tiempos del franquismo, y numerosos generales se declararon encantados de constituir la garantía del sistema político[17]. Años después, Díez Alegría escribiría que esta Ley no sólo frustró la ocasión para organizar una política de Defensa, sino que «confundió las funciones[18]».

En el referéndum triunfó el «sí» por amplia mayoría y los miembros más aperturistas del Gobierno pretendieron demostrar

que la Ley Orgánica del Estado cerraba el período de dictadura y las heridas de la guerra civil. A tal fin, en el consejo de ministros propusieron proclamar una amnistía general. Franco aceptó la idea, con la salvedad de que los militares republicanos quedaran excluidos de los beneficios de ésta, y los ministros militares apoyaron inmediatamente sus argumentos. La amnistía únicamente podía rehabilitar moralmente a los represaliados militares y concederles una jubilación, dado que su edad les impedía reincorporarse al Ejército. Sin embargo, cualquier argumento chocó con el odio de los generales hacia sus antiguos compañeros y la idea del perdón fue desechada. Franco pensaba en la LOE como en una operación de cosmética para disimular lo de siempre[19].

Cosmética era también la Junta de Defensa Nacional, establecida también en esta Ley y formada por el presidente del Gobierno, el jefe del Alto Estado Mayor, los tres ministros militares y sus respectivos jefes de Estado Mayor. Debía proponer las líneas generales de la seguridad y defensa nacional, pudiendo incorporar a los ministros o altos cargos relacionados con los asuntos a tratar. Ni Franco ni Carrero mostraron el menor interés por esa junta, que careció de relieve político hasta 1975, cuando ya Carrero había muerto, Franco agonizaba y la crisis del Sáhara estaba al rojo vivo.

## APERTURA MILITAR EN EL VACÍO

Las intenciones de modernización chocaban con una cerrada resistencia[20], que se acentuó al progresar la decadencia física de Franco, potenciándose el poder público de Carmen Polo que, hasta entonces, se había limitado a vigilar, en unión de sus amigas[21], los escotes que aparecían en Televisión Española y telefonear al ministro de turno en cuanto alguno se propasaba de medidas.

Carmen comenzó a intrigar secundada por el intendente de la Casa Civil, general Fuentes de Villavicencio, y por el médico personal de Franco, Vicente Gil, catedrático de Medicina de la Universidad de Madrid[22]. Era éste un falangista «camisa vieja», creador de las Jornadas Universitarias Militares, fundamentales para aprobar su asignatura. Todos sus alumnos, hombres y mujeres, que le llamaban *el Chispas*, debían acudir a conferencias de índole

militar y participar en las actividades de una academia, preferentemente la de Infantería de Toledo. Allí solía presentarse Gil con dos autobuses llenos de estudiantes, con el fin de que presenciaran algunos ejercicios de gimnasia, equitación y combate y comieran mezclados con los cadetes, que agradecían la presencia de algunas chicas.

Los rumores sobre la salud de Franco daban también protagonismo a los generales que eran tenientes y capitanes cuando empezó la guerra, habían pasado muchos años en puestos intermedios y que ahora se sentían importantes porque habían desaparecido los viejos generales y Franco no tardaría en acompañarlos. Entre ellos se contaban antiguos cadetes como Coloma-Gallegos o Bañuls Navarro; Campano, el primer provisional que alcanzó el generalato, y los «generales azules»: Iniesta, Cano Portal o García Rebull, muy vinculados a los falangistas, que los utilizaban pero ponían en duda su capacidad política.

Especial protagonismo adquirió Alfonso Pérez-Viñeta, capitán general de Cataluña, que fue comandante de la Milicia de Falange durante los años cuarenta y cortejó al falangismo más franquista, mientras ascendía paso a paso en el rígido escalafón militar. Desde su llegaba a Barcelona procuró relacionarse con todos los círculos del poder local y presentarse como posible sucesor, hasta el extremo de que, en marzo de 1967, Ortega Lobo, el presidente del Centro Extremeño, aprovechó una banquete para presentarlo como el futuro caudillo «durante treinta años», afirmación que la prensa barcelonesa destacó entre la irrisión y el escándalo.

Los aires renovadores del Concilio
Vaticano II
cuarteaban la fidelidad franquista de los católicos españoles. Muchos obispos conservaban las antiguas posturas mientras grupos de creyentes se separaban de ellos, se comprometían social y políticamente, aparecían las primeras comunidades de base y comenzaban las exclaustraciones y secularizaciones de clérigos y seminaristas. Franco conservaba el llamado derecho de presentación, que obligaba al Papa a elegir a los nuevos obispos españoles entre tres nombres que le presentaba el generalísimo; Roma presionaba para eliminar un privilegio que consideraba caduco, pero Franco argumentaba que se trataba de una herencia de

los antiguos reyes y la polémica se encrespó, agriando las relaciones entre el Vaticano y el Gobierno, que se ufanaba de ser católico.

La promulgación de un conservador estatuto de la Acción Católica irritó a los católicos progresistas hasta el extremo de que, en marzo de 1967, dimitió el secretario del Apostolado Seglar, Enrique Miret Magdalena, mientras la organización obrera de la Acción Católica (HOAC) y sus juventudes (JOC) pasaban a la clandestinidad política. La lucha para controlar las organizaciones católicas se hizo evidente unos meses más tarde, cuando murió Muñoyerro, el vicario general castrense amigo de Franco, y los duros del régimen pretendieron sustituirlo por el falangista Guerra Campos, operación frustrada por el equipo de López Rodó, que logró colocar a López Ortiz.

El paso del tiempo hacía perder capacidad al Ejército, porque se desgastaban los materiales americanos, cuya reposición y reparación marchaban a ritmo lento; una realidad que procuraba ocultarse con renovaciones puntuales, como la que supuso la llegada de los primeros carros medios
M-48
, destinados a sustituir a los
M-47
de la guerra de Corea, cuyo cañón de 90 mm se revelaba insuficiente ante los potenciales enemigos soviéticos; mientras, entre los perfeccionamientos del
M-48
, figuraba un cañón de 105 mm con un sistema de puntería mejorado. Los primeros 54 carros
M-49
, que formaban el primer batallón del regimiento Alcázar de Toledo, fueron exhibidos en el Desfile de la Victoria de abril de 1967. Constituían la única unidad blindada española a la altura de los tiempos.

Mientras tanto, el general Díez Alegría no había renunciado a reglamentar la política de defensa y logró que, durante el curso
1967-1968
del CESEDEN, una comisión de militares, diplomáticos y profesores universitarios iniciara el estudio de una Ley de Bases de la Defensa Nacional. Los trabajos continuaron hasta tropezar con los celos

corporativos de los tres Ejércitos. La comisión consideraba que, en caso de guerra, debía dirigir las operaciones un mando único, pero la Marina, temerosa de verse bajo la férula de los generales de Tierra, opinó que el mando supremo debía ser colegiado, defendió su idea de modo irreductible e hizo naufragar el estudio.

Ante el impreciso futuro, muchas personalidades del régimen se esforzaban en resaltar que la Ley Orgánica del Estado confiaba al Ejército la misión de garantizar el franquismo[23]. Desconocemos si tal preocupación intranquilizaba entonces a los militares, pues una de sus inquietudes más importantes en esos momentos era conservar el nivel de vida de sus familias, amenazado por su congelación profesional en el seno de una sociedad que prosperaba decididamente. Cada vez eran más los militares que se dedicaban al pluriempleo para huir de los cortos salarios; también aumentaba el número de quienes realizaban cursos en Estados Unidos o se matriculaban en la Universidad, actividades que proporcionaban a los más inquietos un desahogo para sus preocupaciones sociales e intelectuales, muy difíciles de exponer a sus mandos, en las revistas militares y hasta en las tertulias entre compañeros.

Estas novedades rompieron parcialmente el aislamiento entre los militares y la sociedad. Algunos oficiales de armas técnicas, ante la realidad de los principales Ejércitos extranjeros, comenzaron a reclamar que los programas de los centros de formación del Ejército tuvieran mayor carga científica y técnica. Pronto comprobaron, como le sucedió al capitán Piris Laespada, que la ideología del Ejército franquista impedía cualquier renovación, porque la principal preocupación de los altos mandos era mantener el estilo militar de la guerra civil. En 1965, otro capitán de artillería diplomado de Estado Mayor, Florentino Ruiz Platero, publicó un artículo en *Ejército* donde expresaba su preocupación por el divorcio existente entre fuerzas armadas y sociedad, planteaba la necesidad de contar con un Estatuto del Soldado, como el alemán, y pedía la reducción del tiempo en filas, la supresión del Código de Justicia Militar en tiempos de paz, la ayuda a los soldados licenciados que deseasen emigrar, así como la apertura del Ejército a los medios de comunicación, a la Universidad y a los intelectuales. En 1967, el capitán de Ingenieros diplomado de Estado Mayor Julio Busquets publicó su libro *El militar de carrera en España* que, de momento,

pasó desapercibido para los altos mandos. También el teniente Pitarch, de Caballería, argumentó, en las páginas de la revista *Ejército*, la necesidad de tender puentes entre los militares y la sociedad civil. Aunque no siempre, el contacto con el mundo exterior depuró la conciencia social de los militares y, en ocasiones, sirvió para vincularlos más al franquismo y comprometerlos en su defensa.

## LOS ESPÍAS DE SANMARTÍN

En abril de 1968, Castiella anunció la próxima independencia de Guinea, una vez resueltos sus duros enfrentamientos con Carrero, que defendía los intereses coloniales y de los marinos de Cádiz, quienes tradicionalmente ocupaban puestos bien remunerados en aquel territorio, pues el Ejército no tenía gran presencia en la colonia, cuya seguridad estaba a cargo de la Guardia Civil. Sus diferentes puntos de vista habían provocado enfrentamientos en el consejo de ministros, donde también Camilo Alonso Vega acusó de blandura en la Universidad a Manuel Lora Tamayo, ministro de Educación, hasta que éste fue sustituido por su correligionario del Opus Dei, José Luis Villar Palasí, entonces ilusionado por llevar a cabo una profunda reforma universitaria, mientras los «duros» del régimen exigían que terminara con la conflictividad estudiantil.

Entonces ocurrió la revolución del mayo francés, cuya contemplación reforzó las teorías de los halcones. Ante sus presiones, durante el mes de septiembre, Villar Palasí recabó la ayuda de Muñoz Grandes, entonces jefe del Alto Estado Mayor, encargado del embrionario espionaje militar, pidiéndole que le vigilara la Universidad. Muñoz Grandes pasó la petición al general Martos, quien ofreció el trabajo a un veterano de guerra, el teniente coronel Luis Enríquez, que rechazó la oferta, alegando que no quería mezclarse en política. Entonces Martos preguntó al comandante Juan Ignacio Sanmartín si quería encargarse del asunto, éste aceptó porque ya tenía experiencia en el espionaje a civiles. En 1952, cuando era teniente, el Alto Estado Mayor lo había enviado a la embajada española en París como vicecónsul y enlace

con el Servicio de Documentación y Espionaje francés (SEDEC), encargándose de vigilar a los exiliados españoles cuando se reunían para intercambiar sus tristes sueños y sus voluntaristas esperanzas, aunque su trabajo resultó poco efectivo porque carecía de medios.

Cuando regresó a España se licenció en Económicas y ganó la oposición para economista de la Organización Sindical, donde muchos funcionarios civiles tenían su pluriempleo, de modo que, durante algún tiempo, trabajó por las mañanas en el Alto Estado Mayor y por las tardes en los sindicatos franquistas.

Era un hombre inteligente y ambicioso que no había hecho la guerra porque procedía de la General, donde había sido el número uno de su promoción de Artillería, diplomándose luego en Estado Mayor. Franquista convencido, aceptó trabajar a las órdenes de Villar Palasí y de su subsecretario, Alberto Monreal Luque. El Alto se desvinculó de la operación, aunque Sanmartín siguió figurando oficialmente como un hombre suyo; en cambio, el Ministerio de Educación se comprometió a proporcionarle los fondos para poder alquilar un chalet y ponerse a trabajar.

Sanmartín deseaba contar con gente capaz, que le fuera leal y estuviera por debajo en el escalafón militar. En consecuencia, descartó a los militares procedentes de la guerra civil y preguntó dónde era posible localizar a los militares más cualificados. El Servicio de Estadística Militar le informó de que unos 400 jefes y oficiales estaban vinculados a la Universidad, 131 como profesores y 370 como alumnos. Intentó ficharlos, no siempre con éxito, y luego se dirigió a otros militares y guardias civiles de capacidad reconocida, cuya fidelidad logró con un sobresueldo mensual mínimo de 6000 pesetas, equivalentes al haber mensual de un teniente destinado en un regimiento. Al tratarse de un complemento sobre la nómina que ya percibían, el servicio resultó teóricamente barato y los agentes vieron doblada su paga militar, además de librarse de prestar rutinarios servicios en mugrientos cuarteles y de soportar la pesada disciplina.

Los preseleccionados, una vez entrevistados por un equipo que dirigía un catedrático de Psicología, se integraron en la denominada Oficina de Enlace. Los contratados a tiempo parcial continuaron en sus unidades, pero quienes iban a trabajar a tiempo completo figuraron destinados en el Alto Estado Mayor, que nunca tuvo

mando real sobre ellos. Sanmartín se asignó personalmente 25 000 pesetas mensuales sobre su sueldo de comandante, cantidad sustanciosa frente a las míseras pagas militares. Sus hombres se encontraron bien pagados y asignados a tareas de mayor nivel que en el Ejército, aunque generalmente menos dignas. El agradecido Villar Palasí concedió a varios de ellos la Cruz de Alfonso X el Sabio, hasta entonces destinada a premiar los relevantes méritos académicos. Tales prebendas y cometidos convirtieron a un grupo de militares jóvenes y capaces en espías comprometidos con las alcantarillas de la dictadura.

El nombre de la Oficina de Enlace coincidió con otra organización creada por Fraga en el Ministerio de Información y Turismo. Fraga contrató a Enrique Castro Delgado, fundador del Quinto Regimiento y comunista arrepentido, que pretendió realizar acciones propagandísticas en el mundo de la cultura y la prensa, además de enterarse de cualquier nuevo movimiento peligroso. De acuerdo con su línea, creó un centro de Historia Contemporánea, cuya dirección encargó a Ricardo de la Cierva, con el fin de publicar libros de historia que supusieran una alternativa a las obras que los hispanistas escribían sobre la guerra civil.

Los siguientes pasos de Sanmartín fueron denominar a la Oficina de Enlace Organización Contrasubversiva Nacional y ampliar el inicial cuadro de militares y guardias civiles, aceptando a miembros de la Marina, del Aire y luego a civiles de extrema derecha, vinculados a la organización paramilitar falangista llamada Guardia de Franco o recomendados por el círculo de Blas Piñar, que más tarde se convertiría en Fuerza Nueva[24].

La organización[25] se dedicó exclusivamente a trabajos políticos, mientras que el espionaje interior de cada Ejército siguió en manos de los respectivos servicios de información; del contraespionaje se encargó el Alto. Todos los cuales, añadidos al servicio de Información de la Guardia Civil, totalizaban seis servicios de Inteligencia de naturaleza militar. Sumándolos a los que mantenían la Policía, la Falange y demás organizaciones civiles, la cantidad de servicios de información españoles en la última época del franquismo quedaba elevada a once.

## DÍEZ ALEGRÍA Y LOS AMERICANOS

Pronto se reveló la falsa democratización de la Ley Orgánica del Estado. Todos los miembros del Consejo Nacional y dos tercios de los procuradores en Cortes habían sido designados por los procedimientos habituales del régimen. Sólo el tercio restante de los procuradores había sido elegido por los cabezas de familia, porque el voto individual de los ciudadanos estaba proscrito por los teóricos del falangismo. Parte de estos representantes electos decidieron iniciar actuaciones independientes y se citaron para celebrar algunas reuniones. La última de ellas debía tener lugar en Ceuta donde, cumpliendo órdenes de Carrero, el gobernador militar impidió la asamblea y dio al traste con sus supuestas libertades.

Ni siquiera los personajes del régimen contaban con capacidad de libertad de maniobra. Solís, siempre desconfiado de la solución monárquica introducida por López Rodó, decidió convertir la Organización Sindical, cuyos cuadros eran falangistas, en una especie de sindicato peronista, capaz de controlar la política una vez muerto Franco. Como primera gran operación convocó un gran Congreso Sindical en Tarragona que Carrero hizo fracasar y, como los sindicalistas del partido comunista se habían hecho con muchos cargos elementales de la Organización sindical, los servicios de Sanmartín crearon antenas en las empresas grandes, donde la oposición sindical se revelaba más pujante.

La lucha contra la pretendida conspiración comunista que amenazaba a España consolidó los sentimientos franquistas de muchos oficiales jóvenes, entre cuya masa resultaba insignificante el número de oficiales que se habían formado una conciencia crítica. Resultaba muy dramático para un militar distanciarse de la masa de sus compañeros, con los que había pasado a formar una especie de familia. A finales de los años sesenta, cuando el teniente general Manuel Díez Alegría se distanció de la ideología imperante, no abandonó sus convicciones conservadoras ni la fidelidad a Franco.

La edad había hecho desaparecer a los grandes generales de la guerra civil, de modo que Franco y Carrero se veían librados de los veteranos generales de Infantería, protagonistas del 18 de julio y siempre difíciles de mandar. Díez Alegría encarnaba un tipo

distinto, procedente del cuerpo de Ingenieros y diplomado de Estado Mayor; era un técnico, como Barroso, había dirigido eficazmente la academia de su cuerpo, jamás enredaba con la política y resultaba útil para tratar con los generales extranjeros, porque hablaba inglés, una habilidad infrecuente en el alto mando militar español de la época.

Para Carrero resultaba útil porque permanecía al margen de las conspiraciones que tanto gustaban a generales como Pérez-Viñeta o Iniesta. El almirante admiraba algunos aspectos del nacionalismo del general De Gaulle y, sin albergar sentimientos antinorteamericanos, deseaba dotar a España de cierta potencia naval, construyendo un grupo de combate naval con capacidad nuclear, para lo cual esperaba contar con un pequeño portaaviones y con la bomba atómica, cuyas bases había puesto laboriosamente durante años.

Díez Alegría coincidía con Carrero en la necesidad de que España contara con su propia política de defensa, sin romper con Estados Unidos, pero adquiriendo cierta independencia militar. Era un hombre más abierto que Carrero, como demostró el 5 de marzo de 1968 en su discurso de ingreso en la Real Academia de Ciencias Morales y Políticas cuando acusó a la guerra de causar «calamidades y catástrofes», habló de los Ejércitos como «violencia organizada» y abogó por la conveniencia de dotarlos de una misión social. Negó la superioridad del mundo militar sobre el civil y defendió el sometimiento al poder político instituido. Aseguró que, en ocasiones, un Ejército debe sublevarse contra un injusto poder civil y, contra lo que era habitual, no utilizó el ejemplo del 18 de julio, sino el de la rebelión que no hizo el Ejército alemán contra el poder despótico de Hitler y aludió a los juicios de Núremberg, que condenaron a los generales alemanes por no haberse sublevado contra los nazis. La intervención fue destacada por la prensa y entusiasmó a los escasos oficiales que eran conscientemente demócratas y, por vez primera, vieron cómo un alto mando militar defendía algunos de sus postulados.

En julio de 1968, Castiella y Díez Alegría viajaron a Washington donde expusieron al secretario de Estado, Dean Rusk, su interés por sustituir el pacto de 1953 por un auténtico tratado de seguridad mutua. Pretendían que la situación jurídica de las fuerzas

americanas en España tuviera la misma consideración que en los países de la OTAN, que el Gobierno norteamericano levantara las restricciones a la inversión en España y que apoyara su ingreso en el Mercado Común. La intervención de Castiella fue mal vista por el secretario norteamericano, que se negó a concederle una segunda entrevista. Para resolver la situación, Díez Alegría acudió al Pentágono donde se entrevistó con el general Wheeler, presidente del Estado Mayor Conjunto, y logró una entrevista de Castiella con el presidente Johnson que, una vez reunidos, trató groseramente al ministro español.

El desgaste del material americano en España y la insuficiencia de los suministros habían vuelto a colapsar técnicamente el Ejército y Díez Alegría deseaba que una ayuda renovada permitiera actualizar la capacidad operativa. Al elevar España la cuantía de sus peticiones se inició una campaña en la prensa norteamericana contra las pretensiones del equipo negociador y el Congreso se alarmó cuando se dijo que éstas se elevaban a 1000 millones de dólares. En septiembre, Castiella preparó una nueva visita a Washington con la intención de negociar la mejora del acuerdo, aparcando el capítulo militar. Fue la oportunidad para algunos enemigos de Díez Alegría, entre los que se contaba Nieto Antúnez, para intentar apartar al general de la misión española. Sin embargo, acompañó nuevamente a Castiella, al frente de una comisión militar en la que figuraban los generales Coloma-Gallegos, Contel y el contralmirante Buhígas.

Las conversaciones resultaron difíciles, porque los americanos sólo ofrecieron una ayuda militar de 100 millones de dólares y un crédito igual para comprar material de guerra. Los delegados españoles se mantuvieron firmes y, en una segunda reunión, la oferta americana se elevó a 140 millones, que también fueron rechazados por insuficientes.

Desde el final de las operaciones de los años cincuenta, la situación se mantenía estable en Ifni, donde las tropas españolas estaban instaladas en la capital y su entorno, mientras el Ejército Real de Marruecos ocupaba la totalidad del territorio, oficialmente provincia española. En enero de 1969, los Gobiernos español y marroquí acordaron descolonizar Ifni, para lo cual Madrid inventó una palabra. El Gobierno no deseaba decir que Ifni había sido

devuelto ni tampoco cedido a Marruecos, en consecuencia afirmó oficialmente que se trataba de una *retrocesión*. Poco después, las tropas españolas abandonaron sus acuartelamientos y las posiciones de una tierra que habían defendido a tiros doce años antes, sin que nadie protestara por la decisión del Gobierno. Una vez más quedaba demostrada la disciplina del Ejército, que sería puesta a prueba en los años sucesivos.

Mientras el árido Ifni no había provocado grandes discusiones, Carrero y Castiella estaban enemistados por el futuro de Guinea y el Sáhara, que el almirante, apoyado por López Bravo, deseaba anexionar definitivamente a España por los intereses económicos de la madera, los fosfatos y la pesca. Castiella afirmaba que tal propósito resultaba imposible y defendía la idea de descolonizar ambos territorios, como trueque a la descolonización británica de Gibraltar.

Carrero perdió confianza en Díez Alegría cuando comprobó que su postura ante el pacto con los Estados Unidos coincidía con la de Castiella; sin embargo, le resultaba menos complicado tratar con aquel general técnico y frío que con sus ardorosos colegas de Infantería. Cuando los informes de la comisión española en Washington pasaron al consejo de ministros, Carrero insistió en firmar el pacto cuanto antes y, en esta ocasión, Muñoz Grandes apoyó a los tecnócratas, mientras Fraga y su grupo defendían las tesis de Díez Alegría. Hasta que, de acuerdo con Franco, se decidió aplazar la cuestión durante seis meses.

Castiella prosiguió las negociaciones y expuso a los americanos la importancia de sus instalaciones militares en territorio español: en Rota existía la única base de misiles Polaris del continente europeo, en Torrejón la pista de despegue y aterrizaje más larga, en Guardamar de Segura el centro de comunicación con los submarinos nucleares, y en Santos de la Humosa el centro de transmisiones con la OTAN; el Gobierno norteamericano podía utilizar las bases en España automáticamente, en cambio la ayuda militar estadounidense no cubría las plazas españolas del norte de África, con el grave antecedente de la guerra de Ifni, durante la que no se pudo enviar material de la ayuda mutua. En resumen, los negociadores españoles evaluaron entre 500 y 600 millones de dólares el coste de la ayuda militar necesaria, sin advertir a los

americanos que Francia también ofrecía ayuda militar si se le compraba material de guerra.

Tal y como había decidido el Gobierno, la firma del tratado se prorrogó seis meses, durante los cuales el partido demócrata perdió las elecciones del 15 de noviembre, ganadas por Richard Nixon. Se agudizaron las tensiones por el pacto y Dean Rusk viajó a Madrid, donde se entrevistó con Franco y Castiella sin resultado.

La idea de mantener una postura firme comenzó a ganar terreno y el general Wheele se trasladó también a Madrid para conferenciar con Díez Alegría.

El Gobierno estaba dividido; Castiella defendía la tesis de que tanto la flota rusa como la americana debían abandonar el Mediterráneo, y el diario *Pueblo*, portavoz oficial de los sindicatos falangistas, publicó un artículo de gran titular: «Que se vayan». Las conversaciones prosiguieron en Madrid sin llegar a un acuerdo, mientras las posturas se endurecían. El Gobierno de Washington jugó fuerte en defensa de sus intereses y Carrero, en pleno consejo de ministros, atacó a Castiella, que entonces negociaba acuerdos portuarios para la flota pesquera soviética. El intento de normalizar una situación comercial con la URSS y el enfrentamiento con los Estados Unidos convertían al ministro de Exteriores en blanco de los sectores más duros, que no vacilaban a alinearse con Carrero para derribarlo.

## La ascensión de San martín

También Muñoz Grandes estaba en falso ante la conspiración de Carrero y López Rodó. Fraga y Nieto Antúnez intentaron defenderlo, pero el especial carácter, la torpeza política y la deteriorada salud del general actuaron en su contra, hasta que Franco lo cesó arteramente durante las vacaciones veraniegas de 1968, eliminando las cábalas sobre su posible sucesión.

La caída de Muñoz Grandes debilitó a Fraga, Solís y Castiella. Dos meses antes, ya había enrarecido el ambiente el artículo «Retirarse a tiempo: no al general De Gaulle», publicado en el diario *Madrid* por Calvo Serer, monárquico juanista y miembro del Opus Dei de tendencia distinta a López Rodó. Todo el mundo entendió la

comparación con Franco, los sectores más duros respondieron con virulencia y el equipo de López Rodó decidió terminar con el diario *Madrid*. Por si faltaban elementos de crispación, en agosto ETA cometió su primer asesinato en la persona del célebre policía de San Sebastián Melitón Manzanas y el Gobierno puso en vigor su Decreto de Rebelión Militar.

Carrero y el equipo del Opus habían tomado clara ventaja sobre Fraga, Solís y Castiella, que intentaron defenestrarlos descubriendo que ministros de la Obra habían amparado el fraude cometido con la tapadera de exportaciones realizadas por la firma MATESA. Franco, sin embargo, se irritó porque se hubiera filtrado la noticia a la prensa. Prefería los defraudadores a los desleales y cesó al grupo regencialista. El nuevo Gobierno tuvo a Carrero en la vicepresidencia, al general Tomás Garicano Goñi en Gobernación y en el Ejército a su compañero Juan Castañón de Mena, el militar más característico de la Obra. Los falangistas se sintieron arrinconados por los tecnócratas; sin embargo, el ascenso político de Carrero no pudo evitar la independencia de Guinea, concedida oficialmente el 12 de octubre del año siguiente, en pésimas condiciones, no sólo para los intereses españoles sino también para los isleños de Fernando Poo, que eran los más occidentalizados y, en el referéndum, habían votado contra el proyecto de formar una sola nación con los habitantes de Río Muni, la porción continental de la colonia. En los ambientes militares sólo se conoció lo sucedido por rumores, sin existir informaciones oficiales. Entre otras cosas, se dijo que un oficial de la Guardia Territorial había sido capturado y torturado por los independentistas que sólo lo liberaron ante las amenazas de un buque de guerra español desplazado a la zona. Nadie desmintió ni confirmó las habladurías que, poco a poco, perdieron interés porque los militares de Tierra apenas habían tenido presencia en la antigua colonia y no fueron afectados directamente por el apresurado repliegue.

Tampoco se concedió especial relieve a que las Cortes nombraran oficialmente a Juan Carlos de Borbón, Príncipe de España, heredero de Franco en virtud de la Ley Orgánica del Estado y general de brigada. La votación de los procuradores resultó aplastantemente favorable a la propuesta del Gobierno, con la excepción de algunos juanistas y del general García-Valiño que

logró abandonar el anonimato durante unos segundos, votando «No», para llevarle la contraria a Franco. Los militares consideraron normales estos nombramientos; sin embargo, el ascenso a general no gustó a bastantes tenientes, que lo consideraban un compañero y estaban acostumbrados a los lentos e igualitarios ascensos por escalafón.

Por entonces, el ministro Villar Palasí se sentía atosigado por las presiones de Sanmartín, que le reclamaba continuamente mayores recursos para su organización. Su inicial intención de espiar la vida universitaria había sido rebasada por el ambicioso comandante, que pretendía extender sus redes a todos los aspectos de la vida española. Era difícil para un catedrático resistir las presiones del empecinado militar, hasta que le anunció que sus pretensiones excedían de las posibilidades y necesidades de su ministerio y le sugirió que planteara el problema a Carrero Blanco.

Sanmartín no se hizo repetir la idea y se entrevistó con Carrero, con quien le resultó más fácil entenderse. Desde entonces, el almirante sustituyó el patronazgo de Villar Palasí y comenzó a despachar, por lo menos semanalmente, con Sanmartín, que puso la organización a su servicio. Entre ellos surgió una colaboración, típica entre militares de graduaciones muy diferentes cuando trabajan juntos, y que a ambos les resultaba familiar. El almirante confiaba en la fidelidad del comandante y éste en la protección que recibiría, era una relación parecida a la que unió durante tantos años a Franco y Carrero. Ya liberado de Villar Palasí, Sanmartín continuó sus maniobras en las alturas de la política. Sin la aquiescencia que le otorgaba Carrero por ser militar, no logró despertar la simpatía de Torcuato Fernández-Miranda ni de López Rodó, los dos hombres más influyentes del entorno del almirante.

A finales de 1969 la organización de Sanmartín se había ampliado y tomó el nombre de Servicio Central de Documentación (SECED). En mayo de 1970, además del personal en nómina, había extendido sus redes a unos 400 colaboradores en toda España, reclutados entre diversos sectores ajenos a las Fuerzas Armadas. La mayor parte de estos colaboradores no cobraban y sólo hacían méritos para promocionarse en una organización que dependía directamente de Carrero y movía cada vez más hilos en la sombra. Los agentes habían conectado con numerosos personajes, entre ellos

empresarios, catedráticos, altos funcionarios, políticos franquistas y directores de periódicos y de la agencia oficial CIFRA, a los cuales convencieron para colocar artículos en sus publicaciones. Como carecían de habilidad y conocimientos para redactar textos útiles, también intentaron captar a quien pudiera escribírselos, tarea donde tuvieron escaso éxito, porque los originales obtenidos resultaron irrelevantes o desbordaron el estrecho marco de sus planteamientos políticos.

Los hombres de Sanmartín se sentían satisfechos por las buenas condiciones de su trabajo, que les liberaba del frustrante Ejército sin recursos, permitiéndoles moverse en círculos hasta entonces vedados a su escasa graduación, en los cuales creían desarrollar la capacidad que habían visto constreñida en el marco militar. La pertenencia al SECED se presentó a muchos oficiales jóvenes y capaces como una de sus mejores posibilidades profesionales.

La oficialidad del Ejército sumaba entonces 24 809 miembros de la Escala Activa, encargada del mando de tropas. Entre ellos se contaban todavía 24 militares anteriores a la guerra, 3710 antiguos provisionales y 6848 procedentes de la General, cuyo ascenso seguía congelado por el tapón de los veteranos de la guerra, aunque muchos ya habían abandonado las filas por imperativo de la edad.

## ENTRE LA GUERRA SUCIA Y LA POLÍTICA DE DEFENSA

Pronto pasó el SECED de la información a la acción. Algunos universitarios falangistas habían creado Defensa Universitaria, un grupo derechista destinado a amedrentar a los profesores y los alumnos más combativos contra el régimen. Entre 1968 y 1971, los hombres de Sanmartín la sustituyeron por Acción Universitaria Nacional (AUN), creada por ellos, que trató de convertirse en un sindicato estudiantil y logró cierta implantación en Madrid.

En cambio fracasó en Barcelona, donde el servicio contaba con menos recursos y actuaba como un equipo amateur, con escasos agentes hablando catalán. A finales de 1969, un militar del SECED, que se hacía llamar Pujol, tomó como colaborador a un estudiante murciano llamado Poveda, que lideraba grupitos de muchachos ultraderechistas de institutos de La Verneda y Badalona, editores de

un panfleto llamado *Orden Nuevo*. Muy pronto, los guardias civiles que trabajaban en el SECED se encargaron de ciclostilar y entregar a los ultraderechistas no sólo *Orden Nuevo* sino también *Europa Joven*. En 1970, otro militar del SECED, que se hacía llamar Guerra, inició en Valencia la captación de afiliados al Círculo Doctrinal José Antonio y de algunos estudiantes de Filosofía y Letras y de Derecho, hijos de funcionarios, y de personas del régimen con los que formó un grupo neonazi llamado Movimiento Social Español (MSE[26]).

En octubre de aquel mismo año, el SECED organizó un curso en el Valle de los Caídos, con el fin de conectar y coordinar los diversos grupos de ultraderecha. Los grupúsculos del SECED entraron en contacto con militantes de Fuerza Nueva, como Alfredo Alemany y el argentino Alberto Santos Reig, que se escindieron del partido para formar los Militantes Nacional Revolucionarios. En abril de 1971 los diversos grupos celebraron una reunión en el pueblo catalán de Joanetes, donde formaron un movimiento unitario llamado Partido Español Nacional Sindicalista (PENS o PENS-MSE)
.

En 1970, para sustituir a Muñoz Grandes en el Alto Estado Mayor, fue designado Manuel Díez Alegría, que tomó como segundo a Manuel Gutiérrez Mellado. El ministro del Ejército, Castañón de Mena, pertenecía al cuerpo de Estado Mayor[27] anterior a la guerra y era un hombre culto, partidario de militares ilustrados como Díez Alegría y Gutiérrez Mellado[28]. Este último era teniente de artillería en 1936 y en el Madrid republicano formó parte del Ejército Popular mientras actuaba como agente secreto de los franquistas. Gracias a ello fue uno de los raros oficiales profesionales que continuó en el Ejército, aunque soportando numerosas reticencias, zancadillas y calumnias. Se diplomó en Estado Mayor, adquirió un buen dominio del inglés y prestó dilatados servicios en el Alto, donde pudo conocer los entresijos de la inteligencia militar y de las relaciones con los Estados Unidos. Ambos generales no tenían simpatía por el SECED, cuyos hombres dependían teóricamente del Alto Estado Mayor. Sin embargo, como no podían enfrentarse a Carrero, renunciaron a interferir en los asuntos de Sanmartín y se dedicaron a reorganizar la política militar.

Díez Alegría hizo gestiones para que el consulado español en Tetuán le cediera un cuadro de Moreno Carbonero que representaba a las tropas españolas durante el desembarco de Alhucemas, en 1925. Luego lo hizo colocar en su despacho y añadió con sorna un rótulo en el que se leía: «Éste sigue siendo el estado actual de los Ejércitos españoles». Desde entonces, utilizó el cuadro como símbolo de lo que deseaba superar y, durante los cuatro años que permaneció en el puesto, trabajó para modificar la «… organización ya fósil…» y desarrolló un segundo plan de armamentos destinado a regularizar las compras en el extranjero. Promovió un borrador para la organización de la Defensa que, hasta entonces, había carecido de planificación y de política, y cuya gestión resultó muy lenta y difícil porque los generales y almirantes temían que la planificación limitara su libertad para manejar los asuntos de sus departamentos de acuerdo con su santa voluntad.

En 1971, el CESEDEN resumió los trabajos que se habían realizado desde 1967 y el Alto Estado Mayor elaboró un nuevo proyecto, donde intervino directamente Carrero. La idea tropezó con el espíritu corporativo de los tres Ejércitos sin que, al cabo de un año de discusiones, militares, marinos y aviadores se hubieran puesto de acuerdo acerca de quién debía dirigir las operaciones militares en caso de guerra.

Díez Alegría insistió a Carrero sobre la necesidad de unificar los planes de los tres Ejércitos y le presentó un pequeño bosquejo sobre la participación de los diversos ministerios militares y civiles en la defensa nacional. Carrero rechazó la idea de presentarlo al consejo de ministros porque no deseaba que los ministros civiles estudiaran los asuntos militares. Díez Alegría le pidió entonces que, si no quería que los ministros civiles conocieran el asunto, no lo presentara en el consejo y se lo consultara directamente a Franco. Así lo hizo el almirante, y Franco aceptó la propuesta y firmó varias copias dirigidas a los ministros militares y al jefe del Alto Estado Mayor, pero no a los ministros civiles, a quienes también quería tener apartados de los asuntos de Defensa.

Mientras tanto se había mantenido el pulso con Washington con tanta dureza que la Fuerza Aérea norteamericana llegó a activar su base de Zaragoza. Entonces, Gregorio López Bravo decidió firmar el acuerdo cuanto antes y viajó a los Estados Unidos, donde se

entrevistó con Nixon, advirtiéndole que, ante la peligrosa presencia de la flota soviética en el Mediterráneo, como España no era miembro de la OTAN necesitaría buscar «posibilidades adicionales» para su seguridad.

Díez Alegría había impulsado la compra de armamento francés con el fin de desembarazarse de la tutela norteamericana y de presionar en busca de mejores condiciones en el pacto. El acuerdo con los franceses se firmó el 22 de junio, comprándose 19 carros de combate de tipo medio AMX-30 para el tercio Don Juan de Austria III de la Legión, establecido en el Sáhara.

Tras la pequeña demostración de independencia, López Bravo abandonó la línea de firmeza negociadora que habían mantenido Castiella y Díez Alegría, mostrándose dispuesto a aceptar cualquier condición, cerró el acuerdo de golpe, abandonó las reivindicaciones de Castiella y cedió en todos los extremos. El 6 agosto firmó un convenio de paz y cooperación con Estados Unidos para sustituir el acuerdo defensivo de 1953. Las contraprestaciones concedidas por Washington se limitaron a créditos por valor de 120 millones de dólares destinados a comprar 36 aviones F-4C, cuatro helicópteros SH-3D Huye Cobra, un escuadrón de carros M-48, obuses M-108 y M-109, y algunos otros materiales. Muy poco para mantener operativas unas Fuerzas Armadas que ya tenían muy desgastado el material americano. Era necesaria una renovación profunda y, si el dinero no llegaba de América, menos vendría de los presupuestos españoles, que aquel año concedieron por primera vez más dinero a la Educación que a la Defensa. Para el país era una buena noticia, pero los militares quedaban condenados a seguir reparando la chatarra

de siempre.

# Capítulo XVII

# Como gatos panza arriba

## Pobreza y dureza

El Ejército, la gran reserva de poder del régimen, se revelaba como un bloque políticamente impenetrable[1]. Los pequeños grupos de militares demócratas, juanistas y carlistas formaban una minoría irrelevante entre la masa de adictos a Franco y convencidos de su condición providencial. Nadie introducía pensamientos renovadores en aquel monolito ideológico. En 1970, los comunistas catalanes del PSUC iniciaron la publicación de un folleto clandestino llamado *Misión, Boletín Informativo de Oficiales y Suboficiales*, que denunciaba los excesos de la dictadura desde planteamientos marxistas. La publicación no tuvo éxito porque sus autores apenas tenían noticia de media docena de militares de talante liberal capaces de interesarse por sus argumentos. Los escasos ejemplares de *Misión* eran remitidos por correo a militares desconocidos y sólo los más ultras los entregaban a su jefe o a los servicios de información; el resto los destruía directamente, por temor a buscarse problemas y no la entregaban, temerosos de ser tomados por «elementos considerados permeables por la subversión comunista».

La rutina y la falta de medios habían conducido al fatalismo profesional de un Ejército pobre y sin posibilidades de mejora. La economía experimentaba un crecimiento y la sociedad era cada vez

más rica y más libre, separándose de los militares, cuya situación profesional estaba detenida. A principios de los años sesenta, el coronel de un regimiento situado en una zona turística recibió a los tenientes que se incorporaban a un primer destino. Su arenga resultó tan desconcertante como significativa; el coronel, un franquista acérrimo, advirtió a los bisoños oficiales que no debía indignarles cobrar menos que el pinche de cocina de un hotel, porque ellos poseían la educación y el honor que un cocinero no tendría jamás, argumento que sólo podía engañar a un ilusionado teniente novato. El coronel remató su esquizofrénico discurso advirtiendo que vigilaran especialmente a sus mejores soldados, porque podían ser comunistas que trataban de infiltrarse. No aclaró dónde podía infiltrarse un pobre soldado raso.

Las autoridades del Sáhara procuraban extender la idea de una independencia tutelada por España, que permitiera a los naturales participar de los beneficios de la pesca, los fosfatos y el turismo, mientras el Ejército español mantenía bases que garantizaran la estabilidad. Probablemente, ésta era la mejor opción para los 300 000 indígenas; sin embargo, Marruecos y Argelia ambicionaban el territorio y habían desplegado sus agentes entre una población todavía tribal y no acostumbrada a la política.

El 17 de julio de 1970 el Gobierno general del Sáhara organizó en El Aaiún una manifestación de apoyo a España, y el Frente Popular de Liberación respondió con otra de signo contrario en Jatarrambla, a las afueras de la población. Como esta segunda concentración no estaba autorizada, la Policía Territorial trató de disolverla, fracasando porque sus miembros eran soldados españoles de quinta, sin entrenamiento ni material antidisturbios. Ante la desobediencia, la autoridad militar envió a una compañía de la Legión, mandada por el capitán Juan Carlos Díez de Arcocha[2]. Los legionarios no eran una fuerza de policía, sino la más dura unidad de combate del Ejército, y enfrentarlos a una manifestación de indígenas desarmados sólo podía hacer presagiar una tragedia. Díez de Arcocha ordenó a los manifestantes que se disolvieran y le respondieron a pedradas; entonces mandó a la tropa que hiciera fuego. El resultado fueron 3 muertos, 22 heridos y numerosos detenidos. Entre ellos, dos hombres que se convertirían en mitos del nacionalismo saharaui: Bassiri y el soldado de la Policía Territorial

Gali uld Sidi Mustafá. Éste fue expulsado del cuerpo y Bassiri enviado en avión a Canarias. Nunca más se supo de él.

Más adelante se produjeron nuevos incidentes en Tantán, que fueron duramente reprimidos. Tan malas experiencias hicieron creer a los líderes saharauis que el único camino posible era la lucha armada. Entonces Luley y Gali, dos dirigentes saharianos, marcharon a Mauritania, donde, junto con Azmi, comenzaron a crear lo que, tres años más tarde, sería el Frente Polisario.

## EL TEMPORAL DE BURGOS

Franco participaba de la mentalidad de los ultras cercanos al falangismo, aunque, como estaba entrenado en el disimulo, sólo exponía las ideas que le interesaba hacer públicas. La política de Carrero resultaba más confusa; frenaba las iniciativas liberalizadoras, incluso publicando artículos firmados por «Ginés de Buitrago». A pesar de su ideología y total lealtad a Franco, no se ponía del lado de los ultras, porque su confianza en López Rodó le hacía creer que defendía mejor el franquismo con la mezcla de liberalismo económico, conservadurismo político e integrismo católico que propugnaba el Opus.

La lucha entre ETA y las fuerzas del orden se había endurecido, celebrándose varios consejos de guerra en Burgos, sede de la VI Región Militar que comprendía varias provincias, entre ellas las tres vascas. Especialmente complicado se presentaba el juicio del proceso 31/69 contra la organización terrorista que había asesinado a un guardia civil, un policía y un taxista. Los procesados eran 16, dos de ellos sacerdotes.

El teniente general García-Valiño, que no perdía ocasión de crear problemas a Franco, el 1 de diciembre de 1970 escribió una carta personal a Tomás García Rebull, capitán general de la VI Región Militar, quejándose de la utilización política de la justicia militar y recordando las dificultades que, unos años antes, presentó la ejecución de Grimau. García Rebull pertenecía al grupo de los ultras y la carta de García-Valiño no sería tan personal cuando se filtró rápidamente en los ambientes militares.

El 2 de diciembre, víspera del inicio del consejo de guerra, ETA secuestró al cónsul alemán en San Sebastián, Eugenio Beilh, contribuyendo a enrarecer la situación. A pesar de que el proceso se convirtió en un ataque general al régimen, López Rodó convenció a Carrero de que no convenía ejecutar a nadie para no encrespar la situación internacional. No resultaba fácil lograr que el tribunal militar dictara una sentencia benigna y cuando un ministro intentó comprar a un miembro del tribunal, el ministro y su testaferro fueron procesados por el Consejo Supremo de Justicia Militar, aunque todo acabó sobreseído.

Ni García Rebull ni el coronel de Caballería Manuel Ordovás, que presidía el tribunal, estaban dispuestos a ceder; mientras tanto se extendía la crispación y en la misma sala del tribunal se producían numerosos incidentes. Todos esperaban sacar rendimientos políticos de aquel consejo de guerra. Los ultras acusaban de blandura al Gobierno, para desgastar a Carrero y derribar al equipo del Opus, que el año anterior había desplazado a Fraga y a los falangistas gracias al escándalo MATESA[3]. La oposición clandestina cerraba filas para atacar al régimen, que utilizaba la justicia militar y la pena de muerte. El Gobierno, acosado entre la oposición y la extrema derecha, el 14 de diciembre estableció el estado de excepción en toda España por un tiempo de seis meses.

En Madrid, los ultras convocaron una gran manifestación de protesta el 18 de diciembre, orientada secretamente contra el Opus y Carrero, y donde aparecieron lemas intransigentes como «obispos al paredón». A última hora, el Gobierno controló la situación haciendo aparecer a Franco, cuya presencia convirtió el acto ultra en una aclamación al Caudillo.

En el monasterio de Montserrat se encerraron un centenar de intelectuales para protestar contra la represión y, en Barcelona, el general Pérez-Viñeta organizó una manifestación ultra a la que fueron obligados a asistir los militares vestidos de paisano, mientras soldados con ropas civiles repartían pancartas. El gentío convocado en la plaza de Cataluña desfiló hasta los balcones del palacio de Capitanía General.

En el Club
Siglo XXI

de Madrid, los tenientes generales Zamalloa y Ruiz Fornells explicitaron posturas ultras mientras la excitación se extendía por los cuarteles. El coronel Ordovás, presidente del tribunal de Burgos, era un jinete deportivo famoso entre los oficiales de Caballería; cuando su hijo fue agredido en la calle por unos desconocidos, en la Escuela de Aplicación de Caballería de Madrid, un grupo de militares promovió la firma de un manifiesto que reclamaba al Gobierno la máxima dureza. En poco tiempo, unos 150 militares habían rubricado el documento. Desde la firma de la carta de los tenientes generales durante la segunda guerra mundial, no se había producido otro manifiesto de militares, aunque esta vez no se dirigía contra Franco, sino contra el Gobierno para conseguir ejecuciones en Burgos.

La réplica llegó desde donde menos se esperaba. Un grupo de nueve capitanes y dos tenientes opuestos a los ultras se reunió en Barcelona. Julio Busquets, uno de los antiguos motores de Forja, había convocado amistades, demócratas diversos y un amigo del príncipe Juan Carlos, en cuyo domicilio firmaron un documento condenando el manifiesto de los militares de Madrid como contrario a la disciplina militar[4]. Copias del contramanifiesto de Barcelona fueron enviadas secretamente a Juan Carlos, Díez Alegría y Carrero, en una apuesta muy arriesgada, porque los firmantes de Madrid contaban con el tácito apoyo del Ejército mientras los de Barcelona estaban solos y podían ser procesados por sedición.

El Gobierno jugó bien sus cartas. Inició un expediente contra los promotores del documento de Madrid, silenció el de Barcelona y aprovechó los servicios de uno de los hombres de Sanmartín, el capitán Cassinello. Éste logró que la madre del etarra procesado Izco de la Iglesia, que era viuda de un requeté muerto en la guerra civil, firmara una carta a Franco solicitando clemencia. Extraoficialmente se hizo saber a algunos generales significativos que existían posturas contrapuestas y firmadas de militares en activo sobre las que urgía echar tierra. Era preciso que ningún otro militar firmara documentos o hiciera manifestaciones.

Cuando terminó el juicio de Burgos, contra la costumbre, el tribunal prolongó sus deliberaciones durante varios días. El 25 de diciembre, el cónsul secuestrado fue liberado en Wiesbaden y, el 28, se comunicó que el consejo de guerra había impuesto 9 penas de

muerte a 6 de los procesados, diversas penas de prisión y una absolución. Se multiplicaron las peticiones de clemencia internacionales, García-Valiño[5] escribió nuevamente a García Rebull advirtiéndole sobre el error de ejecutar las sentencias, sin embargo éste ratificó la sentencia el día 30. Al día siguiente, último del año, el Gobierno concedió el indulto y conmutó todas las penas de muerte por otras de prisión.

La irritación militar contra el Gobierno tomó voz en el capitán general de Granada, Rodrigo Cifuentes, que en un discurso oficial aludió a la necesidad de defenderse contra la «masonería blanca» que se estaba infiltrando en España. Este ataque directo al Opus Dei fue seguido por el fulminante cese del general[6]. Los militares comprobaron que la mejor posibilidad para sobrevivir era callarse.

En Barcelona era notable la integración de los militares en el mundo civil y en la Universidad, sin que por ello dejaran de ser franquistas. A partir del contramanifiesto, un pequeño grupo de oficiales demócratas comenzó a celebrar reuniones con jueces, fiscales y magistrados de parecidas convicciones. Con el paso del tiempo, de estos hombres nacerían Justicia Democrática y la Unión Militar Democrática.

## CONTRA «EL ENEMIGO INTERIOR».

El Ejército mantenía sus habituales penurias, agravadas por el desgaste del material de guerra que no podía sustituir. Cualquier trabajo extraordinario, incluido el anual Desfile de la Victoria, colocaba a las unidades al borde del colapso. Muchos vehículos permanecían en sus bases sin apenas ser utilizados con el fin de evitar que un ataque de vejez reventara el radiador, quemara el motor de arranque o clavara un pistón. Pero todos los automóviles debían funcionar durante las maniobras o el desfile y, con un mes de antelación, aquellas momias metálicas recibían la ofensiva de mecánicos, electricistas y chapistas, que lograban hacerlas funcionar sin que se cayeran a trozos. El milagro no duraba mucho tiempo y, terminada la demostración, regresaban a los talleres para remediar los desaguisados producidos por el esfuerzo. Máquinas había que, para recorrer unos kilómetros de desfile, consumían un par de

semanas de reparaciones. Con sabia precaución los servicios de automovilismo situaban grúas a lo largo del recorrido para retirar rápidamente los vehículos averiados.

Resultaba imposible proporcionar al Ejército los materiales necesarios y las compras se ajustaban al escaso presupuesto. En abril de 1972 llegaron 54 carros norteamericanos M-48 para sustituir a los viejos M-47 del II Batallón del Regimiento Alcázar de Toledo. Desde entonces, la impresionante División Acorazada Brunete contó con un regimiento de carros que constaba de dos batallones en buenas condiciones, mientras que todas las demás unidades continuaban con los anticuados M-47 o, más frecuentemente, con ninguno.

Para paliar la situación, de acuerdo con las intenciones de Díez Alegría, se potenciaron las adquisiciones en terceros países, y aquel año se firmó un acuerdo con Francia para fabricar en España los carros AMX-30, entonces muy prestigiosos, cuyas primeras unidades debían entregarse dos años más tarde. También comenzaron a comprarse piezas de artillería autopropulsada de diversos calibres, con la intención de reunir un centenar en cinco o seis años. Sin embargo, resultaba difícil diversificar las adquisiciones de material militar, porque algunos Gobiernos europeos no deseaban vendérselo a Franco. El proyecto de comprar 8 aviones Harrier británicos para la Marina chocó con los recelos del *premier* Herat y debieron adquirirse en Estados Unidos.

El Ejército carecía de recursos para asegurar la defensa exterior del Estado, en cambio desarrollaba a pasos agigantados sus diversos servicios de información. El espionaje en el interior de los cuarteles seguía los patrones establecidos al terminar la guerra civil y fue incapaz de interferir en *La Voz del Soldado*, una publicación del PCE que apareció en abril de 1972 y sólo resultó limitada por las carencias de información de sus propios editores.

El proceso democratizador de la sociedad española inquietaba a

los altos mandos, convencidos de que sólo el Ejército podía perpetuar el franquismo. Desde 1971 se desarrollaron los sistemas de espionaje interno; el Servicio de Información (SIBE), que existía en todas las unidades, seleccionó como informadores a los militares más franquistas, encargándoles espiar y denunciar la actitud, ideología y opiniones de sus compañeros[7].

El ya teniente coronel Sanmartín y su segundo, el teniente coronel de Caballería Federico Quintero Morente[8], habían extendido las redes del SECED al sindicalismo, la Iglesia y los intelectuales. Sanmartín se había ganado la confianza de Carrero y le proporcionaba informes reservados acerca de las personas que iban a ser nombradas para cargos importantes. Sus agentes se entrevistaban con todo tipo de ambiciosos, impulsaban carreras o las hundían. Mientras sus compañeros desempeñaban sufridas y grises tareas militares, ellos, sin más bagaje que el poder de su jefe, penetraban en importantes despachos, fisgoneaban asuntos ajenos, dictaminaban sobre cuestiones que desconocían, luchaban secretamente contra la Dirección General de Seguridad, imprimían los panfletos del PENS y manipulaban a los terroristas de extrema derecha.

En 1972 potenciaron la Asociación Nacional de Universitarios Españoles (ANUE) y a su revista, *Plataforma*, que llegó a tirar 10 000 ejemplares, con la intención de agrupar a profesores, licenciados y estudiantes en una concepción liberal que permitiera canalizar la protesta universitaria.

Además de apoyar y potenciar organizaciones neonazis independientes, como el PENS, el SECED respaldaba a los grupos que pululaban en torno a Fuerza Nueva, un verdadero partido político protegido desde el poder. Entre estos grupos se contaba una organización de curas ultras, que se consolidaría en 1973 con el nombre de Hermandad Sacerdotal Española, dirigida por los padres Oltra y Venancio Marcos, y cuya versión catalana fue la Hermandad Sacerdotal de San Antonio María Claret. Otro grupo parecido, integrado por seglares, fue la Sociedad Cultural Covadonga, vinculada a los Guerrilleros de Cristo Rey de Mariano Sánchez Covisa.

## LOS ULTRAS Y LOS FRANCO

La creciente decrepitud del generalísimo impulsó la reorganización de los ultras, liderados ahora por Girón, que regresó a la vida política. Los duros del franquismo tocaban rebato, hasta el extremo de que, en 1971, la burocracia falangista designó procuradores en Cortes, en representación de las provincias, a varios «generales azules»: Iniesta por Ceuta, Campano por Navarra, Pardo Canalís por Córdoba, De la Torre por Melilla, García Ibáñez por Segovia, Anselmo de la Torre por Valladolid[9].

La extrema derecha franquista odiaba a Juan de Borbón y desconfiaba de Juan Carlos, cuyo nombramiento de heredero había sido promovido por el equipo de Carrero y López Rodó. Los recelos aumentaron a medida que la mala salud de Franco hacía presagiar la cercanía del momento en el que el príncipe tomara el poder y, buscando una alternativa, potenciaron la figura de su primo Alfonso de Borbón Dampierre, planteando una cuestión espinosa porque Juan Carlos había sido aceptado por Franco y nombrado heredero por las Cortes.

El asunto se complicó al anunciarse el noviazgo de Borbón Dampierre con Carmen Martínez-Bordiú, la nieta mayor de Franco. La posibilidad de que se convirtiera en reina de España entusiasmó a la familia, encabezada por Carmen Polo y el marqués de Villaverde. Intentaron que el Consejo del Reino informara sobre el noviazgo y que Borbón Dampierre recibiera el título de Príncipe de Borbón con rango regio. Juan Carlos se opuso por escrito, avalado por Antonio María de Oriol, notario mayor del reino, y Juan de Borbón, como jefe de la Casa Real, manifestó que su sobrino Dampierre estaba fuera del orden dinástico. Carmen Polo no aceptó el dictamen de Oriol y siguió intrigando para que su nieta, que se casó con Alfonso de Borbón el 8 de marzo, tuviera el título de princesa. A pesar de que Franco se lo pidió, Oriol se negó a que en el acta de la boda figurase don Alfonso con el título de príncipe.

No por ello cesaron la presiones familiares contra Juan Carlos y Sofía, hasta el extremo de que, en junio, Franco prohibió que se invitara al príncipe a las inauguraciones de obras públicas. El 16 de noviembre de 1972, Carrero acudió a la Zarzuela para pedirle a

Juan Carlos que solicitara a Franco el título de Príncipe de Borbón para su primo, pero Juan Carlos se negó y sugirió que se le concediera el de duque de Cádiz. Con el fin de que pudiera también disponer de un sueldo y sinecuras importantes, Sánchez Bella, que estaba alineado con la facción ultra que apoyaba a Borbón Dampierre, presionó a Juan Gich, hasta que éste renunció al cargo de delegado nacional de Deportes, que inmediatamente fue asignado a su protegido. La situación se enrareció progresivamente; el 5 de febrero de 1973, cuando el príncipe Felipe cumplió 5 años, el general Castañón de Mena, ministro del Ejército perteneciente al Opus juancarlista, envió una propuesta a Franco para que el niño fuera nombrado soldado honorario, como era tradición en la familia real. El generalísimo recibió el documento, y aunque no se opuso formalmente, dilató la respuesta.

Los ultras ganaban tanto terreno que, medio año antes, cuando Iniesta fue nombrado director de la Guardia Civil, once ministros acudieron a su toma de posesión. En Barcelona, el capitán general procesó a Julio Busquets por el libro que había publicado anteriormente, y también a Amando de Miguel por protestar en la prensa de que en el campamento de Talarn se distribuyera propaganda ultra a los alumnos de la escala de complemento. Las revistas de extrema derecha se encontraban en todas las salas de banderas y, en noviembre, Fuerza Nueva conectó con las Hermandades de Excombatientes presididas por Girón, donde pronto se integró la de Alféreces Provisionales, dirigida por el marqués de La Florida. Oriol y Girón se encargaban, mientras tanto, de conectar el Movimiento directamente con El Pardo. Los halcones lograron lo que les había fallado en 1964: redactar los estatutos para la Agrupación de Hermandades de la Cruzada y División Azul, que englobaría las Hermandades de Alféreces Provisionales, Sargentos Provisionales, Tercios de Requetés, División Azul, Marineros Voluntarios, Banderas de Falange y Ex Combatientes.

Poco antes, en diciembre de 1972, el general Díez Alegría había hecho en su libro *Ejército y sociedad* una declaración de actitudes militares moderadas. Se trataba de un texto muy cauto, que dejaba entrever un pensamiento civilizado, que fue recibido con entusiasmo por numerosos sectores empeñados en leer entre líneas. Aunque nunca fue tan cierto que una golondrina no hace verano.

## CARRERO, PRESIDENTE

En 1972 la enseñanza militar fue adaptada a la Ley General de Educación de 1970 y se exigió el COU a los aspirantes a cadete de la Academia General Militar de Zaragoza, donde, en el futuro, se pretendía que se estudiaran los cinco cursos completos de la carrera militar, plan que nunca se llevó a la práctica[10]. Las plazas de cadete aumentaron significativamente. Durante los últimos 8 cursos se habían convocado 225 anuales que se elevaron a 280 en 1972, a 300 en 1973, hasta llegar a 430 en 1975, porque se temía que estallase una guerra en el Sáhara en la que faltarían oficiales jóvenes[11].

Carrero pensaba mantenerse en aquel territorio con una fórmula neocolonialista destinada a chocar con los intereses marroquíes y argelinos. El alto mando militar temía que ambos vecinos fomentaran partidas armadas contra las que sería preciso combatir; en cambio, esperaba que la mayor parte de la población saharaui aceptara una situación que la protegía de las ambiciones de sus vecinos. El puro colonialismo mantenido hasta entonces no podía prolongarse. La Yemáa o asamblea local estaba formada por saharauis mayores y adictos a España, a pesar de lo cual, en febrero de 1973, envió a Franco una petición para iniciar el proceso de descolonización. Los militares destinados en el territorio comprendían la situación e hicieron suya la política del Gobierno, destinada a crear un Estado independiente parecido a Mauritania, donde España mantuviera parte de sus guarniciones y protegiera sus intereses. Para desarrollar la descolonización controlada, fue nombrado secretario general del Sáhara el teniente coronel Ricardo Duyos González.

Todavía no se había complicado la situación en el desierto, pero sí en España, donde las presiones de los ultras presionaban al Gobierno con argumentos que Girón remachaba en sus periódicas visitas a El Pardo. Cuando, el 1 de mayo de 1973, un inspector de policía fue apuñalado en Madrid por supuestos manifestantes de izquierda, que luego resultarían ser activistas del FRAP, los halcones arreciaron en sus ataques contra Garicano Goñi, ministro de Gobernación, y la supuesta debilidad del Gobierno. Por primera vez, Franco se desvinculó de la presidencia y encargó a Carrero que

formara un Gobierno.

El almirante preparó una lista de ministros, que consultó previamente con el príncipe. Para tranquilizar a los ultras, el nuevo gabinete tenía menor presencia del Opus, aunque contaba con tres significativos tecnócratas juancarlistas: Torcuato Fernández Miranda, Laureano López Rodó y Fernando Liñán y Zofío. Sólo uno de los ministros, el de Gobernación, había sido impuesto directamente por Carmen Polo y su camarilla: Carlos Arias Navarro. En el Ministerio del Ejército se situaba Francisco Coloma-Gallegos y Pérez, un general pintoresco muy vinculado a la Legión, que había sido jefe de la 2.ª Sección de la Guardia Civil, agregado militar en Washington, coronel de un Tercio Sahariano y subsecretario del Ejército desde el 14 de agosto de 1969.

Dedicaría especial atención a las tropas del Sáhara donde, a partir del antiguo Frente Popular de Liberación, había creado ya el Frente Popular de Liberación del Saguía el Hamra y Río de Oro (Frente Polisario), que decidió iniciar pequeños ataques por sorpresa contra los españoles. El primero fue planeado para el 20 de mayo contra el pozo Hasi Janquel Quesat, muy cercano a la frontera marroquí. Sin sospechar nada, poco antes del momento elegido, la Policía territorial del fuerte detuvo a dos nómadas desarmados y los encerró en el calabozo. Uno de ellos era el líder polisario Ueli uld Mustafa Lulei. Durante la noche, Gali y otro hombre entraron en el fuerte, desarmaron a los 5 policías nativos y liberaron a los detenidos. Una docena de polisarios emprendieron luego la huida a dromedario, llevándose el material del fuerte y policías prisioneros, que luego liberaron. Siguieron otros incidentes de parecido tenor: el 27, un pequeño ataque el fuerte Bir Lahlú se saldó con algunos daños; en septiembre, una patrulla de policía territorial a dromedario fue sorprendida en una emboscada entre Amgala y Tifariti; en la escaramuza murió un cabo, un policía resultó herido, los demás fueron hechos prisioneros y luego liberados, apoderándose el Polisario de las armas, los dromedarios y el material[12].

Franco contestó el 27 a la petición de la Yemáa con la promesa de un estatuto de independencia, tras un referéndum ajustado a las recomendaciones de las Naciones Unidas. Esta decisión se convirtió en la doctrina oficial de los militares destinados en el Sáhara.

## HALCONES Y PALOMAS

El cuerpo de oficiales no era tan monolítico como parecía. Además de la gran masa disciplinadamente franquista y rutinaria, podían distinguirse tres grupos bien diferenciados. Uno estaba formado por moderados hombres del régimen, más interesados en la modernización profesional que en la política, cuyo ejemplo podía ser el general Díez Alegría. Otro lo integraban oficiales más jóvenes y con abundantes títulos militares y universitarios que compartían las ideas de perfeccionamiento profesional, pero no el franquismo; su hombre más conocido era el comandante Julio Busquets.

El tercer grupo era mucho más numeroso que los anteriores: reunía a los cercanos al fascismo, encabezados por un buen número de generales; los más alborotadores y vocingleros eran los «generales azules». El conjunto era disperso, hereterogéneo, con una mayoría de veteranos de la guerra y un menor número de militares de la General, que tenían mayor iniciativa, eran ambiciosos y estaban cercanos a los organismos del régimen y a los servicios de información. Desde el proceso de Burgos, se mostraron particularmente activos y, como los generales azules se revelaban incapaces, Blas Piñar y José Antonio Girón intentaron convertirse en sus líderes. Ambos eran millonarios, habían ocupado posiciones importantes desde muy jóvenes, contaban con una amplia red de relaciones económicas y políticas y superaban las posibilidades de los generales azules, que habían alcanzado su graduación en edad madura, tras quemar la juventud en grados intermedios, y carecían de preparación intelectual y política. La falta de líderes con garra debilitaba a los ultras. Desprestigiada la Falange, su movimiento civil era tan débil que necesitaban el apoyo del Ejército, que era franquista, pero disciplinado, y no se mostraba dispuesto a seguir a un civil ni se dejaba arrastrar por ninguno de sus generales. Después de tantos años de culto a Franco, cualquier otro liderazgo resultaba imposible.

La siguiente batalla de los halcones fue la objeción de conciencia, una cuestión que, ya en 1968, Fraga le planteó a Franco y a la que éste respondió diciendo que no le parecía «justo excluir a nadie de defender a España». Desde entonces, la objeción había crecido, desbordando a los Testigos de Jehová, para ser también

practicada por católicos y pacifistas laicos.

Había ya en las cárceles 184 objetores, algunos desde hacía varios años. Los dieciocho ministros eran católicos, la mitad cercanos al integrismo y, además, tres eran generales y dos, almirantes. Sin embargo, el Gobierno se creyó obligado a intervenir y remitió a las Cortes un proyecto para regular la objeción de conciencia. Nadie en su sano juicio podía tachar el documento de contrario a la Iglesia o al Ejército; sin embargo, cuando se vio en comisión, los ultras lo aprovecharon para atacar al Gobierno y atraerse simpatías militares. Blas Piñar y un grupo de generales, entre los que se encontraban Iniesta Cano, Lacalle, Fernández Cuesta, Campano y Barroso, organizó un escándalo en la sala e impidió que tomara la palabra un procurador que deseaba proponer un indulto. El borrador fue rechazado por 21 votos en contra, 9 a favor y 1 abstención. Por primera vez durante el franquismo, las Cortes devolvieron un proyecto de ley al Gobierno.

Cuando Carrero fue nombrado presidente, Díez Alegría lo convenció para llevar adelante su Ley de Bases de la Defensa Nacional. El almirante opinó que era preferible elaborar una Ley Orgánica, cuyo proyecto fue sometido rápidamente al consejo de ministros, que lo retocó en algunos extremos y lo envió a las Cortes. El documento también consideraba la situación de los objetores y fue torpedeado con impedimentos burocráticos.

En 1973 comenzó a debatirse un nuevo proyecto de Ley de Servicio Militar. El día 1 de diciembre, la Conferencia Episcopal pidió que los objetores no fueran tratados como simples desertores; sin embargo se aprobó el 18 manteniendo la situación anterior, aunque la acción de los obispos logró la reforma del Código de Justicia Militar para que la negativa a prestar el servicio militar en tiempos de paz fuera castigada con penas de entre 3 y 8 años de cárcel.

## UN ESTUDIO CLANDESTINO

En junio de 1973 quebró escandalosamente SOFICO, una sociedad dedicada a promocionar, vender y gestionar viviendas en multipropiedad, cuyo presidente era el teniente general Cabanillas

Prósper. Aunque no fue procesado, la cuestión planteó hasta qué extremo los altos mandos militares participaban en el poder económico.

La clase política franquista se había enriquecido durante la larga duración del régimen, sin que los militares participaran mayoritariamente en los beneficios. El Ejército no era una institución basada en el dinero, sino en el poder, y había poco que robar en su mundo autoritario, ostentoso y mugriento. Existía la corrupción, pero de poco calado, dado que los militares no administraban sumas importantes y las defraudaciones sólo quedaban al alcance de los altos mandos responsables de gestionar la administración de grandes bienes o servicios. Los demás, cuando no eran honrados por convicción, lo eran por necesidad, porque la institución era pobre y sus corruptelas resultaban pequeñas en comparación con las posibilidades de ciertos sectores civiles. Los militares seguían mal pagados, hacían una lenta carrera y habían perdido muchos de sus privilegios de la posguerra. Su servicio de sanidad carecía de medios, casi no se construían casas militares y las construidas habían envejecido, los economatos no ofrecían precios competitivos y el nomadismo profesional deterioraba los cortos ahorros familiares. Con sus lentos ascensos y sus sueldos de funcionario, seguían siendo caballeros pobres en una sociedad que era cada vez más rica, más moderna y menos caballeresca.

Al principio del franquismo pocos militares podían considerarse ricos. En 1945, sólo 6 pertenecían a algún consejo de administración, 13 eran latifundistas y 6 grandes propietarios agrícolas[13]. Sin embargo, mientras sus compañeros sobrevivían con estrecheces, los militares dedicados a la política supieron aprovechar las ventajas que les ofrecía el franquismo, vinculándose a las grandes empresas públicas. Desde su fundación hasta 1969, el presidente del INI fue militar, y en los años setenta numerosos militares-políticos formaban parte de los consejos de administración de empresas como Santa Bárbara, Bazán, CASA, Iberia, Aviaco, Elcano, Renfe, SEAT, Butano, Tabacalera o Telefónica entre otras[14], hasta el extremo de que el general Barroso era consejero de once[15] y, según Busquets, en 1974 de los 83 militares que eran ministros o exministros, 64 pertenecían al consejo de alguna gran empresa. Sin embargo, los militares no se convirtieron en un poder

económico y, según Bañón, entre 1969 y 1973, sólo 124 militares del Ejército de Tierra pertenecieron a consejos de administración de empresas públicas o privadas.

Los oficiales demócratas se sentían preocupados por la escalada ultra que trataba de impulsar una intervención del Ejército mientras atacaba ferozmente los planteamientos del Gobierno. El comportamiento de muchos militares franquistas sobrepasaba los límites del disparate, «encontrando» comunistas en todas partes. En la Academia de Infantería de Toledo, cuando el alférez-cadete Luis Criado Pou, enamorado de una chica, decidió abandonar la vida militar y escaparse con ella, los mandos acusaron a sus amigos de constituir una célula comunista. En la misma Academia, los nervios de los profesores se desataron durante la primavera de 1973 cuando los alféreces-cadetes Mario Fallos, Francisco García, Faustino Cangas y Juan Manuel Vázquez[16] fueron acusados de leer libros de economía, haber padecido una crisis religiosa, tener amistad con soldados y simplezas similares. Sin ninguna formalidad legal, fueron expulsados de la carrera que estaban terminando.

La ultraderecha actuaba libremente y se sabía que agentes del SECED tomaban parte en la escalada del terrorismo blanco. En julio de 1973, el PENS asaltó e incendió en Barcelona la revista católica *El Ciervo* y luego *Agermanament*. En abril de 1974 se inició en Cataluña una oleada de atentados contra librerías, que se mantuvo hasta finales de año, padeciendo ataques la *Enciclopèdia Catalana* y la distribuidora Enlace.

El Ministerio de Educación regaló bibliotecas al Ejército, para ser entregadas a los regimientos. Todos los libros se vendían libremente en el mercado; sin embargo, el Estado Mayor Central los clasificó, ordenando que un número apreciable de ellos sólo pudieran ser leídos por los oficiales; a su vez, muchos coroneles de regimiento ordenaron una segunda censura que, arbitrariamente, clasificó nuevas obras para que no contaminaran a la tropa. En los ciclos de formación de muchos regimientos se introdujeron conferencias de formación política, generalmente a cargo de un teniente coronel o un comandante veterano de guerra, que pontificaba durante una hora ante un circunspecto auditorio de uniforme, mientras los oficiales jóvenes y alféreces de milicias luchaban trabajosamente para combatir el sueño, el estupor o la

risa.

Durante un curso de psicología para militares, al que asistían los capitanes Jesús Martín Consuegra, Juan Diego, Arturo Gurriarán y Julián Delgado Aguado[17], algunos alumnos realizaron una encuesta, con finalidades académicas, que contenía preguntas de naturaleza social y política. Los resultados sorprendieron a los autores por la conciencia que revelaban y, cuando lo comentaron con otros compañeros demócratas, decidieron llevar a cabo un pequeño trabajo sobre la situación del Ejército.

Se encargó de redactar el informe a un grupo de militares destinados en Barcelona[18], algunos de los cuales ya habían firmado el contramanifiesto de 1970. El documento analizaba la situación profesional, la utilización política que se hacía de los militares y las responsabilidades de éstos ante su pueblo. Una vez terminado el trabajo, se le adjuntó la encuesta del curso de psicología y fue repartido, sin firma y clandestinamente, por las guarniciones, sin que los servicios de información pudieran averiguar su procedencia[19].

La situación del Ejército era verdaderamente desastrosa porque el paso del tiempo había acrecentado sus males y llevaba varios años en un auténtico colapso. Las fuerzas especiales como la Legión, paracaidistas, helicópteros y ciertas fuerzas acorazadas contaban con cierta operatividad, que se diluía en el grueso del Ejército, cuyos regimientos de Infantería contaban con unos 800 hombres, lo cual sólo permitía organizar uno de sus tres batallones teóricos.

La realidad era diferente. Desde coronel a comandante, la plantilla del regimiento estaba completa, el número de capitanes bastaba para mandar el batallón; sin embargo faltaban más de la mitad de los mandos inferiores. La mayor parte de la tropa se dedicaba a funciones internas como oficinista, camarero, cocinero, pintor y similares. De los 800 hombres, apenas quedaba un centenar para la instrucción y, para tranquilizar las conciencias, a primera hora se reunía el mayor número posible de soldados para que hicieran una tabla de gimnasia o una hora de instrucción de desfile; después marchaba cada cual a su destino. Una vez al año se celebraba una semana de maniobras, para la que se «rebañaba» toda la tropa posible. Los pequeños ejercicios con fuego real evidenciaban enormes carencias: faltaban aparatos de transmisión,

los primeros escalones carecían de medios para transportar las granadas de mortero y de bazuca y muchos batallones, en lugar de cañones sin retroceso de 106 mm, contaban con anticuados modelos de la guerra de Corea[20]. El esfuerzo de esta semana de actividad consumía las energías del regimiento, porque el material era viejo y se regresaba al cuartel con graves problemas en los vehículos, las tiendas, las emisoras, las mochilas y las botas.

Esta enorme organización armada era incapaz de sostener una semana de maniobras, pero controlaba el país, con un gobernador militar en cada capital de provincia e innumerables guarniciones, destacamentos y dependencias repartidas por toda España. La Guardia Civil tenía carácter militar, la Policía Armada estaba mandada por oficiales del Ejército y los gobernadores civiles y jefes superiores de policía de las ciudades más conflictivas solían ser militares. Todo ello respaldado por una justicia militar con atribuciones para procesar no sólo a los militares, sino también a los civiles por hechos tan increíbles como desobedecer a una pareja de motoristas de tráfico de la Guardia Civil[21]; en ciertos casos, los civiles procesados por la justicia militar podían hasta ser detenidos o encarcelados en establecimientos militares.

La llegada a la presidencia del Gobierno permitió a Carrero impulsar su antiguo propósito de convertir a España en potencia nuclear. Cambió y aceleró la política de fabricación de la bomba y sustituyó al responsable del programa, el contralmirante Otero Navascués, por el general Jesús Oliveras Baque. El hecho no pasó desapercibido a la CIA, que seguía todos los pasos del proceso, conocía el almacenamiento de plutonio militar en España, que evadía los controles de la Agencia Internacional de la Energía. El secretario de Estado norteamericano, Henry Kissinger, viajó a Madrid y el 19 de noviembre de 1973 se entrevistó con Carrero, quien se negó a suscribir el Tratado de No Proliferación de Armas Nucleares. A la mañana siguiente, lo asesinó una bomba de ETA.

# CAPÍTULO XVIII

# En el otoño de Franco

## CARMEN POLO DESIGNA PRESIDENTE

Ante la muerte de Carrero, el vicepresidente Torcuato Fernández Miranda se hizo cargo de la situación, procurando controlarla y sin dar la noticia en la televisión hasta media tarde. Comenzaban a aflorar los nervios, en la capilla ardiente el marqués de Villaverde y el médico, Vicente Gil, increparon al ministro de Información y, a las seis de la tarde, el general Iniesta envió un telegrama a los mandos de la Guardia Civil con orden de ocupar los puntos importantes de toda España y, en caso de necesidad, no restringir el uso de las armas, es decir, tomar militarmente el territorio al margen de las decisiones del Gobierno y de los gobernadores civiles. Díez Alegría, como jefe del Alto Estado Mayor, ordenó que todas las unidades militares permanecieran alerta, pero en sus cuarteles, y comunicó a Arias la necesidad de anular la iniciativa de Iniesta. Arias conferenció con Pita da Veiga, ministro del Ejército en funciones por ausencia de Coloma-Gallegos, y ambos hicieron que Iniesta retirase la orden.

El 21 se celebró el entierro, al que Franco no asistió, y que presidió el príncipe vestido con el uniforme de la Marina. Los ultras pretendieron capitalizar el acto y Fuerza Nueva se tomó las atribuciones de un servicio de orden. Cuando llegaron el nuncio

vaticano y el cardenal Tarancón, gritaron: «Curas rojos no, obispos rojos no» y «Ejército al poder»; sin embargo, los militares y policías guardaron la mayor compostura. Cuando el cortejo se puso en marcha, Fuerza Nueva desplegó una gran pancarta para que, en televisión, pareciera que los 20 000 asistentes eran militantes suyos. Mientras tanto, coreaban repetidamente «Iniesta, Iniesta» y el general, que marchaba cerca de la presidencia, retrasaba el paso como deseando que lo alcanzaran. Cuando terminó el acto, Blas Piñar inició un discurso dirigido a los suyos, pero un helicóptero de la Policía se colocó en su vertical y, con el estruendo del motor, apagó el sonido de sus palabras.

La explosión que había matado a Carrero también acabó con su política y las presiones de la familia convencieron a Franco para encargar a Arias Navarro el próximo Gobierno. Lo hizo el día 29, tras superar los trámites puramente formales del Consejo del Reino.

## LAS CONTRADICCIONES DEL GOBIERNO ARIAS

El día de la muerte de Carrero, Sanmartín se encontró aislado, deambulando sin nadie con quien despachar. Se eclipsaba el poder que había logrado gracias al almirante porque no le caía bien al vicepresidente, Torcuato Fernández Miranda, ni a Díez Alegría, jefe del Alto, donde la formalista burocracia franquista hacía figurar el destino de los militares del SECED. Insensata situación que permitía conocer los nombres y graduación de los espías con sólo consultar un documento tan público como las escalillas militares.

El SECED vigilaba a los sectores que Sanmartín consideraba canteras de la oposición: los obreros, los eclesiásticos y los universitarios. Mantenía antenas en importantes empresas, como SEAT, apoyaba los movimientos neonazis y seguía atentamente el involucionismo religioso de monseñor Marcel Lefebvre, la organizaciones de curas ultras y hasta el esperpéntico Palmar de Troya sevillano. En la Universidad maniobraba torpemente a través de su Asociación Nacional Universitaria Española.

Arias marginó a López Rodó y el equipo del Opus y debilitó la

postura de Juan Carlos porque el presidente defendía los intereses de Carmen Polo, el marqués de Villaverde y el resto de la familia, que mantenía buenas relaciones con Girón y sus aliados, Fernández-Cuesta, Arrese y Rodríguez de Valcárcel.

Como no deseaba formar un Gobierno de franquistas puros, Arias pactó con Pío Cabanillas, combinándolo con Coloma-Gallegos, Pita da Veiga y Ruiz Jarabo. Entregó la secretaría general del Movimiento al duro Utrera Molina, pero cediendo el diario *Arriba* a los gironianos. Colocó a García Hernández en Gobernación, donde actuó de forma represiva y poco inteligente, y en Exteriores a Antonio Carro, muy cercano a la familia Franco. El gabinete resultó una mezcla de diversas familias del régimen, donde el ala dura resultaba el único grupo cohesionado.

Siendo ministro de Gobernación, había visto a sus subordinados de la dirección general de Seguridad lidiar secretamente con el SEDEC. Destituyó a Sanmartín el 17 de enero de 1974, nombrando en su lugar al comandante de Infantería Juan Valverde Díaz, a quien conocía del Ayuntamiento de Madrid, donde era gerente de Urbanismo. Como Valverde no sabía nada de inteligencia, llamó al comandante Andrés Cassinello que, tras una breve estancia en el SECED, lo había abandonado en 1972 por discrepancias con Sanmartín.

Cassinello aceptó y, como era un hombre trabajador, presentó a su nuevo jefe un informe de doce folios con sus opiniones sobre la situación política, entregándolo también a Gutiérrez Mellado, que era el segundo jefe del Alto Estado Mayor, del que dependía nominalmente el SECED. El documento expresaba la inutilidad de apuntalar la supervivencia del régimen y recomendaba un cambio político promovido por el mismo Gobierno. Valverde aceptó la sugerencia y la consideró base de las actuaciones futuras. Arias maniobraba entonces para organizar un posfranquismo de rostro humano, expresado en su célebre discurso del 12 de febrero de 1974, que fue muy mal recibido por los duros, a quienes se comenzaba a denominar «el búnker» porque se resistían a los cambios como si estuvieran parapetados en hormigón.

El SECED siguió parcialmente las directrices de Valverde y, sin abandonar sus antiguas prácticas, comenzó a observar cuanto sucedía alrededor, procurando no comprometerse

imprudentemente. Distinta actitud tuvo el SIBE, servicio de espionaje interno del Ejército, dirigido por el coronel José Sáenz de Tejada Fernández de Bobadilla, cuya red contaba con la Segunda Sección Bis de cada capitanía (RESIBE) y las correspondientes oficinas de los regimientos (OSIBE), escalonadas en antenas hasta el escalón compañía. Esta maraña de espías escudriñaba cualquier indicio de discrepancia o simple libertad que pudiera existir entre los mandos y la tropa, con un espíritu inquisitorial decidido a ignorar que el franquismo era un fósil político con los días contados.

El desconcierto que siguió al asesinato de Carrero alertó sobre el descontrol que podría provocar la próxima muerte de Franco, por lo cual el SECED y el Estado Mayor comenzaron a preparar planes de emergencia para cuando llegara el caso o se declarase una huelga general. Estos planes recibieron nombres alusivos, como Operación Lucero y Operación Diana, y preveían la ocupación militar en diversos grados. Su existencia se filtró a través de algunos soldados empleados como escribientes en oficinas del Estado Mayor y la noticia hizo temer a la oposición clandestina que sirvieran para organizar un golpe de Estado que entregara el poder a los ultras.

Nada trascendía de la situación en el Sáhara, que había sido declarado secreto oficial. La creciente actividad del Frente Polisario ocasionaba numerosos incidentes con las patrullas españolas. El 16 de enero, el Polisario intentó ocupar la guarnición de Janguet Quesat, produciéndose un tiroteo y diez días después la Policía Territorial chocó con una guerrilla, parte de la cual fue capturada.

Los continuos hostigamientos aconsejaron preparar fuerzas para dar un escarmiento y en marzo estaba lista la Operación Barrido con dos compañías de Policía Territorial, dos patrullas de Nómadas y tres helicópteros. La oportunidad llegó el 12 cuando el Polisario hostigó al puesto de Echería y se activó el dispositivo preparado, que estableció contacto el día 13 con helicópteros y aviones de refuerzo. La operación terminó el 14, con algunos muertos por ambas partes.

El Gobierno se debatía entre el deseo de mostrar una cara amable y el acoso de los ultras, que lo empujaban sin tregua hacia la dureza. Un enfrentamiento gubernamental con el obispo de Bilbao, Antonio Añoveros, estuvo a punto de provocar una

excomunión al ministro de Gobernación. Mientras tanto, las fuerzas de orden público presionaban para que fueran condenados a muerte dos procesados por la justicia militar: Salvador Puig Antich, estudiante de la clase media catalana y dirigente de una pequeña formación anarquista, acusado de matar a un policía, y Heinz Chez, delincuente común polaco procesado por matar a un guardia civil. Dos consejos de guerra dictaron sendas sentencias de muerte y el Gobierno, interesado en aplacar a los ultras y asegurarse la fidelidad policial, no concedió el indulto. Las dos ejecuciones tuvieron lugar simultáneamente el 2 de marzo y el capitán general ordenó que, durante una semana, varias compañías del Ejército se mantuvieran preparadas para salir a las calles barcelonesas con todo su armamento, incluidos los morteros y cañones sin retroceso. Las condenas desataron una tempestad política en Cataluña y eliminaron la poca credibilidad que le quedaba a Arias.

La inquietud se había extendido en el Ejército, hasta el extremo de que muchos militares veteranos creían aproximarse una nueva guerra civil. Tradicionalmente, los soldados forzosos eran destinados a su propia región militar, una vez cubiertos los destinos de África y otros puestos que no podían cubrirse con reclutas de la misma zona. Ante la posibilidad de que el Ejército interviniera en problemas de orden público, se implantó calladamente la llamada «nacionalización del servicio militar». Todos los reclutas fueron enviados lejos de su región de procedencia, para cortar sus vínculos con la población y poder emplearlos libremente si hacía falta. El servicio militar se endureció, aumentaron los gastos de las familias de los soldados y se incrementaron los accidentes de carretera de la tropa porque los muchachos aprovechaban todas las oportunidades para viajar a sus hogares, a menudo hacinados en viejos automóviles y a toda velocidad para aprovechar el tiempo. De paso, la «nacionalización» permitió que muchos jóvenes reclutas, fichados por la Policía como disidentes políticos, fueran enviados al Sáhara.

El temor hizo que se fortificaran los cuarteles, hasta entonces rodeados por una simple valla, con alguna garita en puntos relevantes cuya principal finalidad era impedir que los soldados no se escaparan durante la noche. En esta época, en todos los establecimientos militares se elevó la altura de los muros, se multiplicaron las garitas, se añadieron alambradas y se alumbraron

los perímetros, con la obsesión por evitar un posible ataque llegado del exterior. En un juego de mutuo desconocimiento, los militares temían las acciones de los antifranquistas y éstos temían mucho más lo que pudieran hacer los militares.

## PRESIÓN EN EL DESIERTO

Las Naciones Unidas propugnaban la autodeterminación del Sáhara y la política argelina apoyaba al Frente Polisario, mientras Marruecos deseaba la anexión, contando con el apoyo de Washington. Arias y su ministro de la presidencia Antonio Carro eran partidarios de llegar a un pacto con Marruecos, para evitar un Sáhara independiente mediatizado por Argelia, entonces aliada de la Unión Soviética. De momento, callaban sus intenciones mientras el neocolonialismo que habían propugnado Carrero y los tecnócratas contaba con numerosos partidarios en el Ejército, dedicado a perseguir al Polisario, considerado satélite de Argelia. El 22 de abril fue nombrado director general de Promoción del Sáhara el coronel Eduardo Blanco Rodríguez, antiguo director general de Seguridad en 1965. El 31 de mayo sería nombrado gobernador general Federico Gómez de Salazar.

En esta situación, el 25 de abril, un golpe militar dirigido por capitanes derribó la dictadura portuguesa, provocando una doble reacción en España. La oposición tomó ánimos porque antes había caído el régimen griego de los coroneles y el franquismo quedaba como última dictadura del Mediterráneo. Los franquistas se sintieron en peligro y los ultras redoblaron sus esfuerzos para abortar definitivamente la política del «12 de febrero». Girón publicó un violento artículo en *Arriba* contra cualquier apertura política y Blas Piñar manifestó: «El Ejército español es un Ejército político porque surgió de una contienda política y estamos en un estado de guerra civil universal». La Hermandad de Alféreces Provisionales, que desde la primavera de 1871 dirigía Luis Benítez de Lugo, marqués de la Florida, comenzó a publicar su revista *Servicio*, de contenido ultra, que fue financiada con anuncios de empresas públicas y se envió gratis a las salas de banderas de todos los cuarteles.

El Ejército contaba con más de 300 generales, unos 21 000 jefes y oficiales y sólo 13 819 suboficiales[1] para unos 210 000 hombres de tropa. Desequilibrio que intentó remediar una iniciativa del general Constantino Ortín Gil[2] desde la dirección general de Enseñanza Militar, creándose la Academia General Básica de Suboficiales, en las edificaciones levantadas años atrás por Pablo Martín Alonso en Talarn.

El Gobierno lidiaba trabajosamente con los ultras y en mayo llevó a cabo una combinación para hacerse con el control de la Guardia Civil, hasta entonces en manos del general Iniesta que, por edad, abandonó el cargo el 12 de ese mes. El búnker presentó como sustituto al ultra Ángel Campano López; sin embargo, el Gobierno designó a Vega Rodríguez, un duro que había sido guardia civil raso antes de ingresar en la academia y se manifestó a la prensa como un hombre abierto a los cambios.

En la batalla a dos frentes del Gobierno Arias, el ministro de Información Pío Cabanillas permitía que aumentara la libertad de prensa contra la que clamaban los halcones a través del gironiano Antonio Izquierdo, director de *Arriba*, y de Emilio Romero, director de *Pueblo*, que comenzaron a confeccionar y enviar a Franco dosieres sobre supuestos excesos periodísticos, en los que intercalaban fotografías eróticas de revistas extranjeras como si estuvieran publicadas en España. En el Gobierno, Utrera Molina servía de portavoz a Girón, que atacaba a Arias y su gabinete con tanta ferocidad que el ministro de Gobernación, García Hernández, se separó de Pío Cabanillas para alinearse con el búnker.

La revolución portuguesa llenaba los periódicos, inquietaba a los franquistas y animaba a la oposición. Los capitanes que la habían iniciado colocaron en la cúspide al general Spínola, un personaje que llevaba monóculo y que, durante un tiempo, pareció acompañarlos en sus propósitos. Algunos españoles, desconocedores de la realidad militar, comenzaron a buscar afanosamente qué general podía aquí asumir el papel de Spínola y derribar a Franco. Pero ni existía tal general, ni la situación española era comparable a la portuguesa; sin embargo, unos insensatos airearon en la prensa el nombre de Díez Alegría y hasta anunciaron que le habían enviado monóculos por correo porque Spínola usaba monóculo.

El general no hacía comentarios, pero todo el mundo lo

observaba con la mayor atención. En este clima se anunció que pronunciaría una conferencia en la Escuela de Ingenieros Industriales de Barcelona. Figuraba como organizador del acto la Asociación Nacional Universitaria Española, el títere del SECED, que administrativamente dependía del Alto, extremos que desconocía la mayor parte del público que llenó el gran salón de actos. Los asistentes no podían ser más heterogéneos: intelectuales; profesores y alumnos universitarios; bastantes militares, de todas las tendencias, que habían recibido invitaciones individuales; y numerosos agentes de inteligencia. Como la pronunciaba un alto mando militar en una dictadura, la conferencia se limitó a analizar las características de la defensa nacional moderna, sin las referencias políticas que esperaban oír los ingenuos. Durante el diálogo posterior, Díez-Alegría eludió las respuestas comprometidas hasta que un profesor universitario le puso entre la espada y la pared al preguntarle si justificaba el 18 de julio. El general se vio obligado a responder que sí, desanimando a buena parte del auditorio, acostumbrado a otro tipo de discursos. Algunos miembros del SECED manifestaron privadamente que la conferencia pretendía potenciar políticamente al general. Parecía una excusa para justificar un acto de oscuras intenciones, planeada con torpeza y que desencantó a los asistentes. Más que potenciar, quemó a Díez-Alegría.

Seguía éste empeñado en su proyecto de Ley de Defensa Nacional, que sufrió un nuevo frenazo al morir Carrero. Arias había conservado a los ministros de Ejército y Marina, pero nombró uno nuevo para el Aire, el general Mariano Cuadra Medida, que no aceptó lo aprobado por su antecesor y originó una nueva discusión, hasta que se elaboró otro proyecto que fue publicado en el Boletín Oficial de las Cortes. Se trataba de una solución de compromiso, que no consideraba a la Defensa cuestión exclusiva de los militares, sino una obligación nacional, establecía fórmulas muy cautas para la objeción de conciencia y resolvía la vidriosa cuestión del mando, estableciendo que el presidente del Gobierno era la máxima autoridad de la Defensa Nacional, asistido por una secretaría general y una junta de jefes de Estado Mayor, presidida por el jefe del Alto Estado Mayor, que dirigiría las operaciones. En cualquier Parlamento europeo habría sido considerado un documento

conservador, pero en las Cortes franquistas levantó una tempestad.

Los procuradores más duros y, sobre todo, los militares montaron en cólera y presentaron 52 escritos que incluían 250 enmiendas, muchas de ellas análogas y hasta idénticas. El 10 de junio fue atacado en las páginas de *El Alcázar* por el general Cano Portal con el seudónimo de *Jerjes*, argumentando que el Alto se convertía en un verdadero Ministerio de Defensa.

Díez Alegría se encontraba de viaje en Túnez y a su regreso fue recibido por una prensa ávida de información. Al día siguiente, 20 de junio de 1974, fue cesado de su cargo con el pretexto de un viaje a Rumania donde había cenado con Ceaucescu. Franco había cedido ante el búnker sin ninguna razón de peso. Como nuevo jefe del Alto fue nombrado el equidistante general Fernández Vallespín. El proyecto de ley durmió en las Cortes durante meses hasta que se formó una ponencia de cinco miembros, que buscaron fórmulas de compromiso hasta llegar a un acuerdo al cabo de otros tres meses. Ya en 1975, cuando el texto había sido profundamente desvirtuado y no parecían existir nuevos escollos, el proyecto de Ley Orgánica de la Defensa Nacional fue retirado de las Cortes y devuelto al Gobierno «para su estudio». Había ganado el inmovilismo.

Las contradicciones de la política gubernamental se evidenciaban en el Sáhara, donde fue nombrado nuevo secretario general el coronel de Ingenieros Luis Rodríguez de Viguri, encargado secretamente de preparar el cumplimiento del mandato de la ONU de conceder la independencia después de celebrar un referéndum, para el cual se elaboró un censo que arrojó una cifra total de 74 600 saharauis. Años más tarde, el coronel declaró que el Gobierno le engañó pactando a sus espaldas con Marruecos[3].

En julio se publicó un estatuto que concedía cierta autonomía al Sáhara, dotándole de presupuesto provincial propio y competencias secundarias a cargo de la Yemáa. El 9 de julio Franco fue ingresado en la clínica, aquejado de un ataque de flebitis, y el príncipe se resistió a hacerse cargo inicialmente de la jefatura provisional del Estado, hasta que finalmente la aceptó de acuerdo con el artículo 11 de la Ley Orgánica del Estado. El mismo día 10
Hassán II
incrementó sus presiones en el Sáhara, como reacción al proyecto entregado a la Yemáa.

El primer consejo de ministros presidido por Juan Carlos decretó levantar el secreto de todas las materias reservadas, excepto en Sáhara cuyo referéndum se anunció oficialmente para principios del año siguiente. En el mundo inhóspito del desierto las patrullas españolas y polisarias patrullaban la nada y, en ocasiones, entablaban un tiroteo. Marruecos jugaba sus bazas con osadía. Su brigada destacada en Siria, a las órdenes del coronel Dlimi, había sido repatriada después de la guerra del Yom Kippur de octubre de 1973. Entre agosto y septiembre de 1974 el rey ordenó que se instalara cerca de la frontera española del Sáhara, como medida de presión. Era una acción más diplomática que militar porque la brigada, aun siendo la elite del Ejército Real, no parecía derrochar capacidad. Sin embargo,
Hassán II
aprovechó su baza para afirmar que muy pronto tomaría el té en El Aaiún.

Aunque Argelia destacó entonces 8000 hombres a la zona de Tinduf, la superioridad española resultaba evidente con sus 20 000 hombres desplegados en el territorio, de los que 4000 eran legionarios, 2000 nativos y 12 000 soldados de quinta. El 21 de agosto, varias unidades del 4.º Tercio de la Legión se desplazaron desde Villa Cisneros, siguiéndoles luego el resto del tercio, que acabó en Edchera con destacamentos en la zona Norte. Al mismo tiempo se enviaron también paracaidistas y 10 aviones
F-5
a Canarias.

## DEMÓCRATAS A TUMBA ABIERTA

El precario estado de salud de Franco daba poder a su familia. Cuando salió del hospital, su médico, Vicente Gil, le recomendó que dejara definitivamente los asuntos públicos en manos del príncipe y se limitara a mantener un discreto control desde segunda fila. La familia se irritó al saberlo y Villaverde comunicó su cese a Vicente Gil, porque había decidido gestionar personalmente la enfermedad de su suegro[4].

En agosto se celebró un consejo de ministros presidido por Juan

Carlos en el Pazo de Meirás. Nieto Antúnez había avisado a Arias de que Franco se preparaba para reasumir el poder y el hecho fue comentado en el consejo, que convino su falta de condiciones para gobernar. Terminada la reunión, Juan Carlos y los ministros iniciaron su veraneo; sin embargo, García Hernández informó del acuerdo a la familia. El marqués de Villaverde convenció a su suegro de que estaba curado y podía asumir el poder y luego avisó telefónicamente a Arias, que quiso comprobar la noticia llamando directamente a Franco, quien le respondió que, en efecto, estaba restablecido y tomaba nuevamente el mando. Nadie se sintió en el deber de comunicárselo al príncipe, aunque sólo fuera por educación.

El regreso de Franco engañó a los ultras, que pasaron al ataque. Girón pidió públicamente el cese de «los masones», Fuerza Nueva arremetió furiosamente contra el Gobierno, y en los cuarteles parecieron soplar los vientos de Fronda, sólo aplacados porque la mitad de los militares se había ausentado con permiso veraniego. Desde tiempo atrás, algunos exaltados preconizaban un golpe militar que hiciera «desaparecer a los rojos», tal como sucedía en Argentina y Chile.

Inquietos por la situación y temerosos de que sus compañeros dieran el temido golpe, el 30 de agosto se reunieron en Barcelona diez oficiales de la guarnición con otros dos llegados ex profeso desde Madrid[5]. En dos días de encierro fundaron la Unión Militar Democrática (UMD) y redactaron los primeros documentos, entre ellos un plan de formación, con una bibliografía anexa, destinados a los militares. Evidencia de que no pensaban sublevarse, sino concienciar a sus compañeros, pues un levantamiento no se prepara recomendando a los militares la lectura de una veintena de libros de sociología, economía e historia. La siguiente labor de proselitismo dio inmediatos resultados, figurando entre los primeros afiliados el capitán de Ingenieros Bernardo Vidal, que había sido expulsado de la Escuela de Estado Mayor acusado de tener parientes en la oposición democrática. Acontecimientos imprevistos lo convertirían en el primer detenido de la UMD[6].

El 3 de septiembre ETA puso una bomba en la cafetería Rolando, junto a la Dirección General de Seguridad, con la intención de alcanzar a algunos de los policías que acudían habitualmente a

tomar allí café. Los policías resultaron ilesos, pero el atentado provocó una masacre. Los nervios crisparon la capital y, en una primera reacción, la Policía detuvo a Eliseo Bayo, Lidia Falcón, Mari Paz Ballesteros y Vicente Sainz Peña, antiguo cadete de la XIII promoción, expulsado en 1954 de la General por descolgar un retrato de Franco y no querer disculparse. En la agenda del esposo de Mari Paz Ballesteros, la Policía encontró el teléfono del capitán Bernardo Vidal. Cuando la Policía se presentó en su domicilio, éste la recibió de uniforme, a pesar de lo cual fue detenido con malas formas, conducido a una instalación militar, luego a la cárcel de Carabanchel y, días después, al Regimiento de Saboya. Sin ningún tipo de noticias, su mujer lo buscó desesperadamente durante cinco días, acompañada por los capitanes José Altozano y Rafael Adrover. Cuando localizaron el cuartel donde Vidal estaba sin auto de procesamiento, el capitán Altozano levantó acta del hecho y el coronel instructor se vio obligado a liberar al detenido. Como represalia, Altozano sufrió 14 días de arresto y Vidal fue enviado al Sáhara donde permaneció hasta la descolonización, aprovechando el tiempo para extender la UMD entre la guarnición[7].

Mientras tanto, sus compañeros de la UMD captaron a otros militares demócratas, visitaron al general Sintes Obrador, que aceptó sus ideas aunque sin entrar en la organización, y concertaran entrevistas con los líderes de la oposición, que se sorprendían al descubrir una organización militar antifranquista, luego se alegraban y, en algún caso, asistían atemorizados a una reunión secreta con militares conspiradores. En estos contactos, la UMD mantuvo siempre la iniciativa porque sus miembros deseaban la independencia y se comprometían a no afiliarse a ningún partido. Sabían que, cuando se descubriera su organización, los franquistas tratarían de desacreditarla acusándola de ser un instrumento de los comunistas, de modo que actuaron prudentemente y en secreto, mientras los militares franquistas hacían abiertamente política, hasta el extremo de que el general Cano Portal, desde las páginas de *El Alcázar*, se unía a los ataques contra el Gobierno de Blas Piñar y del obispo Guerra Campos.

Las tensiones eran muchas y el terrorismo de ETA encrespaba la situación hasta el extremo de que, aquel otoño, el Gobierno decidió «impermeabilizar» la frontera francesa, desplegando tropas del

Ejército en los Pirineos mientras la Marina de guerra patrullaba las aguas por donde los terroristas podían eludir la frontera en botes pequeños. La operación no dio resultado y, al cabo de dos meses, las unidades regresaron a sus cuarteles.

Aunque se levantó el secreto sobre el Sáhara, no llegaban noticias sobre las pequeñas escaramuzas y tiroteos. El Gobierno no facilitaba información y ocultó a la opinión pública que los sabotajes sufridos por la cinta transportadora de fosfatos de Fosbucráa era obra del Polisario.

Pío Cabanillas facilitaba cierta libertad de prensa mientras los ultras le tiraban a degüello. Hasta que, el 29 de octubre, Franco decidió cesarlo. Arias no lo defendió y únicamente Barrera de Irimo dimitió por solidaridad. La cartera de Información y Turismo pasó al teniente coronel jurídico León Herrera, que emprendió una campaña de represión informativa.

En el Sáhara se había establecido una nueva unidad blindada y las unidades soportaban con buen espíritu el hostigamiento del Polisario y de las Fuerzas Reales marroquíes, más o menos camufladas. No se sentían dispuestos a soportar la pequeña guerra para terminar cediendo el territorio a Marruecos y deseaban proteger la celebración del referéndum propiciado por la ONU. Sin embargo, desconfiaban de una independencia liderada por el Polisario y preferían una independencia con presencia de una guarnición española. Con esta postura coincidían los intereses pesqueros, el INI y la Unión Española de Explosivos, mientras Pedro Cortina, el ministro de Exteriores, afirmaba en los foros internacionales que España descolonizaría el territorio en cumplimiento de las resoluciones de las Naciones Unidas.

En cambio, los capitales privados norteamericanos, vinculados al mercado de los fosfatos y al petróleo, preferían un Sáhara marroquí, deseo que coincidía con el del Pentágono porque Marruecos era su fiel aliado frente a la Argelia prosoviética y garantizaba la permanencia de las bases militares, rechazadas en el Portugal revolucionario y en peligro en una España de incierto futuro.

En esta línea se movía José Solís, coronel interventor del Ejército del Aire, administrador de los bienes de la casa real marroquí en España y enlace privilegiado con la familia Franco, que visitó Marraquech el 21 de octubre. También Arias y Antonio Carro

preferían secretamente el pacto con Marruecos y un sector de franquistas duros comenzó a considerar que era preferible entregar el Sáhara a la conservadora monarquía marroquí que al Polisario, aliado del independentismo canario del MPAIAC y de la izquierdista Argelia.

El Polisario sostenía continuas escaramuzas con las patrullas españolas y pareció apropiado organizar un movimiento alternativo y proespañol, capaz de gestionar la futura independencia. El coronel Rodríguez de Viguri propició la fundación del Partido de Unidad Saharaui (PUNS), impulsando como secretario general a Jalihema Rachid, un antiguo colaborador del coronel Eduardo Blanco, director general de Promoción del Sáhara.

En la Península se intensificaban las maniobras del búnker, cuyos hombres fuertes eran José Antonio Girón, Antonio Mª de Oriol y Raimundo Fernández-Cuesta[8]. El 16 de noviembre las Hermandades de la Cruzada se constituyeron en Confederación de Excombatientes, en un acto inaugurado por un discurso del general en la reserva García Rebull, quien aseguró que el honor les echó al monte en 1936 y no estaba dispuesto a que ello se desvaneciera. Al cabo de tanto tiempo, el general parecía haber olvidado que, en 1936, no se echó a ningún monte y permaneció como teniente de su regimiento en zona republicana hasta que encontró la ocasión para desertar. Girón, que resultó elegido presidente, aludió también a la guerra civil y pidió cerrar el paso a quienes pretendían arrebatarles la victoria. La intención golpista se hizo patente en el manifiesto oficial: «Aspiramos a que el Ejército sea la salvaguardia de las libertades y del futuro».

El Gobierno maniobraba pesadamente entre su voluntad de perpetuar un franquismo retocado, los intereses de la familia Franco, las presiones de los ultras y la difícil situación del Sáhara, donde el secretario general Rodríguez de Viguri, que defendía la salida neocolonialista, fue sustituido por el civil Enrique Ruiz y Gómez de Bonilla. La destitución hizo entender a la guarnición que las cosas no serían tan lineales como ellos esperaban. El gobernador general, Gómez de Salazar, defendía la misma línea y nombró a Rodríguez de Viguri asesor de la Yemáa.

Mientras tanto continuaban los enfrentamientos. Uno de los más duros tuvo lugar el

18-19
de diciembre de 1974, en Tifariti, cuando una posición del Polisario fue atacada por legionarios y policías territoriales y una sección de operaciones especiales de la Legión fue helitransportada con apoyo aéreo de dos aviones Saeta y dos
T-6
. Los españoles tuvieron 6 muertos y 11 heridos, y los polisarios 7 muertos y 3 prisioneros heridos que fueron conducidos a Smara. El Gobierno general del Sáhara denegó la autorización para trasladarlos a El Aaiún y ordenó entregarlos a una patrulla de legionarios que los fusiló y enterró en secreto, lo cual provocó malestar entre la oficialidad[9].

El año concluyó violentamente cuando el 20 de diciembre se celebró un funeral por Carrero con asistencia de miembros del Gobierno que fueron insultados a la salida con gritos de «traidores», «débiles» y «Arias, mantequilla», juego de palabras con una célebre mantequilla que no era propiedad del presidente.

# CAPÍTULO XIX

# Final con testamento

## INQUIETUD A BORBOTONES

El 20 de febrero los antiguos alumnos de la General acostumbraban a reunirse en una cena, cuyo discurso pronunciaba uno de ellos, designado previamente por la autoridad militar. Aquel año, la Capitanía General de Barcelona decidió preparar el acto con una reunión previa que se celebraría el día 15. Miembros de la UMD prepararon secretamente un borrador de discurso con el fin de darle un contenido menos reaccionario del acostumbrado e impusieron sus criterios en la reunión convocada en el palacio de Capitanía General. Ya terminaba el acto cuando el capitán de Ingenieros José Julve expuso que el capitán de su misma arma Jesús Molina Javierra, destinado en la Unidad de Ferrocarriles, había sido arrestado por negarse a dar los nombres de los sindicalistas del Metro, que conocía por razón de su destino. El comandante Busquets apoyó sus argumentos y la reunión terminó desembocando en una situación bastante crispada. Molina fue destinado forzoso al Sáhara y el capitán general Salvador Bañuls impuso a Busquets 6 meses de arresto en Ceuta, y a Julve 2 meses en El Ferrol, suprimiéndole una beca que tenía para estudiar Ciencias Físicas. Los hechos aparecieron en la prensa extranjera y el ministro de Información, León Herrera, trató de quitarles importancia

calificándolos de falta cuartelera. Como reacción, la UMD entró en efervescencia, multiplicando las captaciones, que lograron buenos resultados aunque muchos militares, que se mostraron de acuerdo con sus ideas, no se decidieron a comprometerse en una aventura tan arriesgada. Los hechos de Barcelona, la indiscreción de algunos políticos contactados y la extensión de la UMD produjeron sospechas y filtraciones en los servicios de espionaje que, hasta entonces, no habían detectado nada. Dada la alarma, el SIBE, el SECED y la Policía se pusieron a espiar a los militares con fama de liberales.

Las vinculaciones del movimiento ultra resultaban tan evidentes que nadie se preocupaba de ocultarlos. En Zaragona, el 6 de marzo, se celebró un congreso de la Hermandad Sacerdotal Española donde su dirigente, el padre Oltra, propuso juzgar en consejo de guerra a los universitarios opuestos al régimen que estuvieran en edad militar. El 8, en la Academia General se celebró la I Asamblea de la Confederación Nacional de Excombatientes y Girón pronunció un exaltado discurso a los cadetes en presencia de los tenientes generales Iniesta, García Rebull y Ramírez de Cartagena.

Arias procuraba defenderse en su estrecho margen de maniobra y aprovechó la dimisión de su ministro Licinio de la Fuente para cesar también a los ultras Utrera Molina y Ruiz Jarabo. Los problemas políticos se acumulaban con la mala situación del Sáhara, donde el Frente Polisario se extendía entre la población y recibía ayudas económicas de Argelia y de los saharauis residentes en la península. Las acciones antiespañolas cobraban intensidad y se complicaban; el 11 fue secuestrado el transportista canario Antonio Martín; el 22, jóvenes promarroquíes arrojaron granadas por encima del muro de la Policía Territorial de El Aaiún; y el 23 el Polisario abrió hostilidades en Ain Ben Tili, Mahbes y Güera. Las tropas españolas no tenían un enemigo sino dos, se supo que se reclutaban nuevamente veteranos de la guerra de 1957-58 y que el 7.º Batallón Meharista de Tantán preparaba guerrilleros para intervenir en territorio español.

El Gobierno endureció su postura cuando ETA asesinó a un policía y decretó el estado de excepción por tres meses en Vizcaya y Guipúzcoa. Mientras se encrespaba la pugna entre los terroristas y

las fuerzas de seguridad, la extrema derecha del País Vasco se lanzó al sabotaje de *ikastolas*, bares y librerías; en Madrid se comprobó el auge de los Guerrilleros de Cristo Rey de Sánchez Covisa y, en Valencia, el neonazi Movimiento Social Español atentó con plástico contra el teatro Principal. Los titulares de prensa se llenaron con declaraciones del comandante Monzón, antiguo miembro de SECED; del general González del Hierro, director general de Prisiones en los años sesenta; de Coloma-Gallegos, ministro del Ejército; de Mateo Prada Canillas, capitán general de Burgos; de Fernando de Santiago, director del CESEDEN; de Iniesta, en situación B; de Bañuls Navarro, capitán general de Barcelona; y del almirante Antonio González Aller, capitán general marítimo de El Ferrol. En una situación que parecía estallar, el presidente del Sindicato de Actividades Diversas, José García Carrés, años más tarde el único civil condenado por el 23-F, ofreció un homenaje a la Academia de Infantería en Toledo, al que asistió el ministro Coloma-Gallegos.

La irritación franquista se exasperaba por momentos y ante cuestiones mínimas. Cuando el periodista Josep Mª Huertas Clavería publicó en un diario barcelonés que, durante la posguerra, algunas viudas de militares habían abierto *meublés* en la ciudad, el general Bañuls ordenó procesarlo y detenerlo. El concejal Jacinto Soler Padró dirigió entonces una carta personal al general intercediendo a favor del periodista; en respuesta, Bañuls le impuso 14 días de arresto en la prisión modelo, adonde Soler Padró acudió en el coche oficial del Ayuntamiento. Juzgado Huertas Clavería por un consejo de guerra, fue sentenciado a dos años de prisión.

Durante aquella Semana Santa, la UMD celebró su tercera Asamblea, donde acordó mantener la admiración por el proceso portugués; sin embargo, como la situación política española era diferente, la iniciativa para establecer la democracia correspondía a las fuerzas civiles de la oposición, limitándose la UMD a evitar el golpe militar que parecían preparar los ultras, para cuya vigilancia se nombró un Comité Táctico.

Marruecos aprovechó la enfermedad de Franco para intensificar sus presiones en el Sáhara. Los españoles estaban sufriendo las hostilidades de las guerrillas del Polisario, apoyado por Argel, y el

FLU, cuya paternidad reconoció Radio Rabat. Los días 10 y 11 de mayo, los soldados indígenas de dos patrullas españolas, captados por el Polisario, se sublevaron contra sus compañeros españoles matando a un soldado y tomando prisioneros a cuatro tenientes, un sargento, nueve soldados y dos soldados indígenas que no quisieron colaborar con ellos. Se internaron en Argelia con sus prisioneros y el Gobierno español se vio obligado a negociar y envió a Argel al diplomático Emilio Cassinello. El resultado fue una flexibilización de la postura española con el Polisario y la devolución, a través de la Cruz Roja, de dos soldados españoles heridos. Los restantes prisioneros fueron maltratados, aunque lograron salvar la vida, los casi cuatro meses que duraron las negociaciones[1].

Cuando se anunció la llegada de una delegación de la ONU para conocer directamente la situación, Marruecos intensificó sus operaciones, enviando guerrilleros del FLU hacia El Aaiún. Durante varios días se produjeron incidentes y tiroteos, destacando un ataque contra dos helicópteros españoles con misiles
SAM-7
, que no dieron en el blanco, y la captura de 3 hombres con 9 granadas americanas
MK2-A1
que se dirigían a atacar la emisora de El Aaiún.

El 12 de mayo, cuando llegó la misión de la ONU, el Polisario hizo patente el sentimiento independentista de la población y el rechazo a las dominaciones, tanto marroquí como española. Ante la sorpresa de las autoridades, se organizó una gran manifestación en El Aaiún, con banderas polisarias, gritos de «Fuera España», exigencia inmediata del referéndum y marcha de los españoles. La manifestación se repitió en Daora, mientras el oficialista PUNS no aparecía en escena. El 19, la misión emprendió viaje a Villa Cisneros.

El Frente Polisario había tomado la iniciativa y Jalihema Rachid, secretario general del PUNS, huyó a Marruecos con las 200 000 pesetas de la caja del partido, anunciándolo después por los micrófonos de Radio Rabat. La Administración española quedó aislada, enfrentada ante la alternativa de negociar o con el Frente Polisario o con Marruecos. El primero contaba con la simpatía de los militares, conocedores de los sentimientos de la población, de

manera que Rodríguez de Viguri y Eduardo Blanco establecieron relaciones con los polisarios conocidos para preparar la autodeterminación. Sin embargo, el Gobierno Arias y el Alto Estado Mayor no estaban dispuestos a conceder el Sáhara a una formación que consideran izquierdista y apoyada por Argelia y Libia; preferían entregarla a las conservadoras Marruecos y Mauritania, mientras los soldados saharauis entendían que no duraría la presencia española y se aproximaban al Polisario, de modo que, cuando desertaron 16 hombres del puesto de Guelta Zemmur, se inició el licenciamiento de soldados indígenas.

Marruecos no estaba dispuesto a perder la jugada e intensificó sus acciones. Varios comandos marroquíes fueron detenidos por la Policía Territorial y se descubrió una bomba colocada en la puerta del casino de El Aaiún. Días mas tarde, el alférez Driss uld Muhamud, jefe del puesto de la Policía Territorial de Guelta, colaboró con una partida del FLU, que tomó la posición y se llevó las armas y vehículos a Marruecos.

La muerte en accidente del ministro Herrero Tejedor contribuiría a enrarecer la situación en el Sáhara porque Arias nombró para sustituirlo a José Solís, el representante de los intereses de la familia real marroquí en España. Sin embargo, Arias y Carro mantuvieron secretas sus intenciones de entregar el territorio a Marruecos.

Las intenciones marroquíes ya eran meridianas, hasta el extremo de que una compañía del 7.º Batallón Meharista se internó 30 kilómetros en territorio español, con la intención de ocupar el puesto de Mahbes, que creía abandonado. Al descubrir su error, en lugar de retirarse, los marroquíes sitiaron la posición, dando lugar a una reacción española que los hizo prisioneros con su armamento, material y vehículos[2]. Poco después dos avionetas españolas fueron tiroteadas desde Marruecos y se produjeron dos atentados con bombas en El Aaiún, cuya autoría negó el Polisario.

A esta inquietantes noticias se sumaba una crecida del terrorismo en la península, donde el FRAP, hasta entonces casi inactivo, asesinó en julio y agosto a varios policías, y ETA, una vez terminado el estado de excepción, mató a varios civiles acusados de confidentes.

## Los ultras marcan un gol

El SECED tenía experiencia política, sabía que la UMD no pertenecía a ningún partido y su jefe era un hombre de Arias que no deseaba más maniobras extrañas, de modo que se limitó a acumular información, atento a los acontecimientos, porque en aquel momento se libraba una dura batalla a favor y en contra del «espíritu del 12 de febrero», contra el que estaban los sectores más duros del régimen.

Mientras el SECED observaba, el SIBE, o servicio de espionaje interno del Ejército, era claramente beligerante. Desde siempre agrupaba a militares ultras, y su jefe, el coronel José Mª Sáenz de Tejada, había permanecido muchos años en semejante servicio. Cuando oyó rumores sobre la UMD montó una vigilancia con guardias civiles e hizo redactar un informe, que llegó a manos de diversos generales. Estallaron en cólera al comprobar que un grupo de oficiales no aceptaban los planteamientos franquistas y deseaban que los españoles pudieran ser dueños de sus propios destinos. La homogeneidad del Ejército garantizaba la continuidad del franquismo y la aparición de la UMD amenazaba la pervivencia del régimen y limitaba la importancia política del poder militar.

Estos generales debían el poder a una sublevación militar y pensaron que si otros militares se agrupaban en secreto, sería para sublevarse. A su alrededor, otros militares no cesaban en sus comentarios ultras, las alabanzas a la dictadura argentina, la exaltación a Pinochet, la incitaciones al terrorismo blanco y hasta las peticiones de una «noche de cuchillos largos», pero sólo les inquietaban los militares demócratas. Resultaba evidente que cortar aquel brote de indisciplina serviría también para comprometer a Arias.

Un grupo de generales, acompañados por jurídicos militares, celebró una conferencia para tratar de la UMD, donde el teniente general Ángel Campano, una de las figuras más activas del búnker, expuso un plan para resolver el problema: cuando la UMD celebrara una de sus reuniones asaltaría el local un comando de guardias civiles vestidos de paisano, asesinaría a los asistentes y dejaría pruebas de las conexiones con ETA, el FRAP y el MFA de los militares portugueses[3]. El proyecto no fue aceptado y los jurídicos

asistentes apuntaron la posibilidad de iniciar un proceso, sirviéndose de las pruebas aportadas por Sáenz de Tejada.

Acabada la reunión, éste se salió de las normas de disciplina y la cadena de mando militar. EL SIBE dependía del Estado Mayor Central, cuyo jefe era el teniente general Emilio Villaescusa Quilis, dependiente del ministro del Ejército, Coloma-Gallegos, un franquista duro y exhibicionista pero que no formaba parte de los generales azules. El cauce normal del procedimiento partía desde Sáenz de Tejada, Villaescusa y Coloma-Gallegos, hasta llegar finalmente a Arias, que tomaría una decisión. Sin embargo, Sáenz de Tejada[4] se dirigió directamente al general Milans del Bosch, jefe de la división acorazada Brunete y ajeno a su servicio. Milans accedió a formular un «parte por escrito» al capitán general de Madrid, nada menos que Campano, quien puso en marcha las detenciones de unos cuantos militares sospechosos, precisamente cuando Arias se encontraba en Helsinki asistiendo a la Conferencia Europea de Seguridad y Cooperación. Las detenciones se iniciaron el 29 de julio de 1975[5] y no fueron comunicadas a la prensa por el Gobierno, sino por la capitanía general de Madrid. Arias y el Gobierno se encontraron ante el hecho consumado y no tuvieron más remedio que apoyarlo.

El ideario de la UMD era conservador, pero desde la perspectiva de los militares franquistas, cualquiera que no se moviera en sus parámetros resultaba un rojo peligroso. Los detenidos eran oficiales jóvenes, muy cualificados, con títulos civiles y especialidades militares, procedentes de familias del régimen[6]; sin embargo, los servicios de información del Ejército trataron de desacreditarlos y de equiparar a la UMD con el MFA portugués. Los detenidos quedaron incomunicados y fueron sometidos a coacciones, traslados y largos interrogatorios. La energía que faltaba en el Sáhara se derrochó contra ellos.

Después de las detenciones, el almirante González Aller hizo, con toda tranquilidad, una segunda declaración intervencionista y política. Nadie parecía ya creer en el «espíritu del 12 de febrero» y los oficiales procesados habían sido trasladados a diversos acuartelamientos donde recibieron un trato desigual, desde despótico hasta cortés y caballeresco. Entre los defensores militares que designaron se encontraban nombres que adquirirían relevancia

desde diferentes perspectivas[7].

## TENSIONES E INCÓGNITAS

Mientras los comandos marroquíes del FLU proseguían sus acciones armadas, el Polisario se orientó hacia una línea más política, convocando una manifestación que reunió a 4000 personas en El Aaiún y que transcurrió sin incidente alguno y, dos días después, otra en Villa Cisneros. La diferencia de actitudes se ganó las simpatías de la guarnición, lo cual dificultaba los propósitos del grupo Arias-Carro-Solís favorable a Marruecos, mientras secretamente, y con el beneplácito del Departamento de Estado norteamericano, se preparaba la Marcha verde.

Los acontecimientos de septiembre inclinaron definitivamente la opinión de los militares. Una patrulla legionaria sorprendió a un destacamento marroquí infiltrado en un camión, capturando a un sargento, dos cabos primeros y trece soldados. Poco después, el ministro Cortina recibió en Argel a los 13 españoles que estaban prisioneros y los españoles liberaron a 15 polisarios en El Aaiún y 8 en Smara, que estaban detenidos por actividades políticas. El Polisario emitió un comunicado en París afirmando la positiva actitud de España y declarándose dispuesto a colaborar, aunque sus hombres secuestraron a un soldado médico para hacerse con su equipo.

La situación se encrespaba en la península, donde el 27 de agosto se publicó un Decreto-Ley sobre prevención del terrorismo. Muchos españoles contemplaban con preocupación la espiral del terrorismo y el golpismo, que se alimentaban recíprocamente. Así, el 28 de agosto, se inició en Burgos el consejo de guerra contra los etarras Garmendía y Otaegui, que concluyó con dos condenas de muerte y, días más tarde, el general Campano pronunció un tronante discurso.

La aplicación del Decreto-Ley antiterrorista tuvo efectos fulminantes; entre el 15 y el 21 fueron detenidas 75 personas en toda España, ETA recibió duros golpes en Madrid y Barcelona, el FRAP quedó desmantelado y quebrantados el FAC y el Comando Obrero de Acción Revolucionaria. También las organizaciones

revolucionarias no terroristas ORT, PTE, PRE y MCE recibieron una fuerte presión. En Barcelona se celebró un consejo de guerra contra la OLLA (Organització de Lluita Armada), formada a raíz del Comité de Solidaritat Puig Antich, y otro contra el etarra Paredes Manot; por primera vez desde que terminó la guerra civil, la capitanía general no confió en la lista de los capitanes presentes para nombrar los consejos de guerra. Los militares con fama de demócratas fueron excluidos, el presidente y ponente recibieron instrucciones estrictas y los servicios de espionaje grabaron las deliberaciones secretas. También en Madrid se celebraron dos consejos de guerra contra tres y cinco militantes del FRAP. Contando con las del mes anterior, once penas de muerte quedaron a la espera del consejo de ministros del 26 de septiembre.

Contra las sentencias se desencadenó un enorme movimiento internacional de protesta que, según el general Fernando de Santiago, director del CESEDEN, estaba orientado a destruir los valores de Occidente. El consejo de ministros indultó a seis condenados y dio el enterado a los otros cinco, que fueron fusilados el 27[8]. El cerco internacional alcanzó intensidad mayor que la de 1946, quince embajadores europeos abandonaron Madrid, las manifestaciones de protesta se extendieron por toda Europa, y la embajada española en Lisboa, la oficina turística española en París y varias otras oficinas en el extranjero fueron asaltadas.

La crispación era enorme en los cuarteles. Los altos mandos, que desconocían la magnitud y la extensión de la UMD, recelaban de todo el mundo y procuraban rodearse de los militares más franquistas. Algunos suboficiales y tenientes de la Escala Auxiliar recibieron una gratificación de los servicios de información para vigilar a sus capitanes, trasladándose igual cometido a los inspectores de policía que cumplían servicio militar como soldados.

Ante el aislamiento internacional, los franquistas recurrieron a su propia historia, convocando una manifestación en la plaza de Oriente. El 1 de octubre, un Franco decrépito compareció en el balcón, junto a una Carmen Polo sonriente, mientras Juan Carlos y Sofía mostraban un aspecto serio y preocupado. Al acabar la manifestación, unos desconocidos asesinaron a tres policías y, días después, a otro. Acababa de nacer el GRAPO, un extraño grupo terrorista que contribuiría a amargar la vida española. A menudo se

le consideró infiltrado por la Policía o los servicios secretos, sin que fuera posible probarlo o desmentirlo, aunque se conocieron las buenas relaciones de algunos de sus hombres con agentes del SECED. Años más tarde, uno de los dirigentes, redimido por la cárcel y oficialmente arrepentido, publicó un libro de historia revisionista, falsificación que alcanzó un gran éxito entre los herederos directos e indirectos del franquismo[9].

A lo largo de octubre, ETA asesinó a un taxista, a cuatro guardias civiles e hirió a otros dos y, en París, el capitán Bartolomé García Plata, de la embajada española, fue herido por un atentado de autor desconocido. El terrorismo blanco tampoco se quedó corto: una organización denominada ATE mató a Ignacio Echave, hermano de un dirigente etarra; en Barcelona, el GAS lanzó cócteles incendiarios contra el *Correo Catalán, Mundo Diario* y *Diario de Barcelona*, veintiún políticos e intelectuales catalanes fueron amenazados por teléfono y grupos de desconocidos atacaron a varias asociaciones de vecinos. En varias universidades, los Guerrilleros de Cristo Rey provocaron desmanes y tres miembros de la UMD de Cataluña fueron detenidos y encarcelados en el castillo de Figueras[10].

En plena vorágine de violencia, el ultra general Campano fue nombrado director general de la Guardia Civil y el almirante Pita da Veiga pronunció un discurso aludiendo al Ejército como guardador de las esencias de la patria, remachado poco después por el general Julio Salvador, antiguo ministro del Aire. A final de mes, discursearon por el mismo tenor el capitán general de Galicia, Taix Planas, y el de Sevilla, Merry Gordon. Aunque la UMD también contó entre sus afiliados con algunos militares de la guerra, la opinión mayoritaria de esta generación quedó claramente expresada por un editorial de *Servicio*: «Los nuevos Capitanes Generales, el director de la Guardia Civil, nuestro compañero Ángel Campano, todos sin excepción, han recordado la fidelidad de las instituciones, que el Ejército está llamado a defender con respecto al Estado surgido del 18 de julio».

Los periódicos llenaban sus páginas con las declaraciones de altos militares, que extendían el temor de un golpe cuando muriera Franco, ya gravemente enfermo. Sin embargo, la gran noticia militar de aquel octubre llegó de París. Juan Ignacio Domínguez,

capitán de aviación miembro de la UMD, se había exiliado para no ser detenido y, el día 13, organizó una nutrida rueda de prensa donde manifestó la existencia de la UMD y su apuesta por la democracia. La irritación de los altos mandos llegó al paroxismo y los servicios de información organizaron conferencias en los cuarteles para acusar a Domínguez de estar a sueldo del partido comunista, cuando lo cierto era que vivía a costa de sus amigos y que, para la rueda de prensa, Adolfo Marsillach debió prestarle un traje y una corbata.

Se ofreció el perdón a los detenidos de la UMD si desautorizaban a Domínguez y disolvían la organización. Como se negaron en redondo se incrementó la presión sobre ellos. Diversos militares padecieron interrogatorios, registros y amenazas y los detenidos debieron realizar una huelga de hambre para ser tratados dignamente.

En el Sáhara, las cosas parecían marchar por mejor camino y la Yemáa celebró varias reuniones presididas por el significativo notable Jatri uld Said, donde se debatieron las condiciones de la independencia, con la participación de varios polisarios sin carácter oficial. El 21 de octubre, éstos devolvieron los dos últimos prisioneros españoles y, al día siguiente, pactaron con el gobernador general la aparición pública del partido en El Aaiún para colaborar en el referéndum y en el traspaso de poderes. El 26 el Polisario hizo su entrada oficial en la ciudad entre el entusiasmo de la población indígena.

El Gobierno Arias y el Alto Estado Mayor habían engañado a los militares del Sáhara y al Polisario, que el mismo día 28 conoció la situación; sus dirigentes desaparecieron de El Aaiún. El gobernador general ordenó colocar alambradas alrededor del barrio indígena y estableció el toque de queda.

Anteriormente, a través del abogado monárquico Jaime Miralles, la UMD había establecido contactos con Juan de Borbón, con quien conferenciaron sus delegados, una vez en París y otra en Lausana. Ahora, el capitán Prudencio García hizo saber a la dirección que Juan Carlos deseaba tomar contacto con ellos. Temía que la enfermedad de Franco le hiciera asumir el cargo provisionalmente para, como ya ocurrió el año anterior, ser apartado cuando el dictador se recuperase. Por medio de Javier Pradera, el comandante

Guillermo Reinlein se entrevistó con el duque de Arión, quien dijo que el príncipe deseaba saber si contaría con la UMD en caso de que aceptara una nueva jefatura del Estado en funciones. Reinlein respondió que Juan Carlos contaba con la simpatía de la UMD, pero no podía dar una respuesta sin consultar con la ejecutiva, quedando para una segunda reunión[11].

El 12 de noviembre, cuando Franco recayó en su enfermedad, la familia, encabezada por el marqués de Villaverde, ocultó la situación hasta el extremo de que el 17 presidió el consejo de ministros con electrodos implantados y conectado a un monitor. Sin embargo, pronto fue imposible ocultar que su situación era irreversible. Juan Carlos tomó el poder sabiendo que no habría vuelta atrás y no se celebró la segunda reunión con la UMD.

El 21 una multitud desarmada comenzó a caminar desde Marruecos hacia la frontera del Sáhara: era el inicio de la Marcha verde. Tras un campo de minas, esperaba el general Gómez de Salazar con las mejores fuerzas del Ejército: una vanguardia con 2 grupos de caballería legionaria cubría el despliegue de 4 banderas de la Legión, 1 batallón de Infantería, 2 grupos de Nómadas, 2 banderas paracaidistas, 3 compañías de carros y artillería, entre la que destacaba un grupo de ATP, además de la aviación y la armada. Parte de las tropas acorazadas habían llegado de Madrid y, con ellas, bastantes miembros de la UMD, que reforzaron los ya existentes en aquel territorio.

La moral de combate era buena aunque cundía la desorientación ante la equívoca conducta del Gobierno y la enfermedad de Franco. No deseaban entregar el Sáhara a Marruecos sino a sus habitantes y algunos oficiales habían establecido buenas relaciones con el Polisario, al que consideraban un representante legítimo de los saharauis.

Pronto llegaron las malas noticias. Solís viajó a Marruecos y pactó la entrega; las tropas recibieron órdenes de desactivar el campo de minas y, el 23, la agencia PYRESA anunció el acuerdo de repartir la administración del territorio entre Marruecos y Mauritania, en espera del referéndum. Entre la indignación de muchos militares, las tropas rodearon los barrios indígenas, los soldados saharauis fueron desarmados y licenciados sin indemnización, el Ejército abandonó parte del territorio

replegándose a la línea Tarfaya-El Aaiún. Aprovechando el repliegue, la Fuerzas Reales marroquíes cruzaron la frontera apoderándose de Hausa, Echdería y Farsía; el Polisario respondió militarmente y comenzó la guerra.

La guarnición del Sáhara estaba indignada y el Gobierno decidió utilizar al príncipe como bombero, enviándolo a El Aaiún para calmar a los militares. El 2 de noviembre Juan Carlos se dirigió a los oficiales prometiéndoles que su honor quedaría a salvo. Era también un prisionero de la situación y, al acabar, ante el asombro de los altos mandos, hizo un aparte con Bernardo Vidal, de su misma promoción y conocido miembro de la UMD destinado en el Sáhara desde el atentado en la cafetería Rolando de Madrid.

La corte marroquí se trasladó a Agadir, donde Jatri, presidente de la Yema y procurador en Cortes, rindió pleitesía a Hassan II. La Marcha verde llegó el día 5 a la frontera y la rebasó porque las posiciones españolas estaban situadas unos kilómetros más adelante. Encabezaban la marcha banderas verdes y norteamericanas, con los embajadores de Jordania, Arabia Saudí, Líbano y Sudán. Varios estados petroleros árabes la apoyaban económicamente; Arabia Saudí había enviado camiones Volvo y Berliet, con la gasolina necesaria. España se encontraba aislada mientras Giscard y Burguiba anunciaron públicamente su apoyo a Hassán.

El 6, la Marcha verde instaló campamentos en territorio español mientras el Ejército Real avanzaba hacia Smara y Farsía. El Consejo de Seguridad instó a Marruecos a detener la invasión, pero Washington impidió que la condena prosperara. Mientras tanto, el Ejército español esperaba en sus posiciones, sobrado de fuerza para detener aquella invasión desarmada, que la gendarmería marroquí organizaba sin recato. Pero abrir fuego contra aquellos civiles marroquíes era políticamente imposible; habría ocasionado el rechazo mundial, la respuesta armada de Marruecos y la intervención de la ONU con una retirada poco airosa.

Mientras combatían el Polisario y las Fuerzas Reales, saltándose las atribuciones de Exteriores, el ministro Carro acudió a visitar a Hassan, que el 9 anunció que la Marcha había alcanzado sus objetivos y no había vencedores ni vencidos. Al día siguiente la

Marcha verde comenzó a replegarse. En Madrid se iniciaron conversaciones de una delegación marroquí con Solís, Arias, Carro, Cortina y Cerón. El proyecto de ley para descolonizar el Sáhara tropezaba con oposición y crítica en las Cortes. El acuerdo de Madrid entre España, Marruecos y Mauritania se firmó el 14 de noviembre mientras Franco era operado y sometido a grandes transfusiones. Ante la incertidumbre, Juan Carlos, sin dar noticias a Arias, convocó a los tres ministros militares para asegurarse su fidelidad. Cuando Arias lo supo, dimitió de su cargo y, en plena agonía de Franco, España estuvo 36 horas sin Gobierno, sin que Arias cediera ante las demandas del príncipe; finalmente lo hizo ante el marqués de Mondéjar, íntimo de Carmen Polo y antiguo profesor de Juan Carlos[12].

La muerte de Franco despertó sentimientos dispares en el Ejército, desde generales que lloraron públicamente hasta cadetes que se alegraron pensando que les darían una semana de vacaciones[13]. Sin embargo, la preocupación fue general porque el futuro se revelaba incierto.

El dictador legaba un Ejército con mayores defectos que el de Alfonso XIII, que tantas críticas había levantado. Incluso se había agudizado el peor defecto histórico, que era el exceso de oficiales[14]. En 1930 existían 169 generales, 15 419 jefes y 15 419 oficiales y, en 1975, había respectivamente 328, 21 039 y 21 039 para un conjunto de tropa equivalente[15].

El Ejército había estado sometido a la dictadura personal de Franco, pero había participado en ella de buena gana. Durante la posguerra, gestionando los tribunales militares, campos de concentración y batallones de trabajadores, y durante toda la vida del régimen a través de la justicia militar y el mando de las fuerzas de orden público.

Numerosos militares desempeñaron importantes cargos políticos. Según Viver Pi-Sunyer[16], hasta 1957 fueron militares el 47,7 por ciento de los ministros, el 42 por ciento de los subsecretarios, el 33,4 por ciento de los directores generales, todos los altos comisarios en Marruecos, gobernadores generales de Guinea y de África occidental, además de numerosos gobernadores civiles, alcaldes, concejales y otros muchos cargos. Entre las diez

legislaturas franquistas, fueron procuradores 326 militares, ocupando un total de 1029 escaños, y 8 de ellos lo fueron en todas las legislaturas[17].

Esta dedicación política no se tradujo en la mejora del Ejército, sino en la perpetuación de los defectos que ya existían antes de la guerra civil[18]. El porcentaje del presupuesto dedicado a la Defensa había sido disparatado en los primeros tiempos del régimen; sin embargo, en los años setenta oscilaba alrededor del 3 por ciento del PIB, cantidad similar a otros países europeos[19]. A pesar de lo cual, el estado operativo resultaba tan desastroso que el Ejército no habría podido resistir una semana de guerra moderna por el simple colapso de su sistema logístico, sin contar las tremendas carencias de su capacidad de combate.

Franco jamás deseó un Ejército capaz de intervenir en una guerra, sino un apoyo a su poder personal. Y eso lo había conseguido. Cuando murió, una aplastante mayoría de los militares eran franquistas. Todos los generales y dos tercios de los jefes, cuya opinión era determinante, habían hecho la guerra civil, mientras unos 3000 jefes y los oficiales con mando de armas habían estudiado en la General. La lentitud de los ascensos no tenía parangón en ningún país desarrollado y, al salir de la Academia se tardaba casi veinte años en ascender a comandante. Poco después de morir Franco, se llevó a cabo la primera encuesta oficial sobre el pluriempleo en el Ejército. Más de la mitad de los militares se declararon insatisfechos profesionalmente, y más de la cuarta parte de ellos reconocían estar pluriempleados por razones económicas[20].

A pesar de ello, apenas media docena de generales sentía inclinación a aceptar la democracia y la UMD, pese a su programa reformista y conservador, sólo captó a dos centenares de oficiales porque la ideología, la rutina y el miedo cortaron las afiliaciones. Lo cual no disminuyó su importancia porque la conspiración se había desarrollado con gran secreto[21] y, por razones contrapuestas, tanto los conspiradores como sus espías habían hinchado los números. También resultaba evidente que se habían detectado focos de la UMD en Madrid y en toda la geografía española, desde los Pirineos al Sáhara y desde Cataluña a Galicia, lo cual hacía presumir una gran implantación. Muchos militares de

edad madura, que tenían presentes el 18 de julio y la revolución portuguesa, temían que, en último extremo, la tropa siguiera a la UMD. Se creyeron en peligro y ello les aconsejó prudencia.

El Ejército era franquista, pero también disciplinado. Cuarenta años de dictadura lo habían acostumbrado a obedecer como nunca lo habían hecho los militares en la historia de España. Franco los había tratado inflexiblemente y con sueldo corto, compensado con ideología y servicios.

Cuarenta años de culto a la personalidad con aduladores en todos los medios habían fabricado una falsa biografía, un Franco que nunca existió, pero que era un mito indiscutible para numerosos militares, que lo admiraban. Habían soportado una dura disciplina en malas condiciones profesionales, y numerosas contrariedades: la derrota de Hitler y Mussolini, la lucha contra los maquis, el aislamiento internacional, el pacto americano, el abandono de Marruecos, la desastrosa guerra de Ifni-Sáhara, la descolonización de Guinea y de Ifni, el terrorismo y la conversión de muchos de sus hijos en antifranquistas.

El testamento de Franco pedía a los militares que obedecieran a Juan Carlos. Aceptaron los militares de la guerra, porque el generalísimo lo había nombrado. Los jóvenes lo miraban como a un compañero de su generación que conservaba el aire de la Academia. Sólo un pequeño grupo, violento y vinculado a la extrema derecha, mantenía el discurso antimonárquico.

La gran fuerza institucional se concentraba en el Ejército, terrible poder en el interior del país, aunque era incapaz de sostener una guerra internacional. Todos sus generales habían hecho la guerra civil y la mayor parte de los militares eran franquistas de corazón.

Estaban acostumbrados a obedecer y adoraban al general que había muerto. Su sucesor era el incógnito Juan Carlos. Nadie sabía si en los militares iban a pesar más los sentimientos o la disciplina. Aquélla era la gran incógnita del posfranquismo. Mirando al Ejército, el gigante poderoso y descalzo, los españoles se interrogaban entre el temor, la duda y la esperanza. El futuro se presentaba problemático, pero buscaban resquicios en el muro, por donde la esperanza pudiera colarse.

Barcelona, Módena, Es Castell,

entre el invierno y la primavera de
2002-2003

.

# Bibliografía

## Publicaciones oficiales

*Boletín Oficial del Estado*
*Diario Oficial del Ministerio del Ejército*
ALTO ESTADO MAYOR, *Anuario Estadístico Militar*.

## Revistas militares

*Ejército*
*Guión*
*Reconquista*
*Pensamiento y Acción*

## Libros y artículos

AA. VV., *Escuela Militar de Paracaidismo Menéndez Parada, 1947-1982*, Imprenta San Miguel, Murcia, 1983.
AGUADO SÁNCHEZ, Francisco, *El maquis en España*, San Martín, Madrid, 1975.
—*El maquis en sus documentos*, San Martín, Madrid, 1976.
AGUDO «BANCO», Sixto, *Memorias. La tenaz y dolorosa lucha por la*

*libertad*
*(1939-1962)*
, Diputación de Huesca, Huesca, 1991.
AGUILAR OLIVENCIA, Mariano, *El Ejército español durante el franquismo. Un juicio desde dentro*, Akal, Madrid, 1999.
ALAMEDA, Sol, «María Jesús Valdés», *El País Semanal*, 13 de abril de 2003.
ALCOFAR NASSAES, José Luis, «Las armas de ambos bandos en La guerra civil», en *Historia 16*, tomo 10, pp.
84-101
, Madrid,
1986-1987
.
ALCUBILLA PÉREZ, Antonio, *Cien años en la vida del Ejército español. Palabras finales del Excmo. Sr. D…*, Editora Nacional, Madrid, 1956.
ALEGRE, Sergi, *El cine cambia la Historia. Las imágenes de la División Azul*, tesis doctoral inédita, Universidad de Barcelona.
ALFAYA, Javier y SARTORIUS, Nicolás, *La memoria insumisa*, Espasa Calpe, Madrid, 1999.
ALGARRA RAFEGAS, Antonio, *El asedio de Huesca*, El Noticiero, Zaragoza, 1941.
ALONSO, José Ramón, *Historia política del Ejército español*, Editora Nacional, Madrid, 1974.
ALONSO BAQUER, Miguel, *La religiosidad y el combate*, Consejo Central del Apostolado Castrense, Madrid, 1968.
—*El Ejército en la sociedad española*, Movimiento, Madrid, 1971.
ALONSO VEGA, Camilo, *La pacificación* ,AHR, Barcelona, 1951.
ALTABELLA GRACIA, Pedro P., *El catolicismo de los nacionalistas vascos*, Editora Nacional, Madrid, 1939.
ANDRADE COLA, J., *El Ejército por dentro: de la posguerra a la democracia,*
*1943-1983*
, Zaragoza, 1990.
ANDRÉS-GALLEGO, José y LLERA ESTEBAN, Luis de, «Hambre y política en la posguerra española», *Historia-16*, 159, Madrid.
ANSALDO, J. A., *¿Para qué…?*, Buenos Aires, 1951.
ANSÓN, Luis María, *Don Juan*, Plaza y Janés, Barcelona, 1994.
APPERT, Michael, «Los voluntarios extranjeros del Caudillo», *La aventura de la Historia*, n.º 51, enero 2003.

ARASA, Daniel, *Los españoles en la guerra del Pacífico*, LAIA, Barcelona, 2001.

ARASANZ ERASO «VILLACAMPA», J., *Los Guerrilleros*, SI, Huesca, 1994.

ARCE, Carlos de, *Historia de la Legión española*, Editorial Mitre, Barcelona, 1984.

ARENCIBIA DE TORRES, Miguel Ángel, *Los valores morales y las fuerzas armadas*, Editorial Católica, Santa Cruz de Tenerife, 1978.

ARÓSTEGUI, Julio, *Don Juan de Borbón*, Arlanza, Madrid, 2002.

ARRARÁS, J.; PÉREZ BUSTAMANTE, C. y SÁENZ DE TEJADA, C., *Historia de la Cruzada Española*, Ediciones Españolas, Madrid, 1940-1944

.

AVNI, Haim, *Franco y los judíos*, Altalena Editores, Madrid, 1982.

ASPIZUA TURRIÓN, J., *1939: El Ejército de la victoria. Jalones en la percepción de la inteligencia británica*, inédito, 1993.

AZNAR, M. *Historia Militar de la guerra de España*

*(1936-1939)*

, Editora Nacional, Madrid, 1964.

—*Política de Inglaterra y España*; Sucesores de Rivadenegra, Madrid, 1940.

BAHAMONDE, Ángel y CERVERA, Javier, *Así terminó la guerra de España*, Marcial Pons, Madrid, 2001.

BALCELLS, Albert, *Violència social i poder polític*, Editorial Portic, Barcelona, 2001.

BALDOVÍN RUIZ, Eladio, *Historia del cuerpo y servicio de Estado Mayor*, Ministerio de Defensa, Madrid, 2001.

BALFOUR, Sebastián, *Abrazo mortal. De la guerra colonial a la guerra civil en España y Marruecos*

*(1909-1939)*

, Península, Barcelona, 2001.

BALLBÉ, Manuel, *Orden público y militarismo en la España constitucional*

*(1812-1983)*

, Alianza Editorial, Madrid, 1985.

BAÑÓN MARTÍNEZ, Rafael, *Poder de la burocracia y Cortes franquistas*

*(1943-1971)*

, Estudios Administrativos, Madrid, 1978.

BAÑÓN MARTÍNEZ, Rafael y OLMEDA, Juan Antonio, *La institución*

*militar en el Estado contemporáneo*, Alianza Editorial, Madrid, 1985.

BARDAVÍO, Joaquín, *La estructura del poder en España*, Ibérica de Ediciones, Madrid, 1969,

—*La crisis. Historia de quince días*, Sedmay, Madrid, 1974.

BARDAVÍO, Joaquín, CERNUDA, Pilar y JÁUREGUI, Fernando, *Servicios secretos*, Plaza y Janés, Barcelona, 2002.

BARDAVÍO, Joaquín y SINOVA, Justino, *Todo Franco. Franquismo y antifranquismo de la A a la Z*, Plaza y Janés, Barcelona, 2001.

BAREA, Arturo, *La forja de un rebelde*, Plaza y Janés, Barcelona, 1986.

BELLES GASULLA, José, *Cabo Jubi-58*, Gráfica Administrativa, Madrid, 1991.

BEN AMÍ, Shlomó, *La revolución desde arriba: España 1936-1979*, Riopiedras, Barcelona, 1984.

BENET, Josep, *La mort del president Companys*, Edicions 62, Barcelona, 1998.

BENNASSAR, Bartolomé, *Franco*, Edaf, Madrid, 1996.

BIESCAS, José Antonio, «Estructura y coyunturas económicas», en Manuel Tuñón de Lara, *España bajo la dictadura franquista*, Labor, Barcelona, 1987, pp. 21-40.

BLANCHON, J. L., «1944-1947. Action des républicains sur les Pyrénées contre l'etat espagnol et réponses de ce dernier», en *Actas del II Congreso Internacional de los Pirineos*, Gerona, 1998.

BLANCO ESCOLÁ, Carlos, *La Academia General Militar de Zaragoza (1928-1931)*, Labor, Barcelona, 1989.

BOGAS ILLESCAS, Francisco, *Función social del Ejército*, Editora Nacional, Madrid, 1970.

BOSQUE COMA, Alfredo, *Guerra de Ifni. Las banderas paracaidistas, 1957-1958*, Almena, Madrid, 1998.

BORRÁS, T., *Checas de Madrid: Epopeya de los caídos*, Editorial Bullón,

Madrid, 1963.
BOTTI, Alfonso, *Cielo y dinero: el nacionalcatolicismo en España: 1898-1975*, Alianza Editorial, Madrid, 1992.
BUSQUETS, Julio, *El militar de carrera en España*, Ariel, Barcelona, 1984.
—«Los alféreces provisionales hasta la creación de la Hermandad (1936-1958)», *Historia-16*, 119, noviembre, 1989.
—«La enseñanza militar en España», *Historia-16*, noviembre, 1989.
—«Los militares en el legislativo español (1810-1979)», *Revista de las Cortes Generales*, segundo cuatrimestre, 1985.
—*Militares y demócratas. Memorias de un fundador de la UMD y diputado socialista*, Plaza y Janés, Barcelona, 1999.
— «La promoción de los suboficiales hasta la creación de la AGBS», en *La enseñanza militar en España*, CSIC, Madrid, 1986.
BUSQUETS, Julio, LOSADA, Juan Carlos y FERNÁNDEZ, Carlos, «El búnker. La irresistible ascensión de los alféreces provisionales», *Historia-16*, 119, marzo, 1986.
BUSQUETS, Julio y LOSADA, Juan Carlos, *Ruido de sables*, Crítica, Barcelona, 2003.

CABALLER, C., *El batallón fantasma. Españoles en la Wehrmacht y Waffen-S. S.*, CEHRE, Alicante, 1987.
CABEZA CALAHORRA, Manuel, *La ideología militar hoy*, Editora Nacional, Madrid, 1972.
CALLEJA, Juan José, *Yagüe, un corazón al rojo*, Juventud, Barcelona, 1963.
CALVO SERER, Rafael, *Franco ante el Rey. El proceso del Régimen*, Ruedo Ibérico, París, 1972.
CANO HEVIA, Luis, *Ideas sobre la estrategia general y táctica atómica*, c. a., Madrid, 1957.
—*Introducción al estudio racional de la guerra*, Editora Nacional, Madrid, 1964.
CAPARRÓS, Francisco, *La UMD: militares rebeldes*, Argos Vergara, Barcelona, 1983.
CAPARRÓS LERA, J. M., *El cine español bajo el régimen de Franco, 1936-1975*, Universidad de Barcelona, Barcelona, 1983.
CAPITÁN DOMÍNGUEZ, *Cuando yo era un exiliado*, Editorial Cambio

16, Madrid, 1977.
CARDONA, Gabriel, *El poder militar en España hasta la guerra civil,* Siglo XXI
, Madrid, 1982.
—*El problema militar en España,* Editorial Historia-16, Madrid, 1990.
—«La represión contra los militares republicanos», *Historia-16*, 92, año VII.
—«La División Azul: Los equilibrios del Régimen», *Historia-16,* 183, año XVI.
—«El belicismo de Franco en 1940», *Historia y fuente oral,* n.º 7, Barcelona, 1992.
—«Franco, Camilo y la Benemérita», *Historia-16*, 218, junio, 1994.
—«El Ejército del generalísimo», en *Historia del franquismo*, Editorial Cambio 16, Madrid, 1984.
—«Un Ejército para un Caudillo», *Revista de Extremadura,* enero-abril, 1996.
—«Los precursores de la objeción», *Historia-16,* enero, 1995.
—*Franco y sus generales. La manicura del tigre*, Temas de Hoy, Madrid, 2001.
—«La caída de Menorca», en *La Guerra Civil…*, vol. 4.
—*Los servicios secretos* ,PASA, Barcelona, 2003.
—*Franco no estudió en West Point*, Litera Books, Barcelona, 2002.
CARDONA, Gabriel y VILLARROYA FONT, Joan, «La represión contra los militares republicanos», *Historia-16,* diciembre, 1983.
CARRERO BLANCO, Luis, *Arte Naval Militar*, Editora Nacional, Madrid, 1943.
—*España y el mar*, Instituto de Estudios Políticos, Madrid, 1962.
—*Discursos y escritos.*
*1943-1973*
, Instituto de Estudios Políticos, Madrid, 1974.
CARRO MARTÍNEZ, Antonio, *El Estado y las fuerzas armadas*, Secretaría General Técnica, Presidencia del Gobierno, Madrid, 1978.
CARVAJAL, Pedro, *Julián Grimau, el último muerto de la guerra civil,* Aguilar, Madrid, 2003.
CASALS, Xavier, *Neonazis en España. De las audiciones wagnerianas a los skinheads -*
*1966-1995*
, Crítica, Barcelona, 1995.
—*La tentación neofascista en España*, Plaza y Janés, Barcelona, 1998.

CASANOVA, Julián, *La Iglesia de Franco*, Temas de Hoy, Madrid, 2001.
—(coord.), *Morir, matar, sobrevivir. La violencia en la dictadura de Franco*, Crítica, Barcelona, 2002.
CASAS DE LA VEGA, Rafael, *Milicias Nacionales*, Editora Nacional, Madrid, 1974.
—*La última guerra de África (Campaña de Ifni-Sáhara)*, Estado Mayor Central, Madrid, 1985.
—*Franco, militar*, Fénix, Madrid, 1995.
CASSINELLO PÉREZ, Andrés, *Operaciones de guerrillas y contraguerrillas*, Compañía Bibliográfica Española, Madrid, 1966.
CASTRO ALBARRÁN, A., *Guerra Santa: El sentido católico de la guerra española*, y *La gran víctima: La Iglesia española, mártir de la revolución roja*, Editorial Española, Burgos, 1938.
CAVERO Y CAVERO, R., *Con la segunda bandera en el frente de Aragón*, Heraldo, Zaragoza, 1938.
CAZORLA SÁNCHEZ, Antonio, *Las políticas de la victoria. La consolidación del Nuevo Estado franquista, 1938-1953*, Marcial Pons, Madrid, 2001.
CENTRO DE INFORMACIÓN CATÓLICA INTERNACIONAL, *El clero y los católicos vasco-separatistas y el movimiento nacional*.
CERVERA GIL, Daniel, «La Quinta Columna en Madrid», *Historia, Antropología y Fuentes Orales*, Barcelona, n.º 17.
CHAMORRO, Eduardo y FONTES, I., *Bases americanas en España*, Euros, Barcelona, 1976.
CHAO REGO, J., *La Iglesia en el franquismo*, Quatto Ediciones, Madrid, 1976.
CIERVA, Ramón de la, *Francisco Franco. Un siglo de España*, Editora Nacional, Madrid, 1972.
—*Historia del franquismo*, Planeta, Barcelona, 1975-1978.
CLARÁ, Josep, *Ramón Vila, «Caraquemada», el derrer maquis catalá*, Rafael Dalmau De, Barcelona, 2001.
—*Girona 1939: Quatre sentències de mort*, Publicaciones de L'Abadía de Montserrat, Barcelona, 2001.
CLAUDEL, P., *A los mártires españles*, Balmes, Barcelona, 1956.

CONSEJO SUPREMO DE JUSTICIA MILITAR, *Memoria de las Fiscalías Militar y Togada,* Imprenta Militar Vallinas, Madrid, 1945.
CONTIJOCH, Josep Mª, *Sidi Ifni'57. Memorias de un movilizado,* Cossetània, Valls, 2002.
COSSIAS, T., *La lucha contra el maquis en España*, Editora Nacional, Madrid, 1966.
COSSÍO, F. DE. *Guerra de salvación. Del frente de Madrid al de Vizcaya*, Santonén, Valladolid, 1937.
COVERDALE, John F., *La intervención fascista en la Guerra Civil española,* Alianza Editorial, Madrid, 1979.
CRESPO REDONDO, Jesús *(et alii), Purga de maestros en la guerra civil. La depuración del magisterio nacional de la provincia de Burgos*, Ámbito, Valladolid, 1987.
CRIADO, Ramón, *Sáhara, pasión y muerte de un sueño colonial,* Ruedo Ibérico, París, 1977.
CUENCA TORIBIO, José Manuel, *Relaciones Iglesia-Estado en la España contemporánea,* Alhambra, Madrid, 1989.

DÁVILA JALÓN, Valentín, *Una vida al servicio de España. General Don Fidel Dávila Arrondo*
*(1978-1962)*
, Madrid, 1978.
DETWILER, D. S. *Hitler, Franco und Gibraltar*, Wiesbaden, 1962.
DÍAZ DE ENTRESOTOS, B., *Seis meses de anarquía en Extremadura*, Ed. Extremadura, 1937.
DÍAZ DE VILLEGAS, José, *La División Azul en línea*, Acervo, Barcelona, 1967.
DIEGO AGUIRRE, José Ramón, *Historia del Sáhara español*, Editorial Kaydeda, Madrid, 1989.
—*Guerra en el Sáhara,* Istmo, Madrid, 1991.
—*La última guerra colonial de España. Ifni-Sáhara*
*(1957-1958)*
, Algazara, Málaga, 1993.
—«La lucha del Frente Polisario
(1973-75)
». Historia-16, Madrid.
DÍEZ ALEGRÍA, Manuel, *Ejército y sociedad*, Alianza Editorial, Madrid, 1972.
—*Introducción para un estudio de la guerra de guerrillas* [Lectura inaugural del I Curso para Mandos Superiores], Madrid, 1966.
—«La evolución de la política de defensa», en *España, nuestro siglo*,

Plaza y Janés, Barcelona, 1985.
DOUSSINAGUE, José María, *España tenía razón*, Espasa Calpe, Madrid, 1949.
DUVAL, general. *Enseñanzas de la guerra de España*, San Sebastián, 1938.

EGEA BRUNO, Pedro María, *La represión franquista en Cartagena (1939-1945)*, Novograf, Murcia, 1987.
EL MEROUN, Mustafá, *El Cuerpo de Ejército Marroquí en la guerra civil española*, tesis doctoral inédita, Universidad de Granada, 1999.
ELLIS, Chris, *Tanks of World War II*, Chancellor Press, Londres, 1997.
ELLWOOD, Sheelagh, *Prietas las filas. Historia de Falange Española, 1933-1983*, Crítica, Barcelona, 1984.
ELORDI, Carlos, *Los años difíciles*, Aguilar, Madrid, 2002.
ENCISO, E. *Villarreal, su cerco y su defensa*, Ed. Social Católica, Vitoria, 1937.
ENRÍQUEZ DE SALAMANCA, J., *Gestas de nuestros días. La vida en el Alcázar de Toledo*, Valladolid, 1937.
ESTADO MAYOR CENTRAL DEL EJÉRCITO, *Extracto de organización y localización del Ejército*, EMC, Madrid, 1944.
—*Aspectos generales de la lucha de guerrillas*, Ministerio del Ejército, Madrid, 1956.
—*Galería Militar, Medalla Militar, 1933-1969*, Servicio Histórico Militar, Madrid, 1970.
ESTEBAN INFANTES, Emilio, *La División Azul*, AHR, Barcelona, 1956.
ESTEBAN INFANTES, J. *Navarra y García Escámez*; Edit. Social Católica, Vitoria, 1938.
EYRE, Pilar, *Quico Sabaté, el último guerrillero*, Península, Barcelona, 2001.
EZQUERRA SÁNCHEZ, Miguel, *Lutei até ao fim*, Astória, Lisboa, 1947.

FARNÉS, F., *CIFESA, la antorcha de los éxitos*, CSIC, Madrid, 1982.
FERNÁNDEZ, A. E., *La España de los maquis*, Ediciones Era, México DF, 1971.
FERNÁNDEZ, Carlos, *El almirante Carrero*, Plaza y Janés, Barcelona, 1985.
FERNÁNDEZ ARIAS, A., *La agonía de Madrid*, Zaragoza, 1948.
FERNÁNDEZ BASTARRECHE, F., CEPEDA, J. y MARTÍNEZ RUIZ, E.,

*Las Fuerzas Armadas*, Madrid, Espasa Calpe, 1981.
FERNÁNDEZ DE CÓRDOBA, Fernando, *Memorias de un soldado locutor*.
FERNÁNDEZ CUENCA, C., *La Guerra de España y el Cine*, Editora Nacional, Madrid, 1972.
FERNÁNDEZ FLOREZ, W., *Una isla en el mar rojo*, E. Española, Madrid, 1942.
FERNÁNDEZ HERNANDO, Hieroteo, *Reclutamiento, reemplazo y movilización de los Ejércitos españoles*, Madrid, 1959.
FERNÁNDEZ LÓPEZ, Javier, *Militares contra Franco. Historia de la Unión Militar Democrática*, Mira, Zaragoza, 2002.
FERNÁNDEZ PANCORBO, Paloma, *El maquis al norte del Ebro*, D. G.A., Zaragoza, 1988.
FERNÁNDEZ VARGAS, Valentina, «Fuerzas armadas y sociedad en la época franquista: notas sobre su percepción social», en *In memorian de Antonio Mª Calero*, Ayuntamiento de Pozoblanco, 1998.
—«El Ejército español entre 1939 y 1973», en *Revista Internacional de sociología*, Madrid, julio-septiembre, 1989.
FERRANDIS LUNA, S., *Valencia roja*, E. Española, ¿Burgos?, 1938.
FERRER BENIMELI, José Antonio, «Franco y sus diablos los masones», *Historia-16*, julio, 1977.
FONT I ROMAGOSA, Joan, *Soldat de dos exèrcits*, Selecta, Barcelona, 1980.
FONTERIZ, L., *Red Terror in Madrid*, Green and Co., Londres, 1937.
FORTES, José y OTERO, Luis, *Proceso a nueve militares demócratas. Las Fuerzas Armadas y la UMD*, Argos Vergara, Barcelona, 1987.
FORTES, José, y VALERO, Restituto, *Las fuerzas armadas*, La Gaya Ciencia, Barcelona, 1977.
FOXÁ, Agustín DE, *Madrid de corte a checa*, Editorial Prensa Española, Madrid, 1976.
FRADE MERINO, Fernando, *La guerra psicológica*, Compañía Bibliográfica Española, Madrid, 1967.
—*Introducción a la geopolítica*, Compañía Bibliográfica Española, Madrid, 1969.
FRAGA IRIBARNE, Manuel, *Guerra y conflicto social*, Instituto de Estudios Políticos, Madrid, 1962.
—*Memoria breve de una vida pública*. Planeta, Barcelona, 1981.
FRANCO SALGADO-ARAÚJO, Francisco, *Mis conversaciones privadas*

*con Franco*, Planeta, Barcelona, 1976.
FRIAS
O'VALLE
, José, *Así nació la Brigada Paracaidista*.
FUSI, Juan Pablo, *Franco, autoritarismo y poder personal*, El País, Madrid, 1985.
FUSI, Juan Pablo, GARCÍA DELGADO, José Luis, JULIÁ, Santos, MALEFAKIS, Eduard y PAYNE, Stanley, *Franquismo. Juicio de la Historia*, Temas de Hoy, Madrid, 2000.

GÁRATE CÓRDOBA, José María, *Alféreces provisionales*, San Martín, Madrid, 1976.
GARCÍA, Prudencio, *Ejército, presente y futuro*, Alianza Editorial, Madrid, 1975.
GARCÍA ARIAS, Luis, «Las Fuerzas Armadas en la Ley Orgánica del Estado», *Revista de Estudios Políticos*, 152, 1967.
—*La guerra moderna y la organización internacional*, Instituto de Estudios Políticos, Madrid, 1962.
GARCÍA DE LA ESCALERA, Inés, *El general Varela*, Madrid, 1959.
GARCÍA DELGADO, José Luis, *El primer franquismo. España durante la II Guerra Mundial*,
Siglo XXI
, Madrid, 1989.
GARCÍA ESCUDERO, J. M., *Cine Español*, Madrid, Rialp, 1962;
GARCÍA MORENO, José F., *El servicio militar en España,*
*1913-1935*
, Servicio de Publicaciones del E. M.C., Madrid, 1988.
GARCÍA MORATO, J. *Guerra en el aire*.
GARCÍA SÁNCHEZ, J. (*et alii*), «La enseñanza en el Ejército de Tierra», en *Actas 1.er encuentro de Academias Militares de habla hispana*, AGM, Zaragoza, 1994.
GARCÍA VALIÑO, R., *Guerra de liberación española. Campaña de Aragón y el Maestrazgo. Batalla de Teruel. Batalla del Ebro*
*(1938-1939)*
, Biosca, Madrid, 1949.
GARCÍA YAGÜE, Juan, *Fuerzas Armadas*, Instituto Nacional de Administración Pública, Madrid, 1974.
GARRIGA, Ramón, *Las relaciones secretas entre Franco y Hitler*, Jorge Álvarez, Buenos Aires, 1965.
—*La España de Franco. Las relaciones con Hitler*, José Mª Cajica, Buenos Aires, 1970.

—*La España de Franco. De la División Azul al pacto con Estados Unidos (1943-1951)*
, José Mª Cajica, México DF, 1971.
—*La España de Franco. y*
*1939-1942*
*1943-1945*
, Planeta, Barcelona, 1976.
—*El cardenal Segura y el nacionalcatolicismo*, Planeta, Barcelona, 1977.
—*La señora de El Pardo*, Planeta, Barcelona, 1979.
—*El general Juan Yagüe. Figura clave para conocer nuestra historia*, Planeta, Barcelona, 1985.
GIBSON, Ian, *En busca de José Antonio*, Planeta, Barcelona, 1982.
GIL, Vicente, *Cuarenta años junto a Franco*, Planeta, Barcelona, 1981.
GIL OSSORIO, Fernando, «Los Alféreces Provisionales», en *Revista de Historia Militar*, 9, 27 y 28,
1961-1970
.
GIL PECHARROMÁN, Julio, *José Antonio Primo de Rivera. Retrato de un visionario*, Temas de Hoy, Madrid, 1996. (Reedición en 2003).
GIMÉNEZ CABALLERO, E., *Madrid nuestro*, V. Educación Popular, Madrid, 1944.
GIRÓN DE VELASCO, José Antonio, *Si la memoria no me falla*, Planeta, Barcelona, 1994.
*Gobierno informa, El. Defensa nacional*. Editora Nacional, Madrid, 1964.
GOMA Y TOMÁS, I., *Por Dios y por España*.
GÓMEZ BAJUELO, G., *Málaga bajo el dominio rojo*, Cádiz, 1937.
GÓMEZ-JORDANA SOUSA, Francisco, *Milicia y diplomacia. Los Diarios del conde de Jordana,*
*1943-1944*
, Editorial Dossoles, Burgos, 2002.
GÓMEZ OLIVEROS, comandante Benito, *El general Moscardó*, AHR, Barcelona, 1956.
GÓMEZ PÉREZ, Rafael, *El franquismo y la Iglesia*, Rialp, Madrid, 1986.
GÓMEZ YÁÑEZ, J. A., «Sobre la sociología del militar español», *Sistema*, 59, marzo, 1984.
GONZÁLEZ DE MENDOZA Y PEINE, Ernesto, «Los ascensos en el

Ejército», *Ejército*, 351, marzo, 1969.
GONZÁLEZ DURO, E., *Franco, una biografía psicológica,* Temas de Hoy, Madrid, 1992.
GUARNER, J. L., *30 años de cine en España,* Editorial Kairós, Barcelona, 1971.
GUBERN, R., *la guerra de España en las pantallas*
*1936-1939*
, Filmoteca Española, Madrid, 1986.
GUNSTON, Bill, *Aircaft of World War II*, Chancellor Press, Londres, 1989.
GUTIÉRREZ MELLADO, Manuel, *Un soldado de España,* Argos Vergara, Barcelona, 1983.

HERNÁNDEZ PACHECO, F. y CORDERO TORRES, J. M., *El Sáhara español,* Editorial Falange Española, Madrid, 1941.
HERREN, Ricardo, «Hambre en España. La ayuda argentina,
1938-1948
», *La aventura de la Historia*.
HUIDOBRO PARDO, L., *Del Madrid rojo*.

Informe «Represión, la tragedia oculta», *La aventura de la Historia*, enero, 1999. SOLAR, David, «Punto final», *La aventura de la Historia*, enero, 2003.
Informe «Un antisemitismo sin judíos», *La aventura de la Historia*, Madrid, marzo, 1999. AVNI, H., *Franco y los judíos*; LISBONA, J. A., *Retorno a Sefarad*.
INIESTA CANO, Carlos, *Memorias y recuerdos*, Planeta, Barcelona, 1984.
INSTITUTO DE ESTUDIOS FISCALES, *Datos básicos para la Historia Financiera de España,*
*1850-1975*
, Vol. I, Ministerio de Hacienda, Madrid, 1976.
IRUJO, José Mª, *La lista negra. Los espías nazis protegidos por Franco y la Iglesia*, Aguilar, Madrid, 2003.

JAKIN BOOZ [Seudónimo de Francisco Franco], *Masonería*, Gráficas Varela, Madrid, 1952.
JALÓN, José Luis, *El Ejército español*, Publicaciones Españolas, Madrid, 1959.
JÁUREGUI, F. y VEGA, P., *Crónica del antifranquismo*, Barcelona, 1984.

JEREZ, Miguel, *Elites políticas y centros de extracción en España*, CIS, Madrid, 1982.
JULIÁ, Santos, *Violencia política en la España del siglo XX*, Taurus, Madrid, 2001.
—(coord.), *Víctimas de la guerra civil*, Temas de Hoy, Madrid, 1999.

KEENE, Judith, *Luchando por Franco*, Salvat, Barcelona, 2001.
KINDELÁN DUARY, Alfredo, *La verdad de mis relaciones con Franco*, Planeta, Barcelona, 1981.
—*Mis cuadernos de guerra*, Planeta, Barcelona, 1982.
KLEINFELD, Gerald y TAMBS, Lewis, *La División Española de Hitler (La División Azul en Rusia)*, San Martín, Madrid, 1983.
KRAMMER, Arnold, «La Guardia Civil en la División Azul», *Revista de Estudios Históricos de la Guardia Civil*, 6, 1970.

LAFUENTE, Isaías, *Esclavos por la patria. La explotación de los presos por el franquismo*, Temas de Hoy, Madrid, 2002.
LAORDEN RAMOS, C., *Historia militar de las transmisiones. El Regimiento de El Pardo*, Navograph, Madrid, 1981.
LIBERAL LUCINI, A., «Las Fuerzas Armadas en los años 65 a 75», *Aportes*, Actas, diciembre, Madrid, 1995.
LIMIA PÉREZ, E., *Reseña general del problema del bandolerismo después de la Guerra Civil*, Dirección General de la Guardia Civil, Madrid, 1957.
LISLANA, J. A., *Retorno a Lefarad*, Riopiedras Ediciones, Barcelona, 1993.
LLARCH, Joan, *Campos de concentración en la España de Franco*, Producciones Editoriales, Barcelona, 1978.
LLEIXÁ, Joaquín, *Cien años de militarismo en España: funciones estatales confiadas al Ejército en la Restauración y el franquismo*, Anagrama, Barcelona, 1986.
LOJENDIO, L. M. DE. *Operaciones militares de la guerra de España*, Montaner y Simón, Barcelona, 1940.
LÓPEZ CORRAL, Miguel *(et alii)*, *La Guardia Civil Española*, Dirección General de la Guardia Civil, Madrid, 1994.
LÓPEZ MEDEL, J., *Ejército y Universidad*, [prólogo de Juan José Rosón], SEU, Madrid, 1963.
LÓPEZ MUÑIZ, teniente coronel, *La batalla de Madrid*, Madrid, 1943.
LÓPEZ RODÓ, Laureano, *Política y desarrollo*, Aguilar, Madrid, 1970.
—*La larga marcha hacia la monarquía*, Noguer, Barcelona, 1977.
—*Testimonio de una política de Estado*, Planeta, Barcelona, 1987.

—*Memorias*, Plaza y Janés/Cambio-16, Barcelona, 1990.
—*Memorias: años decisivos*, Plaza y Janés, Barcelona, 1991.
—*El principio del fin: Memorias*, Plaza y Janés, Barcelona, 1992.
—*Memorias: Claves de la transición*, Plaza y Janés/Cambio 16, Barcelona, 1993.
LOSADA MALVÁREZ, Juan Carlos, «Militarismo frente a tecnocracia», *Historia-16*, marzo, 1986.
—*La Hermandad de Alféreces Provisionales*, tesis de licenciatura inédita, Universidad de Barcelona, 1987.
—*Ideología del Ejército franquista, 1939-1959*, Ediciones Istmo, Madrid, 1990.

MADARIAGA, Mª Rosa, *Los moros que trajo Franco*, Martínez Roca, Barcelona, 2002.
MAESTRE ALONSO, Juan, *El Sáhara en la crisis de Marruecos y España*, Akal, Madrid, 1975.
MARÍN SILVESTRE, Dolors, *Clandestinos. El maquis contra el franquismo, 1934-1975*, Plaza y Janés, Barcelona, 2002.
MARIÑAS, F. J., *El general Varela*, AHR, Barcelona, 1956.
MARIÑAS ROMERO, general Gerardo, *El Sáhara y la Legión*, San Martín, Madrid, 1988.
—«La Legión Española en la guerra de Ifni-Sáhara (1957-1958)», *Defensa*, 117, XI.
—«Edchera y la Legión», *Ejército*, 574, noviembre, 1987.
MARTÍN, M., *El colonialismo español en Marruecos*, Ruedo Ibérico, París, 1974.
MARTÍN DE POZUELO, Luis, *Pueblo y Ejército*, Jefatura Provincial del Movimiento, Madrid, 1962.
MARTÍN VILLA, Rodolfo, *Al servicio del Estado*, Planeta, Barcelona, 1984.
MARTÍNEZ DE BAÑOS, Fernando, *La Academia General Militar a través de la fotografía (1882-1959)*, Mira, Zaragoza, 1995.
—*Derribar a Franco y la Falange*, tesis doctoral, publicado como *Hasta su total aniquiliación*, Almena, Madrid, 2002. Universidad de Zaragoza, 2001.

MARTÍNEZ DE CAMPOS, Carlos, *Ayer, 1931-1953*, Instituto de Estudios Políticos, Madrid, 1970.
MARTÍNEZ ESPARZA, J., *Con la División Azul en Rusia*, Ejército, Madrid, 1943.
MARTÍNEZ FERNÁNDEZ, E., «Aspectos de la lucha contra guerrillas», *Ejército*, julio, 1983.
MARTÍNEZ LEAL, A., *El asedio del Alcázar de Toledo (Memoria de un testigo)*, Ed. Católica Toledana, Toledo, 1968.
MASSOT I MUNTANER, *Vida i miracles del «conde Rossi»*, Publicaciones Abadía de Montserrat, Barcelona, 1988.
MAYORAL MASSOT, Diego, *Viejos consejos para nuevos oficiales*, Sufraf, Barcelona. S. F.
MAZARRASA, *Los carros de combate en España*, San Martín, Madrid, 1977.
MÉNDEZ-LEITE, F., *Historia del cine español*, Rialp, Madrid, 1965.
MÉRIDA, María, *Mis conversaciones con los generales*, Plaza y Janés, Barcelona, 1979.
MIGUEL, Amando de, *Sociología del franquismo*, Euros, Barcelona, 1975.
MINA, Francisco, *Las sombras del poder. Los Servicios Secretos de Carrero a Roldán*, Espasa, Madrid, 1995.
MIR CURCÓ, Conxita (coor.), *La represión bajo el franquismo*, Colección Ayer, 43, Marcial Pons, Madrid, 2001.
—*Vivir es sobrevivir. Justicia, orden y marginación en la Cataluña rural de posguerra*, Milenio, Madrid, 2001.
MOA, Pío, *Mitos de la guerra civil*, La Esfera de los libros, Madrid, 2003.
MONTERO, Feliciano, *El movimiento católico en España*, Eudema, Salamanca, 1993.
MONTOLIU, Pedro, *Madrid en la Guerra Civil*, Ediciones Sílex, Madrid, 1988.
MORALES LEZCANO, Víctor, *España en el norte de África: El protectorado en Marruecos (1912-56)*, UNED, Madrid, 1986.
—*Historia de la no-beligerancia española durante la segunda guerra mundial*, Mancomunidad de Cabildos, Las Palmas, 1980.
MORENO GÓMEZ, Francisco, «El terrible secreto del franquismo», en *La aventura de la Historia*, enero, 1999.

MORENO JULIÁ, Xavier, *Falangismo y División Azul*, tesis doctoral inédita, Universidad de Barcelona, 2002.
MORENTE VALERO, Francisco, *La escuela y el Estado Nuevo. La depuración del Magisterio Nacional*
*(1936-1943)*
, Ámbito, Valladolid, 1997.
MORODO, Raúl, *Acción Española, una introducción al pensamiento político de la extrema derecha*, Alianza Editorial, Madrid, 1985.
MOSCARDÓ ITUARTE, J., *Diario del Alcázar*, Atlas, Madrid, 1943.
MUNILLA GÓMEZ, Eduardo, «Consecuencia de la lucha de la Guardia Civil contra el bandolerismo en el período
1942-52
», en *Revista de Estudios Históricos de la Guardia Civil*, Madrid, n.º 1, 1968.
MUÑOZ ALONSO, Alejandro, *El terrorismo en España*, Barcelona, Planeta, 1982.

NERÍN, Gustau, *Les campanyes del Marroc com a precedent de dels militars africanistes a la guerra civil española*
*l'actuació*
, tesis doctoral inédita, Universidad de Barcelona, 2003.
NERÍN, Gustau y BOSCH, Alfred, *El Imperio que nunca existió. La aventura colonial discutida en Hendaya*, Plaza, Barcelona, 2001.
NEVILLE, E, *Frente de Madrid*, Espasa Calpe, Madrid (Agotado).

OEHLING, Herman, *La función política del Ejército*, Instituto de Estudios Políticos, Madrid, 1967.
OLMEDA GÓMEZ, José Antonio, *Las Fuerzas Armadas en el Estado Franquista*, El Arquero, Madrid, 1988.
ORIOL Y URQUIJO, Antonio María de, *La vocación militar en la España actual*, Madrid, 1967.
—*Institucionalización política del Ejército*, Escuela de Estudios Jurídicos del Ejército, Madrid, 1969.

PATO MOVILLA, Manuel, *La subversión y las fuerzas armadas*, Compañía bibliográfica española, Madrid, 1969.
PATRÓN DE SOPRANIS, A. *Burlando el bloqueo rojo. El primer salto del Estrecho*, Jerez Industrias, Jerez de la Frontera S. F.
PAYNE, Stanley G., *Politics and the Military in Modern Spain*, Standford, 1967. [Traducción española: *Los militares y la política en la España contemporánea*, Ruedo Ibérico, París,

1968.]
—*Ejército y sociedad en la España liberal,*
*1808-1936*
, Akal, Madrid, 1977.
—*Falange, Historia del fascismo español*, Sarpe, Madrid, 1985.
—*El régimen de Franco*, Alianza Editorial, Madrid, 1987.
PÉCKER, Beatriz, y PÉREZ GRANGE, Carlos, *Crónica de la aviación española*, Ediciones Sílex, Madrid, 1998.
PÉREZ SOLÍS, O., *Sitio y defensa de Oviedo*, Valladolid, 1938.
PIRIS, Alberto, *Militar y demócrata*, Barcelona, Grijalbo, 1993.
PONCE ALBERCA, Julio y LAGARES GARCÍA, Diego, *Honor de Oficiales*, Editorial Carena, Barcelona, 2002.
PONS PRADES, Eduardo, *Guerrillas españolas,*
*1936-1960*
, Planeta, Barcelona, 1977.
PORTERO, Florentino, *Franco aislado: la cuestión española,*
*1945-1950*
, Aguilar, Madrid, 1991.
PRESTON, Anthony,. *Fighting Ships of World War II*
*Jane's*
, Crescent Books, Nueva York, 1989.
PRESTON, Paul, *Palomas de Guerra*, Plaza y Janés, Barcelona, 2001.
—*Franco*, Grijalbo, Barcelona, 1994.
—*La política de la venganza. El fascismo y el militarismo en la España del siglo XXI*, Península, Barcelona, 1997.
—*Las Derechas españolas en el : autoritarismo, fascismo y golpismo*
*siglo XX*
, Sistema, Madrid, 1986.
—*Juan Carlos, el rey de un pueblo*, Plaza y Janés, Barcelona, 2003.
PRESTON, Paul *(et alii), España en crisis: La evolución y decadencia del régimen de Franco*, Fondo de Cultura Económica, Madrid-México, 1978.
PROCTOR, Raymond, *Agonía de un neutral*, Editora Nacional, Madrid, 1972.
PUELL DE LA VILLA, Fernando, *Gutiérrez Mellado. Un militar del*
*siglo XX*
*(1912-1995)*
, Biblioteca Nueva, Madrid, 1997.
—*Historia del Ejército en España*, Alianza Editorial, Madrid, 2000.
PUENTE, Moisés, *Yo, muerto en Rusia. Memorias del Alférez Ocañas*,

Ed. del Movimiento, Madrid, 1954.

REIG TAPIA, Alberto, *Ideología e historia,* Akal, Madrid, 1984.
—*Violencia y terror*, Akal, Madrid, 1990.
—*Franco «Caudillo»: mito y realidad,* Tecnos, Madrid, 1995.
REIN, R., *La salvación de una dictadura (Alianza Franco-Perón, 1946-1955)*
, CSIC, Madrid, 1995.
REINLEIN, Fernando, *Capitanes rebeldes*, La Esfera de los libros, Madrid, 2002.
REPARAZ, A. de y «TRESGALLO DE SOUZA» (M. García Venero), *Desde el cuartel general de Miaja al Santuario de Santa María de la Cabeza*, Afrodisio Aguado, Valladolid, 1937.
RISCO, A., *La epopeya del Alcázar de Toledo*; Hermandad de los Defensores del Alcázar de Toledo, Toledo, 1992.
RISQUES, Manel y BARRACHINA, Manel, *Procés a la Guàrdia Civil. Barcelona 1939*, Pórtic, Barcelona, 2001.
RIVAS GÓMEZ, Fernando, «La Guardia Civil en el siglo XX
», en *La Guardia Civil Española*, Dirección General de la Guardia Civil, Madrid, 1994.
RODAO, Florentino, *Franco y el imperio japonés, imágenes y propaganda en tiempos de guerra*, Plaza y Janés, Barcelona, 2002.
RODRIGO, Javier, *Los campos de concentración franquistas*, Siete Mares, Madrid, 2003.
RODRÍGUEZ, Julio, *Memorias de un ministro de Carrero Blanco*, Planeta, Barcelona, 1974.
RODRÍGUEZ DE VIGURI, Luis, «Despedidas vergonzosas», *Historia-16*, extra n.º 9, 1992.
RODRÍGUEZ JIMÉNEZ, José L
., «La historia como complot», *Clío*, septiembre, 2002.
ROMANONES, conde de, *El Ejército y la política*, Renacimiento, Madrid, 1920.
ROMERO, Ana, *Historia de Carmen*, Planeta, Barcelona, 2002.
ROMEU ALFARO, Fernanda, *La agrupación guerrillera de Levante*, Edicions Alfons el Magnànim, Valencia, 1987.
ROVIGHI, Alberto y STAFANI, Filippo, *La partecipazione italiana all…*
RUIZ ALBÉNIZ, V., *En Gijón hubo un Simancas*.

SABÍN, José Manuel, *Prisión y muerte en la España de posguerra*, Anaya & Mario Muchnik, Madrid, 1996.
SÁINZ RODRÍGUEZ, Pedro, *Un reinado en la sombra*, Planeta, Barcelona, 1981.
SALAS LARRAZÁBAL, Ramón, *El Protectorado de España en Marruecos*, Mapfre, Madrid, 1992.
SALAS LÓPEZ, Fernando de, *Escritores militares contemporáneos*, Editora Nacional, Madrid, 1967.
—*Español, conoce a tus Fuerzas Armadas*, Madrid, 1987.
SALVADOR, Tomás, *División 250*, Destino, Barcelona, 1970.
SÁNCHEZ DELEITO, Domingo N., *La evolución de la Justicia Militar en España*, M. P.H. O.E., Madrid, 1979.
SÁNCHEZ FERNÁNDEZ, Agustín, *Maquis y Pirineos. La gran invasión (1944-1945)*, Milenio, Madrid, 2001.
SANMARTÍN, Juan Ignacio, *Servicio especial: a las órdenes de Carrero Blanco*, Planeta, Barcelona, 1983.
SANTAMARÍA, Ramiro, *Ifni-Sáhara, la guerra ignorada*, Dyarsa, Madrid, 1984.
SECO SERRANO, Carlos, *Militarismo y civilismo en la España contemporánea*, Instituto de Estudios Económicos, Madrid, 1984.
SERRANO, Secundino, *Maquis. La guerrilla antifranquista*, Temas de Hoy, Madrid, 2001.
—*La guerrilla antifranquista en León (1936-1951)*, Junta de León y Castilla. Consejería de Educación y Cultura, 1986.
SERRANO, Rodolfo y Daniel, *Toda España era una cárcel*, Aguilar, Madrid, 2002.
SERRANO SUÑER, Ramón, *Entre Hendaya y Gibraltar*, Madrid, 1947.
—*Entre el silencio y la propaganda, la historia como fue*, Memorias, Planeta, Barcelona, 1977.
SILVA, C. de, *General Millán-Astray*, AHR, Barcelona, 1956.
SILVA, Emilio y MACÍAS, Santiago, *Las fosas de Franco*, Temas de Hoy, Madrid, 2003.
SINTES OBRADOR, Francisco, *Espíritu, técnica y formación militar*, Cultura Hispánica, Madrid, 1951.
—*La Milicia como tema de nuestro tiempo*, Cultura Hispánica, Madrid, 1955.

SOLAR, David, «Punto final», *La Aventura de la Historia*, enero, 2003.
SOLÉ I SABATÉ,
Josep M
. (dir.), *Història de la presó Model de Barcelona*, Pagés Editors, Lleida, 2000.
SOLÉ I SABATÉ,
Josep M
. y VILLARROYA FONT, Joan, *militar de Catalunya*
*L'ocupació*
,
L'Avenç
, Barcelona, 1987.
SOPENA GARRETA, Juan, *Historia del armamento español*, Talleres gráficos L
. E., Madrid, 1978.
SUÁREZ JÁUDENES, P., *Introducción al estudio de la reforma de las instituciones militares*, Escuela de Guerra Naval, Madrid, 1945.
SUBINSPECCIÓN DE LA LEGIÓN, *La Legión española, 50 años de historia*, Madrid, 1973.
SUEIRO, Daniel, *La verdadera historia del Valle de los Caídos*, Ediciones Sedmay, Madrid, 1977.
SUERO ROCA, Mª Teresa, *Los generales de Franco*, Bruguera, Barcelona, 1975.

TAMAMES, Ramón, *La República. La Era de Franco*, Alianza, Madrid, 1975.
THOMÀS, Joan Mª, *Lo que fue la Falange*, Plaza y Janés, Barcelona, 1999.
—*La Falange de Franco*, Plaza y Janés, Barcelona, 2001.
TOGORES, Luis E., *Millán-Astray, legionario*, La Esfera de los libros, Madrid, 2003.
TORRE ENCISO, C. y Muro Zegri, D., *La marcha sobre Barcelona*, Ed. Nacional, Madrid, 1939.
TORRE GÓMEZ, Hipólito de la (ed.), *Fuerzas Armadas y poder político en el de Portugal y España*
*siglo XX*
, UNED, Mérida, 1966.
TORRES, Rafael, *Víctimas de la victoria*, Oberón, Madrid, 2002.
—*Desaparecidos de la guerra civil*, La Esfera, Madrid, 2002.
TUSELL, Javier, *Juan*
*Carlos I*

, Arlanza Editores, Madrid, 2003.
TUSELL, Javier y GARCÍA QUEIPO DE LLANO, Genoveva, *Franco y Mussolini*, Planeta, Barcelona, 1985.
—*Carrero. La eminencia gris del régimen*, Temas de Hoy, Madrid, 1993.

UNIÓN MILITAR DEMOCRÁTICA, *Los militares y la lucha por la democracia*, s. e, 1983.
UREÑA, Gabriel, *Arquitectura y Urbanística Civil y Militar en el Período de la Autarquía*
*(1936-1945)*
, Istmo, Madrid, 1979.

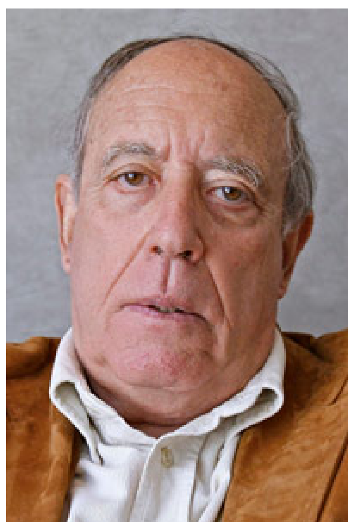
VADILLO, Fernando, *Orillas del Volga*, Marte, Barcelona, 1967.
—*Arrabales de Leningrado*, Marte, Barcelona, 1971.
—*Krasny Bor*, Marte, Barcelona, 1975.
—*Balada final de la División Azul*, Dyrsa, Madrid, 1984.
VALLS, Xavier, *Neonazis en España*.
VELASCO MURVIEDRO, Carlos, «Sucedáneos de posguerra», *Historia-16*, 131.
VIDAL, César, *José Antonio. La biografía no autorizada*, Anaya & Mario Muchnik, Madrid, 1996.
VIDAL SALES, José Antonio, *La guerrilla antifranquista*, ATE, Barcelona, 1976.
VIGÓN SUERODÍAZ, Jorge, *Estampa de capitanes*, Cultura española, Madrid, 1940.
—*Hay un estilo militar de vida*, Editora Nacional, Madrid, 1943.
—*Milicia y política*, Instituto de Estudios Políticos, Madrid, 1947.
—*Milicia y regla militar*, Ediciones y Publicaciones Españolas, Madrid, 1949.
—*Teoría del militarismo*, Rialp, Madrid, 1955.
—*Lealtad, discrepancia y traición*, Ateneo, Madrid, 1956.
VILA IZQUIERDO, Justo, *La guerrilla antifranquista en Extremadura*, Universitas, Badajoz, 1986.
VILANOVA, Santi, «La bomba atómica de Franco», *Playboy*, n.º 93, septiembre 1986, p. 24.
VILAR, Juan B., *El Sáhara español, Historia de una aventura colonial*, Sedmay, Madrid, 1967.
VILAR, Sergio, *Historia del antifranquismo*, Plaza y Janés, Barcelona, 1984.
VILLACAMPA, C. G., *El cerco de Teruel*, El Noticiero, Zaragoza, 1938.
VIÑAS, Ángel, *Los pactos secretos de Franco con Estados Unidos*,

Grijalbo, Barcelona, 1981.

VIVER PI-SUNYER, Carles, *El personal político de Franco (1936-1945)*, Vicens-Vives, Barcelona, 1978.

YNFANTE, Jesús, *El Ejército de Franco y de Juan Carlos*, Ruedo Ibérico, París, 1976.

YUSTA RODRIGO, Mercedes, *La guerra de los vencidos. El maquis en el Maestrazgo turolense, 1940-1950*, Institución Fernando el Católico, Diputación Provincial de Zaragoza, Zaragoza, 1999.



GABRIEL CARDONA ESCANERO (Villacarlos, Menorca, 1938 – Barcelona, 5 de enero de 2011). Cardona pertenecía a una familia de militares y además de cursar la carrera militar para seguir la tradición familiar, se doctoró en Historia por la Universidad de Barcelona. Su oposición al franquismo le llevó a formar parte del grupo fundacional de la Unión Militar Democrática, y dejó el Ejército tras el intento de golpe de Estado del
23-F
para dedicarse a la enseñanza de la Historia en la Universidad de Barcelona. Entre la abundante bibliografía creada por Cardona destacan libros como *El poder militar en la España contemporánea hasta la guerra civil* (1983), *Franco no estudió en West Point* (2002), *El gigante descalzo: El ejército de Franco* (2003) o *Los Milans del Bosch: Una familia de armas tomar* (2005). También escribió *Historia militar de una guerra civil* (2006), *El poder militar en el franquismo* (2008), *Alfonso XIII, el rey de espadas* (2010) y *Cuando nos reíamos del miedo* (2010).

# Notas

**Capítulo I**
**EL ESPEJO DE BLANCANIEVES**

[1] Desfilaron 120 000 hombres, 200 baterías de artillería de campaña, 25 de contracarros, 20 antiaéreas, 27 escuadrones de Caballería, 2 compañías de ametralladoras, 150 carros de combate y 3000 automóviles. < <

[2] Publicó unas memorias de guerra: Fernández de Córdoba, Fernando, *Memorias de un soldado locutor*. < <

[3] Para disimular que se concedía la Laureada a sí mismo, cedió el poder por unas horas al vicepresidente, general Dávila, y, una vez otorgada la condecoración, recuperó sus funciones. < <

[4] Cervera Gil, Daniel, «La Quinta Columna en Madrid», *Historia, Antropología y Fuentes Orales*, Barcelona, n.º 17. Los nacionales publicaron en los primeros años: Borrás, T., *Checas de Madrid: Epopeya de los caídos*; Fernández Arias, A., *Madrid bajo el terror*; Fonteriz, L., *Red Terror in Madrid*; Foxá, A. de, *Madrid de corte a checa*; Huidobro Pardo, L., *Del Madrid rojo*; Neville, E., *Frente de Madrid*; Fernández Florez, W., *Una isla en el mar rojo*; Giménez Caballero, E., *Madrid nuestro*; Fernández Arias, A., *La agonía de Madrid*, Zaragoza, 1948; Montoliu, Pedro, *Madrid en la Guerra Civil*. <<

[5] Keene, Judith, *Luchando por Franco*. < <

[6] Keene, Judith, *Luchando por Franco*. Appert, Michael, «Los voluntarios extranjeros del Caudillo», *La aventura de la Historia*, n.º 51, enero 2003. < <

[7] El Meroun, Mustafá, *El Cuerpo de Ejército Marroquí*; Madariaga, María Rosa de, *Los moros que trajo Franco*. <<

[8] Soldados indígenas. <<

[9] Según Mustafá el Meroun, la figura del «niño dormido» no era nueva y correspondía a una antigua tradición guerrera musulmana. < <

[10] Al acabar la guerra civil, el Ejército de Tierra contaba con 60 divisiones, que totalizaban:

| PERSONAL | | ARMAMENTO | |
|---|---|---|---|
| Infantería | 840.000 | Fusiles | 1.010.000 |
| Caballería | 15.500 | Mosquetones | 41.000 |
| Artillería | 19.000 | Carabinas | 3.000 |
| Ingenieros | 11.000 | Pistolas | 36.000 |
| Servicios | 68.000 | Fusiles ametrallador | 22.000 |
| Marroquíes | 35.000 | Ametralladoras | 13.000 |
| CTV | 32.000 | Morteros | 7.600 |
| Total | 1.020.500 | Carros de combate | 651 |
| PIEZAS DE ARTILLERÍA | | | |
| Contracarros | 373 | Campaña | 2.453 |
| Costa | 362 | Antiaérea | 54 |

**A este material debía sumarse el existente en parques y depósitos, así como el enorme botín de guerra. *El Gobierno informa*. Para el detalle del armamento llegado a España durante la guerra ver: Alcofar Nassaes, José Luis, «Las armas de ambos bandos en la guerra civil», en *Historia 16*, tomo 10, pp. 84-101, Madrid, 1986-1987.** <<

[11] Los alemanes de la legión Cóndor embarcaron en Vigo hacia Alemania y, el 6 de junio, hicieron su solemne entrada en Berlín. Los italianos del CTV embarcaron en Cádiz rumbo a Nápoles el 31 de mayo y su aviación de Mallorca partió el 13 de junio. El 4 de junio fueron despedidos en Salamanca los *Viriatos portugueses*. < <

[12] Ver Madariaga, Mª Rosa, *Los moros que trajo Franco*. < <

[13] Togores, Luis E., *Millán-Astray*. <<

[14] Prólogo de la Segunda parte de *El Ingenioso Hidalgo Don Quijote de la Mancha*. Cervantes, «Prólogo», *Don Quijote de La Mancha*, ed. de Martín de Riquer, Cupsa, Barcelona, 1974. < <

[15] Cardona, G., *El poder militar en España*. <<

[16] Balfour, Sebastián, *Abrazo mortal. De la guerra colonial a la guerra civil en España*. <<

[17] La escala de complemento, creada al amparo de la Ley de 1912, en 12 años apenas produjo 2000 oficiales. < <

[18] No siempre se llamaron así; con el tiempo se alternaron las denominaciones de suboficial, brigada, sargento primero y sargento; la República introdujo otras como subayudante y abanderado. < <

[19] Hasta 1931, la tropa se dividía en clases de primera categoría (brigadas y sargentos) y de segunda (cabos y soldados). <<

[20] La sublevación se inició en Melilla en la tarde del 17 de julio; inmediatamente fueron clausuradas la casa del pueblo y el casino de clases (suboficiales). La medida se extendió luego a las demás ciudades sublevadas. < <

[21] La única posibilidad de ascender a oficial era ingresar en el Cuerpo Auxiliar de Oficinas Militares, creado el 16 de octubre de 1941. Más adelante, se ampliaron las posibilidades con la escala auxiliar y la academia de suboficiales. <<

[22] La Orden del 31 de octubre de 1939 concedió a los jefes y oficiales autorización para vestir de paisano. Hasta el 31 de agosto de 1941 no se extendió a los suboficiales. < <

[23] Un coronel descendiente de una importante familia militar me aseguró: «Todos los follones del Ejército los han creado siempre los sargentos»; otro me dijo que el Ejército norteamericano no era de fiar porque «está mandado por sargentos». < <

[24] Se llamó así a la conversión en profesional mediante cursos especiales. < <

[25] Ya el 26 de febrero de 1940 se habían convocado otras 6000 plazas de Guardia Civil para excombatientes ordinarios. < <

[26] En aquella época, las categorías militares inferiores eran: soldado, cabo y sargento; los guardias civiles eran soldados profesionales, aunque sus familias recibían consideración superior en los hospitales y otras cuestiones sociales del Ejército. <<

[27] Se llamaba *requetés a los milicianos carlistas* y *margaritas* a las mujeres componentes de la rama femenina. < <

[28] Los batallones de falangistas se llamaron *banderas* y los de requetés, *tercios*. Todos estos milicianos vestían el uniforme militar con el añadido de la camisa y el gorro azul, los primeros, y la boina roja, los segundos. Existió por algún tiempo un pequeño núcleo de milicianos monárquicos de Renovación Española. < <

[29] El Sagrado Corazón había sido popularizado por los legitimistas franceses, como símbolo reaccionario contra la Revolución. De ellos lo adoptaron los carlistas, aunque no en exclusiva, porque también fue ampliamente utilizado por el catolicismo español no carlista. < <

[30] En 1936, el «Cuerpo de Oficiales Moros» contaba con 49 oficiales de primera, 16 de segunda y 5 *fokaha* en Infantería y 10 de primera y 7 de segunda en Caballería. El *fokaha* era una especie de capellán a razón de uno por regimiento. < <

[31] Arce, Carlos de, *Historia de la Legión española*. < <

[32] En 1936, la escala legionaria sólo contaba con dos capitanes y ocho tenientes, cuatro de éstos procedían de Europa oriental. Nicolás Ragosini Dejman y Michel Kryguine Melokanov servían en Aviación y Dimitri Ivanof y Dimitri Grigoriff Ibanoff prestaban servicio en la II Legión de Melilla. <<

[33] El cuerpo tomó tal significado simbólico que el escritor fascista Eugenio Ernesto Giménez Caballero escribió un libro llamado *La Infantería española*. < <

[34] Morodo, Raúl, *Acción Española, una introducción al pensamiento político de la extrema derecha.* < <

[35] Juan Vigón era un competente oficial del Estado Mayor, ayudante de Alfonso XIII y ministro del Aire entre 1940 y 1945; intervino en la preparación del pacto con Estados Unidos. <<

[36] Vigón, Jorge, *Historia de la artillería española*, Consejo Superior de Investigaciones Científicas, Madrid, 1947. < <

[37] Nunca tuvo el hábito de la lectura. Cuando murió, muchas personas que visitaron el palacio de El Pardo se sorprendieron de que un hombre que había gobernado España durante cuarenta años careciera de biblioteca o, por lo menos, de un conjunto de libros de consulta. < <

[38] Como principales libros de historia de la guerra civil publicados en España durante esta época, figuran Arrarás, J.; Pérez Bustamante, C. y Sáenz de Tejada, C., *Historia de la Cruzada Española*; Aznar, M., *Historia Militar de la guerra de España (1936-1939)* y *Política de Inglaterra y España*; Cavero y Cavero, R., *Con la segunda bandera en el frente de Aragón*; Cossío, F. de., *Guerra de salvación. Del frente de Madrid al de Vizcaya*; Duval, general, *Enseñanzas de la guerra de España*; Enciso, E., *Villarreal, su cerco y su defensa*; Esteban Infantes, J., *Navarra y García Escámez*; García Morato, J., *Guerra en el aire*; Lojendio, L. M. de. *Operaciones militares de la guerra de España*; Patrón de Sopranis, A., *Burlando el bloqueo rojo. El primer salto del Estrecho*, y Torre Enciso, C. y Muro Zegri, D., *La marcha sobre Barcelona.* <<

[39] López Muñiz, teniente coronel, *La batalla de Madrid* ;Moscardó Ituarte, J., *Diario del Alcázar*; Kindelán, A., *Mis cuadernos de guerra*; y García Valiño, R., *Guerra de liberación española. Campaña de Aragón y el Maestrazgo. Batalla de Teruel. Batalla del Ebro (1938-1939)*
.<<

[40] Las principales obras sobre este tema publicadas en la España de la época son Borrás, T., *Checas de Madrid: Epopeya de los caídos*; Díaz de Entresotos, B., *Seis meses de anarquía en Extremadura*; Fernández Arias, A., *Madrid bajo el terror*; Ferrandis Luna, S., *Valencia roja*; Gómez Bajuelo, G., *Málaga bajo el dominio rojo*, y Huidobro Pardo, L., *Del Madrid rojo*. <<

[41] Altabella Gracia, Pedro P., *El catolicismo de los nacionalistas vascos*; Castro Albarrán, A., *Guerra Santa: El sentido católico de la guerra española*, y *La gran víctima: La Iglesia española, mártir de la revolución roja*; Centro de Información Católica Internacional, *El clero y los católicos vasco-separatistas y el movimiento nacional*; Claudel, P., *A los mártires españoles*; y Goma y Tomás, I., *Por Dios y por España*. <<

[42] Ver el informe «Las responsabilidades de la guerra civil», *La aventura de la Historia*, Madrid, abril, 1999. < <

[43] Tribunales militares. <<

[44] Generales fusilados por los sublevados en 1936: Manuel Romerales (Melilla), Enrique Salcedo y Rogelio Caridad Pita (La Coruña), Miguel Campins (Granada), Domingo Batet (Burgos), Miguel Núñez de Prado (Zaragoza, asesinado sin juicio) y almirante Antonio Azarola (El Ferrol). <<

[45] Primo hermano de Franco. <<

[46] Alto comisario en Marruecos. < <

[47] Altos mandos que no secundaron la sublevación, pero tampoco la combatieron. < <

[48] Bahamonde, Ángel y Cervera, Javier, *Así terminó la guerra de España*.<<

[49] Generales republicanos fusilados después de la guerra: José Aranguren (Valencia), Antonio Escobar (Barcelona, coronel en 1936), Joaquín Pérez Salas y Manuel Pérez Salas (Almería, tenientes coroneles en 1936), José Martínez Cabrera (Madrid) y el almirante Camilo Molins. < <

[50] Los más célebres fueron el teniente de Artillería Manuel Gutiérrez Mellado, que llegó a ministro de Defensa, y el cadete de Infantería Constantino Ortín Gil, asesinado por ETA cuando era gobernador militar de Madrid. Otros se libraron pasándose a los nacionales durante la guerra, como los tenientes Tomás García Rebull o Manuel Nadal Romero, que llegaron a teniente general. <<

[51] Ver Llarch, Joan, *Campos de concentración*. <<

[52] Comprobación personal, tras analizar los expedientes personales. < <

[53] Ver las memorias de Font i Romagosa, Joan, *Soldat de dos exèrcits*. También se encuentran testimonios dispersos en las obras de Josep Benet. < <

[54] Es un cabo que, en cada compañía, gestiona los servicios, la distribución del pan y el material. < <

[55] Entrevista con Josep Benet. < <

[56] El Código de Justicia Militar prohibía y castigaba los malos tratos, sin embargo éstos persistían informalmente. En cambio, en las tropas coloniales tenían carácter formal, los marroquíes eran azotados y los legionarios soportaban inhumanas torturas en los pelotones de castigo. <<

[57] Tamames, *La República…* Biescas, «Estructura…». < <

[58] Reunión mensual del coronel con los jefes y capitanes para supervisar el funcionamiento administrativo de la unidad. < <

[59] De Miguel, A., *Sociología del*… Viver Pi-Sunyer, Carles, *El personal.* < <

[60] Desde abril de 1937, carlistas y falangistas habían sido unificados en el partido único, FET y de las JONS. <<

[61] En los primeros 10 años los militares ocuparon el 42,8 por ciento de las carteras ministeriales, el 38,4 por ciento de FET y JONS y el 22,9 por ciento de todos los altos cargos civiles. En los tribunales especiales eran el ciento por ciento de los presidentes y el 36,2 por ciento de los restantes miembros. Viver Pi-Sunyer, *op. cit.* <<

[62] Andrés-Gallego, José y Llera Esteban, Luis de, «Hambre y política…». <<

[63] Cervantes, obra cit., cap. 38 («Discurso de las armas y las letras»)… < <

[64] Romanones, conde de, *El Ejército y*… < <

[65] Los alféreces cobraban 333 pesetas mensuales, algo más que los soldados y milicianos republicanos. < <

[66] El anterior mote del chusco había sido *municio* o *muni*, derivado de su nombre oficial antiguo: pan de munición. < <

[67] Blanco Escolá, Carlos, *La Academia General Militar*… Es también muy útil el segundo tomo de Barea, Arturo, *La forja*… < <

[68] Piso superior donde estaban las localidades más baratas y era frecuentado por la tropa. < <

[69] Dominio del cabo furriel, encargado de distribuir el pan y los materiales. < <

[70] El Gobierno republicano de 1936 tenía un Ministerio de la Guerra y otro de Marina, la Junta Técnica del Estado de los sublevados, una secretaría de Guerra con secciones de Tierra, Mar y Aire, el Gobierno de Burgos de 1938 un Ministerio de Defensa. < <

[71] García de la Escalera, Inés, *El general Varela*. < <

[72] En febrero de 1938, Franco organizó en Burgos su primer Gobierno y allí residieron sus ministerios hasta terminar la guerra. <<

[73] La República suprimió los grados de capitán general y teniente general. En 1936, la Junta de Generales Sublevados nombró a Franco capitán general, pero él tardó tres años en restaurar el grado de teniente general. < <

[74] Decretos de 1939: licenciamiento reemplazos de 1927, 1928, y 1929; 15 de mayo, restauración del grado de teniente general y nombramientos; 4 de junio, la transformación de oficiales provisionales y de complemento en profesionales; 4 de julio, restablecimiento de las 8 regiones militares tradicionales. <<

[75] Entre 1936 y 1938, la Junta Técnica del Estado contó con una Secretaría de Guerra, con secciones de Tierra, Mar y Aire. En el Gobierno de 1938-1939 existió un Ministerio de Defensa cuyo titular fue el general Dávila. < <

[76] Como presidente de Gobierno, Franco contaba con la Subsecretaría de Presidencia, el Alto Estado Mayor y la Junta de Defensa Nacional, que nunca convocó. < <

[77] Con el fin de suprimir los últimos vestigios de la obra de Azaña, todos los mandos regionales de la Península e islas recuperaron el antiguo nombre de capitanías generales y se restauraron los gobiernos militares. <<

[78] Por orden del 18 de abril de 1940, eran vocales natos los jefes de las capitanías generales o grandes unidades y el secretario general del Ministerio y vocales ocasionales los tenientes generales con destino, el jefe del Ejército de Marruecos, el presidente del Consejo Supremo de Justicia Militar, todos los capitanes generales, el jefe del Estado Mayor del Ejército y el director general de la Guardia Civil. < <

[79] Elaboración propia basada en *Datos básicos para la Historia Financiera de España…*

PRESUPUESTOS DURANTE LA SEGUNDA GUERRA MUNDIAL
ORDINARIO, EXTRAORDINARIO Y ATRASOS DE GUERRA

**Año 1941**

| *Adminis+Def Civil* | *EJÉRCITO* | *Marina* | *Aviación* | *Suma Defensa* |
|---|---|---|---|---|
| 1.693 | 2.624.923 | 403.235 | 430.352 | 3.460.203 |

| *Guardia Civil* | *Policía* | *PRESUPUESTO* | *Defensa por ciento* | *FOP por ciento* |
|---|---|---|---|---|
| 355.041 | 434.396 | 9.828.643 | 35,20 | 8,03 |

| *ET Adquisiciones* | *ET Sueldos* | *ET Adq/Suel por ciento* | *EJÉRCITO* |
|---|---|---|---|
| 766.988 | 1.282.263 | 0,59 | 26,70 |

**Año 1942**

| *Adminis+Def Civil* | *EJÉRCITO* | *Marina* | *Aviación* | *Suma Defensa* |
|---|---|---|---|---|
| 1.913 | 2.882.170 | 480.437 | 436.925 | 3.802.106 |

| Guardia Civil | Policía | PRESUPUESTO | Defensa por ciento | FOP por ciento |
|---|---|---|---|---|
| 376.108 | 413.665 | 10.509.786 | 36,17 | 7,50 |

| ET Adquisiciones | ET Sueldos | ET Adq/Sud por ciento | EJÉRCITO |
|---|---|---|---|
| 1.206.162 | 1.154.637 | 1,04 | 17,42 |

**Año 1943**

| Adminis+Def Civil | EJÉRCITO | Marina | Aviación | Suma Defensa |
|---|---|---|---|---|
| 14.680 | 5.275.748 | 1.224.852 | 1.045.046 | 7.560.326 |

| Guardia Civil | Policía | PRESUPUESTO | Defensa por ciento | FOP por ciento |
|---|---|---|---|---|
| 561.472 | 466.037 | 16.587.013 | 45,60 | 6,19 |

| ET Adquisiciones | ET Sueldos | ET Adq/Sud por ciento | EJÉRCITO |
|---|---|---|---|
| 2.822.691 | 1.053.266 | 2,73 | 31,80 |

**Año 1944**

| Adminis+Def Civil | EJÉRCITO | Marina | Aviación | Suma Defensa |
|---|---|---|---|---|
| 3.890 | 4.167.888 | 1.016.955 | 1.004.903 | 6.193.636 |

| Guardia Civil | Policía | PRESUPUESTO | Defensa por ciento | FOP por ciento |
|---|---|---|---|---|
| 651.365 | 547.222 | 15.847.408 | 39,10 | 5,56 |

| ET Adquisiciones | ET Sueldos | ET Adq/Sud por ciento | EJÉRCITO |
|---|---|---|---|
| 2.423.584 | 1.105.438 | 2,19 | 26,30 |

**Año 1945**

| Adminis+Def Civil | EJÉRCITO | Marina | Aviación | Suma Defensa |
|---|---|---|---|---|
| 3.860 | 4.767.708 | 777.371 | 600.484 | 6.149.423 |

| Guardia Civil | Policía | PRESUPUESTO | Defensa por ciento | FOP por ciento |
|---|---|---|---|---|
| 485.326 | 453.611 | 14.282.137 | 43,06 | 6,57 |

| ET Adquisiciones | ET Sueldos | ET Adq/Sud por ciento | EJÉRCITO |
|---|---|---|---|
| 2.494.582 | 1.663.112 | 1,49 | 33,38 |

<<

[80] La provisión de destinos fue reglamentada el 4 de julio de 1940. <<

[81] Ponce Alberca, Julio y Lagares García, Diego, *Honor de Oficiales*. <<

[82] Gárate Córdoba, José María, *Alféreces Provisionales*. < <

[83] Perdieron su carrera el 80 por ciento de los maestros, el 70 por ciento de los empleados de correos y telégrafos y el 40 por ciento de los funcionarios de Gobernación. < <

[84] Busquets, Julio, *El militar*… y «Los alféreces…». < <

[85] Había sido disuelto por un decreto de 4 de agosto de 1931. <<

[86] En 1913, sólo 16 coroneles tenían título nobiliario y, en 1930, sólo 11 generales, 2 de ellos pertenecientes a la familia real, mientras que otros muchos eran militares ennoblecidos por el Rey. < <

[87] La segunda división fue entregada al general Gete. <<

[88] Mazarrasa, *Los carros…*, p. 6. < <

[89] Desde la guerra civil, se llama *arma* a la Infantería, Caballería, Artillería e Ingenieros y *cuerpo* a Intendencia, Sanidad, etc. < <

[90] Para la formación de estos ingenieros se creó la Escuela Politécnica el 27 de septiembre de 1940. < <

[91] Armamento y Construcción asumió funciones a cargo de Artillería e Ingenieros, y la Ley de 5 mayo de 1940 organizó a los especialistas como una alternativa al antiguo CASE, de tradición republicana. < <

[92] El Cuerpo de Ingenieros de Armamento y Construcción se estructuró en una rama de Armamento y otra de Construcción, y tres escalas de ingenieros, ayudantes y auxiliares. < <

[93] Cruceros: *Canarias, Almirante Cervera, Galicia, Miguel de Cervantes, Méndez Núñez y Navarra*; destructores: 13 tipo *Ulloa*, 3 tipo *Velasco*, 1 tipo *Melilla*, 1 tipo *Huesca*; submarinos: 2 tipo *Mola* y 3 tipo *D* en construcción. < <

[94] Preston, Anthony, *Fighting ships*…
*Jane's*
< <

[95] Tusell, Javier y García Queipo de Llano, Genoveva, *Franco y Mussolini…* < <

[96] Se organizó como Ejército del Aire por la Ley de 12 de julio de 1940. < <

[97] Pécker, Beatriz, y Pérez Grange, Carlos, *Crónica de la*... <<

[98] Escuelas centrales de Automovilismo, Educación Física, Aplicación de Infantería, Caballería, Artillería e Ingenieros, Politécnica, Superior y de Estado Mayor; en esta última, ingresó aquel mismo otoño la promoción 38, a la que pertenecieron Alamán Ortega, Perez-Viñeta, Coloma-Gallegos, Santiago y Díaz de Mendivil, Sintes Obrador y Gutiérrez Mellado. < <

[99] Contaba con 1400 hombres entre voluntarios españoles, guardias civiles, marroquíes y la compañía de falangistas encargada de la seguridad inmediata. DOE de 11 y 13 enero de 1940. < <

**Capítulo II**
**PASMADOS POR LA «BLITZKRIEG».**

[1] Después de la segunda guerra mundial, el general Von Thoma, que había sido jefe de los carros de combate alemanes en España, manifestó a Liddell Hart que había chocado frecuentemente con las anticuadas ideas de Franco. < <

[2] Llamado oficialmente Panzerkampfwagen I, contaba con dos ametralladoras de 7,92 mm. Al comenzar la campaña de Polonia existían 1445 unidades, que luego fueron dedicadas a entrenamiento o plataforma de armas pesadas. En julio de 1941 quedaban unos 800 Panzer I, que fueron consumiéndose en las campañas de Noruega, los Balcanes y África. Los Panzer II y III montaron una ametralladora y un cañón, de 20 mm el primero y 37 mm el segundo. <<

[3] Eran respectivamente un carro ligero y uno medio, ambos con un cañón de 45 mm y una ametralladora coaxial de 7,62 mm. Intervinieron en la campaña de Finlandia y las primeras fases de la segunda guerra mundial, pero pronto fueron desplazados por el T-34
.<<

[4] Habían enviado a España un centenar de BF 106, bastantes He-111
y sólo tres Stuka, pero una guerra en gran escala requería muchos más. <<

[5] La organización militar polaca se basó en algunas experiencias de la primera guerra mundial y del conflicto de 1922 contra la Unión Soviética. <<

[6] Los alemanes contaban con 158 divisiones, 2887 carros y blindados, 1200 bombarderos y 1100 cazas frente a 42 divisiones polacas con 415 carros y blindados, 155 bombarderos y 150 cazas de calidad muy inferior. < <

[7] Aunque no se produjo ninguna carga masiva de jinetes polacos contra los carros alemanes, la anécdota es universalmente aceptada como cierta. < <

[8] Ver Casanova, Julián, *La Iglesia de Franco*. < <

[9] Cuenca Toribio, José Manuel, *Relaciones Iglesia-Estado*… <<

[10] Doussinague, José María, *España tenía razón*... < <

[11] Preston, Paul, *La política de la…* < <

[12] Yagüe fue inicialmente aliado de Serrano Suñer, con cuyo apoyo fue nombrado ministro del Aire. Ver, Garriga, Ramón, *El general Yagüe*. < <

[13] La condición de excombatiente, excautivo, huérfano, viuda o mutilado de guerra sólo se otorgaba a los miembros del bando franquista. < <

[14] La Ley de 25 agosto de 1939 estableció la provisión de plazas públicas y los porcentajes de reserva. También las empresas privadas debían reservar el 80 por ciento de sus vacantes pera excombatientes. < <

[15] La mayor parte de los oficiales provisionales tenía el grado de alférez, aunque también había tenientes y capitanes, ascendidos por méritos de guerra. <<

[16] Orden de 16 de agosto de 1940. <<

[17] Siempre que fueran abogados o, teniendo aprobados 3 cursos o 9 asignaturas, se comprometieran a terminar la carrera en tres años. < <

[18] Es decir, provisionales, honoríficos y de complemento. < <

[19] DOE 4 febrero 1940 y n.º 14/1940. < <

[20] El cuerpo de maestros había sufrido una intensa depuración. Ver Crespo Redondo, Jesús y otros, *Purga de maestros y…* Morente Valero, Francisco, *La escuela y el Estado Nuevo…* < <

[21] Convocatoria del Ministerio de Justicia, BOE de 16 de noviembre de 1940. <<

[22] Reglamento de 22 de febrero de 1941 para la oposición a notarías. BOE 64/1941. < <

[23] BOE 63/1942. < <

[24] Ver Reig Tapia, Alberto, *Ideología e historia* Akal, Madrid, 1984 y *Violencia y terror*, Akal, Madrid, 1990. Casanova, Julián (coord.), *Morir, matar, sobrevivir*…; Egea Bruno, Pedro María, *La represión franquista*…; Elordi, Carlos, *Los años difíciles*…; Juliá, Santos, *Violencia política en la*… <<

[25] Ver Casas de la Vega, Rafael, *Milicias Nacionales*… y Busquets, Julio, «Los alféreces provisionales…». < <

[26] Para ello se organizó en Zaragoza la Academia de Transformación, ubicada en los locales de la antigua Academia General y donde los capitanes, tenientes y alféreces provisionales fueron tratados como cadetes. < <

[27] González de Mendoza y Peine, Ernesto, «Los ascensos en el Ejército». < <

[28] Rodrigo, Javier, *Los campos de concentración franquistas*.< <

[29] Un Decreto del 2 septiembre de 1941 obligó a ratificar las denuncias ante dos testigos. < <

[30] Ver Egea Bruno, Pedro María, *La represión…* < <

[31] Benet, Josep, *La mort…* < <

[32] Solé Sabaté,
Josep M
. y Villarroya Font, Juan, *militar…*
*L’ocupació*
<<

[33] Ver el informe «Represión, la tragedia oculta», *La aventura de la Historia*, enero, 1999. Solar, David, «Punto final», *La aventura de la Historia*, enero, 2003. < <

[34] Sabín, José Manuel, *Prisión y muerte*… pp. 182-183
.<<

[35] Egea Bruno, Pedro María, *La represión*… < <

[36] Yagüe era un duro jefe legionario que, en 1936, había ejecutado varios miles de prisioneros en Badajoz. < <

[37] Ley de 31 de julio de 1941. < <

[38] La Ley de 23 de junio de 1941 concedió rango militar entre cabo y teniente a los miembros del Servicio de Información y Policía Militar muertos durante la guerra. < <

[39] La Ley de Responsabilidades Políticas del 9 de febrero de 1939 estableció un tribunal nacional con un presidente, dos generales, dos abogados consejeros de Falange y dos magistrados; un jefe presidía los tribunales provinciales y un oficial era juez de instrucción (si era de complemento debía ser abogado), con un suboficial de secretario. <<

[40] Las formaban un jefe del Ejército, un funcionario judicial y un jurídico militar. < <

[41] Orden de Presidencia del Gobierno, BOE n.º 11/1940. <<

[42] BOE 278, 280 y 283 de 1940. <<

[43] Ley de 16 octubre de 1941. <<

[44] Ley de 1 de marzo de 1940. <<

[45] BOE 62 y 94/1940. <<

[46] Ver Rodríguez Jiménez, José L., «La historia como complot»… pp. 31-37. El mismo Franco, con el seudónimo *Jakin Booz*, escribió el libro *Masonería* (Madrid, Gráficas Varela, 1952) y varios artículos en el diario falangista *Arriba*. < <

[47] Ver Ferrer Benimeli, José Antonio, «Franco y sus diablos…». < <

[48] Decreto del 17 de noviembre de 1936 y Ley del 27 de septiembre de 1940. <<

[49] Ley del 12 de julio de 1940. <<

[50] Por aplicación de la Ley de 12 de julio de 1940. <<

[51] Reig Tapia, Alberto, *Franco «Caudillo»*…, < <

[52] Ver: Juliá, Santos (coord.), *Víctimas de la guerra civil*…; Elordi, Carlos, *Los años difíciles*…; Casanova, Julián (coord.), *Morir, matar, sobrevivir*… < <

Serrano, Rodolfo y Daniel, *Toda España era una cárcel…*; Torres, Rafael, *Víctimas de la victoria…* y *Desaparecidos de la guerra civil…*

Mir Curcó, Conxita (coor.), *La represión bajo el franquismo…y Vivir es sobrevivir. Justicia, orden y marginación…*

[53] Viver Pi-Sunyer, Carles, *El personal político*…. < <

[54] Desde el 17 de octubre fue también ministro de Exteriores y desde el 15 de noviembre controló la Falange a través de Pedro Gamero del Castillo. <<

[55] La Milicia se organizó por la Ley de 2 de julio de 1940, promovida por Serrano Suñer. <<

[56] Ver Thomàs, Joan Mª, *La Falange de Franco*… < <

[57] Ley de 15 de marzo de 1940, BOE n.º 77/1940. < <

[58] La Ley de 15 de marzo de 1940 fue complementada por el reglamento militar de 23 de julio de 1942. El Estado Mayor fue creado el 8 de abril de 1940. < <

[59] Rivas Gómez, Fernando, «La Guardia Civil en el siglo XX»… pp. 274-277. <<

[60] Había sido ministro secretario general del Movimiento y jefe directo de la Milicia de Falange, hasta que Serrano Suñer logró que Franco lo cesara y lo enviara al Campo de Gibraltar. < <

[61] Ver Nerín, Gustau y Bosch, Alfred, *El imperio que nunca…* < <

[62] Ley de 28 de junio de 1940. < <

[63] Decreto de 23 de septiembre de 1941. <<

[64] Ley de 23 de junio de 1941. <<

[65] DOE de 3 de agosto de 1941.<<

[66] DOE de 5 de agosto de 1941. < <

[67] Para todo lo referente a la División Azul, resulta esencial Moreno Juliá, Xavier, *Falangismo y División Azul*. < <

[68] La Ley de 23 de junio de 1941 no logró construir ningún carro, a pesar de existir dos prototipos Verdeja y otro de una pieza autopropulsada. < <

[69] El gasógeno era un invento de 1819, que funcionaba con agua y carbón u otro combustible sólido; fue también utilizado en Francia, Italia, Alemania, Dinamarca, Suecia, Noruega y Finlandia. Las marcas más conocidas fueron Luma, Michelin, Renault, Svenlund, Cíclope e Imbert. < <

[70] Decreto de 5 de agosto de 1941. < <

[71] Ley de 2 septiembre de 1941. <<

[72] El campo de concentración Miguel Unamuno (Madrid) recibió a los reclutas de las I, II, III Regiones militares, Canarias y Marruecos; el de Reus a los de las IV, V Regiones y Baleares; el de Miranda de Ebro a los de las VI, VII y VIII Regiones. < <

[73] Ver: Kleingeld, G. R. y Tambs, L. A., *La División Española…* También: Esteban-Infantes, E., *La División Azul…*; Díaz de Villegas, J., *La División Azul…*; Martínez Esparza, J., *Con la División Azul…*; Salvador, T., *División 250…* Vadillo, F., *Orillas del Volga…; Arrabales de Leningrado…; Krasny Bor…; Balada final de la División Azul…* < <

[74] El Estado Mayor Central la denominó oficialmente División Española de Voluntarios. < <

[75] Se trataba de profesionales de los escalones más bajos, que habían sido «republicanos geográficos» y necesitaban una oportunidad para no ser expulsados. Cuatro meses de frente en Rusia les otorgaron la condición de excombatientes, con derecho a concurrir a las oposiciones y concursos como si hubieran hecho la guerra con el bando franquista. Decreto de 7 de mayo de 1942. <<

[76] Fueron designados cuatro coroneles de Infantería para reclutar sus respectivos regimientos: Miguel Rodrigo Martínez (Madrid), Pedro Pimentel Zayas (Valladolid, Burgos, La Coruña, Valencia), José Vierna Trápaga (Cataluña y Valencia), José Martínez Esparza (sur de España). <<

[77] Los voluntarios se sorprendieron cuando, al terminar la campaña, les entregaron sendas cajas de cartón donde estaba su uniforme español, perfectamente limpio y planchado. < <

[78] El reglamentario consistía en una bandera española con la palabra «España» colocada encima; existía una versión no reglamentaria, que los divisionarios apreciaban mucho, con el escudo de Falange y una cruz alemana bordados en negro. <<

[79] Documentado por Xavier Moreno, según una nota informativa de la 2.ª Sección del E. M. de la división, de fecha
23-7-1941
.< <

[80] Parte de las enfermeras españolas eran falangistas al mando de Aurelia Segovia y el resto militares cuya jefa era Mercedes Milá. < <

[81] Krammer, Arnold, «La Guardia Civil en la División Azul»… pp. 23-36
.< <

**Capítulo III**
**AL BORDE DE LA GUERRA**

[1] A pesar de las presiones aliadas, perduró hasta principios de 1944.< <

[2] El grupo más activo fue encabezado por el coronel retirado Emilio Rodríguez Tarduchy, fundador de la Unión Militar Española y carné número 4 de la Falange. Organizó un grupo de disconformes con una junta clandestina de Falange Española, que contaba con Patricio Canales y Luis de Caralt. En diciembre de 1939, trataron inútilmente de captar a Girón y a Yagüe, éste los denunció y el conde de Mayalde, director general de Seguridad, hizo detener a algunos. Ante el problema se recurrió al servicio de la embajada alemana, donde sus manejos contra Franco contaron con el apoyo del nazi Erich Gardemann. < <

[3] Ver: Kleingeld, G. R. y Tambs, L. A., *La División Española*… <<

[4] Ver Massot i Muntaner, *Vida i miracles del «conde Rossi»*... <<

[5] Ver Coverdale, John F., *La intervención fascista*… y Rovighi, Alberto y Stafani, Filippo, *La partecipazione italiana all*… < <

[6] Cardona, Gabriel, «La caída de Menorca», en *La Guerra Civil*…, vol. 4. < <

[7] Para sus relaciones, ver: Tusell, Javier y García Queipo de Llano, Genoveva, *Franco y Mussolini*. < <

[8] Del total de 47 000 españoles que tomaron parte en la División Azul, murieron unos 22 000, otros 8000 resultaron heridos, 7800 enfermos, 1600 congelados y 300 prisioneros. <<

[9] Entre las enfermeras falangistas y las militares surgieron graves desavenencias. Aurelia Segovia, jefa de las primeras, se quejó a Pilar Primo de Rivera de que los militares las trataban sin consideración. En cambio, las enfermeras militares argumentaban que las otras carecían de conocimientos y eran unas enchufadas. <<

[10] Ver el informe «Un antisemitismo sin judíos», *La aventura de la Historia*, Madrid, marzo, 1999. Avni, H., *Franco y los judíos*; Lisbona, J. A., *Retorno a Sefarad*. < <

[11] Decreto de 20 de diciembre de 1924. <<

[12] Manifestaciones al autor de veteranos de la División Azul. < <

[13] En defensa de le línea falangista más fascista ya se había enfrentado al franquismo antes de marchar a Rusia. En 1951 rompió definitivamente con el régimen. *Los cuadernos de Rusia* fueron publicados en 1979, cuatro años después de su muerte. < <

[14] Ver Gibson, Ian, *En busca de José Antonio*…; Ellwood, Sheelagh, *Prietas las filas. Historia de Falange Española,… 1933-1983*; Gil Pecharromán, Julio, *José Antonio Primo de Rivera. Retrato de un visionario*; Vidal, César, *José Antonio. La biografía no autorizada*…; Thomàs, Joan María, *Lo que fue la Falange*.… < <

[15] La más célebre canción militar alemana, que se extendió y popularizó en todos los Ejércitos, amigos y enemigos. < <

[16] Alfonso Armada y Jaime Milans del Bosch, los dos generales más importantes del 23-F, eran antiguos divisionarios, pero también lo era uno de sus oponentes, el general jefe de la Guardia Civil José Aramburu Topete, que gustaba llevar sobre el uniforme la Cruz de Hierro conseguida en Rusia. <<

[17] Sucesivamente cesaron a Muñoz Grandes, secretario general del Movimiento y ministro sin cartera; a Yagüe, ministro del Aire; Beigbeder, ministro de Asuntos Exteriores, y a Espinosa de los Monteros, embajador en Berlín. < <

[18] Serrano Suñer fue sustituido como ministro de Gobernación por Valentín Galarza y su hombre en el Ministerio del Movimiento, Gamero del Castillo, lo fue por el franquista José Luis Arrese. < <

[19] Fernández, Carlos, *El almirante Carrero*…; Tusell, Javier y García Queipo de Llano, Genoveva, *Carrero. La eminencia gris del régimen*…
<<

[20] Decreto del 14 de mayo de 1942. <<

[21] El Ejército copaba todos los puestos de mando de la Milicia: 1 general de división, 22 tenientes coroneles, 63 comandantes, 156 capitanes y 943 tenientes y alféreces. De los 1623 suboficiales, parte pertenecían también al Ejército y el resto eran mandos propios del partido. <<

[22] Para la Falange, ver Payne, Stanley G., *Falange. Historia del fascismo español…* y Thomàs, Joan María, *La Falange de Franco*. < <

[23] Por entonces, Sonsoles de Icaza, marquesa de Llanzol y esposa del teniente coronel Díez de Rivera, dio a luz a una hija de Serrano Suñer. Ver Romero, Ana, *Historia de Carmen*… < <

[24] Su estructura era una fuerza permanente, otra paramilitar de 18 a 21 años, una primera línea de reservistas y una segunda hasta los 55 años. <<

[25] BOE 141/1941. < <

[26] Ver Andrés-Gallego, José y Llera Esteban, Luis de, «Hambre y política…»< <

[27] DOE de 28 de abril de 1943. < <

[28] Había sido creado por Primo de Rivera el 25 de febrero de 1928, pero desarrolló escasa actividad antes de la guerra. En cambio, según la *Memoria de Servicio Militar de Construcciones*, entre el 1 de abril de 1943 y el 31 de diciembre de 1949, edificó 4136 viviendas de alquiler y su actividad prosiguió en los años siguientes. <<

[29] Manuel Azaña había sido ministro de la Guerra republicano entre 1931 y 1933. < <

[30] Pequeño Fiat, que era el equivalente italiano del escarabajo Volkswagen y dio origen a la gama de utilitarios posteriores. <<

[31] Ya antes de la guerra, el relleno de los jergones era de borra, pero la pobreza ocasionada por el conflicto y el incremento del número de soldados obligaron a volver, durante unos años, al relleno de paja. < <

[32] Se establecieron tres fondos reglamentarios, llamados de mejora, de alimentación, material y atenciones generales. DOE de 15 de julio de 1942. Los cuerpos tenían además un «fondo particular», ilegal pero conocido por todos. <<

[33] Era éste un mineral muy abundante en España, que se utilizaba para endurecer los aceros especiales. <<

[34] Velasco Murviedro, Carlos, «Sucedáneos de posguerra». < <

[35] Ley de 23 de enero de 1941. <<

[36] El 18 de junio de 1942 se creó la especialidad de mecánicos-electricistas, y en agosto se fundó la Base Mixta de Carros y Tractores de Segovia. <<

[37] Sabín, José Manuel, *Prisión y muerte*… < <

[38] Lafuente, Isaías, *Esclavos por la patria. La explotación de los presos bajo el franquismo*. < <

[39] Ministerio de Justicia, *Memoria del año 1944*, Madrid, 1945. < <

[40] Datos de 1934 de elaboración propia basada en la documentación oficial del Ministerio de la Guerra. <<

[41] Datos de elaboración propia basados en las respectivas escalillas. < <

[42] Para la actitud de España en esta cuestión, ver: Arasa, Daniel, *Los españoles en la guerra del Pacífico*, y Rodao, Florentino, *Franco y el imperio japonés*. <<

[43] Para un análisis de esta publicación, ver Losada Malvárez, Juan Carlos, *Ideología del Ejército franquista,.*
*1939-1959*
<<

[44] Ley de 16 de noviembre de 1942. <<

[45] Ley de 14 mayo de 1942. <<

[46] La idea había sido propuesta a Churchill por el capitán Alan Hillgart que, al parecer, le indicó que debían «trabajarse» a los generales Aranda, Varela, Beigbeder, Orgaz, Kindelán, García Escámez, Monasterio, Ponte, Saliquet y Solchaga. <<

[47] Diarios *ABC* de
11-8-1997
y *El País* de
14-9-1997
.<<

[48] Le concedió la Palma de Plata, máxima condecoración falangista, y lo ascendió a teniente general, nombrándolo jefe de su Casa Militar. <<

[49] Era ésta la máxima condecoración alemana y sólo la poseía otro militar. <<

[50] Se había sublevado con Sanjurjo en 1932. <<

[51] Fue reorganizada por la Ley de 15 de marzo de 1940; el 23 de julio de 1942 se promulgó el Reglamento Militar, que la organizaba en un cuerpo del Ejército, mientras el Reglamento para el Servicio no apareció hasta el 14 de mayo de 1943. < <

[52] Aunque los oficiales de la Guardia Civil procedieran del Ejército, Franco nunca permitió que se diplomaran en Estado Mayor, con el fin de que los militares controlaran el cuerpo. < <

[53] Sólo una tercera parte de los capitanes y tenientes podían pertenecer al cuerpo; el resto, eran militares. < <

[54] Desapareció la clásica organización en zonas y fueron militarizados los tradicionales nombres de las líneas y puestos que, en lo sucesivo, debían llamarse militarmente *secciones* y *destacamentos*, medida que nunca se puso en práctica. < <

**Capítulo IV**

**NUEVOS SOLDADOS Y NUEVOS OFICIALES**

[1] Hoy, el palacio de Tella se alquila para bodas y banquetes. < <

[2] Cardona, Gabriel, «Franco, Camilo y la Benemérita». <<

[3] Había sido diputado desde 1907, ministro de Hacienda con García Prieto en 1917 y con Aznar, en 1931, director de la Lliga en ausencia de Cambó. Bajo Primo de Rivera se dedicó a los negocios y, con la República, fue miembro de las Cortes y del Parlamento catalán. <<

[4] Losada Malvárez, J. C., *Ideología del Ejército franquista*… < <

[5] Declarado reglamentario el 3 de septiembre de 1942, el casco Z intentaba copiar al Stahlhelm 1935, sin embargo no fue dotado del reborde de goma y recibió, como insignia, un águila de latón, de poca calidad, llamada «la gallina» por los soldados. < <

[6] Los republicanos habían utilizado el casco español modelo 1926 y el francés Adrian, que equipó, entre otros, a las Brigadas Internacionales. < <

[7] Reglamento de uniformidad del 27 enero de 1943. <<

[8] El gorro tenía añadida una tradicional borla roja que databa de «la guerra de las naranjas». < <

[9] Cada muda constaba de una camisa, un par de calcetines, un calzoncillo, un pañuelo y una toalla, además de un par de alpargatas cada tres meses, que no siempre se cumplían. <<

[10] Las prendas llamadas «menores» servían para un solo soldado; en cambio las mayores, como el capote, la cantimplora o la marmita, pasaban de un soldado a otro durante varios años. Los capotes de tropa tenían botones de pasta marrón mientras los de mando los tenían dorados. < <

[11] Polainas con forma anatómica, de origen inglés. <<

[12] En 1931 existió un uniforme con corbata y otro cerrado, hasta que Azaña suprimió el primero. <<

[13] Los suboficiales vestían pantalón largo y, en los cuerpos montados, polainas de cuero. <<

[14] San Ildefonso, Chapas de Marbella, Quinta Santa Fe del Montseny, Tábara y Hoya Fría de Tenerife. <<

[15] Consistía en las iniciales GC entrelazadas, a las que se añadieron dos fusiles cruzados al absorber el cuerpo de Carabineros. < <

[16] El haz lictorio también había sido utilizado antes de Mussolini sin tintes partidistas, pero su adopción por el fascismo lo desterró de la simbología democrática. Sesenta años más tarde, todavía lo conserva la Guardia Civil. < <

[17] Las SS liberaron a Mussolini de su encierro impuesto por el Gobierno Badoglio y pasó a presidir una fantasmal República Social Italiana, implantada en el Norte por el Ejército alemán. < <

[18] La Reserva General del Ejército recibió 10 regimientos de Infantería (ametralladoras, morteros, ciclistas y carros), 9 de Caballería mecanizada y 1 batallón de minadores. < <

[19] Se crearon agrupaciones de montaña formadas cada una por 3 batallones de cazadores, 1 grupo de artillería más fuerzas de zapadores, transmisiones y servicios. < <

[20] Instrucción General n.º 2 del Estado Mayor Central. < <

[21] El decreto de 27 de enero de 1943 estableció un pantalón noruego, una sahariana de pana, botos y botas, abrigo y la gorra de paño de los alpinos alemanes. < <

[22] El «Grupo» constaba de 3 divisiones de Infantería, una compañía de transmisiones y un grupo ligero de reconocimiento. < <

[23] Según el *Manual para las clases de tropa*, que publicaba regularmente la Librería Hernando de Madrid y que era el libro utilizado en las academias regimentales, se utilizaban las siguientes armas:

fusil Mannlida mod. 1895 (austro-húngaro), Morín mod. 1891 (ruso), mosquetón y carabina Mauser mod. 1898 (polacos), fusil Mauser mod. 1898 (alemán), fusil Arisaka mod. 1897 (japonés), fusil Mauser (checo), fusil Saint-Etienne (francés), fusil Mauser mod. 1893 y mosquetón mod 1916 (españoles), pistolas Astra, RE y Campogiro (españolas), fusiles ametralladores Astra-Unión mod. 1927 (español), Hotchkinss
tipos I
y II (francés fabricado en España) y Fiat mod. 26 y Breda mod. 30 (italianos), Dreyse 13 (alemán), ruso sin determinar, granadas de mano: Lafitte (francesas fabricadas en España), de mango mod. 24 (alemana), Breda mod 38 (italiana), OTO mod 35 y otras sin clasificar, morteros Ecia y Valero de 50 mm y Valero de 81 mm (fabricados en España). <<

[24] Los cañones eran *Sturmsgeschuetz IIIG* de 75 mm y los carros Pz Kpfw IV
Tiger. < <

[25] En 1942 ya se compró una licencia para que la Hispano Aviación fabricara Messerschmitt. < <

[26] Además de los dos batallones de carros, la división contaba con una brigada de Infantería en camiones, un batallón de motos alemanas, un regimiento de Artillería de campaña remolcada, un regimiento de Ingenieros y servicios. < <

[27] DOE de 17 marzo de 1943. <<

[28] Datos técnicos de los carros Verdeja: Tipo n.º 1: 5,8 tn, motor 85 hp, cañón 45 y 2 ametralladoras ligeras; Tipo n.º 2, 6,10 tn, motor 120 hp, cañón de 45 mm y 3 ametralladoras ligeras. < <

[29] El M3 americano pesaba 27 toneladas, con un motor de 340 hp, cañón de 75 mm, 1 ametralladora de 37 mm y 3 ligeras. El T-34 soviético de 26 toneladas, contaba con un motor diesel de 500 hp, cañón de 76 mm y 2 o 3 ametralladoras ligeras. < <

[30] Se trataba de un proyecto falangista para que sus jóvenes afiliados ingresaran en la Academia Militar de Zaragoza y se convirtieran en oficiales. < <

[31] Ureña, G., *Arquitectura y Urbanística Civil y Militar en el Período de la Autarquía.*
*(1936-1945)*
< <

[32] Ley de 16 de octubre de 1942. < <

[33] En los Batallones de Soldados Trabajadores se agrupaban los condenados militares, mientras que los políticos permanecían en los Batallones de Trabajadores. < <

[34] BOE de 16 de marzo de 1943. <<

[35] Ley de 2 de marzo de 1943. <<

[36] DOE de 17 de marzo de 1943. <<

[37] Formaban el consejo el director general de Prisiones, un ingeniero, el secretario técnico de Prisiones, dos representantes de la Sección Femenina y otros tres, respectivamente, del Ejército, la Iglesia y la vicesecretaría de Acción Popular. BOE 208/1943. < <

[38] Las tres descripciones corresponden a fichas reales conocidas por el autor. La última reseñaba a un recluta de un pueblo de Badajoz, cuya madre, sola y sin recursos, había sido sorprendida varias veces por la Guardia Civil, mientras se apoderaba de productos agrícolas para alimentar a sus cuatro hijos. < <

[39] En la medida de lo posible, comenzaron a cambiarse los rellenos de paja por otros de borra, operación iniciada antes de la guerra. La borra era fabricada para la intendencia militar, picando las mantas militares inservibles. <<

[40] Decreto de 17 de julio de 1942. < <

[41] El conocimiento de los soldados campesinos hacía milagros: aprovechaban los espárragos para hacer tortillas, la borraja y la cerrajilla, para ensaladas, así como los cardos, que pelaban, hervían y aliñaban. <<

[42] Decreto-Ley de 27 de septiembre de 1940. < <

[43] Blanco Escolá, Carlos, *La Academia General Militar de Zaragoza. (1928-1931)*
<<

[44] Decreto de 28 de julio de 1943. <<

[45] Creada por Ley de 13 de diciembre de 1943, comenzó su primer curso el 1 de octubre de 1944. <<

[46] Para esta cuestión, ver Cardona, Gabriel: *Franco no estudió en West Point*. < <

[47] Entre 1942 y 1946 dirigió la Academia el general Hidalgo de Cisneros y Manso de Zúñiga, hermano de padre de Ignacio. < <

[48] Durante su primera época, la Academia General sólo recibió propaganda alemana e italiana. Según Martínez de Baños, Fernando, *Derribar a Franco y a la Falange*, en 1943, entraron en ella 43 ejemplares de *Signal*, 12 de *Die Wehrmacht*, 18 de *Deutchchland*, 10 de *Adler*, 20 de *La joven Europa*, 6 de *Secretos de Alemania*, 100 series de *Estampas*, 30 de *El Nuevo Orden* y varios centenares de hojas murales. < <

[49] Las llamadas Academias de Transformación se especializaron en Infantería (Zaragoza en 1940 y 1941 y luego Guadalajara), Caballería (Valladolid), Artillería (Segovia), Ingenieros (Burgos) e Intendencia (Ávila). En 1944 se abrió una nueva academia en Villaverde para los oficiales que no se habían transformado. < <

[50] Las dos primeras promociones de transformación se desdoblaron en 3 llamamientos anuales para un total de 7696 provisionales, que debieron superar dos cursos donde suspendió la tercera parte. Ver Gil Ossorio, Fernando, en *Revista de Historia Militar*, n.º 27 y 28, y Busquets, Julio, *El militar de carrera en España*, y «Los alféreces provisionales hasta la creación de la Hermandad (1936-1958)
». <<

[51] A efectos de transformación, los oficiales y sargentos de las Milicias falangistas y carlistas no fueron equiparados a los provisionales hasta el 5 de enero de 1944. < <

[52] Ley de 19 de julio de 1944. < <

[53] Desde 1942, también se convocaban plazas para formar oficiales de Sanidad, Farmacia, Veterinaria, Cuerpo Jurídico e Intervención, reservándose un 20 por ciento de las primeras promociones para oficiales provisionales y de complemento con titulación universitaria. < <

[54] Firmaron el documento Aranda, los monárquicos Kindelán, Orgaz, Dávila, Saliquet, Monasterio y Ponte y los carlistas Varela y Solchaga; se mostraron de acuerdo, aunque no firmaron, el monárquico Juan Vigón y el republicano Queipo de Llano. No firmaron Moscardó, Jordana, García-Valiño y los profalangistas Asensio, Muñoz Grandes y Yagüe. < <

**Capítulo V**
**ENTRE MIL PELIGROS**

[1] Anson, Luis María, *Don Juan*… < <

[2] Gómez-Jordana Sousa, Francisco, *Milicia y diplomacia. Los Diarios del conde de Jordana,.*
*1943-1944*
<<

[3] Ezquerra Sánchez, Miguel, *Lutei até ao fim*…, y Puente, Moisés, *Yo, muerto en Rusia*… < <

[4] Instrucción
C-4
del Estado Mayor Central. < <

[5] Cada grupo o partida se compondría de un jefe y dos escuadras de 12 hombres cada una, con los necesarios mulos o acémilas para el transporte de material, los guerrilleros no llevarían uniforme y su armamento serían 8 fusiles por escuadra, con granadas y explosivos y, por partida, un mortero de 50 mm; si era posible, el jefe de grupo y un hombre por escuadra llevarían subfusil. En cada Región Militar se nombraría un jefe del Ejército avezado en el mando de tropas irregulares en Marruecos. < <

[6] En 1944 la empresa americana encargada de comprar wolframio español fue autorizada para invertir 145 millones de dólares, se llegó también al acuerdo de rescatar las acciones de la ITT en la Telefónica, la General Electric entró en relaciones con la Sociedad Ibérica de Construcciones Eléctricas y la Westinghouse con la Constructora Nacional de Maquinaria Eléctrica. <<

[7] Las exportaciones de wolframio español en 1944 importaron 200 millones de pesetas oro frente a los 2,1 millones de 1940. < <

[8] El servicio secreto militar norteamericano [Office of Strategic Services, Oficina de Servicios Estratégicos]. < <

[9] Las unidades de montaña no perdieron su consideración y el 12 de abril de 1945 se creó la Escuela Militar de Montaña de Jaca, con un campamento en Candanchú (Huesca) y un albergue en Navacerrada (Madrid). <<

[10] Cuerpo Auxiliar Subalterno del Ejército, que reunía diversos especialistas. < <

[11] Con 7 divisiones en Cataluña, 4 en Aragón y 5 en Navarra. < <

[12] Izquierda Republicana, Unión Republicana, Partido Republicano Federal, ERC, PSOE, Movimiento Libertario, CNT y UGT. < <

[13] Las primeras partidas entraron por los valles de Roncal (Navarra), Hecho y Aragón (Huesca), y por Boltaña y Urdiceto (Huesca). < <

[14] Hay un estudio completo de la operación en la tesis doctoral de Martínez de Baños, Fernando, *Derribar a Franco y a la Falange…* < <

[15] De entre la abundante bibliografía: Aguado Sánchez, F., *El maquis en España…* y *El maquis en sus documentos…*; Agudo «Banco», S., *Memorias…*; Arasanz Eraso «Villacampa», J., *Los Guerrilleros…*; Blanchon, J. L., «
1944-1947
. Action des républicains…»; Fernández, A. E., *La España de los maquis*; Fernández Pancorbo, P., *El maquis al norte del Ebro…*; Marín Silvestre, Dolors, *Clandestinos. El maquis contra el franquismo,;*
*1934-1975*
Martínez Fernández, E., «Aspectos de la lucha contra guerrillas»; Pons Prades, Eduardo, *Guerrillas españolas,;*
*1936-1960*
Romeu Alfaro, F., *La agrupación guerrillera de Levante…*; Serrano, S., *Maquis…*; Serrano, S.: *Historia de la guerrilla antifranquista…*; Vidal Sales, J. A., *La guerrilla antifranquista…*; Vila Izquierdo, *La guerrilla antifranquista…*; Yusta Rodrigo, M., *La guerra de los vencidos…* < <

[16] Martínez de Baños, *op. cit.* <<

[17] Para un ejemplo, ver el libro del teniente coronel de la Guardia Civil, Limia Pérez, E., *Reseña general del problema del bandolerismo después de la Guerra Civil*. < <

[18] Ver «Diez años de bandolerismo» en *La Guardia Civil Española*, ya citada. < <

[19] Blanchon, J. L., « 1944-1947, Action des républicains sur les Pyrénées contre l’etat …». < <

[20] El Parque de Automovilismo fue establecido en 1943, pero no había forma de contar con suficiente material. < <

[21] Munilla Gómez, Eduardo, «Consecuencia de la lucha de la Guardia Civil contra el bandolerismo en el período 1942-52», en *Revista de Estudios Históricos de la Guardia Civil*, Madrid, n.º 1, 1968. <<

[22] La frase es de Tomás Salvador, escritor, editor, policía y voluntario de la División Azul. < <

[23] En los años cincuenta, una vez que se firmó el acuerdo de defensa mutua, ante la sorpresa del dictador, el Gobierno americano regaló a Franco la fotogrametría aérea completa de España. <<

[24] Durante la guerra civil había sido oficial del cuerpo de asalto y se formó como guerrillero en el exilio. De regreso en Madrid puso bombas en el diario *Informaciones* y en la delegación de Falange de la calle Montesquinza y llevó a cabo algún pequeño atraco. < <

[25] Era un minero asturiano que intervino en la revolución de 1934, luchó en la guerra civil con el XIV Cuerpo de Guerrilleros y protagonizó importantes acciones en la Resistencia. Un año después de ser fusilado en España, el Gobierno francés le concedió la Cruz de Guerra, su condecoración más importante. < <

[26] La revista *Ejército* publicó numerosos artículos, analizados por Losada, J. C. en su obra ya citada. *Ideología*… < <

[27] Calvo Serer, Rafael, *Franco ante el Rey*… <<

[28] Anson, Luis María, *Don Juan*. < <

[29] Para numerosos datos de Alfonso y su familia, ver la biografía de Priscilla Scott-Ellis incluida en Preston, Paul, *Palomas de Guerra*. <<

[30] Asensio, Saliquet, Dávila, Varela, Orgaz, Ponte, Kindelán, Muñoz Grandes, Moscardó, Solchaga, Monasterio, Yagüe, Juan Bautista Sánchez, Los Arcos, García-Valiño y Barrón. < <

[31] Rodao, Florentino, *Franco y el imperio japonés*… <<

[32] Irujo, José Mª, *La lista negra, los espías nazis protegidos…* Entre los refugiados alemanes más famosos se encontraban el coronel de las SS Otto Skorzeny, el fabricante de aviones Willy Messerschmitt, el general italiano Gastone Gámbara y el jefe de los nazis belgas *Léon* Degrelle. <<

[33] Montero, Feliciano, *El movimiento católico en España*, Eudema, Salamanca, 1993. < <

[34] La Ley de 15 de mayo de 1945 que creó los auxiliares de ingeniero, dejó constituido el cuerpo de Ingenieros de Armamento y Construcción en tres escalones: Ingenieros (capitán a coronel), Ayudantes (teniente y capitán) y Auxiliares (alférez y teniente). < <

[35] La Ley de 17 marzo de 1945 creó el Cuerpo Auxiliar de Practicantes de Sanidad Militar para sustituir a los del CASE y los del Cuerpo de Practicantes de Medicina. < <

[36] El curso se convocó para dar cumplimiento a la orden ministerial de 16 de junio de 1942. La transformación de sargentos se realizó entre junio de 1942 y marzo de 1944 en dos agrupaciones; a la primera se le asignó una antigüedad de 1 de abril de 1939 y a la segunda de 1 de mayo del mismo año. <<

[37] El cuerpo de suboficiales contaba con sargentos y brigadas, una vez desaparecidas otras categorías introducidas por Azaña. <<

[38] El Fondo de Mejora de Alimentación del Soldado debía recibir un tercio del dinero ahorrado con los permisos, el 65por ciento de los beneficios del Depósito de Víveres, las plazas ahorradas por comer fuera del cuartel y el dinero de venta del pan duro y otras partidas menores. D. O. de 9 de noviembre de 1944. <<

[39] La Ley de 15 de mayo de 1945, que extendió los beneficios del Decreto del 12 de mayo de 1938. < <

[40] El temor al inmediato estallido de una tercera guerra mundial no fue exclusivamente español, sino que se extendió por toda Europa. < <

[41] Martínez Leal, A., *El asedio del Alcázar de Toledo (Memoria de un testigo);* Enríquez de Salamanca, J., *Gestas de nuestros días. La vida en el Alcázar de Toledo*; Risco, A., *La epopeya del Alcázar de Toledo*; Reparaz, A. de y «Tresgallo de Souza» (M. García Venero), *Desde el cuartel general de Miaja al Santuario de Santa María de la Cabeza*; Pérez Solís, O., *Sitio y defensa de Oviedo*; Villacampa, C. G., *El cerco de Teruel*; Ruiz Albéniz, V., *En Gijón hubo un Simancas*, y Algarra Rafegas, A., *El asedio de Huesca*.< <

[42] Caparrós Lera, J. M., *El cine español bajo el régimen de Franco,; 1936-1975* Farrés, F., *CIFESA, la antorcha de los éxitos*; Fernández Cuenca, C., *La Guerra de España y el Cine*; García Escudero, J. M., *Cine Español*, Madrid, Rialp, 1962; Guarner, J. L., *30 años de cine en España*; Gubern, R.,. *La guerra de España en las pantallas 1936-1939*, y Méndez-Leite, F., *Historia del cine español.* < <

[43] Todas las sumas de efectivos son de elaboración propia a partir de las diversas escalillas. < <

[44] Los jefes se dividen en coroneles, tenientes coroneles y comandantes. < <

[45] Infantería, Caballería, Artillería e Ingenieros. < <

[46] Las memorias de Mola explicitan, sin disimulos, estos extremos. < <

## Capítulo VI
## CONTRA EL CONTUBERNIO EXTRANJERO

[1] Según los datos, todavía sin verificar, los maquis cometieron 953 asesinatos, 5965 atracos y 8269 delitos diversos. Sostuvieron 1826 encuentros con fuerza armada, perdieron 2173 muertos, 467 prisioneros, 2374 detenidos, 546 presentados y 19 444 detenidos por supuesta complicidad. En el otro bando, la Guardia Civil tuvo 257 guardias muertos y 370 heridos, la Policía Secreta 12 muertos y 21 heridos, la Policía Armada 11 muertos y 21 heridos, y el Ejército 27 muertos y 39 heridos. Se desconoce el número de maquis ejecutados. <<

[2] En los contactos tomaron parte sucesivamente Eugenio Vegas Latapié, Juan Ignacio Luca de Tena, Carrero, Sangróniz y Miguel Mateu, entonces embajador en París. < <

[3] Aróstegui, Julio, *Don Juan de Borbón*. < <

[4] A mediados de los años sesenta, cuando ya Juan Carlos había terminado sus estudios en las academias militares españolas, se negó un destino en el regimiento de la guardia de Franco a un oficial porque su coronel informó secretamente que era monárquico. <<

[5] La consulta siguió las normas establecidas en la Ley de Referéndum Nacional de 1945. < <

## CAPÍTULO VII
## UN CIERTO DESHIELO

[1] Herren, Ricardo, «Hambre en España. La ayuda argentina, 1938-1948», *La aventura de la Historia*. Rein, R., *La salvación de una dictadura (Alianza Franco-Perón, 1946-1955)*. <<

[2] Sáinz Rodríguez, Pedro, *Un reinado en la sombra*, Planeta, Barcelona, 1981. < <

[3] Los hermanos Salas Larrazábal procedían del carlismo; uno de ellos murió en la guerra, Ángel fue piloto en la guerra civil en la escuadrilla de García Morato y jefe de la Escuadrilla Azul en el frente ruso. Ramón fue alférez provisional y luego pasó al Ejército del Aire donde, como carecía del título de piloto, se integró en la escala de Tierra. Más adelante se convirtió en un notable historiador militar y, con el Gobierno de la UCD, presidió la comisión encargada de redactar las Reales Ordenanzas de las Fuerzas Armadas. < <

[4] En contraposición al modelo alemán, la mayor parte de los Ejércitos consideraban a los paracaidistas tropas de Infantería especializada, encuadrándolos entre los efectivos de Tierra. <<

[5] Los llamados servicios son fuerzas que carecen de mandos propios y sus cuadros se reclutan entre las diversas armas y cuerpos. <<

[6] Ver Cardona, Gabriel, *Franco y sus generales*… <<

[7] Posteriormente recibió el nombre de Menéndez Parada, en honor de un piloto muerto heroicamente. <<

[8] La escuela se vitalizó en 1954, cuando se fundaron los paracaidistas de Tierra. < <

[9] Instituto Nacional de Técnica Aeroespacial. < <

[10] Diego Aguirre, José Ramón, *Historia del Sáhara español*… <<

[11] Decreto de 20 de julio de 1946. Para la visión falangista, ver Hernández Pacheco, F. y Cordero Torres, J. M., *El Sáhara español*. < <

[12] La guardia territorial estaba formada por tropa indígena y oficiales españoles, mayoritariamente de la Guardia Civil. El reglamento de 2 de julio de 1946 la puso bajo la total dependencia de presidencia, organizándola en cinco compañías. < <

[13] Ley de 8 de noviembre de 1941.<<

[14] La Ley de 15 de enero de 1942 traspasó la Dirección General de Marruecos y Colonias del Ministerio de Exteriores a la presidencia del Gobierno, que controlaba Carrero Blanco. < <

[15] Se trataba de un faro y del terreno que lo rodeaba junto al límite norte del Sáhara español, cerca de Villa Bens o Tarfaya. < <

[16] El Decreto de 18 abril de 1947 sobre Bandidaje y Terrorismo sustituyó a la Ley de seguridad del Estado del 29 de marzo de 1941. <<

[17] Presupuestos de 1947. Elaboración propia basada en *Datos básicos para la Historia Financiera de España*: < <

| *Adminis+Def Civil* | *EJÉRCITO* | *Marina* | *Aviación* | *Suma Defensa* |
|---|---|---|---|---|
| 3.824 | 3.457.408 | 801.173 | 704.390 | 4.966.795 |

| *Guardia Civil* | *Policía* | *PRESUPUESTO* | *Defensa por ciento* | *FOP por ciento* |
|---|---|---|---|---|
| 607.000 | 463.855 | 14.525.627 | 34,19 | 7,37 |

| *ET Adquisiciones* | *ET Sueldos* | *ET Adq/Suel por ciento* | *EJÉRCITO* |
|---|---|---|---|
| 1.363.858 | 1.356.277 | 1 | 23,80 |

[18] Vilanova, Santiago, «La bomba atómica de Franco», *Playboy*, n.º 93, septiembre 1986, p. 24. <<

[19] Miguel Ponte y Manso de Zúñiga, marqués de Bóveda de Limia, era un aristócrata monárquico casado con una hija de los Ládigo, rica familia de origen griego afincada en Mahón. < <

[20] Colaboraron en esta primera fase los profesores Amaldi, de la Universidad de Roma; Bolla, del Politécnico de Milán; Scherrer y Treadwell, del Politécnico de Zúrich; Exterman, de Ginebra; Huber, de Basilea; Allison, de la Universidad de Chicago; Heisenberg y Wirtz del Max Panck Institut für Physik de Göttingen. Vilanova, Santiago, «La bomba…». <<

[21] La investigación se potenció al regresar de Italia los profesores Xula Vigón, Carlos Sánchez del Río y Ramón Ortiz Formaguera, conociendo el método para el tratamiento de residuos y la elaboración del plutonio. Entre los colaboradores destacó Francisco Verdaguer, que años después diseñó el reactor CORAL. < <

[22] Prueba final para acreditar la suficiencia, realizada fuera del centro donde hubiera cursado estudios el alumno. < <

[23] Ley de 27 de septiembre de 1940 y decreto de 12 de septiembre de 1945. < <

[24] Esta época dirigida por Franco formó tres promociones de cadetes, con un total de 783 y fue disuelta el 14 de julio de 1931. Los cadetes no vestían el uniforme normal del Ejército sino uno gris, con la faja de la gorra y cordones rojos. < <

[25] Los cadetes sólo vistieron el uniforme gris de la época anterior para los actos interiores internos. El uniforme de paseo y gala fue el caqui del Ejército. < <

[26] Los primeros generales directores fueron: Hidalgo de Cisneros
(1942-1946)
, Amado Lóriga
(1946-1950)
, Fernández Capalleja
(1950-1954)
, Alamán Ortega
(1954-1956)
y Vicario Alonso
(1956-1959)
.< <

[27] Se trata de una costumbre generalizada en las academias militares de todo el mundo. Ver Cardona, Gabriel, *Franco no estudió en West Point*. < <

[28] Los motes fueron innumerables y constantes durante toda la vida de la Academia, algunos con mucha gracia y otros con evidente vinagre. Algunos se referían al aspecto físico o las costumbres personales: *El Polvorón* tenía una gran cabeza redonda, *San Pablo*, daba continuos consejos. Al general Amado Lóriga, acusado de haber hecho 98 repetidores, le llamaban *El Noventa y nueve*.<<

[29] Piris, Alberto, *Militar y demócrata*. <<

[30] Decreto del 7 de abril de 1948. < <

[31] Vilar, Sergio, *Historia del antifranquismo*. <<

[32] Orden del 26 de marzo de 1940. <<

[33] En cursos sucesivos se diplomaron Álvarez Arenas, Ibáñez Freire, Gómez de Salazar, Sáenz de Santamaría, Sáenz de Tejada, Lacalle, González del Hierro, Gabeiras y Villaescusa. <<

[34] Infantería, Caballería, Artillería e Ingenieros. < <

[35] Orden del 22 de marzo de 1950. < <

[36] Estaban en servicio piezas de los calibres 37, 45, 60 y 75 mm; sólo estas últimas podían resultar eficaces y no siempre. < <

[37] Orden de 9 de septiembre de 1948.<<

[38] Hay una patética descripción en la novela de Antonio Muñoz Molina, *Ardor guerrero*. < <

[39] Orden de 26 de agosto de 1949. <<

[40] Alféreces del Cuerpo de Auxiliares de Ingeniero de Armamento y Construcción. <<

[41] Se llamó carros-macho a los dotados con cañón y carros-hembra a los que sólo tenían ametralladoras. La guerra civil española demostró la ventaja de los primeros y, desde entonces, todos los carros tuvieron cañón y se olvidó el tema. <<

[42] El forzado ahorro español trasladó estos materiales al Sáhara en 1958 para la artillería de la Legión. En 1962, los 16 blindados que todavía funcionaban fueron entregados a un grupo ligero blindado, que los mantuvo en servicio hasta mayo de 1974, cuando fueron dados de baja, completamente desgastados. < <

[43] Carrero Blanco, Luis, *España y el mar… Discursos y escritos… 1943-1973*
<<

[44] Ceuta (Circunscripciones de Yebala-Larache y Gomara) y Melilla (Circunscripciones de Guelaya y Rif). <<

[45] La ley republicana pasaba a la reserva a los generales que no fueran destinados durante seis meses. < <

**Capítulo VIII**
**MARRUECOS, MUNDO APARTE**

[1] Esta figura retórica había sido utilizada para combatir en aislamiento internacional, sin ignorar que también la Alemania nazi buscó la amistad con los árabes para volverlos contra los colonizadores ingleses. Años más tarde, importantes nazis refugiados en España pasaron al servicio de ciertos estados musulmanes para organizar sus servicios de información, avalados por el odio común a los judíos. Cardona, Gabriel, *Los servicios secretos*. <<

[2] Para conocer el ambiente colonial durante la guerra del Rif, ver Barea, Arturo, *La forja*… < <

[3] Salas Larrazábal, Ramón, *El Protectorado de España en Marruecos*… < <

[4] Datos del Ministerio de Hacienda, transcritos por Víctor Morales Lezcano. < <

[5] Morales Lezcano, Víctor, *España en el norte de África: El Protectorado en Marruecos.*
*(1912-1956)*
<<

[6] Se llama residencia al pequeño hotel militar donde viven los solteros y que, en caso de necesidad, sirve de casino. Los oficiales y suboficiales contaban con sendas residencias separadas. < <

## CAPÍTULO IX
## MUNDO ESTANCADO

[1] Ferrer Benimeli, José Antonio, «Franco y sus diablos los masones». <<

[2] Salas López, Fernando de, *Escritores militares contemporáneos*… <<

[3] Escritor militar francés muerto en combate en 1914, que escribió *La llamada de las armas* y *El viaje del centurión*. <<

[4] Ministros de Industria: el ingeniero naval Juan Antonio Suanzes (1938-1939 y 1945-1951) y los artilleros Luis Alarcón de Lastra (1939-1945), José María Fernández Ladreda (1945-1951) y Joaquín Planell Riera (1951-1965).<<

[5] Ministros de Obras Públicas: los artilleros Luis Alarcón de Lastra
(1945-1951)
y Jorge Vigón
(1962-1965)
.<<

[6] Balcells, Albert, *Violència social i poder polític*. < <

[7] Decreto del 11 de octubre de 1949. <<

[8] Busquets, Julio y Losada, Juan Carlos, *Ruido de sables*. <<

[9] No he podido averiguar de dónde procedía el mote. < <

[10] Había sido una figura polémica y calumniada por la propaganda nacional porque, aunque resistió bravamente durante la batalla, no murió en ella y se rindió en última instancia. < <

[11] El Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas condenó por agresión a Corea del Norte, cuando la URSS había abandonado sus sesiones. Se formó un Ejército con soldados de 15 naciones, aunque la mayor parte eran norteamericanos, y su general en jefe fue Douglas MacArthur. <<

[12] *El Gobierno informa. Defensa Nacional.* <<

[13] Asociación Católica Nacional de Propagandistas, grupo de influencia jesuita derivado de la Acción Católica, cercano a la política democristiana impulsada por el Vaticano, que contaba con la Editorial Católica y el diario *Ya*, sucesor de *El Debate*, que Franco no había permitido publicar después de la guerra. < <

[14] En 1955 publicaría también *La Milicia como tema de nuestro tiempo*. < <

[15] Estaba destinado en el regimiento de Costa n.º 4 de Mahón, ciudad donde fracasó la sublevación y la mayoría de los oficiales fueron asesinados por los sargentos. Sintes Obrador se encontraba ausente con ocasión de un curso en la Península. <<

[16] La figura era recurrente en la derecha católica española; ya en 1926, el Himno de los Jóvenes de Acción Católica decía: «… caballero español y cristiano, por la causa del bien lucharé». <<

[17] Se trataba del luego historiador Hilari Raguer, que ha contado su peripecia en *El quadern de Montjuich*. <<

[18] El Istiqlal hizo su primer manifiesto en enero de 1944, pidiendo la independencia bajo el trono de Mohammed V.<<

[19] Había acabado la guerra civil al mando del cuerpo de Ejército del Maestrazgo, luego fue jefe del Estado Mayor Central y capitán general de Valladolid y de Madrid. < <

[20] Presupuestos de Defensa y Orden Público de 1950-1952

.

**1950**

| *Adminis+Def Civil* | *EJÉRCITO* | *Marina* | *Aviación* | *Suma Defensa* |
|---|---|---|---|---|
| 8.520 | 3.920.260 | 1.152.105 | 962.040 | 6.042.925 |

| *Guardia Civil* | *Policía* | *PRESUPUESTO* | *Defensa por ciento* | *FOP por ciento* |
|---|---|---|---|---|
| 1.002.920 | 420.050 | 18.735.118 | 32,26 | 7,59 |

| *ET Adquisiciones* | *ET Sueldos* | *ET Adq/Sud por ciento* | *EJÉRCITO* |
|---|---|---|---|
| 1.868.093 | 1.201.850 | 1,55 | 20,92 |

**1951**

| *Adminis+Def Civil* | *EJÉRCITO* | *Marina* | *Aviación* | *Suma Defensa* |
|---|---|---|---|---|
| 10.400 | 4.216.424 | 1.479.706 | 1.007.659 | 6.714.189 |

| *Guardia Civil* | *Policía* | *PRESUPUESTO* | *Defensa por ciento* | *FOP por ciento* |
|---|---|---|---|---|
| 889.460 | 685.074 | 20.667.462 | 32,49 | 7,61 |

| *ET Adquisiciones* | *ET Sueldos* | *ET Adq/Suel por ciento* | *EJÉRCITO* |
|---|---|---|---|
| 1.542.403 | 1.759.601 | 0,87 | 20,40 |

**1952**

| *Adminis+Def Civil* | *EJÉRCITO* | *Marina* | *Aviación* | *Suma Defensa* |
|---|---|---|---|---|
| 10.830 | 5.066.708 | 1.503.717 | 1.270.069 | 7.851.324 |

| *Guardia Civil* | *Policía* | *PRESUPUESTO* | *Defensa por ciento* | *FOP por ciento* |
|---|---|---|---|---|
| 954.380 | 740.668 | 22.387.563 | 35,07 | 7,57 |

| *ET Adquisiciones* | *ET Sueldos* | *ET Adq/Suel por ciento* | *EJÉRCITO* |
|---|---|---|---|
| 1.989.396 | 2.077.498 | 0,95 | 22,63 |

**Elaboración propia basada en *Datos básicos para la Historia Financiera de España*.** < <

## Capítulo X
## SIN MÁS RIQUEZA QUE LOS SUEÑOS

[1] Los oficiales de las armas combatientes e intendencia, que hubieran ingresado antes del 1 de abril de 1939, podían pasar voluntariamente a la situación de reserva, donde cobrarían el sueldo íntegro, conservarían la seguridad social militar y podrían ascender una sola vez con carácter honorífico. < <

[2] También eran «plazas montadas» los tenientes de armas pesadas transportadas por mulos o caballos. < <

[3] Fernández Hernando, Hieroteo, *Reclutamiento, reemplazo y movilización de…* <<

[4] Antecedente de la «pista americana», que simulaba un escenario de combate y obligaba a diversos ejercicios, como pasar un río, escalar un muro, atacar un búnker o pasar varias alambradas. <<

[5] Los efectivos reales variaban ligeramente respecto a las plantillas. El tema está tratado en Cardona, Gabriel, *El poder militar en la España contemporánea hasta la Guerra Civil*, Siglo XXI, Madrid, 1982. < <

[6] No están incluidos en esta cifra los alféreces de la IPS. <<

## CAPÍTULO XI
## ALIADOS, PERO MENOS

[1] El 23 de febrero de 1956 Franco presenció la entrega en Manises de los 16 Sabre 86 que formarían el Ala de Caza n.º 1. <<

[2] En varios años, el Ejército recibió unos 180 carros M24 y unos 560 carros M47. <<

[3] Basado en la investigación de Xavier Moreno Juliá. < <

[4] Alegre, Sergio, *El cine cambia…* < <

[5] Ley de 3 de enero de 1957.<<

[6] Decreto de 8 de febrero de 1957. Busquets, Julio, «La promoción de los suboficiales hasta la creación de la AGBS», en *La enseñanza militar en España*, CIFAS. < <

[7] AA. VV. *Escuela Militar de Paracaidismo Menéndez Parada,. 1947-1982*

<<

[8] Frías
O'Valle
, José, *Así nació la Brigada Paracaidista*. <<

[9] La primera selección aportó un comandante, 2 capitanes, 7 tenientes, 18 sargentos, 15 cabos primeros y 178 cabos y soldados; 4 de los oficiales procedían de tropas de montaña, 2 de la Legión, 2 de Regulares y el resto de otros cuerpos. < <

[10] Oficialmente Caballero Legionario Cazador Paracaidista. < <

[11] Carrero Blanco, Luis, *España y el mar*… < <

[12] Decreto-Ley de 29 de enero de 1956. <<

[13] Los Junkers y Heinkel fabricados por CASA estuvieron en servicio hasta 1972. < <

**CAPÍTULO XII**
**RIFIRRAFES CORTESANOS**

[1] Alamán era un militar intelectual que antes de la guerra codirigió con Vicente Rojo Lluch una prestigiosa colección de libros militares. <<

[2] Existe un testimonio fotográfico de Juan Carlos haciendo instrucción con zapatillas de gimnasia por tener los pies lastimados. < <

[3] Años más tarde, cuando ya era oficialmente príncipe de España, los oficiales de su misma edad lo tuteaban y dejaron de hacerlo cuando subió al trono. <<

[4] Martínez de Baños, Fernando, *La Academia General Militar a través de la fotografía…* < <

[5] Botti, Alfonso, *Cielo y dinero: el nacionalcatolicismo en España*…
<<

[6] Bardavío, Joaquín, *La estructura del poder en España* ;Suero Roca, Mª Teresa, *Los generales de…* < <

[7] Contijoch, Josep Mª, *Sidi Ifini'57*… < <

[8] Marinas Romero, teniente general Gerardo, «La Legión Española en la guerra de Ifni-Sáhara
(1957-1958)
», *Defensa*, 117, XI. < <

[9] Thomàs, Joan Mª, *La Falange de Franco*… <<

[10] Anson, Luis María, *Don Juan*. <<

[11] Alcubilla Pérez, Antonio, *Cien años en la vida del Ejército español, palabras finales del…* < <

[12] Este contacto fue facilitado por la visita el 15 de mayo del capitán Moyano, que acudió a Fort Trinquet para pedir la liberación de los indígenas detenidos, así como la devolución del ganado requisado por los franceses. <<

## Capítulo XIII
## EL MINISTRO BARROSO

[1] En enero, la I Bandera paracaidista fue relevada por la II y regresó a su acuartelamiento de Alcalá de Henares. < <

[2] El *lagarto* fue un fallido intento de radioteléfono que nunca funcionó. < <

[3] Diego Aguirre, José Ramón, *La última guerra colonial de España. Ifni-Sáhara…*
*(1957-1958)*
< <

[4] Guarnecían el Sáhara un tabor de Tiradores de Ifni, la XIII Bandera de la Legión, creada especialmente para el desierto, sendos grupos Nómadas de Policía Territorial en El Aaiún y Villa Cisneros (que años después se desdoblaron en Tropas Nómadas, pertenecientes al Ejército, y Policía Territorial, del Gobierno General del Sáhara), una compañía de cañones de Infantería del Grupo de Tiradores de Ifni, y las banderas II y IV de la Legión, enviadas desde Marruecos como refuerzo a principios de noviembre. < <

[5] Diego Aguirre, José Ramón, *Guerra en el Sáhara*… Marinas Romero, general Gerardo, *El Sáhara y la Legión*… < <

[6] En los cuarteles se aseguró que se había descubierto a un antiguo maestro armero marroquí, destinado en un parque de Artillería, que vendía armas a los guerrilleros. Nadie confirmó ni desmintió la noticia. <<

[7] Santamaría, Ramiro, *Ifni-Sáhara, la guerra ignorada*… <<

[8] En Tiliuin, la tarde antes del ataque, pidieron permiso para asistir a un entierro, a lo que accedió el teniente jefe del puesto, encantado de librarse de ellos. < <

[9] Resulta imposible calcular la cantidad exacta de guerrilleros porque se carece de fuentes fiables marroquíes y las españolas se basan en las apreciaciones de los combatientes y la aviación, siempre imprecisas frente a combatientes irregulares. <<

[10] Se trataba de un bimotor fabricado en España por CASA de Sevilla, sobre un avión alemán de la II Guerra Mundial, conocido en España como *Pedro*. Aunque se trataba de un bombardero, contaba con ametralladoras para su defensa en tres cúpulas situadas respectivamente en la proa, el dorso y el vientre. GUNSTON, Bill, *Aircaft of World War II*. < <

[11] Casas de la Vega, Rafael, *La última guerra de África (Campaña de Ifni-Sáhara)*… < <

[12] 75 hombres armados con 6 subfusiles, 5 fusiles ametralladores y 10 pistolas. < <

[13] Bosque Coma, Alfredo, *Guerra de Ifni. Las banderas paracaidistas,.*
*1957-1958*
< <

[14] En total llegaron a Sidi Ifni la VI Bandera de la Legión desde el Sáhara, un batallón de Canarias (Fuerteventura 53), cuatro peninsulares (Soria 9, Pavía 19, Cádiz 41, Lepanto 2), paracaidistas (I Bandera del Ejército de Tierra y Escuadrón del Ejército del Aire), unidades de armas pesadas de Infantería (compañías de Armas Pesadas de Wad-Ras 55 y Belchite 37, secciones de morteros de Ultonia 59) y una unidad mixta de Ingenieros. La VI Bandera de la Legión había sido enviada desde Riffien a El Aaiún donde quedó instalada el 18 de noviembre. Días después fue enviada por vía aérea a Ifni adonde llegaron los primeros efectivos el 23, iniciando sus operaciones el 1 de diciembre. < <

[15] Parece que el invento del bidón se debió al teniente José Frías O'Valle y el de la caja de granadas a su compañero Pedro García Gómez. < <

[16] La Marina envió en primer lugar unidades de Canarias, como la fragata *Vasco Núñez de Balboa*, las corbetas *Atrevida* y *Descubierta* y otras unidades menores. Días después, llegaron a las órdenes de Nieto Antúnez los cruceros *Canarias, Méndez Núñez, Galicia, Almirante Cervera* y *Miguel de Cervantes*, la fragata *Magallanes*, los destructores *José Luis Díez, Gravina, Escaño, Almirante Miranda, Jorge Juan, Almirante Antequera* y *Churruca*, los minadores *Eolo* y *Neptuno*, y otras unidades auxiliares. Las condiciones de desembarco en Ifni y El Aaiún eran muy difíciles y debió improvisarse hasta extremos increíbles. La flota prestó apoyo artillero a las operaciones y contribuyó a la recuperación del faro de cabo Bojador, tomado por sorpresa por las guerrillas. <<

[17] A pesar de sus escasos recursos, el Ala 35 de Transporte trasladó una bandera de paracaidistas desde Madrid a Canarias y parte de otra a Ifni, una bandera de la Legión a Ifni, parte de otra desde Villa Cisneros a El Aaiún, otros 7000 hombres de otros cuerpos y más de un millón de kilos de carga. Al final de las operaciones la Aviación había lanzado 2800 bombas, disparado 43 000 cartuchos, lanzado 427 paracaidistas en 31 lanzamientos y 20 400 kilos de material y evacuado 253 heridos. <<

[18] Según Mariñas Romero, Gerardo, «Edchera y la Legión»…, de la compañía legionaria, murieron el capitán, 2 tenientes, 1 brigada, 3 sargentos, 4 cabos 1.º, 4 cabos, 22 legionarios. Heridos: 2 tenientes, 2 sargentos, 3 cabos 1.º, 6 cabos y 36 legionarios. < <

[19] Llegaron al Sáhara: otra bandera de la Legión desde Marruecos, dos batallones peninsulares, el batallón disciplinario, un grupo de artillería de campaña, un grupo de caballería mecanizada, diversas unidades de Ingenieros, Intendencia, Sanidad e Infantería de Marina. < <

[20] El 6 de febrero llegaron al Sáhara: 12
T-6
, 14 Messerschmidt, 5
L-12
y 6 avionetas de enlace, transportes
T-3
, anfibios y helicópteros de salvamento, que se unieron a los Heinkel 111 de bombardeos y Junkers JU 52 de transporte ya existentes. < <

[21] Según Casas de la Vega, el mayor número de muertos lo sufrieron la XIII Bandera de la Legión (47), la II Bandera Paracaidista (32), el Grupo de Tiradores de Ifni (27) y el Regimiento de Soria (19). Las mayores bajas totales el Grupo de Tiradores de Ifni (235), la XIII Bandera (142, sin ningún desaparecido) y la II Bandera Paracaidista (112, sin desaparecidos). <<

[22] En la plaza de Hassán II de Sidi Ifni existe actualmente una lápida donde se relacionan 100 nombres de guerrilleros muertos en esta ciudad, sin que exista constancia de las bajas que el Ejército de Liberación sufrió en Sáhara ni en el conjunto de la campaña. < <

[23] Más tarde fue el general más poderoso de Marruecos y, en 1972, fue asesinado, tras fracasar un golpe de Estado contra Mohammed II
.<<

[24] Casas de la Vega, Rafael, *Franco, militar*. <<

[25] Vilar, Juan B., *El Sáhara español. Historia de una aventura colonial…* <<

[26] Presupuestos de 1956: < <

| *Adminis+Def Civil* | *EJÉRCITO* | *Marina* | *Aviación* | *Suma Defensa* |
|---|---|---|---|---|
| 21.410 | 7.012.582 | 2.542.528 | 1.932.040 | 11.508.560 |

| *Guardia Civil* | *Policía* | *PRESUPUESTO* | *Defensa por ciento* | *FOP por ciento* |
|---|---|---|---|---|
| 1.691.497 | 1.128.076 | 42.047.826 | 27,37 | 6,70 |

| *ET Adquisiciones* | *ET Sueldos* | *ET Adq/Suel por ciento* | *EJÉRCITO* |
|---|---|---|---|
| 2.773.967 | 2.242.223 | 1,23 | 16,67 |

[27] Fernández Vargas, Valentina, «El Ejército español…». <<

[28] Años más tarde, y ya general, demostraría su cerrada oposición a cualquier avance democrático en España. Luego sería el defensor del general Milans del Bosch en el consejo de guerra por el
23-F
.<<

[29] Según Julio Busquets, en el momento de la disolución Forja contaba con 6 capitanes, 64 tenientes y casi 60 cadetes. De los 70 oficiales, 26 eran de Tierra, 2 de Marina y 20 del Aire. < <

**Capítulo XIV**
**LA MODERNIZACIÓN FRUSTRADA**

[1] La organización sindical contó con numerosos militares, como José Solís Ruiz, del cuerpo de intervención del Aire, o Juan Ignacio Sanmartín, artillero. <<

[2] Piris, Alberto, *Militar y demócrata*. <<

[3] Ley de Destinos Civiles de 17 de julio de 1958. < <

[4] Una vez fuera del Ejército, podían ascender dos veces, una de ellas con carácter honorífico. < <

[5] Existe un estudio del problema incluido en Busquets, Julio, *El militar…* < <

[6] Para los suboficiales se creó la Agrupación Temporal de Servicios Civiles. <<

[7] Laorden Ramos, C., *Historia Militar de las Transmisiones*… < <

[8] La Ley de 6 marzo de 1940 reconoció la necesidad de especialistas. El decreto de 5 mayo de 1941 creó las primeras escuelas, y el de 31 de marzo de 1944, los Operadores de Radio. La Orden de 30 septiembre de 1948 publicó el reglamento de Escuelas de Formación Profesional Obrera de la Industria Militar. El Decreto de 18 mayo de 1942 creó los Mecánicos Electricistas del Ejército. En noviembre de 1945 se convocó la primera promoción de Mecánicos Electricistas, en 1946 la de Operadores de Radio. <<

[9] Ley de 26 diciembre de 1957. <<

[10] Presupuestos: < <

**1958**

| *Adminis+Def Civil* | *EJÉRCITO* | *Marina* | *Aviación* | *Suma Defensa* |
|---|---|---|---|---|
| 17.290 | 8.404.083 | 2.573.800 | 2.174.942 | 13.110.115 |
| *Guardia Civil* | *Policía* | *PRESUPUESTO* | *Defensa por ciento* | *FOP por ciento* |
| 1.950.945 | 1.225.608 | 58.617.849 | 22,36 | 5,41 |

**1959**

| *Adminis+Def Civil* | *EJÉRCITO* | *Marina* | *Aviación* | *Suma Defensa* |
|---|---|---|---|---|
| 19.410 | 8.720.530 | 2.579.604 | 2.349.317 | 13.668.861 |
| *Guardia Civil* | *Policía* | *PRESUPUESTO* | *Defensa por ciento* | *FOP por ciento* |
| 1.856.722 | 1.182.406 | 72.744.697 | 18,79 | 4,17 |

**1960**

| *Adminis+Def Civil* | *EJÉRCITO* | *Marina* | *Aviación* | *Suma Defensa* |
|---|---|---|---|---|
| 14.850 | 8.955.725 | 2.580.179 | 2.561.280 | 19.112.034 |
| *Guardia Civil* | *Policía* | *PRESUPUESTO* | *Defensa por ciento* | *FOP por ciento* |
| 2.312.362 | 1.603.187 | 75.225.057 | 18,76 | 5,20 |

**1961**

| *Adminis+Def Civil* | *EJÉRCITO* | *Marina* | *Aviación* | *Suma Defensa* |
|---|---|---|---|---|
| 15.260 | 9.157.103 | 2.660.534 | 2.409.521 | 14.242.418 |
| *Guardia Civil* | *Policía* | *PRESUPUESTO* | *Defensa por ciento* | *FOP por ciento* |
| 2.458.840 | 1.799.900 | 70.187.594 | 20,29 | 6,06 |

**1962**

| *Adminis+Def Civil* | *EJÉRCITO* | *Marina* | *Aviación* | *Suma Defensa* |
|---|---|---|---|---|
| 29.050 | 12.653.685 | 3.695.522 | 3.308.420 | 19.686.677 |
| *Guardia Civil* | *Policía* | *PRESUPUESTO* | *Defensa por ciento* | *FOP por ciento* |
| 3.060.070 | 2.010.200 | 92.971.539 | 21,17 | 5,45 |

[11] Gil, Vicente, *Cuarenta años junto a Franco*.<<

[12] Se consideraban los siguientes tercios: N.ª S.ª del Camino, Covadonga, Abárzuza, Navarra, San Miguel y Santiago, Montejurra y Cristo Rey, Navarra y Lácar, Mola y de Requetés Clandestinos de Zona Roja. <<

[13] Juan de Zavala y Castella era comandante de Infantería y diplomado de Estado Mayor. Le acompañaban en sus gestiones el comandante de Artillería Javier de Isasi y el capitán médico de la Armada Alberto Galarreta. < <

[14] La tendencia mayoritaria estaba dirigida por la familia Borbón Parma en la figura del príncipe Javier y luego en su hijo Carlos Hugo. La corriente que aceptaba la monarquía histórica representada por Juan de Borbón era menos numerosa y había sido formada por el conde de Rodezno y otros monárquicos carlistas en las Bases de Estoril (1946) que, en diciembre de 1957, logró en el Pacto de Estoril que un importante grupo de dirigentes carlistas reconociera a Juan de Borbón. Más tarde, surgió una tercera línea carlista, cuando Sixto, hermano menor de Carlos Hugo, se unió a la extrema derecha. Esta última tendencia no fue reconocida como carlista por el partido y en 1976 provocó los incidentes de Montejurra. < <

[15] Sáinz Rodríguez, Pedro, *Un reinado en la sombra*. < <

[16] Jalón, José Luis, *El Ejército español…*, Fraga Iribarne, Manuel, *Guerra y conflicto social…*, García Arias, Luis, *La guerra moderna y la organización internacional…*, Martín de Pozuelo, Luis, *Pueblo y Ejército…*, y López Medel, J., *Ejército y Universidad*, prólogo de Juan José Rosón. < <

[17] Oehling, Herman, *La función política del Ejército*… < <

[18] Los
M-24
eran carros viejos, de poco rendimiento, que hasta 1959 no fueron comenzados a sustituir por
M-41
más modernos. <<

[19] En Sidi Ifni quedó el grupo de Tiradores, con 5 tabores o batallones de tropa europea (conservaron el nombre turco de tabor aun con soldados españoles); una agrupación mixta de Infantería con cañones de acompañamientos, contracarros y ametralladoras antiaéreas; la XIII bandera de la Legión trasladada desde El Aaiún, que permaneció en Sidi Ifni hasta ser disuelta en junio 1969; dos grupos de artillería de campaña, más compañías de zapadores, transmisiones, intendencia, sanidad y de mar. <<

En el Sáhara se establecieron dos tercios saharianos de la Legión, una agrupación de Tropas Nómadas con dos grupos o batallones, un batallón disciplinario, dos batallones de Ingenieros, tres grupos de servicios con intendencia, sanidad y automovilismo, una compañía de mar y otra de Infantería de marina.

[20] En la década
1960-70
el 71,7 por ciento de los ingresados eran hijos de militar. Olmeda, J. A., *La burocracia militar en España: Características sociales* < <

**Capítulo XV**
**SIN EL PUEBLO Y SIN LA IGLESIA**

[1] Fue vicario del Ejército desde 1939; luego presidió la Conferencia Episcopal Norteamericana y defendió la guerra de Vietnam. < <

[2] La HOAC era la organización de los obreros de Acción Católica. < <

[3] A pesar de todo, formaron parte de la Hermandad los generales Ignacio y Emilio Alfaro Arregui, Campano, Bujanda, Aramburu Topete, Sáenz de Santa María, Aguado Trigueros, Andújar Espino, Fernández Vallespín, González del Hierro, Morillo Galcerán y Orozco. < <

[4] Según Losada, 11 afiliados fueron ministros, más de 50 subsecretarios y directores generales, más de 100 procuradores en Cortes, más de 30 gobernadores civiles y más de 20 alcaldes de capitales de provincia. < <

[5] Losada Malvárez, Juan Carlos, «Militarismo frente a tecnocracia». < <

[6] Desaparecieron los cuerpos del Ejército, sustituidos por 12 divisiones de Infantería y 4 de montaña, una por región militar y cuatro de ellas con las regiones IV, V y VI, orientadas a los Pirineos. < <

[7] Sáinz Rodríguez, Pedro, *Un reinado en la sombra*. < <

[8] Años más tarde, el comandante Carlos Aguado Sánchez fue miembro de la Unión Militar Democrática. < <

[9] Según Olmeda Gómez, más del 90 por ciento de los artículos de *Ejército* entre 1940 y 1968 versaron sobre temas profesionales y desde entonces, descendieron a menos del 80 por ciento en beneficio de los políticos. < <

[10] Todo el armamento ligero había sustituido el calibre alemán de 7,92 mm por el de 7,62 mm reglamentario en la OTAN. < <

[11] Gotarredona era un solterón que en su época de comandante general de Melilla se había hecho célebre por su neurótico comportamiento, que desahogaba con gritos estentóreos contra cualquier subordinado, sin importarle su graduación ni el espectáculo que daba antes las tropas formadas. En cualquier Ejército moderno habría sido inhabilitado; sin embargo, en el español llegó a jefe del Estado Mayor Central. <<

[12] Juego de palabras con el yeti tibetano, llamado «abominable hombre de las nieves». < <

[13] A un oficial le denegaron el permiso para contraer matrimonio con una austriaca que llevaba 15 años viviendo en España. < <

[14] Lafuente, Isaías, en *El País Semanal*, 17 de abril de 1988. <<

[15] Fue nombrado el 12 de diciembre de 1962, cuando era ministro de Gobernación Camilo Alonso Vega, y del Ejército, Pablo Martín Alonso. < <

[16] Equivalente a coronel. <<

[17] López Rodó, Laureano, *Memorias*, 1990. <<

[18] Ley de 29 de julio de 1959. < <

## CAPÍTULO XVI
## ULTRAS CONTRA TECNÓCRATAS

[1] Fraga Iribarne, Manuel, *Memoria breve de una vida política*… < <

[2] En 1946, el conde Rodezno promovió las Bases de Estoril, donde se reconoció la descendencia isabelina, que, en diciembre de 1957, fue confirmada por un grupo importante de carlistas en el llamado Pacto de Estoril. <<

[3] La Ley de Sucesión establecía que el capitán general o teniente general más antiguo sería miembro del Consejo del Reino. Carrero propuso que la futura Ley Orgánica del Estado estableciera que ese general estuviera precisamente en activo, argucia que excluía a Muñoz Grandes, ya en la reserva. < <

[4] Sus memorias están publicadas. Iniesta Cano, C., *Memorias y recuerdo*. < <

[5] Los huérfanos representaron el 4,5 por ciento de los cadetes en 1960-1963, el 3,8 por ciento en 1964-1968 y el 0,8 por ciento en 1971-1975. <<

[6] La Ley 97/1964 y el Decreto de 24 de septiembre regularon la Enseñanza Militar Superior. < <

[7] Las medidas debían entrar en vigor en 1966, con un año de gracia para quienes se habían examinado en convocatorias anteriores. < <

[8] En los últimos años de la década de los cincuenta y primeros de la de los sesenta se produjeron grandes catástrofes donde la ayuda militar resultó fundamental.

El Ejército contribuyó a socorrer a las víctimas, distribuyó alimentos y materiales, desescombró, quitó barro, ayudó a restaurar la normalidad y tendió puentes de campaña para sustituir a los destruidos. En 1957 se produjeron grandes inundaciones en Valencia, tendiéndose puentes militares en Valencia, Montanejos y Pedalva; cuando la rotura de una presa arrasó el pueblo de Ribadelago, las fuerzas militares ayudaron y tendieron un puente. En el otoño de 1962, se produjo una tremenda riada en el Vallés y fueron movilizadas las guarniciones catalanas para prestar todo tipo de ayudas, estableciéndose puentes de campaña en Ripollet, Sabadell, Moncada y Sant Adriá del Besós; el mismo año los militares intervinieron en la catástrofe de Aldeadávila y ayudaron a reconstruir la presa de Rincón de Soto (Logroño). En 1963 el Ejército tendió puentes en Pont de Suert, Iznajar, Puentelarrá, Miranda de Ebro y Oquendo. < <

[9] Bogas Illescas, F., *Función social del Ejército*... <<

[10] Organización de 1965: <<

—Fuerzas de Intervención Inmediata: 3 divisiones (Acorazada, Mecanizada y Motorizada) + 3 brigadas (Paracaidista, Aerotransportable y de Caballería), aparte de otras unidades menores.

—Fuerzas de Defensa Operativa del Territorio: 2 divisiones de montaña, 11 brigadas de Infantería (1 de Alta Montaña, 1 de Reserva, 11 regionales) + 2 brigadas de Artillería, además de otras fuerzas menores.

[11] Los ordenadores fueron introducidos en la Administración civil en 1963; en 1966 se inició su aplicación en el Ejército. < <

[12] Estado Mayor Central del Ejército, *Aspectos generales de la lucha de guerrillas*. < <

[13] Díez Alegría, Manuel, *Introducción para un estudio de la Guerra de Guerrillas*. < <

[14] Cassinello Pérez, Andrés, *Operaciones de Guerrillas y Contraguerrillas*. <<

[15] Casals, Xavier, *Neonazis en España*. < <

[16] La LOE decía textualmente: «Las Fuerzas Armadas de la Nación, constituidas por los Ejércitos de Tierra, Mar y Aire y las Fuerzas de Orden Público, garantizan la unidad e independencia de la Patria, la integridad de sus territorios, la seguridad nacional y la defensa del orden institucional». < <

[17] Ver las declaraciones de los principales jefes militares en Mérida, María, *Mis conversaciones con los generales*, Plaza y Janés, Barcelona, 1979. <<

[18] Díez Alegría, Manuel, «La evolución de la política de defensa». < <

[19] Fraga, Manuel, *Memoria breve de una vida pública*. <<

[20] Para ver el pensamiento estratégico de la época, ver Cano Hevia, Luis, *Ideas sobre la estrategia general y táctica atómica* e *Introducción al estudio racional de la guerra*. <<

[21] Especialmente Ramona Bustelo, esposa de Camilo Alonso Vega, y la marquesa de Huétor-Santillán. < <

[22] Años atrás, cuando Gil decidió casarse con la célebre actriz María Jesús Valdés, encontró bastante resistencia en El Pardo. < <

[23] García Arias, Luis, «Las Fuerzas Armadas en la Ley Orgánica del Estado», y Oriol y Urguijo, Antonio María de, *Institucionalización política del Ejército*. <<

[24] Bardavío, Joaquín, Cernuda, Pilar y Jáuregui, Fernando, *Servicios Secretos*. < <

[25] Las memorias que Sanmartín escribió en la cárcel con la intención de redimir parte de su condena no revelan ninguna cuestión interesante. Sanmartín, Juan Ignacio, *Servicio especial: a las órdenes de Carrero Blanco…* < <

[26] Valls, Xavier, *Neonazis en España*. < <

[27] El cuerpo de Estado Mayor desapareció después de la guerra, sustituido por diplomados del servicio de Estado Mayor, que eran oficiales de las armas combatientes que habían seguido los estudios de la Escuela de Estado Mayor. <<

[28] Puell de la Villa, Fernando, *Gutiérrez Mellado. Un militar del… siglo XX*
< <

## Capítulo XVII
## COMO GATOS PANZA ARRIBA

[1] Para la ideología de los militares ultras, Cabeza Calahorra, Manuel, *La ideología militar hoy*. <<

[2] Se trataba de un eficiente oficial vasco, años más tarde asesinado por ETA cuando era jefe de la Ertzaintza. < <

[3] El llamado caso MATESA había revelado cómo algunos ministros del Opus Dei habían permitido y amparado un importante fraude al Estado. Fraga y su equipo pasaron el escándalo a la prensa con el fin de derribar a sus rivales. Sin embargo, Franco no cesó a los defraudadores, sino a quienes habían descubierto el escándalo. < <

[4] Cuatro años más tarde, cinco de los firmantes fueron fundadores de la Unión Militar Democrática. < <

[5] El enfrentamiento de García-Valiño con Franco llegó a tal extremo que, cuando murió, Franco se negó a ascenderlo a capitán general a título póstumo. < <

[6] Rodrigo Cifuentes permaneció disponible hasta 1974, cuando se le concedió un cargo burocrático: jefe de Movilización del Ejército. <<

[7] Para la mentalidad militar de la época, Frade Merino, Fernando, *La guerra psicológica* e *Introducción a la geopolítica*. < <

[8] Más tarde fue jefe superior de policía de Madrid y, con el Gobierno Suárez, agregado militar en Ankara. < <

[9] Banón Martínez, Rafael, *Poder de la burocracia y Cortes franquistas.*
*(1943-1971)*
< <

[10] Siguieron cursándose 3 años en la General y 2 en las academias de los respectivos cuerpos. En 1978 se regresó al antiguo sistema, sustituyéndose la oposición de ingreso por algunas asignaturas universitarias, con un curso selectivo y un campamento que eliminaba a la mitad de los aspirantes. La medida no dio resultado, y en su primer año de vigencia, de 1649 aspirantes, aprobaron 91. Estas pruebas fueron modificadas en 1978. < <

[11] Estas convocatorias desproporcionadas no desaparecieron con la muerte de Franco. En 1976 y 1977 se convocaron 430 plazas, rebajándose ligeramente en los años siguientes, aunque se mantuvieron grandes convocatorias hasta 1984, cuando se volvió al nivel de 1971. <<

[12] Diego Aguirre, José Ramón, «La lucha del Frente Polisario (1973-75)
». < <

[13] Jerez, Miguel, *Elites políticas y centros de extracción en España*. <<

[14] Ynfante, Jesús, *El Ejército de Franco y de…* < <

[15] Miguel, Amando de, *Sociología del franquismo*. < <

[16] Los dos primeros iban a terminar su carrera al cabo de unos días, los otros dos, al cabo de un año. < <

[17] Martín Consuegra había pertenecido a Forja; Delgado estaba destinado en la Policía Armada. < <

[18] Recogieron las aportaciones y redactaron el documento Julio Busquets, Gabriel Cardona y José Sagrado. < <

[19] Más tarde, fue utilizado para redactar el libro de Ynfante, Jesús, *El Ejército de Franco y…* < <

[20] Se trataba del CSR de 75 mm que resultaba ineficaz contra los carros de la época. <<

[21] La competencia de la justicia militar se establecía por razón de delito, del lugar y de la persona (Art. 28 de CJM). <<

## Capítulo XVIII
## EN EL OTOÑO DE FRANCO

[1] 10 566 pertenecían a las armas y cuerpos, 2914 eran especialistas, 141 practicantes de farmacia y 198 miembros del CASE a extinguir. Laguna Sanquirico, Francisco, «La selección de los nuevos suboficiales del Ejército de Tierra», en *La Enseñanza Militar en España*. <<

[2] Era uno de los escasos militares anteriores a la guerra que no combatió en el bando de Franco, pero siguió en el Ejército. Era cadete al comenzar el conflicto y sobrevivió a duras penas en la zona republicana. Después de la guerra se diplomó en Estado Mayor y se licenció en Ciencias Exactas. No puede decirse que fuera un demócrata, pero durante el Gobierno de la UCD colaboró con Gutiérrez Mellado y fue asesinado por ETA cuando era gobernador militar de Madrid. <<

[3] *El País*, 13 de septiembre de 1988. < <

[4] Alameda, Sol, «María Jesús Valdés», *El País Semanal*, 13 de abril de 2003. < <

[5] Formaban el grupo los comandantes Julio Busquets y Luis Otero y los capitanes Jesús Martín Consuegra, Julio Busquets, José Julve, Enrique López-Amor, Guillermo Reilein, Gabriel Cardona, Antonio Miralles, José Sagrado, Santiago Perinat, Juan Diego y Julián Delgado, que debió asentarse para revalidar su título de paracaidista. Estaban también convocados otros tres militares demócratas: el coronel Pinilla y los capitanes Javier Calderón y a Florentino Ruiz Platero, que declinaron la invitación. < <

[6] Unión Militar Democrática, *Los militares y la lucha por la democracia*; Busquets, Julio, *Militares y demócratas*…; Losada, Juan Carlos, *Ruido de sables*…; Caparrós, F., *La UMD: militares rebeldes*…; Capitán Domínguez, *Cuando yo era un exiliado*…; Fortes, José y Otero, Luis, *Proceso a nueve militares demócratas*…; Reinlein, Fernando, *Capitanes rebeldes*…; Fernández López, Javier, *Militares contra Franco*… <<

[7] Bernardo Vidal murió en Madrid el 12 de enero de 1982 de un accidente automovilístico. <<

[8] Era auditor general de la Armada, es decir, general del cuerpo jurídico de la Marina de guerra. < <

[9] Según los testimonios de Diego Aguirre, José Ramón, «La lucha del Frente Polisario (1973-75)», *Historia-16*, n.º 151, 1988, pp. 12-22, y Reinlein, Fernando, *Capitanes rebeldes*…, p. 81. <<

## Capítulo XIX
## FINAL CON TESTAMENTO

[1] Diego Aguirre, José Ramón, *Guerra en el Sáhara*, y Criado, Ramón, *Sáhara, pasión y muerte de…* < <

[2] Fueron capturados el capitán Abua Chej Uld Saalec, 3 ayudantes, 5 sargentos primeros, 11 sargentos, 5 cabos primeros y 16 soldados. < <

[3] Ver la obra de Reinlein. < <

[4] Durante la odiada democracia, Sáenz de Tejada ascendió a teniente general y ocupó el cargo de jefe del Estado Mayor del Ejército. Una vez retirado colaboró con un periodista llamado Miguel Platón en un libro de historia-ficción titulado *Hablan los generales*, donde intentó justificar su actuación entre afirmaciones insultantes que le desautorizan. < <

[5] Inicialmente fueron detenidos el comandante Luis Otero, los capitanes José Fortes, Restituto Valero, Fermín Ibarra, Antonio García Márquez, Fernando Reinlein, Jesús Martín-Cosuegra y el capitán de Aviación Abel Ruiz Cillero. Posteriormente se produjeron nuevas detenciones. < <

[6] Entre los miembros de la UMD abundaban los miembros de familias franquistas cualificadas: el padre de López-Amor fue fusilado en Barcelona como cabecilla de la sublevación de 1936, el de Julián Delgado lo fue en Paracuellos, Restituto Valero nació en el Alcázar de Toledo y Juan Ignacio Domínguez era sobrino de Sánchez-Juliá, ideólogo de la ANCP. < <

[7] Coroneles Pinilla y Manglano, teniente coronel Ángel Díaz Quijada, comandante Piris Laespada, capitanes José Altozano, Rúa, Javier Calderón y José Luis Cortina, luego sustituido por Alejandro Lastres. <<

[8] Indultados: Garmendía de ETA y Concepción Tristán y María Jesús Dasca, Blanco Chivite, Fernández Tovar y Cañaveras de Gracia del FRAP. Fusilados: Paredes (en Barcelona), Otaegui (en Burgos), Baena, García Sanz y Sánchez-Bravo (en Madrid). < <

[9] Moa, Pío, *Mitos de la guerra civil*, La Esfera de los libros, Madrid, 2003. < <

[10] El comandante Enrique López-Amor y los capitanes Juan Diego y Arturo Gurriarán. < <

[11] Mientras tanto, los procesados habían decidido nombrar defensores civiles, aceptando el cargo Enrique Tierno Galván, Manuel Jiménez de Parga, José Mª Gil Robles, Joaquin Ruiz Giménez, Jaime Cortezo, Fernando Álvarez de Miranda y Villar Arregui. <<

[12] Nicolás de Cotoner, conde de Tendilla y marqués de Mondéjar, Grande de España, general de Artillería y antiguo profesor de Juan Carlos. < <

[13] He podido comprobar ambos extremos. < <

[14] Cardona, Gabriel, *El problema militar en España*… < <

[15] En 1930 había unos 198 000 hombres de tropa y en 1975, 185 221 forzosos y 22 814 voluntarios, en total 208 035, cantidad que prácticamente no había variado desde 1964. Elaboración propia sobre *Anuario Militar de España* y *Anuario Estadístico Militar*. <<

[16] Viver Pi-Sunyer, Carles, *El personal político*… < <

[17] Carrero, Muñoz Grandes, García-Valiño, Camilo Alonso Vega, Carlos Asensio, Antonio Correa Véglison, Blas Pérez y Nemesio Fernández-Cuesta. Bardavío, Joaquín, *La estructura del poder en España*. < <

[18] Cardona, Gabriel, *El poder militar en España hasta la guerra civil.* < <

[19] Porcentaje del PIB dedicado a la Administración militar, según Olmeda: < <

| Años | 1940 | 1945 | 1950 | 1955 | 1960 | 1965 | 1970 | 1975 |
|---|---|---|---|---|---|---|---|---|
| por ciento PIB | 5,1 | 7,6 | 4,4 | 3,9 | 3,2 | 2,6 | 3,2 | 3,0 |

[20] Según la encuesta realizada por el propio Ejército en abril de 1976, el 27,4 por ciento de los militares estaban pluriempleados, con una media de 3,9 horas de trabajo diario. El 86,8 por ciento manifestaba que por motivos económicos, el 25,1 que su porvenir militar era poco esperanzador y el 31,9 muy poco esperanzador. Las mayores tasas de pluriempleo se registraban en cuerpos cuyos conocimientos eran aplicables a trabajos civiles: el 68 por ciento de los militares de Sanidad, Cuerpo Jurídico y CIAC, mientras que los pluriempleados eran sólo el 16,3 por ciento en Infantería y el 17 por ciento en Caballería. El porcentaje era mayor en las grandes ciudades: Barcelona 45,7 por ciento, Madrid 38,8 por ciento, Valencia 35,9 por ciento y Bilbao 35,7 por ciento, frente al 4,8 de Teruel, el 5,1 de Almería y el 8,7 de Soria. *Encuesta sobre el pluriempleo*. Ministerio de Defensa, Madrid, 1976. < <

[21] La militancia se mantenía secreta y algunos afiliados supieron que habían militado junto a compañeros de promoción, muchos años después de que la organización fuera disuelta. A pesar de todo, existieron delatores, como los capitanes De la Macorra y Díaz Tuesta. < <